

LA TARJETA POSTAL

de Sócrates a Freud y más allá

Jacques Derrida

Edición Electrónica de
www.philosophia.cl / Escuela de
Filosofía Universidad ARCIS.

ÍNDICE.

ENVÍOS

Nota de la traductora -1- / Prólogo -3- / Envíos -6- /

ESPECULAR – SOBRE “FREUD”

Nota del Traductor -195-

1. ADVERTENCIAS / La atesis -197- / Nos escribo -207- / Uno dos tres – la especulación sin término -214- /
2. LEGADO DE FREUD / El “mismo techo” de la autobiografía -221- / El conjunto de las interpretaciones -230- / “Continúa la sesión” (Retorno al remitente, el telegrama y la generación de los yernos -240- /
3. LA PARALISIA / La zona, el correo, la teoría portadora del nombre -252- / Correos de la muerte -263- / Tráfico de herencia: la deuda de Platón -274- /
4. SIETE: POST-SCRIPTUM / Lo insalvable – efecto de postas -288- / Platón detrás de Freud -294- / *Fort da*, el ritmo -301- /

EL CARTERO DE LA VERDAD

Pretextos hurtados -304- / La demasiada evidencia o la falta en su lugar -309- / Punto de vista. La verdad en (el) lugar de la sexualidad femenina -325- / Primer segundo. La verdad de la carta de mano de Freud -334- / El lugar de encuentro: el doble cuadrado de reyes -356- / El lugar de encuentro. La carta robada -357- /

DEL TODO

-367-

ENVÍOS

NOTA DE LA TRADUCTORA

Este texto, que va más allá de una intención meramente referencial, pertenece a los márgenes más literarios del ensayo filosófico. Por la riqueza de su intertexto (de Platón a Freud y más acá...), pero ante todo por la complejidad de su estructura formal y la recurrencia del juego en torno a la metáfora y la polisemia, forma parte sin duda de las obras que resulta preferible leer en su idioma original. Semejante proyecto no cabe sin embargo en las posibilidades de todo lector, ni siquiera en las de todo aquel que se precia de comprender sin demasiado esfuerzo la lengua francesa. Por ende, espero que los lectores asiduos de Jacques Derrida encuentren aquí un acercamiento lo más fiel posible al pensamiento original de este escritor y filósofo francés.

Dicen que lo propio de la literatura, por oposición a otros género de escritura, radica en la voluntaria ambigüedad. El arte de la traducción literaria consiste entonces en ubicar, conservar y trasladar la dosis precisa de ambigüedad, despejando sin embargo las ambivalencias que harían del texto traducido un texto no ambiguo sino confuso. En el caso de Jacques Derrida, quien se empeña en cuestionar los puntos logocéntricos de anclaje y en subrayar la ilegibilidad, el desequilibrio resulta por momentos difícil de encontrar. Al enfrentarse al presente texto, es preciso tener en mente que forma parte de un proyecto intertextual y metaliterario más amplio, cuyo sentido sólo aparece a medida que se avanza en la lectura, cobrando así mayor coherencia - que no forzosamente mayor claridad.

En mi labor de traducción, intenté trasponer de la mejor manera posible la mayoría de los juegos derrideanos. Puesto que saturar el texto de notas aclaratorias hubiera entorpecido sobremanera la lectura, recurrí en ocasiones a vocablos que, en español, cubren prácticamente la misma red semántica que el vocablo original. Otras veces, cuando el término en francés abarca redes semánticas especialmente significativas que ningún término en español expresa por sí solo, lo sustituí por dos términos en español. Finalmente, en los casos más problemáticos, yuxtapuse el término en francés, en cursivas, y los términos equivalentes en español; en estos casos me parece importante brindarle al lector la posibilidad de conocer y ponderar directamente el original.

Si bien traté de limitar las notas al calce, que hubieran podido convertirse en unos *Envíos* paralelos, no renuncié del todo a ellas, pues resultan útiles para aclarar referencias que no remiten a una erudición "universal" sino a hechos culturales muy específicos; juegos de palabras particularmente complejos; homofonías no siempre perceptibles por un hispanohablante. También recurro a ellas para proporcionar la traducción de ciertas citas que me parece importante conservar en su idioma original. Espero que este apoyo facilite el acceso a un texto voluntariamente áspero e inasible, donde el lector-

mirón no es un “estimado lector” sino que resulta de entrada excluido y asimilado a la alteridad y la colectividad de un “ellos’ , con el cual el autor pretende subrayar el alejamiento entre los supuestos protagonistas de esta correspondencia y los mirones.

Empero, tengo la convicción de que despejar la ambigüedad y la dificultad inherentes al texto, de haber sido posible, hubiera resultado contraproducente. Jacques Derrida no trata a su lector como a un niño, sino como a un lector políglota y versado en múltiples disciplinas, que sabe lidiar con el principio de frustración y que asume el reto de llevar hasta sus últimas consecuencias el voyeurismo que lo condujo a leer estas “tarjetas postales”.

Invito al lector a comprobar hasta qué punto la comprensión de este texto no pertenece al mero orden de la lectura, sino al de la necesaria relectura. Es una empresa que vale la pena, máxime cuando los cambios introducidos por Internet en la comunicación nos colocan en el “imperio sin límites de la tarjetapostalización” descrito aquí por Jacques Derrida. A cada uno de nosotros corresponderá dar o no la razón al autor cuando escribe: “Quizá van a juzgar que esta escritura es demasiado hábil, virtuosa en el arte de los rodeos, quizá perversa dado que se aborda por doquier y desde ninguna parte, abandonada al otro, desde luego, pero abandonada a su propia suerte, entregada a sus propios golpes, quedándose con todo hasta el final.”

HAYDÉE SILVA

PRÓLOGO

Podrían ustedes leer estos envíos cual si se tratara del prefacio para un libro que nunca escribí.

Hubiera estado dedicado a lo que va de las y los postes [“posta”; “correo”; “puesto”, “partida presupuestal”; “aparato”; “cabina”, “caseta”, “estación”; “oficina”; “surtidor”...] al psicoanálisis.

Hubiera sido menos un intento por psicoanalizar el efecto postal que un afán de remitir un acontecimiento singular, el psicoanálisis freudiano, a una historia y una tecnología de lo postal, a cierta teoría general del envío y de todo aquello que pretende destinarse, independientemente de la telecomunicación a la que se recurra.

Las tres últimas partes del presente libro, “Especular - sobre Freud”, “El cartero de la verdad”, “Del todo”, difieren entre sí por las dimensiones, la circunstancia o el pretexto, el modo o las fechas. Pero conservan en la memoria este proyecto, e incluso en ocasiones lo exhiben.

Respecto de los Envíos mismos, ignoro si su lectura resulta soportable. Podrían ustedes ver en ellos, si gustan, los restos de una correspondencia recientemente destruida. Por juego o por lo que en una figura hace las veces de él: es más seguro para no dejar nada fuera del alcance de la que me place llamar lengua de juego, ni siquiera la ceniza si es que hay ceniza.

Excepto - una oportunidad.

Una correspondencia, es mucho decir, o poco decir. Quizá no lo fue (pero sí más o menos) ni, correspondió mucho. Queda todavía por decidir. Hoy, siete de septiembre de mil novecientos setenta y nueve, ya sólo quedan envíos, nada más que envíos y entre ellos lo que fue perdonado o, si lo prefieren ustedes así, “salvado” (oigo desde aquí murmurar “acusado”; cual si se tratara de un acuse de recibo), obedece a un principio de selección sumamente extraño y que yo, por mi parte, sigo juzgando discutible todavía, como de hecho pueden serlo en toda ocasión el cuadro, la criba, la economía de la clasificación, sobre todo cuando están destinados a conservar, por no decir a archivar. En suma, estrictamente hablando, no apruebo ese principio, sin cesar lo denuncio y la reconciliación al respecto es imposible. Ya se verá cuánto insisto sobre el tema conforme avanzo, Pero tuve que ceder, y a ustedes les corresponde decirme por qué.

A ti, para empezar: sólo espero una respuesta y a ti te toca.

Así ocurre con el apóstrofe. El apóstrofe es también un género que uno puede imponerse. Un género y un tono. La palabra -apóstrofe- habla de la palabra dirigida al (o a la) único(a), de la interpelación viva (el hombre de discurso o de escritura interrumpe el encadenamiento continuo de la secuencia, con un solo giro se vuelve hacia alguien, o incluso hacia algo, se dirige a ti) pero la palabra expresa también la habilidad para desviar.

¿Pasar por la criba el fuego? No renuncié a ello, tan sólo a hacer justicia o dar razón.

En ciertas épocas, sin embargo, intento explicarme, hago comparecer un procedimiento, la manipulación, ciertas técnicas: contrafuegos, voces extintas, nieve carbónica. Sucedió en febrero de 1979 (de donde las cartas 4, 5 y 6 conservan la exposición de, algunos instrumentos), en marzo y abril de 1979 (se hallarán instrucciones en las cartas de los días 9 y 15 de marzo, algo más razonadas) y, finalmente, los días 26 y 31 de julio del mismo año.

En nombre del aprecio que todavía le tengo, tomo entonces las debidas precauciones ante la impaciencia del mal lector: llamo o acuso así al amedrentado lector, al que le urge determinarse, el

que está decidido a decidirse (para anular, es decir, atraer hacia sí, se pretende de esa manera saber de antemano a qué atenerse, se pretende atenerse a lo sucedido, se pretende atenerse). Ahora bien, es malo, no conozco otra definición de lo malo, es malo predestinar su lectura, siempre es malo presagiar. Es malo, lector, no gustar de volver sobre sus pasos.

Independientemente de sus dimensiones originales, los fragmentos desaparecidos se hallan señalados, en el lugar mismo de su incineración, por un espacio en blanco de 52 signos y acerca de tal extensión de la superficie destruida, un contrato establece que por siempre seguirá siendo indeterminable. Puede tratarse de un nombre propio o de un signo de puntuación, del apóstrofe apenas que sustituye la letra elidida, de una palabra, de una sola letra o de varias, puede tratarse de frases breves o muy largas, numerosas o escasas, a veces en sí mismas inconclusas desde el origen. Hablo obviamente cada vez de un continuum de palabras o de frases, de signos que fallan al interior, si podemos llamarle así, de una tarjeta, de una carta o de una tarjeta-carta. Pues los envíos totalmente incinerados no pudieron ser indicados con ninguna marca. Había inicialmente pensado en conservar cifras y fechas, es decir lugares de firma, pero renuncié a ello. ¿Qué hubiera parecido este libro? Deseaba ante todo, en efecto, y tal fue una de las destinaciones de mi labor, hacer un libro -en parte por razones que permanecen oscuras y, creo, lo seguirán siendo siempre, en parte por razones que debo callar. ¿Un libro en, lugar de qué? ¿O de quién?

En lo que a los 52 signos se refiere, a los 52 espacios mudos, se trata de una cifra que quise simbólica y secreta -en suma, un criptograma erudito, léase muy ingenuo, que me había costado largos cálculos. Al declarar ahora, y es verdad, lo juro, que he olvidado por completo la regla y los elementos de semejante cálculo, cual si a ellos también los hubiera arrojado al fuego, conozco de antemano todos los tipos de reacción que eso no dejará de suscitar entre unos y otros. Podría incluso hacer una larga disertación al respecto (en pro o en contra, con y sin el psicoanálisis) pero no es éste el lugar para ello. Digamos que de ese programa se habla indirectamente a lo largo de todo el libro.

¿Quién escribe? ¿A quién? ¿Y para enviar, destinar, expedir qué? ¿A qué dirección? Sin el menor afán de sorprender, y de esa manera captar la atención a fuerza de oscuridad, debo decir, en nombre de lo que de honestidad me queda, que finalmente no lo sé. Sobre todo no le hubiera otorgado el menor interés a esta correspondencia y a este recortar, digo, a su publicación, si alguna certeza al respecto hubiera logrado satisfacerme.

Que los firmantes y destinatarios no siempre sean visibles y necesariamente idénticos de un envío al otro, que los firmantes no se confundan necesariamente con los remitentes ni los destinatarios con los receptores, ni siquiera con los lectores (tú, por ejemplo), etc., ya lo experimentarán ustedes y lo sentirán a veces con gran viveza, aunque de manera confusa. Se trata de una impresión desagradable y ruego me perdone cada lector, cada lectora. A decir verdad no es meramente desagradable: establece un vínculo, sin discreción, con algo de tragedia. Le impide a uno ajustar las distancias, tomarlas o perderlas. Tal fue en parte mi situación, y tal es mi única excusa.

Acostumbrados como están al movimiento postal y al movimiento psicoanalítico, a todo lo que ellos permiten en materia de falsificaciones, ficciones, seudónimos, homónimos o anónimos, esto no habrá de tranquilizarlos a ustedes y nada será en ninguna medida atenuado, suavizado, familiarizado por el hecho de que yo asuma sin vuelta de hoja la responsabilidad de estos envíos, de

*lo que de ellos queda o ya no queda, ni el de que para devolverles a ustedes la paz firme aquí estos
Envíos con mi nombre propio, Jacques Derrida.¹*

7 de septiembre de 1979

¹ *Lamento que no confíes realmente en mi firma, so pretexto de que podríamos ser varios. Es cierto, pero no lo digo para sumarme autoridad alguna. Mucho menos para inquietarte, sé lo que eso cuesta. Tienes razón, somos muy probablemente varios y no estoy tan solo como a veces lo digo cuando arrancan de mí esa queja o cuando sigo empeñado en seducirte.*

ENVÍOS

3 de junio de 1977.

Sí, tenías razón, en adelante ya no somos, hoy, ahora, en cada instante, en este punto preciso del mapa, sino un minúsculo residuo "dejado a cuenta": de lo que nos dijimos, de lo que, no lo olvides, hicimos uno del otro, de lo que nos escribimos. Sí, esta "correspondencia", tienes razón, enseguida nos rebasó, por eso hubiera sido preciso quemarlo todo, todo, hasta la ceniza del inconsciente -y "ellos" nunca se enterarán de nada. "Dejado a cuenta", preferiría decir de lo que el uno al otro únicamente nos *destinamos*. Me avergüenza subrayar, pretender ser inteligible y convincente (como si fuera para los demás, finalmente), me avergüenza decir con la lengua común, decir pues, escribir, significar lo que sea en tu dirección como si

Parezco un mensajero de la antigüedad, sobre un corcel, el correo de lo que nos entregamos, apenas un heredero, un heredero lisiado, incapaz aun de recibir, de medirse con aquello que tiene bajo su custodia, y corro, corro para llevarles una noticia que debe permanecer secreta, y caigo todo el tiempo. Bueno, basta. Tampoco hoy hay tiempo, apenas estas postales. Nunca me di tiempo, en suma, para escribirte lo que hubiera querido, nunca me fue dado, y si te escribo ininterrumpidamente

no te habré enviado sino postales. Aunque sean cartas y meta siempre más de una en el mismo sobre

Después de la sesión, los intercambios prosiguieron sobre el césped de Balliol. Adivinas arriba, al fondo a la izquierda, el pequeño departamento del colegio en el que dormí, en lo alto de una escalera de piedra muy estrecha (esta flor ¿cuál es? de allí viene) Demasiadas camas por todas partes que llaman

Te llamo al rato.

3 de junio de 1977.

y cuando te llamo amor mío, amor mío, ¿te llamo a ti o al amor mío? Tú, amor mío, ¿acaso es a ti a quien así nombro, acaso es a ti a quien me dirijo? No sé si la pregunta está bien formulada, me da miedo. Pero estoy seguro de que la respuesta, si ha de llegarme algún día, vendrá de ti. Sólo tú, amor mío, sólo tú habrás sabido

nos pedimos lo imposible, como lo imposible, ambos.

"Ein jeder Engel ist schrecklich", me gustó.

Cuando te llamo amor mío, ¿acaso te llamo a ti, acaso te digo mi amor? y cuando te digo mi amor ¿acaso te declaro mi amor o acaso *te* digo, a ti, mi amor, y que eres mi amor? Quisiera decirte tanto

3 de junio de 1977.

y tú, dime

amo todas mis apelaciones tuyas y entonces sólo tendríamos un labio, uno solo para decirlo todo

del hebreo él traduce “lengua”, si a eso puede llamársele traducir, como labio. Querían elevarse de manera sublime para imponer su labio, el único, al universo. Babel, el padre, dando su nombre de confusión, multiplicó los labios, y por eso nos separamos y yo muero en este instante, me muero de ganas de besarte con nuestro labio el único que deseo oír

4 de junio de 1977.

ya no me acuerdo pero fue error mío. Fue un error pensar que no me había sido concedido lo que finalmente no me di yo mismo -para ti, a ti. A ti ¿qué significa? Bueno, basta, ya sabes -sin disertaciones.

Mira bien esta tarjeta, es una reproducción

Te digo en secreto este aforismo solemne y sentencioso: ¿acaso no empezó todo entre nosotros con una reproducción? Sí, y al mismo tiempo nada es más sencillamente falso, he ahí la tragedia. Recuerdo casi de memoria lo que me escribiste la primera vez: “Escoger la tarjeta postal es para mí una huida que, al menos, le ahorrará a Ud. la literatura demasiado abundante que tendría que haber soportado si me hubiera atrevido a hablarle de

.” Le apostamos a la tarjeta postal antes que a la literatura, la inadmisibile literatura.

¿Viste esta tarjeta, la imagen al dorso de esta tarjeta? Di con ella, ayer, en la Bodleian (es la famosa biblioteca de Oxford), ya te contaré. Me quedé pasmado, sintiendo que se trataba de una alucinación (¿está loco o qué? ¿se equivocó de nombres!), y de una revelación al mismo tiempo, una revelación apocalíptica: Sócrates escribiendo, escribiendo ante Platón, lo sabía desde siempre, había quedado como el negativo de una fotografía por revelar desde hace veinticinco siglos -en mí, claro está. Bastaba con escribirlo a plena luz. El revelador está ahí, a menos que yo aún no sepa descifrar nada de esa imagen, y es en efecto lo más probable. Sócrates, el que escribe -sentado, agachado, dócil escriba o copista, como secretario de Platón, pues. Está ante Platón, no, Platón está *detrás* de él, más pequeño (¿por qué más pequeño?) pero de pie. Con el dedo en alto parece indicar, designar, mostrar el camino o dar una orden -o dictar, autoritario, magistral, imperioso. Malvado casi, no te parece, y voluntariamente. Compré muchas.

Antes de enviar esta tarjeta por correo, te habré llamado.

Ya estuvo, acabo de colgar en la pequeña cabina roja, estoy en la calle, conservo tu voz, no sé dónde, me pierdo también ahí mismo, tal es

4 de junio de 1977.

Seguí con ese vaivén. Después, salí para comprar timbres y al regresar, subiendo por esas escaleras de piedra, me preguntaba cómo hubiéramos hecho para amarnos en

1930 en Berlín cuando se necesitaban carretadas de marcos para comprar, según dicen, un timbre

¿Qué será lo que me incita a escribirte todo el tiempo? Antes incluso de que pueda volverme para ver, desde el único lugar de destino, único me oyes, innombrable e invisible, que lleva tu nombre y tiene por único rostro el tuyo, antes incluso de que pueda volverme para una pregunta, a cada instante se da la orden de escribirte, lo que sea pero escribirte, y me gusta y por eso sé que amo.¹ No, no solamente por eso, también

Tu voz hace un rato todavía (pequeña cabina roja encristalada, en la calle, bajo un árbol, un borracho me miraba todo el tiempo y quería hablarme; daba vueltas en torno a la jaula de vidrio, se detenía de vez en cuando, un tanto pavoroso, con su aire solemne, como para dictar un juicio), tu voz más cercana que nunca. La ventaja del teléfono - nunca perderse una oportunidad -, nos devuelve la voz, ciertas tardes, de noche sobre todo, todavía mejor en una noche solitaria cuando el aparato nos ciega por completo (no sé si te he dicho alguna vez que, además, a menudo cierro los ojos mientras te hablo), cuando todo pasa bien y el timbre recobra una especie de pureza "filtrada" (más o menos en ese elemento imagino el regreso de los aparecidos, por el efecto o la gracia de una selección sutil y sublime, esencial - entre las interferencias, porque sólo hay interferencias, tú lo sabes, y por ende los aparecidos no tienen la menor oportunidad, a menos que desde el primer "ven" no haya sino aparecidos. Me di cuenta el otro día, durante un pequeño trabajo, de que esa palabra *parasite* ("interferencia" o "parásito") se me había impuesto regularmente, un número incalculable de veces, desde hace años, de "capítulo" en "capítulo". Ahora bien, los parásitos, ahí tienes, pueden amarse. Nosotros

me remites entonces ese timbre, sin ningún mensaje, ningún otro que cuente, y bebo y me ahogo en lo que bebo. Y sin embargo allí me junto cada vez, y de vez en vez.

Yo soy todo ese timbre, esa serie, esa consecuencia de todas las veces... Sin embargo, mientras te hablaba con ese sentimiento de cercanía alucinada (pero separada y aun la separación era agradable), miraba fijamente al borracho inglés, no le quitaba los *ojos* de encima (llevaba puesto una especie de uniforme), nos mirábamos ambos, perdón, con una atención que mi infinita distracción no turbaba en absoluto. Estaba seguro de que se parecía (como siempre lo creo ¿no es así?) pero era imposible saber a quién, aun ahora. Perdón una vez más (habré pasado mi vida pidiéndote perdón), no había pensado en la diferencia de horario

Pero te escribo mañana, te lo digo siempre en presente.

¹ Hay aquí en francés un juego de palabras en tomo a *j'aime* ("me gusta" pero también "asno"), por lo que el final de esta frase podría ser traducida de diversas maneras: "me gusta y por eso sé que amo"; "asno y por eso sé que amo"; "me gusta y por eso sé que me gusta"; "amo y por eso sé que me gusta". [T.]

5 de junio de 1977.

Quisiera escribirte tan llanamente, tan llanamente, tan llanamente. Sin nada que detenga nunca la atención, salvo la tuya únicamente, y hasta eso, borrando todos los rasgos, incluso los menos aparentes, los que marcan el tono, o la pertenencia a un género (la carta, por ejemplo, o la tarjeta postal), para que sobre todo la lengua permanezca obviamente secreta, como si se inventara a cada paso, y como si se incendiara enseguida, en cuanto un tercero pusiera los ojos en ella (por cierto ¿cuándo aceptarás que quememos efectivamente todo esto, nosotros mismos?). Es un poco por “banalizar” la cifra de la única tragedia que prefiero las tarjetas, cien tarjetas o reproducciones en el mismo sobre, antes que una sola carta “verdadera”. Mientras escribía carta “verdadera”, me acordé de la primera que me llegó de ti, que decía exactamente esto: “

hubiera querido contestar inmediatamente; pero hablando de ‘cartas verdaderas’, me prohibía Ud. a mí escribirlas

“ Te envío

nuevamente a Sócrates y Platón

mi pequeño apocalipsis de biblioteca. Soñé de nuevo con el inglés que trastabillaba en torno al teléfono: frotaba un lápiz nuevo sobre una caja de cerillos y yo trataba de impedirselo. Corría el riesgo de quemarse la barba. Entonces aulló tu nombre con un acento muy extraño y

Todavía no me repongo de esa catástrofe reveladora: Platón detrás de Sócrates. Detrás, siempre lo estuvo, se pensaba, pero no de esa manera. Yo siempre lo supe, y ellos también, ellos dos, quiero decir. Qué par. Sócrates da la *espalda* a plato, quien le hizo escribir lo que quería fingiendo recibirlo de él. Venden aquí esa reproducción como *post card*, viste, con *greetings* y *address*. Sócrates escribiendo, te das cuenta, y en una tarjeta postal. No sé nada más aparte de lo que dice el texto al pie (lo tomaron de un *fortune-telling book*, libro de astrología: la buena ventura, el libro de los destinos, la suerte, el sino, el encuentro, la fortuna, no sé, tendré que ver, pero me gusta la idea), tuve ganas de enviártela de inmediato. Como una nueva, una aventura, una suerte a la vez anodina, anecdótica y conmovedora, la más antigua y la última.

una especie de mensaje personal, un secreto entre nos, el secreto de la reproducción. Ellos no entenderían nada. Como tampoco entenderían todo lo que nos hemos destinado. Y sin embargo es una tarjeta postal, dos tres tarjetas postales idénticas en un mismo sobre. Lo esencial, de ser posible, es que la dirección sea única. Lo que me gusta de las tarjetas postales es que, incluso metidas en un sobre, están hechas para circular como una carta abierta pero ilegible

te escribo mañana

pero llegaré quizá, una vez más, antes que mi carta

En caso contrario, si yo no te llegara más, sabes

lo que siempre

te pido olvidar, guardar en el olvido

5 de junio de 1977

Me das las palabras, las liberas, una por una concedidas, las mías, volviéndolas hacia ti y dirigiéndotelas - y nunca me habían gustado tanto, las más comunes se han tornado inéditas, nunca me había gustado tanto tampoco perderlas, destruirlas con olvido en el instante mismo en que las recibes, y ese instante casi sería anterior a todo, a mi envío, a mí mismo, a destruirlas con olvido, antes de mí, para que sólo ocurran una vez. Una sola vez ¿te das cuenta qué locura para una palabra? ¿O para el rasgo que sea?

Eros en la era de la reproductibilidad técnica. Te sabes esa vieja historia de la reproducción, con el sueño de la lengua cifrada ganas de escribir una gran historia, una gran enciclopedia de lo postal y la cifra, pero escribirla nuevamente cifrada para despachártela, tomando todas las disposiciones necesarias para que por siempre seas tú la única capaz de descifrarla (de escribirla, pues, y de firmarla), de reconocer en ella tu nombre, el único nombre que te he dado, que me dejaste darte, toda esa caja fuerte de amor suponiendo que mi muerte esté allí inscrita, mejor aún, que mi cuerpo esté allí encerrado con tu nombre sobre la piel, y que en todo caso mi supervivencia o la suya esté limitada por la vida de - tú.

Y como ocurre a menudo sin saberlo me das la palabra, eres otra vez tú quien escribe la historia, eres tú quien dicta aunque yo me esmere sacando la lengua, letra tras letra, sin jamás darme la vuelta

a lo que no me decidirá nunca es a publicar otra cosa que no sean tarjetas postales, a hablarles. Nunca nada me parecerá justificarlo. Cuando, adolescente, hacía el amor apoyado en la pared, y me decía acerca de ellos - sabes, te lo he contado

Lo que prefiero de la tarjeta postal es que no se sabe lo que está delante y lo que está detrás, aquí o allá, cerca o lejos, el Platón o el Sócrates, el anverso o el reverso. Tampoco lo que importa más, la imagen o el texto, ni dentro del texto, el mensaje o el texto al pie, o la dirección. Aquí, en mi apocalipsis de tarjeta postal, hay nombres propios, S. y p., arriba de la imagen, y la reversibilidad se desata, se vuelve loca

te lo dije, la loca eres tú -de atar. De antemano trastocas todo lo que digo, no entiendes nada, pero ahora sí que nada, nada de nada, o más bien todo, que enseguida anulas, y ya no puedo parar de hablar

¿Se equivocó, o qué, ese Matthew Paris? ¿Equivocarse de nombre como de sombrero, poniendo el de Sócrates sobre la cabeza de Platón y viceversa? Por encima del sombrero, más bien, plano o puntiagudo, como un paraguas esta vez. Del nombre propio como arte del paraguas. Esta imagen tiene algo de una escena cómica. Cine mudo, cambiaron de paraguas, el secretario tomó el del patrón, el más grande, notaste la mayúscula del primero, la minúscula del otro rematada además por un pequeño punto sobre la p. Sigue después una intriga de largo, muy largo metraje. Estoy seguro de que aún no entiendo nada de esta iconografía, pero eso no contradice mi certidumbre de haber sabido desde siempre lo que relata en secreto (algo así como nuestra historia, al menos una enorme secuencia a partir de la cual nuestra historia puede ser deducida), lo que en ella

ocurre y prescindir del saber. Un día buscaré lo que nos sucedió en ese *fortune-telling book* del siglo xiii, y cuando estemos solos, lo que nos espera

Me dijiste por teléfono, como para echarme, y para echarme en cara lo que yo mismo te había dicho en esa famosa galería

que soy tu “superyó”, aterrador (qué pendejada, permíteme señalarlo) y que por eso siempre me dirás “vete” cuando yo digo “ven”. Oyeme, tú, ¿pretendes acaso deshacerte del superyó y quedarte conmigo? No, ya sé que es más serio que eso, y algo semejante me ocurre a mí. Todo porque no quisiste quemar las primeras cartas. El “superyó” se instaló allí, eligió morada en ese pequeño cofre de madera. Te lo di muy pronto, vaya regalito tan siniestro, con una especie de sosiego lleno de reconocimiento pero presintiendo lo peor. En ese preciso instante tejimos nuestra neurosis como quien teje un capullo, como quien teje un enredo, muy suave pero muy enredoso, con celos. Tú misma me explicaste, cierto, que empieza con la primera carta

Como te lo dije por teléfono hace un rato, es inútil escribirme acá, no me quedo el tiempo suficiente, ni siquiera a la lista de correos de Londres. Te envío el calendario aparte (¿se le dice a eso “*pli separé*”, “en sobre aparte”?).

Había dejado la puerta de la cabina telefónica abierta, pero aquél no volvió. Haciendo caso de tu sugerencia, me le puse de apodo Elías, tú conoces el secreto. Había leído en su mirada que era un pordiosero de lo imposible

6 de junio de 1977.

No te he contado, no hubo tiempo, cómo ocurrió el otro día el encuentro con Sócrates y Platón. La víspera, pues, seminario (en Balliol, en torno a *La différence*, diez años después de la conferencia que dicté aquí mismo al respecto, había que escuchar entonces el silencio lleno de confusión, la cortesía ofuscada, y había que ver las caras de Ryle, Ayer y Strawson, bueno, + “filosofía y literatura”, tema del seminario de Alan Montefiore y Jonathan Culler del que ya te he hablado + *Limited inc., and so on*, te escribo cartas de viajante de comercio esperando que oigas la risa y el canto -los únicos (¿los únicos qué?) que no se envían, ni las lágrimas. Sólo me interesa en el fondo lo que no se expide, no se despacha de ninguna manera). En inglés: más que nunca fingí hablar, o pensar al mismo tiempo lo que decía... Después, sobre el césped donde continuó la discusión, extraviada al seguir cambios de rumbo tan imprevisibles como inevitables, un joven estudiante (muy hermoso) creyó provocarme y, supongo, seducirme un poco preguntándome por qué no me suicidaba. A su juicio, era la única manera de llevar más allá (“*faire suivre*”, en sus propias palabras, cual una carta) mi “discurso teórico”, la única manera de ser consecuente y de producir un acontecimiento. En vez de argumentar, de remitirlo a esto o aquello, me fui por la tangente, ya te contaré, devolviéndole su pregunta, dándole a entender que debería de saborear junto conmigo el interés que visiblemente mostraba, en ese mismo momento, por esa cuestión que de hecho yo atendía con otros, entre ellos yo. *En privado*. ¿Y qué pruebas tiene, le dije, si mal no recuerdo, de que no lo hago, y más de una vez? Te hago la misma pregunta, a través del mismo correo. Mira, ya ni siquiera me lo mandan

decir, esa idea (de que debería suicidarme, y sin esperar demasiado, sin hacerlos esperar demasiado) parece estar bastante difundida hoy en día, me atrevería a decir que en el mundo,² en los diarios (fíjate en ciertos titulares), en todo caso en la literatura: acuérdate de *Lord B.*, la proposición es explícita, y

tú misma, me cuidarías mejor y pienso enternecido en todos esos inocentes, en todos esos votos de inocencia.

Vuelvo a Platón y Sócrates. Entonces, ayer, Jonathan y Cynthia me conducen por la ciudad. Los quiero, él trabaja sobre una poética del apóstrofe; mientras caminamos ella me cuenta sus proyectos de trabajo (la correspondencia durante el siglo xviii y la literatura libertina, Sade, toda una intriga de escritura que no puedo resumirte, y luego Daniel Deronda, de G. Eliot, una historia de circuncisión y de *double-reading*) y damos vueltas en el laberinto entre los colegios. Sospecho que tenían todo previsto. Ellos ya la conocían. No, no la ciudad, sino la tarjeta que te envió, esa increíble representación de Sócrates (si es que realmente es él) dando la espalda a Platón para escribir. La habían visto antes y podían fácilmente prever la impresión que me causaría. El programa estaba listo y funciona. ¿Fue todo esto prescrito por ese misterioso *fortune-telling book*? Fíjate bien en Sócrates firmando su sentencia de muerte, por órdenes de Platón su hijo celoso, luego coloca suavemente sobre el aparato *Selva morale* (cara 4, ¿recuerdas?) y no te muevas más, hasta que yo llegue en ti

Acabo estas líneas en la calle, pongo a Platón y Sócrates en el correo antes de que pasen a recogerlo, continuaré escribiéndote más al rato sobre una de las camas, en el reverso de la misma tarjeta, te escribo todo el tiempo, sólo eso hago, sólo eso me interesa todo el tiempo mientras no puedo verte o dejar el canto, solo

no se lo figuran, como mi "suicidio" -encaminándome, me oyes, hacia ti. *Et je me trie**

6 de junio de 1977.

de esta exclusión atroz que les imponemos a todos -y a todo lector posible. La tierra entera. La peor de las "soluciones finales", sin límites, eso es lo que declaramos tú y yo al cifrarlo todo, hasta nuestra indumentaria, nuestros pasos, lo que comemos, y no sólo los mensajes como ellos dicen, lo que decimos, escribimos, "significamos", etc. Y sin embargo lo contrario no deja de ser verdad. Todos esos excluidos nunca han estado más vivos, inclusive hostigadores, diría yo, como el pordiosero autoritario de la otra tarde con el cual me comunicaba intensamente a través del cristal en el preciso instante en que estaba vuelto hacia ti, siguiendo con mis manos

¿Crees que haya estaciones de escucha? ¿Que alguien abra nuestras cartas? No sé si semejante hipótesis me aterroriza o si la necesito Jonathan y Cynthia permanecían cerca de mí a un lado del escaparate, de la mesa más bien donde

² Hay aquí en francés un juego de palabras en torno a *le monde* ("el mundo"), que podría leerse también como una alusión al prestigiado diario *Le Monde*. [T.]

* *Je me trie* ("me clasifico") o *je me tue* ("me mato"), la letra impide discernir entre ambas posibilidades.

extendida, bajo el vidrio, en un féretro transparente, entre centenares de reproducciones ahí expuestas, esa tarjeta había de saltarme a la vista. Ya sólo tenía ojos para ella pero eso no me impedía sentir cómo, muy cerca de mí, Jonathan y Cynthia me observaban de reojo, me miraban ver. Como si acecharan para terminar los efectos de un espectáculo puesto por ambos en escena (acaban más o menos de casarse)

No sabía yo dónde meterme. ¿Cómo mirar al fondo de tantos rectángulos entre las piernas de Sócrates, si acaso es él? Sigo sin saber ver lo que hay que ver. Da la impresión (mira del otro lado, voltea la tarjeta) de que Plato, si acaso es él, tampoco ve, ni siquiera intenta quizá saber, mirando a otra parte y a la lontananza por encima del hombro del otro, lo que S. está en vías de, sí, en vías de escribir o de raspar sobre un último rectángulo pequeño, un último pequeño en medio de todos los demás (cuéntalos, son al menos 23). Ese último pequeño es el más "interior" de todos, parece virgen. Es el área de escritura de Sócrates y te imaginas la misiva o la carta rectangular, la tarjeta postal de Sócrates. ¿A quién crees que le escriba? Para mí eso resulta siempre más importante que saber qué se escribe; por cierto, creo que da lo mismo, en fin, lo otro. Y plato, mucho más pequeño, se yergue detrás de Sócrates, con un pie en el aire como si quisiera ponerse a la altura o como si corriera para tomar un tren en marcha (eso es exactamente lo que hizo, ¿no?). A no ser que en realidad empuje un cochecito de niño, o de anciano, o de inválido (*Gängelwagen*, para dar el ejemplo, como dirá el gran heredero de la escena). Voltéala muy rápidamente: Plato toma vuelo sobre una patineta (si no te es fácil ver la escena, oculta a Sócrates, y multiplica los accesorios para ocultar, ponlos en movimiento, muévelos en todos sentidos, aísla las partes de cada personaje y haz pasar la película), Plato cobrador de tranvía en un país pobre, se halla sobre el estribo y empuja a los jóvenes hacia dentro en el momento de arrancar. Los empuja por la espalda. Plato chofer de tranvía, con el pie sobre un pedal o sobre la palanca de la señal sonora (bastante señala por sí mismo, ¿no te parece?, con ese dedo en alto) y conduce, conduce evitando el descarrilamiento. En lo alto de las escaleras, sobre el último escalón, llama el elevador

me acusas
siempre, dices que "deliro", y bien sabes por desgracia lo que eso significa según nuestro código

jamás he delirado tanto

pierdo la voz de tanto llamarte, háblame, dime la verdad.

6 de junio de 1977.

celoso también de ese Matthew Paris al que no conozco. Ganas de despertarlo para charlar con él en torno a todas las desveladas entre nosotros. La tarjeta me pareció enseguida, cómo decirlo, obscena. Obscena, entiendes, en cada uno de sus trazos. El trazo en sí es indiscreto; esboce lo que esboce, represente lo que represente, es indecente (amor mío, libérame del trazo). Y para esos trazos obscenos inmediatamente me dieron ganas de levantar un monumento, o un castillo de naipes, suntuoso y frágil, tan poco duradero, tan ligero como lo que a veces he tenido que dejar venir para hacerte reír (los mejores recuerdos de nosotros, de mi vida quizá, entre los éxtasis, aquello de lo que tontamente me jacto más, como una gracia, la única, que habría yo realmente merecido). El espectáculo es

demasiado asombroso y sigue siendo inaccesible para mí. No puedo ni mirar ni abstenerme de mirar, únicamente especular, delirar, dirías tú nuevamente. Más tarde otros intentarán una lectura científica y competente. Ya debe de existir, aletargada en el archivo, reservada a los escasos sobrevivientes, a los postreros guardianes de nuestra memoria. Por ahora, yo te digo que veo cómo a Plato se le para a espaldas de Sócrates y cómo el ubris insensato de su pito, una erección interminable, desproporcionada, atraviesa como una sola idea la cabeza de Paris y la silla del copista antes de deslizarse suavemente, calentito todavía, bajo la pierna derecha de Socrates, en armonía o sinfonía de movimiento con ese haz de falos, las puntas, plumas, dedos, uñas y raspadores, inclusive las escribanías que apuntan hacia la misma dirección. La di-rección, la dierección de esa pareja, de esos viejos locos, de esos pilluelos a caballo, somos nosotros, de todas maneras, *a priori*, (llegan encima de nosotros) estamos acostados de espaldas en el vientre de la yegua como dentro de una enorme biblioteca, y cabalgando, cabalgando, de vez en cuando volteo de tu lado, me acuesto encima de ti y adivinando, reconstituyéndolo a través de toda clase de cálculos y conjeturas azarosas, dibujo en ti el plano de sus desplazamientos, de los que indujeron con el más ligero movimiento de pluma, jalando apenas el bocado a su montura. Luego sin soltarme me levanto de nuevo

¿Qué sucede bajo la pierna de Socrates, reconoces ese objeto? Se hunde bajo las olas que forman los velos en torno a las nalgas rollizas, ves la doble redondez, bastante inverosímil, se hunde recto, rígido, como la nariz de un torpedo, para electrocutar al viejo y analizarlo bajo narcosis. ¿Sabes? A ambos les interesaría mucho ese animal paralizante. ¿Acaso lo hace escribir, paralizándolo? Todo esto, que ignoro o me resisto a ver todavía, vuelve también de lo hondo de las aguas de mi memoria, un poco como si hubiera dibujado o grabado la escena, desde el primer día cuando, en un liceo de Argel seguramente, escuché hablar de esos dos. ¿Se dará cuenta la gente (no hablo de los "filósofos" ni de los que leen a Platón) de hasta qué punto ese viejo par ha invadido nuestra domesticidad más íntima, metiéndose en todo, participando en todo, y haciéndonos asistir desde hace siglos a sus anaparálisis colosales e infatigables? ¿Uno en el otro, uno ante el otro, uno tras el otro, uno detrás del otro?

Desde siempre sé que estamos perdidos, y que respecto de ese desastre tan inicial se ha abierto una distancia infinita

esa catástrofe, muy cerca del comienzo, ese vuelco repentino que aún lo logro pensar fue la condición de todo, ¿no es así?, la nuestra, nuestra condición misma, la condición de todo lo que nos fue dado o de lo que mutuamente nos hayamos destinado, prometido, entregado, prestado, ya no sé

nos hemos perdido - uno al otro ¿me oyes? (imagino la computadora en una estación de escucha, intentando traducir o clasificar esta frase. Que siga esperando, y nosotros también: ¿quién perdió al otro al perderse?

Un día, hace años, me escribiste esto, que conozco de memoria, yo, el amnésico, bueno, poco más o menos: "es curioso comprobar que generalmente no contesto a tus cartas, ni tú a las mías o bien deliramos, cada uno por su lado, para nosotros mismos.

¿Esperamos una respuesta u otra cosa? No, puesto que a final de cuentas no pedimos nada, no, no hacemos ninguna pregunta. La súplica

“ . Bueno, te llamo más tarde. Lo sabes todo,
antes que yo
siempre irás antes que yo.

6 de junio de 1977.

Entonces te perdí de vista. Y tú ¿dónde me “ves” cuando me hablas, cuando me tienes, como dices, del otro lado de la línea telefónica? ¿A tu izquierda, a tu derecha, a un lado o enfrente, delante, detrás, de pie, sentado? Por mi parte acecho los ruidos que te rodean en la habitación, intento sorprender lo que miras o lo que te mira, como si alguien rondara por allí donde estás, tal vez yo llegado el caso, y con frecuencia dejo de poner atención a lo que dices para que el timbre resuene solo, como en un idioma cercano de tan extranjero y del que no entiendo nada (esta situación podría perfectamente ser la que me tiene junto a ti, atado de tu hilo), y entonces estoy acostado de espaldas, directamente sobre el suelo como en los grandes momentos que tú ya conoces, y aceptaría la muerte sin el menor murmullo, desearía su llegada

y lo imagino incapaz de volverse hacia Plato. Le hubiera sido prohibido. Él está en análisis y debe firmar, en silencio, puesto que Platón habrá conservado la palabra; ¿firmar qué? pues bien, un cheque, si quieres, a la orden del otro, ya que debió pagar caro, o bien su propia sentencia de muerte. Y para empezar, de paso, la orden de comparecer que se expide él mismo obedeciendo al otro, su hijo o su discípulo, ése que tiene a sus espaldas y que la habrá hecho de abogado del diablo. Pues finalmente Platón lo dice él mismo, ese signo de muerte se lo envió él mismo, se lo buscó, se precipitó en él sin mirar hacia atrás.

y en la fase homosexual posterior a la muerte de Eurídice (y que entonces según yo le es anterior

) Orfeo ya no canta, escribe y vuelve a lo mismo con Platón. Dese Ud. cuenta, todo en nuestra cultura bildopédica, en nuestra política de lo enciclopédico, en nuestras telecomunicaciones de todo tipo, en nuestro archivo telematicometafísico, en nuestra biblioteca, por ejemplo la maravillosa Bodleian, todo se halla construido sobre la carta protocolaria de un axioma que podría ser demostrado, expuesto sobre una enorme carta, una tarjeta postal, claro, de tan simple, elemental, breve estereotipia acobardada (sobre todo no decir ni pensar nada que desvíe, que entorpezca la telecom.). La carta establece en contrato lo siguiente, así de tonto, tal parece: Sócrates viene antes de Platón, hay entre ellos - y en general - un orden de generación, una irreversible secuencia hereditaria. Sócrates está antes, no delante sino antes de Platón, y por ende detrás de él, y la carta nos ata a ese orden: he aquí cómo orientarse en el pensamiento, aquí está la derecha y aquí está la izquierda, camina. Sócrates, el que no escribe, como decía Nietzsche (¿cuántas veces te repetí que ése a mí me parecía también, a veces o incluso siempre, un poco ingenuo visto así a la ligera, *sur les bords?*; ¿recuerdas esa fotografía suya, con ese aire de “gordo amable”, al principio en todo caso, antes del “mal”, antes del desastre?). Nietzsche no entendió nada de la catástrofe inicial, al menos de ésta porque de

las demás sí sabía. Creyó como todo el mundo que Sócrates no escribía, que venía antes de Platón, quien escribía más o menos lo que él dictaba y por ende lo dejaba escribir solo, como dijo en alguna parte. Desde ese punto de vista, N. le creyó a Platón y no trastocó nada. Todo el “trastocamiento” permaneció incluido en el programa de semejante credulidad. Es cierto *a fortiori*, según un *a fortiori* cada vez diferente y listo para irse al diablo de otra manera, en lo que a Freud y Heidegger respecta.* Ahora bien, mi tarjeta postal, mientras la desvarío o mientras la envío, en medio de estos celos que siempre me han espantado a mí mismo, mi tarjeta postal lo trastoca todo, ingenuamente. Alegoriza, en todo caso, lo catastróficamente no sabido de la orden. Por fin se empieza a no entender qué quiere decir venir, venir antes, venir después, prevenir, volver a venir - y la diferencia de generaciones, y luego heredar, escribir su testamento, dictar, hablar, escribir bajo dictado, etc. Por fin podremos amarnos

Todo ello implica, y no es a Ud. a quien tendré que hacérselo saber, consecuencias políticas. Resultan todavía difíciles de calcular

“Tremos un día a Minos”.

Agrego unas cuantas postales, como de costumbre. ¿Por qué prefiero escribir sobre las tarjetas? Primero, por el soporte, quizá, es más rígido, el cartón resiste mejor, conserva, aguanta las manipulaciones; además, delimita y justifica, desde fuera, por sus orillas, la indigencia de lo dicho, la insignificancia o los azares de la anécdota [sic]

* Debo señalarlo ahora mismo: el 22 de agosto de 1979 por la mañana, siendo aproximadamente las diez, mientras pasaba a máquina esta página con miras a la presente publicación, sonó el teléfono. Los Estados Unidos. La telefonista norteamericana me pregunta si acepto un “collect call” (léase: llamada por cobrar) de parte de Martin (y pronuncia Martín o martini) Heidegger. Como suele suceder en esas situaciones que me son familiares, pues yo mismo tengo que llamar *collect*, oía voces que creí identificar del otro lado de la línea intercontinental: me están escuchando y están vigilando mi reacción. ¿Qué va a hacer ante el *ghost* o el *Geist* de Martin? No puedo resumir aquí toda la química del cálculo que rápidamente me llevó a rechazar la llamada (“It’s a joke, I do not accept”) después de haber hecho repetir varias veces el nombre de Martini Heidegger, con la esperanza de que el autor de la broma se diera por fin a conocer. En suma, ¿quién paga? ¿el remitente o el destinatario? ¿quién debe pagar? Es una pregunta muy difícil, pero aquella mañana pensé que no debía pagar, que sólo pagaría al añadir esta nota de agradecimiento. Sé que sospecharán que lo he inventado todo, porque es demasiado hermoso como para ser verdad. Pero ¿qué puedo hacer? Es rigurosamente cierto, de principio a fin, la fecha, la hora, el contenido, etc. El nombre de Heidegger ya estaba escrito, después de “Freud”, en la carta que estoy pasando a máquina. Es cierto, y puede demostrarse si alguien se toma la molestia de llevar a cabo la investigación: hay testigos y un archivo postal del asunto. Hago un llamado a los testigos (esos enlaces entre Heidegger y yo) para que se den a conocer. Todo lo anterior no debe llevar a creer que no existe comunicación telefónica alguna entre el fantasma de Heidegger y yo, entre algunos otros y yo. Al contrario, mi red de conexiones, y aquí tienen una prueba de ello, se halla más bien saturada, y haría falta más de una central telefónica para digerir el exceso. Sencillamente, y lo digo dirigiéndome a mis interlocutores de aquella mañana (con los que después de todo lamento un poco no haber hablado), mi relación privada con Martin no transita por el mismo conmutador.

Tengo tanto que decirte y todo tendrá que ajustarse a instantáneas de tarjeta postal - y dividirse allí enseguida. Cartas por pedacitos, rotas de antemano, recortadas, vueltas a cortar y cotejar. Tanto que decirte, pero todo y nada, más que todo, menos que nada - decirte es todo, y una tarjeta postal lo soporta perfectamente, no debe ser sino un soporte desnudo, decirte a ti, a ti sola, desnuda. Lo que mi imagen

Vas a pensar que venero esa escena catastrófica (mis nuevos fetiches, el "hit" del verano): Plato de maestro en erección tras el alumno Sócrates, por ejemplo, y al decir "catastrófico", pienso, claro, en el trastocamiento y en las relaciones invertidas, pero también, repentinamente, en el apótrope y en lo apostrófico: p. un padre más pequeño que su hijo o que su discípulo, llega a ocurrir, p., a menos que se trate de S. al que se parece tanto, endemoniadamente, p., pues, lo enseña, a S., lo enseña (a terceros) y al mismo tiempo le enseña la vía por seguir, lo envía, y al mismo tiempo lo increpa, y eso siempre equivale a decir "vete" o "ven", *fort, da. Fort/da* de S. y p., allí está, toda esta ontología de tarjeta postal. Lo que deja extrañamente sin explicación, es el hecho de que se dirige, él mismo, a S. o a otros más allá de S., pero cómo saber

plato/Sócrates, a o/o a. Fíjate bien en sus caras como carretes, el casco de Platón plano como un plato y la a de Sócrates que imita con el nombre por encima de la cabeza la forma misma de su capucha. Todo lo anterior me parece muy profiláctico, preservativo, hasta el punto sobre la pequeña p. Pero ¿quiénes son? S es p, mi ecuación tiene dos incógnitas. Siempre me ha encantado ese fragmento de *Más allá del principio de placer* donde, después de tantas hipótesis laboriosas y tantos rodeos inútiles, Freud termina por declarar, con un tono de aparente incomodidad en el que sin embargo siempre me ha parecido adivinar cierta satisfacción maliciosa: el resultado al que por fin hemos llegado es que en lugar de una incógnita tenemos dos. Como si de alguna manera eso pudiera ser registrado como un beneficio. Registra, mira, fíjate en esa palabra, Sócrates lleva un registro (a escondidas, de lo que el otro, el torpedista, le robó, de los fondos que desvió, de la moneda falsa que a su efigie mandó imprimir. A menos que la efigie sea aquí la de los dos mayores falsificadores de la historia, compinches preparándose a emitir para que nosotros sigamos al pendiente, firmando cheques y letras de cambio al infinito. De antemano nos imponen todo, gravan, obliteran sellos, a su propia efigie, y de ti a mí

Quisiera no dirigirme derecho, directamente, sin correo, sino a ti, pero no lo logro y eso es lo más hondo de la desgracia. Una tragedia, amor mío, de la destinación. Todo se torna una vez más tarjeta postal, legible para el otro, aunque no entienda nada. Y si no entiende nada, seguro en el momento de lo contrario, puede sucederte, a ti también, puedes no entender nada, y entonces a mí también, y entonces no llegar, quiero decir, a tu lugar de destino. Quisiera llegarte, llegar hasta ti, mi único destino, y corro corro y caigo todo el tiempo, de zancada en zancada, porque habrá existido, tan pronto, mucho antes que nosotros

De haberme hecho caso, lo hubieras quemado todo y no hubiera ocurrido nada. Al contrario, quiero decir que algo indeleble hubiera ocurrido, en lugar de esta desdicha sin fondo en la que moriremos. Pero resulta injusto decir que no me hiciste caso, puesto que

escuchaste la otra voz (ya éramos multitud en ese primer sobre) pidiéndote no quemar, quemarlo para salvar. Nada llegó a ocurrir porque quisiste conservar (y por ende perder), lo que en efecto era el sentido de la orden llegada detrás de mi voz, recuerdas, hace tantos años, en mi primera carta “verdadera”: “quémalo todo”. Me contestaste inmediatamente, al día siguiente, y tu carta terminaba así: “La carta termina con la exigencia de ese supremo goce: deseo de ser desgarrada por ti” (eres experta en equívocos y me gustó que me dejaras atribuir ese deseo a la carta, luego agregabas) “Ardo. Tengo la tonta impresión de ser te fiel. Conservo sin embargo de tus frases ciertos simulacros [más tarde me los mostraste]. Despierto. Me acuerdo de las cenizas. Qué suerte, arder, sí, sí,

“. Tu deseo ordenó, mandó, hizo llegar a su destino todo lo que temíamos. Y lo que nos perdió, fue el que hayas querido la generalidad: a eso le llamo yo un niño. Si ya hubiéramos podido morir, uno u otro, nos hubiéramos conservado mejor. Recuerdo haberle dicho a alguien, muy al principio de nuestra historia, sin embargo: “*I’m destroying my own life*”. Y cabe añadir: cuando escribí por primera vez “quémalo todo”, no fue ni prudencia ni gusto por la clandestinidad, ni afán de conservación interior, sino lo que era preciso (la condición, el dato) para que la afirmación renaciera a cada momento, sin memoria. Volver imposible la anamnesis, simbólicamente, claro, de allí la trampa. En ese mismo movimiento (¿muy sinceramente?) te decía, me gustaba decirte que me gustaba aprobar tu deseo aunque no estuviera dirigido hacia mí. Estaba completamente loco, fuera de mí, pero ¡qué afortunado! De entonces para acá nos hemos neuronecrosado de nuevo, era rico, también, pero ahí tienes

En aras de ser fiel a la petición secreta, quisiste conservar, conservar, yo también, y henos aquí privados de todo. Sueño aún con un segundo holocausto que no llegue demasiado tarde. Sábetelo que permanezco dispuesto, en eso consiste mi fidelidad. Soy un monstruo de fidelidad, el infiel más perverso.

La primera catástrofe es ese archivo ruin que lo pudre todo, esa descendencia donde todo se viene abajo

No sé cuando regreso, el lunes o el martes, te llamaré, y si no puedes venir a esperarme a la estación, yo

8 de junio de 1977.

y te concedo mis ganas –*envie*, encontraste la mejor palabra - de inmortalizar esta tarjeta pueden parecer sumamente sospechosas. Primero, porque seguramente habían sido programadas por los dos impostores, por la escena que entre ellos se desarrolla, de la que París se convirtió en *voyeur* o en el primer *dévoyeur*, también puedes decir, *fourvoyeur* o *pourvoyeur*³ (“*purveyor of truth*”, ésa fue la traducción que eligieron para “*Le facteur de la vérité*”) o incluso en el revelador, pero para eso tuvo que participar. El programa de ambos impostores consiste en tener, ellos también, un hijo mío. Hecho a mis espaldas.

³ Hay aquí un juego de palabras en torno al sufijo *voyeur* (“mirón”). Etimológicamente, *pourvoyeur* (“proveedor”) pertenece al campo semántico de “ver”, mientras que *dévoyeur* y *fourvoyeur* (neologismos que podrían ser respectivamente traducidos como “desviador” y “extraviador”) remiten más bien a “vía”. [T.]

La emisión de sentido o de simiente puede ser rechazada (sello, timbre, y retorno al remitente). Imagina el día en que, como ya lo he hecho yo, se pueda enviar esperma en una tarjeta postal, sin pasar por un cheque a cuenta de banco de esperma alguno, y que permanezca suficientemente vivo como para que una inseminación artificial dé lugar a la fecundación, e inclusive al deseo. Pero, estimada amiga, pruebe Ud. que no se trata de una tragedia normal, tan añeja como Matusalén, más añeja que nuestras técnicas más inquietantes.

La confesión *imposible* (a la que nos arriesgamos, la que el otro que llevamos dentro supo arrebatarnos mediante ese atroz chantaje de amor verdadero), me imagino que sólo puede ser hecha a los niños, para los niños, los únicos que no pueden soportarla (dentro de nosotros, claro está, pues a los niños “reales” puede también importarles un pito) y son por ende los únicos en merecerla. A un adulto puede confesársele todo, por consiguiente todo y nada.

Al diablo el niño, no habremos charlado más que de eso, el niño, el niño, el niño. El mensaje imposible entre nosotros. Un niño, es algo que no debería poder enviarse.

Nunca será, nunca *debería* ser un signo, una letra, hasta un símbolo. Los escritos: niños mortinatos que nos enviamos para que no se hable más - precisamente porque a los hijos los quiere uno oír hablar solos. Bueno, eso dicen los dos viejos.

Les gusta la *adresse*, la destreza y la dirección. Yo tengo demasiadas, demasiadas destrezas y direcciones. De ese mal reviento.

Supón que le hayamos puesto a uno de nuestros innumerables hijos (posibles) un nombre maldito, un nombre de maldición, el nombre de pila de alguien que fuera en nosotros algo así como la herida siempre abierta (por ejemplo

), cómo lo hubiéramos querido. La herida no puede tener (no debería tener) más que un nombre propio. Admito que amo -a ti- por eso: dejas en mí una herida que no quiero substituir.

Y ellos creen que somos dos, anhelan a toda costa, sin saber contar, aferrarse a esa necesidad. Dos, ni más ni menos. Te veo sonreír conmigo, dulce amor mío.

Te envío siempre las mismas tarjetas. S. escribe sobre su pupitre de escriba medieval como sobre un falo o una chimenea. Es difícil saber si tales objetos le pertenecen pero se agita sobre su montura, con ambas manos. La izquierda, probablemente un raspador, irrita el soporte, la otra moja. Dos manos, el bloque mágico (lo destina, cual tarjeta postal, al otro viejo barbón que quiso volver a lo mismo, la anamnesis, veinticinco siglos más tarde, y que, sin decir agua va, borra sin embargo a Sócrates de la escena del Banquete [*weg! fort!*]). Borra con una mano, raspa, y con la otra raspa de nuevo, mientras escribe. ¿Dónde habrán almacenado toda esa información, todo lo que ése raspó y raspó? La cuestión ameritaría un foro abierto en *le Monde*.

No pude contestar hace un rato, por teléfono, me duele demasiado. La “decisión” que me pides una vez más es imposible, lo sabes. Te toca a ti, te la devuelvo.

Hagas lo que hagas, estaré de acuerdo contigo, y lo estaré desde el día en que quedó claro que nunca entre nosotros ningún contrato, ninguna deuda, ninguna custodia bajo sello, ninguna memoria inclusive nos ataría -inclusive ningún hijo.

Obviamente fue también el día de la fianza más sagrada, por eso mismo, pero en el momento en que el motor daba vueltas, recuerdas, la primera velocidad ya estaba funcionando y nos miramos por la ventanilla, nos dijimos (cada quien para sí y cada quien al otro en silencio, nos lo dijimos más tarde en voz alta, tantas veces y de tantas formas) que la ausencia de memoria y la fe sin juramento serían la suerte, la condición. Era también un juramento. Naturalmente, nunca lo *acepté*, ni tú tampoco, no era posible, pero aún lo deseo, lo que ama en mí, lo único que sabe amar, no hablo de los demás, lo desea todavía y con ello concuerda. Reviento, claro está, pero de otra manera sería peor todavía.

Acepto, tal será mi firma a partir de ahora, pero no te preocupes, no te preocupes por nada. Nunca te desearé mal alguno, entiende bien esa palabra letra por letra, es mi nombre, que *acepto*, y podrás contar, contar con él como sobre las claridades mayúsculas, viniendo de ti lo acepto todo.

8 de junio de 1977.

es el nombre, como una salva de tarjetas postales, siempre la misma que arranca de nuevo, quemando sus estrofas, una tras otra probando hasta ti su suerte. Apenas acabo de poner en el buzón la anterior, para no perderme de la recogida del correo cuando se presenta, y heme aquí de nuevo de pie escribiéndote, de pie a mitad de la calle, de pie con tanta frecuencia, sin poder esperar - y lo hago como una bestia, y en ocasiones hasta recargado en un árbol. Pero también es que me gusta escribir, a ti, de pie y aceptar ser sorprendido mientras lo hago, exactamente la situación que rechazo en bloque cuando se trata de escribir otra cosa, para otros y para publicarles. Y al mismo tiempo, sabes que no me gusta escribirte estos fragmentos miserables, estos puntitos perdidos en nuestro inmenso territorio, que apenas permiten verlo, imaginarlo incluso, que lo ocupan tan brevemente como el punto sobre la I, un solo punto para una sola I, infinitamente pequeño en un libro infinitamente grande. Pero (apenas puedo soportarlo, aguantar este pensamiento con palabras) el día en que ya no sepa hacerlo, cuando ya no me dejes poner los puntos sobre mis íes, el cielo se me caerá encima y la caída no tendrá fin, me extenderé en el otro sentido

de mi soporte. Me lo dijiste un día, creo, escribo siempre *sobre* el soporte, directamente sobre el soporte pero también en torno a él. Resultado previsible, lo deforme, emprendo su destrucción mientras lo muestro, a él, en el proceso de *ser lo* que se destruye, cae hecho pedazos, *piéces* un poco teatrales, luego se incinera ante tus ojos y ya no quedan sino tus ojos. Tú entiendes que ésa es la insoportable partición del soporte. Hay razones para no soportarla y lo entiendo perfectamente en la medida en que soy razonable, como tú y como todo el mundo, pero justamente está en juego la razón. Bueno.

Por ejemplo si escribo *sobre* tarjetas postales, pues escribo sobre las tarjetas postales. "Yo" empieza también por una reproducción (mira, acabo de escribir reproducción: ¿has notado que cometo cada vez

más errores extraños, el cansancio o la edad, a veces la ortografía se deshace, la escritura fonética vuelve con mayor fuerza, como en la guardería donde por cierto no me sucedía, sólo les ocurría a otros a quienes confusamente despreciaba -además de los lapsus o los "slips", obviamente). Y mediante una reproducción reproducida también en serie, siempre la misma imagen sobre otro soporte, pero un soporte idéntico, difiriendo únicamente *numero*. ¿Desde cuándo existe la tarjeta postal "propiamente dicha"? ¿Lo sabes? El diecinueve, necesariamente, junto con la fotografía y el timbre, a menos que... Ganas de escribir pero primero de reunir una enorme biblioteca sobre el correo, las instituciones postales, las técnicas y costumbres de la telecomunicación, las redes y las épocas de la telecomunicación a lo largo de la historia -pero justamente, la "biblioteca" y la "historia" no son acaso sino "postas", lugares de paso o relevo entre tantos otros, estasis, momentos o efectos de estancia, y también representaciones particulares, cada vez más estrechas, secuencias cada vez más cortas, proporcionalmente, de la Gran Red telemática, de la *worldwide connection*. ¿Qué sería nuestra correspondencia,

y su secreto, lo indescifrable, en ese
archivo aterrador?

El deseo de vencer el principio postal: no para acercarte al fin y arrebatarte, arrebatarte al fin la victoria al alejamiento, sino para que me sea concedido, por ti, el alejamiento que me ataño.

¿Crees tú que en algo nos ataño lo que sucedió entre S y p? Aparentemente, pero es tan sólo una imagen, tienen la mirada puesta en otra parte, nunca hubo lugar para nosotros en su pensamiento.

9 de junio de 1977.

Plato quiere emitir. Artificialmente, técnicamente, emitir simiente. Sócrates, vaya demonio, empuña la jeringa. Llenar de simiente la tierra entera, enviar la misma tarjeta fértil a todo *mundo*. Una pancarta que traemos en la espalda y que nunca podremos realmente mirar. Por ejemplo, a ese pobre Freud, Platón, vía Sócrates, vía todos los destinatarios que se hallan sobre el camino de Occidente, los relevos, los recaderos, los lectores, los copistas, los archivistas, los guardianes, los profesores, los escritores, los carteros, pues, Platón le cuelga su pancarta y Freud la trae en la espalda, ya no puede deshacerse de ella. Resultado, resultado, pues no es tan sencillo y lo-demuestro-en-mi-libro, Platón es entonces el heredero, para Freud. Quien finalmente le hace a Platón casi la misma jugarreta que éste le hizo a Sócrates. A eso le llamo yo una catástrofe.

9 de junio de 1977.

alejarme *para* escribirte. Si ahora te envío siempre la misma tarjeta, es porque con gusto me moriría, me encerraría por fin en un solo lugar que sea un lugar, y arropado, una sola palabra, un solo nombre. La imagen única entonces se apoderaría de mi cuerpo inmóvil, acostado, luego lentamente

lo que me hayas devuelto

ahora sabes desde qué catástrofe, desde
qué desastre ese deseo mortal de emparedarme en las repercusiones de un nombre, de

dejar latir las sienas con el canto de un nombre, el único. Y de una imagen. La imagen y el nombre son lo mismo. Me diste eso pero quisiera que me cojas sin

El regreso me da miedo e incluso tengo miedo de llamar. ¿Y si no estuvieras, sin haber podido avisarme? Durante los viajes, esos momentos en que soy inaccesible, entre dos “direcciones”, cuando nada con hilo o sin hilo me ata a nada, a ti, muero de angustia y entonces probablemente tú me das (y también me perdonas) el placer que ya está a punto de romper como una ola, lo más cerca posible, al fin sin medida, más allá de todo, lo que nosotros, según dicho éxtasis

teníamos

dos alas, eso es lo que me hace falta

sin tener con qué desplomarse, caer del nido

como una mala carta, la

de perder, cuya cara oculta es preciso enseñar, no sólo al otro sino a sí mismo. Cuando sepa a qué juego estoy jugando conmigo, amor mío. Pero ¿por qué cuando vuelo contigo la angustia no desaparece? Tú, tú sí estás tranquila, miras hacia el paisaje y gozas del exterior como si acabaras de nacer. A veces me pregunto sencillamente si existes y si tienes idea de ello.

Nada de literatura con esto, no contigo amor mío. En ocasiones me digo que eres mi amor: entonces no es más que mi amor, me digo, llamándote así. Y entonces ya no existes, estás muerta, como la muerta de mi juego, y mi literatura se torna posible. Pero también sé -de hecho, constituye para mí, esta mañana, la definición del saber, debería publicarla- que estás mucho más allá de lo que yo repito como “mi-amor”, viva, viva, viva, y así lo quiero, pero entonces me es preciso renunciar a todo, es decir, a que el amor me pertenezca, a que vuelta hacia mí me dejes incluso escuchar lo que digo cuando digo, te digo o me digo mi amor

Al principio, en principio, era lo postal, y nunca hallaré consuelo. Pero finalmente lo sé, tomé nota de ello como de nuestra sentencia de muerte: estaba redactado, según todos los códigos y todos los géneros y todas las lenguas posibles, como una declaración de amor. Al principio lo postal, dirá John, o Shaun o Tristán, y todo comienza por una destinación sin domicilio, la dirección no es ubicable a final de cuentas. No hay destinación, dulce destino mío

entiendes, en el interior de cada signo, de cada marca o de cada rasgo, cabe ya el alejamiento, lo postal, lo que se requiere para que sea legible por otro, por otra que no sea ni tú ni yo, y todo está perdido de antemano, las cartas sobre la mesa. La condición para que eso llegue a suceder, es que termine e incluso que empiece para no llegar a suceder. He allí cómo se lee, y se escribe, la carta de la adestinación. La abyecta literatura está en el camino, te acecha, agazapada en la lengua, y en cuanto abres la boca te despoja de todo, sin dejarte siquiera gozar de haber retomado tu camino, completamente desnudo, hacia la que amas, vivo, viva, viva, allá, ajena al asunto. La condición para que no renuncie a nada y que mi amor me pertenezca, y sea por mí escuchado, es que estés allí, allí, perfectamente viva fuera de mí. Fuera de alcance. Y que me devuelvas

se parece un poco a lo que te decía hace un rato, ¿no? A menos que sea lo contrario pero sabes que contigo nunca releo

Ejemplo: si una mañana Sócrates hubiera hablado en nombre de Platón, si a Platón su destinatario le hubiera dirigido algún mensaje, eso significa también que p. hubiera tenido que poder recibir, esperar, desear, en suma hubiera *llamado* de alguna manera lo que S. le hubiera dicho; por consiguiente, lo que S., tomando dictado, finge inventar -escribe, pues. p. se envía una tarjeta postal (título + imagen), se la reexpidió a sí mismo, o inclusive se despachó a S. Y nosotros nos encontramos, ángel mío tan querido, sobre su trayecto. Consecuencias incalculables. Ve tú entonces a saber si tú, en este preciso instante, en tu nombre

es la catástrofe: cuando escribe, cuando envía, cuando pone en camino, S es p., finalmente ya no es completamente otro que p (bueno, no lo creo, S habrá sido otro, pero con tal de que *solamente* hubiera sido por completo otro, en verdad y por completo otro, no hubiera ocurrido nada entre ellos, y no estuviéramos en éstas, enviándonos sus nombres y sus fantasmas como pelotas de ping pong). pp, pS, Sp, SS, el predicado especular para despacharse al sujeto

Alucinación auténtica ahora mismo: sabes lo que significa, estabas allí. Son las seis y diez ahora, es de noche

10 de junio de 1977. Imposible escribir hoy. Demasiado dolor. Recuerdas: todo había empezado con la alegre decisión de no escribirte más, la única afirmación, la única oportunidad (no más cartas, no más literatura), la condición, lo que es preciso otorgarse para que al fin algo ocurra. Admítelo, admitámoslo: fue un fracaso, el triunfo de la comunicación, pues (en suma, deberíamos no haber comunicado nunca, ni siquiera juntos), de lo negativo y peor, el semifracaso, el semiduelo, el gris, la grisalla

y siempre ese puto correo y las recogidas sobre la banqueta

10 de junio de 1977.

Llego al momento

Volví a olvidar hace un rato la diferencia de horario, seguramente porque sabía que no estarías sola. Te imaginas (me gustaría que lo leyéramos juntos, perdiéndonos en él) el inmenso mapa de las comunicaciones llamadas "inmediatas" (el teléfono, etc., llamémosle telepatía) a través de la distancia y la red de las "diferencias de horario" (todos los puntos rojos prendiéndose al mismo tiempo en nuestro mapa de Europa). Nos las hubiéramos arreglado ambos, esta mañana, una vez metida la primera velocidad, para hablarnos *todo el tiempo*, escribirnos, ver, tocar, comer, beber, enviar, destinar esto o aquello, tú o yo, permanentemente, sin la menor interrupción, sin intervalos, apostándole simplemente a la relatividad, calculando según el desfase universal (¿retirar las cuñas o multiplicarlas?).⁴ *De hecho eso es lo que ocurre*. Entre escribir con una pluma o hablar por teléfono, cuál es la diferencia. Es la palabra. Conozco bien el sistema de objeciones pero no se sostiene, en

⁴ Hay aquí en francés un juego de palabras en torno a *décalage* ("desfase" pero también, de ser posible el neologismo, *dé-calage*, "descuñe" [el hecho de retirar las cuñas]). [‘r.]

suma no va bastante lejos. Ya ves que S. está hablando por teléfono y detrás de él el otro le sopla

Y Freud conectó su línea sobre la contestadora automática del *Filebo* o del *Banquete*. La operadora norteamericana interrumpe e interfiere: Freud no paga lo suficiente, no pone suficientes *quarters* en la máquina. El gran simposio, pues, la escena cómica sobre Europa, Eros en relación telefónica generalizada. El demonio llama, Sócrates descuelga, oye te paso a Freud (cuál es la diferencia, una diferencia de horario sumamente importante) y el demonio habla con Freud, en directo, desde el más allá, como su fantasma que le dice "aquí tienes", *hold on*, ven para acá con tu carrete, no cuelgue, te paso a Heidegger. Yo tiendo a Heidegger al alumno: aquí tienes, toma, entiende, y yo con él, y yo primero, tú también (fíjate, sobre "tender" -lo que se hace, tender, cuando se dice "aquí tienes", está el pensamiento del "*reichen*", "*porrigger*" dicen los traductores de la central francesa de Heidegger- y aquí lo entiendo como "*porridge*" -sobre "tender", es decir, enviar, destinar, *schicken*, etc., *Zeit und Sein*, habrá dispuesto del poder (no Martin Heidegger, no *Zeit*, no *Sein*, sino algo por el lado de *und*, y Heidegger lo explica muy bien), y pues habrá dispuesto del poder de (saber) (pensar) conectar todo de nuevo, de pensar en conectar todo de nuevo, todos los caminos del encaminamiento, todo el *Weg* posible e imaginable, antes del ser y del tiempo que *hay (es gibt)* de lo que *hay para dar*. Vaya acción magistral, vaya lance imprevisto (sin representación ni maestría, es algo todavía más notable) esa conexión: correo de primer nivel, pues, todo camino necesita pasar por allí, someterse, algún día, a ese gran centro de clasificación, dejarse gravar, sellar, y sobre todo obliterar, tras haber pagado la suma debida a la memoria del nombre propio cuya efigie ve usted aquí, con las montañas y el bosque que rodean Friburgo, al fondo. Sueño con que un día la tarjeta S y p se convierta en un timbre, o en una viñeta por la cual cobraré derechos que deberían pagar todos aquellos que... ¿que qué? No sé, todo, cualquier cosa, los que piensan, leen, escriben, llaman por teléfono, comunican, cualquier cosa, que finalmente paguen en toda ocasión

un gran pensador, equivale siempre un poco a una gran oficina de correos, pero aquí también se trata del fin (historial, destinal) de los servicios postales, fin de trayecto y fin del correo, de una gran época al menos, de un gran alto de la tecnología postal

la potencia misma (*esti, vermag*), es lo que hay -lo que me das cuando vienes si vienes, pero sé que ya no vendrás más- empezaste por volver pero ya no volverás a dar un paso atrás, tampoco en lo que a tu decisión respecta (¡perdón, tu "determinación", como siempre dices!), ya no querrás venir a alcanzarme, y es mi culpa, la culpa imperdonable de mi inocencia imposible de corregir, de mermar, de educar. Escucha -tiernamente he de decirte

no

importa que no puedas venir a alcanzarme, te llamaré desde el aeropuerto.

Hold on, ne coupez pas, no

cuelgue, ¿tú crees que quieren decir lo mismo?

10 de junio de 1977.

lo que de nosotros quedaría posee la fuerza de la música, ni una palabra, ni una letra. Una vez más en el tren -te escribo entre Oxford y Londres, cerca de Reading. Te tengo acostada sobre mis rodillas. Mientras *te* escribo (¿a ti? ¿para ti?) este pensamiento dedicado a Oscar Wilde. ¿Qué hubiera pensado él de esta tarjeta? ¿de la inversión de los nombres y lugares? Tal vez la conocía

tienes que entender, si escribo *sobre* la tarjeta, tal como escribiría también sobre ti, y me gusta, es en aras de destruir, de que no se conserve nada sino un soporte ilegible, o apenas una instantánea, nada que haya merecido o haya pretendido merecer ser conservado. Y si no destruimos todas las huellas, estamos salvados, es decir perdidos

Cuántas cartas he destruido en esta corta vida (¡cuán corta habrá sido la vida!). Un día, sobre todo (aquello duró el día entero, creo que todavía no nos conocíamos), ya te contaré, una de las escenas más cómicas y más siniestras, más inadmisibles de mi existencia. Fue como una atrocidad interminable. Técnicamente, materialmente no le veía final, ya que por precipitación y por temor absurdo a ser sorprendido elegía los peores medios. Todo fue destruido y en sitios diferentes, iba allá en automóvil (estuve a punto de mirar por el retrovisor para comprobar que no me seguían). Las cartas más hermosas del mundo, más bellas que todas las literaturas, empecé por romperlas a orillas del Sena, pero hubiera necesitado veinticuatro horas y la gente pasaba y los fragmentos hubieran podido ser reconstituidos, todos esos polis que me siguen todo el tiempo como obsesionados por mi vida privada que ignoran por completo, todo eso. Lo metí todo al automóvil de nuevo y en un suburbio que no conocía, donde elegí ir a parar, lo quemé todo, lentamente, a orillas de un camino. Me dije que no volvería a hacerlo nunca.

sumamente banal hoy en día la idea de que se puede matar quemando una carta o un signo, un boleto de metro que el otro tuvo entre sus manos, un boleto de cine, una envoltura de terrón de azúcar. Sumamente banal también la "fantasía", muy socorrida, pero con qué fuerza y qué necesidad me dicta, desde atrás, todos mis gestos. El homicidio está por doquier, mi única, mi inmensa. Somos los peores criminales de la historia. Y aquí mismo te mato, salva, salva, tú, sálvate, la única, la viva, allá, que amo. Óyeme, cuando escribo, aquí mismo, sobre estas innumerables tarjetas postales, no aniquilo tan sólo lo que digo sino también el destinatario único que constituyo, por consiguiente todo destinatario posible, y toda destinación. Te mato, te anulo en la punta de mis dedos, en torno a uno de mis dedos. Basta para ello que sea yo legible -y te me torno ilegible, estás muerta. Si digo que escribo para destinatarios muertos, no por venir sino ya muertos en el momento en que llego al final de una frase, no es por juego. Genet decía que su teatro estaba dirigido a los muertos y lo entiendo así desde este tren donde voy escribiéndote sin fin. Los destinatarios están muertos, la destinación es la muerte: no, no en el sentido de la predicación de S. o de p., según la cual estamos destinados a morir, no, no en el sentido de que llegar a nuestro lugar de destino, el de nosotros los mortales, es acabar muriendo. No, la idea misma de destinación incluye analíticamente la idea de muerte, como un predicado (p) se halla incluso en el sujeto (S) de la destinación, el destinatario o el destinador. Y tú eres, mi amor único

la prueba, pero viva justamente, de que una carta puede siempre no llegar a su lugar de destino, y que por ende nunca llega a él. Y está bien así, no es una desgracia, es la vida, la vida viva, vencida, la tragedia, por la vida que aún sobrevive. Por eso, por la vida debo perderte, de por vida, y hacerme para ti ilegible. Acepto.

Todavía no he destruido nada tuyo, de tus trozos de papel, quiero decir, a ti quizá pero tuyo nada. Pero será fatal. (Sigo en tren, esto se vuelve seguramente cada vez más difícil de leer.) Es muy sencillo, si vuelvo siempre sobre la misma tarjeta (plato haciendo prometer a Sócrates, obligándolo a firmar un compromiso: no dejaré nada tras de mí, ni siquiera monedas falsas a mi efigie), es finalmente para poner encima los ojos, ojos ciegos, poco importa (resulta incluso mejor, entre menos entienda el “verdadero” sentido de esa iconografía, menos mis ojos, el color de mis ojos, mis párpados, la mancha sobre uno de ellos y mi pestañear se dejen olvidar por ti), es pues para poner allí unos ojos, hablo de ojos y no de la vista, ojos que miras a veces al revés agachada sobre mí hasta volvernos locos de no ver nada más que nuestra vista invertida en esos rostros entonces aterradores, si miro esta tarjeta es para poner en ella mis ojos, fijarles un sitio bien delimitado, depositarlos en ella y luego enviarte por correo el foco óptico, exactamente el mismo donde ahora, aquí mismo, ahora tras haber abierto el buzón y desollado la carta, poniendo en ella los ojos a tu vez cual labios húmedos, lloras y ahora es nuestro *lit* (nuestro lecho o nuestro lee), *le lit* (el lecho o lo lee) - como una carta abierta. Recuerdas el día en que compramos esta cama (las complicaciones del crédito y de la ficha perforada en la tienda departamental, luego uno de esos horribles pleitos entre nosotros).

es preciso que la mirada y la luz sirvan para tocar los ojos. Para ello, ver sin entender, sin pensar en nada de lo que se deja ver en ese exceso de evidencia.

Cuando haya interpretado correctamente esta tarjeta (S y p), si acaso es posible, ya no estarás aquí El tren verso Londra, ahora, para mí, sigue siendo Freud y Adami.

10 de junio de 1977

Caminé más de dos horas por el mismo barrio mientras lloraba, un niño perdido. Conservo de esa experiencia recuerdos bastante precisos, no sé si alguna vez te lo conté, tendría como ocho o nueve años, una feria en El-Biar. No encontraba a mis padres y cegado por las lágrimas fui guiado hacia el automóvil de mi padre, en lo alto detrás de la iglesia, por seres nocturnos, bondadosos fantasmas. Fantasmas ¿por qué siempre se convoca a los fantasmas cuando se escriben cartas? Los deja uno venir, los compromete más bien, y escribe uno por ellos, les echa una mano, pero ¿por qué? Me habías dado a leer esa carta a Milena donde él decía algo así, algo como especular con los espíritus, desnudarse ante ellos; aquél escribió exclusivamente (sobre) cartas, uno de los últimos junto con Freud finalmente. Esa es Europa, central, el centro de Europa, la tarjeta entre Viena y Praga, los míos a final de cuentas, con una ampliación del ferrocarril o del Oriente-Express por el rumbo de Atenas o de Reading, entre Oxford y Londres. Y en la misma carta dice

como siempre, me parece, que detesta las cartas, que son un infierno, acusa al correo, al telegrama, al teléfono. En alguna otra parte dice que quema cartas y habla de brujería epistolar. Sí, sí –pero ¿quién habrá de crearlo?

Otra vez esta tarjeta (S y p, tal es la proposición que nos hacen y si la recibes acude a la cita). Desde el principio de este viaje tengo la impresión –va tomando un giro muy “compulsivo”, como luego dicen (compulsión es una palabra muy hermosa que ya no es posible escuchar, ya no se siente en ella cómo se concentra el empuje [tú, tú eres el empuje y la empujada] y compulsión de repetición aún menos)– tengo la impresión de que todo se parece, empezando por mí, en una tarjeta postal, la tarjeta postal –que soy. Sólo existe eso, esa reproducción de reproducción por la que muero y que me prohíbe, que te torna a ti, viva mía, en una prohibición

nos *interceptar*on.

y no creo que se pueda llamar con propiedad “tarjeta postal” a una imagen única y original, si acaso algo semejante ha llegado a ocurrir, una pintura o un dibujo mandado a alguien a *manera* de tarjeta postal y que se deja en poder de un tercero anónimo, de una maquinarla neutra que supuestamente hará llegar el mensaje a su lugar de destino, encaminando al menos el soporte, pues si la tarjeta postal es una especie de carta abierta (como todas las cartas), siempre se puede, en tiempos de paz y bajo ciertos regímenes, intentar volverla indescifrable sin comprometer su envío. Indescifrable, única mía, para la destinataria misma. Y sin embargo sólo hay tarjetas postales, es espantoso.

p. me da miedo, esta noche. Mira, es la ley, eres tú, soy yo. Y su juego de manos. La mano que escribe parece realmente no poder pertenecer a S. Más bien la desliza otro bajo el abrigo y escribe en su lugar. Jugábamos a ese juego cuando yo era niño. Uno se ponía detrás del otro, bajo una capa, y sacaba las manos por delante, haciendo todo tipo de ademanes (rascarse la nariz, frotarse las manos, amenazar con el dedo). Reíamos con ganas pero la angustia estaba allí, al igual que el deseo: ¿y si la mano bajaba un poco más para describir cosas, como en el festín de Baltasar? Esas cuatro manos no pertenecen a nadie, o bien a una sola divinidad invisible cuyo fantasma juega con S y p. Paris quiso extraviarnos. ¿Has visto alguna vez jugadores de “bonto” (no sé cómo se escribe)⁵ Había en el puerto de Argel. Con una destreza asombrosa, mueven tres cartas después de haberte pedido que elijas una. Tú estás segura de haber logrado seguir su movimiento y por ende de ubicar el lugar donde finalmente la coloca, junto a las otras dos. Siempre te equivocas, excepto si escoges al azar una dé las otras dos, de las que estás segura de que no son las acertadas. Nos están haciendo la misma jugarreta –con la obra de Platón, claro está. Puedes seguir buscando para saber dónde se lleva a cabo, dónde está literalmente colocada, dónde fue expedida, a quién fue destinada. Lo mismo ocurre, y para empezar, diría yo, aquí mismo, con los diseños de Matthew Paris, así como con lo que de ellos yo hago o lo que me afecta aquí y que tú lees en este mismo instante.

Un día, te lo ruego, ya no me leas y olvida hasta que me has leído

⁵ El autor se refiere aquí al *bonneteau* (“trilis” o “juego de las tres cartas”). [T.]

Dice. Fíjate otra vez en sus increíbles sombreros. Para hacer pasar de contrabando su moneda falsa, no se trata de escritos clandestinos como lo escribí hace poco (en la PP) respecto de los dos compinches, sino de moneda falsa bajo el sombrero o dentro del sombrero, según solían hacerlo, me comenta M., los falsificadores de la familia Freud, desde Inglaterra precisamente y para atravesar la Mancha. Por encima de la Mancha, creo que hacían atravesar las "bateas", las bandejas o las planchas de billetes. Te veré aquí antes de que leas esto. Ojalá hubieras podido venir al aeropuerto. En todo caso, si no estás, te llamaré desde allí. Hace un rato sonaba ocupado (más de cincuenta minutos, reloj en mano), morí repetidas veces, pero ya ves, "la sesión continúa". Ahorro el dinero de las conferencias (un día te hablaré del problema del dinero entre nosotros y de la prohibición absoluta que he impuesto al respecto, tontamente, como un horrible macho del Mediterráneo que gasta sin contar y nunca quiere hablar de eso), no cambio mis libros y pronto podremos pagar esa contestadora automática.

11 de junio de 1977.

siempre será un escándalo y ningún archivo se ocupará de ello, ninguna computadora conservará su memoria. La foto mía que pegué bajo el raspador, en la mesa de S., me la tomé en Paddington. Cuando no tengo nada que hacer en un lugar público, me saco fotos y salvo raras excepciones me pongo fuego.

Es cierto que esta reproducción de reproducción (siempre un escrito y una imagen, indisociables) tiene sus límites, en principio se halla regida por un derecho y sometida a copyright.

sabes, hay una especie de talento para descubrir tarjetas postales y para jugar con ellas; él me envió una hace tiempo, enmarcando la nota "prohibida su reproducción" impresa en una orilla. Nunca supe qué pretendía decir, si deseaba llamar mi atención hacia la paradoja "general" de la nota, pudiendo suponer que me interesaría, o si me pedía discretamente ser discreto y guardar sólo para mí lo que me había dicho, o más bien lo que apenas sugería en la mentada tarjeta. Nunca estuve seguro de lo que creí entender, del contenido de la información o de la denuncia. Aterrado, proyecté allí lo peor de lo peor, inclusive me hizo delirar. Él había hablado de "distancia", de *écart*, y hoy caigo en la cuenta –hasta resulta extraordinario que sea apenas hoy –de que "écart" es en francés el anagrama de tarjeta o mapa, de "carte". Esta inversión de las letras y del cuerpo de las palabras, ya había yo jugado con ella con "trace", huella, y "écart"; con "récit", relato, y "écrit", escrito, seguramente en demasía. Y el léxico del mapa, del marco, de la carta, del cuarto, del cuadrante, del recuadro, etc., tú sabes que más bien he abusado de él. Empero, nunca había volteado "carte" hacia "écart", hacia "écart postal". Una selección había sido operada y un cable de la computadora había quedado aislado

Imagínate una ciudad, un Estado cuyos documentos de identificación fueran tarjetas postales. Ninguna resistencia posible. Existen ya los cheques con fotografía. Todo eso no queda ya muy lejos. Con los adelantos postales, la policía de Estado siempre ha ido ganando terreno.

11 del unio de 1977.

luego procedí a saquear los museos, como es mi costumbre, pero te mando otra vez, entre las demás, a plato y Socrates, con un jeroglífico para ti encima del dedo levantado. Como estoy seguro de que no lograrás descifrarlo, sólo te lo explicaré a mi regreso, pero con una condición

plato es feo, por una vez, se parece a Sócrates que Paris vengó, a menos que sin querer haya echado los nombres al azar, como si salieran de un sombrero, el de Socrates obviamente, o de un cubilete. Detrás del gran hombre el enano de sombrero plano, el esclavo o el preceptor intenta levantarse. Hay un fragmento en la obra de Nietzsche, tengo que encontrarlo, donde dice a propósito de Platón y tal vez de Aristóteles que tuvieron la suerte de tener copistas, de allí la injusticia con sus predecesores; de allí también lo que siguió en la historia, en la filosofía y en lo demás, las revoluciones, las literaturas, Marx-Nietzsche-Freud-Heidegger, luego esta minúscula tarjeta y nosotros sobre ella (ahora ya no entiendes, por no haber descifrado el jeroglífico). Lo que Nietzsche, quien estaba en lo cierto, no vio o no dijo, es que el copista de honor, el primer secretario del partido platonista, fue el camarada Sócrates -y que había que reconstruirlo todo siguiendo esa genealogía fabulosa, aunque no valiera más que el tiempo de mi alucinación dirigida. Es preciso asimismo tomar en cuenta el interés que puedo demostrar yo (yo, es decir un lugar histórico determinado, una cierta red de telecosas), por ti, por esa alucinación, por comunicártela, por sacarle algún provecho, ante ti y ante otros más, etc. Es preciso contar con ella, contigo, es lo que estoy haciendo ahora.

Me aterras, eres mala para mí, ¿cuándo dejaré de tenerte miedo, de tener miedo de toda esa imagen que me de vuelves? No sé siquiera si lo deseo. Quizá ya no te amaría, y sin embargo no te amo, a ti, mientras tengo miedo, mientras, como lo hago ahora, en vísperas de este retorno del que temo lo peor, escribo amenazado por ti. Tienes la mano levantada y si sigo encerrándome en el mutismo testarudo que tan bien conoces, estás dispuesta a abofetearme (¿recuerdas?). En *La folie du jour* (ah, cuán eruditas son estas tarjetas, hasta "cultas", como quien dice "yo" en *La folie*, sin embargo, no sé a quién se lo escribí uno de estos días, la literatura siempre me ha parecido inaceptable, un escándalo, la culpa moral por excelencia, y cual tarjeta postal que pretendiera hacerse pasar por otra cosa, por una verdadera carta a la que se libraría de la censura o la aduana, una impostura para librarse de todo) "yo" (él) "amo" (a) la ley, figura femenina a la que infunde miedo, él también, él primero, y a la que da a luz. Ella le dice "Ah, veo la luz", etc.

Sábete que no tenemos ningún derecho.

"Prohibida su reproducción", puede traducirse de otra manera: cero hijos, prohibida la herencia, filiación interrumpida, parteros estériles. Aquí entre nos, siempre he creído (tú no, lo sé) que la ausencia de filiación hubiera sido la fortuna. Apostarle a la genealogía infinita, es decir nula, una condición para amarse por fin. Ocurre de otra manera, por quedarse el *hijo, vivo o muerto*, la más bella y la más viva de las *fantasías*, imposible de pagar como el saber absoluto. Mientras no sepas lo que es un hijo, no sabrás lo que es una *fantasía*, ni claro, por eso

mismo, un saber. Sabes de qué hablo, al menos, y arréglatelas como puedas, es decir con esta economía, de Socrates a Freud y más allá, hasta nosotros (nos comprende y no nos comprende).

Habría que ilustrar esta imagen, ilustrar más bien su epopeya, su portada o su guarda.

El avión en Heathrow esta tarde. De aquí a entonces, habré intentado llamarte (*collect*), si está desocupado. En caso de que ya no llegue, ¿sabes cuál habrá sido mi última, mi última qué exactamente? Voluntad seguramente no. Mi última imagen en el fondo de los ojos, mi última palabra, el nombre, todo eso junto, y no habré conservado abrochado el cinturón, una estrofa más, el orgasmo y la compulsión final, nadaré en tu nombre sin volverme, pero nunca serás tu nombre, nunca lo has sido, aun cuando y sobre todo cuando hayas respondido a él. El nombre está hecho para prescindir de la vida de su portador, es pues siempre en parte el nombre de un muerto. Sólo se podría vivir, estar allí, protestando contra su nombre, reivindicando su no identidad con respecto a su propio nombre. Cuando te llamé, al volante, estabas muerta. *En cuanto* te nombré, en cuanto recordé tu nombre de pila. Y no me lo mandaste decir por teléfono, antes de nuestra primera cita, invocando miedosamente, con cuánta lucidez, tu "instinto de conservación". Mediante un chantaje referido a la nobleza ("¿dice usted instinto de conservación? ¿no le parece que carece un poco de ...?"), te hice renunciar a ello un tiempo, pero según tus criterios, nunca serán los míos, la conservación parece predominar de nuevo. Para conservar qué, el cálculo resulta imposible. Espero divisarte al aterrizar.

25 de agosto de 1977.

verano más terrible, ¿no es así?, y hasta el sur, atravesamos tantas ciudades tan amadas, habitamos tantas reconciliaciones, con el cuerpo cubierto de cicatrices que por momentos no vemos más devolviéndonos la imagen ("somos bellos, mira").

Nunca, entérate, nunca tendré nada que objetar a tu "determinación". Tú decides, el momento y el resto. Comprenderé y te aprobaré. Acepto. No, no, esa "determinación" es inaceptable para mí, inadmisible, injustificable en mí *de por vida*. Eso dije: de por vida. Pero no sólo existe la vida, parece ser. Y a pesar de la vida que hay en mí, puedo darte la razón (de hecho, no sé qué otra cosa podría yo hacer si tú lo decides así, si tienes finalmente el deseo y la fuerza, la preferencia para ello; sólo me queda rendirme ante la realidad -como tú, la realidad como tú). Pienso como tú. Desgraciadamente ¿lo has notado?, los golpes que menos se me perdonan son aquellos que consistieron en ausentarme lo suficiente como para dar la razón, (por ejemplo en *le Facteur de la vérité*, una nota equivale a dar la razón, que ni siquiera pudieron leer de tan insoportable que era), de cierta manera que es la mía. Perdóname eso también, perdona darte la razón. Mi deseo es inaceptable, pero está vivo.

Sabes, esas deliberaciones interminables, infinitas, horas y horas, días y noches, sobre el reparto del placer, sobre lo que no pertenece al placer, sobre el cálculo y lo incalculable de los goces, todas esas evaluaciones implícitas, los ardidés y lo marrullero de todas esas economías, estuvimos sublimes, expertos insuperables, pero era mala señal. Lo único

bueno que quedaba era la necesidad, el acto de deliberar todavía juntos al respecto hasta el infinito, la impotencia para agotar el tema, esa inmensa preferencia, límpida como la luz del día y mucho más grande que nuestros raciocinios. Aun los pleitos eran dispositivos eróticos. El día en que ya no peleemos

La única “determinación” posible, para mí -y de hecho obedezco a ella a cada instante sin que parezca así: quemarlo todo, olvidarlo todo, para ver si la fuerza de retomar el camino sin huellas, sin senda abierta

¿El símbolo? Un gran incendio holocáustico, un quemador al fin donde arrojaríamos, junto con toda nuestra memoria, nuestros nombres, las cartas, las fotos, las pequeñas cosas, las llaves, los fetiches, etc. Y si no queda nada

¿Qué opinas? Espero tu respuesta.

28 de agosto de 1977. Acabas de llamar. ¿Me preguntaste si te había oído llamarme? ¿Es acaso una pregunta? Permanecí mudo. La idea de que puedas “llamarme” y que yo no pueda contestarte me trastorna. Todo ese teléfono entre nosotros.

Miro de nuevo a nuestros dos compinches, S. y p., sus increíbles juegos de manos. Existe seguramente un código para esos ademanes, debería de consultar a un doctor, para entender al fin qué significa todo esto. Por el momento recorto y pego. Admira la economía, sólo desplazé la mano izquierda de plato. Observa entonces el rabillo del ojo de S. que sólo eso estaba esperando. Sigo sin entender nada, desde hace más de dos meses, pero se me han vuelto curiosamente familiares, son los míos. Los quiero también como recuerdo de nuestras vacaciones. Habrán soportado tantos mensajes, transportado tantos lamentos y tantas confesiones (sabes, cuando digo “te quiero”, es realmente una confesión -quizá en el sentido de las tragedias clásicas- y al mismo tiempo la absolución sublime de todo crimen posible), son nuestros encargados del correo, nuestros carteros personales. En Siena, los copistas (ya no recuerdo en qué pintura) tenían los mismos instrumentos, la pluma y el raspador, y una postura semejante.

29 de agosto de 1977.

Traje, y luego mandé pedir todo un lote, tengo dos montones de ellas sobre la mesa. Esta mañana son dos perros fieles, Fido y Fido, dos niños disfrazados, dos remadores cansados. Lo que habrán batallado también esos dos.⁶ Ayer por la noche los veía de manera un poco distinta. Sócrates, el abuelo, sabe escribir, tiene un puro en la mano izquierda; el pequeño plato, el nieto, serio ya como el papa, da vueltas a su alrededor. Pregunta y pide, encarga mandados: que le devuelvan la pelota, que le regresen algo, que lo dejen escribir o que le devuelvan la palabra, quizá por encima del borde de la cátedra, del escritorio, del respaldo del sillón -o por encima del vestido de S. A propósito, M., habiendo leído el seminario sobre *La vie la mort*, junto con algunos amigos, me dice que debería de publicar las notas sin cambiar nada. Imposible, claro está, a menos que ponga

⁶ Hay aquí en francés un juego de palabras en torno a *ramer* (“remar” pero también, metafóricamente, “batallar, vérselas difíciles”). [T.]

aparte las sesiones sobre Freud, o únicamente aquella sobre el legado de Freud, el cuento del *fort/da* con el pequeño Ernst. Difícil y abstracto sin el contexto de todo el año. Tal vez...

¡¡¡Quieren

contraponer fort y da!!! Allá y aquí, allí y allá el cassette en un sobre aparte: cuidado, escúchalo a solas, no lo dejes interceptar por la familia, hay algunas palabras para ti entre los movimientos.

¿Cuándo regresas? Llamaré a más tardar el domingo. Si no estás, déjales un recado. Di por ejemplo, para que no entiendan nada, como durante la Resistencia, una frase con "girasol" para hacerme saber que prefieres que venga, sin el girasol en caso contrario

puesto

que soy una verdadera red de resistencias, con barreras internas, esos grupitos de tres que únicamente comunican por un lado (¿cómo se llama eso?) para no dejarse arrebatar nada, no ceder ante la tortura y finalmente no *poder* traicionar. Que tu mano derecha no sepa lo que hace la izquierda (¿definición de la limosna islámica?)

Esto acabará muy mal, yo mismo no doy una desde hace tiempo, y de hecho me traiciono, a mí mismo, todo el tiempo. Todos esos cretinos que no saben descifrar, y que de buena gana creerían que llevo una vida muy protegida, sin exponer el cuerpo, sin obsesión y sin sismo político, sin riesgo militante... Pero es cierto, aumenta año tras año el desprecio, el asco, y por más que me resista a ello (desprecio o asco, no, otra cosa porque siempre están mezclados con esa especie de triste solidaridad, como te había dicho, una compasión desesperada: habré compartido todo lo que hace época (al menos eso, que no lo es todo, ni tal vez lo esencial) con ellos, que no han entendido nada. Época, es decir alto, y posta. Ya sin ganas de dar un paso fuera.

30 de agosto de 1977.

nunca en qué sentido el desgaste de esos ires y venires. No soportas el vaivén, ni el interruptor que yo sé ser. Esa es la diferencia entre tú y yo. Bueno, entre tú y tú, entre yo y yo. Gracias por el plazo de respiro, la decisión pospuesta, la remisión. Mientras desees quedarte, estoy ahí, incluso si te vas sin volver la vista atrás. Sigo sin saber a quién, a qué le destino esa fidelidad, a un fragmento mío quizá, al niño que llevo dentro y cuyos rasgos intento reconocer. Eres la única que puede ayudarme a hacerlo pero al mismo tiempo, como el niño debe de parecerse a ti cada vez más, me disimulas sus rasgos, me prohíbes verlos y mientras viva contigo no entenderé nada. Deseo de sustraerte por fin a esa "semejanza", de verte aparecer, a ti, la otra, y no solamente como se revela un "negativo". Cuando te haya visto, nos dejaremos. Cuando nos separemos, cuando me separe, te veré. Me volveré hacia ti. Pero nunca he sabido separarme. Aprenderé, entonces te tomaré dentro de mí y ya no habrá distancia alguna entre nosotros. Desde ahora siento en mi cuerpo, te lo hice notar, y tú me hiciste la misma confianza, extraños mimetismos. Me horroriza ese cálculo entre nosotros, esas clasificaciones, esos filtros, esas selecciones de signos. También me hiciste descubrir el horror absoluto, el odio, la injusticia, la peor concentración del mal -era virgen, simplemente, aunque supiera todo. No queda más que el canto, renace cada vez, nada puede nada contra él y sólo me gusta él, en él. Nunca carta alguna *nunca* permitirá escucharlo. Sin el menor esfuerzo va más allá de todo cálculo, del

vil cálculo, de la multiplicidad de los lugares (las piezas mías en muchedumbre, y tuyas, las diferencias, la “tópica”, ¡ah! ¡la tópica!, la fidelidad a las fidelidades, el perjurio como imperativo categórico, uf...

No me gustó que me mandarás ese telegrama. Me pareció sentir en él otra cosa que la premura, incluso lo contrario, una manera parca de no escribirme, de preservar tu tiempo, de “despachar”. Me despachas como nunca lo hubiera aceptado antes de nadie -pero ya no lloro cuando te vas, camino, camino de cabeza claro. El primer telegrama, quizá has olvidado que bailaba (hace años). Venía de la oficina de correos más próxima, podrías haberlo traído tú misma. Yo no entendía nada, excepto que el telegrama bailaba.

y mientras conducía lo llevaba en el volante del automóvil

nuestro estilo telegráfico, nuestro amor de tarjeta postal, nuestra teleorgasmización, nuestra estenografía sublime

todo en el estilo “retro” más despreocupado, más descarado, y dando la espalda de todas maneras

era cerca de la frontera italiana, de vuelta de Florencia, faltaba poco para la aduana, me dabas de comer un queso muy grasoso mientras yo conducía y te dije que lo transfigurabas todo, no me escuchaste, me pediste que repitiera mis palabras mientras girabas el botón del radio (todavía veo tu dedo, el papel grasoso del queso y el anillo

no somos ángeles, ángel mío, quiero decir, mensajeros de esto o aquello, pero angélicos cada vez más

te había convencido, con todo tipo de detalles, sobre esa misma carretera, las “galerías” desfilaban una tras otra a toda velocidad (como ese verano, en sentido inverso, de noche, yo conducía como un loco, me esperabas y estaba casi sin fuerzas ya, no sabía cuándo estaba en el túnel o fuera de él, te llamaba desde todos los cafés) de que estábamos viviendo Tristán e Isolda, o hasta Tancredo y Clorinda en una época en la que la tecnología telecomunicativa volvía aquello intempestivo, absolutamente imposible, anacrónico, anticuado, fuera de lugar, prohibido, grotesco, “chapado a la antigua”. Aparentemente. Porque también lo contrario es cierto: hubiéramos sido, sí, imposibles sin un cierto adelanto en la telemquinación, la aceleración en la velocidad de los ángeles (cuántos ángeles, cuántos mensajeros nos pagamos deslizando una moneda en modo automático: en modo manual no hubiéramos salido de ésta, suponiendo que, bueno), ni un día sin un *fort : da* conectado a computadoras de la enésima generación, de los bisnietos de los calculadores, los descendientes de los pioneros

Nunca he entendido por qué el psicoanálisis se aferra de esa manera a una tecnología tan atrasada del *fort : da* o del discurso “en directo”. De hecho, sí, se halla desgraciadamente vinculado a cierto estado de las comunicaciones postales, e inclusive de los intercambios monetarios, de la formadinerio y de su emisión. Freud pagó por saberlo. De antemano, había pagado.

pues a final de cuentas el *foro : da* es lo postal, la telemática absoluta. Y los servicios postales ya no son lo

que eran en la época de los hemeródromos y de los recaderos a pie, como parecen creerlo. Y de hecho nunca se redujeron a eso.

Sigo esperando que contestes a la pregunta precisa, directa, que te hice, que contestes de otra manera, de manera ni dilatoria ni evasiva. Ya no deseo remisión.

El asunto ya no da para más rodeos, debemos, nos debemos a nosotros mismos, no tolerar más rodeos. Fui tan lejos como pude

y esa palabra inagotable, esos días y esas noches de explicación no nos harán cambiar de sitio ni intercambiar nuestros sitios, por más que sin cesar intentemos hacerlo, pasar del otro lado, tragarnos el sitio del otro, menear nuestro cuerpo como el del otro, tragárnoslo incluso al beber sus palabras, mezclando poco a poco las salivas, desgastando las orillas

pero están los demás, los demás dentro de nosotros, lo admito, y no podemos hacer nada al respecto, ése es el límite. Hay una muchedumbre, pues, he ahí la verdad.

Lee el reverso, lo que escribo al *dorso*, directamente sobre la imagen, es una sola nota.

30 de agosto de 1977. Te repito que no quiero remisión. Cuando recibí tus líneas (había admirado antes la armonía entre el timbre y la Madona), te volví a enjaretar todos los nombres imaginables. Luego regresó el tuyo. En tu nombre eres mi destino, me eres el destino. Todo empezó, recuerdas, cuando lo pronuncié, tenías las manos en el volante, y sé que eso es lo que escribo, mi destino, la fortuna, mi suerte, cuando en el sobre me *arriesgo*, es exactamente así como siento las cosas, cuando me arriesgo a poner la primera palabra de la dirección. Me dirijo a ti, un poco como si me enviara, sin la menor certeza de volver lo que me es destino. Y cuando puedo pronunciarlo, cuando me llamo suavemente por tu nombre, no queda nada, me oyes, nada más, nadie más en el mundo. Ni siquiera nosotros quizá y sí nuestra existencia se ve entonces amenazada. Por eso me lo permito todo, en tu nombre, mientras puedo pronunciarlo para mis adentros, guardarme en él. Me absuelve de todo, conduce, induce y rige todo. Lo cual no me impidió injuriarte hace un rato. Nos hemos hablado en todos los tonos, escrito en todos los códigos, ellos nunca lo sabrán (así lo espero y sin embargo no hallaré consuelo). Perdóname esa violencia de hace un rato, al final, yo no te llamaba para eso y habíamos logrado (auténticos duelistas) entendernos por largo tiempo evitando el crimen, desviando los golpes, sin retornar al infierno, sin volver sobre la misma confesión. No, no la tuya (tu confesión fue sublime y a estas fechas es la única carta tuya que he quemado -a petición tuya pero se me había ocurrido espontáneamente- casi en tu presencia, simplemente al pasar por el cuarto de baño donde vi la caja de somníferos, luego me animé), no, la mía, una sola palabra finalmente, y "sí" como respuesta a tu pregunta, una respuesta que me arrancaste por más que haya sido yo el que planteó la pregunta en tu lugar: ¿me preguntas si fue posible? -sí, sí. Hubiera podido añadir una aclaración que casi me disculpa, de ser necesario, pero negándome rotundamente a *hablar* de eso poniendo los puntos sobre las íes, acabo sin embargo de decidirme a enviarte una carta *detallada*, concreta como dices -a la lista de correos

a causa de las bellas y buenas familias. Nunca se sabe. Ve a buscarla y ya no me hables de eso. Ahora, pasando a otra cosa, observa y conserva lo que puse entre la tarjeta S/p y el papel de escribir. Duérmete con él en la boca. Es una parte mía que me dirijo a ti, al fondo de ti. Y después míralos nuevamente menearse: ¿quién conduce? Se parece de veras a un vehículo histórico, ¿no? ¿Una góndola? No, aunque plato la haga de gondolero, encaramado en la parte trasera, mirando a lo lejos hacia adelante cual si guiara a un ciego. Indica la dirección. A menos que con el índice de su mano derecha esté señalando a S., que está raspando un nombre, lo ves, para un tercero al que se dirige con el índice de la mano izquierda. Porque hay terceros, en el lugar donde nos encontramos.

Si no quieres volver enseguida

¿me dejarás ir?

31 de agosto de 1977. No, el timbre no es una metáfora, al contrario, la metáfora es un timbre: el impuesto, la tasa por pagar sobre la lengua natural y la voz. Y así sucesivamente para la catástrofe metafórica. *Poste* tampoco es una metáfora.

Fue la verdad la que nos perdió, esa horrible fantasía, la misma que la del niño, finalmente. Nada hay de cierto, lo sabes, en nuestras "confesiones". Nos hallamos aún más ajenos, ignorantes, distantes de lo que pasó "realmente" y que creímos decirnos, contarnos, más carentes de saber que nunca. Y sin embargo los efectos son destructores, indelebles -bueno, para ti, no para mí. Yo sigo pudiendo animarme, como ya lo has visto. Eso fue lo que te expliqué -en "detalles"- en la larga epístola un tanto sentenciosa que debes de haber encontrado en el pueblo.

1° de septiembre de 1977. Dijiste había una vez que podía pedirte lo imposible. No soportaste esta locura elemental, para ti es preciso estar cerca o lejos.

de la carta abierta. Mi gusto por el secreto (a-b-s-o-l-u-t-o): sólo puedo gozar con esa condición, por esa condición. PERO, el goce secreto me priva de lo esencial. Quisiera que todo el mundo (no todo el mundo, la mejor alma telescópica del universo, llámala Dios si quieres) sepa, atestigüe, asista. Y no es una contradicción, es por eso, con miras a eso que escribo cuando puedo. Apuesto la carta del secreto contra los testigos débiles, los testigos particulares, aunque sean muchedumbre, porque son muchedumbre. Tal es la condición del testimonio -o del voyeurismo- en principio universal, del no secreto absoluto, el final de esta vida privada que finalmente detesto y recuso; pero mientras tanto, hay que exagerar lo privado. Implacablemente, y también lo secreto y la cripta y la reserva. No rechazo la publicidad absoluta del testimonio, recuso testigos, ciertos testigos. Unos tras otros, es verdad *hasta ahora*, y casi todos. A mí mismo, a veces, por eso escribo casi sin creer en nada, ni en la literatura, ni en la filosofía, ni en la escuela, ni en la universidad, ni en la academia, ni en el liceo, ni en el colegio, ni en el periodismo. *Hasta ahora*. Por eso me aferro un poco a las tarjetas postales: tan púdicas, anónimas, abiertas, estereotipadas, "retro" -y absolutamente indescifrables, el fuero interno mismo que los carteros, los lectores, los coleccionistas, los profesores finalmente se transmiten de mano en mano con los ojos, sí, vendados.

lo discorde, el drama entre nosotros: no tanto saber si debemos seguir viviendo juntos (piensa en las incontables ocasiones de nuestra separación, en cada auto de fe), si podemos vivir con o sin el otro, eso siempre ha rebasado nuestra decisión, sino a qué distancia, según qué modo de alejamiento. Y allí

1° de septiembre de 1977.

S. es P., Sócrates es Platón, su padre y su hijo, entonces el padre de su padre, su propio abuelo y su propio nieto. Que el cochecito se vuelque tras haber “topado” contra el umbral, tal es el primer acontecimiento verdadero en *La folie du jour*, tras lo cual el día “apresura su final”. Ya entonces una especie de escena primitiva, y repetida. Adivina, quién puede adivinar lo que ha de sucedernos. Suceda lo que suceda, ya no puedo hacer nada al respecto. Lo espero todo de un acontecimiento que soy incapaz de anticipar. Por mas lejos que llegue mi saber, por interminable que sea mi cálculo, no diviso desenlace alguno que no sea catastrófico. El reparto es implacable, somos perdedores de todas las jugadas. Debemos de habérselo buscado. Tentación, por primera vez en mi vida, de consultar a una vidente. *I can't tell*. Me gusta esa palabra, por su sonoridad, y por todos los sentidos que en ella simultáneamente hacen escuchar su eco: contar cuentas, contar cuentos, adivinar, decir, discernir. Para nosotros, para nuestro porvenir, *nobody can tell*. Un día iré a Oxford a ver a Platón y Sócrates y a consultar su “*Fortune-telling book*”. Cuando dijo algún día en una conferencia que el “divino Platón” había sido “víctima del socratismo”, Nietzsche alude a los “echadores de buenaventura”. Tengo ganas de transcribir para ti la traducción, no hallo el original -y me gusta que hable de una cicatriz de Platón, “él, que por amor al socratismo pisoteó su naturaleza profunda de artista, él revela en la severidad de sus juicios que la herida profunda de su ser aún no ha cicatrizado. Si habla con ironía de la verdadera facultad creadora del poeta y si la equipara con los talentos del adivino y del echador de buenaventura, es porque ese don poético no consiste en un conocimiento claro de la esencia de las cosas [...] lo que caracteriza al diálogo platónico es la ausencia de forma y de estilo engendrada por la mezcla de todas las formas y de todos los estilos...” Exagera un poco, me parece, ¿y si fuera al revés? La mezcla, es la carta, la epístola, que no es un género sino todos los géneros, la literatura misma. En todo caso, la ocurrencia genial de ese Paris al que tanto me gustaría conocer, consiste en haberlos hecho figurar a ambos en apertura de un *fortune-telling book*.

¿Te gustará mi último recorte, con esa nota musical sobre la tarjeta? La tarjeta es la partitura (la partitura o la partición insoportable de la carta), y plato maestro de música o director de orquesta, *conductor*. ¿Quién dirige? Sócrates escribe o transcribe la partitura. ¿Quién toca? No se escucha nada en la tarjeta, pero la cadencia está muy bien marcada.

otra vez miedo de morir antes de haber terminado mi frase.

¿Sigues sin recibir la carta que te envié al pueblo en LC?⁷ Te espero. ¿Nos hemos visto acaso alguna vez?

1º de septiembre de 1977. Nosotros los vemos, pero de hecho quizá no intercambiaron nunca una mirada, quiero decir una de verdad, acostados uno sobre el otro, y de ser posible al revés. No se vieron, no se conocieron, no hubo relación alguna entre S. y P. Únicamente diálogos, el diálogo de P., que uno, u otro, escribe bajo dictado -dictado por el otro que permanece absolutamente invisible, inaccesible, intocable. Nada que ver. Resulta demasiado obvio, retomo tus palabras como siempre, que S. no ve a P. que ve a S. pero (he ahí lo cierto de la filosofía) únicamente *de espaldas*, por el reverso. Sólo hay reverso, visto por el reverso, en lo que se escribe, ésa es la última palabra. Todo se da en *retro*, y *a tergo*. Y además nada probará nunca, con esta tarjeta a la vista, que S. haya jamás escrito una sola palabra. Cuando mucho, mojando la pluma o más voluptuosamente aún uno de sus dedos en lo que hace las veces de tintero (aquí junto, recorté para ti el cálamo y el orificio del mentado tintero para que veas bien en lo que invierto mi tiempo cuando tú no estás), se prepara a escribir, sueña con escribir, que va a escribir si el otro lo deja o bien se lo ordena; tal vez acaba de escribir, y todavía se acuerda. Pero con toda certeza no escribe, ahora, ahora raspa, raya. Hasta ahora: no escribe. Dirás "escribir" también es rayar, no, raya para borrar, tal vez el nombre de Platón (quien por cierto logró, inventando a Sócrates en aras de su propia gloria, dejarse eclipsar un poco por su personaje), tal vez un diálogo de Platón. Tal vez únicamente lo corrige y el otro atrás, furioso, lo llama al orden. Tal vez juega con los espacios en blanco, las sangrías, los simulacros de puntuación en el texto del otro, para embromarlo, para volverlo loco de dolor o de deseo impotente. Siguen siendo el enigma absoluto, esos dos. A menos que haya torpeza y carácter burdo del trazo, mejor dicho del punto, el ojo de Platón expresa efectivamente la ira.

Te escribo otra vez porque hace un rato, a las 18 h exactas llamé según quedamos, no estabas, bueno, eso me pareció sentir.

2 de septiembre de 1977. Estoy realmente muy, muy sorprendido de que no hayas encontrado mi carta en LC. No creo en tu explicación o en tu hipótesis, para nada. Esa empleada de correos se arriesgaría demasiado, aunque sólo estuviera allí durante las vacaciones. Y aunque la mueva esa rivalidad de infancia que evocas, volverá a poner la carta en circulación después de haberla leído. Además te garantizo que ella no entendería nada. Quizá tú tampoco. En todo caso jamás la volveré a escribir, ese "detalle" me costó demasiado, a final de cuentas. Más vale quizá que te siga siendo ilegible. Por teléfono volviste a gritar, hace un rato. Pero no, no te "volví loca", no tan loca. Que sí, lo hice, y si lo hice, es porque sabías, sin jamás poder estar segura, que sólo me dirigía a ti. Únicamente a ti, a ti, a ti, y no lo soportas, tienes miedo, te alocas, huyes, intentas distraerte, o echarme la culpa, como si estuviera yo volteado, hacia otra parte. Pienso en este mismo instante: ¿y si, con tal de no tener que admitir mi inocencia, estuvieras fingiendo no haber recibido nunca

⁷ Las iniciales "LC" se refieren aquí a la Lista de Correos. Las iniciales en francés, (*PR, Poste Restante*) darán pie más adelante a diversos juegos de palabras (para designar por ejemplo el Principio de Realidad). [T.]

esa carta en LC? ¡Así como yo no quiero tener que volver a escribirla por las razones que te dije, ni que releerla, por las mismas razones, no tenía por qué guardar una copia escrita a máquina y mandarte el original por correo certificado con acuse de recibo! ¿Acabaremos algún día con esta ley y esta policía secreta entre nosotros?

2 de septiembre de 1977. Acabas de llamar. “Podría olvidarte, si me lo pidieras”. No lo dudo, ya empezaste, empezaste enseguida, en ese mismo instante, desde el primer momento, cuando

perdón, borra eso inmediatamente, tengo ganas de reír contigo, y es con mucho mi mejor deseo. Increíble, esa historia que te cuentan sobre el trayecto entre la estación y la oficina de correos. Hay que reclamar, presentar una queja oficial. Hay un centro que reúne en Francia todas las cartas perdidas, todas las cartas en LC que no son requeridas por su destinatario una vez transcurrida cierta fecha (el plazo es más corto de lo que se cree), aquellas de cuyo destinatario o remitente no se sabe más. Ignoro cuánto tiempo las conservan, antes de destruirlas, supongo. Es en Burdeos, me gustaría saber por qué. Hace mucho, mucho tiempo tuve algo que ver con esa maquinaria. Estando de viaje, me había mandado a mí mismo, en Lista de Correos, un paquete de cartas que no quería traer conmigo. Pensaba disponer de un plazo muy largo para ir a buscarlas, después de mi regreso. Error: cuando me presenté en la oficina de correos, no hubo manera de dar con ellas. El personal, abochornado: seguramente las habían devuelto a Burdeos (puesto que esa vez no había escrito mi dirección al dorso; en este caso, era exactamente lo que buscaba evitar). Y allí, siempre es difícil encontrar algo. De todas maneras, abren todo y leen para adivinar, con las mejores intenciones del mundo, un nombre de remitente o de destinatario. Cuando recuperé mis cartas dos meses más tarde, habían efectivamente sido abiertas. Se habían convertido de nuevo en las tarjetas postales que en el fondo habían sido siempre. De entonces para acá las destruí y, con toda sinceridad, ya no me acuerdo de qué cartas se trataba.

Me la paso releýndote. Sí, “las palabras están atrasadas respecto de nosotros; se nos parecen [¿te refieres a las palabras o a S. y p.?] en que no tenemos más que un sexo”. En efecto, “vaya curiosa cocina nuestro destino”. Casi las 6, ya voy.

Allí estabas, al sol.

La salida rumbo a Yale ha sido fijada para el 27, habrá que apurarse. ¿Cuándo es el regreso a clases? En fin, allí estarás, no más cartas durante estos pocos días antes de que me vaya. Habría que dejar de escribir –

3 de septiembre de 1977.

Te juro que te la mandé, e incluso con la dirección del remitente al dorso. Por ende deben poder regresármela, y la prueba habrá sido dada. Mientras tanto, ¿presentaste la queja oficial? Claro está, sentía, en el momento mismo en que escribía, que esa carta, como todas las demás, se hallaba interceptada aun antes de cualquier otro proceso de control, cualquier intento accidental por interceptarla -por ejemplo el de esa empleada de correos, esa rival de tu infancia. Por más que tomes todas la precauciones de la tierra, certificar los

envíos, con acuse de recibo, cifrar, sellar, multiplicar los disimulos y los sobres, incluso por más que yéndote a los extremos no mandes tu carta, te quedes con ella, te la comas, pues bien, de antemano ha sido interceptada. Cae entre manos de cualquiera, pobre tarjeta postal, termina en el mostrador de un provinciano librero de viejo, que clasifica su mercancía por nombres de ciudad (confieso haber hurgado allí con frecuencia, pero sólo para ti, en busca de recuerdos de nuestras ciudades que hayan transitado por otras memorias, otras historias, de preferencia antes incluso de que nosotros hubiésemos nacido, en la bella época). Una vez interceptado -basta un segundo- el mensaje ya no tiene la menor oportunidad de alcanzar a alguien determinable quien quiera que sea, en algún lugar (*determinable*), cualquiera que sea. Hay que aceptarlo, acepto. Pero admito que semejante certidumbre es insoportable, para cualquiera. Sólo puede negarse esa evidencia y, por su función, quienes la niegan con mayor energía son los encargados del transporte del correo, los guardianes de las letras, los archivistas, los profesores tanto como los periodistas, hoy en día los psicoanalistas. Los filósofos, claro, que son todo lo anterior a la vez, y la gente de la literatura.

Creo en efecto que la idea se impone, ésa es la palabra, en todo caso se me impone y le traigo ganas (horribles ganas, la huida, qué, encerrarse en un proyecto de libro, desplegar todos los ardides posibles y el máximo de conciencia, de inteligencia, de vigilancia, etc., quedándose, para quedarse (como me dijiste tú algún día) encerrado en este coto de ingenuidad pueril (y masculina), como un niño en un corral, con sus juegos para armar. El que me pase la mayor parte del tiempo haciéndolos pedazos o arrojándolos por la borda no cambia gran cosa. Seguiría queriendo que me admiren y que me quieran, que me devuelvan una buena imagen de mi habilidad para destruir y arrojar a lo lejos esos sonajeros o esas piezas para armar), en fin, me dirás por qué sigo teniendo ganas de eso, y de cierta manera para ti, para preparar en tu ausencia lo que te daré a tu regreso, en el final de los tiempos. ¿Eso, qué? convertir el falso prefacio para el Freud en una larga descripción (desfigurada) del cuadro o mejor dicho de su reproducción, de la tarjeta postal misma, como si mi Freud fuera un *fortune-telling book*. Pondríamos a S y p en la portada. Ya veo, no veo pero siento que hay todo tipo de cabos por jalar.⁸ El libro se llamará seguramente *Legs de Freud* (Legado de Freud): por la marcha y las piernas, por el *paso* de Freud que nunca avanza en *Más allá*, y cuyos andares sigo, el deambular, el preambular interminable, piernas que en-caminan al igual que los trazos de la carta o las jambas de la chimenea en Poe, y tú sabes cómo suelo jugar siempre con las palabras llenas de áng(u)los; legado también del "movimiento", herencia y filiación, los nietos de Freud y la institución, y la causa, y las chicas y los anillos y el yerno, etc., para desviar -muy necesariamente, sabes cómo trabajo yo- hacia *lait de Freud* (Leche de Freud) y *les deux Freud* (Los dos Freud)⁹; para parodiar también, llevándola a otra parte, una expresión apreciada ("*legs de Freud*") por Lacan y Granoff. Ahora bien, esta escena de herencia, de otra manera repetida en *la Pharmacie de Platon* (inmediatamente después del capítulo 7 de la PP, *L'héritage du pharmakon: la scène de famille*), interesa a Platón y Sócrates en la posición misma en que los

⁸ Hay aquí en francés un juego de palabras en torno a *fil* ("hilos" o "cabos", pero también "hijos"). [T.]

⁹ Existe en francés una homofonía casi perfecta entre *Legs de Freud*, *lait de Freud* y *les deux Freud*. [T.]

ves apostados en esta tarjeta. El heredero presunto, Platón, de quien se dice que escribe, nunca ha escrito, recibe la herencia pero como destinatario legítimo la dictó, la mandó escribir y se la mandó. *Fort : da*, inspección violenta, de un plumazo, en el instante, como Freud se mandó su testamento para sobrevivir a sus legatarios, pero como Ernst, Heinde y algunos más se lo dictaron a su vez, etc. Es la demostración que quisiera llevar a cabo, en este libro soy Platón, Ernst, Heinde, etc., de la manera más seria del mundo. Tal es la inversión que me interesa (narcisísticamente, pero bastante lo hemos vivido ambos, el narcisismo es uno de esos conceptos de tarjeta postal, una de esas lógicas de doble banda o de doble cara, como el de la introyección y algunos más, yo por ejemplo: entre más hay, menos hay), la inversión que el designio de Paris, tal como para ti lo alucino, me parece emblematizar.

El sueño de Platón: hacer escribir a Sócrates, y hacerlo escribir lo que él quiere, su última voluntad, his will. *Hacerlo* escribir lo que él quiere dejándolo (*lassen*) escribir lo que él quiere. Convertirse así en Sócrates y su padre, y por ende su propio abuelo (PP), y *matarlo*. Le enseña a escribir. Sócrates ist Thot (demostración de la PP). Le enseña a vivir. Es su contrato. Sócrates firma un contrato o el documento diplomático, el archivo de la duplicidad diabólica. Pero de la misma manera constituye a Platón, que ya lo ha *redactado*, como secretario o ministro, él, el magíster. Y uno al otro se exhiben en público, se analizan en el acto, ante todo mundo, con grabadora o secretario. ¿Qué sucede cuándo hay un tercero ante el diván? ¿O algún otro analista desternillándose de risa? Oblicuamente, el libro trataría también de la correspondencia de Freud (o de Kafka, puesto que tal es su deseo), y de las últimas grandes correspondencias (aún ocultas, prohibidas), inscribiría también *Le facteur de la vérité* como apéndice, con la gran referencia del Más allá... al *Banquete*, y luego sobre todo al *Filebo*, acerca del placer, que Freud jamás cita, me parece, siendo que de alguna manera traduce o transfiere todo su programa. Como si a través de tantos relevos Sócrates le hubiera enviado una tarjeta postal, ya desde entonces una reproducción, una instantánea, un conjunto de condiciones lógicas que Freud reproduce a su vez, sin falta, sin saberlo bien a bien, en un increíble discurso sobre la reproducción y sobre la compulsión de repetición.

Desde el momento en que, en un instante, el primer trazo de una carta se divide y tiene que soportar la partición para identificarse, ya sólo hay tarjetas postales, trozos anónimos y sin domicilio fijo, sin destinatario acreditado, cartas abiertas, pero cual criptas. Toda nuestra biblioteca, toda nuestra enciclopedia, nuestras palabras, nuestras imágenes, nuestras figuras, nuestros secretos, un inmenso castillo de tarjetas postales. Un juego de naipes postales (ahora recuerdo que la traducción francesa de Más allá... pone un castillo de naipes en pluma de Freud, allí donde él dice al pie de la letra, creo, que su edificio de hipótesis "especulativas" puede derrumbarse al segundo, en todo momento). Allí tienes, especular sobre tarjetas postales, sobre valores con efigies coronadas. ¿Qué hacen los coleccionistas de tarjetas postales? Es preciso observarlos.

¿Qué

puede significar esta carta cifrada, mi dulcísimo destino, mi inmensa, mi tan cercana incógnita? Tal vez lo siguiente: aunque sea más misterioso todavía, te debo el haber descubierto la homosexualidad, y la nuestra es indestructible. Te lo debo todo y no te debo

nada. Somos del mismo sexo, es tan cierto como que dos y dos son cuatro o que S es P. Q.E.D.

4 de septiembre de 1977.

Te concedes cada día un día más, y tengo la clara impresión de que ya no quieres regresar. ¿Sigues sin noticias de tu “queja”? Avísame ¡Qué par! Creo haberte escrito ayer algo así como “dos y dos son cuatro”. Te anuncio que es verdad. La escena paradigmática del *fort : da*, en *Más allá...*, es una escena entre cuatro, *fort : da* entre las generaciones, postal y telecomunicativa: cuatro esquinas, un mapa entre Abuelito Sigmund, Sophie, Ernst y, y el otro, el cuarto al que tal vez se le indica (¿pero quién?) “vete”, devolución al remitente. Es el yerno, el marido, el padre. El viudo, el “inconsolable”, dice Freud, habiendo transcurrido el plazo de siete años. Y es también un especialista de la reproducción, el fotógrafo Halberstadt. Marika, con quien almorcé en el Rostand, me sugiere: el fOtÓgrAfO HALbertstAdt, O O A O A A.

Se envocala y se echa a su padre, *il se l’envoyelle*, ese pequeño, y el también lo revoca (¡vete!) al inventar el correo y el ferrocarril.

Claro está, si soy la palabra *poste*,¹⁰ como dices, si me la recito y la chupo todo el tiempo, si la traigo en boca todo el tiempo, hasta fundirme y confundirme con ella, es que es hermafrodita o andrógina, *mannweibliche*, sexo neutro o tercero o primer sexo (en un principio retomado por Freud de boca de Aristófanes después de que Platón, se atreve a decirlo, lo haya “dejado hacer su desarrollo”). *La poste, le poste*, ambos se aman y se remiten mutuamente (¡qué par!), es la ley del género como está escrito en la nota del *Facteur* que evidentemente no leyeron en absoluto, la nota que discretamente instala todo el programa, la nota 3 precisamente: “*Le poste ne differe de la poste que par le genre*”¹¹ (Littré). Todo ese vocabulario, todo ese código postal, si prefieres jugar, funcionará muy bien, con una gran profundidad esencial, con lo que se me impone durante la lectura de *Más allá...*, a saber, la tipología de lo postal, las posturas e imposturas de la posición, sobre todo (*Setzung, thesis*), la tesis, la atesis y la hipótesis. Y es lo postal, el Principio Postal como repetidor diferencial, lo que regularmente impide, retrasa, ex(im)pide el depósito de la tesis, prohíbe el reposo y hace correr sin cesar, deposita o deporta el movimiento de la especulación. Y por eso la mudez de su hija, tú mi dulce filatelia que examinas pacientemente mi disertación de tarjeta postal mientras vigilas el reloj (acabas de salir del agua, el cartero acaba de pasar y pronto será mediodía, mirarás el sol mientras yo en ese mismo momento...

el día en que a esa cita ya no vengas mi carrera se detiene y muero de tal muerte que no es mía, nuestra), por eso el viejo se lanza de nuevo, de hipótesis en hipótesis, de tesis en contratesis. Corre el relevo, tras el más allá del PP, de un paso a otro especula interminablemente, la cosa especula a sus espaldas, lo empuja, él

¹⁰ En francés, *poste* puede ser de género femenino o masculino. En el primer caso, significa tanto “posta” (de caballos) como “correo” o “correos”. En el segundo caso, significa “puesto” (ubicación o cargo); “partida” (presupuestal); “aparato” (de radio); “cabina”, “caseta”, “estación”, “oficina” (de vigilancia, de socorro, aduanal...); “surtidor” (de gasolina); entre otros. [T.]

¹¹ “*Le poste* sólo difiere de *la poste* por su género”. [T.]

quiere heredar de sí mismo, él nunca se sienta, o muy poco, y siempre detrás. A propósito, intenta descifrar el garabato que tracé bajo esa especie de platón que lleva SOcrAtes, ahí donde la trompa de elefante, es para ti.

Acabo de colgar, sigue siendo igual de difícil. De acuerdo, a las seis, el domingo por la tarde, bailo en el agua contigo (Astor Piazzola, Libertango, Meditango, Undertango, Adios Nonino, Violentango, Novitango, Amelitango, Tristango) y sólo me detendrá el agotamiento, la muerte por cansancio.

De aquí a entonces te habré llamado por lo menos tres veces, que los padres o los niños no contesten antes que tú. Pero preferiría que realmente vinieras, si entiendes lo que quiero decir, tú

allí, aquí mismo donde estoy y donde te alcanzaré.

4 de septiembre de 1977.

si supieras, estoy que reviento con la boca abierta, y es preciso que no tengas miedo de mandarme a paseo: *weg!* Un día serás tú quien me diga, como en ocasiones fingía yo amenazarte, adiós!". ¡Vete! Y de nuevo partiremos realmente en guerra, la peor, la de todos contra todos, una vez cortado el cable del teléfono: en efecto, si nos entregamos, sí, si nos entregamos a una guerra despiadada, la peor de todas, si por lo menos dura y sigue manteniéndonos juntos, eso significa que somos la paz, no lo olvidarás, en paz como nunca nadie, y para la eternidad.

Cuelgo al instante (como siempre, "cuelga", - "No, cuelga tú", - "No, tú", - "Cuelga tú", "Cuélgate", "Me cuelgo", etc.), estaba en la gloria, me reía suavemente de esa conversación erudita (¡estamos completamente locos!) en torno a la palabra "filatelia". Bueno, erudita es mucho decir. Porque a final de cuentas, Diotima, alguna falta os hace el diccionario en vuestra casa de campo. No, filatelia no quiere decir amor por la distancia, el término, el *telos* o la tele, ni el amor por las cartas, no, mi cercanísima y llena de sol, es una palabra muy reciente, tiene la misma edad que los timbres, o sea la del monopolio de Estado, y atañe a la *ateleia de facteur*, el cartero, no la *vérité*, la verdad). La *ateleia* es la franquicia, la exención de impuestos, de ahí viene el timbre. Es cierto que conserva entonces cierta relación con uno de los sentidos de *telos*: liberación, exención, pago, costo, gasto, desembolso. De liberación podríamos ir a don, ofrenda, ¡inclusive, en Sófocles, a ceremonia nupcial! Fila-telia, se trata entonces del amor *without*, con/sin matrimonio, y la colección de todos los timbres, el amor por el timbre con o sin el amor *timbré*, el amor medio loco. Pero con todos los demás sentidos de *telos* (en especial el de poderío, jurisdicción absoluta o plenos poderes, el del principio de placer, el PP del que tanto hablo en el *Legs*), ya ves lo que se puede hacer. Dejaré que eso suceda por sí solo, lo prefiero así. Pero me dan realmente ganas de ponerle a ese libro *filatelia*, para conmemorar en secreto nuestra llamada telefónica algo chiflada.

Somos ángeles monstruosos, toda esa pésima economía, esa energía derrochada, ese tiempo que habremos invertido en analizar el impuesto que abonamos con tal de permanecer juntos, el precio que pagamos, los cálculos imposibles, los registros cualitativos sí carísima mía de la evaluación, los

beneficios más o menos sublimes de la sublimación, las deudas secretas, el impuesto sobre el sufrimiento de los demás dentro de nosotros, esas discusiones paso a paso, esos análisis interminables, todos nuestros raciocinios hubieran sido infames, lo contrario del amor y del don, de no haber estado allí para seguir dándonos tiempo para tocarnos con las palabras. Lo que cuenta y se cuenta en ese momento es lo que hacemos al hablar, lo que nos hacemos, cómo seguimos tocándonos al mezclar nuestras voces. No es que (ya parece) las sutilezas infinitas del *do ut des* puedan más que nosotros, ni que sus ardidese sean inexpugnables, pero con tal de que estés allí, y tu voz siga -la cercanía me ama, eso es lo que me digo en ese momento, todavía me ama puesto que me habla. No está aquí sino allá, me habla, me acerca a mí mismo, yo que estoy tan lejos de todo. Me toca, me toma en su voz, al acusarme me sigue arrullando, me nada, me enola, tú me nublas como un pez, me dejo amar en el agua.

Lo que importa en ese momento es que nos siga tocando agotar la lengua y la razón queda en vilo (y olvidamos todo lo que decimos, sería preciso un archivo más grande que el mundo, ningún lugar tendría esa capacidad, ninguna imaginación que seguiría deteniéndose en Himalayas de libros, de expedientes, de cassettes o de electroencefalogramas, pero recuerdo en primer plano la posición de los cuerpos, el movimiento de las piernas que se doblan o siempre de otra manera se desdobl原因, los pasos esbozados de una salida falsa, y esa fijeza en la mirada, esa manera de embriagarse fijando juntos, durante horas y horas y horas el mismo cuadro en la pared, un poco arriba del secreter, y sin verlo, sin siquiera mirarnos, únicamente ese duelo encarnizado, ese hostigamiento al cual nunca he logrado decidir qué cuerpo se brindaba primero, cuál se dejaba despedazar, el de las palabras o el tuyo o el mío y seguramente es una mala pregunta, esas rencillas irreprimibles, lo aparatoso de esa corte de justicia en sesión permanente (jamás hubiéramos debido, ¿ves?, jamás debería habernos sucedido), con elocuentes asperezas, una retórica amorosa que no retrocedía ante género alguno pues se creía a salvo gracias al amor -y lo estuvo, pero bueno- y esa poética de fiscal, ese orfismo de sala de audiencias que refinaba el argumento hasta la demagogia más delirante, la transfiguración más cómica -luego el éxtasis. El exceso de armas dulce amor mío, eso fue lo que nos volvió locos, el exceso de armas afrodisíaco del discurso, no el nuestro sino el arsenal de razones, la logística de la que disponíamos. Pues nosotros, nosotros mismos estábamos desnudos e inermes. Y era realmente a alguien más a quien nos dirigíamos, y para decirle otra cosa, en esa partida tan reñida que jugamos; y que nos puso en juego pues la perdimos, ¿no es así?, y ambos, espero. Los demás también. Nunca tuvimos razón, ni pudimos más que nada. Es tan triste, tener razón, digo. Y además creo que finalmente nunca pudimos mentirnos. Claro que sí, claro que sí, escúchame, óyenos

4 de septiembre de 1977.

Hostígalos, a los de la oficina de correos. ¿Acaso la queja pasa por ellos?

No, nunca he de escribirla de nuevo, esa carta.

Me volviste a hablar de tu "determinación", ¿qué significa eso? La "determinación" es el límite -y para empezar del placer (del *Filebo* a *Más allá...*), lo que ata

la energía; la determinación identifica, decide, define, marca los contornos, y además es la destinación (*Bestimmung*, si quiere uno llamarse así), y la ley y la avispa (Sp) cuando no está loca,¹² que quiere saber de qué de quién: y yo qué, qué es de mí en este asunto, falta haría que me hiciera un tanto regreso, que la carta vuelva a su destino, etc.

Primero sellar, o franquear, luego matar o fechar.

Y cuando digo que me dirijo, me dirijo y punto. No para decir esto o aquello, un mensaje o qué, ni siquiera un mensaje que me dirijo, intento tenderme un poco, me dirijo cual si me afianzara. Y no creo que tal sea mi suerte individual. ¿Cómo asegurarse en tales condiciones de llegar a algo o a alguien? Los astros deciden de no ser así nada ocurre.

Tú que lo adivinas todo, ¡adivina con qué me topé esta mañana! No vas a creérmelo porque nunca has admitido que pueda yo ser tan amnésico y tan fiel al mismo tiempo. Claro que sí, claro que sí, es poco más o menos lo mismo. Entonces, había olvidado un pasaje de la Carta II de Platón, a pesar de haberla citado, ampliamente, al final de la PP, y lo encuentro ahora mismo. Tenía ganas de releer esas Cartas pensando en que describiré tal vez *Socrates and Plato* para introducir el *Legs de Freud*. Ahora bien, aquí tienes, lo copio para ti (la traducción directamente, ni modo): “Reflexiona pues al respecto y cuida de no tener que arrepentirte algún día de lo que pudieras dejar hoy divulgarse indignamente. El mayor rescate consistirá en no escribir [¡bastantes veces te lo he repetido!] sino en aprender de memoria, pues resulta imposible que los escritos no terminen por pertenecer al dominio público. Por ende, jamás de los jamases he escrito yo en torno a esas cuestiones. No hay obra de Platón y no la habrá. Lo que ahora se designa con ese nombre es de Sócrates durante sus años mozos. Adiós y obedéceme. En cuanto hayas leído y releído esta carta, qué mala. Basta ya...”

Bueno, ahí está, basta ya, me detengo, es suficiente, pasemos a otra cosa (*Tauta men tauté*), todas esas órdenes que ya fingíamos darnos, y con mayor facilidad todavía al escribir cartas, con mayor ligereza que en otra situación, no sé, en un lecho o en un libro. Ya Platón lo hacía, con esa familiaridad llena de desenvoltura que marca la pauta de tantas cartas. Cómo lo acerca eso. Bueno, cambio de tema, vuelvo a mi tema, para no aburrirte, pero de hecho la orden que entonces finjo recibir de ti, es un permiso que me otorgo -y me los otorgo todos-, el primero consiste en elegir mi *sujet*, mi sujeto o mi tema, cambiar de *sujet*, conservar el mismo *sujet* mientras acaricio otro con la misma mano e irrito un tercero con mi pluma o mi raspador. *Tauta men tauté*. Me “paralizo”.

La orden dada a D. por la Carta II, es realmente la orden más amorosa, la más loca que te había yo también dado, ángel mío (nunca te he llamado ángel mío, sólo lo he escrito) y que no escuchaste. Esa orden no era una orden, pese al imperativo, como ellos creen (acabo apenas de leer un libro sabiendo sobre la lingüística y los *speech acts*: “Ven” sería una orden puesto que es la gramática de un imperativo. Pareciera que nunca se han preguntado qué es una orden, que no les interesa, ni tampoco saber a qué “orden” “obedecen” entonces, ni cómo la

¹² En francés, la expresión *pas folle la guêpe* (literalmente “no [está] loca la avispa”) se aplica a alguien demasiado listo como para dejarse engañar. [T.]

gramática o la lengua pueden dar órdenes, prometer, dejar que desear, etc., y la regla de las comillas aparentes, etc. Bueno, dejémoslo así.) Mi orden era la súplica más abandonada y el simulacro más inconcebible – para mí mismo, de entrada, ¿Cómo podía yo pedirte que quemaras, es decir que no leyeras, lo que te escribía? Te puse enseguida en una situación imposible: no me leas, este enunciado organiza su transgresión en el momento mismo en que, por el simple acontecer de una lengua entendida (nada semejante ocurriría para quien no es versado en nuestra lengua), dicta la ley. Obliga a violar su propia ley, pase lo que pase, y él mismo la viola. A eso se destina, en ese instante. Está destinado a violarse, y de ahí toda su belleza, la tristeza de su fuerza, la debilidad desesperada de su omnipotencia.

Pero lo lograré, lograré que ya no me leas. No sólo volviéndome para ti más ilegible que nunca (ya empieza, ya empieza), sino haciendo que ya ni siquiera recuerdes que escribo para ti, que ya ni siquiera encuentres, como por casualidad, el “no me leas”. Que no me leas, es todo, adiós, *ciao*, nadie vio, nadie supo, estoy definitivamente en otra parte. Lo lograré, inténtalo tú también.

4 de septiembre de 1977. Otra vez recogen el correo, ahora vuelvo.

De hecho, sí, habías escuchado mi orden o mi súplica, la petición de la primera carta: “quémalo todo”, me escuchaste tan bien que me dijiste haber copiado (“lo quemo, necia impresión de ser fiel, conservar empero algunos simulacros, etc.” ¿eso era?) con tu letra, y con lápiz, las palabras de aquella primera carta (las demás no). Otra manera de decir que la habías leído de nuevo, pues, *lo que uno empieza haciendo* cuando lee, aun por primera vez. Repetición, memoria, etc. Te amo de memoria, ahí tienes, entre paréntesis o entre comillas, el origen de la tarjeta postal. Y de todos nuestros cromos. P. le pide a D. que relea antes de quemar, de acuerdo, para incorporar la carta (como un resistente ante la tortura) y llevarla dentro de sí de memoria. Conserva lo que quemas, eso es lo que pide. Haz el duelo de lo que te envío, a mí mismo, para llevarme dentro. Ya no *ante* ti, como alguien de quien puedes distraer la mirada, rechazar las proposiciones, tu objeto, sino dentro de ti, hablándote y follándote sin interrupción antes incluso de que te de tiempo de tomar aire y de darte la vuelta. Llevar al otro dentro, muy cerca pero más fuerte que sí mismo, y su lengua en la oreja antes de poder decir una palabra mirándose desde el fondo del espejo retrovisor, en un automóvil que rebasa a todos los demás, es la cosa más misteriosa, la más digna de ser pensada, la menos pensable, mi idea de ti, la anamnesis infinita de lo que vi el día

durante el postre, casi sin transición, me dijo que sólo podía gozar con otro. No entendí inmediatamente la sintaxis de su frase. -¡Pero claro, tiene que ser otro! Y ella estalla en carcajadas al entender lo que yo no entendía. Entonces me explica lo que ella vivía como una deliciosa patología de la cual no estaba segura de poder, en realidad de querer curarse: todo era puesto en escena, desde el principio, para que en el último momento ella pensara, imaginara, convocara, cómo decirlo, hiciera presente a otro que no era ese otro que en ese momento gozaba dentro de ella. Ella no sabía si lo hacía adrede pero vivía como una fatalidad la necesidad de destinar su goce al ausente, que además no era siempre el mismo, ya que el

otro del otro siempre podía ser otro más. Se trata naturalmente, y aquí tengo que citarla, de un “incremento” de goce siempre disponible, y de una “privación mortal”. Tras un silencio: el día en que ame a alguien, hombre o mujer, estoy segura, bueno creo que eso se acabará, en todo caso por eso reconoceré el amor. He amado mucho, sin embargo, sin abandonarme nunca lo suficiente a los que amaba, actualmente, quiero decir. Y hasta la actualidad. Otro silencio (yo había pedido ya la cuenta) y sin nada provocador ni vulgar, con una especie de confianza en la que sigo pensando con gusto: tengo el presentimiento de que con usted sería diferente.

Lo que más me impresionó esta mañana, es que p. escriba en una carta (destinada a ser quemada a petición suya) que fue S. el que lo escribió todo. ¿Quiere o no quiere que eso se sepa? Ahora bien, en su carta a D., pone de hecho en escena la obra que figura en nuestro “*frontispiece*”. Plato muestra a Socrates (muestra a Socrates y quizá muestra un tercero a Socrates), señala con el dedo a Sócrates escribiendo. Y mozo, como se dice en la Carta, más joven que Plato, y más apuesto, y más grande, su hijo mayor, su abuelo o su nieto mayor, *his grandson*. Y como Platón escribe, sin escribir, sin querer que se conserve huella, como escribe, sin escribir, que Sócrates, que según eso nunca escribió nada, en realidad habrá escrito, sépase (o no) y habrá escrito lo que él habrá escrito (pero ¿él quién?), puedes tratar de remitir la herencia a su destinatario. Es cierto que Platón aclara: habla del corpus de las obras compuestas (*syngramma*). Así, podría haber excluido las cartas, esa Carta, por supuesto. Aunque la interrogante acerca del criterio para distinguir entre un libro y unas cartas sigue abierta. No creo en el rigor de semejante criterio. Todo sucede como si nuestro *Fortune-telling book* del siglo xiii (*Prognostica Socratis basilei*), sin ver o sin saber, pero quién sabe (¿Paris habrá leído esa Carta?), hubiera ilustrado esa increíble querrela de filiación y de autoridad, esa escena familiar sin niños donde el hijo más o menos adoptivo, legítimo, bastardo o natural, dicta al padre la escritura testamentaria que debería haberle correspondido. Y ni una hija en el horizonte, aparentemente, ni una palabra sobre ella en todo caso. *Fort : da*. Qué talante más serio tienen ambos, qué aplicados en sus cuentas. Míralos bien. Habiendo quitado el sombrero a Socrates, me fue necesario substituir la S por una s.

Retrasé una semana mi partida, por razones muy supersticiosas que no puedo revelarte. En todo caso, tendremos más tiempo.

5 de septiembre de 1977.

Pronto estarán todos aquí y yo tendré que irme. La viña virgen ha cubierto ahora toda la ventana, toda la vida, la habitación está oscura, diríanse algas, una claridad ficticia, tengo la impresión de flotar dentro de un arca de vidrio, entre dos aguas, mucho tiempo después de nosotros

Pienso que son, entiendes, las últimas cartas que nos escribimos. Escribimos las últimas cartas, cartas “retro”, cartadeamor sobre póster bellépoca, pero también las últimas cartas a secas. Emprendemos la última correspondencia. Pronto ya no la habrá. Escatología,¹³ apocalipsis y teleología de las mismísimas epístolas.

¹³ En francés no existe confusión posible entre *la eschatologie* (relacionada en teología con los fines postreros del hombre), de la que se habla aquí, y *la scatologie* (relacionada con lo excrementicio). [T.]

Por idénticas razones ya no habrá dinero, quiero decir billetes o monedas, ya no habrá timbres. Por supuesto, la técnica que está substituyendo todo eso, había empezado a hacerlo desde hace tanto tiempo ya. Eso no impide que desde Platón, escribiéndole a Dioniso para decirle que Sócrates, el joven, lo había escrito todo, a Freud cuya correspondencia se funde en su propio corpus, en su “causa” misma, con todo lo que queda en pie en su institución teórico-práctica (y sobre todo la correspondencia secreta sobre la que escribo en este momento), desde Platón hasta Freud hay carta. Es el mismo mundo, la misma época, y la historia de la filosofía, como la literatura, cuenta con la carta, esencialmente, aunque la deje al margen, aunque en ocasiones finja considerarla como un género secundario. Los guardianes de la tradición, los profesores, los universitarios y los bibliotecarios, los doctores y autores de tesis sienten una tremenda curiosidad por las correspondencias, las cartas, las letras (¿por qué más puede uno sentir curiosidad, en el fondo?), por el t.p., por el texto privado o público (distinción sin pertinencia en este caso, de ahí la tarjeta postal, t.p. semiprivado y semipúblico, ni una cosa ni la otra, que no necesitó esperar la tarjeta postal *stricto sensu* para definir las leyes del género, de todos los géneros), curiosidad por los textos enviados, remitidos, dedicados por un firmante determinable a un receptor específico. Esos guardianes pertenecen, al igual que aquello de lo que creen tener bajo su custodia, a una misma gran época, a un gran alto, el mismo, que constituye un conjunto en sí mismo en su representación postal, en su creencia en la posibilidad de ese tipo de correspondencia, con toda su condición tecnológica. Ocultándose esa condición, viviéndola como un hecho casi natural, esta época se preserva, circula dentro de sí misma, se automoviliza y se mira, tan cercana a sí misma, en la imagen que de sí misma remite - por correo, precisamente. Platón y Freud, están en la misma habitación, comparten el mismo techo o casi. En todo caso, el trayecto del *fort : da* sigue siendo sumamente breve (por lo menos en la *representación* que de él tienen y que se basa en la tradición postal, pues fuera de esa representación familiar y de familia, carecen de relación alguna, como de hecho S, y P. entre ellos, a una distancia infinita que ninguna epístola podrá jamás franquear), digamos la oficina de al lado, un cartero en bicicleta con pinzas en el pantalón entrega el *Filebo* en el número 19 de la Berggasse cual si fuese un neumático,¹⁴ y ahí estás

te enseño el placer, te señalo el límite y las paradojas del *apeiron*, y todo empieza, como la tarjeta postal, por la reproducción. Sophie y su séquito, Ernst, Heinde, yo mismo y compañía le dictamos a Freud que le dicta a Platón que le dicta a Sócrates, y este mismo, leyendo hasta el último (pues él es quien me lee, como puedes verlo aquí, ves lo que se escribe en su tarjeta en el sitio que él raspa, es para él para quien se escribe aquello que dentro de un rato firmará), seguirá remitiendo al destinatario. Poner el sello sobre el timbre, matasellar, ya no se oye claramente a nadie, depósito legal, la ley dicta la ley pero tú sigue persiguiendo al destinatario y al remitente. Corre en círculos, pero te prometo que tendrás que correr cada vez más aprisa, a una velocidad sin proporción alguna con la de aquellas viejas redes, o en todo caso de sus imágenes. Se acabó, lo postal, en todo caso esta época de lo destinal y

¹⁴ Un “neumático” es aquí una misiva enviada a través de un tubo de aire comprimido. [T.]

del envío (del *Geschick*, diría el viejo aquel: todo se da allí, una vez más, y no eludiremos Friburgo, dicho sea de paso. *Geschick*, es el destino, claro está, y por ende todo lo que atañe a la destinación tanto como a lo destinado, e incluso a la “suerte” -significa “suerte”, como ya sabes, y hemos llegado cerca del *fortune-telling book*. También me gusta que esa palabra de *Geschick*, por la cual todo pasa al fin y al cabo, inclusive el pensamiento de la historia del ser como dispensación, inclusive el don del “*es gibt Sein*” o “*es gibt Zeit*”, me gusta que esa palabra exprese también la *adresse*, no la dirección del destinatario sino la destreza de quien tiene maña para lograr esto o aquello, un poco de suerte, también, lo que un diccionario llama el “*chic*” -¡no es invento mío! Y *schicken*, significa enviar, despachar, mandar o hacer llegar, etc. Cuando el ser se piensa *a partir* del don del *es gibt* (perdón por la estenografía simplificadora, esto es sólo una carta), el don mismo se da *a partir* de “algo”, que no es nada, que no es algo; sería, hum... como un “envío”, el destino, perdón, la destinalidad de un envío que, por supuesto, no envía esto o aquello, que no envía nada que sea, nada que sea un “siendo”, un “presente”. Ni a quienquiera que sea, a ningún destinatario como sujeto identificable y presente en sí mismo. Lo postal es una época de lo postal, no resulta muy claro, cómo podría escribirte eso en una carta, y una carta de amor porque es una carta de amor, no lo dudes, y te digo “ven”, vuelve pronto, y si lo escuchas eso quema todas las etapas, todos los relevos, no debería de tolerar alto alguno, si estás allí

—

P.S. Otra vez las saturé de color, mira, maquillé a nuestra pareja ¿te gusta? Probablemente no logres descifrar el tatuaje sobre la prótesis de plato, esa tercera pierna de palo, ese miembro-fantasma que entibia bajo el culo de Sócrates.

6 de septiembre de 1977. No puedo más, quisiera no perderme ni una sola recogida del correo, y al menos describirte mi impaciencia para que te apresures un poco.

Bueno, ya estoy sosegado, voy a aprovechar para clarificar un poco la historia de la *adresse*, en fin, del *Geschick*. Es muy difícil pero todo se decide allí. Si lo que se entiende por lo postal en su sentido más común, en su sentido estricto si tú quieres, lo que todo mundo cree entender por esa palabra (un mismo tipo de servicio, una tecnología que va desde el correo de la antigüedad griega u oriental, con el mensajero que corre de un lugar a otro, etc., hasta el monopolio estatal, el avión, el télex, el telegrama, los diferentes tipos de carteros y de entregas, etc.), si ese servicio postal no constituye sino una época del envío en general -y con su *techné* implica también muchas cosas, por ejemplo la identidad, la identificación posible de los emisores y de los receptores, de los sujetos de lo postal y de los polos del mensaje-, entonces hablar de lo postal en el caso del *Geschick*, decir que todo envío es postal, que *le destinal se poste*, es quizá un abuso “metafórico”, una restricción en el sentido estricto de un sentido que no se deja ceñir. Seguramente eso objetaría Martin. Aunque... Porque bueno, habría que confiar mucho en ese valor como “metáfora” y en todo su régimen (más de lo que confiaba él, pero habría que ver... está también lo-que-yo-llamo, cito, “la catástrofe metafórica”) para tratar así la figura de lo postal. El asunto es sumamente grave, me parece, pues si para empezar está, por decirlo de alguna manera, el envío, el *Schicken* que se reúne como *Geschick*, si el envío no deriva de nada, entonces la

posibilidad postal ya está desde siempre allí, en su mismo retiro. En cuanto *hay*, en cuanto da (*es gibt*), destina, extiende (fíjate, cuando digo “ven”, te extendiendo, no extendiendo nada, te tiendo a ti, tiendo hacia ti, te atiendo, te digo “ten”, guarda lo que quisiera darte, no sé qué es, algo más que yo seguramente, guárdalo, ven, detente, reúne, mantennos juntos, nosotros y algo más que tú o yo, nos espera eso mismo, no sé ni quién ni qué, y es mejor así, ésa es la condición, por lo mismo que nos destina, dejémoslo así), decíamos entonces que en cuanto hay, destina y extiende (lo demostraré en ese prefacio, si lo escribo algún día, al releer el juego de *Geben, Schicken y Reichen* por ejemplo en *Zeit und Sein*). Si “parto” de la destinación y del destino o del destinamiento del ser (*Das Schicken im Geschick des Seins*), entonces no hay manera de pensar en *prohibirme hablar de “poste”*, a no ser que haga de esa palabra el elemento de una imagen, de una figura, de un tropo, una tarjeta postal del ser, de algún modo. Pero para eso, quiero decir para acusarme, prohibirme, etc., habría que tener la ingenua certeza de saber qué es una tarjeta postal, qué es lo postal. Si al contrario (pero no es simplemente lo contrario), pienso lo postal y la tarjeta postal a partir de lo destinal del ser, como pienso la casa (del ser) a partir del ser, del lenguaje y no al revés, etc., entonces lo postal no es ya una mera metáfora, constituye incluso, como lugar de todas las transferencias y de todas las correspondencias, la posibilidad “propia” de toda retórica posible. ¿Acaso podría esto satisfacer a Martin? Sí y no. No, porque seguramente vería en la determinación postal una imposición prematura (?) de la *techné* y por ende de la metafísica (me acusaría, ya lo ves venir, de construir una metafísica de lo postal o de la postalidad); y sobre todo una imposición de la *posición* precisamente, de determinar el envío del ser en posición, postura, tesis o tema (*Setzung; thesis*, etc.), gesto que él pretende *ubicar*, al igual que la técnica, en la historia de la metafísica, y con el cual se daría pie a reflexionar acerca de un disimulo y un retiro del ser en su envío. Allí es donde las cosas son más difíciles: porque la idea misma de retiro (propia de la destinación), la idea de alto y la idea de época en la que el ser se retiene, suspende, retira, etc., esas ideas son inmediatamente homogéneas con respecto al discurso postal. *Poster*, poner en el correo, es enviar “contando” con un alto, un relevo o un plazo suspensivo, el sitio de un cartero, la posibilidad de la desviación o del olvido (no de la represión, que es un momento de custodia, sino del olvido). La *epoché* y el *Ansichhalten* que acompañan o dan ritmo esencialmente al “destino” del ser, o su “apropiación” (*Ereignis*), son el sitio de lo postal, es allí donde adviene y tiene lugar (*ereignet* diría yo),¹⁵ es allí también donde da lugar y deja advenir. Eso es grave porque tal vez perturba (tal vez) el esquema de Heidegger que sigue siendo “derivativo”, perturba al hacer pensar que la técnica, la posición, digamos incluso la metafísica no ocurren, no concurren para *determinar* y disimular un “envío” del ser (que aún no sería postal), sino que pertenecen al “primer” envío -que obviamente nunca es “primero” en orden alguno, por ejemplo cronológico o lógico, ni siquiera el del logos (por eso no se puede substituir más que en broma la fórmula “en el principio era el logos” por “en el principio era la *poste*”). Si la *poste* (técnica, posición, “metafísica”) se anuncia desde el “primer” envío, entonces ya no existen ni LA metafísica, etc. (esto intentaré decirlo una vez más, de otra manera) ni siquiera EL envío,

¹⁵ *Das Ereignis ereignet* ha sido traducido al español como “El acontecimiento propicio acaece propicio”. [T.]

sino *envíos* sin destinación. Pues ordenar las diferentes épocas, etapas, determinaciones, en suma, toda la historia del ser, según la destinación del ser, constituye tal vez el engaño postal más inaudito. Ni siquiera existen la *poste* o el envío, existen las *postes* y los envíos. Y dicho movimiento (que en ocasiones me parece a la vez sumamente lejano y sumamente cercano al de Heidegger, pero no importa) evita ahogar todas las diferencias, las mutaciones, las estructuras, los compases de los regímenes postales en una única y exclusiva gran oficina central de correos. En suma (y esto es lo que quisiera articular con mayor rigor si algún día escribo esto con otra forma), en cuanto hay, hay *diferancia* (y eso no espera al lenguaje, sobre todo al lenguaje humano, y la lengua del ser, solamente la marca y el trazo divisible), y hay distribución postal, relevos, retraso, anticipación, destinación, dispositivo telecomunicante, posibilidad y por ende necesidad fatal de desvío, etc. Hay estrofa (hay estrofa en todos los sentidos, apóstrofe y catástrofe), destreza para orientar la dirección [siempre hacia ti, amor mío], y mi tarjeta postal, estrofas son). Pero con esta aclaración, nos damos la posibilidad de no asimilar nada de las diferencias, de la diferenciación (técnica, ecopolítica, fantasmática, etc.) de los poderes telecomunicativos. Al no tratar más *les postes* como una metáfora del envío del ser, puede tomarse en cuenta lo esencial y lo decisivo que ocurre, por doquier y hasta en la lengua, el pensamiento, la ciencia, y todo lo que los condiciona, cuando la estructura postal da un salto, *Satz*, si tú quieres, y se posa o se *poste* de otra manera. Por eso la historia postal, que quisiera escribir y dedicarte, no puede ser una historia postal: primero, porque atañe a la posibilidad misma de la historia, de todos los conceptos, también, de la historia, de la tradición, de la transmisión o de las interrupciones, desvíos, etc. Luego, porque semejante "historia postal" no sería sino un minúsculo envío dentro de la red que pretendería analizar (no hay metapostal), apenas una tarjeta perdida en un costal, que una huelga, e incluso un accidente de clasificación, puede siempre retrasar indefinidamente, perder sin retorno. Por eso no la escribiré, pero te dedico los restos de ese proyecto imposible. El deseo (escatológico, apocalíptico) de esa historia postal a nivel mundial no constituye quizá sino una manera, muy infantil, de llorar por el fin próximo de nuestra "correspondencia" -y de enviarte una lágrima más. Y eso no sucede un día en el mundo, eso es el mundo, el devenir-mundo del mundo, etc. El *Geviert* también, la más hermosa tarjeta postal que Martin nos ha enviado desde Freiburg, pero ya desde entonces la remitía a otro destinatario, de hecho: la simplicidad (pues una tarjeta postal no es sino un pedazo de carta, una carta que en el momento mismo de ser recogida se hace *pedazos*, y cada pedazo *parece* simple, simplón, ingenuo y sobre todo indivisible, inanalizable) la simplicidad de lo cuatripartito: el cielo y la tierra, los dioses y los mortales.

Qué bueno que me volviste a llamar enseguida. Acaricié tu voz, y todavía. La urgencia se relajó un poco, *pero por favor*, ven. Déjalos, ellos no te necesitan, no realmente a ti, ves. Yo te espero.

7 de septiembre de 1977.

por supuesto, es a Sócrates a quien me dirijo en este preciso momento, son ustedes multitud, dulce amor mío, y tú lo ves leerme en este preciso instante, contestándome ya. Lo haría todo por él, es el único que me escucha.

Me doy perfectamente cuenta de que te afectó lo que pude haberte dicho acerca de lo que realmente pasó con ella de hecho nada, pero te lo digo todo). Ella había usado las palabras más hermosas de la tierra para describir lo que le faltaba. Y visiblemente quería dármelo o esperarlo de mí;

el que tú seas “mi mujer” no era algo evidente en un principio, y hubo que multiplicar las bodas y las alianzas, pero a mi parecer cada vez cabe menos duda, si el destino (el sino, la fortuna, la suerte) significa finalmente el final de una vida. Y sin embargo –

Nada de literatura, sí, pero y luego.

Nuestra delincuencia, amor mío, somos los peores criminales y las primeras víctimas. Quisiera no matar a nadie y todo lo que envió transita por las mortales troneras.

Con respecto a los niños, los últimos a los que puedo tocar, el holocausto ha comenzado ya.

Todavía no nos hemos visto nunca. Escrito nomás.

7 de septiembre de 1977.

sí, te hablaba del *Hombre de las ratas*. Todavía no se le ha entendido nada, lo sé. Hay otras etapas, probablemente, y no me refiero aquí a los trayectos entre el correo y la estación (el dibujito de F.), ni a las historias que en ellos se traman. La dependencia del “freudismo” con respecto al momento postal o monetario no se limita a la tecnología “externa”. Entre dicha tecnología “externa” y la teorización conceptual aparentemente más pura (la “especulación” en torno a las instancias, en torno a la relación entre los “principios” de placer y de realidad, entre lo primario y lo secundario) como los conceptos de la práctica, como los modos de escritura, la “autografía” y la “autobiografía” de Freud, etc., entre dicha organización “externa” de las etapas y todo lo que acabo de enumerar en desorden, la transición es esencial, constitutiva, irreductible. Ni un solo paso de Freud deja de volver a pasar por ahí.

No sé si te enviaré esta carta puesto que llegas dentro de tan pocos días. Te la daré. Pero no puedo detenerme, ni perder la oportunidad de que recojan el correo, tengo que escribirte todo el tiempo cuando no estás conmigo -e inclusive cuando estás y que sigo estando solo (el viejo sueño imposible del registro exhaustivo e instantáneo, ante todo no perder ni una palabra- porque son las palabras lo que más aprecio y es su rarefacción lo que me resulta insoportable en la escritura -, el viejo sueño del electrocardio-encefalo-LOGO-icóno-cinematobiograma completo. Y llano -quiero decir en un principio sin la menor literatura, la menor ficción añadida, sin pausas, sin selección de código ni de tono, sin el menor secreto, nada en absoluto, sólo todo -y llano a final de cuentas porque si semejante tarjeta fuera posible, así fuera durante un lapso de tiempo muy breve (necesitarían después siglos de universidad para descifrar eso), moriría por fin en paz. A menos que eso me enviara directamente al infierno, pues nada me produce más temor que esa exposición sin doblez. Además sería preciso, para que yo partiera reconciliado, que pudiera certificar esa última tarjeta total (mi letrado absoluto), que

pudieras leerla, tenerla entre tus manos, sobre tus rodillas, ante tus ojos, dentro de ti, que la heredaras y la guardaras, reprodujeras mis imágenes y mi leyenda -y sobre todo que en mi ausencia sigas siendo seducida durante mi confesión hasta morir de amor. No hago nada a final de cuentas que no esté pensado para seducirte, para desviarte de ti para ponerte en camino hacia mí, únicamente- sin embargo no sabes quién eres ni a quién me dirijo exactamente. Pero sólo estás tú en el mundo.

7 de septiembre de 1977. Entonces volví a mandar un telegrama para avisar que tendría que retrasar mi llegada. Acabarán por tenerme rencor o por no querer tenerme con ellos. Antes de ti era yo de una puntualidad irreprochable, nunca hice esperar.

Bueno, para distraerte, entérate de que en los momentos en que dejo de escribirte, trabajo, o más bien dicho *les postes* siguen trabajando en mí, *les postes* de todo género y de todo sexo. Según el estilo “enciclopedia” (y la enciclopedia es una enorme lista de correos), aquí tienes citas de Voltaire, que pienso utilizar para mi prefacio. Figuran en el artículo *Poste*, y te divertirá comprobar, lo subrayé, que todo allí está *hecho o está por hacer*, el correo es el lugar del gran asunto, realmente; para mí el correo es una iglesia donde se fijan citas secretas, Nuestra Señora el domingo por la tarde en medio de la multitud, durante los conciertos de órgano, o una Gran Sinagoga en medio del bullicio, al final del Kippur. Allí todo es posible. Cuando entro al correo de una gran ciudad, tiemblo cual si fuera un lugar sagrado, lleno de goces negados, prometidos, amenazantes. Es cierto que inversamente tiendo con frecuencia a considerar los grandes templos como ruidosos centros de clasificación postal, con muchedumbres sumamente agitadas antes de la distribución, cual una subasta de una enorme cantidad de correo. A veces el predicador abre las epístolas y las lee en voz alta. Siempre es la verdad. Bueno, aquí fragmentos de Voltaire que me escribí a máquina (perdón, conservo una copia): “*si l’un de vos amis a besoin de faire toucher de l’argent á Petersbourg et l’autre á Smyrne, la poste fait votre affaire* [a menos, por supuesto, que uno quiera recibir el pago en mano propia, y no pagar impuestos, y correr el riesgo de la moneda falsa, sin banco, sin correo, sin timbre, sin prenda, nadie vio nadie supo, otro asunto]... *est-elle á Bordeaux, et vous devant Prague avec votre régiment, elle vous assure régulièrement de sa tendresse ; vous savez par elle toutes les nouvelles de la ville, excepté les infidélités qu’elle vous fait Enfin la poste est le lieu de toutes les affaires, de toutes les négociations ; les absents deviennent par elle présents ; elle esi la consolation de la vie.*”¹⁶ Podré citar esta obra maestra en el *Legs* (al final de *Más allá...*, en un pasaje que me entretuvo largo rato, Freud habla curiosamente de “consuelo” y cita las Escrituras.) Por qué Burdeos y Praga, me pregunto. (A propósito de Burdeos, ¿has tenido noticias de mi carta y de tu queja?) Me gusta copiar largos textos para ti, únicamente para ti, si no es una lata. Soy tu viejo

¹⁶ “Si un amigo suyo necesita hacer cobrar algún dinero en Petersburgo y otro en Esmirna, el correo hace lo necesario [...]... Estando ella en Burdeos y usted ante Praga con su regimiento, ella le ratifica regularmente su ternura; por ella se entera usted de todas las noticias de la ciudad, salvo de las infidelidades que ella comete. Finalmente, el correo es el sitio de todos los negocios, de todas las negociaciones; gracias a él los ausentes están presentes; es el consuelo de la vida.” [T.]

secretario, me lo encargas todo, incluso *mis* cartas (esto está ultracifrado y si algún día este crucigrama llega a sus manos, pueden esperar sentados para hallarles sentido.

Nuestra

burocracia amorosa, nuestro secretariado erótico, les hemos confiado demasiadas cosas como para no perder *el control* y la memoria. Ahora gozan de esa autonomía que hace reventar a las revoluciones (el *abotagamiento* y la *policía*).¹⁷ Para saber descifrar el verdadero enigma, la estenografía absoluta, es preciso estar en la misma habitación, junto con el otro. Pero yo quisiera ser tu secretario. Estando tú fuera, yo transcribiría tus manuscritos nocturnos o las cintas magnéticas en las que hubieras improvisado, haría algunas intervenciones discretas que sólo tú reconocerías, me ocuparía de los hijos que me hubieras dado (tal es tu sueño ¿no es cierto?, el tuyo también), inclusive los amamantaría, y casi en permanencia oiría al siguiente respirar dentro de mi vientre. Los tendríamos a todos. Siempre estarías dentro de mí o tras de mí, y yo sólo sería accesible, al fondo de mí, para tu lengua, para ella nomás.

Sobre la estenografía, el viejo Voltaire, de vuelta: *“Pour dérouter l’empressement des curieux, on imagine d’abord d’écrire une partie de ses dépêches en chiffres ; mais la partie des caractères ordinaires servait quelquefois à faire découvrir l’autre. Cet inconvénient fit perfectionner l’art des chiffres , qu’on appelle sténographie. On opposa à ces énigmes l’art de les déchiffrer; mais cet art fut très fautif et très-vain. On ne réussit qu’à faire accroire à des gens peu instruits qu’on avait déchiffré leurs lettres, et on n’eut que le plaisir de leur donner des inquiétudes. Telle est la loi de la probabilité que, dans un chiffre bien fait, il y a deux cents, trois cents, quatre cents à partir contre un que dans chaque numéro vous ne devinez pas la syllabe dont il est représentatif. Le nombre des hasards augmente avec la combinaison de ces numéros; et le déchiffrement devient presque totalement impossible quand le chiffre est fait avec un peu d’art. Ceux qui se vantent de déchiffrer une lettre sans être instruit des affaires [¡otra vez!] qu’on y traite et sans avoir des secours préliminaires, sont de plus grands charlatans que ceux qui se vanteraient d’entendre une langue qu’ils n’ont point apprise.”*¹⁸ Un rey y su policía, con todos

¹⁷ Hay aquí en francés un juego de palabras en torno a la homofonía entre *empâtement* (“abotagamiento”) y *empatement* (“serif”), así como en torno a la polisemia de *police* (“policía” pero también “fuente [tipográfica]”). Por lo anterior, *l’em-pâtement et la police* puede ser leído también como “el serif y la fuente”. [T.]

¹⁸ “Para confundir la diligencia de los curiosos, se pensó en un principio en cifrar parte de los despachos; empero, la parte de los caracteres ordinarios servía en ocasiones para descubrir la otra. Este inconveniente llevó a perfeccionar el arte de las claves secretas, llamado estenografía. Se opuso a tales enigmas el arte de descifrarlos; pero ese arte fue sumamente erróneo y sumamente vano. Sólo se logró engañar a gente poco instruida *haciéndole* creer que sus cartas habían sido descifradas, y el único placer que se obtuvo fue el de causarles preocupaciones. La ley de probabilidades funciona de tal manera que, en una clave bien *hecha*, se puede apostar doscientos, trescientos, cuatrocientos contra uno que no ha de adivinarse para cada número la sílaba que representa. La cantidad de azares aumenta con la combinación de dichos números; y descifrar se vuelve algo prácticamente imposible cuando la clave está *hecha* con un poco de arte. Quienes se jactan de poder descifrar una carta sin estar al tanto de los asuntos [...] que en ella se tratan y careciendo de ayuda preliminar, son peores charlatanes que aquellos que se jactan de entender un idioma que nunca han aprendido.” [T’.]

sus lugartenientes, eso es lo que ronda constantemente en el discurso de Voltaire. Cada vez que sale a cuento el correo, bajo tal o cual figura, allí está la policía, del rey -y allí está una basílica, una morada real, un edificio o una edificación de la ley, el lugar donde se imparte la justicia (con mercaderes cerca de los pórticos inferiores) o un templo, una metrópolis religiosa. Todo esto, de ser posible, al servicio del rey que dispone del correo, de los sellos, de los emisarios, así como de los destinatarios, sus súbditos. En fin, ya quisiera él, ver *The purloined letter*, y la reina también, y Dupin también, y el psicoanalista también -pero ahí está la tarjeta postal soportando la partición y abriéndose siempre por el lado de la literatura, si gustas llamarle a eso la adestinación. Entonces eso ya no vuelve de manera circular. Ninguna teoría rigurosa de la “recepción”, por más necesaria que sea sin embargo, acabará con esa literatura. Ya, basta por esta noche, mis *Prognostica Socralis basilei...*

7 de septiembre de 1977.

la que llamo Ester. Sabes por qué me gusta, te lo conté algún día. Ella o su nombre, ve tú a saber, y cada letra de su nombre, de su singrama o de su anagrama. La búsqueda del singrama Ester, toda mi vida. Algún día lo divulgaré, todavía no los acepto lo suficiente como para decírselo. Únicamente esto, hoy, para ti. Éster es la reina, la segunda, la que substituye a Vasti ante Asuero. De qué salva a su pueblo, holocausto sin fuego ni llamas, no lo entenderás sin la circulación del dinero y de las misivas, sin el trayecto del correo real, el que corre: para transmitir órdenes, y para garantizar el orden. El rey le entrega dinero a Amán, le entrega primero el sello real para ejecutar su proyecto. Y Amán, que entonces tiene en su poder la firma del rey, da la orden de exterminio. A secretarios, a “actuarios”. Se los imagina uno sentados, quizá, mientras el viejo barbón les dicta el horror. Copio la traducción de Chouraqui, no sé qué tan buena es: *“Les actuares du roi sont convoqués / la première lunaison, le treizième jour. / Il est écrit tout ce que Hamane a ordonné / aux satrapes du roi, aux pachas des cités et des cités, / aux ministres des peuples et des peuples, / cité et cité selon son écriture, / peuple el peuple selon sa langue, / écrit au nom du roi Ahashwerosh, et scellé au sceau du roi. / Les actas sont envoyés en mains de coureurs / vers toutes les cités du roi / pour exterminer, tuer et perdre / tous les Yehoudime, du jeune au vieillard, enfants et femmes, à un seul jour, le treize de la douzième lunaison, / elle-même lunaison d Adar, / et leur butin, le pillier. / Copie de l’écrit est donnée en loi à toute cité et cité, / pour évidence à tous les peuples d’être prêts ce jourlà. / Les coureurs sortent en hâte avec la parole du roi. / La loi est donnée à Sushan, la capitale. / Le roi et Hamane s’assoient Pour boire.”*¹⁹ Luego Mardoqueo informa a Ester: del dinero

¹⁹ “Los actuarios del rey son convocados/ durante la primera lunación, durante el decimotercer día./ Se escribe todo lo que Amán ordenó/ a los sátrapas del rey, a los pachás de las provincias y de las provincias,/ a los ministros de los pueblos y de los pueblos,/ provincia y provincia según su escritura,/ pueblo y pueblo según su lengua,/ escrito a nombre del rey Ahashwerosh [Asuero], y sellado con el sello del rey./ Las actas son enviadas en poder de correos reales/ hacia todas las provincias del rey/ para exterminar, matar y perder/ a todos los Yehudime [judíos], mozos y ancianos, niños y mujeres, en un solo día, el decimotercero de la duodécima lunación,/ en sí misma, lunación de Adar,/ y para saquear sus bienes./ Copia del escrito es impuesta como ley a toda provincia y provincia,/ como evidencia para que todos los pueblos estén dispuestos el día

entregado a Amán, de la ley cuya “copia” le fue transmitida. Ester logra entonces suspender la muerte -“l’arrêt de mort”, el “fallo de muerte” -(tal es el subtítulo elegido por Chouraqui- supongo que tal es su elección y en su prefacio dice que “Ester debe recitarse en las sinagogas ‘cual si se leyera una carta.’”) A final de cuentas, Ester suspende la matanza desviando de su destino una carta. Detiene, intercepta (era preciso que *se hallara allí*, era preciso que Ester se hallara sobre el trayecto). Y la sustituye por otra -pues la contraorden, “*écrit pour révoquer les actes du dessein de Hamane Ben Hamdata, l’Agagui / qu’il a écrit pour perdre les Yhoudime / qui sont dans toutes les cités du roi*”,²⁰ esa orden de revocación da lugar a la misma escena de escritura: el sello real, las actas, los “*coureurs montés sur les coursiers royaux*”,²¹ “*dépêchés et pressés avec la parole du roi*”.²² Etc. Voy a decirte ahora lo que me intriga y me interesa más en este instante: es el vínculo entre esos fallos de muerte, esas cartas que dan y suspenden la muerte, el vínculo con la *fortuna*, la buena y la mala, con la escritura de la suerte, del destino, del azar, de la predicción que echa suertes (*prognostica y fortune-telling*, si así lo prefieres). Pues la fiesta de Ester (*Purím*) es una fiesta de la fortuna. Amán, con sus “maléficos designios”, “*avait jeté le Pour - c’est le sort- pour les détruire et les perdre*.”²³ “*Sur quoi ils ont appelé ce jour Pourim / selon le nom du Pour, / sur quoi, sur toutes les paroles de cette missive / et sur ce qu’ils avaient vu à ce sujet / et sur ce qui leur était arrivé, / les Yehoudime accomplissent et acceptent / pour eux et pour leur semence / et pour tous (eux qui s’adjoignent à eux, / et cela ne passera pas, / d’être à faire ces deux jours / selon leur écrit et selon leur temps / en toute année et année. / Ces jours sont commémores et célébrés / d’âge en âge, de clan à clan, de cité à cité / de ville à ville. / Ces] ours de Pourim ne passeront pas parmi les Yehoudime, / leur souvenir ne se terminera pas pour leur semence. / Ester, la reine, la fille d’Avihayil, écrit avec Mordekhaï, le Yehoudi, avec toute autorité / pour accomplir cette missive de Pourim, la deuxième. / Il envoie des actas à tous les Yehoudime, aux cent vingt-sept cités [...] Le dit d Ester accomplit ces paroles de Pourim : / c’est écrit dans le volume.*”²⁴ 127 ¿no te recuerda algo? Adivina. ¿Y el

susodicho./ Los correos salen apresuradamente llevando la palabra del rey./ La ley es anunciada en Susán, la capital./ El rey y Amán se sientan a beber.” [T.]

²⁰ “la que se escribe para revocar las actas del designio de Amán hijo de Ama-dati, del linaje de Agag,/ que él escribió para perder a los Yehudime/ que hay en todas las provincias del rey”. [T.]

²¹ “correos montados sobre los corceles reales”. [T.]

²² “despachados y apremiados para llevar la palabra del rey”. [T.]

²³ “había echado el *Pur* -que es lo mismo que suerte en nuestra lengua- para destruirlos y perderlos.” [T.]

²⁴ “De ahí que hayan llamado a esos días Purím/ según el nombre de Pur,/ de ahí, de todas las palabras de esa misiva/ y de todo lo que habían visto a ese respecto/ y todo lo que padecieron,/ que los Yehudime cumplan y acepten/ para ellos y para su descendencia/ y para todos los que a ellos quisieren agregarse,/ y eso no ha de ser puesto en el olvido,/ el tener que celebrar esos dos días/ conforme a su escrito y conforme a su tiempo/ en todo año y año./ Tales días son conmemorados y celebrados/ de generación en generación, de clan en clan, de provincia en provincia/ de ciudad en ciudad./ Esos días de Purím no han de ser puestos en el olvido entre los Yehudime,/ su memoria no acabará para su descendencia./ Ester, la reina, la hija de Abihail,/ escribe con Mardoqueo, el Yehudi, con toda autoridad/ para cumplir esa misiva de Purím, la segunda./ Él envía actas a todos los Yehudime, / a las ciento veintisiete provincias [...] El dicho de Ester cumple las palabras de Purim:/ está escrito en el volumen.” [T.]

trece de la duodécima lunación? Algún día escribiré para ti un largo relato, no omitiré detalle alguno, ni una luz de vela, ni un sabor, ni una naranja, un largo relato en torno a aquellas roscas de Purím en ElBiar, cuando tenía yo diez años y ya desde entonces no entendía nada.

Aún te espero.

7 de septiembre de 1977. Acabo de colgar ahora mismo. Tu pregunta resultaba hiriente. Te lo repito, amor mío: *para ti*. Escribo para ti y sólo para ti hablo. Eres tal vez la única en saberlo pero lo sabes, en todo caso lo sabes mejor que nadie; y no tienes razones para dudar de ello, como tampoco para dudar de esta tarjeta que lees ahora, que tienes entre manos o sobre tus rodillas. Aunque no creyeras lo que en ella escribo, ves que te lo escribo, lo tocas, tocas mi tarjeta, mi firma, el cuerpo de mi nombre, a mí -y eres precisamente tú quien, ahora, aquí mismo... - ¿me amas?

7 de septiembre de 1977.

¿Y si en lugar de Judith te llamara yo Ester? Asombraría al planeta entero diciendo que en mi opinión te le pareces. Sería entonces preciso exhibir tantos trayectos invisibles (algunos siguen siéndolo para mí). En todo caso, para mí el más singular de ellos consiste en que según parece llevaba dos nombres, un poco como tú, sin embargo Ester no era, contrariamente a lo que yo creía, su nombre hebreo. Era su nombre de reina persa, la mujer de Jerjes o de Asuero, como prefieras, su nombre público, su nombre oficial. Siendo que para mí -bueno, según lo que (de mí, sin mí) recientemente pude suponer partiendo de mi apego a la literalidad de ese nombre sublime, Ester es un nombre hebreo y oculto, sigue siendo tal a pesar de que sé, por haber leído *The Interpreter's Dictionary of the Bible* (obsequio de quien me devolvió ese nombre de Ester), que era el nombre de la reina y no el de la doncella. Tenemos todos tantos nombres. Pero también te gustará su nombre de huérfana, quisiera hacerte esperar antes de decírtelo y dejarte con él, retirarme dejándote con él, no carece de nada: Edisa o Hadassah.

Mardoqueo "*est le tuteur de Hadassah, elle-même, Estér, / la fille de son oncle. / Non, elle n'a ni père ni mère*".²⁵ La única con la que pude haberme casado. Cuando me case, por casarme, si de casualidad algún día eso fuera posible" ya no habrá padre, ya no habrá madre (ya parece, bueno, eso me digo a veces). Y adivina qué quiere decir Hadassah. Busca, es algo que algún día me diste y a lo que anexaste, poco tiempo después, una carta explicativa, imitando la ciencia, no la astrología adivina (te doy una pista: la ciencia de las plantas y la ciencia de las religiones).

Entre nos a decir verdad, no estoy para nada seguro de sentir apego por el nombre de Ester, pese al carácter espectacularmente verosímil y fundado de la hipótesis según la cual ése debería ser para mí el nombre máspreciado, el nombre de los nombres a partir del cual, cómo decirlo, lo haría derivar todo, eso, derivar. Los derivaría los derribaría a todos partiendo de Ester. A los comentaristas de ese libro los impresiona con frecuencia su desenvoltura, si no es que su irreligión. Todo

²⁵ "es el tutor de Edisa, llamada por otro nombre Ester, / la hija de su tío. / Es huérfana de padre y madre". [T.]

con miras a la fiesta de Purím (la fortuna, pues) y ni una sola referencia a Dios. Copio para ti (esta impresión cuyo duplicado conservo con miras a mi prefacio y lo que ha de venir después será mi primer libro de Ester), aquí lo tienes sin traducir: "The book of Esther itself, however, seems deliberately to avoid specific references to God or to religious practice. God is not mentioned in the book, even when the sense seems to demand it, as when Mordecai suggests that deliverance for the Jews may arise 'from another quarter' if not from Esther herself (4:14). Prayer does not accompany fasting in Esther's preparation for putting her request before the king (4:16). Victory seems to depend, not so much on loyalty to Judaism (cf. the book of Daniel), as on the use of political maneuver and appeal to self-interest. It is going too far to say that Esther 'has no religious content and can arouse no pious thoughts' (Schauss...) but certainly piety in its usual sense receives little emphasis in this book."

Más adelante "Pur, that is the lot".

En ese libro todo resulta "difficult to tell", dicen he allí probablemente lo que me importa, pero ¿para ocultar qué? "Whether the author invented a wholly fictional account together with the festival of Purím which it purports to explain, whether he was putting in Jewish form a Babylonian festival which originated in mythical adventures of the divine cousins Marduk and Ishtar, or whether he based the romance on some incident involving the historical Xerxes and *Mardukâ* [...] it is difficult to tell. In any case it seems probable that the book of Esther is primarily romance not history." Ahora sabes a qué atenerte. "Xerxes' queen was neither Vashti nor Esther but Amestris."

Aparentemente Ester, si no es que Edisa, hace algo totalmente distinto e incluso contrario si la comparamos con la reina de *La carta robada*. Aquí es el rey quien paga, paga a un ministro es cierto y no a una policía privada y es el rey quien recupera su misiva (pública) para sustituirla por otra, obedeciendo a la orden o al deseo de la segunda reina. Pero se trata de una apariencia, y de nada sirve comparar. Sea como sea ella se las arregla una vez más para que cuelguen sí, que cuelguen a Amán, el ministro, tras haber mandado sustituirlo por otro ministro que es tío suyo, o su padre adoptivo -cumpliendo así el "sueño" de este último (en los añadidos al volumen traducidos del griego, todo empieza con el "sueño de Mardoqueo")-, quien reemplaza entonces a Amán aquel que "[nous] appelions notre père. Il occupait la deuxième place après le trône royal."²⁶

Mañana, si quiero escribir ese prefacio perseguiré todos los correos paleo y neotestamentarios. ¡Y por qué no, si a éstas vamos, todos los fallos de muerte y todos los bandos de policía so pretexto de que son enviados o significados! Y de que todo lo que se envía, quiérase o no impone la ley... la elude también, juega con ella pero es la ley.

Me aterra la idea de ese regreso y sin embargo la
impaciencia

²⁶ "llamábamos nuestro padre. Ocupaba el segundo sitio después del trono real." [T.]

7 de septiembre de 1977.

cuando dejes de asustarme y de obligarme a acechar los signos. Siempre estoy dispuesto a todo a la peor sentencia, de un momento a otro. Es cierto, no te diste cuenta de que al desastre lo habías vuelto irreversible al decirme con la vulgaridad más cruel “el día que eso suceda, no te mandaré un telegrama”. En un instante, cuando quiero que ya no existas que para mí ni siquiera hayas salido a la luz, que tan sólo hayas sido un prestanombres, me hago escuchar esa frase, y vuelvo a ver el lugar mismo, la situación en la que te atreviste a clavarla en mí. Estabas detrás mío, pegada contra mí, sentí tu aliento en mi cuello -estuve a punto de gritar pero me quedé con la maldición, una vez más. Como a menudo contigo, tenía la certeza de que mi cabeza había dejado de pertenecerme.

8 de septiembre de 1977. Ahora mismo el cartero me entrega “en propia mano” la carta que te había enviado a la LC. Me había equivocado de código postal y hay varios pueblos con el mismo nombre en tu provincia. Por fortuna, como siempre te aconsejo que lo hagas y nunca me haces caso, la carta tenía mi dirección al dorso. Esta historia es inverosímil. La cartera me explica que tratándose de un caserío pequeño, cuando sospechan que existe un error pues allí conocen a todo el mundo, devuelven al remitente, al menos cuando eso resulta posible. Extraña historia, vas a sospechar otra vez que no la envié. No me atrevo a abrirla para releerla. Además son “detalles”, como me dijiste un día, solamente detalles que según yo me justificarían desde tu punto de vista. Ya no estoy seguro, ya no recuerdo muy bien lo que escribí (quiero decir, en detalle) y por eso ya no me atrevo a abrirla. Te mostraré el sobre cuando hayas vuelto, para que me creas. Pero no te lo enviaré una segunda vez -en todo caso creo que no la releeré nunca. Cuando hayas visto el sobre que permanecerá sellado, lo destruiré todo, seguramente. Partiendo de ese principio sagrado según el cual debes creerme (declararme inocente o perdonarme, indultarme u olvidar, lo que tú quieras, pero creerme sin prueba, sin relato, sin detalle). De todas maneras lo aquí acontecido sigue siendo infinitamente ajeno a ti, no te afecta y no debe afectarte para nada: distancia infinita. No me afecta, no me atañe *a mí mismo, yo*, el que te escribe, el que conoces y te ama.

8 de septiembre de 1977.

Acabas de colgar (el silbido entrecortado que siempre se oye enseguida: me enloquece hasta matar). No insistas, por favor. Te lo escribí ayer (recibirás estas líneas hoy o mañana, probablemente) y te lo volví a decir hace un instante: creo que no daré marcha atrás en mi decisión de ni siquiera abrir de nuevo esa carta y sobre todo de no enviártela por segunda vez. Debes creerme y mis razones son las mejores del mundo, mis intenciones también. Mi decisión se fortalece por cierto desde ayer, hora tras hora. Ya no deberíamos de hablar al respecto y, de ser posible, olvidémoslo, olvidemos sin restos, la carta y su contenido. En lo que a su contenido se refiere, yo mismo empiezo ya, debo admitirlo, a transformarlo, deformar, nublar mejor dicho, ensanchar, no sé. Ya no distingo claramente las orillas. La amnesia, vaya fuerza. Hay que olvidar, saber olvidar, saber olvidar sin saber. Olvidar, me oyes, no confundir. Naturalmente, no creo nada de esto. Ni tú misma –

9 de septiembre de 1977. Estoy mal esta mañana. Nunca habrá consuelo posible, el desastre es indeleble. Y sin embargo, en el preciso instante en que ese indeleble me parece en sí una evidencia, la certeza contraria es igual de fuerte. Toda la desgracia, el insoportable sufrimiento que conoces podrá siempre disiparse en un instante, no dependió en suma sino de una casualidad desfavorable, un golpe del destino, un instante del que ya ni siquiera estamos seguros de que haya tenido la menor consistencia, el menor espesor de vida. Con el desastre soñamos ¿no es así? Bastará un día -Sabía que caerías en la trampa. No, Edisa es el arrayán. Creo que me equivoqué el otro día: de hecho fui yo quien te lo hizo llegar (en una maceta con algo rojo plantado en las hojas) y fuiste tú quien, a cambio, me dirigiste una carta erudita sobre los ritos, los significados simbólicos, etc., de esa planta consagrada a Afrodita. Tengo que hallar de nuevo aquellas doctas explicaciones. ¡Hoy, leo que “el nombre de esta planta” “sirve para designar ya sea el clítoris, ya sea el sexo femenino”! Distinguir claramente, ¿verdad? Te explicaré a mi vez, puesto que te llamas Edisa, todas las historias de Mirrina y de Mirra, que “sedujo a su padre”, y por allí anda todo el “perfume” de Adonis, cuyo nombre es comparado a *hedoné*. Reconoces mis fuentes. Siempre he sospechado que el perfume pertenece al principio del placer y (pero), precisamente por eso, siempre me ha infundido un poco de miedo: como si el perfume fuera inmoral y vulgar, como si estuviera asociado a la sexualidad venal, y como si fuera al mismo tiempo señal de impotencia o de miedo (¡lo necesitan para desear o darse a desear, están tan inquietos!). ¿Por qué pensaré ahora en aquella agua de colonia que derraman por litros sobre el muerto, en nuestra tierra, antes de meterlo al ataúd? ¿En mi padre, precisamente?

9 de septiembre de 1977.

y te escribo que me gustan las finas palancas que pasan entre las piernas de una palabra, entre una palabra y ella misma, hasta que logran tumbar civilizaciones enteras. Supón que al final de una lectura, una de las voces del libro te murmura algo por el estilo: cada que decía “llega”, pensaba en ti, no en el sentido de un accidente o del acontecimiento que llegan a suceder, de la carta que llega, sino en ti. No en lo que espero *de ti*, como si tu venida fuera un accidente de ti, sino en ti, únicamente en ti, en ti llegando, tú la que llegas, tú que eres para mí la que me llegas, la que te me vienes en una sola venida. Entonces el texto se ve transfigurado, deberían de releerlo todo, y los demás textos desde el origen de los tiempos, o al menos, y no está nada mal, desde las auroras de la lengua francesa. Y si otra voz dentro del mismo libro dice: todo está connotado en *do*, sólo los *dos* -los *dorsos*- cuentan, revisen toda la escansión (no los *da* como en *fort / da* o *derrida*, pero también los *do* más lánguidos, como *derrière les rideaux*²⁷), entonces hay que volver a empezar desde el principio, es un libro más. Y si de casualidad otra voz viene y añade que todo había sido más o menos calculado para acentuar, o sea cantar el juego de los *pour* y de los *à* (largos), y que todo el libro es para ti, *pour toi*, pero se halla por eso dedicado “à” consagrado al dativo, dejémoslos correr. Y todo estaría dado para que pudieran correr:

²⁷ “*Derrère les rideaux*” (literalmente “tras las cortinas”) se pronuncia [de{jE{le{ido]; existe pues una reminiscencia sonora tanto de *do* y *dos* [do] como de *Derrida* [de{ida]. [T.]

nunca obligarlos a detenerse, excepto para recobrar aliento, pues un deseo consiste en darles aliento y vida. Y simultáneamente, eso deja sobras en el texto, siempre más de las que crees.

Para cualquier lado que mires, sigues viendo el dorso de una tarjeta postal o la espalda de un jorobado. Al menos tienes algo que acariciar, trae suerte.

9 de septiembre de 1977. Vendré a esperarte. Esta será mi última carta, digo, antes de que (¿no?) estés aquí conmigo. ¿Acaso escribo para acercarte o para alejarte, para encontrar la mejor distancia -pero entonces con respecto a quién? La pregunta se plantea cuando estás en la habitación de al lado, inclusive cuando estás en la misma habitación, dándote apenas la espalda sigo escribiéndote, cuando al salir dejo unas líneas bajo la almohada o en el buzón, dado que lo esencial no es que estés ausente o presente en el momento en que te escribo sino que yo no esté cuando las lees, o sea que no siga yo allí impidiéndote respirar, respirar sin mí, respirar de otra manera que no sea a través de mí. No puedes más ¿verdad?

Si volvieras sola, hubiéramos podido abusar una vez más del Fotomatón de la estación. Como siempre, no lograríamos mirarnos, vueltos simétricamente uno hacia el otro en espera de que el ojo de la máquina sorprenda y fije al fin el punto, único, donde se cruzan ambas miradas. Entonces uno mirará al otro que mirará hacia otra parte, y así se quedará en la billetera. Cuando me saco fotos solo en las estaciones o los aeropuertos, arrojó o rompo esa cosa en pedacitos que después dejo volar por la ventana si estoy en un tren o abandono en el cenicero o en una revista si estoy en un avión.

Mis cartas son demasiado eruditas (epístolas rellenas) pero se trata de banalizarlas, de codificarlas un poco mejor. Y además de todos modos, ya no sé a quién se lo escribí algún día, las cartas son siempre tarjetas postales: ni legibles ni ilegibles, abiertas y radicalmente ininteligibles (excepto si uno confía en criterios "lingüísticos", inclusive gramaticales: llegar por ejemplo a la conclusión de que si digo "querida mía, qué bueno que has regresado" existe la certeza de que le escribo a una mujer; sería tan arriesgado en tu caso como inferir el color de tu cabello), dispuestas para todas las transferencias de los coleccionistas -y funciona de inmediato por los estereotipos tras los cuales uno se imagina fabulosos relatos de viaje, uno especula en torno a inverosímiles o demasiado verosímiles novelas de familia, con historias policíacas, tráficos comerciales, intrigas cuyos esquemas pueden ser siempre reconstituidos, y además están todos muertos, y además por culpa de los clichés la carta se dispersa o se multiplica enseguida, eco dividido de sí misma (no consiste finalmente sino en su "propio" soporte, o casi, y ese soporte es ya una reproducción, y por cierto como todo soporte es algo ideal y puede ser destruido sin permanecer), se pierde para el destinatario en el instante mismo en que se inscribe, su destinación es inmediatamente múltiple, anónima, y el "destinador", como dicen, y el destinatario, tú misma, ángel mío tan querido; y sin embargo cuánto te extraño, a ti, a ti nomás ahora, te lloro y te sonrío, aquí, ahora, aquí mismo. Y como ya hemos hablado, mucho mejor, mucho más ampliamente de todo esto, lo que te envió con mis lágrimas son recuerdos, lo esencial

sigue siendo que te envíe, que te toque enviándote cualquier cosa, aunque no sea nada, aunque carezca de interés.

En lo que a las cartas “eruditas” se refiere, tú sabes, sólo tú, que siempre he sabido por lo menos utilizar el saber para alejar a los curiosos y para que tú me quieras dándole rienda suelta a mis celos, para intentar hacerte llegar -por correo, por todos los medios públicos- los mensajes más intraducibles, más intransportables, menos sufribles, mensajes insoportablemente idiomáticos. Pero es imposible, en todo caso sólo puede esperar tu gracia, si tú accedes a darme lo que te escribo, tú mi inmenso, tú mi único destino. No utilizo el idioma de todos, el idioma del saber, para adornarme o para sentar mi imperio, sólo para borrar todos los trazos, neutralizar todos los códigos y, sabes, creo que podría manipular todos los códigos, todos los teclados, todos los géneros (me da asco), hablar adoptando todos los tonos -y eso me angustia, y la comedia me parece dispuesta a apoderarse de cada palabra en todo momento, entonces me callo, te envío cartas locuaces, interminables, que apenas son pobres tarjetas postales, tal es mi pudor. Somos expertos del pudor, así le damos oportunidad a lo obsceno. Desde tu segunda carta habías jugado con esa palabra, “obsceno”, para decir lo que deseabas para nosotros y me veo entonces caminando sin mirar a mi alrededor (súbito estado de ingravidez) tras haber abierto la carta

(se había cruzado conmigo y puso su mano sobre mi brazo). Lo que todavía no acepto es la divulgación, por llamarlo de alguna manera. Lo que de divulgación cabe aún en la menor publicación, la más reservada, la más neutra, me sigue pareciendo inadmisibile, injustificable -sobre todo r-i-d-í-c-u-lo, cómico a priori. No condenable, sino perteneciente a priori al género cómico. Hay alguien dentro de mí que mata de una carcajada a cualquiera que parezca juzgar necesario, oportuno, importante decir lo que piensa, siente, vive o lo que tú quieras. Por supuesto que yo no escapo a esa matanza. ¿En nombre de qué, en nombre de quién publicar, divulgar -y escribir para empezar, puesto que equivale a lo mismo? He publicado mucho pero hay alguien dentro de mí, no sé bien cómo identificarlo, que sigue esperando no haberlo hecho nunca. Y cree que en todo lo que he dejado pasar, partir, existe un dispositivo muy eficaz para anular la exposición. Escribo ocultando toda divulgación posible de aquello mismo que parece estar siendo publicado. Porque, dime, ¿cuál es finalmente el imperativo? ¿Con miras a quién, ante quién aceptar divulgar?

Que todo se convierta de nuevo en tarjeta postal, de mí sólo obtendrán tarjetas postales, nunca la carta verdadera, que está reservada únicamente para ti, no a tu nombre (además tienes ahora demasiados nombres, y están en boca de todos), para ti. Para ti que estás viva.

Me dirás que ese detestar aparentemente despectivo (no es eso) contradice mi culto por las tarjetas postales, así como mis declaraciones en torno a la imposibilidad para un destinatario único de identificarse jamás, y por ende la destinación. Por ende ni una respuesta o una responsabilidad. Y que eso no concuerda con el hecho de que una carta en el momento mismo en que tiene lugar (y no hablo únicamente de la conciencia) se divide, cae en pedazos, recae en tarjeta postal. Pues sí, tal es nuestro trágico sino, dulce amor mío, la atroz lotería, pero empiezo a amarte desde ese imposible; un atolladero condenado al azar

no nos permite esperar la oportunidad de verlo abrirse algún día. Sabemos que resulta impensable y que ante semejante azar ni siquiera Dios bastaría (sí, Dios permanecería impotente para hacer posible hoy aquello que nos sigue estando prohibido según sabes, el mismísimo Dios, eso te da una idea de la medida), pero la suerte del atolladero condenado al azar es tal vez el atolladero mismo y lo que ahí pasa por no poder pasar. Para nosotros, esa suerte (la afirmación sin salida) no puede venir más que de ti, me oyes. ¿Me oyes? ¿Es preciso inventarte otro nombre para que nos brindes esa oportunidad? ¿o que se despierte al fin el otro, otro de tus nombres secretos?

Releo (es realmente la primera vez desde que te escribo) porque me sorprendiste escribiéndote en el momento en que pediste café. No, te repito lo que acabo de decirte: no había nada “decisivo” en mi carta en LC -de hecho no la he vuelto a abrir-, tan sólo detalles que tal vez, tal vez te hubieran hecho entender y aprobar, si quisieras, si pudieras. Bueno, dejémoslo así. Me releo pues y pienso, en la palabra “lotería”, en esto, tres cosas: en mi madre que jugaba al póquer (desde entonces, ¡siempre!, todavía -no, ya casi no juega ahora, y lo lamento siendo que antaño le guardaba rencor) cuando mi nacimiento, en el momento de los primeros dolores que la sorprendieron con los naipes en la mano; en nuestras partidas de bridge, antes incluso de nuestro comienzo (llevabas las cuentas sobre trozos de papel que todavía conservas); finalmente, muy pronto después del nacimiento, el nuestro, esa peculiar tarde de casino (recuerdas lo que vino después, las reglas, la locura del regreso, los dos marinos borrachos, esos ingleses de barba pelirroja que querían entrar con nosotros al hotel, y cerramos la puerta). Sí, un sino, un *lot*, atroz lotería, no podremos ni conservarnos ni perdernos, y eso es lo que nos ama, lo que nos ata “de memoria” (*par coeur*, “de corazón”). Esa desdicha sin fondo, el desastre de esa suerte, comprendo que los demás no logren soportarlo, es insoportable y yo mismo no intento soportarlo. No queda sino perder el aliento si se trata de vencerlo, de imponerle una razón (de allí la razón, que no es otra cosa que eso, pero con ella no nos amamos)

digo, cuando Platón por ejemplo envía esa recomendación, y no a cualquiera, al poder tiránico mismo, a Dioniso (recuerdas, habíamos hablado de darnos una vuelta por Sicilia aquel verano, estábamos tan cerca, te opusiste cuando por desgracia, en la costa al sur de Roma, ese maldito telefonazo nos cayó encima, un golpetazo -y lo peor es que nada me obligaba a llamar a mí, aquella tarde) cuando escribe que no escribió nada de todo aquello, que no hay obra, no hay “singrama” de P., sólo de S., seguramente sin pensar una sola palabra de todo aquello pero quién sabe, habla del mejor “respaldo”, de la mejor manera de “guardar”: no escribir sino aprender de memoria. La palabra *garde*: me gusta al instante, le digo que me gusta, me gusta también decírmela, hacerla cantar, alargar mucho la *a*, estirla a todo lo largo, es la voz, mi vocal, la letra más *marcada*, todo empieza con ella. En griego es también una palabra magnífica, φυλακε: *la* guardia pero también *el* guarda, el centinela (ganas de remitir esta palabra a lo que se dice en *el Más allá...* de los *Lebenswächter*, de los guardianes de la vida que son también satélites de la muerte (*Trabanten des Todes*). *Phylake* expresa además el *sitio* de la guardia, la prisión por ejemplo, y además la vigilancia, la defensa, la protección, etc. La ley y la policía andan cerca. Y de allí viene “filacteria”. Sabes lo que eso representa para nosotros, bueno, para nosotros los

judíos. Pero dentro de un rato entenderás por qué salté al leer esta definición en mi diccionario: “φυλακτεριον... sitio para guardar, *posta*, cuerpo de guardia... preservativo... talismán, amuleto... entre los judíos, *letrero* que se llevaba colgado al cuello y donde eran inscritos versículos de la ley mosaica...”

La guardia, tal es la verdad. No lo digo en un principio por tratarse de la misma palabra, y no sólo en alemán como nos lo recuerda el otro abuelo, bastante prudente, justamente él, el inexpugnable, en aras de demostrar también que la verdad es la no verdad.

La verdad, en su maldito nombre nos perdimos, en su nombre solamente, no por la verdad misma, si acaso existiera, sino por el deseo de verdad que nos arrancó las “confesiones” más aterradoras, tras las cuales quedamos más alejados que nunca de nosotros mismos, sin acercarnos ni un paso a verdad alguna. De hecho, para tomar en cuenta esa lección (que de hecho no me enseñó nada novedoso) estoy más o menos decidido a no enviarte de nuevo aquella carta (la que me regresaron de la LC): por ciertos detalles, es más verdadera que todo lo que te he dicho, y según una verdad que me hace absolutamente inocente de todo perjurio, pero son detalles que sólo podrían tener la suerte de ser perdonados por ti si me amas; ahora bien, si me amas, suerte mía, debes no necesitar de ninguna manera recibir esos pormenores, esos detalles, esos análisis minúsculos que sólo podrían satisfacer un deseo perverso de ver o de mostrar (te creo perfectamente capaz de ello, es la locura). Todos esos secretos son secretos falsos, sólo merecen el olvido, para nada la confesión. Nada de eso nos atañe. Después de las miserables confesiones que nos arrancamos (aparentemente arrancadas pero sólo pudieron serlo desde cierto asidero brindado por el otro, la urgencia compulsiva de confesar bajo tortura. Luego ya no quedan más que los instrumentos de tortura -aquello con lo que tal vez quisimos quedarnos, y la pena interminable, a galeras perpetuas, remar, remar, escribir para purgar la condena, nunca más estar de pie, ya no gustar del baile. Llevando sobre el sexo -y sobre las espaldas- letreros con la verdad, ya nada fue posible. Nos remitimos

Volví al trabajo, no, no sólo al “gran” trabajo, como a veces digo (acerca de nosotros, acerca de mí, y todos esos duelos ahora mismo), sino a mi pequeño secretariado. Así, releo las Cartas de Platón y todas esas admirables discusiones en torno a su “autenticidad”, su pertenencia, dicen algunos, al *corpus platonicum* tal como se halla constituido desde tiempos de Trasilio. Enorme biblioteca de exégesis: ¿pues acaso puede uno estar seguro de que esas cartas (por ejemplo esa que dice en nombre de Platón que Platón no escribió nada, ninguna obra, sino que todo fue garabateado por Sócrates durante sus años mozos), acaso puede uno demostrar que llevan el sello de Platón? ¿Y si fueran “apócrifas” (bastardas, se dice en griego las más de las veces)? El debate es prodigioso, y tendría tal vez la tentación de hablar ampliamente al respecto en el prefacio al *Legs*, si lo escribo algún día (si me dejas fuerza para ello), no sin alterar un poco las cosas y no sin describir con la otra mano, dejando algunas zonas de oscuridad y de vacío, la escena de Oxford (S y p). Podría contártelo todo pero resulta difícil en una carta. Sería tan larga como la séptima, la más larga y la más famosa. Qué gracioso que le haya tocado a la séptima (conoces todas las fascinaciones, las mías en especial, y mi fascinación ante la de Freud por esa cifra). Con

frecuencia se esgrimió la acusación de “plagio”. Se sospechó de múltiples autores o, más exactamente, de que cada carta o todas las cartas tuvieron varios autores a la vez, varios firmantes encubiertos por un solo nombre. O mejor dicho -no confundir firmante y remitente, receptor o interlocutor y destinatario- más de una destinación. ¡Porque vaya si aquellos saben lo que significa destinar! Ésa es la unidad de la época, desde Sócrates hasta Freud y un poco más allá, la gran pancarta metafísica. A propósito de la 7ª, Fulano dice, haciendo una paráfrasis de Mengano: “impresión de una antología de centones tomados de los diálogos, cuyo estilo se ve por desgracia arruinado por negligencias y errores burdos...”, etc. Lo que no logro entender, concebir como un conjunto, es esa convivencia, la admirable paciencia de aquellos archivistas atareados en torno a los más bellos testamentos, la noble y sutil habilidad de esos guardianes (qué no les debemos...), asociadas a esa imbecilidad innata, ineducable, y esa vulgaridad, esa vulgaridad dentro de su certeza imperturbable: ¡saben, quieren saber y divulgar sus fichas, tienen la certidumbre propiamente matemática -y por ende enseñable- de lo que es una destinación auténtica (y ninguno de nuestros viejos se escapa, mucho me temo que ni siquiera el de Freiburg, a pesar de que sigue siendo el más prudente a este respecto), saben lo que es un apócrifo, y un bastardo! ¡Y vaya gusto! Ah, su gusto, nos matarán con ese gusto. Quieren “partir”, clasificar. ¡Como si no fuera posible fingir escribir cartas ficticias a autores y destinatarios múltiples! ¡y hasta escribirse a sí mismo! Contando además que uno mismo jamás ha escrito nada.

y yo que soy el más puro de los bastardos y que dejo bastardos más o menos por doquier

supón ahora que yo quiera relatar fragmentos -pequeñitos, insignificantes, pero por lo mismo más cargados de reserva- de ti, contarte a ti, la más bella historia única de mi vida, para que los nietos de nuestros sobrinos, aquellos que ya ni siquiera llevarán nuestro nombre, puedan oler algo de ella, casi nada pero que les de un vuelco al alma, que adivinen a través de todas las cifras secretas, todos los relevos y códigos postales, que hereden el deseo de haber vivido esa belleza (no las cosas bellas que habrán de morir con nosotros, sino su belleza) en nuestro lugar, los celos que les darían entonces -y, en mi caso, los celos del hombre más celoso que haya existido nunca (es cierto que era únicamente contigo, mi “naturaleza”, riéte si quieres, ignora definitivamente los celos y ése es también uno de tus regalos emponzoñados, mis celos eres tú), entonces, entonces, escribiría, me escribiría para ellos las cartas más ficticias, más inverosímiles que existan, ya no podrán saber con qué objetivo finjo decir la verdad fingiendo fingir. Hasta donde alcanza la vista (creo que digo eso, “hasta donde alcanza la vista”, en *Le facteur de la vérité* y en otras partes; ¿soy acaso el autor real y único de esta carta, y el mismo que el del *Facteur...* en sí mismo...? Prove it) y se perderán como un buen día tú y yo nos perdimos de vista. Ya no saldrán adelante con esa herencia y formarán parte de los “nuestros”: todos nuestros hijos, y todos nuestros hijos muertos puesto que desde ahora, como te lo dije algún día, sobrevivimos a su muerte. Y sin embargo (y por eso) los amo, no les deseo mal alguno, al contrario. Claro que sí, claro que sí...

Quiero también perderlos, y que no puedan saber nada sobre nosotros, que no puedan guardar nada, ni divulgar, ninguna herencia, que ni siquiera puedan pretender

a ello, haría estallar la tierra entera por ello. Y por lo contrario. Entonces, ya ves, ya no me ves pero ves... Y ellos, mi esperanza, acaso verán así el color de mi alma, el que tiñe una, al menos una de mis voces, cuando una tarde de desdicha tramé esto

destinado a ti.

humor de copista, un verdadero monje. Estoy solo, solo solo, tanto que me muero. Lloro suavemente, me oyes. Ganas de condenarme a muerte, todo es mi culpa, sabes por qué y algo tienes que ver. ¿Qué hacer cuando se dice “estoy solo”? Como nunca es ni cierto ni falso, se trata en un principio, pero es cierto para todas la frases, de producir un efecto sobre alguien, de decirle “ven”.

Esas cartas de “Platón”, que por supuesto Sócrates no habría leído ni escrito, me parecen hoy más grandes que la obra. Quisiera llamarte para leerte en voz alta algunos fragmentos de las “tomas de posición” que ordenaron, exigieron, programaron durante siglos (cómo me gustaría utilizarlos para mi *legs*, los escribo a máquina, o mejor aún, devuélveme un día esta carta. Ya verás, esta gente resulta imperturbable, sobre todo los grandes profes del XIX. Y si leyera en voz alta, nos reiríamos a carcajadas como en otras ocasiones (los mejores momentos de nuestra vida, los más insubstituíbles ¿no es así?, y sobre todo cuando comíamos después de haber hecho el amor, y que imitábamos todo tipo de parejas o de ligones en los restaurantes, de preferencia *pieds-noirs*²⁸ -las imitaciones siempre te salen mejor que a mí. Mira, éste es el inglés, John Burnet, acepta que las cartas sean falsas o bastardas con una condición: que el falsificador sea un gran experto irreprochable, y contemporáneo de Platón, pues 50 años después, imposible dominar a ese punto esa habla peculiar. Y además no es seguro que se equivoque, pero bueno, escúchalo, imagínatelo en su cátedra de la Universidad de Manchester, digamos: “Creo que todas las cartas de importancia significativa [sic] son de Platón y, por ende, haré uso de ellas”. ¡Hará uso de ellas! Luego los alemanes, disertando sin fin: “über die Echtheit der platon. Briefe”. Fulano hace un pronunciamiento en favor de tal carta (Zeller lleva el exceso hasta declararlas todas apócrifas, creo), Mengano es partidario de tal o cual. Después de todo, hoy en día hay grandes intelectuales que toman posición -aferrándose todavía a sus posiciones en pro o en contra- unos en pro de La Sexualidad, otros en contra (so pretexto de que hubiera hecho mucho daño, la policía, las torturas, el gulag -lo cual no es del todo falso pero vaya...), en pro o en contra de La Guerra (so pretexto de que hubiera hecho mucho daño, a lo largo de la historia, etc.), en pro o en contra del Judeo-Cristianismo, o solamente la mitad (so pretexto de que hubiera hecho mucho bien o mucho daño), en pro o en contra del Discurso, El Poder, Los Medios Masivos de Comunicación, El Psicoanálisis, La Filosofía, La URSS, La China o La Literatura, etc. ¿Quién hubiera dicho hace veinte años que volveríamos a lo mismo, quién lo hubiera dicho hace siglos de “cultura”?

Aquí tienes ahora el resumen hecho por el francés de los trabajos alemanes sobre el tema: “Ritter, tras un estudio detallado de los criterios lingüísticos, admite la autenticidad de III, VII (al menos substancialmente [¡¡¡sic!!!]) y VIII. Al menos”, afirma prudentemente, “en el caso de que

²⁸ de la T.: En lenguaje coloquial, se llama *pieds-noirs* tanto a los franceses que viven en Argelia como a los franceses de origen argelino. [T.]

estas epístolas no sean de Platón mismo, el autor las compuso a partir de las notas del filósofo. Durante largo tiempo, U. von Wilamowitz-Moellendorf parecía escéptico y no hacía excepción alguna, salvo para la 6ª Carta..." [vuévela a leer cual si la hubiera escrito yo, a partir de las "notas del filósofo", sobre todo el final que dice más o menos lo siguiente -aunque habría que traducirlo todo otra vez: "Esta carta hay que leerla los tres juntos en la medida de lo posible, si no es que dos a la vez tan a menudo como puedan. Mírenla cual si fuera una fórmula de juramento y una convención que tiene fuerza de ley, sobre la cual es legítimo jurar con una seriedad entreverada de gracia y de broma hermana de la seriedad [de hecho, se trata de la *paidia*, "hermana" de *spude*, siempre traducen hermana en vez de hermano so pretexto gramatical]. Tomen por testigo al dios rector de todas las cosas presentes y futuras, y al padre todopoderoso del rector y de la causa, que todos habremos de conocer, si en verdad filosofamos, con toda la claridad posible para hombres que gozan de la beatitud." Hay que leerla en griego, dulce querida mía, y como si yo mismo os la escribiera.] Ahora bien, retomo mi cita, del francés hablando del alemán, el hermano enemigo de Nietzsche "...von Wilamowitz-Moellendorf parecía escéptico y no hacía excepción alguna, salvo para la 6ª Carta, contra la cual admitía [!] no tener objeciones serias. En cuanto a la 7ª y a la 8ª, las rechazaba decididamente [!!! Ciertamente que es el francés quien habla pero es porque el otro había efectivamente empezado por rechazar decididamente] , por la razón siguiente, de que Platón no acostumbraba exponerse en público de esa manera [!]. Pero se retracta [!] en su libro sobre Platón y se declara a partir de entonces en pro [!] de VI, VII y VIII. Tal es igualmente la opinión reciente de Howald (*Die Briefe Platons*, 1923).

Es muy tarde, tienes que dormir, tengo ganas de ir: 7 horas de automóvil con la vieja película del accidente para resolverlo todo, me parece oírlos ya, "nunca sabremos si se arrojó adrede contra el árbol y se echó esa maroma" (¿qué significa exactamente echarse una maroma?), etc. "Mire usted, sabemos lo que significa un accidente automovilístico, no ocurre por accidente, no le ocurre a cualquiera en cualquier momento. ¿Ya usted lo sabía? Además lo sospechaba, y encima flotaba a su alrededor", and so on... Creo que me imaginé todo ese circo aun antes de saber manejar. Si no temiera despertar a todo el mundo iría, en todo caso llamaría. ¿Cuándo podremos llamar sin que suene? Habría un indicador luminoso o bien llevaría uno encima, cerca del corazón o en el bolsillo, para ciertas llamadas cifradas, una señal cualquiera.

tampoco tú habrás recibido ni entendido nada. Bueno, basta, seguiré garabateando y leyendo mientras escribo mi carta erudita en vez de tomar notas sobre esas tarjetitas blancas de las que siempre te burlas. Le toca a Francia, a la universidad francesa. Me acusan de ser despiadado y sobre todo injusto con ella (cuentas por saldar, quizá: ¿acaso no me expulsaron de la escuela a los 11 años, sin que ningún alemán hubiera puesto un pie en Argelia? El único prefecto cuyo nombre recuerdo hoy: me manda llamar a su oficina: "vuelves a casa, pequeño, tus papás recibirán después una notificación". En ese momento no entendí nada pero ¿desde entonces? ¿Acaso no lo volverían a hacer, si pudieran, acaso no me prohibirían la escuela? ¿No es acaso por esa razón por la que me instalé en ella desde siempre para provocarlos y darles todavía más ganas, siempre en el límite, de expulsarme otra vez? No, no creo para nada,

pero para nada en esas hipótesis. Seducen o divierten, son manipulables, pero carecen de valor, son clichés. Y además ya sabes que no estoy a favor de la destrucción de la *universitas* o de la desaparición de los guardianes, pero precisamente hay que darles cierta guerra cuando el oscurantismo, y sobre todo la vulgaridad, se instala en ella, lo que resulta inevitable. Entonces retomo el punto, Francia y las Cartas de Platón. “En Francia,” sigue diciendo el mismo, “el asunto apenas ha sido estudiado. Se ha preferido, acertadamente, utilizar documentos seguros para el conocimiento de la filosofía platónica”. ¿Oíste eso? ¿Llorar de risa? No, no está bien. Saisset: “Independientemente del punto de vista desde el cual se les considere, esas cartas, incluida la séptima [vaya, vaya] son totalmente indignas de Platón.” Cousin, Chaignet, Huit (sería preciso reproducir el argumento, hacerlos comparecer en escena, hacer grandes carteles para la sala de actos -y, por supuesto, tomar en cuenta la época, el estado de la tradición y del correo universitario de la época, todas esas circunstancias atenuantes, pero de todos modos) Cousin, Chaignet, Huit echan al cesto de basura todas las cartas. Fouillée: “opinión sumamente reservada” (tiene razón, la mía también). La cúspide, bastante cerca de nosotros: Croiset (1921), alcanza las alturas de la inmortalidad: “De estas Cartas, sólo dos poseen cierto valor: la tercera y la séptima, que parecen haber sido redactadas a partir de un documento bastante preciso y que constituyen útiles fuentes para la biografía de Platón. En lo que a las demás respecta, son insignificantes o ridículas. En suma, la colección entera es seguramente apócrifa; incluso en la tercera y en la séptima cartas no puede hallarse nada que recuerde los modos de Platón.” Ése conocía entonces LOS modos de Platón. ¿Qué hubiera pensado de todos sus modos, maniobras y otras artimañas cuando hace su tejemaneje con todas sus manos (más de dos, seguramente) a espaldas de Sócrates? El fantasma de Plato no debe caber en sí de gusto ante el ajeteo de esos guardianes. Eso era lo que él buscaba dejándose-hacer-escribir por S. ¿Te imaginas tus cartas (estoy seguro de que sueñas en este momento) en manos de un Croiset? Leerás, si quieres, el estudio posterior sobre el género epistolar en literatura (mi tesis: no existe, rigurosamente hablando, lo que quiero decir es que sería la literatura misma si existiera, pero *stricto sensu* tampoco creo en eso - stop - sigue carta - stop), adopta el mismo tono con interesantes-observaciones-de-conjunto acerca del ocaso del helenismo y la proliferación de las cartas en esa “retórica agonizante”, acerca de los “sofistas que gustaban de ese procedimiento” (por ser “incapaces de producir las grandes obras de arte de las generaciones anteriores”). Eso les “permitía desarrollar sus ideas personales, políticas o de otro tipo, resguardándolas bajo la autoridad de un gran nombre”. Y el francés añade tranquilamente: “Estas epístolas han creado a menudo confusiones y a la crítica le ha costado trabajo en ocasiones darse cuenta de la superchería”. Sí, cómo no. No sólo pretenden saber distinguir lo auténtico del simulacro, sino que ni siquiera quieren efectuar el trabajo, por lo que el simulacro tendría que señalarse a sí mismo con el dedo y decirles: “¡Miren, cuidado, no soy auténtico!”. También quisieran que lo auténtico lo sea de principio a fin, así como lo apócrifo y lo bastardo. Quisieran que los falsificadores lleven por delante un letrero: somos falsificadores, esta moneda es falsa. Cual si hubiera moneda auténtica, auténticamente auténtica o auténticamente falsa; lo que más los desorienta en su reconocimiento es que el simulacro epistolar no sea estabilizable, instalable, y sobre todo que no sea intencional, no necesariamente ni de principio a fin. Si

la impostura estuviera perfectamente organizada, siempre quedaría alguna esperanza, un principio del cual partir para clasificar, la repartición sería posible. Cabría la vigilancia. Pero así es, nunca se sabe, la parte misma que corresponde al inconsciente nunca resulta verdaderamente determinable, y eso obedece a la estructura tarjetapostalizada de la carta. El mismo acaba de hablar de las cartas de Falaris, de Solón, de Temístocles, del mismo Sócrates (cuando quiera hablar seriamente de ello, pero creo que nunca lo haré, ya empiezo a aburrirme y tengo ganas de correr hacia otra cosa, cuando quiera ser competente acerca de Sócrates como escritor, que escribe cartas u otras cosas, pues, me sería preciso leer la disertación de Guilelmus Obens, *Qua aetate Socratis et Socraticorum epistulae quae dicuntur scriptae sint*, 1912), y agrega, tienes que leer esto siguiendo mi dedo (estoy citando pero como siempre modificando un poco. Adivina el número de citas falsas que hay en mis publicaciones...): “los sofistas suponían correspondencias de hombres de Estado, de escritores célebres, de oradores, y las difundían entre el público o las hacían circular dentro de restringidos círculos de iniciados. Una vez más, no todo se trataba de superchería voluntaria y deliberada: varias de esas producciones eran meros ejercicios escolares; y sus autores se hubieran asombrado mucho de haber podido prever sus éxitos. Dentro de la masa de documentos que han llegado hasta nosotros, empero, no resulta fácil hallar un punto de partida [insiste en partir y repartir] para distinguir lo deliberadamente falso y los meros trabajos de retórica.” Poco antes, lanzaba ya la acusación: “ya sea por codicia, ya sea por amor al arte [?] y a manera de ejercicio”. Eso, fíjate, me interesa, lo “deliberadamente falso” que no deja de revelar algo, no todo puede ser transformado en algo falso, de principio a fin, aunque sólo se trate del deseo de lo falso del cual nunca será posible afirmar si era auténtico o falso, con todo lo que ello implica. Porque así es, sigo aquí el ejemplo de nuestros sofistas, de lo que no puedes calificar de deliberadamente falso, dirás que es auténtico (¿con referencia a qué?) o verdadero? Es muy, muy tarde, espero que estés dormida, te veo dormir, intento penetrar bajo tus párpados (hay allí algo que se parece a una película), mirar tus ojos al revés, inclinado sobre ti pero detrás tuyo, gobernar tus sueños, protegerte cual si guiara a una sonámbula entrañable, una reina (mi madre lo era, cuando chica, y mi abuelo la seguía en la calle cuando no la amarraba en su lecho -siempre lamentaré que no hayas conocido a mi abuelo paterno, una especie de sabio con su barba de perilla, no sé si alguna vez lo quise, fue el hombre (y de hecho la generación) que más interés por los libros mostró en la familia, tenía algunos -libros en francés, en su mayoría- sobre la moral y la religión judías, y tenía la manía de dedicarlos, a su hijo y a sus nietos, me parece). ¿Estás dormida? ¿Y si te llamara? Y si colocara cerca del auricular, sin decir nada, ese disco ¿Cuál? Adivina, adivina.

Sigo garabateando, quisiera escribir con ambas manos, y una de ellas, como alguna vez lo hicimos, dibujaría entre tus ojos y sobre tu vientre pegando esas estrellitas que compraste sabrá Dios dónde y que conservaste sin lavarte durante varios días. Siempre nuestra misma erotomanía de secretariado -habíamos construido entre ti una especie de astrología, y a tu vez

“quienes practican el arte epistolar, o sus destinatarios, por lo general representan personajes de primer plano, y sus cartas cobran forma ya sea de cortos mensajes donde se expresa de manera algo rebuscada un

pensamiento moral a menudo insignificante, ya sea de verdaderos opúsculos que algo tienen del discurso y hasta de la novela. El autor extrae su tema de la historia y da rienda suelta a su imaginación. [...] Los compositores de epístolas buscan también entre las antiguas tradiciones los temas de sus bordados: es un carácter que intentarán poner de relieve en relatos más o menos imaginarios, una doctrina que desarrollan a la manera del supuesto personaje, un acontecimiento que envuelven con todos los encantos de la leyenda, con mayor o menor verosimilitud. Para verificar estas afirmaciones, bastará con echar un vistazo a los *Epistolographi graeci*, así como leer las cartas socráticas, entre otras, donde se hallan reunidas las anécdotas relativas a la vida, el método e incluso la muerte del filósofo ateniense...”.

Y más adelante: “...el nombre de los tres destinatarios [qué suerte, se pueden contar, se trata por supuesto de Epicuro] ...no debe engañarnos, en efecto. No es allí sino un símbolo del género literario adoptado, aunque en realidad Epicuro se dirige al círculo de sus discípulos y, adoptando la forma epistolar, resume para ellos los puntos substanciales de su doctrina.” Eso es algo que nunca podrá sucedernos, ¿no es así?, mi única, mi sin par, y no sólo porque no tengo doctrina alguna que transmitir, discípulo alguno que seducir, sino porque mi ley, la ley que rige mi corazón indiviso, es la de nunca tomar prestado tu nombre, nunca utilizarlo, ni siquiera para hablarte a ti, sólo para llamarte, llamarte, llamarte, a la distancia, sin frase, sin consecuencias, sin fin, sin decir nada, ni siquiera “ven”, ahora, ni siquiera “vuelve”

Obviamente le costaba ya trabajo distinguir las cartas privadas de las cartas públicas: “tiempo más atrás, Isócrates había redactado cierto número de cartas, varias de las cuales son auténticos pequeños tratados morales y políticos. Obviamente, no todas las piezas de esta selección son cartas *privadas*, algunas nos revelan la existencia de un género bien definido ya y bastante difundido en el siglo IV antes de Cristo. Se trata más bien de ‘cartas abiertas’, parcialmente destinadas al personaje designado de modo expreso, pero sobre todo a un público amplio. Dichas misivas no deben permanecer secretas; fueron escritas para ser publicadas. Para convencerse de ello, basta con observar la coquetería con la que el autor pule su pensamiento y emperifolla su estilo, el afán que muestra por no infringir las reglas de su arte.” Y éste es el ejemplo que da de ese arte: “Todavía tendría mucho por añadir, dada la naturaleza de mi tema, pero me detengo. Pienso, en efecto, que tú y tus amigos más distinguidos podréis fácilmente agregar a mis palabras lo que os plazca. Además, temo abusar, pues ya he rebasado, paulatinamente y sin darme cuenta de ello, los límites de una carta, alcanzando las proporciones de un discurso.”

10 de septiembre de 1977.

y estoy bien a pesar de la falta de sueño, porque dentro de muy poco tiempo llegarás, probablemente. Recuérdame que te cuente el sueño con Joséphine Baker que parece haber ocupado mis breves momentos de letargo de esta noche (anoté algunas palabras en la mesilla de noche sin encender siquiera la luz). Retomo el juego de las citas interrumpido hace apenas algunas horas (sigue siendo el mismo libro y soy incapaz de escribir otra cosa). Un poco más adelante, pues (cita de otra carta de Isócrates): “... No va-

yáis a creer que esta carta tiene otra finalidad que no sea la de responder a vuestra amistad, ni que yo quiera lucir mi elocuencia [*epideixin*, ostentación, exhibición]. No he alcanzado grado tal de locura que me impida darme cuenta de que sería incapaz hoy día de escribir cosas mejores que las que antaño publiqué, ahora que estoy tan lejos ya de la edad vigorosa, ni de que al producir una obra más mediocre me ganaría una reputación bastante inferior a aquella de la que actualmente gozo entre vosotros." [...] Tantos artificios de redacción, aunados a las numerosas alusiones al papel literario y político del orador griego, esa sencillez fingida que cubre la retórica del escritor, me parecen clarísimos indicios del objetivo de Isócrates en algunas de sus cartas; no se conforma con alcanzar a un lector único, sino que quiere ganar crédito ante los aficionados comunes a la belleza del idioma. Parte de la correspondencia de Isócrates pertenece a la literatura a semejanza de ciertos discursos solemnes. ¿Podríamos entonces rechazar a priori las cartas de Platón, so pretexto de una masa de apócrifos compuesta y publicada en una época tardía? [...] ¿Diremos que es inverosímil que "*Platon ait gardé lui-même copie de ses lettres dans sa bibliothèque personnelle*"²⁹ o que sus interlocutores hayan conservado "*ses communications, de telle sorte que cinquante ou cent ans plus tard il ait été possible à leurs héritiers de s'entendre pour répondre à un appel présumé des premiers éditeurs à Athènes ou à Alexandrie*"³⁰ (Huit, *La vie et l'oeuvre de Platon*). ¿Te imaginas tú la biblioteca de Platón? ¿Cómo crees que se la imaginaba, en 1893, ese tal Huit? Juntos deberíamos dar a luz una historia (génesis y estructura) de las bibliotecas de los grandes pensadores y de los grandes escritores: cómo guardaban, acomodaban, clasificaban, anotaban, fichaban, archivaban lo que de veras leían, lo que fingían haber leído o, más interesante aún, no haber leído, etc. "Cincuenta o cien años más tarde", fue mucho según él. Pero qué, en total una secuencia breve, una instantánea imperceptible en el cortometraje. Título: X. Se deja dictar por télex, por sus herederos precisamente, el legado que les destina sin siquiera poder identificarlos. Lo encierran, lo sientan ante su secreter y le mandan órdenes por télex, en la lengua de él o en la de ellos. Él goza y firma. Lo esencial no es lo que él da sino el que se conserve su firma con su nombre, aunque no haya pensado él solo ni una palabra de lo que desean hacerle firmar. Cuándo sabrán que Sócrates escribió bajo mi dictado el testamento que lo convierte en mi legatario universal entre otros varios y que detrás de mí, inmensa mía, me soplabas todo eso al oído (mientras por ejemplo yo manejaba sobre una autopista italiana y leía tu lengua por el espejo retrovisor). Y sin embargo todavía no te he visto, pese a las eternidades que pasamos ahogándonos en los ojos del otro, con la certeza de que los dioses habían venido, se habían apareado, y de que ahora la eternidad nos sorprendía pensando. Sin embargo el desastre está allí, ahora, nunca te viste en mí, ya no sabes muy bien, aquí mismo, quién eres, ni yo quién soy.

La tarjeta de Oxford me mira, releo cartas de Platón, impresión de descubrirlas plenamente vivas, cercanas, animadas, vivo con ellas, en el mar, entre Grecia y Sicilia (ése es otro de tus nombres ocultos, ese país al que mucho me temo

²⁹ "Platón mismo haya conservado copia de sus cartas en su biblioteca personal". [T.]

³⁰ "sus comunicaciones, de tal manera que cincuenta o cien años más tarde haya sido posible para sus herederos ponerse de acuerdo y responder así a un supuesto llamado de los primeros editores en Atenas o en Alejandría". [T.]

no iremos jamás), pienso cada vez más en hacer de esta iconografía epistolar un prefacio biselado a la lectura de *Más allá del PP* y de la correspondencia de Freud. Por mil razones, demasiadísimas razones. La atesis es la pose o la pausa postal (¿en qué consiste “posar”?, etc.), y para empezar ese asunto de principios, la relación de diferencia postal entre el Principio de Placer (PP) y el Principio de Realidad (PR), con aquellas figuras tan “políticas” que le reconoce Freud (*Herrschaft*, dominio, autoridad). Necesidad de “entrecruzar” ese motivo políticpostal con, por ejemplo, la carta 11 a Dioniso, la que alude a una custodia profiláctica de la carta incorporada en el “de memoria”. Aparece allí el tema del secreto, de la doctrina esotérica (no, todavía no, no como en los *Prognostica Socralis basilei*) que sólo debe ser expuesta en cartas cifradas. Allí, la escritura “enigmática” atañe precisamente a la “naturaleza del principio”, del “primero”, del “rey” de todas las cosas (así, “pretendes, según lo que él refiere [con él, nada ocurre nunca en directo, siempre refiere, finge referir, como si leyera, como si recibiera lo que te da a leer desde una superficie reflexiva, por ejemplo lo que a su vez S. acaba leyendo o escribiendo], que no te ha sido suficientemente revelada la naturaleza de lo Primero. Tengo pues que hablarte de ello, pero mediante enigmas, para que en caso de ocurrirle a esta carta un accidente en su tránsito por tierra o por mar, no pueda ser entendida al ser leída. He aquí cómo son las cosas: en torno al Rey del Universo (*pantón basilea*) gravitan todos los seres; él es el fin de todas las cosas, y la causa de toda belleza; en torno al ‘Segundo’ se encuentran las segundas cosas, y en torno al ‘Tercero’, las terceras. El alma humana aspira a conocer sus cualidades, pues considera aquello que tiene parentesco consigo misma, sin que nada la satisfaga. Pero tratándose del Rey y de las realidades de las que ya he hablado, no existe nada semejante. Entonces el alma pregunta: ¿cuál es pues esta naturaleza? Y esta pregunta, oh hijo de Denys y de Doris, es la causa de todos los males o, mejor dicho, es el doloroso esfuerzo de alumbramiento que provoca en el alma, y mientras ésta no sea liberada no logrará alcanzar la verdad. Me dijiste en tus jardines, bajo los laureles, que tú mismo habías reflexionado al respecto y que era tu propio descubrimiento. Te contesté que si realmente así fuera, me ahorrarias bastantes discursos.”)

Eso no impide que la verdad real transite por tantas vías literales, tantas correspondencias, tantos relevos, tantas listas de correos, tantos carteros. Al principio de la misma carta, ya le había propuesto a Denys decirle la verdad, si él se lo pedía. Y como siempre, salía con una verdad *en respuesta* a una acusación, dentro de un proceso, el efecto de una *causa* (“Supe por Arquedemos que según tú no soy yo el único que debería guardar silencio en lo que a ti respecta, sino que mis amigos mismos debían realmente cuidarse de hacer o decir cualquier cosa desagradable sobre ti [...] Te digo esto porque Cratístolos y Polixeno no te han referido nada razonable. Uno de ellos pretendía haber escuchado en Olimpia a varios de los que estaban conmigo denigrarte: tal vez tenga un oído mejor que el mío. En todo caso, yo no escuché nada. Sólo puede hacerse una cosa, en mi opinión, si es que semejante acusación vuelve a ser lanzada contra uno de nosotros: interrogarme por carta: te diré la verdad sin titubeos ni falsos pudores.”) Y relaciona esa verdad, su *“liaison”*, enlace o relación, digo yo como traductor para acabar pronto, con la verdad esencial, la que uno encuentra remontándose hacia lo Primero o los principios: “He aquí pues cuál es nuestra situación recíproca: no somos desconocidos,

diría que para nadie en Grecia, y nuestra relación no es ningún secreto. No ignores tampoco que incluso a futuro no habrá de ser callada, de tan numerosos que son quienes han recibido su tradición, la de una amistad que no fue endeble ni oculta. ¿Qué quiero decir con eso? Voy a explicártelo remontándome al principio. La sabiduría y el poder tienden naturalmente a unirse. [...] Todo lo anterior para mostrarte que después de nuestra muerte, el renombre no habrá de callar en lo que a nosotros respecta: por lo mismo, debemos cuidar de él [...] los muertos algo sienten de las cosas de este mundo [...]. Vine a Sicilia con la fama de superar con mucho a los demás filósofos y llegaba a Siracusa para que me dieras fe de ello, con el fin de que, a través de mi persona, la filosofía recibiera el homenaje de la muchedumbre. Pero no lo logré. ¿La causa? No quiero repetir la que muchos invocarían, pero parecías no tener ya mucha confianza en mí, fingías querer echarme y llamar a otros: diríase que indagabas cuáles eran mis designios, desconfiando de mí, al parecer.”

Ahora bien, todos esos mensajes entre la filosofía y el poder, entre la dinastía del filósofo y la del tirano, toda esa dinámica de transmisión requiere mensajeros, de los cuales poco se habla. Por ejemplo el fiel Baqueios, o *ten epistolen pheron*, me gustaría tanto conocerlo: transporta el viático, a la vez el dinero y la carta (como en el libro de Ester, pero al revés de lo que sucede aparentemente en *La carta robada* donde el dinero y la carta circulan en sentido contrario: en principio, se entrega la carta a cambio del dinero, la reina le paga a Dupin para poner la carta en el camino de regreso). La escena de los fetiches es magnífica, intenta tú transponerla en una Cartoucherie³¹ que lleve suficientemente lejos la sofisticación política. Para recordar cómo le había sido inicialmente encargada, cual amo absoluto (*autocrator*), “la custodia de vuestra ciudad”, antes de verse ignominiosamente “despedido”, Platón utiliza en la primera Carta una palabra de la misma familia que la de la custodia profiláctica de la que te hablaba el otro día. Le entrega entonces tanto la carta como el dinero a ese Baqueios, quien tuvo que embarcar una mañana con esa especie de giro, la suma de dinero y la carta recomendadas. Toda esa travesía hasta nosotros. Suponiendo que nada sea apócrifo y que ningún Dupin o, más sagaz aún, ningún narrador hábil en el arte de hacerlo hablar... Habría que volver a traducirlo todo: “Me esmeraré a partir de ahora en escoger un género de vida que me aleje más de los humanos, y tú, tirano como eres, permanecerás aislado. En cuanto a la suma tan brillante que me diste para mi partida, Baqueios, el portador de esta carta, te la entregará: resultaba a la vez insuficiente para cubrir los gastos del viaje y sin utilidad alguna por cierto. No te aportaría a ti, el donatario, sino la peor de las deshonras, y a mí poco más o menos, si la aceptara [...]. Adiós. Admite tus grandes equivocaciones conmigo, para tratar mejor a los demás.” Nunca se equivoca.

La disimetría absoluta que instituye. No estoy seguro, diga lo que diga, de que se la otorgue finalmente por su postura de filósofo, el saber dirigiéndose al poder. Simplemente escribe, es él quien destina (eso cree) y el otro es puesto en escena desde una carta cuyo resto supuestamente da fe. El otro no responde, no es publicado. Esa disimetría

³¹ La *Cartoucherie de Vincennes* alberga a la compañía teatral *Le Théâtre du Soleil*, dirigida por Ariane Mouchkine. *Le Théâtre du Soleil* se caracteriza por montajes escénicos heterodoxos y a menudo con claro compromiso político. [T.]

de la “autoridad” alcanza el colmo de la arrogancia en la segunda Carta: “En una palabra, la deferencia tuya hacia mí es un atavío (cosmos) para ambos; la mía hacia ti, una vergüenza para ambos. Basta ya sobre este tema.” En fin, ya ves –

Nunca te he escrito una carta tan larga, sobrecargada cual falúa de pequeños saberes. Perdóname, es para ahuyentar la angustia (no llamaste según habías prometido), para deshacerme de las imágenes delirantes. Tú las conoces mejor que yo, y eso siempre me impedirá liberarme de ellas, estuviste en ellas antes que yo. Eso nos separó, nos separó definitivamente, pero para “vivir” (¿puede llamarse a eso vivir?) esa separación y para amar desde ella un secreto, desde lo que nos mantiene en ella juntos sin relación, dirigidos el uno al otro, respaldados el uno por el otro, sí, ambos. Y raspo, raspo para que dure, porque mañana, cuando regreses, se vencerá tal vez el plazo, llegará la “decisión”, mi suerte. Te espero como en aquella historia que me contaste (la ruleta rusa en el andén...)

Y además no escribo cartas falsamente eruditas para preservarme del delirio que me posee, escribo cartas delirantes, el saber las empareda en su cripta y hay que conocer las criptas, cartas delirantes sobre las cartas eruditas que pongo en una tarjeta. Las cito a comparecencia, eso es todo. Yo armo el enredo y ellos que lo desenreden. Así, para seguir dando vueltas en la Enciclopedia, he aquí para mis archivos el final del Voltaire, que me queda, dirán ellos, como anillo al dedo: “*Quant á ceux qui vous envoient familièrement par la poste une tragédie en grand papier et en gros caractère, avec des feuilles blanches pour y mettre vos observations, ou qui vous régalent d’un premier tome de métaphysique en attendant le second, on peut leur dire qu’ils n’ont pas toute la discrétion requise, et qu’il y a mémé des pays où ils risqueraient de faire connaître au ministère qu’ils sont de mauvais poètes et de mauvais métaphysiciens.*”³² Ese mismo soy yo, escucho cómo lo dice tal o cual cuando se tropieza por casualidad con esta carta y le conviene decirlo. Está todo tan programado, que lo mando al diablo, es decir, al final del artículo anterior, sobre la posesión. También me queda, exactamente mi talla, nunca me he sentido tan poseído, jugado, de manera telepática, de manera fantasmal. No, no por ti, por los espectros que te dictan la guerra y nos dirigen el uno contra el otro en el mejor momento.

No, no soy el diablo, tú tampoco, pero lo tenemos, y tenemos una manera endiablada de perseguirnos todo el año con inverosímiles historias de contratos o, como el pintor de F., de doble contrato... He aquí a Voltaire (bonito nombre finalmente ¿no te parece?), acerca de la Posesión, que yo pondría entre los *Prognostica Socratis basilei*, a fortune-telling book, y todos los diablos de los que Freud cree poder presentarse como el “abogado” en *Más allá...*, en medio de todos esos naipes: “*Dans la forêt de Fontainebleau. [...] Chaque village avait son sorcier ou sa sorcière ; Chaque prince avait son astrologue ; toutes les dames se faisaient dire leur borne aventure ; les possédés couraient les champs ; c’était á qui avait vu le diable, ou á qui le*

³² “En cuanto a aquellos que con familiaridad os envían por correo una tragedia en papel ancho y letra grande, junto con hojas en blanco para poner en ellas vuestras observaciones, o bien que os agasajan con un primer tomo de metafísica en espera de haceros llegar el segundo, podéis decirles que carecen de la discreción necesaria, y que existen incluso países donde correrían el riesgo de hacer saber al ministerio que son malos poetas o malos metafísicos.” [T.]

verrait : tout cela était un objet de conversations inépuisables, qui tenait les esprits en haleine. A présent on joue insipidement aux caries, et on a perdu à être détrompé."³³

Tú también lo deseas, y en cuanto recibimos esa orden, nos hallamos a la vez salvados y perdidos: ya no podíamos ser ni fieles ni infieles a esa ley anónima, ni a nosotros mismos. Ya no hay fe por juramento que valga.

P.S. Nuevamente introduciré una tarjeta de Oxford en esta carta, para que huelas algo, adivina qué. Quizá por culpa del insomnio, los siento a ambos igualmente diabólicos, y amenazantes. No en vano, así, anunciándome la peor noticia o persiguiéndome judicialmente, levantando el acta de mi traición sin nombre. Un par disparejo de dos abuelos terribles. Barbudos y hendidos. Mira sus pies, los corto a la altura de la garganta y los pego aquí, parece un solo pie hendido, cada vez. Y los tres ojos como puntos fijos. Dan miedo y tienen miedo. Los aterra su propia conjura. Miedo de nosotros, uno de otro. El diablo, son ellos, él, la pareja Platón/Sócrates, divisible e indivisible, su interminable partición, el contrato que los ata a nosotros hasta el fin de los tiempos. Tú estás allá, mira la escena, toma su lugar, S. firma el contrato que p. le dicta tras una noche en vela con la que puedes hacer lo que quieras, le vende o le alquila su demonio y el otro a cambio se compromete mediante sus libros, sus cartas, and so on, remítase al destinatario. Y así, sin el menor saber predicen el porvenir, como los reyes. No, no lo predicen, lo preforman, y es una revista ilustrada, una revista que podrás comprar en todos los puestos de periódicos, en todas las bibliotecas de estación mientras siga habiendo trenes y periódicos. Siempre habrá nuevos episodios. Un performativo ilustrado que ya nunca acaba. Siempre quedaré pasmado por ese par de conspiradores, uno que raspa y finge escribir en lugar del otro que escribe y finge raspar. Invirtiendo un enorme capital de moneda falsa, elaboran los planos de una gigantesca red de carreteras, con relevos de airbus o de trenes con literas y vagones para automóviles (coches camas sobre todo, ah sí, wagons-lits, por doquier los lees al dormir, lees "agencia Cook" de Oxford a Atenas y de regreso, vía aquella habitación, aquel otro coche cama donde Ernst juega con un carrete y Sigmund sueña con trenes), un sistema de telecomunicaciones totalmente computarizado, edecanes en uniforme por doquier. Sea cual sea el trayecto que tomes (lo tomas pero no te lo dan), y en cuanto abres la boca, y aun cuando la cierras, es preciso pasar por ellos, detenerse en el peaje o pagar un impuesto. Han muerto, esos dos perros, pero siguen cobrando en caja, reinvierten, extienden su imperio haciendo gala de una arrogancia que nunca les será perdonada. No ellos, ellos han muerto, es su fantasma el que vuelve por las tardes a hacer cuentas, en su nombre. Es su nombre el que vuelve ("los nombres son aparecidos")³⁴ y por supuesto nunca sabrás, cuando pronuncio o escribo el nombre de esos dos perros, si hablo de ellos o

³³ En el bosque de Fontainebleau. [...] Cada aldea tenía a su brujo o a su bruja; cada príncipe tenía su astrólogo; a todas las damas les echaban la buenaventura; doquiera los poseídos corrían a campo traviesa; había un afán por saber quién había visto al diablo, o quién lo vería: todo eso daba pie a conversaciones inagotables, y mantenía los ánimos en vilo. Ahora se juega insípidamente a las cartas, y hemos salido perdiendo con el desengaño." [T.]

³⁴ Hay aquí en francés un juego de palabras en torno a *revenir*, "volver" y *revenant*, "aparecido", es decir, fantasma que vuelve al mundo de los vivos. [T.]

de sus nombres. Es el problema “Fido-Fido” (ya sabes, Ryle, Russell, etc., y aquella cuestión de saber si llamo a mi perro o menciono el nombre del cual es portador, si utilizo o nombro su nombre. Me encantan esas teorizaciones, a menudo oxonienses por cierto, su extraordinaria y necesaria sutileza así como su imperturbable ingenuidad, *psychoanalytically speaking*; siempre confiarán en la ley de las comillas. La desgracia, o la suerte, es que Fido- Fido, o no lo escribes, y se acabó, o lo escribes, y también se acabó, te agitarás en vano para saber a quién alcanzarás primero. Y siempre puede morder, incluso la constelación celeste, o ladrar. Y en el centro de un muy buen libro te tropiezas, hay que decirlo, con esos ejemplos que parecen no plantear problema alguno (al menos en cuanto a su contenido ejemplar) en ese contexto (no pongo las comillas demasiado cerca para no embrollarlo todo, ¿pero entonces?). Aquí tienes dos frases citadas como dos tipos de funcionamiento diferentes (y efectivamente, en apariencia): “ Sócrates no escribía

‘Socrate’ tiene

siete letras “

y la “prueba de la substitutividad”: “

‘Socrate’ = el nombre del maestro de Platón (verdadero)

‘Socrate’ tiene siete letras (verdadero)

el nombre del maestro de Platón tiene siete letras (verdadero)”

Ajá, bueno, no hay nada qué decir acerca de las leyes que rigen semejante problemática, a menos que se plantee la cuestión de la ley, y de la ley del nombre propio con respecto a esos pares llamados comillas. Yo digo (a ellos y a ti, querida mía) esto es mi cuerpo, a trabajar, ámenme, analicen este corpus que les tiendo, que extendo aquí sobre este lecho de papel, hagan la selección de las comillas entre los pelos, de pies a cabeza, y si me aman lo suficiente me tendrán al tanto de las noticias. Y luego me enterrarán para dormir tranquilos. Me olvidarán, a mí y a mi nombre.

El autor del libro del que hablo, él mismo, no su nombre (me perdonaría entonces el hecho de no nombrarlo) muestra ciertas reservas con respecto a la muy interesante “posición de Quine” (“una palabra-entre-comillas es el nombre propio de la palabra que aparece entre comillas, a la vez una ocurrencia de la palabra que está entre comillas y una ocurrencia de la palabra-entre-comillas, ésta incluye a aquélla a manera de parte” -y es cierto que esa lógica de la inclusión no resulta quizá muy satisfactoria para dar cuenta del “a la vez” pero eso no tiene aquí mayor importancia) y, aludiendo a un “olvido”, esa palabra usa él, un olvido “obviamente facilitado por la semejanza que existe entre una palabra y el nombre de esa palabra formado por el hecho de ponerla entre comillas”, concluye, es una cita, “Pero es preciso no dejarse engañar por dicha semejanza y confundir ambos nombres, tal como no se confunde *vert* y *verre*.” *Dilo, dilo de nuevo. Ver es vers.*³⁵ Tal como, dice. Tal como... Tal como, eh, oiga, ¿nunca ocurre? Pues no se debe. “Es preciso”. Está bien, lo prometo, ya no lo haremos. Bueno, no adrede.

³⁵ En francés, *vert* (“verde”), *verre* (“vidrio”), *ver* (“gusano”) y *vers* (“verso” o “hacia”) se pronuncian igual, [vE{}]. [T.]

Excepto cuando se nos olvide, pero no lo olvidaremos adrede, y es que se parecen tanto. - ¿Quiénes?- Sócrates, te saludo.) Han muerto y nos atraviesan para cobrar en caja, no ellos, su nombre, a cada instante. En este mismo momento. Vaya si se parecen. No olvides nunca que existieron fuera de sus nombres, de veras. -¿Cómo estuvo eso? Dices. -Pues mira, como tú y yo.- ¿No es posible? -Que sí, que sí. Y entonces cada palabra debe ser franqueada para ser dirigida trátase de quien se trate. Au-to-má-ti-ca-men-te. Diga lo que diga, haga lo que haga, tengo que pegarme un timbre a la efigie de ese par diabólico, de esos compinches inolvidables, esos dos pacientes impostores. Una pequeña viñeta con la pareja real, basileica, estéril pero infinita en su progenitura ideal. Cínicamente, sin un centavo, emitieron un timbre universal. Postal y fiscal, fingiendo adelantar fondos. Y en el timbre, los vemos a ambos, uno ante el otro, dibujando un timbre y firmando el original. Y se exhiben. En un inmenso póster, un inmenso poster. Esto es un timbre. Firmaron *nuestro* reconocimiento de deuda y ya no podemos no reconocerla. Lo mismo nuestros propios hijos. Eso es la tradición, la herencia que vuelve loco. La gente ni siquiera lo sospecha, no necesita saber que paga (transferencia automática) ni a quién paga (el nombre o la cosa: nombre es la cosa) cuando hace cualquier cosa, la guerra o el amor, cuando especula sobre la crisis de la energía, construye el socialismo, escribe novelas, abre campos de concentración para poetas u homosexuales, compra pan o secuestra un avión, se hace elegir por votación secreta, entierra a los suyos, critica a los medios masivos de comunicación sin ton ni son, dice tonterías sobre el chador o el ayatolá, sueña con un gran safari, funda revistas, imparte cátedra o mea junto a un árbol. Puede incluso no haber oído nunca el nombre de p. y de S. (fíjate, de pronto los veo muy vivarachos). Mediante múltiples tipos de relevos culturales, es decir postales, pagan su impuesto, y para eso no se necesita ser acusado³⁶ de “platonismo”, y aunque hayas trastocado el platonismo (míralos, voltea la tarjeta, cuando escriben cabeza abajo en el avión). Claro está que el impuesto lo reciben meros nombres, es decir nadie (aunque fijándose bien, en el caso de los “vivos” no ocurre algo totalmente, radicalmente diferente), puesto que ambos pilotos se han ido ya, meros sujetos, sometidos, subyacentes a sus nombres, como efigie, la cabeza cubierta por el nombre. Lo mismo con Hegel, Freud o Heidegger, quienes de por sí tuvieron que adoptar una postura de legatarios, por delante o por detrás. De pie o acostado, ya no hay ni un solo movimiento, ni un solo paso que se pueda dar sin ellos. Quisiera inclusive creer que los que se liberan mejor y más pronto, al menos los que desean pagar menos y cumplir más cabalmente, son los que intentan tratar directamente con ellos, como si fuera posible, los pacientes filósofos, historiadores, archivistas obstinados en emitir el timbre, deseosos siempre de saber más al respecto, soñando con la huella original. Yo, por ejemplo. Pero claro, entre más se atarea uno para liberarse y saldar su deuda, más paga. Y entre menos se paga más se paga, ésa es la trampa de semejante especulación. No podrás dar cuenta de esa moneda. Imposible dar cambio, pagas todo y no pagas nada con esa tarjeta de débito o ese cupón naranja.³⁷ No es verdadera ni falsa. La emisión del timbre es inmensa, impone y

³⁶ En francés, *être taxé* significa tanto “ser sometido a impuestos” como “ser tachado” (o “ser acusado”). [T.]

³⁷ El autor alude aquí, por una parte, a la *carte bleue* (literalmente “tarjeta azul”), que corresponde en francés a una tarjeta bancaria de débito; por la otra, a la *carte orange* (literalmente “tarjeta [o cupón]

se impone por doquier, condiciona cualquier otro tipo, timbre o tímpano en general; y, al mismo tiempo, sin embargo, apenas se ve, es minúscula, infinitamente divisible, forma una composición con millones de posturas distintas, impuestos o recargos que matan el sello. Y nosotros, ángel mío, nos queremos, apostados dentro de esta red, en la caseta de cobro al regreso de un viaje de un fin de semana (por fortuna es posible amarse dentro de un automóvil), aplastados por los impuestos, en insurrección permanente contra el “pasado”, y pese a todo llenos de reconocimiento y vírgenes de toda deuda cual si viviéramos el primer amanecer del mundo. Esta historia, la trampa de quien firma un reconocimiento de deuda en nombre del otro, de tal manera que el otro se halla comprometido sin saberlo, antes incluso de haber abierto los ojos, esta historia de niños es una historia de amor y es la nuestra -si todavía lo quieres así. Desde la primer alba

Ahora mueve la imagen, con movimientos laterales, proyéctate la película. Él lo que quiere es emitir su semen, su semilla (habla de eso todo el tiempo ¿estamos de acuerdo?), quiere inseminar toda la tierra, y cuál es la mejor palanca a alcance de su mano, mírala, es S., el partero estéril. Entonces se lo echa, se echa a un niño por medio de él, un *egkonon*, un retoño o un interés. Ve cómo se levantan las múltiples palancas, las jeringas chicas y grandes. Todo sucede en un santiamén, a espaldas del otro que finge no darse cuenta de nada. Y con razón, todo falla, era necesario, así se escribe y ya no deja de proliferar, ese viejo par de abuelos barbudos, esos falsificadores empedernidos que nos acosan de noche con sus discursos acerca de la verdad, los *phantasmata* y los *logoi*, y el placer y el más allá del placer, y la política, y la tiranía, y el primero y el segundo, y luego Eros. Nunca les dieron fe. No se lo pensaron dos veces. Y aquí nos tienes, a sus órdenes, siguiendo su programa. Y yo, que siempre quiero pagar más que los demás, mi afán por sobrepujar, créeme.

Es ya de día. Llegas dentro de un rato y me gustó esperarte sin apenas dormir. Vuelves con tu “decisión”, tu “determinación”, y me preparo a ella sin conocerla cual condenado en su celda. Nunca se puede estar seguro de que espere el indulto, quizá sueña con poder rechazarlo al alba para que al fin se acabe, su muerte. Voy entonces a cerrar esta carta (no he vuelto a abrir la otra y todavía ignoro lo que haré con ella, dependerá de ti probablemente), te he dicho lo esencial, que de por sí puedes haber sabido desde hace años, muchos años: lo hemos vivido y dicho todo un número incalculable de veces, bajo todas sus formas, poco más o menos, con palabras y sin palabras, y cada letra, la marca más pequeña se convierte, ya que está fija, en un punto de sal muy seco bajo el sol, sobre la piel, y escuchas cómo te dicen aquí tienes es el Mediterráneo, quédatelo, no es nada pero no tiene precio, quédatelo como anillo, una vulgar aguamarina, no es nada, y menos algo precioso, no tiene precio si quieres, nadamos en él y nos olvida a cada instante. Si ya no entiendes nadie puede acusarte por eso, por definición, y menos yo. Nadie sabrá si eso te había sido destinado, y menos yo. A ti te toca “determinar”. Hay anillos, que nunca se dan, se guardan ni se devuelven. Puede uno entregarse a ellos, eso es todo, abandonarse a ellos. Como no quiero que recibas esta carta

naranja”), que remite al abono de transporte semanal o mensual expedido por la red de transportes parisinos. [T.]

por correo después de sabe dios qué escena, la pongo en un sobre y te la entregaré en la estación.

Cuando me ocupo de mi correspondencia (no es el caso ahora), quiero decir, cuando escribo varias cartas una detrás de otra, me aterra el momento en que pongo todo en sus sobres. ¿Y si me diera por equivocarme de destinatario, invirtiendo las direcciones o poniendo varias cartas en el mismo sobre? Me ha ocurrido ya, y a menudo abro de nuevo ciertas cartas, tras haber fracasado en mi intento por identificarlas por transparencia en el momento de echarlas al buzón. Esta escena es la de mi clasificación y mi tráfico postal. Viene antes y después de la obsesión de la recogida del correo, la otra, la próxima o la que se me fue. El momento obsesivo dura en ocasiones más allá de lo imaginable. Una vez que se ha ido la carta o el montón de cartas (finalmente abrí la mano), me puedo quedar plantado delante del buzón cual si se acabara de cometer un crimen irreparable, con la tentación de esperar la próxima recogida para seducir a la cartera y recuperarlo todo, verificar por última vez la adecuación entre destinatarios y direcciones (lo hice una vez pero era un poco distinto, era para interceptar mi propio correo que iba a llegar a un destino al que yo ya no quería que llegara y al que hubiera llegado antes que yo) y verificar que efectivamente hay una sola carta por sobre, la adecuada. La situación es la de una confesión sin crimen (como si fuera posible; pero sí, claro que sí), la de una prueba material que se convierte en causa de un crimen. De cualquier manera, esa confesión delante del buzón no requiere que uno haya escrito, digo, en el pobre sentido de las "misivas", basta con haber hablado, tocado, gozado. No sólo hay siempre una especie de tarjeta postal, sino que aun dejándola virgen y sin dirección, hay varias a la vez, y en el mismo sobre.

como la diferencia entre el Cedex (código que se usa en Francia para el Correo Empresarial) y el Cidex. El Cidex (código para el correo individual distribuido de manera excepcional), es el campo: hilera de buzones en un lugar fijo (equis pueblito en la montaña), la compañía de correos los instala, el cartero pasa en auto o en motocicleta, y los destinatarios, los "usuarios" vienen a recoger su correspondencia. Ciertas disposiciones pueden prever que los usuarios opriman un botón cuando deseen que el "encargado" venga hasta su domicilio la próxima vez. Se llama al cartero sin mediar palabra alguna, mediante una señal luminosa. Y él viene, para entregar o recoger.

La Prospectiva Postal, ése es el lugar de la problemática psic. y po a partir de ahora (la cuestión de la mujer, del psicoanálisis y de la política, en eso cabe todo); la cuestión de El Poder, como siguen diciendo algunos, radica ante todo en el correo y las telecomunicaciones, harto sabido es. Entonces hay que estar al tanto de que el volumen del correo aumentará 3% al año aproximadamente, "repartido de manera desigual -dice un Inspector principal de la Cía. de C. y T.- entre los diversos objetos de correspondencia, con un porcentaje superior para la correspondencia 'económica' y un rezago en la correspondencia 'familiar'. Este incremento coincidirá con el desarrollo de los sistemas computarizados, que habrá de trastocar en los próximos años no sólo a los países altamente industrializados, sino también al mundo entero". Supón que escriba yo un libro, pongamos que "Platón y las telecoms.", irá necesariamente a dar a manos del señor Brégou, Inspector principal de la Compañía de

Correos y Telecomunicaciones, éste decide (puesto que lo cito) poner el libro en venta, como a veces ocurre, en todas las oficinas de correos, en aras de las obras de asistencia social de los carteros. El libro es expuesto en todas las oficinas, deben ser bastantes. Y luego las traducciones. Además, el ponerlo en venta (por el precio de una o dos tiras de timbres) permitiría a Platón penetrar en los caseríos. Para incrementar las ventas, y siguiendo los consejos del editor, criticaría yo los aparatos editoriales y los medios masivos de comunicación (que son también una instancia postal) y mandaría agregar una cinta de papel: el único escritor que se opone a tal o cual programa de televisión. Enseguida me invitarían al programa y, de último momento, ante el asombro general obviamente, yo aceptaría, con la condición de poder improvisar libremente sobre la instancia postal durante el levantamiento iraní (el papel revolucionario del a-lejamiento, el de Dios o del ayatolá telejomeini concediendo entrevistas desde los suburbios parisinos), aunque al día siguiente tuviera que matizar un poco en algún diario o en alguna revista semanal. Observación harto trivial: los vínculos entre servicios de correo, policía y medios de comunicación habrán de transformarse profundamente, como el mensaje amoroso (cada vez más vigilado, aunque siempre lo haya estado), con motivo de la informatización, de acuerdo. Y por ende todas las redes de lo p.p. (psic. y pol.) ¿Pero acaso no se verán esencialmente afectados los vínculos entre la policía, la institución psicoanalítica y las cartas? Inevitablemente, y ese cambio ya empezó. ¿Acaso podría Poe adaptar a este nuevo contexto *La carta robada*? ¿Es posible efectuar semejante adaptación? Estaría dispuesto a apostar que sí, pero sería algo sumamente difícil. El fin de una época postal representa seguramente también el fin de la literatura. Lo que me parece más probable es que, en su estado actual, el psicoanálisis no pueda leer *La carta robada*, apenas hacerse o dejarse leer por ella, y eso es también muy importante para hacer avanzar esa institución. En todo caso, el pasado y el presente de dicha institución son impensables fuera de cierta tecnología postal, ni las correspondencias, públicas o privadas, inclusive secretas, que marcaron cada una de sus etapas y sus crisis, que suponen un tipo muy determinado de racionalidad postal, vínculos entre el monopolio estatal y el secreto de los mensajes privados así como de sus efectos inconscientes. El hecho de que la parte correspondiente al correo “privado” tienda a convertirse en cero no sólo reduce la posibilidad de grandes correspondencias (las últimas, las de Freud o de Kafka), sino que transforma por completo el ámbito del ejercicio analítico -y en un plazo más o menos breve, con todas las consecuencias imaginables o inimaginables, el de la “situación analítica”, de la “sesión” y de las formas de transferencia. Los procedimientos de “expedición” y de distribución, las vías de la transmisión tienen lo suficiente que ver con el soporte mismo de los mensajes como para no afectar el contenido, y no hablo exclusivamente del contenido significado. El “pliego” de papel desaparece, habrá que encontrar otros, pero representará a la vez el imperio sin límites de una tarjetapostalización que comienza con el trazo mismo, antes de lo que se suele llamar escritura (antes incluso del correo, de los *sticks-messages* y de los *quippos*), y la decadencia de la tarjeta postal en el “sentido estricto”, la tarjeta que desde hace apenas más de un siglo pero como uno de los últimos fenómenos, una señal de aceleración final, forma parte del sistema postal “clásico”, de la “posta”, de la *estación* en el proceso de transporte del correo, del “documento” por transmitir, soporte y mensaje. El

idioma común y corriente distingue entre el servicio postal, en un sentido estricto, si así lo prefieres, y cualquier otra telecomunicación (telégrafo o teléfono, por ejemplo, medios telemáticos en general) gracias al rasgo siguiente: el transporte del “documento”, de su soporte material. Es una idea bastante confusa pero útil para construir un consenso en torno a la noción banal de servicio postal -y vaya que se necesita. Empero, basta con analizar un poco la noción de “documento” o de soporte material para sumar dificultades. (Acabas de llamar desde la estación, te estás instalando en el tren, me siento de pronto tan tranquilo. Unas horas más y acabaré de ir a buscarte.) Ahora bien, lo que está en vías de desaparición es cierta forma de soporte, y el inconsciente deberá adaptarse a ello, es un proceso en marcha. Te hablaba hace un rato de la desaparición paulatina del correo privado y de mi terror ante el sobre “colectivo”. En ese momento todavía no había leído al señor Brégou. Acabo de hacerlo. Imagínate toda nuestra historia, la más reciente, imagínatela según la “prospectiva” del señor Brégou: “El desarrollo de la computación, tanto en los correos como entre los usuarios, permitirá sin duda alguna la implementación de modalidades novedosas de transmisión de las informaciones. En los próximos años, con excepción del correo entre particulares [“con excepción de”, ¿cuál, hasta cuándo?], es factible pensar que ya no se transportará el soporte escrito sino la tarjeta perforada, el microfilme o la cinta magnética. Llegará el día en que, gracias al servicio postal a distancia, los datos habrán de ser transmitidos por cable a partir de la computadora del usuario hasta los dispositivos de entrada de la computadora de la oficina de correos más cercana [de todos modos] al domicilio del destinatario, la cual se encargará de imprimir el pedido o la factura [su distinción entre el correo privado y el otro supone de manera un tanto apresurada que los particulares, nosotros, enviamos todo menos pedidos y facturas: de hecho, los grandes tecnólogos siguen teniendo la ingenuidad metafísica, forma parte de lo mismo]. El cartero ya sólo tendrá que encargarse de la distribución del sobre, el cual podrá además contener diferentes correspondencias provenientes de remitentes distintos. Así, el proceso tradicional se verá trastornado en lo que a una porción importante del correo se refiere.” Sí y no: mientras no se demuestre que dentro de cada una de nuestras cartas tan secretas, tan herméticamente cerradas, no se han infiltrado varios remitentes, y hasta varios destinatarios, no podrá demostrarse el trastorno. En cambio, si nuestras cartas trastornan, se debe quizá al hecho de que hay ya varios usuarios en la línea, una muchedumbre, ahora mismo, por lo menos un consorcio de remitentes y destinatarios, una verdadera sociedad anónima de responsabilidad limitada, toda la literatura, y sin embargo, es cierto, única mía, que el señor Brégou describe el terror mismo, el Terror. Insiste con idéntica satisfacción a la del empresario que brinda una demostración de las nuevas máquinas recién recibidas. Y espera otras más que habrán de incrementar aún más el rendimiento, para el bien de todos, productores y consumidores, obreros y patrones: “En una época en la que la civilización rural cede su lugar a una concentración urbana creciente, el sistema de correos deberá adaptarse a las necesidades de su clientela: penosa mutación, por ejemplo cuando el tráfico postal de ciertas zonas rurales ya no justifique el mantenimiento de una oficina mientras que las grandes aglomeraciones padecen severamente por falta de personal. Para lograr resultados, probablemente será preciso poner en tela de juicio ciertas costumbres. ¿Por qué no considerar la posibilidad de una

extensión de las atribuciones del sistema de correos? [y ahora vas a creer que estoy inventando las palabras en aras de mi demostración]; dicho sistema, *omnipresente* a través de sus oficinas o de sus 'carteros' [me gusta que nos haya salido con esas comillas], podría *procesar todas* [el subrayado es mío] las operaciones que ponen en contacto a la población con la administración." ¡Qué tal! ¡Y hasta el contacto entre LA Población y LA Administración! Por qué no considerar la posibilidad de la omnipresencia, dice. De las oficinas y de los "carteros". No atino a decidir lo que resulta aquí más sobrecogedor: la monstruosidad de ese porvenir que el Inspector principal considera con una plácida y cuán progresista despreocupación (mientras nos habla serenamente de la peor de las policías estatales y transestatales, de la perforación generalizada: por culpa de los embotellamientos, por ejemplo, a la hora de la sesión S. en análisis con P. podrá e incluso tendrá que enviar su cinta o sus fichas de asociaciones -libres, por supuesto- al mencionado P., pasando por el omnipresente sistema del señor Brégou. Y para garantizar la autonomía de la institución psicoanalítica con respecto al Estado, este último nombraría, siguiendo la propuesta del cuerpo de los analistas titulares reunidos en AG, e independientemente del grupo al que pertenecieran, una Comisión de sabios -podrían ser siete por ejemplo- para supervisar todas las transferencias que transitaran por el omnipresente, para que el secreto profesional fuera estrictamente respetado, quedara fuera del alcance de toda policía, incluso la secreta. Naturalmente, para que todo ello se hiciera en conformidad con la vocación (¿cómo llamarla de otra manera?) psicoanalítica, con el espíritu y la letra de Freud, seis miembros de la Comisión de los derechos del psicoanálisis estarían en análisis, al menos en parte, con el séptimo, el cual, elegido de alguna manera por sufragio universal (estoy describiendo aquí la democracia) tendría que arreglárselas solo con el omnipresente o con uno de sus carteros, por ejemplo el señor Brégou) no sé qué me aterra más, si la monstruosidad de semejante prospectiva o por el contrario la ancestral antigüedad, la normalidad misma del asunto. Tiene, en esencia, por supuesto, en su *eidos*, más de veinticinco siglos. Bueno, basta ya del mismo tema. Iré a esperarte, a esperarlos sobre el andén, nomás acabo rápido estas líneas (en las que no he dicho nada si las comparamos con lo que según sabes de antemano hubiera querido decirte

pues sin duda notaste que la otra omnipresente, inmensa mía, eres tú. Y así lo quiero yo. Que de mis pensamientos más secretos nunca te sea sustraído nada. No, no la misma omnipresente, la otra, tú.

Por favor, ya no me persigas con los "detalles" y ya no me pidas mandarte de nuevo la carta que me fue devuelta. Ya es demasiado tarde. Me voy, o mejor dicho voy. Cuando bajes del tren, esperaré todavía el momento de quedarnos solos -y entonces empezaré a amarte (te llevo esta carta).

22 de septiembre de 1977.

entre nos, el canto fue anacrónico, y hasta el éxtasis. Un día te hablaba de eso -como suelo hacerlo demasiado a menudo- y pronunciaste entre interferencias (pues era una conversación telefónica) "dios de los horarios desfasados". Todavía llevo en el brazo ambos relojes, a la izquierda tengo seis horas de adelanto con respecto a todo lo que

parezco vivir en Trumbull. Lo simulo todo, el hecho de que me seas simultánea, amor mío, y el hecho de que en el momento en que te llamo, por tu nombre, ya no se interpongan la luz ni los ritmos del cuerpo, el sol ni el sueño. Y no es tan ilusorio como parece. Me desperté aproximadamente a la misma hora que tú esta mañana (pero apenas es el primer día, cierto) y dentro de un rato “timbrarás”, contaré los timbrazos. Ayer, en Kennedy, mismo argumento que los años anteriores, tenía la impresión de que era ayer: Paul y Hillis me estaban esperando, habían venido desde Yale (¿cómo resulta posible una cita, pese a todos esos intervalos y esas diferencias de horario transcontinentales, y la fidelidad que me hace vivir, y semejante milagro ante el cual seguiré siendo eternamente niño?). Habiéndolos saludado, los hice esperar (más), como siempre, para llamarte desde la caseta pública, la única que conozco en este lugar aparte de la de Grand Central o la de Penn Station, la única desde la que no es preciso llamar por “collect” a cuenta del destinatario. En ese mismo instante, entré en contacto contigo, de noche, ibas a acostarte conmigo en la cama doble, y salí del aeropuerto agobiado de sol (el calor neoyorquino del mes de agosto que ya no se iba), sereno y desesperado, jovial con mis amigos e incapaz de concentrarme. Sé cada vez menos dónde está mi cuerpo -y todos esos fantasmas, aquí o allá, y a qué horas. Cuídame, cuídanos, dame tiempo.

Al igual que a él (M.B.), me gusta la palabra “desastre”, me gusta llamar así la desdicha sin fondo a la que el primer amanecer, la primera noche en vela nos habían destinado. Pese al tiempo que hasta el fin de los tiempos nos prohíbe entrar en contacto, reunirnos, juntarnos (*nous joindre*, vaya palabra, ¿no te parece?) - (acabas de llamar, acabas de entrar a la habitación), el desastre nos une. Me gustan todas las palabras, todas las letras, en la palabra desastre, toda su inquieta constelación, todas las suertes que en ella se echan, me gusta incluso que nos sublima un poco.

La diferencia de horarios está dentro de mí, el desfase soy yo. Bloquea, inhibe, disocia, detiene -pero también elimina lo que nos sujeta, me hace volar, nunca me prohíbo nada, ya sabes) bueno, no yo, y es hacia ti, rumbo a ti que dirijo mi vuelo.³⁸ Únicamente. En este preciso instante.

23 de septiembre de 1977.

¿Cómo le hubiéramos hecho (para el amor a distancia, por ejemplo, Y para toda nuestra teleorgasmización) en tiempos de Roma (la otra), en tiempos del *cursus publicus* (170 millas, un día y una noche, nada mal para aquella época pero qué, para nosotros)?

Oye te sigo todo el tiempo. Y tú eres todo el tiempo para mí me das todo el tiempo a mí sobre todo cuando no estás aquí omnipresente y te lloro lloro por ti arrancando tus cabellos jalándolos hacia mí los agarro a manos llenas pero nunca resultan lo suficientemente largos estás encima de mí y ya no los soltaré tú misma si ya no me ves, aunque mire hacia otro lado para buscar algún día

³⁸ Hay aquí en francés un juego de palabras en torno a *voler* y *vol* (“volar y “vuelo” pero también “robar” y “robo”). El final de la frase anterior puede entonces leerse también como “me hace robar [...], es hacia ti, es a ti a quien robo”. [T.]

me siento infinitamente más pequeño que tú, tengo tanto miedo de distraerte de la vida, de todo lo que te espera, de todo lo que los demás desean de ti (los siento a todos fascinados por ti, mendigando una palabra o una mirada, y que les escribas, a ellos, todo lo que (a ellas también) me escribes a mí. Pasé al Departamento, todavía no había nada tuyo, pero es normal. El correo intrauniversitario es más lento, aun en Yale. Si tuviera una dirección en la ciudad (como el año pasado en Bethany) saldría ganando varios días. Cuando no recibo nada tuyo, soy como una tortuga que revienta, plenamente viva, boca arriba. Puedes verla erigir su impotencia hacia el cielo, nunca podrá por sí misma...

Lanzo un desafío a todas las lenguas del mundo, todas, para que traduzcan algún día lo que nosotros, a falta de otros argumentos, habiendo agotado nuestras fuerzas, llamamos "el pasado". Nosotros mismos, cuando hablamos de él cual si fuera el destino más despiadado, como para azotar de impotencia a los dioses mismos, no entendemos bien a bien qué decimos. Esto es algo de lo que intentaba explicarte en la carta que me devolvieron de la Lista de Correos (la traje para acá pero tengo miedo de abrirla, y poco a poco la voy olvidando, olvido los "detalles" aunque no contenía sino detalles, y sólo podían probar mi inocencia en la medida en que tú quisieras recibirlos de cierta manera. Lo importante es que te los haya dicho, y un sobre vacío hubiera servido igual. Es preciso entonces que me creas, que no los necesites si me amas. Por eso también no te la mandaré por segunda vez)

Prosigo sobre una de las tarjetas -traje muchas conmigo. Voltéala y mírala horizontalmente, de tal manera que Plato quede boca arriba. Qué tristeza me da ése, por momentos. No quería morir.

24 de septiembre de 1977.

pienso en aquellos grandes cínicos: abusan de su crédito público para transmitir, vía la prensa o mediante el circuito editorial, "mensajes personales". La radio transmite, la gente compra, nadie entiende nada pero bueno, genera interés, siempre se invierte algo. Y no se trata de una excepción, desde Sócrates hasta Freud, todos hicieron lo mismo. Y los coleccionistas de tarjetas postales abren bibliotecas, escriben tesis, inauguran universidades, institutos de investigación, departamentos de filosofía o de literatura comparada.

Esto, mi amor, yo: el último Fotomatón.

Te habré escrito, habrás sido escrita también en todos los códigos, te habré amado según todos los géneros. Todos los colores, todos los tonos nuestros.

Sigo sin recibir nada tuyo, es mucho tiempo, te extraño. Desde ayer he ocupado el sitio, como siempre hago donde quiera que llegue. Léase: preparo el máximo posible de recogidas, las cuento, permanezco atento sobre todo a ésta o aquélla, que no debo perderme, por ejemplo el sábado por la tarde o el domingo. Es el primer sosiego, cuando estoy sin ti, y para sentir cabalmente de que hablo entonces, quiero decir de mi cuerpo, necesitas recordar cómo es una *mail-box* norteamericana plantada a media calle, cómo la abren, cómo se anuncian las recogidas, y la forma y el peso de esa placa oblicua que jalas hacia ti en el último

momento. Y luego me dirijo al otro extremo del mall, es la gran oficina de correos totalmente blanca, para comprar series de timbres poco comunes o recientes y como bien sabes eso se convierte en un rito, en una lenta ceremonia para cada carta. Escojo, calculo, te escribo directamente en el sobre con todas las *stamps* (a la señora que vende los timbres al por mayor o los timbres para filatelistas la vuelvo a ver cada otoño, es enorme y se mueve con dificultad en la caseta de vidrio donde la han encerrado; es muy autoritaria y sin embargo muy vivaz, creo que me entiende bien, quisiera participar dentro de un gran escenario que no alcanza a ver, me trata un poco como a un hijo que viene a hacerle confidencias obscenas). El amor por los timbres es algo novedoso en mí, no es un amor de coleccionista sino de mero remitente. Y quiero que mires largo tiempo el sobre, la envoltura, antes de abrirme. No hablo aquí de la palabra “timbre” a la que me une un vínculo muy añejo (con los tipos, los tímpanos, *qual quelle*, etc.) sino de la diminuta viñeta rectangular saturada de leyendas y de imágenes. Cada vez constituye una alegoría de la historia entera, la nuestra, que yo quisiera contarte interminablemente en la carta, como si pretendiera poner en ella la historia completa. Supón por ejemplo que algún día se emita un timbre de S. y P. Pues bien, esos dos nos entenderían de antemano. Gracias a cierto arte de la composición clásica, y de la recomposición, podríamos decirlo todo, decírnoslo todo, decir de nosotros todo con los trazos de semejante escena. Apuesto que nada falta y que estamos allí. Basta con manipular -como de hecho lo hacen ellos (tejemanejes, juegos de manos, artimañas)-, con recortar, pegar, con poner en movimiento o fragmentar, mediante movimientos de piezas para ocultar y una gran agilidad trópica. Incluso sería posible, estoy dispuesto a apostar, convertirlo en un falso timbre trascendental al cual podría traducirse cualquier otro timbre posible, los reyes, las reinas, las guerras, las victorias, los inventos, las flores, las instituciones religiosas o estatales, el comunismo y la democracia (fíjate, por ejemplo, éste que pego sobre este sobre, con esa pluma de ave dentro de un tintero y la leyenda “*The ability to write, a root of democracy*”). Para terminar en torno a la tarjeta cotidiana de mis trayectos rumbo a Yale, están las prolongadas estancias en esas tiendas que nunca me interesan en Francia: *Cards n’Things*. Paso en ellas horas enteras escogiendo reproducciones y sobre todo esos inmostrables, inconfesables cromos con los que habré de inundarte durante varias semanas, además de todo el material de *stationery* (papel carta con inscripciones, sobres de todos los tamaños, aerogramas -pero ya no volveré a comprarlos, me chocan esas cartas sin sobre-). Bueno, aquí me paro.

¿Crees que el éxtasis, lo que llaman el orgasmo, y el sincrónico, hágame usted el favor, elimine lo que en la diferencia de horarios nos sujeta? Yo no. Una de las más sublimes locuras de Alcibíades, el final de la *Pompas fúnebres*, creo, un elogio sobrio y ardiente, una visión mística razonada, como a mí me gusta, del goce anacrónico: brindarle al otro el tiempo, brindárselo para que goce solo (ah, ante ti, por supuesto, pero ¿qué significa? ¿ante ti y gracias a ti?), sería el don de amor más puro, el único, el intempestivo, cuando te quedas solitario en la orilla. La sincronía, lo contemporáneo, constituye la atracción de todas las vulgaridades ¿no crees? Pero además es preciso, mientras que el otro parece ocupado en otra cosa, mira, con el sexo entre las manos, pero el de quién, saber lo siguiente, que has de saber callar como nuestro secreto absoluto:

y después del telefonazo, te daré la espalda para dormir, como siempre, y tú te arrimarás a mí, dándome la mano, me envolverás.

25 de septiembre de 1977.

Vuelvo del Departamento, apenas una carta tuya, cuánto tarda, y es la que habías enviado antes de mi partida. Este desfase me mata, también me hace vivir, es el goce mismo.

Sí, oliste bien, mejor dicho adivinaste sin identificar. Era el pachulí de la feria del Trono³⁹ (¡cuánto me maltrataste entonces!), di con él en el cuarto de baño. Pero contrariamente a lo que pareces creer, no sólo había en la barba de Sócrates, también había en otra parte, busca de nuevo, si es que algo queda. Y tienes razón, la interpretación “exacta”, experta, de S. y p. no cambiará nada. El icono está allí, mucho más amplio que la ciencia, el soporte de todas nuestras fantasías. En un principio, era el suyo, para engendrarlo todo, hasta la obra de Paris. Para empezar, según Plato, será Sócrates el que *habrá escrito*, habiéndolo hecho o dejado escribir. Cabe allí un padecimiento de la destinación (no, no una neurosis de destino, aunque...) en que tengo pleno derecho a reconocermelo. Padezco (pero como todo mundo ¿no? al menos yo lo estoy al tanto de ello) de una verdadera patología de la destinación: siempre me dirijo a alguien distinto (¡no, a alguien más!), pero ¿a quién? Me absuelvo pues hago notar que eso depende, antes que de mí, del poder, trátase del signo del que se trate, el “primer” trazo, la “primera” marca, hacerse notar, precisamente, hacerse repetir, y por ende dividir, desviar de cualquier destino singular, y eso por su posibilidad misma, por su dirección misma. Es su dirección la que lo convierte en una tarjeta postal que multiplica, hasta ser muchedumbre, a mi destinataria. Patología normal, ¿no es así?, pero para mí es la única mortal: se mata a alguien dirigiéndole una carta que no le estaba destinada, declarándole así su amor o incluso su odio. Te mato a cada instante pero te amo. Y ya no puedes dudar de ello, aunque yo lo destruya todo con la paciencia más amorosa (como tú, por cierto) empezando por mí. I’m destroying my own life, se lo dije en inglés en el automóvil. Si me dirijo, como dicen, siempre a alguien distinto, y de manera distinta (ahora mismo, una vez más), ya no puedo dirigirme yo mismo. Sólo a mí mismo, me dirás, echándome finalmente al buzón todas esas tarjetas, echándome a Sócrates y a Plato como se echan ellos entre sí. No, ni siquiera, no hay devolución, no me devuelven nada. Pierdo hasta la identidad del, como dicen, *destinateur*, del remitente. Y sin embargo nadie habrá sabido mejor que yo, mejor dicho a nadie le habrá gustado más que a mí, destinar, únicamente. Tú, hacia quien en este mismo momento, olvidando hasta tu nombre, me dirijo.

Hasta pronto, hasta siempre,

salgo a poner esta carta en el buzón de la esquina, introduzco en ella una vez más a Dupont y Dupond (el segundo sabueso totologiza, exagera al igual que el discípulo de los diálogos, con el dedo en el aire “*Je dirais même*

³⁹ *La Foire du Trône* es una feria popular que se celebra anualmente en París; debe su nombre a la plaza donde antiguamente se celebraba, *la place du Trône*. [T.]

*plus*⁴⁰). No vayas a creer que son dos. Si te fijas como se debe, se parecen entre sí como nosotros, remiten el uno al otro -algo más que una imagen, yo diría incluso más que una fantasía, la locura de esa sobrepuja que resentimos hasta agotar nuestras fuerzas.

Voy a llamarte desde el *phonebooth* de *Elm street* una vez que le haya entregado esto a la comelona que habrá de devolvértelo mucho tiempo después. Te llamaré “collect” de parte del señor Brégou, escucharás mi voz y yo te escucharé rechazar la llamada diciendo que la que responde a tu nombre no se encuentra. Apenas nos costará diez cents. Pues sí, estoy aquí en el “connect, I cut”, como decía el pequeño de la fortaleza vacía.

26 de septiembre de 1977.

después de las primeras clases, retomé el trabajo. Pienso a veces, nuevamente, en ese prefacio al *Legs* que anunciaría el libro de los servicios postales (como quien dice el libro de los muertos) mientras acaricio, con otras manos, entre otras cosas y otras palabras, a nuestro amigo adjunto, quiero decir a “Fido” y Fido. Y por supuesto, no está únicamente *le facteur de la vérité*, para nada, no están únicamente las escenas de familia, de herencia y de “cuestionamiento” del movimiento analítico, etc., está también, como me lo hiciste notar de inmediato, esa oportunidad de la que es preciso no abusar: el Principio de Realidad (¿quién mejor que nosotros para saberlo?) es la lista de correos, *la poste restante* (PR) del Principio Postal, digo, del Principio de Placer. Y puede ser demostrado, con la muerte en cada extremo. Si tuviera tiempo, escribiría también sobre la necesidad y los abusos de esas falsas formalizaciones que juegan con las iniciales. Por qué tienen tanto auge hoy en día (tengo varias hipótesis). Pero tú sabes que nunca escribo *sobre nada*, ni siquiera sobre la tarjeta postal o sobre la telecosaesa. Aunque finjo escribir al respecto, y diga lo que diga, lo que busco antes que nada es producir efectos (sobre ti, on you. ¿Cómo le hacen aquí para evitar el plural? Su gramática es muy sospechosa. No hubiera podido amarte en inglés, eres intraducible. O si no hubiera recurrido, más que nunca, a procedimientos anacrónicos, más añejos todavía, te hubiera teatralizado, divinizado. ¿Crees tú que ese singular caído en desuso hubiera cambiado algo?). La *haison* también (lazo amoroso o enlace postal), ésa es la palabra para vincular de manera muy legítima el discurso del prefacio a toda la problemática de la energía vinculada, de la *Bindung* en *Más allá*. Basta, como dice Fido, basta ya sobre el tema. ¿Te había dicho ya que somos los hijos gemelos (heterocigóticos pero homosexuales) de aquellos dos Sosia-sosia?

Nada tuyo esta mañana. Me faltan fuerzas para todo, incluso para escribirte, y eso que tengo ganas de hacerlo sin la menor interrupción. De hecho incluso cuando estás a mi lado. Incluso cuando estás a mi lado me obsesiones, tengo ganas de pedirte auxilio nuevamente, quizá para que me abandones definitivamente y al fin ya no me falte nada. No me creas, aquí estás hablando tú dentro de mí. Reconoces tu discurso. Sólo me amas cuando estoy allí, a tu lado. Pero allí

⁴⁰ Dupont y Dupond son (los célebres personajes de tira cómica creados por Hergé dentro de su serie dedicada a Tintin. Se trata de (los policías gemelos, bonachones y algo tontos, uno de los cuales siempre repite lo dicho por el otro añadiendo simplemente: *je dirais même plus*, “yo diría incluso que...” [T.]

es una palabra que nunca hemos logrado traducirnos el uno al otro. Ni *a* (a ti entrego, pertenezco, me dirijo, dedico, obedezco). El día en que sepas lo que significa, me echas una llamada inmediatamente Lejos de ti me dejo caer todo el tiempo. Por eso me es preciso aferrarme a ti, tomarte de la mano o de los cabellos escribiendo sin interrupción -aunque no lo envíe todo. Si pierdo entonces la vida, es porque pese al destino justo (puesto que no estás allí), se me niega el tono. *Ton*, para mí ése es el nombre de Dios, mi Dios, el que no encuentro. A todos, me oyes, a todos los conozco y todos son virtualmente posibles para mí, soy tan viejo, y todos los géneros. No soporto a ninguno, reconozco inmediatamente en ellos una cláusula de género. En última instancia, quisiera borrar todos los rasgos de la lengua, volviendo a lo más sencillo (sabes, como cuando soplo en el aparato sin decir nada y entonces tú ríes y el Atlántico se retira), no por “crear-amor-mío-una-nueva-lengua” (no te volveré a hacer la misma jugarreta, aunque siga creyendo en el viejo código postal) sino por enviarte “palabras” lo suficientemente “verdaderas” como para que ni yo mismo las reconozca. Entonces sería absuelto, ningún género resultaría identificable ni daría pie a sospechas, tal como ocurriría si copiara para ti, ahora, de la manera más irresponsable, un diccionario persa (y hasta eso, el persa, vas a creer que lo tenía calculado, como lo de los cromos, calculado por aquello de Ester o de Ciro, el gran “conceptor” del imperio postal, el gran amo del orden, otros sospecharían una toma de posición más provinciana, una declaración turística en torno al levantamiento iraní: tú conoces mi opinión al respecto. ¿Cómo proceder, cómo seguir andando? Caigo sin cesar (en un género o en otro). Sólo tú puedes levantarme en silencio, cuando me dices otra vez “ven”, ahora mismo.

Te dije lo que espero que me digas, pero no tengas miedo,

27 de septiembre de 1977. Te escribo desde el tren que me trae de Nueva York. No me siento bien, demasiada memoria, demasiadas memorias que se empalman y se excluyen sin piedad.

Dime, amor mío, dame la verdad, para acabar yo de una buena vez, elige la dosis (esta última palabra es terrible, la conocemos perfectamente en todos los repliegues de su historia, una noche te pregunté lo mismo y me dijiste que la verdad no se dosificaba o no se daba, ya no me acuerdo.

Estoy harto de infundir miedo. ¿De quién tengo miedo? ¿de quién tiene miedo este niño, quién lo manipula para enviar por doquier señales aterradoras, para gozar con ello y absolverse al mismo tiempo, para escribir?

Te extraño. ¿Cuándo nos perdonaremos mi amor? Ay ojalá hubieras podido leer aquella carta que me fue devuelta, ojalá hubiera sucedido una sola vez, sin pliego, sin problemas y sin vaivén. Ahora ya no la leerás, me niego, y nunca me perdonarás. Y sin embargo hubieras podido hacerlo, sin siquiera decir yo ni una sola palabra para justificarme. Podrías haberme prohibido hacer ese gesto que consiste en dar explicaciones, describir -y dar el brinco. ¿No lo hice yo acaso? Sí, la comparación es imposible y la disimetría resulta infinita, pero justamente, justamente.

27 de septiembre de 1977.

“Desastrologías” - ése es el título ¿te gusta? Creo que nos queda bien.
Un día,
caminabas delante de mí sin conocerme, sin mirarme. Caí sobre ti.

28 de septiembre de 1977.

Como llegas a mí desde el único lugar en el que no me siento amado, tengo también la impresión de que sólo tú me amas, sólo tú puedes no amarme. Y eso desde aquella casilla, ¿sabes?, la suerte del primer encuentro -tan improbable y tan fatal. Como nos los preguntamos a menudo: ¿qué hubiera sucedido si tal detalle, a tal hora (y siempre tiene algo que ver con automóviles y trenes y, por supuesto, con cartas)

2 de octubre de 1977.

Pues el día en que haya una lectura de la tarjeta de Oxford, la única y verdadera, ese día marcará el fin de la historia. O del devenir-prosa de nuestro amor.

3 de octubre de 1977.

Un montón de cartas, al fin, aquí nunca llegan una tras otra. Vuelvo a nacer, tenía miedo. Todo lo que me dices me hace tanto bien.

Es cierto, hablemos otro poco al respecto, que descuido un poco el esquema de la rivalidad fraterna entre S. y p. Y haces bien en recordarme que yo pagué por saberlo, en mi familia, por el lado del farmacéutico, y el nombre del hermano mayor se escribe aquí con todas sus letras. No les queda sino despacharse niños y ejecutarlos, *escribiéndose*.

5 de octubre de 1977.

Leo nuevamente una de las cartas que recibí ayer. Sábetes que esos “detalles” no presentan para mí el menor interés, por verdaderos que sean, no hay razón alguna para que se conviertan a tal punto en una cuestión de vida o muerte para ti ni para ese derecho de abandonarle, como tú dices, a tu amor. Se trata de cosas que, de cualquier modo, viví solo, yo, y que nunca pudieron ni por asomo contaminar nuestra vida. Yo tampoco he entendido ni admitido nunca el “secreto”, ni siquiera su posibilidad (el que se pueda pensar algo y se pueda, incluso físicamente, guardarlo para sí, que no se lea al instante sobre una pantalla gigante, más grande que la frente, es una monstruosidad que siempre seguirá siendo impensable para mí, pero al igual que la menor falla de la Omnipresente, al igual que tu ausencia, y el que estando tan cerca no estés a mi lado en este momento mientras te escribo siendo que desde otra mesa de este restaurante una pareja de estudiantes acaba de encargarle a la mesera que me traiga una cerveza “because they enjoyed your lecture” (era la conferencia *en inglés* en torno a Searle -lo cual no significa que hayan “gozado” pero vaya, como me ocurrió más a menudo que de costumbre no entender ya nada de lo que estaba diciendo, en ese texto traducido por Sam, veo en ello una alegoría bastante hermosa del goce. Entonces no volveré a mandar esa carta que la suerte o la falta de suerte me trajo de regreso y que de no ser por ti lograría olvidar. Haz lo que yo, y

aprende a tener fe. Ya ni siquiera me acuerdo si, al comentar la “confesión”, si se le puede llamar así, que me habías arrancado -a eso sí se le puede llamar así- especifiqué bien que dije “no es imposible” y no, según lo repites siempre tú, “es posible”.

6 de octubre de 1977.

y cuando digo “sigo”, contigo, juego al póquer, te sigo cual se sigue un envite y, dando el paso o el brinco, apostándole a tu fe, vuelvo -y espero a que tú des marcha atrás en tu “determinación” (odio esa palabra con la que te llenas la boca, ¡ya que a esas vamos di “Bestimmung” o “destino”! y por si fuera poco la cambias, sin avisar, cual si cambiaras de apuesta, cual si estuvieras de pie ante una mesa de juego, y si te volviera a mandar mi pequeño alegato pro domo de septiembre, serías perfectamente capaz de jugar conmigo.

7 de octubre de 1977.

cómo me gustó todo lo que dijiste hace un rato, intacta. Cuánta fuerza me das y me repuse, y me puse de nuevo a trabajar también, y a correr. Es cierto, nunca ha habido pareja más hermosa.

inseparable. Todo corresponde al niño. Mira el discurso que se dirigen sobre la inmortalidad del alma. En realidad no tenían nada que decir acerca de la inmortalidad. Al escribirse hicieron la inmortalidad como nosotros hacíamos el amor. Es nuestro simposio interminable, nuestro concilio o nuestro cónclave.

Te interesa mucho su barba, ya lo veo, y a mí también; ¿te has fijado que cada que nos separamos se me ocurre dejarme crecer la barba? Lo hice en una ocasión, en Semana Santa (tu “determinación” era más definitiva que nunca), me había quedado solo en vacaciones y me la dejé siete días (a petición, es cierto, de los dos muchachos). Los “siete días”, en nuestro país, corresponden a la primera semana de luto, los hombres no deben rasurarse, para nada. Se dice “hizo los siete días”. No se come fuera de casa. Cuando volvimos a vernos, creo que no te desagradó.

Tú que sabes, dime la verdad, dime tu secreto. ¿Qué significa en verdad destinar? Releo antes de cerrar el sobre (me choca y casi nunca lo hago, es como si quisiera controlar, retener o filtrar lo que te digo, ceder un poco ante la maldita literatura) y recuerdo que, en automóvil, ya me habías dicho un día, o yo, sí, la única pareja del mundo. Cuídanos, nos dibujo aquí, allá, y te llamo por tu nombre.

7 de octubre de 1977.

Me prestaron un aparato de radio y una grabadora. El cassette que acabo de enviarte lo recibirás dentro de tres o cuatro días. Calculando un margen “amplio”, llamas el próximo domingo (medianoche para ti) en el momento en que empieces a escucharme (bueno, es sobre todo música, el canto de otra voz, pero aceptarás que soy yo, y luego añadí algunas palabras, muy pocas, no soporté escuchar de nuevo, conoces mi alergia). Aquí serán las seis. Estaré en el suelo, acostado boca arriba.

No dejes la cinta rodando por allí.

7 de octubre de 1977.

No, la verdad es la dosis.

7 de octubre de 1977.

dos hermanos, uno de ellos murió y los otros están celosos, más allá del principio del placer (II).

Cuando tropezamos el uno con el otro, enseguida supe, y puedes verificarlo en las cartas muy antiguas, que todo estaba decidido de antemano, escrito en el desastre, partitura medida "metrónomo en mano".

7 de octubre de 1977.

Esa pareja los vuelve locos, entiendes. No hay que ayudarles a borrar el asunto, ni a apropiarse de él, a hacerlo concordar con su vulgar y reducido espacio. Quiero que sigas siendo noble, eres la nobleza personificada y sólo a ti te amo, loca aliada que ahora hasta a ti misma infundes miedo. No los dejes envenenarnos el amor. Que la dosis quede entre nosotros. Ni de la vida ni de la muerte, no debes dejarles la medida. Esta carta, te cito, es interminable puesto que te pide lo imposible.

7 de octubre de 1977.

Ayúdame al menos a que la muerte provenga sólo de nosotros. No cedas a la generalidad.

Es cierto, "intercepté" mi propia carta -la palabra con la que te quejas es sin duda una vez más la palabra exacta-. Pero te confirmo que será algo irreversible. Además así es la ley, y ninguna carta escapa a ella jamás. No cabe la menor duda, y una carta interceptada, y esto es lo que quisiera darte a entender, carece de valor, es como si quedara a disposición de todos, otra vez una tarjeta postal. No me digas que vas a decidir sobre tu vida, sobre la nuestra, por una tarjeta postal. Y sobre la suya. Siendo que es preciso que creas en nosotros. Y justamente porque creo en nosotros lamento incluso haber escrito ese relato, haberlo enviado, y ahora lo olvido. Bueno, casi, pero ya empiezo a confundir un poco los detalles y no sé exactamente de qué o de quién quería hablarte.

7 de octubre de 1977.

En efecto, podemos decir que escribe sobre un espejo o un retrovisor, y que sólo le faltan los colores. No la música: Plato, recuerdas, como director de orquesta (conductor) y Sócrates instrumentista. Pero los colores, sí, no había reparado en ello. Algún día olvidarás todos los mensajes escritos con lápiz labial sobre el espejito del cuarto de baño. A veces ya te habías ido cuando yo dibujaba esa especie de jeroglífico, siempre el mismo o casi, otras veces yo iba mientras tú te estabas mirando al espejo, me ponía detrás de ti, tomaba el lápiz rojo y pasaba mi brazo bajo el tuyo para dibujar, tú mientras tanto me mirabas sin dejar de maquillarte.

8 de octubre de 1977.

acaso es callar un nombre, o cantarlo? Yo lo canto multiplicándolo hasta el infinito, disimulándolo bajo todos los demás nombres que le doy a tu nombre. El riesgo es mortal pero la Cosa también, y el nombre, el tuyo sólo resuena a ese precio, con el riesgo monstruoso que desde el primer segundo te hice correr. En tu nombre, por el atajo de tu nombre, vía tu nombre que no eres tú, ni siquiera una parte de ti, puedo a cada instante perderte en el camino, por culpa de los homónimos, de todos los nombres de cosa que uso para substituirlo cuando canto, por culpa de tu semejanza engañosa con todos tus nombres. Entonces el llamado puede detenerse en el camino, hacer un alto a través del vocablo (por, *per* el eco mismo del llamado), incluso a través de mi voz empiezo a perderte, te pierdo si no me contestas. Y siempre puedes; es lo que te explicaba en la carta de septiembre. Pero heme aquí alegando, alegando, siendo que ya no quiero defender causa alguna ante ti.

9 de octubre de 1977.

y después, cuando volviste a llamar, esa palabra me hizo daño, no me atreví a decirlo. Para mí no era “play-back”, nada en mi cuerpo ni en mi alma se dejaba distraer.

bueno, al menos no ese “pésimo” play-back, el otro es fatal y de no ser así no nos diríamos nada.

El

desastre, y antes decía yo la masacre, radica en esa maldita parte de *par*, de *por* en cada palabra. Mientras siga llamándote *por* tu nombre, si no tienes confianza en mí, si no me sigues ayudando a decir yo, y es preciso que lo hagas de nuevo cada día, a cada momento, ahora mismo, el play-back rondará entre nosotros. Entre mis labios pasa *por* tu nombre que te entrego, a la oportunidad que podrías darle. Ese *per* entre nosotros constituye el sitio mismo del desastre, la suerte siempre puede fallarle. En caso de que no vengas entonces hacia mí con un paso sencillo, de una sola vez, dejas desviarse el llamado, quizá siempre ha sucedido eso, y me abandonas a la perversión del play-back, a todas las perfidias, las peores, a todos los perjurios, pones todas mis cartas en mal camino, permites la infidelidad al instante. *Per*, es el correo, el alto, el sufrimiento. Semejante ley, bendito Dios, se halla en tus manos. Juega bien.

10 de octubre de 1977.

Dentro de pocos días ya no tendrás esas seis horas de adelanto respecto de mí, te atraparé, te alcanzaré, te volverás y estaré allí.

Esos cables entre nosotros, y pronto los satélites, todos esos satélites. La imagen me gusta bastante, y tú también, en la pequeña foto, con la palabra “gravitación” detrás. Si te vas (pues sí, cuando quieras, cuando tu “determinación” sea suficiente), pues vete, no podrás nada contra ella, contra la gravitación.

11 de octubre de 1977.

y reanudé labores. Traduce, tienes el código, (me e-) laboro y sigue tratándose de mi duelo, de ti, y de la infernal división que me aparta de todo. Ni a mí mismo, desde ti, puedo ya dirigirme. La parte de mí que tú tienes es más grande que yo y la menor duda resulta aterradora. Antes incluso de que me abandones me pierdes a cada instante. Aunque no te vayas, aunque no me dejes nunca, el olvido de mí en ti se vuelve devastador. Pues debo amarlo. Por ejemplo, de que tú eres el olvido para mí, el nombre propio del olvido diría yo, uno de sus sinónimos en todo caso, veo la prueba en mi carta de septiembre (me fue devuelta el 14, eso creo): olvido paulatinamente su contenido, no solamente en un sentido "general" sino también las minuciosas descripciones - terriblemente honestas, he de decirlo, y viniendo de mí otorgas fe de antemano-, y no es por alguna falla "psicológica" de lo que llaman memoria. Es algo mucho más grave -y más hermoso. Eres tú. Vuelto hacia ti, yo, el obsesivo "partidario del pasado", el gran fetichista del recuerdo, dejo aniquilarse lo más sagrado de mi historia. Y ni siquiera soy yo quien toma la iniciativa, eres tú, eres tú quien pierde mi memoria. Si entiendes bien lo que te estoy diciendo, te divertirá el lapsus en torno al código postal -y el que desde entonces me niegue a mandarte nuevamente esa carta, ese archivo que a final de cuentas a nadie interesa, ni a ti ni a mí ni a nadie. Vete si quieres, como ya lo has hecho, pero recuerda lo que acabo de decirte.

Entonces, como te iba diciendo, estoy trabajando. Tomo notas para el prefacio. Sería preciso que en él proporcionara (prácticamente, efectivamente, performativamente), pero para ti, dulce amor mío, inmensa mía, la demostración de que una carta siempre puede -y por ende debe- no llegar a su destino. Y no es algo negativo, y está bien así, y ésa es la condición (trágica, claro, y nosotros sabemos algo al respecto) para que algo ocurra -y para que yo te ame a ti. De otra manera, a quién hubiera amado? A mi familia, quizá, empezando por mi padre. Con respecto a las dos vestidas, lo más importante es seguramente que cada uno *lleva* el nombre del otro encima de la cabeza. Cada uno soporta el nombre del otro. Confusión de nombres, sólo llevan uno ("Fido"-Fido). Ves cómo uno de ellos pierde y echa pestes por el otro. Porte de nombre, porte de cabeza. Y todas esas dosis de perfume a su alrededor. Apestan (a propósito, sí, el *pharmakon* puede ser un perfume, a Platón no le gustaban los perfumistas, creo -queda por aclarar). Nos lo hacen decir todo, confesarlo todo (ese par de chiflados, esa brocheta de dos, observa el doble juego de pinchos y de corcheas entre las piernas de Sócrates, ese dúo constituye una sola matriz, una reserva de tipos, un tesoro de discursos). Montan la guardia y satelizan cada una de nuestras frases (algún día, cuando haya muerto, en caso de que releas las tarjetas postales que te he enviado, miles y miles ¿verdad?, aun antes de que hubiera tropezado con S. y p., quizá comprobarás (si pagas el precio requerido) que todo lo que en ellas escribo es legendario, una leyenda más o menos elíptica, redundante o traducible *que acompaña la imagen*. Acompañamiento del icono que se encuentra al reverso del texto y lo vigila o, de manera un tanto más perversa, de una imagen anterior o posterior al envío. Nunca te he dicho nada, únicamente he transferido lo que veía o creía ver -en realidad lo que tú me dejabas ver. Y para empezar, es cierto, estaban las horas transcurridas en todas aquellas tiendas, o en aquellos museos, mientras escogía lo que debía ver para mostrártelo.

Disculpa el inicio de esta carta un tanto dolorosa. Siempre vuelve lo mismo, la misma llaga, habla en mi lugar en cuanto abro la boca, aunque los labios sean los míos.

Prométeme que algún día habrá un mundo. Y un cuerpo.

12 de octubre de 1977. Acabas de llamar ahora mismo. Te lo confirmo: Roissy el sábado a las siete (hora local). Si logro tomar antes el avión, te llamo desde Nueva York o a mi llegada. Después de cuatro días sin nada (ayuno absoluto, y tengo ligeras sospechas de que la secretaria del Departamento se interesa demasiado por nosotros -no, es muy amable, pero aquí nunca veo al mailman, todo el correo transita por la Universidad), varias cartas tuyas, muy largas. Me acuesto y releo (ya lo había hecho durante el trayecto entre Harkness Hall y Trumbull). Siempre me he imaginado así los efectos de una transfusión sanguínea, estando ya en las últimas: el calor regresa, lo invade todo, a la vez despacio y de golpe, ya no se sabe, pero desde dentro, nunca desde el lugar de transfusión. Me hablas y me envías mi sangre desde el fondo de mí. Pese a todo nunca he sido tan feliz como en este instante. Por supuesto las cartas tienen seis días, pero lo sabías de antemano, ¿no es así?, aunque ahora yo esté solo con tus palabras y tú estés intercambiando otras sabe dios con quién (miro tu horario: sí, ya veo). Disculpa esta siniestra broma a la que de pronto no puedo escapar: no hay que equivocarse de grupo sanguíneo (A, B, AB, O, factor Rh + o -, etc.), de lo contrario lo que manda uno de un jeringazo es la muerte. Una de tus cartas, algún día, un telegrama.

Tienes razón, no es necesario repetírmelo, basta de psicoanálisis. Respiramos ese final cual el aire de nuestra historia. No duró tanto, a final de cuentas. Lo que también inicia, por la misma razón teleoescatológica, digo, una vez llegado el interminable final de esa razón, es quizá una nueva era, postpsicoanalítica y postpostal. Pero seguiremos amándonos, apenas estamos empezando. Antes, es preciso que el psicoanálisis y lo postal lleguen, que lleguen, de ser posible, a alcanzar sus fines.

13 de octubre de 1977.

No te aceleres con lo de Ester. No creo mucho en eso, quizá se trata tan solo de una hermosa solución psicoanalítica (elegante, económica, como puede serlo una demostración matemática, una formalización con mucho estilo). Me abriría el paso, liberaría vías fecundas pero también puede resultar la más estéril (la más paralizante) de las hipótesis. Hay que aceptar, siempre, la esterilidad.

Sí, sí, vaya si estoy de acuerdo contigo, la literatura debe seguir siendo “insoportable”. Entiéndase también: sin soporte alguno.

Llegaré antes, amor mío, de lo que ahora te escribo, que te amo, y que ya sabías. Pero si acaso “me pasara algo”, así hubiera dicho mi padre, consérvanos y cree en mi último pensamiento.

P.S. Se me olvidaba, tienes toda la razón: una de las paradojas de la destinación, consiste en que si querías *demostrar*, demostrarle a alguien, que algo nunca llega a su destino, te falló. La

demostración, una vez alcanzado su objetivo, servirá para probar lo que no había que demostrar. Pero por eso, querida amiga, digo siempre “una carta *puede* siempre *no* llegar a su destino, etc.” Por suerte.*

Sabes que nunca me doy la razón y no demuestro nada. Ellos lo soportan difícilmente, por ende quisieran que no hubiera pasado nada, borrarlo todo del mapa o de la tarjeta. Espérame.

14 de octubre de 1977. Salgo dentro de pocas horas, al fin voy. El tren hasta Nueva York (Paul me acompaña a la estación), luego otra vez Kennedy. En el momento de hacer las maletas (los últimos acomodados, la selección de papeles, etc.), ya no sé qué hacer con mi carta de septiembre que ando arrastrando conmigo desde hace más de un mes, como si se tratara de una cosa extraña, muda, elocuente, con sus ratos de sueño, sus secuencias parlanchinas, imagínate a un muerto que habla y habla -y luego a veces, de pronto, nada. Incapaz de tomar una decisión (voy y vengo de una a otra sin interrupción) acabo de decidir ahora mismo llevármela, quedarme con ella un poco más.

Entre las notas que tomé aquí, siempre en mis pedacitos de cartón blanco (sobre el servicio postal en los países anglosajones, debería de enviártelos todos, qué inmensa epopeya significaría eso por sí solo, es algo muy hermoso, la historia postal), encuentro esto que transcribo para ti. En suma, se trata de la oficina correspondiente a la que allá en Burdeos almacena, seguramente antes de que sean destruidas, las cartas perdidas. Les llaman “cartas muertas” y en el caso de los envíos a los que no pudo asignárseles destinatario todo puede acabar en una subasta (*auction*, ésa era también la palabra para las ventas de esclavos, vi una inscripción casi sin borrar sobre una pared en Virginia, en Charlottesville): “*Dead Letter Office*. - Letters or parcels which cannot be delivered, from defect of address or other cause, are sent to the Division of dead letters and dead parcels post. They are carefully examined on both front and back for the name and address of the sender; if these are found, they are returned to the sender. If the sender’s address is lacking, they are kept for a period, after which dead letters are destroyed, while dead parcels are sold at auction.” “a period... after which...”: ¿cómo le hacen para contar con el tiempo? Nunca lo entenderé. Ya sea que no cuenten, ya sea que carezcan de “principios” de cálculo, da lo mismo. “División de las cartas muertas” es una ocurrencia genial. Yo digo “división de las cartas vivas” y resulta que da casi lo mismo. Todo se juega, se queda, se gana-y-pierde, desde mi “divisibilidad”, digo, desde lo que yo llamo así (la partición de la carta que elabora la idealidad del significante como un Principio de Ruina, digamos). Me pregunto, y a decir

* P.S. Bueno, por suerte, si quieres, si puedes, si tienes suerte (*tuche*, la fortuna, eso quiero decir, la buena suerte, la buenaventura: nosotros). La mala suerte (la mal-adresse, torpeza y dirección errónea) de esa suerte, es que para *poder* no llegar, debe conllevar en sí semejante fuerza y semejante estructura, semejante deriva de su destinación, que también *debe* no llegar de todos modos. Aunque llegue (siempre a algún “sujeto”), la carta es sustraída al *llegar*. Llega siempre, siempre varias veces. Ya no puedes aprovecharla. Es la estructura de la carta (como tarjeta postal, o sea, la fatal partición que debe soportar) la que así lo exige, lo dije en otra parte, en manos de un cartero sujeto a la misma ley. La carta así lo exige, ahora mismo, y tú también lo exiges.

verdad nunca habrán de poder darme a este respecto una respuesta satisfactoria, cómo distinguen a letter and a parcel, a dead letter and a dead parcel, y por qué no subastaban una so-called carta muerta. La que traigo en el bolsillo, por ejemplo, si en lugar de serme devuelta hubiera ido a parar a Burdeos, o mejor dicho si tú hubieras sido norteamericana, por qué no, y entonces una historia de Zip Code, etc.

Para terminar, me adjunto a mi carta: otro Fotomatón mío más, ¿despiadado, no? Te lo envío para pedirte que lo rompas y lo arrojes hecho pedacitos por la ventana de tu auto, a alta velocidad, yo siempre le hago así para dispersar las cosas. Cuando lo hagas, ya estaré de vuelta.

Noviembre o diciembre de 1977.

Sigues dormida mientras me dispongo a partir. Lo que quería decirte desde mi regreso -y que sólo me queda escribirte- es que, aunque entiendo, justifico, acepto todas tus "razones", ignoro hasta qué punto es decisiva, determinante, si quieres, tu "determinación", sigue siendo para mí un secreto ininteligible. Tengo la sensación de que otra decide por ti, te destina a esa "determinación" sin que tú misma sepas bien a bien lo que está en juego. Hay otra en ti, que por detrás te dicta la cosa terrible, y no es aliada mía, seguramente nunca he tenido trato alguno con ella, nosotros (sí, nosotros) no la conocemos. Sin ella, ninguna de tus buenas "razones" que, una vez más, entiendo perfectamente, se sostendría en pie ni un segundo. Bastaría con que nos miráramos, con que te volviesses hacia mí, y pff... estaríamos solos juntos, ninguna fuerza en el mundo podría separarnos. A decir verdad, lo que se me queda sellado, hermético, lo que me deja encerrado dentro de mí, de mi lado, irremediablemente, no es la posibilidad de tu "determinación" (la pienso y me preparo a ella desde el primer día, te amo desde ese pensamiento mismo), es la fecha. Sí, el "momento" que eliges y que parece no estar relacionado con nada significativo (el argumento de la carta de septiembre carece totalmente de valor y nunca lo tomaré en cuenta). ¿Por qué no hace años o dentro de algunos años? ¿Por qué este tiempo? ¿Cómo lo cuentas? A veces tengo la impresión de que el otro echa a suertes (me echa a suertes -y es un arma) en ti. Y con qué dulzura, con qué amabilidad diabólica me anuncias ese "resultado de lotería", cuán bien manejas la dosis. Disculpa la palabra, la borro y guardo toda la maldición para mí.

17 de noviembre de 1977. Me sigue gustando la cita que me diste, siempre la misma, intacta, virgen, como si nada hubiera pasado. Así lo quisiste tú, destino mío, y viniendo de ti lo acepto todo. Una vez más no nos dijimos casi nada (el té, la tarta de limón, esto y aquello, lo que nos dijimos entonces, y tantas otras veces, es más grande que todo, más inagotable que todo lo que se ha dicho jamás, incluso entre nosotros, más grande incluso que lo que lo comprende -oh, yo no-) y pese a todo, todo lo demás, sobre todo te admiré: ¡cuán bien sabes a dónde vas!, cuán bien pareces saber a dónde necesitas ir, e ir a elegir, e ir a sacrificar para salvar lo que eliges. Eres amada, amor mío tan amado, admirada por un monstruo.

Y sin embargo eres tú la violenta, amorosa mía, tú la que das de hachazos en tu vida y fuerzas al destino. Eres tan grande, viniendo de ti lo acepto todo. Lo recibo todo, incluso lo que tú no sabes, lo que sabes cada vez menos.

Noviembre o diciembre de 1977. Estás muy cerca, lees en la recámara grande y yo te escribo recargado en la pared, sobre la cama pequeña (retomé la agenda que dejaste sobre la mesa de noche y sin “hurgar”, lo juro, sin leer ni descifrar nada, arranqué esta página, con la fecha que ves, nomás para escribirte, y hacerlo con el lápiz que habías dejado entre las páginas). Pese a tu “determinación” (esa palabra me mata, quizá más que la cosa misma), estás muy cerca, desde mi regreso de Yale. De hecho es lo que dices siempre, en esos momentos, a falta de poder decirme algo mejor: sabes, estoy muy cerca de ti. Además creo que es cierto, eres absolutamente sincera. Pero ya no sabes muy bien qué quieres decir con eso. Salvo en los momentos de “determinación”, cuando estamos juntos durante una “remisión” (toda aclaración es inútil, sabes perfectamente lo que yo quiero decir con eso), no necesitas darme esa “proximidad” en alimento. Yo estoy de luto. De ti, por ti, pintarrajeado de muerte, y paralizado. Paralizado: la parálisis no significa que ya no puede uno moverse ni caminar, sino, en griego hágame usted el favor, que ya no hay vínculo, que todo lazo ha sido desatado (o sea, por supuesto, analizado) y que por ende, porque queda uno “exento” absuelto de todo, nada funciona ya, nada permanece junto ya, nada avanza ya. Se necesita algo de lazo y algo de nudo para dar un paso.

Ya no sé qué hacer con la “dead letter” de la que volviste a hablarme, como si eso pudiera hacerme esperar una nueva “remisión” (que me permita escapar no a una pena sino a una enfermedad de la cual no he de salir vivo, ahora lo sé sin que quepa la menor duda, las primicias del asunto son fatales, están escritas sobre nuestras cabezas, rebasan nuestras fuerzas, e incluso tú, Dios mío, no puedes nada contra ella, en el fondo por eso permanezco tan pasivo). No, no sé qué hacer con ella. Con estas palabras no intento darte la menor esperanza de leerla algún día (ya te he dicho y vuelto a decir por qué), así como tú no te animarías a prometer nada a cambio, en todo caso a prometérmelo de manera clara y que te ate de manera irreversible. No sé qué hacer con ella sólo significa: no sé dónde ponerla. No quiero dejarla en casa ni esconderla en alguna parte ni traerla siempre conmigo. ¡No voy a rentar una caja fuerte en el banco! (además ya pedí informes, es muy complicado y no conviene en absoluto a mi proyecto).

Cada vez más, me pregunto si nos respondemos mutuamente, si te respondo a ti, si has respondido alguna vez a lo que yo esperaba de ti, de lo que eres para mí.

Salgo a caminar un rato, vuelvo de inmediato, seguramente no iré muy lejos.

Noviembre o diciembre de 1977. Moriré sin saber cómo sucedió por tu parte, en el fondo de ti. Cómo fue incluso que te llegué vivo, si es que lo hice, y lo que llegaste a sentir una vez concluida la película, en el preciso instante

Elegiste la generalidad y nos pierdes a ambos. La única oportunidad era la monstruosidad, te lo anuncié (como una buena noticia) desde el

primer día. Qué si no eso son los hijos, la familia y todo lo que viene después, es otra manera de conocerlos por fin. Y de dejarse conocer por la locura (me conoce a mí), de dejarle como a Elías la puerta abierta, para una visita cuya fecha y hora las decidiría ella. La no familia sigue siendo la familia, es la misma red, el mismo destino de la filiación. Hay cosas que valen más la pena y sólo teníamos una vida.

Espero la “remisión”, ya no creo en ella. Hay una especie de tronera entre nosotros y por ahí nos miramos. Depende de ti, bueno, no depende de mí que eso se acabe. Pero mientras sigamos hablándonos, así sea para desgarrarnos, insultarnos, maldecirnos, el desastre queda suspendido, tú estás a mi lado. A menos que ya esté yo hablando solo y juegue como un mono sabio ante la máquina de escribir.

Regreso muy, muy tarde, la sesión será más larga que las demás. Puedes no esperarme. No olvides la musiquilla y el disco que dejé sobre el platillo.

9 de diciembre de 1977.

Me gustó que lloraras en ese momento, cuando fuimos a dar al suelo y yo también lloraba. En cosa de un instante ya no hubo nada, nada entre nosotros, nadie. O mejor dicho (disculpa esta retórica, ya no sé, sé menos que nunca de qué modo escribir y la escritura me horroriza, más que nunca antes), quedando todo *entre nos*, ya no había nada entre nosotros. Ya que no pudimos esperar, tras una simple mirada, una decisión divina (divina porque ya no se sabe quién dice sí al otro, quien consiente de pronto, y ya no cabe soportar plazo alguno), caímos uno sobre el otro, olvidamos la idea misma de la desnudez. Tú misma te olvidabas, nunca había yo sido tan feliz, hasta se me olvidaba que había habido otras veces, tantas otras veces, incluso una primera vez. Y toda aquella historia, nuestro pasado ya, el que nos vigilaba, se me olvidaba contigo. Tu espectro (la otra, la mala, esa especie de modista mimosa que te dicta “determinaciones” sentenciosas) había desaparecido como por arte de magia, al fin solos, mutuamente dirigidos sobre el suelo (durísimo ¿verdad? ese suelo, nunca me gustó tanto la tierra, la muerte es el lecho, tan rico).

Una hora después (“mismos personajes, una hora después”, dijiste en circunstancias análogas, en una callejuela de Atenas. Caminabas tomada de mi brazo riendo a carcajadas, habíamos dejado atrás el infierno, con todas sus maldiciones, a tan sólo dos o tres horas de reloj, y ya estábamos buscando otro restaurante), una hora después comimos copiosamente (pescado, pescado) y sin embargo yo sabía, apenas me lo ocultabas, que íbamos entrando en la fase de una nueva “remisión”. Sólo su duración seguía sin definir y por primera vez se me ocurrió lo de la vidente. No por tener al fin una fecha, una certeza, una previsión, sino por saber qué es una vidente, cómo analizaba ella todo eso. Y quién era exactamente tu espectro, o esa gemela que no tienes. Tu gemela⁴¹ soy yo, ¿cómo quieres que salgamos librados de ésta? Y cuando tomas una “determinación”, ya no eres tú la que se determina. Me detengo (acabas de llamar, me gusta que aproveches así los “intervalos”).

⁴¹ Hay aquí un juego (le palabras en torno a *jumelle* (gemela, melliza) y *jumelle* (anteojo, más usual en plural, *jumelles*: gemelos, doble anteojos). [T.]

Diciembre de 1977 (entre el 9 y el 22). Estás aquí, muy cerca, y toda vía necesito escribirte. Tenías razón en recordármelo la otra noche, yo también, durante las peores ausencias, te digo “aquí estoy” y te parece irrisorio aunque lo recibas con una sonrisa. Qué deliciosa es la remisión (el aplazamiento, el *renvoi*, reenvío, pues, dejarlo para más tarde ¿en espera de qué? Pero ser al fin reemitido hacia sí mismo o hacia el otro). Estoy aquí, a pocos metros de ti, te escucho moverte. Nunca he sido tan fuerte como ahora.

Volví a ver a nuestros amigos. Fido y Fido parece súbitamente muy alegre, después de una semana. Un cambio de cabo a rabo (como tú, gracias, gracias por ya no hablar de la “dead letter” aunque sé que no la olvidas y todavía la deseas). Visiblemente, S. es el doble de p. Dos veces su tamaño, mira, y sin embargo el mismo. Y sin embargo S. es una parte (instrumental, metonimia o sinécdoque de instrumento), la pluma de p. S. es más pequeño que p., ya sentado, y se la pasa regio. Siempre se ha creído que fueron dos y no es seguro que haya sido un error. Sin embargo, p., el doble de S., sientes como que se le para a sus espaldas. Mira el kolosos oblicuo, cómo se lo hunde en el lomo, bajo el vestido. Al igual que el movimiento de su brazo, desafía todas las leyes de la geometría, de la óptica, de la tópica, desafía la verosimilitud, ése era su objetivo, y todas las representaciones clásicas de los conjuntos, de la relación entre el todo y la parte, el uno y el dos, la pareja y el par. De nuevo, aprovechando la remisión, se me antoja releer todo el *corpus platonicum* e instalarme en él para siempre cual si se tratara de un burdel muy refinado, con confesionarios y celosías por doquier, misterios sin pizca de vulgaridad. Nadie se encontraría jamás con nadie, estaría al fin solo contigo, mi nobleza misma (construyo esta palabra igual que diablesa), el oro de mi nacimiento. Dentro del corpus, siguen siendo las *Cartas* las que más me excitan, después del Parménides, y son también las más sospechosas en cuanto a autenticidad. Porque por lo más apócrifo reconozco a mi Platón. Estoy en la VIII. Por ejemplo: “Para los hombres sabios Dios es la ley, para los locos (*aphrosin*) es placer (*edone*).” En la frase anterior había dicho: “La sumisión a Dios (la dependencia, el vasallaje, *duleia*) es medida, [cuando se dirige, dice el traductor] a los hombres desmesura es.” Dios, la ley más allá del principio de placer. Ahora escucha la lección del traductor-establecedor del texto, un tal Souilhé, en la nota: ¡“La lógica de las dos últimas oraciones radica en el pensamiento de Platón antes que en su formulación [???]. Si tomáramos materialmente [???] ambas frases, podríamos hacerles expresar exactamente lo contrario de lo que quería el autor, ya que si bien es justo someterse a Dios, puesto que para algunos Dios es la ley y para otros es el placer, cada quien actuará ‘con medida’ obedeciendo a su divinidad. Obviamente, no es eso lo que Platón piensa [!]. Cabe entonces suponer una idea intermedia, etc.”! “Obviamente”, es demasiado obvio. No zanjaré la cuestión. Pero míralo, mira el placer que sienten haciendo leyes, enlazándose, acoplando sus nombres, uno más divino que el otro, nos veo entre sus piernas, dictamos la ley para la eternidad. A medida de que envejecemos juntos, tenemos siglos detrás, el goce de ti se vuelve cada vez más sublime, cada vez más allá del placer. Nunca te he querido tanto como ahora, nunca he estado tan seguro de nuestra descendencia, pues te llamo, como aquél, más allá de tu nombre, más allá de todos los nombres.

Diciembre de 1977 (entre el 9 y el 22).

Trabajé bien. Dejo estas líneas (el dinero está sobre el refrigerador) antes de irme. Te llamo desde allá (pensándolo bien, un nombre, ¿no crees? sólo puede llamarse por teléfono). Sigue jugando con las iniciales sobre la arena o la nieve: S/p es el enlace. Ahora bien, el enlace es la relación entre lo secundario y lo primario bajo la ley del principio de placer, la ley y el dios del enlace, del *Binden*, del *Desmos* también. S y p (*odia a p*)⁴² es el enlace primario, el enlace del proceso primario (el pp, que no debe ser confundido con el PP, Principio del Placer) por el ps (proceso secundario), un encadenamiento de la locura que puede volverlo a uno loco. Ya nada queda en pie, es la ruina total cuando empieza uno a jugar así con las iniciales. Es nuestro juego favorito, eres excelente, un gran fuego artificial y la gente seria vuelve a casa preocupada, llena de suspicacia, especulando a mitad de la noche con la impresión de que sus apuestas fueron substituidas por moneda falsa, de que desde el principio su dinero era ya un mero juego de naipes. Tan sólo queda una gran carcajada entre nosotros, cuando por fin huimos solos por una callejuela totalmente negra y entonces te vuelves más loca que yo

Diciembre de 1977 (entre el 9 y el 22).

he allí el espectáculo que me es dado presenciar hoy: hombres y mujeres, todos los psicoanalistas, acostados boca arriba, ya te los imaginas, *suplican* al viejo par (“S/p por favor”) que vengan a dejarse tomar como pacientes. ¡En su casa, claro que sí, hoy mismo! Y el viejo par sagrado no quiere saber nada, sigue corriendo, se va por los cerros. Y entre dos zancadas devuelve la invitación: en cambio, sí, en cambio, si quieren venir a hablar un rato con nosotros, los divanes están instalados, lo haremos con gran sencillez, habrá amigos de paso la noche entera, hablamos toda la noche, nos acostamos apenas.

Diciembre de 1977 (entre el 9 y el 22).

Siempre nos han preocupado las fechas. Demasiado, en mi opinión, es pésima señal (las edades, las reglas, la superstición de los aniversarios, todas esas aritméticas de la fortuna). Pero no te preocupes por nada, ahora ya sólo pueden sucedernos cosas buenas.

Empiezas a dejarte atrapar por el juego de mis pequeñas especulaciones en torno a Sp. Speculo, especulo, pero también soy objeto de la especulación de Sp. Desde hace 25 siglos, y como dijo el viejo aquel cuando murió su hija, ¡“la sesión continúa”! Pese a su tío, el falsificador, que tomaba bastantes iniciativas en ese campo, y no hemos terminado de pagar por saberlo, el abuelo del Psicoanálisis era a su vez especulado por Sp. En el programa de su doble e interminable autoanálisis recíproco, venía la definición del par sagrado. Combina, juega con los pedazos: S. en análisis con p.: eso lo hace escribir o le permite escribir. S. analiza a p.: escucha distraídamente y sin que el otro lo vea toma notas (con las que de hecho no hará ningún libro, ninguna obra, ningún “singrama”). En los intervalos, puesto que ambos son titulares, legítimos, autorizados por la SPPcosa, se rebanan mutuamente, transferencia contra transferencia. Y lo publican todo.

⁴² Hay aquí un juego de palabras en torno a dos vocablos casi homófonos: *et* (“y”) y *hait* (“odia a”). El primero se pronuncia [e], el segundo [E]. [T.]

S. forma parte de p. que es tan sólo un pedazo de S., un pedazo grande, es verdad, y nada mal ubicado, pero un pedazo al fin que el otro, el maestro, intenta mirar por encima del hombro. Forman parte uno del otro, pero no del todo. Tal es nuestro destino, amor mío, no hay que albergar esperanza alguna. Los hijos no arreglan nada. En el caso de S. y p. el límite entre la introyección y la incorporación es imposible de encontrar, eso es lo que quería decir, así lo decreto yo, Matthew Paris en el siglo xiii: p + S, no lo hace todo, no es todo, forma tal vez una pareja o un yo, o dos, pero no todo. Únicamente rebana. Y por eso se aman, casi tanto como nosotros (a decir verdad son los únicos antes de nosotros) pero no pueden ni verse. Cuestión de límites: ya no saben dónde empieza uno y dónde acaba el otro. Y se mandan tarjetas que no habrán de recibir nunca, como niños (secuestros, plagios estrictamente hablando, y desde el primer envío abortos -estaban ambos en contra, pero precisamente, y eso ocurre incluso después del nacimiento). Tomo el riesgo de la siguiente enfermedad: no tuvieron prole alguna (nada, cero, malentendido absoluto, error en los nombres, no hay una sola herencia socraticoplatónica que de veras se sostenga) aunque hayan tenido todos los descendientes del mundo. Semejante destino nos acecha, no está tan mal. Nuestro holocausto está por llegar, está realmente muy cerca, lo sé.

Diciembre de 1977 (entre el 9 y el 22).

Si hubieran tenido un hijo juntos, digo, uno de a de veras, un pequeño griego del siglo v, ¿cómo le hubieran puesto? Anoto lo que me dijiste esta mañana para usarlo en una de mis próximas publicaciones (sigo pensando en aquel prefacio al *legs*, ¿sabes?), no es Sócrates sino su demonio el que troza al joven Platón. Este empieza entonces a oír voces, como cuando a mí me toca escuchar a tu espectro dictarte tus siniestras “determinaciones”: él no sabe o no quiere que me ames, y menos que seas mi sol, el cariño de mi vida. Digo “él” pero estoy convencido de que es “ella”, tu espectro.

Diciembre de 1977 (entre el 9 y el 22).

Sócrates tiene sus reglas, por eso.

Diciembre de 1977 (entre el 9 y el 22).

Esta reproducción me da náuseas, ahora. Míralos. No quiero *saber* más. Miedo de perder la genialidad en las generalidades (acuérdate de lo que te reproché algún día: haber elegido contra nosotros la generalidad, o sea la ley, los hijos, etc.). Déjalos vivir, es decir, sin nosotros, a esos dos chicos que se enseñan a leer y a escribir. Tenemos por hacer cosas que valen más la pena y ellos salen ganando.

y p. le dice a su mamá (tiene familia, sobrinas, todo eso, ya te contaré algún día): “sabes, creo que tengo una cripta”. No, no gripa, eso se acabó, ya se comercializó la vacuna: u-n-a crypt. Me pregunto qué podemos hacer con eso. Me siento vagamente culpable; bueno, nunca me siento culpable, creo en realidad que eso *no se me ha dado nunca*, pero sí acusado, y dentro de mí, eso es lo peor, por quién sabe quién, siempre por niños, un niño que se me parece.

22 de diciembre de 1977. Te dejo estas líneas sobre tu escritorio para que reflexiones al respecto durante mi ausencia.

Me parece ya decidido, es más que probable. Pensar que eso también tiene que ver con el lapsus. Por tu parte, claro, ya no querías saber nada, pero a mí una inmensa ternura me exigía ya no advertirte. Tu deseo siempre ha sido el mío, así como cada uno de sus pasos en falso. Desde la última "remisión" sentía esa oscura metamorfosis tuya, y como siempre la acompañaba con mi cuerpo, la bruma de una nueva serenidad por encima de la peor de las angustias: lo irreversible, esta vez. Sabía todo eso de antemano, tenía que llegar -para no llegar. Ahí sí, te lo suplico, no me dejes tomar solo la decisión (sería la primera vez, estimas tanto tu autonomía). Lo que decidas estará bien, lo aprobaré y tomaré la responsabilidad, me encargaré de ello como de mi propia vida, en la medida de lo posible. De todos modos, debes irte, ahora, los trámites están hechos, después de las vacaciones seguirás siendo dueña de la decisión. Una vez más, más que nunca, es el momento de decirlo, te sigo, vivo todavía en ti y para ti. Allá arriba, la Navidad (es la época más propicia) te dará tiempo de dejar madurar las cosas. Aunque suceda lo peor nunca habré sido más feliz (con la impresión trágica que le imprimo a esa palabra, todo un estilo de criminal, una tarjeta de visitación). Durante estas vacaciones, especulo en torno a los pequeños coffins rectangulares de Titus. Eso, lo demostraré, ocurre también entre S y p, nuestro inmenso e imposible paradigma (tuvo pruebas previstas de todo, estamos inscritos allí como si se tratara de la mesa de una adivinadora. Sp lo sabe todo, incluso lo mejor y lo peor que habrá de ocurrirnos en cuanto regresemos. Sabe todo y se lo dicen. Y entre ambos, nunca habrá cabido mayor elección para "mí", otro lugar que no sea el vaivén sin interrupción, sin interruptor, entre dos formas de muerte. De una muerte a la otra, soy como el mensajero que porta la noticia, la buena, la mala. Nos previene de la otra muerte cuando ve venir alguna de las dos. Demasiado lúcido y casi ciego, va de un muro al otro, identifica la ubicación de la tronera entre las piedras y los cimientos de la fortificación. Allí fue depositada la misiva. Se dirige entonces a la otra fortaleza: otra tronera, sin toparse con nadie deposita el mensaje que viene de la anterior. No debe ni puede descifrarlo en el camino, es tan sólo un cartero. Intenta adivinar pero vaya trabajo. Sería preciso poder parar de correr.

Esta frase transparente: sabes lo que significan los niños para mí.

9 de enero de 1978.

Hubiera preferido que no me acompañaras a la clínica, pero era necesario. Cuando te fuiste de nuevo, la víspera, te guardaba un rencor mortal. Me dejaste tomar solo la decisión. ¿Y si me moría en esta clínica, solo, sin que se hubiera avisado a nadie? Sin embargo, cuando me desperté (la enfermera me daba la mano, todo era blanco), estaba, no entiendo por qué, reconciliado contigo. Lo supiste, espero, cuando viniste de nuevo a verme. No podía decir nada. No soporto tu soledad, eso es todo. Me marea, me llama como si fuera un niño.

Nunca he deseado tanto lo que no podía desear -ese grito entre nosotros.

Me tenía
que pasar a mí, sólo a mí me pasa.

Sin fecha (probablemente entre el 9 de enero y Pascua de 1978). Regresé muy rápido (había olvidado las llaves -y mi chequera sigue en tu bolsa). Continuación de nuestro pequeño diálogo de anoche (género, aporético): al igual que en nuestro caso, el problema del niño no apareció sino en ese preciso instante, en el instante en que aceptaron su homosexualidad, nunca antes de ese instante de verdad.

Claro que sí, mi exageración, casi todos mis lapsus están calculados, no me dejaré atrapar.

Sin fecha (probablemente el mismo período).

No se cuenta con los niños (ni contrato, ni intercambio, ni cálculo, nada). Cuando los hay, no dan la menor señal. Ni un símbolo. Ni un giro (cuando los hay, es preciso sacrificar lo postal, *autodafé*), ya no se pregunta, ya no se dirige. Hablo para empezar del niño en sí.

Una vez más, esta "remisión" es realmente la última y así lo creo. Te alejas nuevamente, no lloro, solamente me pongo cada vez más adusto, mi andar se vuelve más pesado, más serio, me amo cada vez menos. No sólo me echas a mí, me echas en cara, cual se emite un veneno que alcanza sin demora el corazón, una "imagen" de mí que difícilmente podré perdonarte. Intento permanecer con el espíritu ligero, parecerme al que creíste amar, doy risa. No tengo ya nada qué decir en mi nombre. Solamente dibujo nuestro símbolo, esas líneas de vida entrelazadas, en eso invierto toda la lentitud y toda la aplicación del mundo.

El día en que ya no pueda escribirte, seguiré enviándotelo al reverso de una tarjeta postal, sabrás qué quiero decirte, y que estoy muy cerca. Ahora charlemos amiga mía. Nosotros, en general, nosotros firmamos con ese símbolo, al final de nuestra epístola. Para "rellenarla" (sébase pues acerca de la *épitre Jarcie*, que la "epístola rellena" corresponde a estrofas generalmente satíricas: eran entonadas durante las fiestas del Asno, de los Locos, etc. Imitan, de modo burlesco, las epístolas sagradas, las que se dicen en misa), sébase pues que él, si es que realmente fue él, "Plato", inscribía su símbolo al principio de su epístola para garantizar así su autenticidad. Pero, según dice en una carta cuya autenticidad no ha sido totalmente avalada, es la Decimotercera, agárrense: "Arche soi tes epistoles esto kai ama sumbolon oti par emu estin". Es el as de lo performativo, te escribe: sí, soy yo, aquí está mi firma, puedes reconocerla, es auténtica, y para mayor certeza viene al principio, arriba a la izquierda, yo, el que suscribe, y no abajo a la derecha: que el inicio de esta carta constituya simultáneamente para ti el símbolo de que sí es mía. Espera, es todavía más vicioso, y está visiblemente dirigido a Searle y compañía, a toda su axiomática de lo serio / no serio. En efecto, más adelante en la misma carta, Plato especifica: "A propósito del símbolo que sirve para distinguir de las demás las cartas mías que escribo seriamente, spude, pienso que te acuerdas [oiman men se memnesthai, si estuviera seguro, no te lo recordaría, y un falsificador haría exactamente lo mismo] cuál es. Sin embargo, reflexiona y ten mucho cuidado. En efecto, son muchos los que me piden escribirles y es difícil negarse abiertamente. Mis cartas serias empiezan entonces con 'Dios', theos, y las que no lo son tanto con 'los dioses', theoi." Ese diablo no dice "las que

no son serias”, dice “las que no lo son tanto”, etton. Puedes seguir buscando pruebas en vano: es como si yo te dijera, mira, hablo yo, y te hablo a ti, únicamente, cada vez que escribo “tú”, quiere decir que me dirijo auténticamente a ti, con palabras plenas y verdaderas, en este momento. Cuando digo “ustedes”, cuando pluralizo, quiere decir que me dirijo a ti con menos seriedad, que mi carta no está realmente dirigida a ti, que no está destinada a llegar a su destino, porque tú eres, única mía, mi destino exclusivo. Cuando parezco rebasarte y hablar a los demás un poco como a ti, quiere decir que yo mismo estoy rebasado. Sabes hasta qué punto me requieren, no puedo no contestar un poco.

En la misma epístola, habla mucho de dinero, de lo que manda para los niños, de arrayanes que había “puesto en guardia”, *mises en garde*, dice el traductor, y que se pudrieron, de la dote que les debe a sus sobrinas que se casen estando él en vida y de lo que le costaría la tumba de su madre si acaso muriera: “no más de diez minas”. Eso en cuanto a la *farce*, al relleno y la farsa. Con respecto a todos estos temas consulta también la Carta III (315, 316).

Te dejo, pero no te abandono, anda.

Sin fecha (probablemente el mismo período).

pero sólo de ti depende que seas tú.

Y además estas líneas te pertenecen, las firmé, ¿a quién aparte de ti quieres que le diga eso, eso mismo, ahora mismo? No me sorprende que hayas dado por terminada la “remisión” al acordarte de nuevo de la “dead letter”, del “pasado” y de todo lo demás. Pero el que lo hayas hecho anoche, a tal o cual hora, me deja estupefacto. ¿Puedes explicármelo, bueno, de manera más satisfactoria que con lo que dices evocando el “trabajo” o la “elaboración”, el tiempo de elaboración, de “altibajos”, etc.? Si entendiera, podría retirarme más fácilmente. Pero sigo teniendo la impresión de que el golpe de gracia me lo da tu doble, el demonio pasado de moda, un pequeño espectro materno, una elegante de 1930 con sombrerito y que calcula todo con suma exactitud (precios módicos, almacenes de descuento, y timbres del Panal). A mí me vale, no estoy. Y en lo que a la “dead letter” se refiere, olvidé decirte (era una época durante la cual éramos parcos en discursos) a quién terminé por confiársela, no sabiendo dónde guardarla

y naturalmente podemos estar seguros de su discreción. Ni que decir, ninguna pregunta sobre el contenido de la cosa. Era de suponerse que era bastante grave, incluso vital, pero de todos modos yo no hubiera dicho nada, ni siquiera su destino ya que lo encerré todo en un sobre virgen. Al principio había firmado las orillas, sabes, sobre la V donde las dos partes se pegan, los labios, uno sobre el otro, de tal manera que la carta no pudiera ser abierta sin deformar mi firma en la línea donde se reúne consigo misma, de orilla a orilla. Luego ese gesto me pareció poco elegante, y hasta ofensivo, en contradicción con la confianza que precisamente pretendía demostrar. Entonces lo metí todo en el más banal de los sobres autoadhesivos y le di la cosa virgen en mano propia. Admiré mucho, con algo más que la simple gratitud, su muy atenta discreción. Quizá un tanto solemne pero, después de todo,

¿por qué no? Lo que le entregaba para su custodia podía justificarlo. Tenemos que vernos otra vez.

20 de abril de 1978.

En el aeropuerto, pregunté por un hotel bastante cercano a la Universidad, para no tener que caminar demasiado. Llegué en taxi sin demasiados problemas. En el hotel, tonto de mí, pedí un cuarto en el primer piso, como si no supiera de la existencia de los elevadores y la economía con la que gracias a ellos podemos contar. Resultado, un ruido infernal, una noche en vela. El yeso y los dos bastones hicieron muy teatral mi aparición ante esos estudiantes que no me habían visto nunca antes, y debo reconocer que cada vez aprovecho más esa invalidez provisional. La gozo por todas partes (no necesitas que te diga nada al respecto. Resulta de todos modos singular que esa caída haya tenido lugar precisamente en esa fecha, tú misma me lo dijiste: nueva era de "remisión", víspera de vacaciones, la patineta del hijo, la desafortunada exhibición ante el padrastro, todos esos textos y esos sueños de andares, de pasos, de tobillos, de zapatos que bailan a mi alrededor desde hace tanto tiempo, pero de manera más literal, por decirlo así, desde hace dos o tres años. Bah, sabemos cuánto se puede arriesgar al respecto, tantas palabras que se apiñan (*scapegoat* vuelve a menudo), pero vaya, debe de haber algo más idiomático y que permanece secreto para mí: dime la verdad tú.

¿Sabías que el mayor museo postal se encuentra aquí, en Ginebra? En cuanto pueda caminar iré a visitarlo (continúo mis pesquisas, de manera más o menos continua). Durante el período "moderno" del devenir postal (en mi idioma, entiendo por "moderno" el período que viene después del territorio "imperial" y de la apropiación político-militar -imperios persa o romano, Giro y César-, luego la época que se me antoja llamar "universitaria" porque en el siglo XIII, en Francia, en el marco del prolongado proceso de remonopolización, de renacionalización de una red dispersa, se confirió a la Universidad de París un privilegio, ya te contaré, relacionado con el transporte del correo. Luis XI le pone fin, reproduce poco a poco la centralización -de tipo romano, con su propia censura y su "gabinete negro"- y el proceso, fatal para el privilegio universitario, conduce, en nuestro país, al régimen monopolístico, en 1681 según creo), sí, durante el período "moderno", el país de la Reforma jugó un papel bastante importante, me parece, en la reforma postal -y el hecho me parece significativo. La Unión postal universal nació en Berna (1874-1878), y ahora es una institución que depende de la ONU. No, no tengo una hipótesis mayor en torno al desarrollo paralelo del capitalismo, del protestantismo y del racionalismo postal, pero vaya, de cualquier manera, las cosas están necesariamente vinculadas entre sí. El correo es una instancia bancaria. Recuerda que dentro de la gran reforma de la época "moderna", otro gran país de la Reforma jugó un papel espectacular: en 1837, Rowland Hill publica su libro, *Post-office Reform: its importance and Practicability*. Es un educador; y un reformador del sistema fiscal. ¿Que qué proponía? pues el timbre, amor mío, ¿qué hubiéramos hecho sin él? El timbre adhesivo, es decir, la uniformización del sistema de pago, el equivalente general del impuesto y sobre todo la factura antes de la carta, el pago *por adelantado* (the uniform rate and a system of prepayment, que fueron adoptados en 1840 tras una gran agitación popular, la famosa

batalla del pp, “popular agitation for the ‘penny post’). Y a reserva de further investigations, creo que la tarjeta postal viene también de allá, en épocas muy recientes (de Australia, 1869, a Inglaterra, 1870, pero la *picture postcard* privada no fue autorizada sino hasta 1894). Y ahora tomo mi pierna de yeso, mis bastones (nunca sé dónde poner esas prótesis, especialmente cuando estoy en la cátedra) y te dejo, pero lee bien, dándole vueltas lentamente, las cuatro esquinas, en torno a los 4 por 4 rectángulos, quizá no forma una sola frase pero es mi vida y a ti la dedico.

4 de mayo de 1978.

Olvidaba decirte que ese famoso museo se llama el Palais des Postes, el Palacio de Correos. En cuanto deje de cojear (“pero como dice la escritura, cojear no es pecado”, así acaba *Más allá...*, la cadencia, el saque), mi primera visita será al PP de Ginebra.

Antes de tomar el avión, le llamé, prefiero decírtelo. Ni la menor pregunta sobre la carta entregada. Ya no hablamos nunca de ella, sólo siento que todo lo que decimos queda imantado por ese mensaje mudo que le entregué en custodia. Por su parte, me doy cuenta de que, volens nolens, se ha puesto en marcha un trabajo de reconstitución y de apropiación. Inevitablemente. Pero ¿qué hacer? No podía conservar esa carta conmigo. Puedes estar tranquila, no hago nada que favorezca su “acercamiento”, por decirlo así, desde dentro de la carta muerta. Tal vez cometí un error, es cierto, diciéndole la verdad, a saber, que había prácticamente *olvidado* tanto lo esencial como los detalles del contenido de ese pequeño mensaje. Respuesta: tanto como “olvidar”, seguramente no, esconder, “reprimir”. No, no, para nada, oíste bien, olvidar. Y me eché un largo discurso sobre ese olvido que va más allá de la economía de lo “reprimido”. Sin decir que se trataba de ti, pero conservo pocas ilusiones en torno a ese secreto. En todo caso, lo que le dije en torno a mi “olvido” parece haberlo complacido, por una parte, pero por la otra le produjo inquietud, como si fuera ya alguien implicado en lo que estaba yo diciendo. Pero siempre con una maravillosa discreción, una capacidad de atención que sabe sin embargo ser ejercida a distancia. Es tan poco común. Quedamos de llamarnos, pero esta vez me negaré a la menor alusión sobre nosotros o sobre la carta de septiembre. No te preocupes por nada, in any case.

estoy en el mismo Hotel de la Plaine, esta vez en el último piso. El yeso me estorba. Me sirven de adorno estos bastones, esta cojera y sobre todo la patineta (ya te imaginas el pequeño suplemento de seducción) pero estoy harto, sobre todo por los viajes y las clases (retomé “La vie la mort” y “La cosa”, todo bien). Con esta caída pasé a formar parte de algo, pero ¿de qué? ¿de quién? (*se faire part, ce faire part*, formar parte, participar, participación, se piensa inmediatamente en bodas, nacimientos, lutos). De quién formo ahora parte, la parte (no, no el par, ése es precisamente el problema, la parte). Uf, vamos. Me voy a la cama.

18 de mayo de 1978.

El tercer viaje a Ginebra ya. Este continuo enviaje me agota y sin embargo... Todo sería más fácil, crees tú, y yo creo lo mismo que tú, si pudieras acompañarme. Pero no me dejas ni un instante, te paseo por doquier (bueno, en la medida en que una sola pierna me

lo permite...), te hablo todo el tiempo, te cuento y te describo, hasta el infinito. Te tengo que hablar del Hotel, de los colegas y de los estudiantes que pasan por aquí (a veces para vivir nos visitamos después de la cena, para “*tailler une bavette*”,⁴³ como tú dices -me choca esa expresión, y la cosa misma a final de cuentas, pero no te preocupes), de todos mis amigos del Bagdad, de su genial anfitrión.

Cuando no me desvían las clases y las citas de trabajo, todavía encuentro tiempo para trabajar en el hotel. Con una mano, releo Más *allá...* (en ese libro todo es maravillosamente hermético, es decir postal y *trainant*, todo arrastra -subterráneamente ferroviario, pero también cojo, que arrastra la pata: no nos dice NADA, no da paso que no retire al paso siguiente. Me dirás que Hermes no cojeaba, que tenía alas en los pies, sí, sí, pero no resulta contradictorio, cojear no le impide al viejo correr ni volar. Nada anda bien, pero todo va muy rápido, absolutamente rápido en esa parálisis. Yo sé de eso. Muy impresionado esta mañana por lo que dice, o más bien por lo que no dice sobre las neurosis de “destino” (*Schicksal*, siempre la destinación, el envío, el *schicken*, etc.) en el capítulo III. En la historia de la *Gerusalemme liberata* de Taso, no se interesa para nada por la confusión de los sexos en sí misma. Ese rasgo de la historia le parece totalmente secundario. Nos equivocamos de sexo, eres Tancredo y me tomaste por un hombre. Por la coraza. En el bosque (adivina cuál, te dejo ponerle nombre), me cortaste en dos, la sangre brotó del árbol, y desde entonces sólo oyes mi voz, Clorinda se queja del daño que su amado, una vez más... ¿Sabes que realmente estoy llorando, ahora mismo?, mira. Esta inversión de los papeles te escandaliza siempre, te engañas sola, reflexiona un poco, que sí, que sí... Por mi parte, no sufro de una neurosis de destino, sino de La neurosis de El destino. Y tú, inmensa mía, padeces de una psicosis de la “determinación”. Me voy, tengo que irme ahora, te amo, quédateme.

Algún día de mayo de 1978. Te escribo desde la escuela donde trabajaré toda la tarde. Me había puesto en el bolsillo, sin leerlo inmediatamente, el recado que me dejaste en el automóvil. Ya sé que quisieras “escribir un libro de lo único, y de lo unívoco absoluto. La locura misma ¿no crees? Incluso me pregunto qué significa”. Yo también, pero estás loca y amo con locura lo que te hace escribir eso, y no otra cosa. Es igualmente cierto que eres “tan olvidable como la ley de la gravitación”. Sólo eso -pero es cierto. Por eso te bendigo y te “*bless*” todo el tiempo, aun sin saberlo y “tú me”

no my love that's my wake. El otro día, al hablarte de todos esos *pp* (*picture postcard* privada y *penny post*), lo primero que me llamaba la atención era lo siguiente: el pago por adelantado instituye un equivalente general que ajusta el impuesto según el tamaño y el peso del *soporte* y no según el número, el contenido o la calidad de las “*marcas*”, y menos aún según lo que llaman el sentido. Es injusto y tonto, es incluso bárbaro, pero tiene un alcance inmenso. Aunque pongas una palabra o cien en una carta, una palabra de cien letras o cien palabras de siete letras, pero ese principio basta para dar cuenta de todo. Dejémoslo así. Escribiendo *penny post*, también presentí en mi memoria que Juan el cartero (Shaun, John *the postman*) no andaba muy lejos,

⁴³ “*Tailler une bavette*”, que puede ser traducido como “echar una platicada” o “estar de palique”, significa literalmente “cortar un babero”. [T.]

ni su hermano gemelo Shem *the penman*. Otro par más de hermanos en pp que se han declarado la guerra, *the penman and the postman*. El escritor, Shem, es heredero de H.C.E., Here Comes Everybody, que traduzco en mi idioma como "Ici vient quiconque m'aura en corps aimé".⁴⁴ Busqué entonces el *penny post* durante dos horas y aquí lo tienes, aquí tienes al menos uno que podrías algún día relacionar con un omnipotente "he war" (YHWH declarando la guerra al decretar la disheminación, desconstruyendo la torre, diciendo a los que querían forjarse un nombre, los shemitas, e imponer su lengua particular como lengua universal, diciéndoles "Babel", me llamo e impongo mi nombre de padre, que ustedes confusamente entienden como "Confusión", intenten, se los suplico, traducirlo pero espero realmente que no puedan, es mi double bind) pasando por "*his penisolate war*" y las "*sosie sesthers*" de la primera página. Aquí tienes, en la página 307 de *Finnegans Wake*: "Visit to Guinness' Brewery, Clubs, Advantages of the Penny Post, When is a Pun not a Pun?". Enfrente, en el margen y en itálicas, los nombres, sabes. Aquí: "Noah. Plato. Horace. Isaac. Tiresias". De la página anterior tomo tan sólo lo siguiente, para después: "A Place for Everything and Everything in its Place, Is the Pen mightier than the Sword?" que por ejemplo mueve el hilo siguiente (p. 211): "a sunless map of the month, including the sword and stamps, for Shemus O'Shaun the Post". Lee otra vez lo que sigue en los parajes de "Elle-trouve-tout" y de "Whereis-he?; whatever you like...", etc. Míralos, Sword/Pen.

Acabo de llamarte, era imposible, lo entendiste bien, hay que estar desnudo por teléfono. Pero al mismo tiempo basta que te desvistas para que yo me vea desnudo. Nuestra historia es también una prole gemela, una procesión de Sosia/sosia, Atreo/Tiestes, Shem/Shaun, S/p, p/p (*penman/postman*) y cada vez más me metempsicoso de ti, soy con los demás como tú eres conmigo (para bien pero también, me doy cuenta, para mal, les hago las mismas jugarretas). Nunca he imitado a nadie de manera tan irresistible. Intento reaccionar pues aunque te ame infinitamente no lo amo todo en ti digo esos habitantes tuyos con sus sombreritos

lo únicamente cada vez que amo: más allá de todo lo que es, tú eres lo uno -y por ende lo otro.

Algún día de mayo de 1978.

Por supuesto todo indica que desde aquella fecha, aquellas dos fechas, aquellas tres fechas (cuéntalas bien) nada anda bien. Pero basta con alejarse un poco para que inmediatamente

En cuanto "ven" se hizo escuchar, en respuesta caminamos uno hacia otro, con la última fuerza. Toda la crueldad del mundo.

Holocausto de los niños

Dios mismo sólo podía escoger entre dos hornos crematorios: ¿por quién empezar? ¿Cuándo? Y la catástrofe siempre inminente

Por mí mismo parto, me parto, cómo quieres que escriba, soy un instrumento desafinado, un

⁴⁴ "Aquí viene quien en cuerpo me haya amado". [T.]

instrumento en dos. Escribo doblado en dos con un instrumento doble, bífido, pérfido, perjuro. Emborro y borro todo con la otra mano. Entonces no debes leerme. Para oír el canto, es preciso conocer mi sufrimiento, amarlo, absolverlo. Es inocente e infinito.

Uno no se echa al buzón un niño, tampoco se queda uno con él. Se pierde el deseo para quedarse con él. No se entrega un niño en custodia, tal vez se le entrega la custodia, y para mí eso equivaldría a aprenderte de memoria.

Creo realmente que canto por alguien que ha muerto y que no conocí. No canto para los muertos (es la verdad según Genet), canto una muerte, *para* un ya muerto o una ya muerta. Empero, puesto que el género y el número son para mí inaccesibles, puedo jugar con el plural. Y multiplicar los ejemplos o las hipótesis de trabajo, las hipótesis de duelo.

Así perdí la vida escribiendo para brindar una oportunidad a ese canto, a menos que haya sido para dejar que callara, por sí solo. ¿Entiendes?, el que escribe debe de preguntarse lo que se le pide que escriba, siendo que escribe obedeciendo al dictado de algún destinatario, pero es algo trivial. Pero "algún destinatario", siempre dejo el género y el número indeterminados, debe de ser objeto de alguna elección de objeto, y elegido y seducido. "Algún destinatario" acaba entonces, a medida de que el acercamiento, la aproximación, la apropiación, la "introyección" avanzan, por no poder preguntar nada que no haya sido soplado por mí. Así todo se corrompe, ya sólo hay espejo y no imagen, ya no se ven, ya no se destinan, ya nada. ¿Crees que es semejante agotamiento el que nos acontece? Nos hubiéramos amado demasiado. Pero es todavía a ti a quien amo, a ti la viva. Más allá de todo, más allá de tu nombre, tu nombre más allá de tu nombre.

P.S. Para que no se nos olvide: la llavecita del cajón está ahora escondida en el otro libro (dejo que adivines la página).

1º de junio de 1978.

Soy privado, desde ahora más que nadie. Y ya te oigo: detective privado (no, renuncié a la literatura, todo en ella trata de lo postal y de la policía, finalmente, del puesto de policía); entonces ¿"privado" de todo, y de todas, el privado de las señoras? No, hablaba del deseo de instalarme o apostarme en una especie de privatización absoluta (pero en ella ya no debe haber posición que valga). El secreto no tiene medida: no excluye la publicación, se mide con ella. Para el que toma esa medida y sabe calcular la escala ¿después de cuántos millares de lectores se acaba el círculo familiar? ¿y la correspondencia privada?

Volvamos a lo que me dijiste en el aeropuerto, sobre el sufrimiento, el nuestro (qué sufrimiento): no creo ni un instante en la *névrose de destination*, la neurosis de destino, como te lo dije el otro día. Cuando puedan decirme en qué piensan cuando usan las palabras "destin", "destinée", "destination" sobre todo, reanudaremos la charla (y conste que no digo nada de "neurosis"). Entiéndeme, sospecho que debajo de esas palabras no piensan nada, nada que no sea trivial, dogmático y soñoliento. Y luego está la teleología histórica a la que directamente nos conduce, esa carta que llega siempre a su destino. Por más que lo nieguen, el "sentido de la historia no anda muy lejos, algunas estaciones o estasis postales

en el inconsciente, algunas complicaciones tópicas extras y allí estamos, nunca hemos salido de él, del idealismo especulativo. En cuanto llegue a su destino, la historia habrá cobrado sentido, y circular hazme el favor, en su "propio" trayecto.

doom, siempre preferir al niño.

El niño en sí.

los mundos aparte.

y no descansar nunca en nada, en nadie, ni siquiera en sí mismo, el insomnio absoluto. Satélites por doquier, aquellos en quienes pensamos cuando escribimos, aquellos en quienes no pensamos y que dictan lo esencial, los que vigilan, censuran, zanzan y trans- todo lo que quieras, aun cuando escribimos sin escribir, ¿cómo quieres enmarañar y desenmarañar las pistas? ¿Mezclando géneros? ¿mandando a volar el tono? Pasando muy rápido de un tono a otro (porque el tono es el primer indicio, la identidad de algún destinatario que, a falta de más, dicta todavía la dicción. Y eso se enmaraña y estalla solo, no se puede hacer nada, la unidad de tono no existe.)

¿Pero quién te persigue pues?

Dice. Aquí tienes mis dos hipótesis. 1. Somos Hermafrodito mismo. (Acaban de llamarme por teléfono fingiendo ser una estudiante que y a quien -vaya ocurrencia. Ni modo por ti, te estaba escribiendo.) Hermafrodito, no hermafroditas pese a nuestras bisexualidades ahora desatadas en el mano a mano absoluto, Hermafrodito en persona y propiamente nombrado. Hermes + Afrodita (lo postal, la cifra, el robo, la astucia, el viaje y el envío, el comercio + el amor, todos los amores). Ya no me interesa la vieja historia Tot-Hermes, etc. Lo que ahora me fascina, en el caso del hijo de Hermes y Afrodita, es la repetición y el redoblar de la historia: una vez unido a Salmácide, forma con ella, de nuevo, un cuerpo de índole doble. Luego obtiene que todo aquel que se sumerja en las aguas del lago Salmácide (del que ella era ninfa) haya de perder en él su virilidad. En lo que a Hermes se refiere, hoy me seduce más por toda la red de ínfulas en cuya trama se halla enredada su historia (su legendaria habilidad para desanudar "lazos", hacer con ellos liras, cuerdas musicales: por ejemplo con el mismo intestino, el más intestino de los animales sacrificados; sabía tensar, aflojar, enlazar, atar, desatar, analizar, paralizar, apretar, vendar -de manera más o menos estricta. Veamos ahora a Salmácide, mi segunda hipótesis de esta mañana, en el Hôtel de la Plaine: si Plato esta mortalmente resentido contra Socrates (esto, por supuesto, es mi premisa, no podía, aunque lo amara, sino estar mortalmente resentido), es porque este último, algún día, una tarde, una mañana, por ejemplo después de alguna discusión posterior a algún banquete, debe de haberle hecho una afrenta imperdonable. No sé, una bofetada, una de esas palabras indelebles, una burla que dio en el clavo, justo donde no debía. Mi hipótesis contradice seguramente el sentido común de la cronología pero ve tú a explicar qué nos sucede con sentido común desde la pareja aquella. Su relación cobró cuerpo en ese momento (siempre empieza con una herida, y en aquel entonces el joven Plato era virgen, nadie se hubiera atrevido y él no le hubiera permitido a nadie) pero pésimamente, es decir que llegó a su fin en cuanto nació (una especie de aborto destinado a reproducirse hasta el fin de los tiempos). Entonces, érase una vez, Plato, pese a su amor por Socrates, con ese mismo amor, nunca dejó ya de

vengarse, aunque lo negara (con gran sinceridad, por cierto). Se vengó de la edad de Sócrates para empezar (estaba allí antes que él, asunto de generación, había vivido mucho, distaba de ser virgen, etc.). Y luego pretendió exigir disculpas. Escritas, míralo. El otro finge ser dócil, agacha la frente pero sabe que no se confía nada a la escritura, ni disculpas, ni promesas, ni juramentos. Ofrece disculpas con una mano y con la otra las borra. Entonces Plato echa mano de todos sus talentos: despliega todo el corpus *platonium* y firma para la eternidad con el nombre de Sócrates: él escribió o inspiró toda mi obra, ¡"en sus años mozos"! Naturalmente no cree ni una sola palabra ni de su atribución ni de su corpus. ¡Y como Sócrates ya no estaba y además nunca tuvo oportunidad de dar su opinión, ahora sabes con qué trabajamos desde hace veinticinco siglos! Cuando lee uno todo lo que aun hoy se escribe, y con tanta seriedad, con tanto ajetreo (¡spudaios!) en torno a esa gran farsa telefónica... Al comprometer a Sócrates, Platón quiso matarlo, excluirlo, neutralizar la deuda mientras fingía asumir todo su peso. En Más allá..., precisamente a propósito del discurso de Aristófanes, Freud vuelve a lo mismo, olvida a Sócrates, borra la escena y endeuda hasta a Platón (tal-como-lo-demuestro-en-mi-próximo-libro). Nietzsche, al que Freud le hizo más o menos la misma jugarreta, algo sospechó de una historia tan tenebrosa. Pero no fue siempre lo bastante vulgar, lo bastante falto de inocencia para ponderar toda la vulgaridad de la escena (volverás a acusarme de no ceñirme lo suficiente a la verdad, y tienes razón, pero sólo quería armarte una escena, hacerme el interesante, forzar tu atención gracias a esos dos: pues lograron, gracias a ese monumental altercado, llenar la sala, congregar al mundo entero, a tal punto que todo mundo, ya no sé a quien se lo hice notar hace poco, se declara dispuesto a pagar cualquier precio (le prix fort) con tal de tenerlos hoy, ahora mismo, en análisis).

Te llamo, habré llegado y hasta me habré seguramente ido de nuevo antes que mi carta (aquí los buzones son rojos -y más bien escasos, pero las recogidas de correo son suficientes).

15 de junio de 1978.

y si tuviera que vivir así (como vivo), no viviría, no lo lograría. Para nada, ni un solo instante. Tiene pues que haber otra cosa. También le llamé, desde el aeropuerto, a aquel otro médico (reumatólogo esta vez -pero también, qué casualidad, analista más o menos en proceso de formación, y que me lee, me dice L. que me envía con él recomendándome ampliamente: prefiere que lo vea antes de ir con el kinesiterapeuta. Te lo dije. De hecho el médico de la clínica tendría que haber prescrito, todo mundo me lo dice, sesiones de reeducación inmediatamente después de retirado el yeso para evitar especialmente la hinchazón del tobillo. Ahora esta historia me parece interminable. ¿Crees que algún día pueda volver ya no digamos a correr, pero al menos a caminar?

No había lugar en el Hôtel de la Plaine, te escribo desde otro hotel -que unos amigos me recomendaron, está un poco más lejos de la Universidad.

Eres mi único doble, supongo, espejo, postulo.

en suma todo lo que hoy me mueve,⁴⁵ todo el postulado de mi razón práctica, todo mi corazón y yo especulo acerca de ti, tú eres ahora el nombre, o el título de todo lo que no entiendo. Lo que nunca habré de conocer, el otro lado de mí, eternamente inaccesible, no impensable, para nada, pero no conocible, no sabido -y tan amable. Acerca de ti, amor mío, sólo puedo postular (¿para quién más, con quién más hubiera soñado eso?) la inmortalidad del alma, la libertad, la unión de la virtud y de la felicidad, y el que un día me ames.

Voy a poner estas líneas en el correo y luego a tomar el tranvía que baja rumbo a la Universidad (plaza Plainpalais).

(Espero

que no hayas tenido problemas con las llaves, al salir la dejé donde ya sabes, pero disimulándola un poco hacia un lado.)

EGEK HUM XSR STR

20 de junio de 1978.

No había vuelto a venir a Zurich desde la primavera de 1972.

Me acompaños por doquier.

Hillis, que me estaba esperando en el aeropuerto (los de Man llegan hasta esta tarde) me llevó al cementerio, cerca de la tumba, debería decir más bien el monumento funerario de Joyce. No sabía que estaba aquí. Encima de la tumba, en medio de un museo de los horrores más costosos, hay un Joyce de tamaño natural, o sea colosal en este contexto, sentado, con su bastón, trae un cigarrillo en una mano, me parece, y un libro en la otra. Ése nos leyó a todos -y nos robó. Me lo imaginé mirándose allí instalado- por sus celos descendientes, supongo. Seguimos nuestro paseo por el cementerio mientras hablábamos, creo, de Poe y de Yale, todo eso. En un recodo del camino, la tumba del inventor de algo así como el fonógrafo: Egon Zoller, *Erfinder des Telephonographen*. La inscripción está grabada en la piedra en medio de dos globos, uno de ellos tiene el Alfa y el Omega y el otro los meridianos además de una especie de aparato telefónico que escupe una tira de papel. Meditamos largo rato, tras la atronadora carcajada, ante ese falo de la modernidad. Me gusta que se llame Zoller y que con su nombre haga señas hacia el peaje, la aduana, la deuda, el impuesto. También buscamos en vano la tumba de Szondi. Está allí, una vez sacado del agua su cuerpo fue traído de Berlín.

Si realmente lo crees, que ya llegó nomás porque le escribimos a los muertos, entonces tú, la viva, adiós, no has entendido nada una vez más, adiós y que te vaya bonito, como nos decimos con esta compasión desesperada cada vez que sabemos que dentro de un instante moriremos el uno para el otro, cada quien por su lado, ¡adiós!

A esos dos les sigo hablando como si fueran un *odd couple* (*odd* es la contraseña para todas estas tarjetas, se aplica a p/S, a Poe, a Dupin y al narrador, se aplica a tantos y tantos más y me gusta porque revierte el *ddo*, porque compone semejantes hablas peculiares, necesarias en este lugar, *to be at odds with each other, to play at odds, what are the odds*, etc. A

⁴⁵ Hay aquí en francés un juego de palabras en torno a *faire marcher* ("hacer andar, mover" pero también "tomar el pelo"). [T.]

esos dos les sigo prestando y prestando pero permanecen agazapados en la imagen, más callados que un muerto, como todos los *odd couples*, pero vaya gimnasia bajo los vestidos, y funciona al dedillo, y corre en servicio obligatorio, vaya deformática, vaya catastrófica

logroperatergo,

es la subversión que te decía. Y *do ut des* que traduzco según mi propia lengua: el don como lanzar de dados, el don como golpe de suerte

otra vez está cifrado, y yo que lo que más maldigo es el secreto, me obligo a cultivarlo como un loco para preservar mejor lo no secreto. Lo sabes mejor que nadie, me dijiste un día que yo conocía el secreto, que yo tenía la suprema destreza para lograr la hazaña, pero esto acabará mal.

creo al respecto que eres un tanto injusta y severa, en suma que tienes prejuicios. Hace falta *dejar* que las cosas se hagan (ni siquiera *hace falta*, eso *deja* de todas maneras), y que la escena se desenvuelva sola: es algo muy antiguo pero apenas empieza también, a eso estoy tratando de decidirme. Y además es la única prueba de amor, si es que existen.

Cuando Sócrates, por ejemplo (pronuncia aquí a la inglesa, como en Oxford, Sócratiz o Ulyss's: Sócrates tiene siete letras, bueno, en francés el nombre de Sócrates tiene siete letras y en inglés el nombre de Socrates -que sí es el mismo- ¿quién? él -tiene ocho letras, o 7, como Ulysses por cierto, que está aquí de vuelta), cuando Sócratiz, pues, o Socrates envía un mensaje, no le manda algo a alguien, no sólo eso, sino que "s'envoie", se envía o se echa algo o a alguien para empezar (siempre divisible, ¿verdad?). Pero la *s'* de *s'envoyer* (Socrates's) no está allí *hasta ahora* para recibirlo, ni antes ni durante ni después de la emisión o de la recepción si acaso algo semejante llegara algún día a *presentarse*; y sigue ameritando que estemos pendientes de la continuación

de allí ese texto infinitamente sutil, que guarda para sí todas sus jugadas (y el porvenir), que se debate interminablemente entre varios designios, varios amores, con una candidez de alma que no excluye inmensas reservas de mala fe. La inteligencia misma, eso es -y, cuestión de gustos, siempre preferiré a propósito de "s'envoyer" (qué o a quién), es una expresión que me pareció ser la más "justa" en la carta de agradecimientos que le envié por las grandes verdades que ella acababa de proclamar. Corrigiendo o co corrigiendo como siempre digo, devolviendo lo que correspondía a cada quien, ella no detenía (y está bien así) la cuestión, de la cual hay pues que seguir pendientes, la cuestión de saber lo que (quién y qué) *ella* (o él en ella o ella en él o ella en ella o él en él, ¿no olvido nada?) *s'envoyait côté cour*, se echaba por la corte⁴⁶ (la corte que uno hace); en lo que a mí respecta, el cartero marcó legiblemente (?) esa fatalidad de la "indirección incorregible": "para dar de lado un salto más". Que lo que "ella" se envía así (nosotros lo mismo), y quién, y si eso vuelve o no, ¿cómo quieres

⁴⁶ Hay aquí en francés un doble juego (de palabras). El primero, al que el autor recurre en este texto con frecuencia, aprovecha la ambivalencia de *s'envoyer* (literalmente "enviarse" pero también, como metáfora sexual, "echarse [a alguien]"). El segundo se aplica a una expresión usual en el teatro, *côté cour* (literalmente "[por el] lado [del] patio") que sirve para designar el lado de la escena a la derecha del espectador, donde la palabra *cour* se traduce como "patio" aunque en otros contextos pueda ser traducida como "tribunal", y también "corte" (la del cortesano y la del cortejador). [T.]

saberlo? Además no es nunca asunto de nadie, mirándolo bien. Mira a S. y p.: dan la impresión de no mirarse nunca y de no mirar a nadie. Y sobre todo no pueden ni verse.

Lo que más admiro, lo que más disfruté de su proeza, no es lo que hace bien en dejar de lado (la esencial interrogante, “an extremely complex one with which we cannot hope to deal adequately here”, sabia precaución seguida de una nota que no concluye con rodeos, a quién se le iba a ocurrir: “Is it not equally possible to regard what Lacan calls ‘full speech’ as being full of precisely what Derrida calls *writing*?”). Irrefutable, te digo: nada que objetar ante semejante plenitud, por burdo que sea, puesto que *no* estaba plena *sino* de usted, *desde entonces*, y de todo de lo que hubiese podido usted objetar en su contra. Es lo que llamo en inglés la lógica de la *pregnance*, y en francés la *forclusion*, el repudio del nombre de la madre. Dicho de otra manera, usted ha nacido, no lo olvide, y sólo puede usted escribir contra su madre que llevaba dentro ella, junto con usted, lo que le llevó a usted a escribir contra ella, la escritura que implicaba su preñez. Y su plenitud, no se salvará usted. ¡Ah! Pero ¿contra quién había yo escrito? -Me gustaría que fuera la madre de usted. Y sobre todo ella. -¿Quién?), lo que más admiro pues es más bien la inversión, mejor dicho el *reversement*, la transferencia final, pues podría perfectamente tratarse de eso, y la palabra inglesa (*reversed*) nos pone efectivamente en la pista del francés *reverser*, aunque signifique primero que nada revertido o invertido, permutado. Entonces, paciencia, mira bien a S y p por un lado (todo está allí, todas las posiciones posibles) y añádeles por el otro esta leyenda: “If it at first seemed possible to say that Derrida was opposing the unsystematizable to the systematized, ‘chance’ to the psychoanalytical ‘determinism’ [¿de veras lo hice? ¿se habla de Derrida o de ‘s ‘Derrida’?] or the ‘undecidable’ to the ‘destination’, the positions seem now to be reversed: Lacan’s apparently unequivocal ending says only its own dissemination, while ‘dissemination’ has erected itself into a kind of last word.” Este pasaje es inmortal y cada palabra amerita un libro, las “positions”, el “seem now to be”, y de “reversed” mejor ni hablar. Y para que todo esté en orden es preciso que “mi” “diseminación” se erija a sí misma, que lo haya hecho ya para que la última palabra sea la última palabra. No tengo nada en contra de la erección, pero en lo que a esta palabra -y tantas otras- se refiere, si hubiera insistido más para decir que no había palabra clave o última palabra o primera palabra, si hubiera insistido más (¿era acaso posible?) para decir que “diseminación” era una de las palabras, entre tantas otras, para arrastrarnos más allá de todo “last word”, me hubieran reprochado el haber reconstituido, precisamente mediante mi insistencia, una palabra clave, cualquiera que fuera. ¿Qué hacer? Les gusto pero no me soportan, no soportan que diga cualquier cosa que ellos no puedan “revertir” previamente cada vez que la situación lo exige (naturalmente, mi “posición”, mi “sitio”, mis lugares, respuestas o no respuestas, etc., forman parte, únicamente parte de dicha situación y de “what is at stake here” -olvidaba agregar que la corrección siempre está dispuesta a corregirse a sí misma, y el proceso de restitución permanece abierto, continuará: “But these oppositions are themselves misreadings of the dynamic functioning of what is at stake here”. En efecto. What is at stake I cannot tell. Has detectado el naipe: aunque dice de manera “aparentemente inequívoca” que “ce que veut dire ‘la lettre volée’,

voire `en souffrance', c'est qu'une lettre arrive toujours á destination",⁴⁷ Lacan en realidad quería decir lo que yo dije, designándolo con el nombre de diseminación. ¡Había que atreverse! Por mi parte, aunque aparentemente hablo de diseminación, tal parece que reconstituí esa palabra como última palabra y por ende como destino. O sea, si podemos decirlo así: Lacan quería decir ya lo que yo dije y yo sólo hago lo que él dice hacer. Y ahí tienes, las cartas están echadas, me endilgan el destino y la diseminación es transferida, "reversée", a la cuenta de Lacan. Es lo que algún día te describí, el juego de las tres cartas, la agilidad de esas manos expertas a las cuales uno se entregaría atado de pies y manos. Con un poco de la suerte incluida en el programa, eso traduce admirablemente la diseminación (la palabra o el título importan poco). Basta con darse tiempo suficiente para leer. Había yo traído toda esa literatura para el viaje y para hojear un rato el resto del número (muy desigual). Me topo con lo siguiente y no me voy a acusar de inventar el gazapo, te lo enseñaré: "... Lacan has seen in the castration complex the crucial point of divergence between Freud and Plato: `castration' is the altogether new motive force that Freud has introduced into desire, giving to the lack in desire the meaning that remains enigmatic in the dialectic of Socartes [sic, te lo juro], although conserved in the account of the Symposium" (*Du Trieb de Freud*, p. 853). No tengo el texto en francés a la mano, pero ese "although conserved" me encanta. El traductor, por su parte, lo sabe todo acerca del idealismo platónico, he knows everything as to "what love is merely", und so weiter: "*In the scheme of Platonic idealism, love is merely the path [meramente, porque también sabe qué es "path", "way", un pasaje, un camino, un paso, e incluso apurar el paso, apresurarse...] along which the philosopher presses his way towards the vision of fullness, and the journey [también sabe qué es un viaje] itself [¡y el viaje mismo!] gets under way with the Aufhebung of the maternal.*" Y si la fullness estuviera llena de otra cosa, y si Sócrates y Descartes y Hegel no hubieran hablado sino de castración, intenta seguir el hilo.

Estoy realmente cansado, dulce amor mío, voy a acompañar a esos amables fantasmas hasta su automóvil y regreso a dormir contigo (lástima que nunca puedas acompañarme aquí), voy a soñar.

(¿me lo prometes? ¿me la dirás a

mi regreso?). Dibujo.

EGEK HUM RSXVI STR, si es que no me equivoco.

22 de junio de 1978. Te escribo ahora desde Basilea (acuérdate del itinerario de estos dos días: avión Ginebra-Basilea -adonde acabo de llegar y donde un taxi me trajo cerca del puente, sobre la orilla derecha del río-, dentro de un rato, a las seis, tren rumbo a Estrasburgo; llegaré tres cuartos de hora después, suficiente tiempo para escribirte y contártelo todo; esta noche, seguramente después de la cena en la calle Charles-Grad, la Antígona de Philippe que releo en voz alta en el avión sin que nadie se percate de ello; mañana por la mañana, temprano, avión rumbo a París, donde comeré con los Laporte: tengo la impresión de que no habré de verte nunca más, de tantas eternidades que habremos esperado)

⁴⁷ "Lo que `la carta robada' o hasta `aplazarla' significa es que una carta llega siempre a su destino". [T.]

Estoy sentado en el andén, molido. Multipliqué los trayectos, es como si escribiera bajo hipnosis.

29 de junio de 1978.

retiro de la metáfora. La convertí en una historia de viajes (y no en un relato de viaje) y de rasgos (Riss) muy muy dividido, en conmemoración nuestra. Lo que dije pasó, como siempre, bien lo sabes, desapercibido. Último viaje a Ginebra adonde nunca me habrás acompañado, finalmente.

Esta parte aparte en mí que conoces mejor que yo, no sé si me mantiene hipnotizado o si soy yo (o tú) quien la mantengo aletargada, en letargo de escritura. No sé si la hipnosis ocurre cuando me voy o cuando vengo (tranquilízame, ¿no puede ser ambas cosas a la vez, verdad?), y si lo que llamo letargo de escritura ocurre cuando escribo o cuando no escribo, cuando te escribo a ti o no a ti.

digámoslo telegráficamente, me aterra la idea de ese otro "été", ese otro "verano" pero también ese otro "haber estado" -y que todavía lo tengamos por delante.

Pero como prometiste venir a Orly, esta vez, llegaré con mi telegrama y hasta lo habré olvidado, como lo demás.

Lo sabes todo, cuídanos.

Julio-agosto de 1978.

Míralo, el verano pasea por las calles de Atenas, acariciando el póster de Sócrates. El otro sigue escribiendo tranquilamente, la hipnosis, te digo, sueña y prepara, se prepara para el suicidio (últimas voluntades, maquillaje, banalización, es desfile mayor, sabe que no lo logrará y que tendrán que echarle una mano, es preciso que la dosis venga de fuera. Y de dónde, nunca lo habrá sabido. "Combate al inconsciente". "El inconsciente más amplio que el no saber de Sócrates", ¿no es acaso el nacimiento de la tragedia? ¿Recuerdas? Si vuelves antes que yo, sábetete que en realidad nunca te abandono.

Julio-agosto de 1978.

y pronto nos reunimos de nuevo. Todavía no nos separamos y ya está aquí la angustia, empezamos a encaminarnos. Nunca has estado tan cerca (con algo que es apacible o resignado, súbitamente mudo, que me hace daño), te miro escribir por la ventana, tengo ganas de correr hacia ti. Ya estás levantada, te levantaste. Ganas de sacarle foto a ese solitario (creía que estabas escribiendo).

Julio-agosto de 1978.

Salgo un momento para ocuparme de lo de los lugares. Puntualizo algo más, de todas maneras, para no dejarle la última palabra a tus pendencies y raciocinios de desayuno: 1. Albergaba la esperanza de que, al igual que yo, lograrías olvidar la "dead letter", no tan sólo su contenido, que ni siquiera conoces y que no necesitas, te lo aseguro, en absoluto (no te ataño, para nada), sino hasta su existencia. De hecho sería difícil para mí reclamarla ahora. 2. La buena escolástica oxoniense dice que una promesa sólo puede

prometer. Nunca se promete llegar a algo, llegar a cumplir su promesa, tan sólo hacerlo todo para llegar a cumplirla de ser posible. No se promete llegar, se promete tener la intención de llegar y de no descuidar ningún elemento que tenga uno en su poder para llegar. Si no llego a llegar porque no está en mi poder hacerlo, porque esto o aquello, éste o aquél, en mí o fuera de mí, me lo ha impedido, entonces no estoy incumpliendo mi promesa. Siempre quiero llegar, pero no llego a llegar. No dejé nunca de ser fiel a mi compromiso. Me dirás que todo esto es poco serio, que en Oxford no se sabe ser serio, que ese “en mí o fuera de mí” es terriblemente equívoco o hipócrita, que la noción de lo posible o de la intención te da risa, que tomo mis argumentos de un discurso del que no creo ni una sola palabra (que sí, que sí -y la gente de Oxford habla en nombre de lo serio, como bien sabes tiene a Plato y Sócrates en su biblioteca). Además, una promesa, un juramento de fe ¿acaso pertenece a lo serio, acaso es serio?, dime tú. Es mucho más grave y peligroso, mucho más ligero, también, más numeroso: pero no serio.

Julio-agosto de 1978.

y acaso no seríamos más felices -y hasta enamorados- si no supiéramos nada el uno del otro? ¿No habiendo nunca, al final del camino, oído hablar de ello? Te espero, dentro de un rato iré a buscarte para acompañarte en automóvil, no quiero que vayas sola, allá nadie te conoce.

Julio-agosto de 1978. Duermes aún, tengo ganas de pasearme por el bosque contigo (mi tobillo está, mucho mejor). En este preciso instante, ¿sabes lo que ocurre?: como si nunca lo hubiera sabido, la certeza deslumbrante de amarte sólo a ti, que sólo tienes un cuerpo, tú sola, pero tan sola. Tu soledad me espanta, por fortuna duermes aún, quisiera arrullarte para dormirte todo el tiempo.

24 de septiembre de 1978.

verano fue muy grato, muy apacible finalmente. Y eso que empezamos mal, con tus preguntas la víspera del viaje. Te dije la verdad e hicimos lo que quisiste, fuimos a donde quisiste ir.

Aquí, mismo argumento, ya lo conoces. Todavía no salgo de Trumbull, me desperté muy temprano, por la diferencia de horario, y ya ves, te escribo en cuanto me levanto. Ayer, como de costumbre, Paul y Hillis en Kennedy (ya saben que los dejo inmediatamente para ir a llamar por teléfono -te localicé enseguida, hice la noche en mí, la tuya, esa donde me llevabas seis horas de ventaja). Dentro de un rato empezaré otra vez a apropiarme del sitio, a recorrer los mismos trayectos, a ubicar las recogidas de correo, a comprar las primeras tarjetas en los drugstores abiertos los domingos. Empiezo mañana.

25 de septiembre de 1978.

por supuesto, nos destinamos al infierno -lo preferimos así, tuvimos que preferirlo y tuvimos que poder pagarlo, regalarnos, dulce amor mío, la tecnoteleocosaesa. ¿Cómo lograr gozar de *t.e.l.e?* (Es el pretexto para todos nuestros pleitos, el programa.) Dejándote escribir, y escribirlo de todas las maneras (cuento al menos siete), darle vueltas en todas las

lenguas, extranjera mía. Yo no tengo lengua, ni género (ni sexo, quiero decir también) y desde ahí te amo. Secuencia inaudible (como se dice para los tape-recorders).

y juré nunca vivir lo que

se llama vivir juntos.

me ayudas, nos ayudamos hasta morir, ¿no es así?, estarás allí.

26 de septiembre de 1978.

siente una gran inquietud, va de médico en médico (había olvidado comentarte de su carta y de su llamada la víspera de mi partida -que parecía angustiarme mucho). Traté de ser lo más tranquilizador posible (pienso además que es algo fundamentalmente, no me gusta esa palabra, "histérico", no es la primera vez que le pasan cosas así). Ante la propuesta (era el pretexto) de devolverme la "dead letter" ("nunca se sabe qué puede llegar a ocurrirme"), me obligué a reír como suele hacerse cuando los viejos o los enfermos hablan de su muerte ("no hablas en serio", "no digas tonterías"). Y dije "ni hablar", por supuesto.

Retomé mi "legs". No sé si lo llevaré a buen fin. Me gusta el tiempo del que dispongo aquí. Pero te extraño demasiado. Cuánto te habré extrañado.

Evidentemente, Sócrates escribe, es para decir: Sócrates no es músico. Recuerda aquel "fragmento póstumo" de nuestro amigo ("la monstruosa carencia de talento artístico y místico", "el enigmático consejo siempre repetido por la aparición del sueño: 'Sócrates, dedícate a la música'..."). Entonces escribe, y bajo dictado, he ahí lo que representa.

Quisiera escribirte algo lo bastante inaudito como para que dejaras de odiarme. Sábetelo que para ti no tengo secreto alguno. Pero sé que siempre seré detestado (por ti, por ti para empezar) porque aunque no tenga más destinatario (verdadero) que tú no logras estar segura de ello. ¿Cómo podría escribirte, qué podría decirte para tranquilizarte? Obviamente, incluso tocarte resultaría insuficiente. Tienes que creerme. Aunque esa fatalidad de la fe te enloquezca, aunque ya no sepas bien a bien quién eres. Ni yo. Del sufrimiento de esa locura, yo no logro distraerme mejor que tú, al menos de eso sí estás segura. Nuestra cifra es única, y hela aquí:

26 de septiembre de 1978. Acabo de llamar desde la calle, nunca estuvo desocupado. Siempre te portas como si ignoraras la posibilidad permanente del suicidio que hay en mí (perdón, juramos no amenazarnos nunca con matarnos: sólo quería decirte que estaba muy impaciente en esa cabina, que pensé fugazmente en matarme, ni siquiera un instante pero, vaya, y que no aceptaré nunca que tengas un aparato telefónico, digo, que funcione, bueno, cuando no soy yo el que llama: el que veas a la gente tal vez me hace sufrir menos -bueno, al menos eso pensé estando en la calle). Por fortuna estaba la carta que habías enviado antes de mi partida. Me estaba esperando aquí. El sueño que me cuentas es terrible. Esa voz anónima advirtiéndote que una tumba prohibida llevaba tu nombre, ¿sugieres que era la mía? ¿Prohibida para quién, exactamente? ¿Para ti?

Cambiamos de tono, por favor, es demasiado triste. A propósito de cementerios, te anuncio que empecé a correr con

Jim (tras la compra sumamente obsesiva del equipo, Jim lo escogía todo, como si se tratara de una canastilla de bebé) y corremos en el cementerio mayor. Hablando todo el tiempo, cual debe, y de vez en vez me detengo sin aliento cerca de una tumba (muchos profesores de Yale por las veredas, digo, muertos también). Jim me mide el pulso (es maravilloso, Jim, ya te contaré, está un poco loco con lo del jogging, no sé que arregla con eso, pero ya con todo y todo es un maestro, creo que lo sabe todo).

Como el año pasado te mando un cassette, grabé en él un fragmento de Monteverdi -otra vez el *Combattimento*, lo leo en todos los idiomas, Tancredi, che Clorinda un uomo stima Vuol nel' armi provarla al paragone... Er eilt stürmisch nach, und schon von weitem verrät ihn das Geklirr seiner Waffen. Sie bleibt stehen und ruft (es el narrador el que habla, y ahora Clorinda) What are you bringing me? Why are you in such haste? TESTO (el narrador general) Risponde: TANCREDI - E guerra, e morte. CLORINDA - Krieg und Tod sollst du haben. NARRATOR - Says she: CLORINDA - was du suchst, will ich dir gerne geben: -ich erwarte dich... zögernd, langsam gehen sie aufeinander zu, wie zwei Stiere, von Eifersucht [te acuerdas, ya había yo subrayado esta palabra en alemán en el primer libro que te di] und Zorn entbrannt. O night (sigue el narrador), thou that obscured in darkness this memorable deed - a deed worthy of the sun's brilliance, of a theatre full of spectators - let me atone for thy remiss, and bring it to light, for posterity... Sie weichen sich night aus, achten night auf Deckung oder Geschicklichkeit, ziehen sich nicht zurück... so blind are they... Der Fuss rückt sich nicht aus der Spur... Uonta irrita lo sdegno a la vendetta, e la vendetta poi Tonta rinova... Grabé lo que sigue, con otra cosa para ti, hasta el final, cuando muero solo diciendo "S'apre il ciel; io vado in pace". ¿Después me llamas?

P.S. Ya ves, Tancredo, en francés, no es posible. ¿Acaso puede uno matarse de amor en ese idioma? Vaya suerte la mía, siempre es así y sólo a mí me pasa; me tuvo que tocar esta lengua y sólo tengo una y me aferro a ella como un ahogado, yo que ni siquiera soy francés (que sí, que sí). ¿Cómo quieres dar con el tono en esa puta lengua? ¿Cómo quieres abrazarla? ¿y hacerla cantar? Te bendigo, no te envió mi bendición, te bendigo, ahora, con mi mano sobre tus ojos.

27 de septiembre de 1978.

Detrás de Socrates, está tieso como la justicia.

La justicia, la ley, es (*nomos, nemein*, tómalo como quieras, entre más das más rica eres) la distribución, eso es exactamente lo que significa: siempre la del correo, por su puesto, ¿qué más se puede distribuir, y compartir, y dar, y recibir durante el reparto? La nueva secretaria del Departamento da muestras, estoy seguro, de una especie de mala voluntad, por no acusarla de algo peor. No me da las cartas conforme van llegando. Y tengo también la impresión de que canso a la gorda de los timbres de colección. Nada funciona, pues. Bien sé que las cosas ocurren en otra parte, que allí donde ahora pienso ya no hay correo, pero de todos modos. Intento trabajar de nuevo lo de mi legs y lo del maldito prefacio. Avanza de manera muy desigual. Lo que me dices no me sirve de mucho, dejas a la modista reponerse, ya lo veo, en cuanto te doy la espalda, y tu "determinación" recobra fuerza. Pero ¿qué parte tuya es ésa, más fuerte que nosotros?

Te mando nuevamente a Sócrates solo, lo corté de su compañero, un tijeretazo bien puesto. Detrás, dibujo mal el sombrerito a la moda de 1930 (unisex), es tu demonio, alguien de tu familia, no importa, un tío de Europa central, o una tía que ni siquiera conociste. “El demonio es el inconsciente”, dice de Sócrates nuestro amigo, que leo en la traducción de nuestros amigos. Y además esto: “Qui a perçu, dans les écrits de Platon, ne serait-ce qu’un souffle de cette naïveté divine et de cette sûreté dans la conduite socratique de la vie, sentirá aussi que le prodigieux moteur du socratisme tourne en quelque sorte *derrière* Socrate [el subrayado no es mío] et qu’il faut le regarder á travers Socrate comme á travers une ombre”.⁴⁸ Reléelo todo (p. 100), es formidable: “Socrate ne pensait pas un instant que la tragédie pût `dire la vérité’... moyennant quoi le jeune poète tragique Platon commença par brûler ses poèmes afin de pouvoir devenir disciple de Socrate.”⁴⁹ (En este caso creo que la jugarreta de Platón es más ladina) Mira también lo que dice en la p. 133 acerca de la enseñanza superior y del periodismo, y en otra parte de la invención de la novela por Platón, y en otra parte de Aristófanes según el cual Sócrates era el mayor de los sofistas. El que en *Más allá...*, Freud sólo tome en cuenta su discurso es algo que dice mucho de la relación del psicoanálisis con todo eso.

¿Qué significa “avoir derrière soi”, tener detrás? He ahí la pregunta que me hacía yo a propósito de aquel nieto que, en lugar de arrastrar el tren detrás suyo (como lo hubiera deseado el abuelo), inventó el principio postal, e incluso lo postal sin soporte (en el sentido más estrecho y ordinario), lo postal sin nada puesto, sin “documento”, e incluso sin hilo, sin cable (en “circuito cerrado” o en “circuito abierto”, como dicen en tecnología del control a distancia: en el “circuito abierto”, la orden del operador se presenta en forma de todo-o-nada, y se espera el resultado; en el “circuito cerrado”, un enlace de ida y vuelta te dice si la orden fue recibida y ejecutada, por ejemplo si la compuerta fue cerrada -lo que más me interesa en la tecnología del control a distancia, es la teoría de los desperfectos, aquellos que en ocasiones sin detener el sistema multiplican las órdenes contradictorias y acarrearán una aceleración anormal, un “emballement”. A menudo, para evitar errores, se repite el mensaje).

Me dices que tú también escribes para un muerto que no conoces (estoy perfectamente convencido de ello, cada vez más) y al que yo represento. Entonces me matas por anticipado (es cierto que a menudo espero tus señales cual si fueran sentencias de muerte), pero también devuelves a la vida. ¿Crees que estemos en tratos con aparecidos muy peculiares o será más bien que tal es el destino de toda correspondencia? ¿Acaso nos atareamos en torno a *una* tumba o más bien, como todo mundo...? Ambas cosas, seguramente, una depende de la otra.

⁴⁸ “Quien haya notado, en los escritos de Platón, así sea apenas un soplo de esa ingenuidad divina y de esa seguridad en la conducta socrática de la vida, sentirá también que el prodigioso motor del socratismo funciona de alguna manera detrás de Sócrates [...] y que es preciso mirarlo a través de Sócrates cual si se tratara de una sombra.” [T.]

⁴⁹ “Sócrates ni por asomo pensaba que la tragedia fuese capaz de `decir la verdad’... por ende, el joven poeta trágico Platón empezó por quemar sus poemas con el fin de poder convertirse en discípulo de Sócrates.” [T.]

mi terror de olvidar los números de teléfono (hay uno que estoy seguro de no perder jamás, es más viejo que yo, es el primero, el de mis padres, en El-Biar, el 730 47 -conozco a alguien, un amor platónico de juventud, que todavía sueña con él-) y cuando te llamé hace un rato sin avisar, tras haberlo escrito para leerlo en inglés cifra por cifra, tuve un momento en blanco, no lograba recordar por qué razón precisa, y había una, había decidido llamarte.

Lo que hacemos con esos cassettes air mail es maravilloso pero, tienes razón, un poco pavoroso también. Suponte que me muera antes de que recibas el último... Hay algo que nunca haré, ves, el peor pecado que pueda existir, incomparable a cualquier otro: conectar una grabadora en el momento en el que el otro se salta lo postal al declararte su amor u otro secreto del mismo tipo. Y aunque sea con las mejores intenciones del mundo, las más piadosas.

y mi familiaridad, mis familiarides los aterran, literalmente, los veo desvanecerse de golpe.

¿Qué decirle? que queriéndola (bastante, mucho, ya no sé) sólo podía esperar lo siguiente: que lo que ella había “despachado” de esa manera (a mí, en suma) le llegara, le fuera devuelto intacto, idéntico a sí mismo, para que ella pudiera hacer lo que mejor le pareciera, acerca de lo cual lo ignoro todo. Pero ya no es para nada asunto mío -y todo lo que ella dice hubiera podido decirlo yo también. ¿Acaso no lo dije, de hecho, con tal de que se digne uno prestar atención? Me sigue resultando tan enigmática como el porvenir.

Volví a correr hoy, recobro paulatinamente el aliento, ya no siento el tobillo.

Ya empecé la cuenta regresiva del tiempo.

28 de septiembre de 1978.

Sócrates, dice, el “husmeador” ideal, expresión que debe ser tomada con toda la delicadeza que exige el caso. Ahora lo veo como nuestro hacedor de ángeles.⁵⁰ Escribe bajo hipnosis. Yo también. Si tú lo dices. Eso es exactamente lo que quiero decir. Tú lo dices y yo te escribo como en sueño todo lo que tienes a bien dejarme decir. Habrás chasqueado todas mis palabras.

De hecho Platón también se hace el angelito. Su impostura más taimada y por ende, como siempre, la más ingenua: el *eidós*, la idealidad, por ejemplo la idealidad de la letra o del significante. ¿Qué hubieran hecho sin mí, si yo no hubiera interceptado a medio camino la tarjeta que se estaban escribiendo, tomando de intermediarios a Freud y toda su sociedad de responsabilidad limitada? Es cierto que en el marco de semejante especulación a control remoto, fue preciso que yo me encontrara a su paso, y por aleatorio que parezca, mi lugar también estaba prescrito sobre la tarjeta.

⁵⁰ Hay aquí en francés un juego de palabras en torno a *faiseur d'anges*. Esta expresión, que puede ser literalmente traducida como “hacedor de ángeles”, es más usual en femenino (*faiseuse d'anges*) y designa a las mujeres que practican abortos (al “mandar al cielo” al que pudo haber sido un bebé, “hacen ángeles”). Por ser los abortos partos inducidos, puede establecerse aquí una asociación con la mayéutica socrática. [T.]

¡Ahí está, para desbaratar la intercepción, transitar en medio de todas las rencillas, darle el esquinazo a todos, toda esa transposición, la retórica de esa banalización a la que hubo que entregarse! Incalculable, ya no puedo llevar la cuenta de todos esos cálculos. Se trata siempre de indicar la *voix*,⁵¹ por seguir y ¡upa!, accionando una palanca bien colocada, obligarlo a desconectarse, descarrilarse, colgar, manipular el cambio de agujas y enviar a otra parte, desviar y desconcertar (anda y búscame, a ver si me encuentras: y siempre hay alguien allí, para proseguir, para retomar el hilo de la historia, entiendes).

Para que funcione, me dirás, se requieren soportes (pues sí, pero en la “substancia” del soporte radica todo mi problema, es un problema enorme y pone en juego todos los correos y telecomunicaciones, sus sentidos estricto, literal, figurado, y asimismo el correo trópico los convierte uno en otro, etc.), se requiere soporte y, por un tiempo, se necesitan copistas, copistas sentados. Y una vez más, da la impresión de que todo está a merced de lo aleatorio, de la suerte de tener un copista o un secretario. A propósito de esta suerte, nuestro amigo dice que Aristóteles y Platón la tuvieron (está en *Die Philosophie im tragischen...: no carecieron de “copistas”, Abschreiber*, y puede verse en ello una “providencia”, *Vorsehung*, para los libros, un *fatum libellorum* que resultó tan injusto [eso habría que verlo] para Heráclito, Empédocles, Demócrito, etc. En última instancia, la supervivencia de un libro se halla en manos del escriba, cuyos dedos pueden cansarse (u ocuparse, añadiría yo, de otra cosa), pero depende también de los insectos o de la lluvia). Dicho de otra manera, antes de ponerse a leer tal o cual *Fortune-telling book* del siglo XIII, portador de imágenes de S y p, favor de no olvidar nunca que hay algo por decir, narrar, discernir, something to tell, to be told, en torno a la “fortuna” del libro, a las oportunidades que tuvo de llegar hasta nosotros intacto, de caer por ejemplo entre mis manos un buen día del año 1977, mientras el resto queda por verse (y en la noche en la que te encuentras, son las dos de la madrugada para ti, no eres ajena al asunto, es lo menos que se puede decir, pero nunca lo sabrán). ¿Qué hubiera dicho él de este retrato de Sócrates, de este bello Sócrates que tiene quizá cierto parecido con Alcibíades, el cual, en otro equis cuadro del que me cuentan Monique y Denis, es representado como mujer? Nietzsche insiste todo el tiempo acerca de su fealdad, la nariz chata, los labios gruesos (si miras la imagen de Paris, verás que dibujó casi tus labios, cuando me alejo nadie los conoce), los ojos saltones del “censor”, del gran perseguidor, profeta y sacerdote que habla “para la posteridad”. En un fragmento póstumo que tradujeron nuestros amigos (cabe también hablar de la suerte de Nietzsche), tras insistir nuevamente acerca de los orígenes socráticos de la novela, se “voltea” una vez más hacia Sócrates, “que seguramente se transformó mientras tanto en un monstruo: ‘Ya de por sí parece hipopótamo, con ojos de fuego y espantosas mandíbulas’. A qué especie pertenece el genio hacia cuyo engendramiento empuja sin cesar el socratismo [...] el tiempo me impresiona tan poco como al geólogo contemporáneo mío [...] disponer audazmente de milenios, cual si fueran algo perfectamente irreal, para el nacimiento de una sola gran obra

⁵¹ Hay aquí en francés un juego de palabras en torno a la homofonía entre *voie* (“vía”) y *voix* (“voz”). [T.]

de arte." Una sola, de lo contrario no hay ninguna, y yo añadiría: que cada una esté sola, total y totalmente sola, de lo contrario no hay ninguna.

1º de octubre de 1978.

en cuanto establecí el contacto con Paris (un segundo de veras, acababa yo de descolgar), colgué, pensé que realmente no valía la pena.

Los volví a ver esta mañana.

Seguramente es la grupa la que induce la escena, esa palabra de *croupe*, grupa, sobre la que se monta todo por una vez. Y entonces ahí tienes nuestro casino, con el patrón del negocio vigilando las operaciones (a él te toca acumular todos los beneficios, por las noches, las extorsiones, la prostitución callejera, etc.) y por el momento está a espaldas del crupier que manipula las cartas y distribuye, reparte las apuestas, maniobra hábilmente con el rastrillo, obedece sin que se note a las instrucciones del padrino.

Funciona bien.

La adoro, pero cree saber, como los demás, qué "quiere-decir" el servicio postal, en un sentido común y corriente, literal o estricto; está segura de que el intercambio en torno a la carta robada no se refiere a "the efficiency of the postal service". Claro que sí, claro que sí -no es seguro que el sentido del p.s. (postal service) llegue con seguridad a su destino, ni la palabra *poster*, poner en el correo.

¿Estás segura, amor mío, de entender bien qué significa ese *poster*? Te rebasa todo el tiempo (ya no puedo escribir "*doubler*", duplicar o rebasar, sin pensar en nosotros, en nosotros en dos autos, quiero decir, en especial ese día en que habiéndome rebasado en un embotellamiento sin darte cuenta -o tal vez me había yo detenido por gasolina, ya no me acuerdo- ya no sabías que venía yo siguiéndote, creías que estaba delante y acelerabas, acelerabas, ya no lograba yo alcanzarte. Teníamos ambos el pie puesto a fondo sobre el acelerador. Los dejábamos a todos en su sitio pero nunca hubo mayor probabilidad de accidente.

Y según se lo explicaba yo (acababa de preguntarme por qué escribía yo tanto "no se toma usted tiempo para vivir" y lo hubiera tildado de pendejo a él también, cosa que no es, si no hubiera yo captado el sobrentendido: "es a mí a quien debería de escribirme", "es conmigo con quien debería usted vivir"), el riesgo de accidente lo corría yo en automóvil al escribir estando al volante o en el asiento junto al mío, excepto, bien lo sabes, cuando tú me acompañas. Y añadí que de hecho no escribo nunca, y que lo que anoto mientras manejo o incluso mientras corro no son ni "ideas", que no tengo, ni frases, apenas palabras que llegan, un poco más afortunadas, pequeños precipitados de lengua.

Traje conmigo, ve tú a saber por

qué, una carta tuya muy antigua.

nunca firmas

¿es una orden, una petición, una recomendación, una súplica? ¿o una verificación, el depósito de una conclusión?

Lo sospechoso de eso, cuando te digo mi amor, es que te diga yo mi amor y ya no sabes analizar, ya no sabes cómo te llamo -y si soy yo, y si eres tú o la otra. Nuestro doble auto análisis, nuestro doble auto analiza.

3 de octubre de 1978.

La cuenta regresiva se acelera, ¿no es así? Miedo del accidente, miedo de que al final decidas no alcanzarme. Al accidente, para mis adentros (es como un accidente de automóvil o de avión), lo llamo tu "determinación". Siempre es posible "en el último momento", es el último momento: ya no voy. Eres mi Destinada, mi Destino, y un día tal vez no me llegarás, no hasta mí. Y ni siquiera hubiera sabido cómo llamarte, ni, sobre todo, y eso es lo más grave para mí, cómo en secreto te llamas.

por un amor de tarjetas postales (perfectamente banalizado para despistar a sus policías, todas ellas): una vez que Hermafrodito se separó de sí mismo, aparte, "para sí", y se separó de Salmácide, ya sólo les queda escribir: siempre generalidades abiertas, fiscalizadas por nuestro censor de nariz chata, simplezas legales.

Pero yo, no seas pueril, no me niego nada -en medio de todas las rencillas me lo autorizo todo, me lo echo todo- con tal de que me dejes actuar. Eres mi único juez -dice.

En el otro extremo del mundo, la sombra proyectada de mi vida, ya es allí donde estoy, allá, al oeste, y te espero, allí donde todavía no estamos ni uno ni otro. Pasado mañana, Nueva York, citas al llegar -a la hora de la comida (en el Modern Art) y la conferencia por la tarde en Columbia. Te llamaré desde allá, desde la estación no es forzoso llamar por "collect" (semejante cálculo resulta en nuestro caso perfectamente ridículo, como si pudiéramos saber quién paga y quién decide la llamada).

4 de octubre de 1978.

efectivamente, según dice, las radiografías son preocupantes (pero ¿por qué mantenerme de esa manera al tanto de las menores consultas con los médicos? le contesto con regularidad en el tono más tranquilizador posible). Tu hipótesis según la cual esa enfermedad sería el precio a pagar por su indiscreción ("seguramente no se puede sino caer enfermo después de haber leído la "dead letter") me parece tan sagaz como inverosímil. Y sobre todo traduce tu agresividad: cada vez la disimulas peor. Por favor, olvida todo eso.

Es una verdadera "posesión" (*cathexis* que guarda, retiene, intercepta también, detenta, capta, detiene, ata a sí, etc.). Esa palabra elige Alcibíades (releo el prodigioso elogio, genial palabra tras palabra, me conmueve ahora mismo lo que dice de nuestras lágrimas). Platón no pudo escuchar a Sócrates, tuvo miedo, y lo hizo escribir, contó que escribía (sus propios textos), lo sentó a la mesa para sacarle la sopa. A menudo lloro pensando en ellos. Qué tristeza, esta mañana. Quisiera estar a tu lado, sé que pronto voy a

morir (ayúdame) y tú eres inmortal, mi amor, mi supervivencia, eres demasiado bella, me pareciste demasiado bella por teléfono ayer por la tarde.⁵²

5 de octubre de 1978.

el tren rumbo a Penn Station dentro de una hora. Dos citas en el Modern Art al llegar.

Esta mañana muy temprano, antes incluso de que timbraras justo antes de salir, trabajé o soñé, nunca sé (siempre el *fort/da* y la *techne* de las telecom en la época de la reproductibilidad psicoanalítica, el *Banquete*, el *Filebo*). Ese vicioso de Platón: ¿sabías que incluyó en el *Banquete* un verso, uno solo, del cual se ignora si es suyo o no, para parodiar a Agatón? ¿Y qué dice ese verso? el deseo propiamente erótico de darse (no, no hijos), de forjarse un nombre, y un renombre para la eternidad de los tiempos. Buen cálculo. Instaló su nombre sosteniendo un discurso acerca de la instalación (asunto de cartas otra vez, de correspondencia y de epístola, el léxico griego es maravilloso en esos parajes: *epistello*, yo envío, significa también “yo mando, ordeno, establezco” -una decisión, una orden pero la idea de establecimiento o de instalación, el *stellen* si quieres, la idea de pausa o de posta, de alto, a la obra en toda la familia, lo que prefiero: *epistolen luein*, abrir una carta, *desatar* los cordoncillos de una carta, aun antes de pretender analizar. No se despegaba, no se cortaba, no se desgarraba.)

el deseo de “forjarse un nombre”, te decía. En el caso de Platón, sí, pero piensa primero en ese deseo en el caso de quien o de quienes tuvieran por nombre el nombre común de “nombre” o de “renombre”, Shem. Los hijos de Shem dijeron, en el momento de edificar la torre de Babel, “Forjémonos un nombre”. A menudo se descuida en esa historia, además del problema en esencia insoluble de la traducción (el nombre propio pertenece y no pertenece a la lengua), el conflicto esencial, la lucha por el nombre propio entre YHWH y los hijos de Shem. Ellos quieren imponer su nombre (del nombre)⁵³ y su lengua particular (su labio, traduce precisamente Chouraqui, y es Safah, el apellido de mi madre o de mi abuelo materno que puse en juego en *La dissémination*), y él, desconstruye su torre (“¡Vamos! ¡A bajar! Confundamos sus labios, el hombre ya no oirá el labio de su prójimo”), los descamina imponiendo su propio nombre (“clama su nombre: Babel, Confusión”: fíjate en qué aprieto está el traductor, viéndose obligado a manejar dos nombres, uno propio y el otro común, y a agregar el segundo, agregarle una mayúscula, traducir confusamente, q.e.d., un nombre propio ambiguo que sólo significaba “confusión” por una asociación confusa en la lengua). YHWH exige y prohíbe a la vez, mediante su gesto destructor, que se oiga su nombre propio en la lengua, ordena y tacha la traducción, condena la traducción imposible y necesaria. Y si ese *double bind* corresponde en primer lugar a YHWH, si cada vez que aparece ese *double bind* en la estructura del nombre propio, está “Dios”, el nombre de Dios, pues te dejo seguir por tu cuenta, te dejo hacer llegar a su nuevo destinatario, la escritura del nombre propio, la de penman Shem, se ve

⁵² Hay aquí una alusión a una frase célebre del actor, realizador y dramaturgo Sacha Guitry: *Dieu, que tu étais jolie ce soir au téléphone* (“Dios mío, qué guapa estabas por teléfono esta tarde”). [T.]

⁵³ Hay aquí en francés un juego de palabras en torno a *nom de nom*, improprio que recurre a la repetición (“¡en el nombre del nombre!”) para no pronunciar explícitamente el nombre de Dios. [T.]

interminablemente confiada a los rodeos y a las errancias de Shaun el *postman*, su hermano.

Algún día me escribiste “puedes pedirme lo imposible”. He obedecido fielmente, te espero.

6 de octubre de 1978.

Te escribo desde un taxi. Aquí también evito el metro, precisamente porque me gusta. Y porque me pierdo en las correspondencias, aunque el sistema sea más sencillo que el de París. Como por casualidad, a posta. Ayer por la noche, después de la conferencia, atravesé toda la ciudad en taxi, hasta Washington Square, después de la recepción (ya era muy tarde, estaba bien así, yo estaba borracho, me gustó, regresé casi enseguida).

Mañana, regreso a Yale, pasado mañana salida con el velero de Hillis.

7 de octubre de 1978.

me tomarían por un loco y no creerían que pueda escribirte todo el tiempo. Pero tú puedes dar fe de ello. El tren bordea los pequeños puertos a todo lo largo de una costa dentada, empiezo a conocer bien mis trayectos.

pero que eso no te impida, mi dulcísima, venir detrás de mí, leerías poco más o menos lo mismo que yo (siempre un poco más despacio, pero poco a poco me he plegado a tu ritmo o bien vuelvo sobre lo ya leído), y yo sentiría tu aliento entre mi cuello y mi oreja.

Estaba admirando el *Filebo*. Mi placer consiste en leer eso contigo por ejemplo. Visiblemente, se trata (todo está allí) de un pedacito de la tarjeta postal de Platón que Freud tradujo en *Más allá...*, un pedacito, allá arriba, después de haberla tenido largo tiempo guardada en un cajón. Aunque no limite en absoluto la genialidad de *Más allá...* (es una “obra de arte” única también, y la única), desde el saque todo lo dispensa el *Filebo*, arréglalo como quieras (el discurso sobre el límite, la tendencia a la hegemonía, el ritmo y los intervalos, etc., sin hablar de la dificultad de detenerse en la sexta generación ni de la prescripción de Orfeo). Una cita más, para ti, y dejo de leer, volteo lentamente hacia ti, sonrías

“y nosotros, nosotros decimos, como los niños, que una cosa rectamente otorgada ya no se quita.” Así dice en el *Filebo*, ¿ves? Rectamente, orthos, ¿qué es eso? ¿Directamente, derecho, diestramente, con la *adresse* o destreza que consiste en no equivocarse de *adresse* o dirección, sin ningún problema de domiciliación, ningún *mal d’adresse*? A la falta de destreza, al error en la dirección, a la *maladresse* la sigo por doquier, voy tras ella y ella me persigue sin fin. Afortunadamente, estás allí. A salvo. Sólo tú. Pero lo que ya no se quita, ¿es lo que dice *el* niño o lo que dice *al* niño, el deseo de niño? You couldn’t tell.

Ya casi llego, esta vez. Se me ocurre ahora mismo (gracias a Tot seguramente, otro viejo amigo con el que me encontré al principio del *Filebo*) una idea completamente loca: escribirte sólo a ti, a ti nomás, excluyendo a cualquier otro destinatario posible, ya te explicaré. Por ahora tengo que detenerme, ya todos bajaron del tren, estoy solo. Te extraño.

9 de octubre de 1978.

y “contarlo” me ha parecido siempre imposible e infinitamente deseable. De nosotros jamás habrá relato alguno.

lo que leo en mi agenda de los dos próximos días, no estoy inventando nada: travelers, fotocop. [qué fácil y barato es aquí], enviar paquetes, papel, peluquero, banco, correo. Qué siniestro ¿no? Pero pensándolo bien, sin esos trayectos no puedes engendrar nada de toda la novelística (epistolar o no) de la posteridad literaria de la novela socrática. Si me retas a hacerlo, te lo demuestro, insistiendo sobre todo con lo de los travelers por aquello de la doble firma (firma/contrafirma) que constituye para mí una verdadera musa. No saben cuántas veces has firmado, muy legítimamente, en mi lugar.

última semana en el este. El jueves otra vez Nueva York, en esta ocasión me hospedaré en el Hotel Barbizon. Salida rumbo a Cornell al día siguiente muy temprano.

desde el primer envío:
no hay don sin olvido absoluto (que te absuelva también del don, y de la dosis), olvido de lo que das, a quién, por qué y cómo, de lo que de ello recuerdas o esperas. Un don, si lo hay, ya no se destina.

13 de octubre de 1978.

me acosté entonces lo más tarde posible. Ya te sabes el programa (conferencia acerca de Nietzsche, después me entraron ganas de caminar a orillas de Central Park, entré a una de esas discotecas, ya sabes

no me había fijado en que era un viernes 13. Aquí tienes el proyecto un poco chiflado del que te hablaba en el tren que me llevaba de regreso a Yale: es como un voto religioso, la idea sublime de un ayuno, de ser posible no te hablaré en mis cartas de nada que no seas tú, de nada que no sea legible sólo por ti. En todo caso me comprometo a hacer todo lo que esté en mi poder o en el poder de la lengua para ello. Sobre todo dejaré de escribirte, como lo hago en demasía, y de manera necesariamente insostenible, dando vueltas en torno a nuestras escrituras, nuestro correo, nuestros envíos, nuestros ires y venires, lo postal, lo que escribimos por otra parte, desde Sócrates hasta Freud, pasando por todos esos relevos. En suma, dejaré de contarte que nos pasamos la vida y nuestro amor escribiéndonos, preguntándome cómo es eso posible, de dónde viene y a dónde nos conduce, por dónde pasa y cómo pasa, y de quién de qué, otras tantas cosas que puedo dejarles a otros o escribir a otros (lo que además soporto cada vez menos, trátase de lectores, que en el fondo no estimo, todavía no, o de ese júbilo triunfal, de esa manía que estalla en toda escritura, incluso la más desesperada: fase maniaca del duelo, dirá él, pero no es riguroso a este respecto y tengo más de una objeción por hacerle, más de una pregunta por someterle). Por ende, a partir de ahora (a partir de mañana -y hasta que pongas un término a tu “determinación”) ya no te escribo nada más, te escribo solamente a ti, para ti.

Son las seis de la mañana, mediodía para ti, acabo de llamarte, por lo visto no te lo esperabas. Nunca olvidaré esa carcajada en tu voz. Muy pronto me alcanzarás,

ahora. Dentro de dos horas, vuelo rumbo a Cornell, pasado mañana rumbo a California. Pero ahora, entre más hacia el Oeste voy, más te acercas. Nunca te alejaré.

Primeros días de enero de 1979.

cual si hubieras querido desatarme de mi voto, y que al escribirte de nuevo como antes mediante algún rodeo dejara yo de dirigirme a ti. Cual si la violencia desencadenada de ese ayuno, la orgía de esa plegaria ininterrumpida que hacía subir en ti todas mis palabras (y nunca te he escrito tanto como en estos dos meses) para reservarte a ti, a ti sola, el saberlos quemándose vivos, cual si el canto de golpe te hubiera infundido miedo.

Esta “remisión”

habrá sido la última, parece estar más segura de ello tú que yo, yo que jamás aceptaré creerlo -y me las arreglaré de hecho de tal manera, te lo vuelvo a jurar, que eso jamás llegue a ocurrir. Sigo fascinado por el carácter al parecer totalmente azaroso del acontecimiento (del accidente: sólo un accidente, y esta vez el peor, puede *llegar*, ¿no es así?, llegar a llegar ocurrir), cual si hubieras dejado que la fecha se impusiera arbitrariamente: *pongamos* el último día o el penúltimo de tal año, a eso de medianoche. Esa casualidad, ¿es mera apariencia (sería fácil encontrar en ella un 7: tengo sobre mi mesa una pequeña ficha, acumulo en ella cifras y algunas operaciones muy sencillas. Sin ninguna manipulación artificial, veo cómo rige el 7, veo cómo irradia en nuestros aniversarios, nuestros grandes plazos, los grandes encuentros. *7 écrit*,⁵⁴ como en el Apocalipsis. Bueno, más o menos, tiene que ser. Sigo fascinado por lo repentino, la imprevisibilidad aparente de lo que de golpe cobra una dimensión tan fatal (dos horas antes ni siquiera pensabas en ello, habitabas otro mundo: así lo creo aunque lo niegues), aterrado sobre todo por la vulgaridad significativa de los pretextos y de los lugares que elegiste para permitirle volver a la modista de 1930 a la que creía yo por fin desalentada, tu “determinación”: esos cuentos de mala música (a este respecto sostengo todo lo que dije: no tenía nada en contra pero era mala y al cabo de un rato teníamos por hacer cosas que valían más la pena), ese arrebato contra la televisión, y luego ese lenguaje por teléfono (esa vez tuve a la modista en directo: “no somos veletas”, “¿con qué ánimo me llamas?” como si negociaras un traspaso con una agencia de bienes raíces, o como si estuviera yo regateando restos de serie (la “serie”, en nuestro caso, es el misterio, la ley de la serie, la manera en que se reúnen los golpes del destino que “sólo a nosotros nos pasan”). Estoy a unos pasos de ti, te oigo, parece tan ajena ahora, te amo e incluso quisiera amar a esa modista, si pudiera. Seguramente albergas a una viuda, contrajo un mal matrimonio en segundas nupcias, no se hace a la idea y tiene celos de nosotros. Ya sólo te quiere a ti, ésa es la catástrofe -y ninguna de ustedes lo admite.

Enero de 1979.

Llego del hospital y tú todavía no regresas. Prefiero escribirte en vez de hablarte, en lo que a este tema se refiere. La experiencia es muy penosa y despierta en mí no sé qué o a quién. Multiplican los exámenes (aparentemente negativos, en todo caso eso es lo que le han dicho a la familia), las radiografías, las tomas de sangre, las punciones lumbares.

⁵⁴ En francés *sept* (“siete”) se pronuncia igual que *c’est* (“está, es”), por lo que *7 écrit* puede leerse como *sept écrit* (“siete escrito”) pero también como *c’est écrit* (“está escrito”). [T.]

Aunque los análisis no “arrojen” nada, las señales de debilitamiento se multiplican y la familia está inquieta, empiezo a entenderlo. No me guardes rencor por ir tan a menudo. Siento que mi presencia es buena, y existe ahí una demanda a la que no me siento con derecho de sustraerme. Bueno, quería sobre todo decirte (confesarte) que no pude hablarle de la carta, como me lo sugeriste antes de las vacaciones. A decir verdad me pareció que estaba en mi deber no hacerlo, la violencia y la indiscreción de semejante gesto, no me siento capaz. Por añadidura mi confianza no tiene límites, es como si le hubiera dado la carta a mi padre o a mi madre. Ya veré más tarde.

Qué extraño que esto llegue al mismo tiempo que los anteojos -esta dificultad para leer de cerca se aceleró de pronto. Y esas dos tumbas de oro en el fondo de mi boca.

Enero de 1979.

Por ti misma, por ti sola estás celosa. Tu único derecho.

Lo que tengo (puesto) en ti (dentro de mí) y que nunca recuperaré, porque nunca me recuperaré, ahora lo irás a arrastrar por todas partes; pienso en aquel cazador de recompensas que ata el cuerpo del “wanted” detrás de su caballo para acabar con él, y luego lleva de regreso el cadáver a la oficina del sheriff deteniéndose en todos los saloons. Eso es para nosotros el Oeste.

Me habían anunciado su muerte, entré a la casa, Joséphine Baker estaba tendida en el fondo de la habitación. Todo se agrupaba en torno a su boca, un cáncer aparentemente hinchando sus labios y paralizándola en una especie de mutismo pavoroso. Luego, en cuanto yo llegué, en cuanto di mis primeros pasos hacia ella, todo cambió, se puso a hablar. No sé si acaso fue hasta el despertar cuando el deseo hacia sus piernas, al mismo tiempo una especie de admiración, lo cubrió todo. Tengo mil hipótesis, ya te contaré.

No dejes estas líneas sobre el secreto para convencerte o para alegar, sólo para decirte que sin aceptar nada, acepto tu “determinación”. Para mí, has de saberlo, sigue siendo secreta, regida por un secreto (algún día tendrás el valor necesario para escribirme y será la última jugada, no me enteraré de nada pero se revelará todo lo negativo que hemos vivido), para mí sigue siendo anónima, sobre todo. No eres tú la que toma esa “determinación”. Te conviertes en alguien al tomarla pero lo que te determina o lo que se determina no eres tú. En tu caso, nos amamos, y esa evidencia te deslumbra. Aun hoy: para mí también resulta demasiado evidente. Pero lo acepto.

Nuestra única oportunidad de *supervivencia*, ahora, pero en qué sentido, consistiría en quemarlo todo, para volver a nuestro primer deseo. Trátese de la “supervivencia” de la que se trate, es nuestra única oportunidad, quiero decir compartida. Quiero volver a empezar. ¿Lo quemamos todo? es la idea de esta mañana, cuando regreses te la comento - lo más técnicamente del mundo.

Enero de 1979.

Acabo de regresar del hospital. Toda la familia estaba allí. Aparentemente no soy el único que lo lamenta, no sé qué pasa, pero los médicos no dicen nada. Esperan nuevos análisis pero tuve la impresión de que la enfermera sabía o presentía algo que no podía decir. Como si todos supieran lo que habrá de ocurrir. Qué siniestro, quisiera no volver a ir, se me van allí todas mis fuerzas.

La nada sublime, como sabes, lo conserva todo. La "correspondencia" será mejor destruida si fingimos salvar algunos fragmentos irrisorios, algunos clichés que puedan ser puestos entre todas las manos. El olvido -nuestra única oportunidad ¿no es así? -nos olvidará mejor, nos dejará volver a empezar. Quizá algún día habré de encontrarme de nuevo contigo. Te oigo abrir la puerta.

Enero de 1979. "Vete a la guerra".

Debes ahora, mediante una destinación sin fin, alejar de ti el odio infinito. Y el desastre, el sacrificio de los mayores, la culpabilidad sin límites, divina y diabólica a la vez (porque es doble y contradictoria, el dios mismo no puede absolverse, es más añeja que él).

Iba a decirte dos cosas anoche, justo antes del pequeño choque en el automóvil: 1. Plato es la modesta viuda de Sócrates hablando en su fuero interno ("¡ah! todas estas viudas que ya no me dejan, ¿será porque las amo que son viudas, porque con todas me desposo e inmediatamente las hago llevar, en mi presencia, medio luto? ¿será que las amo sobrevivientes, permitiéndoles sobrevivir a mí (a ellas mismas)? ¿será que las acuso de sobrevivirme en mi presencia? Al contrario, necesito que aun viuda me conserves vivo, sólo amo la vida", etc.). De regreso de Cotonou, en Navidad, no te conté lo que me ocurrió allá. Fue en Abomey, en el palacio-museo del antiguo reino: el guía me conduce hacia una especie de cripta de tierra apisonada. Cuarenta mujeres, de entre todas la viudas de equis rey (he olvidado de quién se trataba), se hicieron enterrar vivas después de su muerte. Demasiado bello como para ser verdad. Pensé intensamente en ellas, sin saber muy bien de qué lado estaba, de qué muerte. Demasiado bellas. Y el guía añade que para ese gran suicidio se había en efecto escogido a las más bellas. Y que las habían ayudado a morir, con la "cicuta" (esa palabra usó, lo juro). ¿Fue a ti a quien le anuncié alguna vez el suicidio simulado u organizado de Sócrates? Es *también*, por su parte, la viuda de Platón. No te rías, sólo hay viudas, claro que sí... 2. La segunda cosa es, no pude comentártelo ayer, el final de la historia. De la nuestra, es demasiado obvio, del delirio o de la pesadilla de la que crees tener que despertarte. Eso es demasiado obvio. Pero también el final de mi delirio en torno a S y p. La prosa empieza aquí, con el peritaje del doctor que acaba de enseñarme cómo leer esa tarjeta. Lo llamé para una consulta y ésta es su respuesta (le escribe a J.C., ¿te acuerdas? me propuso encargarse de esta misión ante este especialista de la *Kunstgeschichte*): "Estimado Señor: su pregunta puede ser contestada de una manera muy simple. Basta con leer verbalmente la miniatura. Sócrates está escribiendo. Platón está a su lado, pero no dicta. Con su índice señala hacia Sócrates: He aquí al gran hombre. Con el índice izquierdo atrae la atención de los espectadores, que es preciso imaginar más a la derecha, hacia el filósofo que escribe. Por ende, sí se halla subordinado, de dimensiones

más pequeñas y con una toca más modesta. Atentamente.” Hay que creerle, tiene razón. “Leer verbalmente” debe de querer decir “literalmente”. Estoy convencido de que tiene literalmente razón, y todo el contexto que se puede imaginar (y cuyo saber él posee), el código que rige los gestos y las posiciones en toda esa iconografía, todo eso, nunca me ha cabido la menor duda, le da la razón, y yo también. Soy yo el que quizá leyó un tanto “verbalmente”, desencadenando así la literalidad. Me recuerda un poco a Schapiro con su diagnóstico. Dicho lo anterior, si me concedieran el tiempo necesario, podría yo demostrar que nada de lo que yo deliro es literalmente incompatible con su respuesta “muy simple”, sólo la desarrollo un poco, eso es todo, ésa es nuestra historia, y nuestra diferencia. Además el perito sólo puede ser objetivo en la medida (qué medida) en que su sitio se halla designado, asignado sobre la tarjeta, en el cuadro, y no enfrente: un momento del deseo de objetividad, un meneo de la episteme cuyo origen te mira aquí en dos personas. Te indican, al pie de la letra, y a la baqueta, la vía por seguir: sábeta, sábeta que, tienes que saber, ésta es la verdad de este cuadro, cíñete a ella, la respuesta es muy simple. Es inútil levantar tantos vestidos, salta a la vista.

Anoche sentí que la peor venganza estaba en proceso, y que vengaba a alguien más, ni a ti ni a mí. Tu deseo ha instrumentado y puesto en marcha todo lo que temías, y que acabó por encontrarte. En ti, para ti. Quisiera estar *seguro* de que eres tú, únicamente tú, sola y rectamente, la que aceptó (sin deliberar ni un segundo) la idea de esa gran fogata, bueno, llámala “quemazón”: que al pie de la letra no quede nada de lo que nos enviamos, toda esa eternidad, que uno de estos días nos volvamos más jóvenes que nunca y que tras haber quemado las cartas por casualidad me encuentre yo contigo. Apuesto a que esperaré un nacimiento. Y sé que me enamoraré de ti a cada momento. Con qué amor sin pasado te olvidas en mí, qué fuerza: olvido todo para amarte, te olvido a ti en el preciso instante en que voy a arrojarme hacia ti, caer sobre ti, y ahora ya no quieres venir, sino que yo te cuide, y estar “cerca de mí”, etc., o nada. Todo eso no significa nada, la modista misma no te cree.

La pluma en la “modesta toca” de Plato, ésa, se acerca un poco más a los años treinta. ¡Vivimos en los años setenta! estás a punto de olvidarlo.

Al

devenir-prosa de nuestra novela socrática le otorgo un lugar de nacimiento simbólico: *Zentralinstitut für Kunstgeschichte*. Y cómo nunca he renunciado a saber, tengo la intención de volver a Oxford, para llevar a buen fin la investigación. A mi regreso, este verano, el gran acto de fe, nuestra gran quemazón –

Febrero de 1979.

una vez notificado el despido, creo que prefiero escribirte (aun cuando estás enfrente de mí, o, como en este momento, ante tu secreter, aquí junto), me alejas menos. O si no, pese a todo el sufrimiento que me ata a ese trasto, llamarte por teléfono. Me cuelgo ahora del teléfono, por mí mismo (como si conservara cierta autonomía, todavía, la libertad de regular la distancia al otro lado del teléfono, o como si sólo me hubieras despedido “hasta-más-al-rato”, con la ilusión de poder reapropiarme de toda nuestra historia, de tomarla en mis manos cual se toma un auricular, un “combiné” -el receptor y el

emisor en el mismo sexo mantenido cerca de la oreja, el dispositivo S/p.). Eres el mensajero de mi propia muerte, ya no das el menor indicio que no me lo indique así, pero siempre te he amado dentro de esa evidencia. Eres mi echadora de cartas y el agorero y el indicador luminoso⁵⁵ de mi muerte.

me dijiste hace un rato, para justificar el que prefieras tu “determinación”: “no sé, ni tú tampoco seguramente, a quién te diriges”. Es cierto, y no lo recibo como una acusación. ¿Acaso es posible saber eso? No es que lo ignore (y todo depende de ti, sólo es cosa tuya que tu respuesta te destine mi amor) pero eso nunca ha sido objeto de saber alguno. Entre saber y destinar, el abismo. No quiero abusar de este tipo de observaciones, ni sacar de ello argumentos, pero me pareció simbólico, digamos, que me hayas dicho eso con la mirada perdida. Yo también podría achacarte la misma “distracción”. Sólo hay una, es el mismo “volante”. Aunque digas mi nombre en mi boca, cuando me llamas depositando mi nombre sobre mi lengua, seguimos gozando de la distracción.

Eres mi hija y no tengo hija.

Febrero de 1979.

Acabo de pasar a Locatel (todo está arreglado, transferencia bancaria automática, etc., ya no les quedaba nada a colores). Tomo tu automóvil (la palabra *voiture*, automóvil, es cada vez más abstracta para mí, *voi-ture*, lo que hace una *voie* (una vía) de una vía, tu *Weglichkeit* [?], etc. ¿Acaso volveremos algún día a divertirnos rebasándonos en la carretera y pegando mensajes en los cristales?), paso a la Escuela y, de ahí, el tiempo necesario para llegar. Eres muy dulce en este momento, como un cirujano de mano experta, muy seguro de lo que va a hacer, actúas con miramientos, miramientos, miramientos. Finjo estar dormido, ya no llamo tu atención (pero me sigo llamando, sábetelo).

Febrero de 1979.

y nadie ha pasado a mi lado de esa manera.

Volví a hablar con él de ese programa infame acerca de la patología sexual, de la palabra “intromisión”. Parecía escéptico cuando mencioné el teléfono, sobre todo cuando le dije, para escandalizarlo un poco, que *siempre* era telefónica.

Su amigo me dijo un día (¿o no fue a ti?) que tal texto en apariencia rigurosamente teórico estaba escrito de tal manera que su lectura hacía que se le parara.

Un corto respiro desde ayer, ganas de retomar el prefacio. Concibo a ese respecto un proyecto bastante perverso, que no lo es en sí pero tengo miedo de que tú lo juzgues monstruoso. Pero ya sabes, soy monstruoso, en mi inocencia y fidelidad mismas. Te lo comento esta noche a tu regreso. Siempre te hablo en presente, pase lo que pase.

⁵⁵ Hay aquí en francés un juego de palabras en torno a *voyant* (“agorero, vidente, adivino” pero también “indicador luminoso”). [T.]

Febrero de 1979.

“Hubieras venido, no estás muy lejos.” -“Estaba en el camino de regreso pero no podía.”

Todavía quisiera convencerte. Al publicar lo que, respecto de la tarjeta postal, parece “tarjeta postal” (pongamos la breve secuencia de una correspondencia secreta entre Sócrates y Freud charlando en el fondo de la tarjeta postal, del soporte, del mensaje, de la herencia, de las telecomunicaciones, del envío, etc.), acabaríamos la destrucción. Del holocausto no quedaría sino el más anónimo soporte sin soporte, lo que de todas maneras nunca nos habrá pertenecido, no nos atañe. Sería algo así como una purificación de la purificación por fuego. Ni una sola huella más, banalización absoluta en el exceso de evidencia: con las cartas sobre la mesa, ya no verán nada. Se arrojarán sobre restos ininteligibles, llegados quién sabe de dónde a prologar un libro sobre Freud, sobre la herencia platónica, la época de lo postal, la estructura de la carta y otros bienes o lugares comunes. El secreto de lo que así habremos de destruir será destruido mejor o, da lo mismo, de manera evidente, por toda su evidente manera estará a salvo. ¿No crees? Nunca te habré amado tanto. Y mediante la demostración que únicamente es la tarjeta postal, más allá de todo lo que es, quedaremos por renacer. Empezaremos a amarnos. Me gusta también la crueldad de semejante escena, se parece todavía, se te parece. Y luego operaría yo del tal manera que eso se te vuelva absolutamente i l e g i b l e. Tú misma no reconocerás nada, no sentirás nada, y pasaré incluso desapercibido durante tu lectura. Estaremos, tras ese último asesinato, más solos que nunca, seguiré amándote, viva, más allá de ti.

Febrero de 1979.

quería tan sólo decirte que todas las mujeres serían tú (pero sólo conozco una), cuando son bellas por decir “sí” -y que eres un hombre. Extraño dispositivo, ¿no? Y utilicé esa palabra -ese “dispositivo”- para señalar que todo se halla siempre puesto en el correo, “*posté*”.

en lo que a nuestra novela socrática se refiere, nuestra infernal historia de tarjeta postal, el que me haya parecido “cómica” no desentona con lo sublime. Ella es lo sagrado, para mí, aún hoy, pero como tal también me hace reír, nos deja, gracias a Dios, la risa. Nunca nada, allí, nos está prohibido.

Reflexiono en torno a un principio bastante riguroso de destrucción. ¿Qué quemaremos, qué conservaremos (para chamuscarlo mejor todavía)? La clasificación, de ser posible, será en realidad postal: recortaría para entregarlo todo lo que pertenece al Principio Postal, de alguna manera, en el sentido estricto o en el sentido amplio (ésta es la dificultad, por supuesto), todo lo que podría prologar, anteponerse a un tratado de lo postal (de Sócrates a Freud y más allá, *psicoanálisis de lo postal*, *philosophie de la poste*, donde el *de* significa la pertenencia o la procedencia, donde el psicoanálisis y la filosofía operan *desde* lo postal, casi diría yo: desde la oficina de correos de al lado, etc.) Y quemamos el resto. Todo lo que atañe de alguna manera a la tarjeta postal (ésta, donde se ve a Sócrates leernos, o escribir todas las demás, y toda tarjeta postal en general), nos lo quedaríamos, bueno, lo condenaríamos a su pérdida al publicarlo, lo depositaríamos con

el anticuario o en la sala de ventas. Lo que quede, si es que queda, es nosotros, es para nosotros, que no pertenecemos a la tarjeta. Somos la tarjeta, si quieres, y como tal somos contables, pero por más que busquen nunca nos encontrarán. Por aquí o por allá dejaré todo tipo de referencias, nombres de personas y nombres de lugares, fechas verificables, acontecimientos identificables, se echarán encima con los ojos cerrados, creyendo finalmente haber llegado y haber dado con nosotros, mientras que con una maniobra de agujas los mandaré a otra parte a ver si nos encuentran, de un plumazo o de un borrón lo descarrilaré todo, no a cada momento, sería demasiado cómodo, sino en ocasiones y siguiendo una regla que nunca proporcionaré, si es que algún día la conozco. No trabajaría mucho en la composición del asunto, les dejaré entre manos un borrador de pistas borrosas. Algunos se lo llevarán a la boca, para reconocer el sabor, a veces para rechazarlo enseguida con una mueca, o para morderlo, o para tragárselo, para concebir, incluso, digo, concebir niño. Tú misma harás todo eso, simultánea o sucesivamente. A ti misma te hubiera despistado. Y hasta a mí, si es que eso sirve de consuelo. La verdad es que quiero tomar nota de lo siguiente: nos hemos perdido. Entonces claro, puesto que nos hemos perdido de vista, sé que nunca me darás un acuerdo irrestricto para esta inocente monstruosidad: que ya no habrás de soportar nada de mí, ni el encontrarte ni el no encontrarte en el libro. Ni siquiera, quizá (pero en eso estarías equivocada) las señales del respeto infinito que te debo, que nos debemos y que conservo como lo mejor de mi vida.

De todas maneras, puedes estar tranquila, sería una secuencia (o si lo prefieres, una sesión muy breve) de nuestra vida, apenas un rollo, un cliché, una instantánea, de Oxford a Oxford, dos años más o menos, casi nada de nuestra inmensa literatura. Platón y Sócrates, y Freud, es algo muy corto, es ya el final de una historia, solamente eso. De esos dos años, no les entregaría además sino fragmentos rodeados de espacios en blanco y todos ellos se referirán a la tarjeta postal, desde Sócrates hasta Freud, las telecomunicaciones, Más *allá del principio de placer* y otras trivialidades aptas para lo andado: en suma, lo que tiene que ver con la vía, la viabilidad, las encrucijadas, la marcha, los pies y las piernas, la ida y vuelta, el *fort/da*, la proximidad y el alejamiento. Por supuesto, será difícil de zanjar, clasificar, separar por ambas partes: ¿cuándo se tratará de eso directamente o “literalmente”? ¿cuándo de manera indirecta, mediante figura o presuposición? Tenme confianza, una vez.

Le sacaré la vuelta a todas esas dificultades. Para todo esto se trata de voltear, dar la vuelta, desviar, una carta y para empezar la atención. Se requieren muchos tropos. A este libro, habrá varios en él, cuento cuatro, lo leeremos como si fueran nuestros Trópicos.

Ante todo se trata de dar la espalda. De darles la espalda fingiendo dirigirles la palabra y tomarlos de testigos. Es algo conforme a mi gusto y a lo que puedo hoy soportar de ellos. Dar la vuelta a la tarjeta postal (¿cuál es la espalda de Sócrates cuando da la espalda a Plato -posición muy amorosa, no lo olvides-? es también la espalda, el reverso de la tarjeta postal: como lo observábamos el otro día, es tan legítimo llamarle anverso como reverso). Nuestra gran trópica: *tourner le “dos”*, dar la “espalda” pero también darle vuelta en todos los sentidos, hacia todos lados. La palabra “dos” (espalda) y todas las familias que hormigean detrás

de ella, empezando por detrás. Allí (*da*) es detrás, detrás de la cortina o los orlones de la cuna, o tras de sí. *Dorsum* y la sesión continúa para Orfeo, él canta, crearán ellos, acompañándose de aquella lira que aquél tendió según sabes, arrancándose el sexo. Dar la espalda es la posición analítica ¿no? O estoy detrás (*dorsum*) o doy la espalda, y por más que lo nieguen, la hipnosis, o la narcosis, sigue interviniendo. Vaya si Sócrates lo sabía. Duerme, estoy soñoliento, duerme más, te conmino a dormir, sueña, habla, dame la espalda, acuéstate boca arriba, *je ne suis que somme, nous sommes, la somme, les sommes*.⁵⁶

Y le endoso todo eso a Sócrates, leo el cheque que está firmando, se los paso a ellos sin endosarlo y no estoy para nadie. Nadie me vio, nadie me cachó, fundo toda una institución sobre moneda falsa demostrando que no hay otra.

Sólo hay una buena institución, amor mío, somos nosotros.

Escuchan, ¡eh!

¿Quién? ¿Quién escucha? Tranquilízate, nadie.

La séance continue, ¿cómo lo analizas? Hablo de gramática, como siempre, ¿es un verbo (la sesión continúa) o un adjetivo (la sesión continua)? Esas son las buenas preguntas. Por ejemplo (lo digo por tranquilizarte: crearán que somos dos, que somos tú y yo, que somos civil y sexualmente identificables, a no ser que se despierten algún día) en nuestras lenguas, yo, Fido, carece de sexo. Ahora bien, todos los accidentes pueden ocurrir en el intervalo que separa al sujeto (que dice yo) de su atributo. Cuando digo solamente yo, no revelo mi sexo, soy un sujeto sin predicado sexual, eso es lo que era preciso demostrar con “S y p”, ésa es la hazaña, *la performance*.

En suma⁵⁷ un cortometraje pedagógico, un documental sobre nuestros grandes precursores, los abuelos de la filosofía, del servicio postal y del psicoanálisis. A propósito de películas (porque además sería nuestro pequeño cine privado) ¿tendremos también que quemar nuestros rollos, las películas y las fotos? Yo estoy a favor. Sólo conservaríamos la palabra película (las membranas, las películas sensibles, los velos, las fundas, y con esa única palabra lo cubriríamos todo con una nube ligera: sólo hubiera yo filmado. ¿No?)

Principios de marzo de 1979.

y si tienes tiempo de buscar por mí las etimologías de *chemin*, camino (caminar, estar en camino o encaminar, todo lo que anda del lado del paso, pero también de la *cheminée*, “andada” pero sobre todo “chimenea”: ya ves lo que ando buscando, por el lado del hogar donde las cosas se queman y por el lado de las *jambes* y los *jambages*, las piernas,

⁵⁶ Hay aquí en francés un juego de palabras en torno a la polisemia de *somme* (*le somme*, “la siesta, el sueño”; *la somme*, “la suma”; *je te somme*, “te conmino”) y su homófono *sommes* (*nous sommes*, “nosotros somos”; *les sommes*, “las siestas” o “las sumas”). Esta última frase puede ser entonces traducida, entre muchas otras posibilidades, como: “no soy sino sueño, nosotros somos, la siesta, las sumas, ya no hay que contar”. [T.]

⁵⁷ Cabe aquí tener presente el juego en torno a la polisemia de *somme* mencionado en la nota anterior. *En somme* puede entonces significar tanto “en suma” como “en sueños”. [T.]

las jambas y los palos de las letras, nel mezzo del cammin de nostra vita). Sólo si tienes tiempo, gracias

lado del Greph, reservé lugares hace rato, salgo rumbo a Besançon el viernes, con Graciet. Cuatro horas de tren, el sábado estaré de regreso.

9 de marzo de 1979.

No estuvo nada mal, conoces mi gusto por ese género.

En el tren, sin decirle lo esencial, le conté un poco el proyecto de "ficción": una especie de falso prefacio, una vez más, el cual, parodiando la literatura epistolar o policíaca (desde las Cartas filosóficas hasta la monja portuguesa, desde las relaciones peligrosas hasta Milena) introduciría a la vez sesgadamente a mis especulaciones sobre la especulación freudiana. Todo ese libro, astrologías en acordeón de tarjetas postales, iniciaría a la especulación a través de la lectura de Sp. Finalmente sólo quedaría eso, todo podría volver a la descripción paciente, interminable, seria y jugada, directa o indirecta, literal o figurada, de la tarjeta de Oxford. Valdría por sí misma y por todas las demás. Volviste a protestar el otro día: pero después de todo, son "mis" cartas ¿o no? ¿A quién pertenecen las cartas? El derecho positivo no dicta la ley, y aunque no quieras devolvérmelas, siempre me quedará la posibilidad de reinventarlas. En todo caso sólo conservaré lo que pueda *combinarse* como prefacio para los tres otros textos (*Legs de Freud*, *Le facteur de la vérité*, *Du tout*). Será incluso un *combiné*, un auricular como conjunto, un aparato emisor-receptor: en él no se verá nada, sólo se escucharán telefonazos en todos los sentidos, lo que lee la tarjeta postal y que habrá previamente sido leído por ella. Sócrates leyendo a Sócrates, si quieres, ya no entendiendo nada de golpe, y a punto de despertarse. Hace frío en este hotel, te extraño, bien sabes que si tus ocupaciones lo permitieran te hubiera pedido que me acompañaras.

Le conté pues todo eso, a grandes rasgos, pidiéndole no hablar de ello. Tengo una relación muy supersticiosa con ese texto, bien sabes por qué. Parecía estar de acuerdo pero creo que es parcial. Me hizo notar con justa razón que el alcance "informaticista" (comunicación, lenguaje, forma de intercambio, teoría del mensaje, emisión, recepción, etc.) podría resultar demasiado pesado y desequilibrar el conjunto como lo haría una tesis, aunque eso sea lo que yo cuestiono desde hace siglos. Hay que tomar en cuenta, me dice, el hecho de que no leen. Y sin embargo, todo eso (en una palabra la *diferancia postal*), me deslomo, sí, repitiéndoselos, no recoge nada, no atañe a nada, ni a la lógica de la comunicación, del lenguaje o de la información, estén o no estructurados como el inconsciente, ni a la lógica de la producción (en el fondo la misma, pese a la aparente oposición), ni a la dialéctica negativa.

Cuando te dije ayer desde la estación, por teléfono, no podremos sustituirnos, hablaba yo muy sinceramente del olvido. Como de la eternidad de mi amor. Te substituyes a ti misma todo el tiempo, te olvido para enamorarme, de ti, al instante siguiente. Es mi condición, a condición de amar.

Lo sentí enseguida, era levantado, una especie de levitación, y en cuanto me llamaste, la primera vez, te olvidé, me desvanecí. Voy a dormir ahora. No deberías

haberme dejado. No deberías haberme dejado irme solo. Algún día cuando uno de nosotros no pueda ya decir “te amo”, bastará con que el otro todavía disponga del aliento, nada habrá cambiado. No deberías haberme dejado escribir, no deberías haber conservado las cartas.

14 de marzo de 1979.

No podías acompañarme a la gare du Nord, pero yo esperaba que en el último momento, cual si te hubieras vuelto loca (te llega a suceder cada vez menos), aparecerías, como el último segundo, en el compartimiento. Y luego me había resignado, pensando que esta vez ya no darías un paso más, por culpa de lo que acababa de decirte, de manera un tanto brutal, acerca de la “dead letter” (deberías sin embargo entender que no puedo exigir ahora a la familia que me la devuelva, suponiendo, suponiendo que dicha carta sea encontrada, que esté archivada, clasificada u oculta en alguna parte. Pudo ser destruida por precaución sin que yo lo supiera (lo cual sería muy su estilo, tanto por la discreción como por la indiscreción violenta de semejante iniciativa). Y además reclamarla en semejante momento no sólo resultaría indecente, sino que los induciría a buscar, quizás hasta a encontrar y leer -no olvides que es un sobre virgen, y por ende fácilmente reemplazable- aquello que seguramente nos convendría dejar perdido para siempre en un rincón. Máxime que, te lo digo nuevamente por última vez y quisiera que ya no tocáramos el tema, olvidé los “detalles” de esa carta con tanta más facilidad ahora que se olvidaban casi por sí mismos y que es de eso sobre todo de lo que yo quería hablarte. Esos “detalles” nunca han pertenecido a memoria alguna, nunca han accedido a ella. Creo incluso que en esa carta, en el fondo, no te hablaba esencialmente sino de ti). En el tren, antes incluso del arranque, en el segundo anterior, una verdadera alucinación, como aquellos primeros tiempos en la calle cuando te veía todo el tiempo. Aparecías en el otro extremo del pasillo, con un regalo en la mano, una cajita. Se fue tan pronto, hubiera querido darte un beso muy largo de pie en el fuelle del vagón. ¿Cómo puede una alucinación llenar a tal punto de alegría? Un segundo basta y ya no pido nada más. No hay ninguna ilusión en eso, ninguna facilidad, muy pronto supe que me iba solo, tan solo rumbo a Bruselas, tal día, el 14 de marzo a las 14 horas, pero la vida me era devuelta.

Tu ausencia, para mí, es la realidad, no conozco otra. Es cuando sé que no estás, que me dejas, me has dejado, vas a dejarme. En ello radica mi principio de realidad, la necesidad más externa, toda mi impotencia. Marcas para mí tanto la realidad como la muerte; ausente o presente, de hecho (siempre estás allí, allá, yendo-viniendo), da lo mismo, *me* marcas, me significas la realidad la realidad y la muerte, las nombras o las señalas. Y creo en ti, permanezco ligado a ti. Otro que yo conozco se desataría enseguida para correr en dirección opuesta. Apuesto a que caería de nuevo sobre ti, yo caí con suerte, entonces me quedo.

15 de marzo de 1979.

Este tormento, lo llamo así porque es la palabra, las palabras (con tal de que se quiera despachar la lengua), este tormento acaba de tomar el relevo del otro. Ahora es este proyecto de “publicación parcial” el que me resulta insoportable, menos por la publicación

-mera cortina de humo- que por el minucioso recortar al que todo eso dará lugar y que corre por mi cuenta. Lo veo como a un copista perverso, sentado días y días ante una correspondencia, una correspondencia locuaz, atareado en transcribir tal pasaje, en tachar tal otro preparándolo para la hoguera, y pasando horas de erudita filología seleccionando lo que pertenece a esto o aquello, para no entregar nada a la publicidad, absolutamente nada propio (privado, secreto), para no profanar nada, de ser todavía posible. La actividad de ese copista me parece de pronto infame -y condenada de antemano al fracaso. Nunca debería habértelo comentado. Ahora me siento atado a ti por el hecho de que, pese a todas las reservas que expresaste en un principio, y que entiendo perfectamente, ahora pareces interesarte por esa ficción. Pero ya no sé. Ahora es eso (el relevo del tormento) lo que me hace sentir infinitamente culpable. Ya no hay nada que no me hiera, y sigues siendo tú; mi inocencia misma que considero virgen se ha hecho culpable de sentirse inocente. Ya no entiendo nada de ti, lo viviste todo por otro lado, por otra parte, donde yo nunca fui y donde nunca habré de verte más. Ya no sé a quién le escribo, ¿cómo podría consultarte acerca de la inocente perversidad de mi proyecto? Cada vez lo sé menos, en este compartimiento tengo la impresión de estarle escribiendo al más ajeno de mis homónimos.

Por no haber sabido dirigirme a ti, digo, en la rectitud, carezco de todo derecho sobre ti. Y no hubiera disfrutado de ninguno aunque hubiera podido llegar hasta ti. Siento por ti un respeto infinito, sin común medida conmigo. Aunque mis celos aterradores tengan que ver con ese respeto, creo que nunca sentí celos de ti, sino más bien de mi y del mal acoplamiento que nos profanaba.

No puedes hacer nada al respecto, de ti seguiré recibiendo todo, de antemano lo acepté todo. Tal es nuestra infernal y divina sobrepuja. Nunca nadie sabrá quién habrá sido más fuerte, quién habrá ido más lejos, tú o yo. Ni tú ni yo lo sabremos nunca. Quién se habrá arrojado más lejos, con más fuerza, siempre para que al final el otro regrese. Tomamos todos los riesgos de la interrupción.

El tren va llegando a Amberes. Queda a tan sólo tres cuartos de hora de Bruselas y acariciaba yo, antes incluso de la conferencia, el proyecto de venir aquí solo durante algunas horas. Antojo de ciudades que desconoces, a las que hubieras podido acompañarme, y ya no sé si las tomo para dártelas o para quitártelas. Te dije que vendría a Amberes, esta mañana, y por qué, a esta ciudad de la que únicamente conozco el nombre y algunos clichés. Si estuvieras loca hubieras venido a esperarme como una alucinada, hubiera corrido hacia ti en el andén, a la orilla de la vía, lo hubiera hecho todo con tal de no caer

15 de marzo de 1979.

tuve ganas de escribirte, de otra manera, pero siempre con la misma lengua extranjera (no saben cuán extranjera es una lengua). Estoy esperando una hora en un restaurante antes de tomar de nuevo el tren. Bajo la lluvia, fui saltando de taxi en taxi, de museo en museo (siempre mi barbarie), y luego me quedé largo rato en la casa de Plantin, como si se tratara de mi propia iglesia. Te traigo decenas de tarjetas. Acabo de mandar una a Paul de Man, es su ciudad.

y cuando te escribo continuas, lo transfiguras todo (la transmutación viene de tras las palabras, obra en silencio, a la vez sutil e incalculable, me substituyes y te echas hasta mi lengua entonces recuerdo esos momentos en que me llamabas sin avisar, venías de noche al fondo de mi garganta, venías a tocar mi nombre con la punta de la lengua. Bajo la superficie, todo sucedía bajo la superficie de la lengua, suavemente, lentamente, un estremecimiento inaudito del cual estaba yo seguro que no se reponía al instante, una convulsión de todo el cuerpo en ambas lenguas a la vez, la extranjera y la otra. En la superficie, nada, un goce paciente, aplicado, que lo dejaba todo en su sitio, que no forzaba movimiento alguno de la lengua: entonces sólo la oyes a ella, y somos los únicos creo en recibir su silencio. Nunca jamás dice nada. Porque sabemos amarla, después de nuestro paso, sin que nada haya cambiado de su apariencia, ella acepta ya no saber quién es. Ya no reconoce sus propios rasgos, ya no dicta la ley en su territorio, ni siquiera tiene ya palabras. Pero para que ella acceda a semejante locura, hay que dejarla sola consigo misma cuanto tú entras (te acuerdas que un día te dije por teléfono, creo que hablábamos de Celan, déjame esa palabra tranquila, y dijiste sí; lo que quería aún hacer con ella dejándome tomar o penetrar, no me es posible decírtelo (

los entiendo perfectamente pero no resulta lo suficientemente fuerte (*fort*), no va lo suficientemente lejos, no pasa gran cosa, a final de cuentas, cuando alguien se precipita sobre la lengua cual muchachito inexperto y febril (“ahora verán lo que le hago”) capaz de creer todavía que es posible apoderarse de ella, hacerle cosas, hacerla gritar o hacerla pedazos, penetrarla, hundir sus garras lo más rápido posible antes de la eyaculación precoz y sobre todo antes del propio goce de ella (siempre la prefiero a ella

(se darán cuenta, si es que todavía no ocurre, algún día, después de las libertades que creyeron tomarse con ella, después de las violencias epidérmicas y de los reportes de victoria revolucionaria, la vieja permaneció impenetrable, virgen, impasible, un tanto divertida, omnipotente, andará de callejera pero me ama a mí (

la escuché un día burlarse quedamente, sin una palabra, de la compulsión infantil de aquéllos: creen que lo violan todo al romper el juguete y arrojar a lo lejos los pedazos, y luego gritar *fort*, fuerte, muy fuerte

no, dejar al otro amarte completamente vestida, sorprender el asunto a medio letargo, cual si rigieras un sueño, apenas, y al despertar nadie reconoce nada, nadie halla la disposición del más minúsculo pedazo de lengua, nadie puede ya escribir una carta, y menos firmarla

(para eso se requiere tener mi edad y saber que no se juega impunemente con la lengua, es algo que no se improvisa, a menos que se acepte no ser nunca el más fuerte en ese juego

y yo mismo, que en este caso parezco en mejor postura que todos esos sabuesos tras nuestras huellas, pierdo la pista, ya no sé con quién hablo, ni de qué. La dificultad que representaría para mí clasificar esta correspondencia con miras a una publicación deriva entre otros peligros del siguiente: sabes que yo no creo en la propiedad, y menos aún en la forma que cobra a partir de la oposición público/privado (p/p, cierto). Esa oposición no

funciona, ni en el caso del psicoanálisis (sobre todo hoy, con el peinado tran-zanja-ferencial que cae sobre las capitales cual redada que ya ni ellos controlan: es la fatalidad de los cuerpos de policía paralelos)⁵⁸ ni en el caso de lo postal (la tarjeta postal no es ni privada ni pública) ni siquiera en el caso de la policía (sea cual fuere el régimen, sólo nos queda elegir entre diversos cuerpos de policía, y cuando una pp (policía pública) no te aborda en la calle, otra pp (policía paralela privada) conecta sus micrófonos en tu lecho, inspecciona tu correspondencia, te hace soltar la sopa en pleno éxtasis -y el secreto circula en completa libertad, como secreto lo prometes lo juro, a eso le llamo yo una tarjeta postal.

pero el más burdo error de nuestros buenos sabuesos consistirá en nombrarte, algo a lo que yo jamás me hubiera atrevido. Si yo me nombro sólo es para alimentar la confusión. Entiendes, ayer, 14 de marzo, en mi compartimiento de primera clase (un tren con compartimientos, de eso hablo yo, y de las clases: ¿sabías que la *post card*, en Estados Unidos, forma parte del correo *first class*? Llega tan rápido como nuestras cartas; en nuestro país sucede al contrario, se parte del supuesto de que la lectura de una tarjeta postal puede esperar y es un buen cálculo), ayer, pues, solo en mi compartimiento, seguramente por estar tan solo, decidí hacer volar en pedazos todos los puestos de policía (privada y pública) e incluso todas las oficinas postales, en la ciudad y en el campo, una tras otra, y justamente hacerlo solo. Lo haré en sus narices, bajo sus barbas, acariciando la barba de Plato y Socrates, robándome, tal como aquí lo hago, palabras sin destino final, las únicas que se le escapan a los pp, multiplicando las cartas anónimas. Y no me hallarán, buscarán en todas direcciones, imaginarán todos los móviles y los más patéticos. No sabrán que eres tú, y que eres tú a quien amo, porque es lo más evidente.

Tú misma te extraviarías nombrándote, es el error que cometiste al elegir o al tomar tu “determinación”, bajo la ley de la modista. ¡Pobrecita, creíste poder determinar, mejor aún, “determinarte”! Tu inocencia resulta desconcertante. Nunca has sido más obediente que en ese momento, cuando creíste recuperarte, junto con tu autonomía. Te vi en aquel entonces, creías tener todo bajo control, detener a todo mundo (hablo de detención), detener incluso el tiempo, y hacerlo firmar un contrato consigo mismo, irrumpiste en la sala, armada hasta los dientes: que nadie se mueva, cada quien en su sitio, anuncien su identidad uno tras otro, no todos a la vez. Sobre todo tenías miedo de que alguien cambiara de sitio u ocupara varios a la vez. Querías tenerlo todo a la vista, saber quién era quién, quién era el aliado de quién, y para empezar, tan-determinada y amada mía, quién era el tuyo. Y ahora, porque te quiero todavía más, te dejo: más indeterminada que nunca. Y lloro por tu determinación. Desde

⁵⁸ Hay aquí en francés un juego de palabras en torno a dos campos semánticos distintos: el policiaco y el tipográfico. *Le quadrillage tranche férentiel qui s'abat sur les capitales comme un filet qu'ils ne maîtrisent plus eux-mêmes : c'est la fatalité des polices parallèles* puede entonces ser traducido ya sea como: “el peinado tran-zanja-ferencial que cae sobre las capitales cual redada que ya ni ellos controlan: es la fatalidad de los cuerpos de policía paralelos”; ya sea como: “el cuadrulado transcanto-ferencial que cae sobre las mayúsculas cual pleca que ya ni ellos controlan: es la fatalidad de las fuentes paralelas”. Cabe señalar que el autor sigue cultivando la ambivalencia de la palabra *police* (“policía” pero también “fuente tipográfica”) en las líneas siguientes. [T.]

lo más hondo de la desgracia me estremezco de alegría, una alegría muy peculiar. Tú y yo somos una muchedumbre, y así está bien, una inmensa colección desperdigada. Hubiéramos corrido el riesgo, si me hubiera yo plegado a tu determinación, y ya se iba dejando entrever, de formar una sociedad, peor aún, un Estado en el Estado, un imperio. Hubiéramos cerrado las fronteras en torno a nuestro secreto. Nuestro secreto, me gusta que reine ahora sin límite. Y sin ley.

Está bien que no hayas venido a la estación.

Marzo-abril de 1979.

Empecé a releer, a clasificar, a hurgar en la caja (mi primer gift, enseguida resultó insuficiente). Se desborda por doquier, jamás podré.

Nunca acertarías a saber, ni ellos, si cuando uso un nombre es para decir Sócrates soy yo o "Socrate" tiene siete letras. Por eso no será posible traducir.

Marzo-abril de 1979.

las madres? pero son ellas las que leen las cartas. Pregúntale a todos los adolescentes, y es por celos que abren todos los cajones. ¡qué par tenemos allí!

Decidí no reproducir más que las palabras, ninguna iconografía, excepto la tarjeta de Oxford. ¿Qué hubiéramos hecho si no con todas las demás, los rollos, los cassettes, con ese trozo de piel con un dibujo? Para que no queden sino soportes insoportables, tarjetas postales, quemo todos los soportes y conservo únicamente algunas secuencias meramente verbales.

La pareja real la tenemos aquí entre el padre y el hijo.

Me pasé una hora haciendo el inventario de todos los sentidos ingleses de la palabra "post", "poster". Tendría que haber escrito el mismo libro en varios idiomas, para ver. Así lo hice al menos en parte, pero con mi negligencia de siempre y sin insistir, qué lástima, nunca llevaré nada a buen fin.

y cortar todo, hasta el teléfono, de toda rama familiar. Nunca me decidiré a ello, pues *dejar a* sus herederos equivale a no dejarlos, no dejarlos ser o vivir. No les cederé nada, sólo hay herencias envenenadas, y envenenado ya lo estoy yo mismo en demasía. Entre mejor me olviden, y a ti, mejor sabrán que sólo a ellos los quiero. Desaparecen entonces antes que yo.

Wechsel den Töne, ese libro sería de una perversidad polimorfa. De las bellas artes para conmemorar el asesinato de una infanta, nuestra hija única, quizá. Ni una sola palabra que no haya sido dictada al revés, programada en el dorso, al reverso de la tarjeta postal. Todo consistirá en describir a Sócrates con Platón mientras este último hace maldades a sus espaldas, y sólo utilizaré el léxico requerido por cada trazo del dibujo. En suma habrá sólo espaldas, e incluso la palabra "dos", con tal de que le prestes fielmente atención y de que conserves la memoria.

Marzo-abril de 1979.

el cargo legal o el acuse de recibo. Ya no esperar conocerlo algún día.
para que ya no puedan leerlo, leer sin volverse locos, más allá del principio de placer.
mi voz llega más allá del principio de placer.
inútil esperarme, coman sin mi,⁵⁹ no se cuándo llegaré.

Marzo-abril de 1979.

tantos hijos, perdón, tantos hilos, y no sólo los míos, pero soy el último en jalarlos, en pretender tenerlos bajo control. Soy más bien la marioneta, intento seguir el movimiento.

Llamaré desde la oficina para decirte a qué hora puedes localizarme (será seguramente muy tarde, siempre se alarga por las preguntas). Si no estás, deja un mensaje en la contestadora. De todos modos, te dejo el auto y los papeles.

Marzo-abril de 1979. No, si muero, es porque hay *dos* heridas. Una sola nunca merma nada. Dos heridas y una sola llaga, el infierno en el que ahora creo por haberme dejado enviar a él -ambas forman un par inseparable.

9 de mayo de 1979.

Sam vino por mí a la estación, y luego caminamos un buen rato por el bosque (un hombre vino a saludarnos, creyendo haberme reconocido, luego se disculpó en el último momento -debe padecer, como yo, cada vez más, de prosopagnosia, cierta diabólica disposición para hallar parecido entre los rostros, para reconocer, para dejar de reconocer). Le platiqué brevemente de mis tarjetas postales, pidiéndole que guardara el mayor secreto. Esta mañana, en Friburgo hasta donde me acompañó en automóvil, entendí que le había hablado enseguida de ellas a Kittler, mi anfitrión aquí, y quizá a su mujer (psicoanalista). El secreto de las tarjetas postales quema -las manos y la lengua- no es posible guardarlo, q.e.d. Permanece secreto, pues lo es, pero necesita enseguida circular, como la más hermética y la más fascinante de las cartas anónimas -y abiertas. No dejo de comprobarlo.

S. tenía que resumir y traducir mi conferencia (en el *studium generale*). Yo me detenía en los lugares que él *mismo* había seleccionado y marcado en mi texto (siempre en torno a "La locura del día", el título esta vez) y él lo tomaba de pretexto para hablar más tiempo que yo, si no es que, no pude saberlo, para desviar la atención del público, y hasta el sentido y la letra de mi discurso. Nos reímos juntos de ello y la risa entre nosotros es algo misterioso, que compartimos de manera más inocente que lo demás (algo complicado por las estrategias), como un estallido que nos desarma y como un ámbito de estudio, un corpus de historias judías: ya te imaginarás hasta qué punto puede obsesionarme el espíritu de Heidegger en

⁵⁹ Hay aquí en francés un juego de palabras en torno a *se mettre à table* ("sentarse a la mesa [para comer]" pero también, metafóricamente, "confesar, soltar la sopa"); esta última frase podría ser entonces igualmente traducida como "inútil esperarme, suelten la sopa, no sé cuando llegaré". [T.]

esta ciudad. Por él vine. Trato de reconstituir todos sus caminos, los lugares donde habló (ese *studium generale*, por ejemplo), de interrogarlo, como si estuviera aquí, sobre la historia de lo postal, de adueñarme de su ciudad, de husmear, de imaginar, etc. De responder a sus objeciones, de explicarle lo que aún no entiende (caminé dos horas con él esta mañana, luego entré a una librería, compré algunas tarjetas y reproducciones, como ves (te traigo también un álbum, *Freiburg in alten Ansichtskarten*), y di con dos libros de fotografías que me costaron muy caros, uno sobre Freud, muy rico, otro sobre Heidegger at home, con su señora y periodistas del Spiegel en 1968). Y ya está, regresé al Hotel Victoria (desde allí llamé), me acosté para hojear los álbumes y solté la carcajada viéndole a Martin un aire de viejo judío de Argel. Ya te mostraré.

9 de mayo de 1979.

Te escribo desde el tren de regreso de Estrasburgo (estuve a punto de perderlo, puesto que S. me acompañó: él siempre llega tarde, siempre al último -cuando llega-, en esta ocasión lo esperaba en la calle Charles-Grad donde me detuve también de ida. Hablamos del Athenaeum -y además de un simposio en perspectiva: porque hay que volver a lo mismo, y varias veces durante el año que viene).

si no lo haces, no me moriré, no quiero echarte encima esa responsabilidad. Elige pues tu momento.

Hace rato, cuando estuvimos a punto de perder el tren, me acordé de la única vez en que nos sucedió, en plena noche, adivina dónde.

Todavía no sé si habrás podido venir a esperarme.

Hojeo mis álbumes. Hace tanto tiempo que te hablo de ella, hace tanto tiempo que me obsesiona como tu doble, y nunca había visto a Sofía. Aquí está, junto a su padre, intento describirla tal como la veo (con los ojos de Freud, por supuesto).

¡qué par! inseparable. De hecho están reunidos en la misma fotografía, él de frente, mirando hacia el mundo, ella, un poco más abajo, de perfil, vuelta hacia él (tierna y protegida). Siempre el mismo argumento, hay también una fotografía de Heidegger (joven, en uniforme militar, se ven las hombreras) "*H. & his fiancée, Elfriede Petri 1916*". Él mira derecho al frente y ella de perfil, muy hermosa, los ojos entornados, amorosa, aprieta en verdad su rostro contra el de Martin, como si buscara refugio junto a él, como si buscara amparo, se amparara de él. Esas fotos de pareja son pavorosas, con el amo mirándote y ella acurrucada contra él, sin ver nada más que a él. Tenemos otra política de la fotografía, ¿no es así?, aunque no siempre seas un buen amo y me otorgues el derecho de mirar a otra parte, pero de todos modos. En fin, sospecho que esas instantáneas son más difíciles de descifrar, estoy al acecho de todas las imposturas ocultas bajo esas poses fotográficas "para la eternidad". Vaya si el fotógrafo Halberstadt debe de haber visto cosas, por ejemplo entre su suegro y su mujer o, si tú prefieres, su hija. Cuántos retratos habrá dedicado, aquel viejo, cuántos regalos fingía distribuir, prometía, hacía esperar, otorgaba bajo ciertas condiciones, su lado Mistinguett o, más cerca de nosotros, ya ves de quién estoy hablando

A un costado de esa fotografía, un fragmento de la carta de Freud a Max Halberstadt tras la muerte de su hija o, si tú prefieres, de su mujer: le dice que sabe tanto de su dolor como sabe del suyo propio (no estoy inventando nada), que no intentará consolarlo, así como “tú no puedes hacer nada por nosotros” (*ich mache keinen Versuch, Dich zu trösten, wie Du nichts für uns tun kannst*). “Pero entonces ¿por qué te escribo?” (*Wozu schreibe ich Dir also?*) Etc. Todo eso cae por su propio peso, ¿qué escribir si no? Y sin embargo, con la otra mano escribía aquella carta que cito en el *Legs* (la sesión continúa, después de siete años de dicha, el yerno no tiene de qué quejarse, etc.). Por cierto en esta carta, que en este momento voy leyendo en el tren (tengo el álbum, pesado y gordo, sobre el regazo, este papel puesto sobre la cabeza de Freud que llena toda la página), le dice que no hay que “quejarse”, no se puede, ni ahondar demasiado. Hay que agachar la cabeza ante el golpe “del destino” y “mit dem Mere Gewalten spielen”! Algunas páginas más lejos, lo ves con Heinz sobre el regazo (*ses genoux*, son je-nous⁶⁰) y Ernst de pie que en verdad se aprieta contra él. Luego Heinele solo, desnudo, más joven: Norbert, mi hermanito muerto. Otra vez siete letras, dos veces.

Es el final de una época. Un final de carrera también o un banquete que va para largo por la madrugada (ya no sé a quién le decía yo que “época” -por eso me interrogo al respecto- sigue siendo, por aquello del alto, una idea postal, contaminada de antemano por la diferencia *postal*, y por ende por algo de estación, tesis, posición, finalmente por el *Setzen* (por la *Gesetztheit des Sichsetzens* de las que habla en *Zeit und Sein*). El principio postal *no llega* a la diferencia, mucho menos a “ser”, se los destina desde el “primer” envío. Ahora, hay también diferencias, es todo lo que hay en la diferencia postal; aún se puede, mediante una figura recogida en sí misma, llamarlas “épocas” o subépocas. Dentro de la gran época (cuya tecnología se halla marcada por el papel, la pluma, el sobre, el sujeto destinatario individual, etc.) y que va digamos desde Sócrates hasta Freud y Heidegger, caben subépocas, por ejemplo el proceso de monopolización estatal, luego dentro de él el invento del sello postal y la convención de Berna, por no tomar sino indicios así de insuficientes. Cada una dispone de su literatura (de la cual sé que *en general* es de esencia policíaca y epistolar, aunque en ella el género policiaco o epistolar la recoja más o menos estrictamente en sí misma).

Aquí a Freud y a Heidegger los conjunto en mí cual los dos grandes fantasmas de la “gran época”. Los dos abuelos sobrevivientes. No se conocieron pero según yo forman una pareja, precisamente por eso, por esa singular anacronía. Se ligan sin leerse y sin corresponder. Te he hablado a menudo de semejante situación y es esa imagen la que quisiera describir en *Le legs*: dos pensadores que nunca han cruzado una mirada y que, sin haber recibido nunca la menor línea del otro, dicen lo mismo. Voltean hacia el mismo lado.

Los maestros en el arte de pensar son también maestros de lo postal. Saber cómo jugar con la lista de correos. Saber no estar y sacar fortaleza de no estar enseguida. No entregar sobre pedido, saber esperar y hacer esperar, tanto tiempo como lo exija lo más fuerte que en sí hay -y hasta morir sin dominar nada de la destinación final. Lo postal

⁶⁰ Hay aquí en francés un juego de palabras en torno a la homofonía entre *genoux* (“rodillas” y, en este contexto, “regazo”) y *je-nous* (“yo-nosotros”). [T.]

siempre está *en reste*, en deuda, y siempre *en poste restante*, en lista de correos.⁶¹ Espera al destinatario y éste siempre puede, *por ventura*, no llegar.

Y el principio postal ya no es un principio, ni una categoría trascendental; lo que se anuncia o se envía bajo ese nombre (entre otros nombres posibles, como tú) ya no pertenece lo bastante a la época del ser como para someterse a trascendentalización alguna, “más allá de todo género”. Lo postal no es sino un breve mensaje, también. Un relevo para marcar que nunca hay sino relevos.

Nancy, ¿te

acuerdas de Nancy?

En suma, eso es lo que trato de explicarle. La *techné* (y él hubiera seguramente considerado la estructura postal y todo lo que ella dirige como una *determinación* (sí, justamente, es tu palabra), una determinación metafísica y técnica del *envío* o de la destinalidad (*Geschick*, etc.) del ser; y toda mi insistencia en torno a lo postal, él la hubiera considerado como una metafísica que corresponde a la era técnica que describo, el final de cierta instancia postal, el alba de otra, etc.); ahora bien, la *techné*, y ésa es toda la diferencia -ínfima y decisiva-, no llega. Tampoco la metafísica, por ende, ni la posicionalidad; siempre, perturba de entrada aquello a lo que él dice que llega o que llega a llegar. Este ínfimo matiz cambia totalmente la relación entre la metafísica y sus dobles o sus otros.

La *techné* no llega a la lengua o al poema, a la *Dichtung* o al canto, entiéndeme: eso puede significar a la vez que no acierta apenas a tocarlos, a mermarlos, los deja vírgenes, sin llegar a llegar hasta ellos, y sin embargo no tiene por qué llegarles como un accidente o un acontecimiento porque los habita y los suscita.

En Estrasburgo, tenía ganas de decirle que la amo y al mismo tiempo tenía miedo de su lucidez de vidente, que infunde miedo por lo justo de su mirada pero que se equivoca por ser justa, como la ley. No me atreví a decírselo y de hecho nunca estuvimos solos juntos.

Toda la historia de la *techné* postal tiende a orillar la destinación a la identidad. Llegar pertenecería a un sujeto, llegar a “mí”. Ahora bien, una marca; sea cual fuere, se codifica para convertirse en impronta, así sea un perfume. Y en ese caso se divide, *vale varias veces en una vez*: ya no hay destinatario único. Por eso, por esa divisibilidad (el origen de la razón, el loco origen de la razón y del principio de identidad), la *techné* no llega a la lengua -a lo que para ti canto.

Con tal de que me respondas, mi respuesta, mi responsa, mi prometida, tú serás tú. Pero para eso no basta con responder una vez, con palabras, sino siempre de nuevo, sin reservas, es preciso seguirnos por doquier. Si supieras cuánto te amo, amor mío, lo harías, ya no te resistirías. ¿Quién eres, amor mío? eres tan numerosa, tan compartida, totalmente dividida en compartimientos, aun cuando estás junto a mí, presente toda y mientras yo te hablo. Tu siniestra “determinación” nos cortó en dos, nuestro glorioso cuerpo se dividió, se tornó nuevamente normal, prefirió oponerse a sí mismo y caímos, nos dejamos caer cada quien por su lado. De nuestro

⁶¹ Hay aquí en francés un juego de palabras en torno a *être en reste* (“estar en deuda”) y *être en poste restante* (“estar en lista (te correos”). [T.]

antiguo cuerpo, el primero, yo sabía que era monstruoso, pero no he conocido ninguno más bello, sigo esperándolo.

No supiste jugar con el tiempo, y cuando viajo en tren, tomo otra vez todas las medidas. Lo métrico ya no es el mismo que el mismo que se queda en el andén. Tendríamos que haber vivido en tren, digo, mucho más rápido de lo que lo hicimos. A menudo pienso en aquel ejemplo de una mujer embarazada que viaja por el espacio a altísima velocidad; habiendo transcurrido nueve meses del tiempo de su futuro hijo, al volver a la Tierra para dar a luz, descubre que todo mundo envejeció veinte años y que todas las condiciones han cambiado. Pienso también en los “hoyos negros” del universo en el que nos amamos, pienso en todas las cartas que nunca te mandé, en toda la correspondencia que soñamos juntos, pienso que ya no sé a dónde voy, pienso en todos los golpes del destino, pienso en ti

si estuvieras a mi lado, te arrastraría a alguna parte y sin esperar más haríamos un hijo, luego volveríamos a sentarnos en este compartimiento como si nada.

Mayo de 1979.

Encontré la lista Y salgo de compras. Mira este recorte recibido esta mañana: es de buena lid y he de haber hecho todo para merecerlo, en el fondo debería alegrarme pero cuando los veo tan alborotados contra quién sabe quién (contra mí, dicen los más vulgares y los más necios) siempre me pregunto por qué *ellos* no se preguntan ante qué montan guardia de esa manera, perros, con esa inquietud y esa solidaridad de interés público.

“Trabajé”

esta mañana pero ahora sabes a qué me refiero con eso: el duelo -de mí, de nosotros en mí.
ya no más

aparecidos, sería un libro espectral... entregar a la policía justo lo necesario para despistarla, y con ella a todos y a todas las instancias postales, las instituciones, las computadoras, los poderes, los dupin y toda su carretidad (*fort/da*), los Estados, he ahí mi cálculo, o mi cómputo, mi clasificación hecha para desafiar todas las clasificaciones.

Mayo de 1979. Estuve pensando largo rato en tu sueño de mochila, aquí tienes

Mayo de 1979. Lo peor con lo que no se puede decir, es callarlo; lo mejor es escribirlo. Yo soy un hombre de palabra, nunca tuve nada que escribir. Cuando tengo algo que decir lo digo o me lo digo, basta. Eres la única que entiende por qué fue preciso que escribiera exactamente lo contrario, tratándose de axiomáticas, de lo que deseo, de lo que sé que es mi deseo, o sea de ti: la palabra viva, la presencia misma, la proximidad, lo propio, la guardia, etc. Escribí necesariamente al revés -y para rendirme ante Necesidad.⁶²

y “fort” de ti.

tengo que
escribirte eso (y a máquina puesto que en éstas ando, perdón: a veces me imagino un

⁶² Hay aquí, probablemente, una alusión al proemio del poema de Empédocles, que empieza así: “Es cosa de Necesidad, y determinación antigua”... [T.]

análisis, en un futuro cercano, con un paciente que escribiría apoyado en su regazo e incluso, por qué no, a máquina; ella, la psicoanalista, estaría atrás y levantaría el dedo en silencio para indicar el inicio o el final de la sesión, las puntuaciones, los saltos de párrafo) para contestar por última vez a una pregunta actualmente caduca (siempre lo estuvo, de hecho): lo único que lamento haber perdido es el sobre. Para la modista, el matasellos hubiera servido de prueba.

Sólo habría “facteurs” (factores o carteros) y por ende no habría verdad. Únicamente “medios”, tomarlo en cuenta en toda guerra contra los medios de comunicación. Nunca serán substituidos por lo inmediato sino por otras disposiciones y por otras fuerzas.

El hombre de los lobos murió el 7 de mayo. Es una parte de mí la que se va. ¿Te dije que también soy Ernst, Heinele, Sigmund, Sofía y HALberstAdt (este último, el yerno reproductor, el genitor de Ernst, era, no lo olvides, fOtÓgrafO)? Esta es la nueva que me escribo, *fort:da* y 4 + 1 (continuará). A la vez las cuatro esquinas y la gallina ciega. Ese libro será tu *De fato*, tus *Destinéés*, tu *Fortune-telling book*, *Moira*, tu *Dit*, un *Fatum*, el sino que me fue atribuido a la hora del reparto, *Ich kenne Dein Los...*

pregunta a propósito del Hombre de los lobos: ¿acaso una carta “incorporada” llega a su destino? ¿Y puede darse a otra que no sea una misma, cuando dar, *el dar* debe ser también introyectado? ¿Acaso alguna vez nos dimos? Si nos dimos *algo* no nos dimos nada. Por eso creo cada vez más en la necesidad de quemarlo todo, de no conservar nada de lo que *pasó* (se dio) entre nosotros: nuestra única oportunidad.

ya no darse chance. Y cuando parezco querer asegurarme de un poder o de una posesión, sobre todo para contigo, *à ton endroit*, si se puede decir así, cuando estás en causa, significa que estoy herido, mortalmente herido.

La carta “interiorizada”, independientemente del modo utilizado (chupada, bebida, tragada, mordida, digerida, respirada, olida, husmeada, vista, escuchada, idealizada, tomada de memoria y recordada a quienquiera que sea o en vías de serlo), la “carta”, cuando la asumes y no te conformas con “incorporarla” dejándola cerrada en un lugar de tu cuerpo, la carta que diriges ahora, e incluso de viva voz e incluso en carne viva, la carta no puede entonces llegar a su destino, menos que nunca: no llega a lograr llegar al otro. Es la tragedia de mí en la “introyección”: es preciso amarse para amarse, bueno, si así lo prefieres, amor mío, para amar.

Una fecha, por ejemplo cuando se envía un sobre, nunca es perceptible, nunca se ve, jamás viene a mí, en todo caso a la consciencia, allí donde tiene estrictamente lugar, desde donde es fechada, firmada, expedida. No hay sino luz engañosa y medio luto. Todo ocurre en retiradas.

Tengo que irme ahora. Nos vemos después de la sesión. Será la última, ya no me atrevo a decir la última del año, actualmente todas las citas me lastiman. Nuestro tiempo ya no es el mismo (nunca lo fue, lo sé, pero antes era la suerte). Pronunciaste por teléfono la palabra “irreversible”, con una ligereza que me dejó sin aliento (¿está loca? ¿acaso está muerta? pero si es la muerte misma ¿y ni siquiera lo sospecha esa despistada? ¿Sabe incluso lo que está

diciendo? ¿Lo ha sabido alguna vez? La palabra “irreversible” me pareció incluso un poco bobalicona, no te lo escondo, also sprach tu modista). Pero he decidido estar alegre esta noche, ya verás.

31 de mayo de 1979.

pequeña recepción general *antes* de los Estados Generales. Aunque aquí no nos haya ido mal, entendí que podíamos irnos preparando para lo peor, distingo con bastante nitidez el perfil. Otra de nuestras “concepciones geniales: hay que huir de ellas como quien huye de la peste pero seguramente tenía que ocurrir y me precipité hacia allá, como todo mundo, una vez más. Ya verás, acudirán todos a la cita.

Es demasiado tarde como para seguir escribiéndote. Los Joly invitaron amigos a cenar, ya te contaré. Mañana muy temprano, él me acompaña al aeropuerto.

Quisiera morirme. En la montaña, un lago, mucho tiempo antes que tú. Ése es mi sueño, y esta clasificación postal me da náuseas. Antes de morir daría instrucciones. Si tú no estás, sacan mi cuerpo del lago, lo queman y te envían mis cenizas, urna bien protegida (“frágil”) pero no recomendada, para probar suerte. Sería un envío de mí que ya no vendría de mí (o un envío proveniente de mí, que lo habría ordenado, al que se añadiría un envío de mí, como gustes). Entonces te gustaría mezclar mis cenizas a lo que comes (café por la mañana, bollo de pan, té a las cinco de la tarde, etc.). Alcanzada cierta dosis, empezarías a entumecerte, a enamorarte de ti, yo te miraría andar suavemente hacia la muerte, te acercaría a mí dentro de ti con una serenidad de la que no tenemos ni idea, la reconciliación absoluta. Y darías instrucciones... Mientras tanto me voy a dormir, sigues allí, dulce amor mío.

23 de junio de 1979.

me habías dejado, yo seguía dócilmente el sueño, lo guiaba con suma discreción. Alguien, no eras exactamente tú, pero en parte sí, me conducía a través de un laberinto florido, toda una ciudad que se abría ante mis pasos una vez franqueado el portal de una mansión parisina. Todo ocurría según el simposio dedicado, por la tarde, a Peter Szondi. Se habló mucho de Celan. Su mujer estaba presente. Tiene un nombre extraño. Yo no la conocía y nos saludamos sin decir casi nada. Él estaba entre nosotros. No he terminado de explicármelas con esos dos suicidios (dos ahogamientos también, sabes lo que digo) y con esas dos amistades (entre ellos y entre nosotros). Forman una pareja, para mí ahora, para mí y conmigo. Lo que ocurrió, tras nuestros encuentros escasos y mudos, sigue siendo impensable para mí, otros me hablan ahora al respecto con insistencia, en Francia y en Alemania, como si supieran con haber leído. Con voz trémula aventuré un brevísimo discurso cuando me cedieron la palabra, pronuncié el nombre de Celan y al mismo tiempo me rehusaba a ello. Asimismo, con una elipsis hablé de mis reservas acerca de esa oposición (ya no sé de dónde provenía, de Benjamin, creo, otra vez el rojudeosuicidio) entre la literatura del “expedio” y la de la “caja fuerte”: nunca se tiene que elegir entre lo que se lee a libro abierto (¡visible como la nariz a media cara, a media “figure”!) y la cripta más hermética. Es lo mismo -soporte insoportable. No me atreví a decir “como una tarjeta

postal”, la atmósfera era demasiado piadosa. A la salida, diversas presentaciones. “Con usted resulta ya imposible presentarse” me dice una joven norteamericana (creo). Me da a entender que ha leído (antes que yo, por ende, ella acababa de llegar de Estados Unidos) “Yo, el psicoanálisis” donde doy rienda suelta, en inglés, al vocabulario tan difícil de traducir de la presentación, de las presentaciones, de las “introductions”, etc. Ante mi insistencia por saber su nombre (insistencia es mucho decir), me dijo “Metafísica” y se negó a añadir una sola palabra. Su jueguito me pareció bastante bueno y sentí a través de la insignificante frivolidad del intercambio que ella había ido bastante lejos (después me dijeron que era “germanista”).

Entendí que eras tú. Siempre has sido “mi” metafísica, la metafísica de mi vida, el “reverso” de todo lo que escribo (mi deseo, la palabra, la presencia, la proximidad, la ley, mi corazón y mi alma, todo lo que amo y que tú sabes antes que yo)

para

poner en fuga a los cazadores de recompensas, dejarles un fotomatón, una tarjeta postal estilo retrato hablado, un cartel o un póster (“wanted”): que deseen su pellejo pero sin poder hacer nada con él. He ahí una literatura sin literatura, para demostrar que toda una época de dicha literatura, si no es que toda, es incapaz de sobrevivir a cierto régimen tecnológico de las telecomunicaciones (el régimen político a este respecto resulta secundario). Ni la filosofía, ni el psicoanálisis. Ni las cartas de amor. Las que me escribes, las releo corriendo por la calle y aúllo de dolor como un loco, son las más bellas que me haya sido dado leer, las primeras que hayan sido jamás escritas pero también, debo decírtelo, las últimas. No sólo me estabas predestinada, estabas predestinada a escribir las últimas cartas de amor. Después, ya no podrán, ni yo, y me da un poco de tristeza por ti. No sólo porque tu amor se ve algo teñido de escatología y crepuscularidad, sino porque al ya no saber escribir “cartadeamor”, jamás te leerán.

“Wachs, / Ungeschriebnes zu siegeln, / das deinen Namen / erriet, / das deinen Namen / verschlüsselt.”, es de Celan, *Mit Brief und Uhr*, en *Sprachgitter*, que me regaló en 1968.

Finales de junio de 1979.

y digo ojalá me muera pronto. Ojalá que este libro esté pronto detrás mío. “La vida es un bien positivo pero acabado, cuyo término se llama la muerte. El término de lo positivo no es lo negativo, es el cero.” Lo firma aquél que fingiste citar un día para decirme (sin decírmelo) lo peor (un fragmento de las *Confesiones*, creo). Ahora he caído de mi trapecio volador. ¿Será porque de golpe la red me es prometida? ¿O al contrario?

Al no enviarte sino tarjetas postales, en suma, aunque se tratara de un flujo ininterrumpido de cartas interminables, quise para ti la liviandad, la despreocupación, nunca pesarte.

Ya he caído pero fue el principio de una cuenta “regresiva” (nunca puedo utilizar esa expresión sin pensar en aquel libro, en nuestra gramática de los perfumes y en aquel otro *Banquete*, el de Dante que me da a leer Dragonetti: “La cantidad más simple, que es el *uno*, es más olorosa en el número impar que en el par.”) A final de cuentas, primera oportunidad o primer plazo

vencido, la gran quemazón de este verano. Estarás allí, dime, en el último momento, un cerillo cada quien para empezar. Propongo que lo hagamos en septiembre justo antes de que yo me vaya (no sólo por el 7, por la agonía de mi padre y por todo lo que cada año hubo de decisivo para nosotros en esas fechas, desde el principio hasta el fin, acuérdate, sino porque necesito todo ese tiempo para trabajar en ello, prepararme a ello, todo ese tiempo para el duelo y para el festejo. Tocaremos el fuego un día de gran perdón, quizá, será por lo menos la tercera vez en que jugaré con el fuego ese día, y cada vez para la partida más grave. No conocerás mejor profanador, perjurador más fiel -y lo peor, Dios mío, es que el trapecista del cuento por más que lo consideren un virtuoso, lo que por cierto no le perdonan, no se divierte. No tiene de dónde escoger y arriesga su vida, por lo menos la suya, a cada instante.

Finales de junio de 1979.

Ya no puedo más, voy a correr. Pasé horas relejendo. Intento clasificar, es imposible, ya ni siquiera puedo releer, me ahogo, en ti, en nuestras lágrimas, en la memoria sin fondo.

Miedo de morir, sí, pero no es nada comparado con el otro terror, no conozco otro peor: sobrevivir, a mi amor, a ti, a los que amo y así lo saben, ser el último en custodiar lo que quería confiarles, mi amor.

Imagina al anciano que se queda con su testamento entre las manos, que acaba de serle devuelto (Freud decía que la cosa más monstruosa es ver morir a sus propios hijos, de él es lo que mejor entendí -y tú, de mí, lo que menos bien, quizá, a menos que sea todo lo contrario- y por eso me pareció monstruoso que tras la muerte de su hija haya podido decir "la sesión continúa"), el anciano que es el último en leerse, ya avanzada la noche.

Corrí durante media hora (siempre tras de ti, sabes, hablándote continuamente como siempre lo hago). También pensé que podrían considerar, al leer la correspondencia clasificada, que estas cartas me las envió solo: en cuanto las mando me son entregadas (soy el primero y el último en leerlas) recorriendo el trayecto de un "aparato combinado" emisor-receptor. Mediante ese dispositivo banal, yo sería el escucha de lo que cuento. Y, si entiendes bien lo que te digo, eso llega a priori a su destino, con todos los efectos deseados. O bien, da lo mismo, encuentro la mejor manera para hallarme a priori, mientras me espero y me alcanzo, donde quiera que eso llegue, siempre aquí y allá a la vez, *fort und da*. Entonces llega siempre a su destino. ¡Eh! es una buena definición de "yo" y de la fantasía, en el fondo. Pero ahí lo tienes, hablo de otra cosa, de ti y de Necesidad.

Finales de junio de 1979.

me crees cuando te conviene y estarás segura de estar en lo cierto.

Sueño de hace un rato: obsequioso, en torno a la palabra obsequioso. Me presionaban, ya no sé quién, obsequiosamente, para que publicara, dejara leer, divulgara. Pero la palabra "obsequioso" ocupaba el primer plano. Intento comprender, seguir por donde hay que seguir, por el

lado de toda la obsecuencia requerida, de la madre sobreviviente que sigue la “dead letter”.

Releo, unas veces zozobrando en nuestra inmensa memoria, otras veces con la meticulosa atención del filólogo. Incluso durante los años y años anteriores a la secuencia de Oxford (a propósito, decidí ir de nuevo después del simposio de Estrasburgo, por ahí del 15 de julio, iré solo), el léxico “postal” es ya abundante en exceso, por ejemplo el juego en torno a la palabra timbre, e incluso antes de la obsesión que data de Yale. Pienso ahora mismo que toda “producción”, como ellos le llaman, de un concepto o de un sistema que nunca ocurre sin un nombre y una efigie equivale también a emitir un timbre, que es en sí una tarjeta postal (imagen, texto, reproducción y en la mayoría de los casos forma rectangular).

Timbre: tipo:

Prägung des Seins.

The anxiety of influence nace entonces del hecho de que para recorrer semejante trayecto, para transmitir o transferir semejante mensaje, tienes que pagar por adelantado el timbre, hacer que lo sellen o lo maten, hacerte tachar de esto o aquello, por ejemplo de platonismo. El impuesto no se paga a los muertos que han muerto sino a su nombre (es por eso que sólo los mortales son nombrables y se muere del nombre mismo), y nada llega a suceder a la vez a un nombre y a su portador. Un maestro en el arte de pensar emite timbres o tarjetas postales, construye autopistas de cuota: pero contrariamente a las apariencias, nadie divisa ni percibe nada. Está también la palabra “voiture”, automóvil - cualquiera creería que nos pasamos la vida en auto, y varios autos que se encuentran, se inmovilizan uno frente al otro durante la primera cita, y volantes agarrados con cuatro manos, y persecuciones y cruces y te rebaso y me rebasas y los trayectos que se pierden en la noche, los portezuelas que se azotan y andas hacia mí y yo que te autoenvío⁶³ otra vez, y las descomposturas y el despertar a la orilla de la autopista, me habías detenido en medio de los camiones de carga

Este secreto entre nosotros no es el nuestro.

Cada vez me resulta más difícil, más difícil escribirte. Ahora sé a qué están condenadas estas cartas, pero siempre lo supe.

4 de julio de 1979.

Acabo de llamarte desde el restaurante y luego de regresar a la Cité. Sí, qué sosiego después del infierno. Perdóname, ando demasiado mal.

Eso no me impide “vivir” o aparentar. Extraño simposio, el más amistoso, si se puede decir así, incluso el más “familiar” (Martine ocupa la habitación de al lado, y parece bastante alegre). Aquí están todos

Metafísica también, de la que te hablé.

Y aquí estás tú, muy cerca, no me dejas (pese a toda esa “determinación” en la que tanto crees, te cuido, nos cuido celosamente.

⁶³ Hay aquí en francés un neologismo verbal (*je t'envoiture*) creado mediante la fusión de las palabras *envoi* (“envío”) y *voiture* (“automóvil”). [T.]

So pretexto de la “ley del género” y de “la locura del día”, hablaré de ti, no lo sabrán y del *je-nous*⁶⁴ de mi hija única, de esa loca aliada que es mi ley y a la que mi “sí” espanta. Cuidate

(Regreso en avión el lunes, pero de aquí a entonces te llamaré).

8 de julio de 1979.

y pensé mucho en Bettina. Oh no eres tú pero la situación es espantosa y es preciso hablar sin gine-magogia. La víctima más inocente y más dolorosa lo instala a uno en el peor de los *double bind*: independientemente de la iniciativa que “él” tomara respecto de ella y de su escritura, él resultaba a priori culpable.

¡Ah! ¡Si entre ambos, escribir y no escribir, la salvación nos fuera dada por la tarjeta postal, y la inocencia! Qué desgracia.

sí, pero me pregunto quién habrá adivinado que esa “ley del género” era un telegrama cifrado, y tú lo habías recibido antes incluso de que yo lo “entregara” aquí, y ya habías muerto diez veces.

Lógicamente, “la ley del género” debería figurar, a título de correspondencia abierta, en nuestro “*dossier*”, en nuestro “expediente”, con fecha de mayo junio de 1979. Ya ves por qué punto semejante lógica se torna enloquecedora. La palabra “*dossier*” vino seguramente con motivo del trabajo secretarial gracias al cual curaré mis heridas este verano; seguramente fue también inducido por detrás, desde la parte trasera, la de la tarjeta postal, la de Sócrates y todo lo que yo tendría que haberme apoyado. Fíjate en esto: el *dossier* o respaldo del sillón figura como la única pared entre S y p. Se trata, mutatis mutandis, de la cortina con enaguas por encima de la cual el carrito hace *fort : da* (todos los yoyos traídos desde Yale). El *dossier* (expediente o respaldo) que convenía colocar allí, entre ellos, es un contrato, es el himen, amor mío.

Por fortuna se tocó el tema de aquella carta de Hölderlin acerca del *Wechsel der Töne* (mi preocupación principal, no digo la única).

8 de julio de 1979.

durante todo el tiempo que dediqué a recortar estas dos florecitas para ti.
sigue la línea de
mi dibujo, mi línea de vida, mi línea de conducta.

8 de julio de 1979.

del mismo dibujo contesto a tu pregunta, pues no cualquiera lo hace: no cualquiera le da a Sócrates por el culo.

⁶⁴ Hay aquí en francés un juego de palabras, al que el autor recurre ya en páginas anteriores, en torno a la homofonía entre *genou* (“rodilla”) y *je-nous* (“yo-nosotros”). [T.]

8 de julio de 1979.

y aunque hubiera querido, todavía no te hubiera contado ese secreto, es el sitio del ser muerto para quien escribo (digo el *ser muerto*, o más que vivo, todavía no ha nacido pese a su inmemorial llegada, porque no sé nada acerca de su sexo), él es quien me separa de todo, de todos y de todas, no menos de mí que de ti, y quien le da a todo lo que escribo este aire de *Geist eines Briefes* (¿recuerdas dónde lo habíamos visto juntos?). Y sin embargo este secreto que no puedo contarte no es nada, o más bien no es nada fuera de ti, está más cerca de ti que de mí, se te parece. Si pudieras mirarte como en un sueño que tengo de ti mirándote una tarde me dirías la verdad

intenta traducir “nos veremos morir”.

Ayer durante el simposio, un amigo canadiense me dice que en Montreal, durante una conferencia muy concurrida, Serge Doubrovsky quiso obtener cierto efecto con una noticia que creía poder dar a conocer a su auditorio: ¡parece que estoy en psicoanálisis! Qué tipo tan fresco ¿no te parece? Uno de estos días tengo que hablarlo con él, en particular en lo que al trayecto se refiere. Aquel amigo, del cual no tengo por qué desconfiar, me dice que el contexto era poco más o menos el siguiente: ¿sabían que J.D. está en psicoanálisis, así como yo (S.D.) lo estuve?, por eso escribí lo que escribí, ¡¡¡ya veremos con él!!! Te lo juro. Lo más enorme, lo que a decir verdad me fascina en esta historia, no es la asombrosa seguridad con la cual inventan y traen de un lado para otro lo falso, sino sobre todo que no se resistan al deseo de obtener con ello un efecto provechoso (revelación, denuncia, triunfo, encierro, no sé, en todo caso algo que crece súbitamente por el hecho de que el otro esté “ennanalyse”, ensicoanálisis: en todo caso lo que sí es *verdad* es que eso le daría mucho gusto a S.D.). Mira que no me sorprende tanto. Puesto que Lacan no pudo resistir a la misma tentación cuando la publicación del *Verbier* y de *Fors*, dejándose llevar en pleno seminario (aunque después se retractara de la torpeza cometida, con puntos suspensivos en *Ornicar* -me gustaría bastante saber qué fue lo que lo obligó a ello pero tengo algunas hipótesis), el rumor se volvía de alguna manera legítimo. ¿Por qué la gente tiene ganas de que alguien esté ensicoanálisis? ¿Acerca de quién dice uno en estos casos: de no ser cierto hay que inventarlo? Y con eso el asunto se torna “verdadero”: resulta verdad que para Lacan y Doubrovsky, por ejemplo es *necesario* que yo esté ensicoanálisis. Es preciso partir de ahí y analizar el fenómeno: ¿quién soy yo y qué he hecho yo para que sea ésa la verdad de su deseo? El que una gran figura del psicoanálisis no se resista al deseo de inventar al respecto (por lo menos semejante “hipótesis”, así lo dijo él según parece, y la hipótesis se convirtió en certeza en Quebec), el que haga del asunto la comidilla de todos cual si se tratara de una noticia interesante y, según lo que me han contado de la escena, destinada a tranquilizar dentro del escarnio (la gente del seminario reía, según parece, al escuchar decir que alguien estaba ensicoanálisis), he ahí algo en torno a lo cual la meditación apenas empieza y que va mucho más allá de mi caso personal. No diría como alguien dijo: he ahí *el* problema, un síntoma del problema, pero bueno, es cierto que son muchos, según me dicen, los que no creen y por ende no soportan que yo haya estado nunca ensicoanálisis. Y eso debe de significar algo nada desdeñable en el entorno de su época y en el estado de su relación con lo que leen, escriben, hacen, dicen, viven, etc. Sobre todo si son incapaces del

menor control durante esa invención compulsiva. Si al menos se mostraran más ágiles, si dijeran prudentemente “dejando de lado los hechos” que yo debo de estar siguiendo una especie de psicoanálisis fuera de toda “situación analítica” de índole institucional, que prosigo mi elaboración analítica por ejemplo aquí al escribir, o con todos los lectores que acabo privilegiando transferencialmente, con Sócrates, con mi analista póstumo o contigo por ejemplo, de acuerdo, yo mismo lo digo todo el tiempo. Pero eso se aplica para todo mundo, la “noticia” carecería de interés y no es lo que aquellos dos dicen. De hecho, conozco a algunas personas que saben, soportan, se explican el que yo no esté ensicoanálisis (¿ves a quién me refiero?), ponderan el problema y creo que gozan de mayor lucidez acerca de la historia y el estado actual de la institución analítica. Y acerca de mi “estado” y mi “trabajo”, por otra parte y respetando las debidas proporciones. ¿Estarías de acuerdo? Habrá que estar al pendiente, en todo caso estoy seguro de que esto no se quedará así.

Me encontré aquí de nuevo con la estudiante norteamericana con la que había tomado un café el sábado pasado, la que buscaba un tema de tesis (en literatura comparada), le sugerí algo en torno al teléfono en la literatura del siglo XX (y más allá), partiendo por ejemplo de la señora de los teléfonos en Proust o de la figura de la operadora norteamericana, para plantear después la interrogante de los efectos de la telemática más avanzada sobre lo que todavía quedaría de la literatura. Le hablé de microprocesadores y de terminales de computadora, parecía un tanto asqueada. Me dijo que todavía le gustaba la literatura (a mí también, le contesté, le aseguro que sí). Curiosidad por saber lo que entendía por eso.

Entre el 9 y el 19 de julio de 1979. ¡Estoy fool, y lo acepto!

Porque somos *también* una “ecuación con una incógnita doble”, como él dice en *Más allá...* Ya no te reconozco, amor mío, lo banalizas todo con una rabia. Pero qué cosa tan grave tienes que disimular, ante ti misma seguramente.

sí, estoy seguro de que era la única decisión posible: porque bueno, aquí entre nos, ¿quién hubiera podido heredar estas cartas? Creo en efecto que más vale borrar todas las imágenes, todas las demás tarjetas, las fotos, las iniciales, los dibujos, etc. La tarjeta de Oxford basta. Posee el poder iconográfico que cabe esperar para leer o dar a leer toda la historia, entre nosotros, esta secuencia punteada por dos años, de Oxford a Oxford, vía dos siglos o dos milenios (¿eres sensible al hecho de que cada momento de nosotros es mayor que nuestra vida entera, y nuestra memoria mucho más amplia que la historia completa del mundo? Flotamos hoy en ella como idiotas. Nadamos de “hoyo negro” en “hoyo negro”. En cierto momento, había pensado en añadir (vuelvo a las imágenes) una sola tarjeta, la que me enviaba Bernard Graciet hace algún tiempo, pero renuncié a ello, la nuestra debe permanecer sola. El interés de la otra consiste en que aparecía como la inversión de la Sp, su dorso, si tú quieres. Es una fotografía de Erich Salomon, se titula *El curso del profesor W. Khal*: sentado a su mesa (un pupitre ligeramente inclinado, más bien), un profesor barbudo tiene el dedo en el aire (¿reprimenda, amenaza, explicación autoritaria?) mientras mira hacia el fondo del salón, que no se ve. Pero parece no ver al

alumno que voltea en dirección del pizarrón y cuya cabeza se distingue en primer plano. No puede decirse que estén frente a frente aunque tampoco se dan la espalda. El alumno tiene la cabeza gacha, se ve su perfil y su nuca como una gran mancha blanca a la altura del pupitre magistral, justo debajo. El maestro está sentado en un sillón (¿redondeces, molduras, motivos florales?). Al reverso de la tarjeta, unas líneas de Graciet: “-”, “dice, solo, en su cátedra, desde lo alto del pupitre magistral cual parapeto, extrañamente cercano, terrible, irguiendo el índice hacia no sé cuál último redoble de la pregunta, cuál postrera ley salomónica. -El habitante de la otra orilla- umbría, inclinando su lampiña nuca esbelta y juvenil bajo el invisible yugo de la prueba anotaba aplicadamente los pormenores del discurso, los fragmentos de la distancia iniciadora, a riesgo del colmo de su ignorancia, aceptando lo peor, el silencio”.

Una divulgación decidible, estoy seguro de que los aplacaré. Estos simulacros los volverán locos. Considerando cuánto los amo, lo deseo y lo temo a la vez. ¿Qué darles si no eso? A veces deseo que todo permanezca ilegible para ellos -y también para ti. Su devenir absolutamente irreconocible. El misterio absoluto para mí, eres tú, no sé si al recortar y montar el fantasmátón te gustará reconocer.

Entre el 9 y el 19 de julio de 1979. “Je te suis vrai Partout, dice él: “te soy verdadero por doquier” pero también je te suivrai partout”, “te seguiré a todas partes”. Y tú, dime. Puedes decirlo pero no escribirlo, sin errores, quiero decir.

¿Que qué espero de ti? pues la absolución, nada menos, y de tus manos la extremaunción.

Entre el 9 y el 19 de julio de 1979. Mira, mi melancolía se te parece, ¿no lo crees?

Entre el 9 y el 19 de julio de 1979. Me levanté muy temprano. Ganas repentinas de hacer un breve inventario de los dedos levantados en la pintura, son tantos, la virgen de las rocas y cosas por el estilo, otros Vinci, etc. No me esperes para salir. (Pensé en lo que decías ayer: por qué no, tomen partido, contraataquen, formen una especie de sindicato -tienen ustedes que vérselas con un verdadero patronato).

Entre el 9 y el 19 de julio de 1979. Lee esto. Caigo en el momento justo (bueno, más o menos, hubiera preferido que semejante sincronía fuera evitada): si es publicado, será en el mismo momento en que dicha “revolución telemática” dará de qué hablar (Videotex y Teletel).

Entre el 9 y el 19 de julio de 1979. Anoche fuiste más fuerte que yo una vez más. Siempre vas más lejos. Pero nunca aceptaré que cualquiera se interponga entre nosotros o juegue su juego, no creo en ninguna indemnización y te pido que se lo des a entender hoy -discretamente pero sin equívocos. No le des esperanza alguna. Vuelvo enseguida. (Insiste bien, por favor, como si te hubiera yo encargado este mensaje: lo que menos soporto son las insinuaciones. Y las tuyas fueron de una vulgaridad -incluso imperdonable).

Entre el 9 y el 19 de julio de 1979.

Ha de haber sido al mirar a Sócrates como lo mira (en la misma dirección pero de espaldas) cuando Platón se dijo: siempre ocurre, tenía que ocurrir, tenía que llegar a su destino puesto que llegó, puesto que ocurrió, yo vengo detrás de él. Pero no puedo decirlo, he allí la palabra exacta, sino a *posteriori*. Aposteriorizo, en ello radica la facilidad de todas las situaciones imposibles, de todos los atolladeros.

Entre el 9 y el 19 de julio de 1979.

ya no más bollos. No lo substituirá pero mira, si tienes tiempo, lo que dejo sobre tu secreter. Vienen todas de la librería de la calle Gay-Lussac en la que me paso horas en este momento. Es especializada. ¡Tantas revistas increíbles! ¿Qué coleccionaban exactamente? La diferencia entre un coleccionista de tarjetas postales y otro coleccionista (pienso en todas las colecciones de Freud y al coleccionista que debía ya de imitar, reproducir dentro de sí) consiste en que puede comunicarse con los demás coleccionistas mediante tarjetas postales, enriqueciendo y complicando así peculiarmente el intercambio. Estando en la librería, sentí que formaban entre ellos, de Estado a Estado, de nación a nación, una sociedad secreta a cielo abierto sumamente poderosa. Los coleccionistas de piedras no pueden comunicarse entre sí arrojándose piedras. Ni siquiera los coleccionistas de timbres. No pueden escribirse directamente sobre la cosa, sobre el soporte, no pueden acumular mientras se escriben acerca de la acumulación. Por eso únicamente coleccionan. Siendo que -y ésa es toda la historia, toda la adestinación de los envíos- cuando se envía tarjetas postales (o los diálogos de Platón) para comunicar acerca de las tarjetas postales, la colección se torna imposible, ya no se totaliza, ya no se delimita nada.

Esto le conviene a la apariencia necesariamente "intempestiva" de los MP's, de los Maestros en el arte de Pensar o de los Maestros de lo Postal, les gusta la anacronía, se morirían por ella. Pero la calidad del goce, la que permite que se les haga agua la boca de su nombre, la esencia de ese placer tan por venir que nadie estará allí para él, el sabor de ese placer más allá del placer, la conocen, seguramente, pero es indescriptible, es su secreto. Saben llevárselo a la tumba.

Qué tristeza me dan, qué lástima; no es que se priven de todo, mientras están vivos, para nada, pero los demás así lo creen y se vengan de ellos, se los hacen, ahora mismo, pagar, hasta ahora.

Entre el 9 y el 19 de julio de 1979.

me habrás impuesto, dice ella, tus aparecidos. Incluso hoy, quizá me impones a mí sobre tus aparecidos. Y hasta sobre el secreto de tu modista.

No me creíste hace rato lo que te dije por teléfono acerca del vuelo rumbo a Oxford y del accidente de avión. Realmente lo pienso -pero es cierto que nunca me he sentido más vivo. Justamente.

De ahí, por razonable que sea (y no puedo sino entenderla) la lamentable debilidad, la imbecilidad esencial diría yo de la "determinación" en la que te mantienes.

19 de julio de 1979.

Me siento muy mal, esta vez se acabó, la siento llegar.

Antes incluso de dar un paso por la ciudad, prefiero escribirte. Míralos, a esos dos, ambos del mundo, me esperan guarecidos. Estoy en la estación y voy a tomar un taxi hasta Balliol donde tengo cita con Alan. Desde el aeropuerto tomé un autobús, y el boleto "leía" como sólo puede decirse en inglés, se leía "to Reading Station → Oxford". Desde la estación de Reading llamé a Montefiore. Estás conmigo pero quisiera que estuvieras conmigo, hasta el último momento.

19 de julio de 1979.

con todas esas recomendaciones me dirigí desde temprano por la mañana, una hora después de mi llegada, a la Bodleian. La bibliotecaria parecía conocerme (no entendí bien, algo mencionó de las dificultades que le ocasionó mi libro) pero no por eso me ahorré el juramento. Me pidió que lo *leyera* (se trata de comprometerse a respetar las reglas de la biblioteca, los tesoros por proteger no tienen precio). Lo leí pues y le devolví el cartón cubierto de papel transparente que me había entregado. Entonces ella insiste, yo no había entendido nada: ¡no, tiene usted que leerlo en voz alta! Lo hice, con ese acento del que tanto te burlas, ya te imaginas la escena. Estábamos solos en su oficina. Entendí mejor la ceremonia nupcial y las presuposiciones profundas del performativismo de Oxford. ¿Qué valor tendría un juramento que no pronunciaras en voz alta, únicamente leído, o que únicamente leyeras al escribir? ¿o que pronunciaras por teléfono? ¿o cuya grabación entregaras? Te dejo continuar. Dicho lo anterior, ella seguramente se cercioró, mientras charlábamos, de que yo sabía bastante inglés como para entender el texto. ¿Bastante? No se dio cuenta de que andaba lo bastante en la luna como para no intentar traducirme todos los "detalles".

y de pronto, resumo, el pequeño volumen estaba allí, sobre la mesa, no me atrevía a tocarlo. Creo que duró un largo rato, lo suficiente como para intrigar al vecino. Me sentía vigilado en un momento en el que hubiera deseado estar solo, como puedo estar solo contigo. Ya no quedaba de mí sino Superstición, sabes, la todopoderosa, la omnipresente. Los preparativos habían durado demasiado y durante mucho tiempo creí que no me darían esa cosa, que permanecería separado de ella para siempre. Seguramente fue por obedecer al vecino que terminé apartando las páginas, sosteniendo el forro de piel con ambas manos. No sabía por dónde empezar a leer, a buscar, a abrir. Después de un buen rato, inquieto o ya tranquilo, no sé, no había yo encontrado nada, ni la menor imagen. Me acordé del padre de Martine, sabes, cuando en el cementerio de Saint-Eugène en Argel ya no hallaba la tumba de su padre, en 1971, o más bien la confundía con otra, con una lápida agrietada -había vuelto por ella y empezaba a cobrar sospechas de las peores fechorías- y que yo se la señalé a sus pies. Iba yo a protestar: no es éste el libro que deseaba, por el cual vine en avión solicitando con mucha anticipación que lo prepararan, que ustedes mismos se prepararan para dejarme verlo, etc. La tarjeta sí decía "frontispiece" y este libro no tiene frontispicio alguno (de repente me sentí muy inquieto: ¿qué significa exactamente "frontispicio"?). Es cierto que había otros dos dibujos, cerca del principio y como a los dos tercios del volumen, y que eran del mismo estilo, pero no el que yo buscaba. En realidad

era a ti a quien pedía auxilio cuando de pronto los vi, pero muy rápidamente, dejando correr la orilla de las páginas bajo mi pulgar como suele hacerse con un mazo de naipes o un buen fajo de billetes en el banco. Desaparecen enseguida, realmente cual ladrones en medio de un ruido de hojas, o cual ardillas. ¡No era un sueño! Vuelvo a registrarlo todo pacientemente, de veras, no exagero, como si estuviera a mitad del bosque, como si fueran ladrones, ardillas o setas. Por fin los atrapo, todo se inmoviliza, sostengo el libro abierto con ambas manos. Si supieras amor mío cuán hermosos son. Pequeñitos, más pequeños que en la reproducción (iba yo a decir que de tamaño natural). ¡Qué par! Me vieron llorar, se los dije todo. La revelación, capaz de hacerte latir el corazón como la vida y la verdad, radica en el color. Eso no podía yo preverlo, ni la presencia de los colores ni que fueran tal o cual. Los nombres son rojos, plato y Sócrates rojos, como crestas encima de sus cabezas. Ni una sola gota de rojo en otra parte. Los colores parecen añadidos, con una aplicación de colegial, por encima del trazo de tinta color castaño, entre marrón y negro. Luego verde todo lo que ves como una sombra gris en la tarjeta, sobre los dos largueros verticales del marco, sobre la cinta con pequeñas flores que parecen plantadas, esa especie de zócalo debajo de Sócrates, sobre el respaldo y sobre el asiento, en los bordes de la pequeña superficie rectangular sobre la que Sócrates tiene su raspador. Y si bien la de plato no tiene color, digo, castaño como los trazos de pluma, Sócrates tiene una barba azul. También allí el tinte fue aplicado, casi pintarrajeado, por encima del vello marrón. Azules, del mismo azul, son también las cuatro esquinas oscuras del marco. Era demasiado. Estaba yo estupefacto, sobrecogido. Bien sabes que en esos momentos necesito dejarlo todo tal cual y salir. Tiene que devolverse el libro, nunca dejarlo sobre la mesa. Habiéndome cerciorado de que lo apartarían para mí y de que me lo entregarían a mi regreso, di unos pasos por la calle. Intenté llamarte pero estaba ocupado, y luego ya no contestaste, seguramente saliste.

gracias a todas esas guías empezaba yo a entender. Después de la comida (en el Colegio, con Alan y Catherine) regresé y pasé la tarde con ellos. Me los devolvieron sin dificultad alguna. A las cinco volví a salir pero no me atreví a llamarte, me dio miedo de que no estuvieras sola. Y hace un rato parecías tan lejos, tan lejana. Resulta tanto el sufrimiento, ahora, me pregunto si soy yo mismo el que lo está viviendo. Si tuviera que sufrir lo que sufro, no lo soportaría, no podría vivirlo yo mismo. Por más que me tranquilices (“estoy muy cerca”) hay un trozo de hielo en el centro de ti que no he logrado derretir. Y en él sólo veo reflejada mi muerte. Me echas todo el tiempo y a veces tengo la impresión de que me empujas a ocuparme de esas imágenes con tal de alejarme, me empujas a escribir cual se alienta a un niño para que juegue solo mientras que la madre, más libre de moverse, etc. (Pero cuidado, juego con tarjetas, y lo polimorfo no escatima nada). Estaría bien si yo muriera esta noche, en este colegio, tras haber visto la cosa al final de mi carrera.

19 de julio de 1979.

volví a salir para llamarte, estabas sorprendida y esa risa alegre, tan cercana, tan abandonada a mi voz, al “sí” que te dije casi en voz baja, la traje acá, según lo prometido, era eso lo que mendigaba y lo que me brindas siempre antes incluso de la primera palabra, me acosté con ella, eras tú.

Inmediatamente después dormí un poco, estoy muy despierto ahora, son las 2 de la mañana

Es preciso pues que te explique. El *Fortune-telling book* incluye tres partes. Tres sistemas, si entendí bien, tres tipos de predicciones en el mismo volumen, un pequeño volumen al que le faltan ya páginas. Cada sección incluye un frontispicio. Cada vez hombres de ciencia, de una ciencia matemática, cosmológica, astronómica. El primero es Euclides y ya no sé quién más, con un telescopio entre las manos, lo chequearé mañana, se me ha olvidado un poco. El tercero, Pitágoras, está solo, de frente, con las piernas abiertas bajo el vestido, un tanto faunescos y dispuesto a todo. Arriba de él su nombre (Pitágoras) entre las cortinas abiertas o las colgaduras descorridas de un teatro. Todo parece abierto, dispuesto, preparado para quién sabe qué dispensar obsceno de un saber oculto. Separados también, es lo más notable, y en toda su envergadura, la mano derecha rebasa incluso el marco, ambos brazos. Apenas el ángulo necesario para escribir, porque está escribiendo, el demonio (barba y sombrero puntiagudo, la punta derecha toca la cortina). Al igual que Sócrates podría decirse que escribe con ambas manos. La mano derecha moja la pluma en un tintero dibujado sobre el marco mismo, la mano izquierda aplica el raspador sobre una especie de carta o de papiro rectangular. Este soporte de escritura se halla a su vez soportado por un pupitre curiosamente sostenido por dos columnas con capitel. La punta de su pie derecho se apoya sobre la orilla inferior del marco y sale un poco de él. Es muy dura y puntiaguda también. A diferencia de todos los demás, deja adivinar en sus labios una sonrisa golosa o cruel, no lo sé. La dirección de su mirada se halla muy claramente marcada: la punta del raspador (del cuchillo o del escalpelo, dice un catálogo alemán, *Messer*).

y la vida ya no me falta, exulta, si pudieras venir enseguida, estoy seguro de que empezáramos de nueva cuenta.

La segunda, pues, seamos pacientes, la segunda ilustración al centro del volumen, es nuestro dúo. En la página de la izquierda, debajo de ellos, la explicación o el instructivo del libro: cómo interrogarlo para descifrar la *suerte*. Es bastante complicado y me cuesta trabajo leer esa letra. Necesito que me ayuden. Vuelvo mañana. No sé si te dije que el juramento que me hicieron pronunciar en voz alta (y sin el cual jamás me hubieran dejado penetrar) estipulaba, entre otras cosas, que no debo introducir ni fuego ni llama en este recinto: "I hereby undertake... not to bring into the Library or kindle therein any fire or flame... and I promise to obey all rules of the Library." Voy a dormir contigo.

20 de julio de 1979. Estoy sentado a esta mesa, que marqué con una cruz en el plano. La sala Duke Humphrey, en la Old Library, es el santuario de los manuscritos más preciosos. Adjunto un plano a mi carta. Llegué hace rato, a la hora en que abren, arrastrando todavía ese sueño: rodeando a un enfermo visiblemente en riesgo de morir, varios médicos. El enfermo, un hombre cuyos rasgos no distingo (únicamente sábanas, movimientos de sábana blanca) está tendido, pasivo, inmóvil. Los médicos, resulta muy claro, esperan el diagnóstico o la respuesta de un "jefe" eminente, más alto que ellos y silencioso, incluso ensimismado, y poco atento a sus discípulos. Parece preocupado y poco dispuesto a

tranquilizar a cualquiera. Se inclina sobre el pecho del enfermo, lleva una lámpara en la frente (como el otorrinolaringólogo que tanto me aterrorizaba durante cada una de mis otitis de la infancia). Ambiente: lección de anatomía. El fallo de muerte está por llegar, todo mundo parece estarlo esperando. Por lo visto, la enfermedad se ubica a nivel del pecho (mi padre), y allí es donde se fija, para hurgar, para hacer daño y quemar, el rayo de luz del cíclope. Algo de la sábana se levanta como una cortina en el teatro, pero apenas, discretamente, y aparece una pierna de mujer, tan bella que me volvería loco.

De nuevo tengo el libro abierto por la mitad e intento comprender, no es fácil. En la página de la derecha, enfrente de la de Socrates, lo más cerca posible de esa mesa sobre la que “raspa”, un cuadro: 32 compartimientos, dos por 16. En cada compartimiento, en cada casilla, una pregunta. Las 16 preguntas de la parte superior se hallan meramente reproducidas en la parte inferior. Ambas partes están separadas por una gruesa línea trenzada. Cada grupo de 4 preguntas (4 x 4 arriba, 4 x 4 abajo) incluye, en el centro, una letra (A B C D E, etc.). Entonces: según la explicación más o menos legible debajo de los pies de Socrates y plato, empiezas por elegir tu pregunta. Quieres saber por ejemplo (!), se trata de la primera pregunta arriba a la izquierda, *An erit bonum ire extra domum vel non* (¿hay otras?), compruebas que pertenece al grupo A de arriba y que se halla repetida en el grupo E de abajo. Es decir AE. ¿Qué hacer entonces? Al menos si quieres saber cuál es tu *sors* o tu *fors*, tu fortuna, si es bueno salir de casa, pues he ahí nuestro problema, ¿no es así? das vuelta a la página. Esa página falta en el libro (si publico esto van a creer que estoy inventando, pero podrían verificarlo). Ahora bien, se trata de la página de la decisión aleatoria. Pero leyendo con detenimiento la explicación se entiende que mostraba un círculo con números. Sin titubeos, pensando en tu pregunta, eliges un número dentro del círculo, que debía incluir 12 de ellos, lo eliges al azar y “sodenly” (“ever first take your noumber in the Cerkelle sodenly thynkyng on the question”. El catálogo lo confirma, según veo: “It would seem hence that a leaf or schedule containing the inceptive *circle* has been los”). Tu elección del número dentro del círculo “inceptivo” determina todo el resto del trayecto: es allí, en el sitio de esa página ausente, donde te determinas como por casualidad, randomly. Todo lo que sigue está perfectamente encarrilado, vas a ver, ni el menor azar. Supón que elegiste 4. En la página siguiente, un cuadro de entrada doble, una pequeña computadora, si quieres (*Tabula inscripta “Computentur capita epigramatum”*), te da, para AE4, *Spera fructuum*, remitiéndote así a un círculo dentro de una serie, cada uno de ellos dividido en 12 secciones y 12 nombres. Los círculos son seis, me parece (*Spera specierum*, *Sp. florum*, *Sp. bestiarum*, *Sp. volatiliium*, *Sp. civitatum*, *Sp. fructuum* al fin, sobre el cual acabas de caer, en AE4, pues, y en la sección correspondiente a “*ficus*”). ¿Vamos bien? Consultas entonces el círculo de las frutas, buscas la sección “*higo*” como en un mapa o en un pastel, y lees, bajo el nombre “*Ficus*”, nuestra pregunta, *An erit bonum ire extra domum vel non*. Efectivamente, he ahí el problema, ¿verdad?. Más abajo, te remiten de nuevo. ¿Hacia dónde? Pues hacia el Rey, amor mío, y el rey de España. *Ite ad Regem Hispanie*. Hay, me parece, 16 reyes, y cada uno propone 4 respuestas, 4 sentencias, 4 “verses or Judgements”. Como tu número es el 4, tu sentencia es la cuarta. Adivina qué dice





Computatarius capitulum...

HE	AE	AO	OE	OZ	OO	OT	
Quila Auis	Constā tinopol	Kistar ella.A.	co. bestia	eruf Alē.ā	orbel lus.ā	cras ciuit.	muscu liat.ā
Alcol ciuitā	ulaur Auis	Acem i. fecit	eritū ciuitas	par uer.ā.	yrus ciuitā	Gime ra. Aui	ems ā.ā
Falcon i. uis	et. i. Speac	erobe zua. ci.	stus Auis	Alar ia. ci.	oma ānata	nnā bestia	pu pa. a.
scus fruct.	Cipru ciuitā	car Auis	ofa flos.	omū atnū	Brola mā. ci.	ru nā. fe	cesar ca. a.
vilalo el. spet	ebast en. fru	ares flos	Abilo nā. a.	oned ula. A.	copat dus bestia	iola flos	Ha piter
'dina ciuitā	Auo Auis.	aodi ā. ci.	mū Spere	oye aue	Uet Auis	amā cus. a.	Imp bea. ā
ncey fice. fe.	oma ciuitā	erin flos	peat Auis	epus bestia	ala mā. f.	bein flos.	ika fruct
orbel Auis	itron fruct.	lygar ciuitā	ira Grossa fruct.	āpho ra. spē	ccarō ciuit	Rus Auis.	ma ciuitā
Imā sa. ciū	Abac bestia	allia muscu spere	Kyo lis. ci.	ic. up ict. quō	elon el. fe.	Calem ra. ciū	ulpi bestia



Un día habré muerto, vendrás sola a la Duke Humphrey room, buscarás la respuesta en ese libro. Y hallarás una señal que ahora deposito en él (no soy el primero pues los bárbaros no han faltado, ni antes de mí los perjuros).

El principio es al menos análogo en las otras tablas, aunque los “contenidos” difieran y se opere mediante, por ejemplo, los 12 hijos de Jacob, aves, jueces, profetas. Para que nuestro cuadro esté completo, has de saber que en los pronósticos de Pitágoras, una pregunta dice “Si puer vivet”. Te remite a las aves, por ejemplo a la paloma que te proporciona la respuesta de un juez (cada uno tiene 12).

El juego del 4 es, como bien lo adivinas, bastante fascinante, sobre todo en el caso de los reyes. En *le Facteur de la vérité* digo también que van de cuatro en cuatro, los reyes, etc. Sueño todavía con nuestra pareja, sería capaz de pasarme la vida admirándola. Aunque me fíe del experto de J.C.L., tengo derecho a decir que, al señalar a S. con el dedo (“He aquí al gran hombre”), plato nombra a Sócrates: he aquí a Sócrates, Sócrates es él, este individuo es Sócrates. Bueno. ¿Nombra acaso a “Sócrates”? ¿o a Sócrates? Pues no olvides, ante todo, a Fido: que esto es una efigie a la que se añade un nombre y no Sócrates “mismo” (pues sí, Fido fue concebido en Oxford, por Ryle creo, al que conocí hace más de diez años y que ahora ha muerto, ya sólo queda su nombre). Dice que el otro es Sócrates pero no llama a Sócrates (según el experto). Dice o indica su nombre, pero no lo llama. Why not? Prove it. Y si yo dijera (pero estoy muy cansado y preferiría caminar por la calle contigo, estrechando muy fuerte tu cintura, y mi mano intentaría cerrarse en torno al hueso de la cadera siguiendo paso a paso tu movimiento), que plato llama a Sócrates, le dicta una orden (performativa júsica, como dicen en Oxford, del tipo “envía una tarjeta a Freud”, ahí tienes, ahora mismo, ya estuvo). Y si yo dijera que al señalar al tal Sócrates, plato *nos* dice (ya que, nos dice el experto, es a nosotros a quienes se dirige): lo transfieren todo, y a todos, hacia Sócrates. No sabes si es una orden o un mero señalamiento. Ni si la transferencia amorosa se lleva a cabo *porque* Sócrates escribe o precisamente porque *no* escribe, puesto que armado de pluma y raspador en este momento hace ambas cosas al no hacer ni una ni otra. Y aunque no escribe, no sabes por qué en este momento no escribe, si es porque suspendió su pluma en el aire *durante un instante* o porque borra al raspar, o si es porque no puede escribir o porque puede no escribir, porque sabe o no sabe, etc. O simplemente porque es *leyente* y que siempre es hacia lo leyente, algo sabes tú de eso, que yo efectúo la transferencia. Y Sócrates mismo, míralo, prosigue su análisis; dando la espalda transfiere (una porción solamente, con cada uno de sus discípulos), y simultáneamente traduce o transcribe todo, todas las interpretaciones del otro. Toma notas con miras a una publicación en la era moderna.⁶⁵ Finge escribir pero lleva una grabadora de bolsillo bajo el abrigo, o más bien sobre la cabeza, bajo su sombrero de pico: el micrófono tiende su pértiga por encima de la cabeza de plato que ni se entera de nada. Todo esto será publicado por (adivina) en la colección (adivina) bajo el título *Los diálogos de Platón*.

⁶⁵ Hay aquí en francés un juego de palabras en torno a *les temps modernes*, que puede ser traducido como “los tiempos modernos, la era moderna”, pero alude también a *Les Temps modernes*, título de la revista fundada en 1945 por R. Aron, S. de Beauvoir, M. Leiris, M. Merleau-Ponty, A. Ollivier, J. Paulhan et J.-P. Sartre. [T.]

y yo te llamo amor mío, te extraño. Cuando te llamé por primera vez, ibas al volante, te despertaste al recibir el nombre que te daba (lo recibí de ti, me lo dijiste mucho después). No te nombré señalándote ante los demás, nunca te señalé ante los demás mediante el nombre que te conocen y que yo considero un mero homónimo del que te doy yo, no, te llamé a ti. Y así tu nombre lo tomé. Que sí, y un poco al estilo de cuando ellos dicen, según su sistema, que una mujer toma el nombre de su marido. En cada ocasión, en nuestras incontables nupcias secretas, me convertí en tu mujer. Nunca he dejado de esperar hijos tuyos. Si puer vivet... Bellos hijos, no, una belleza de hijos.

Voy a devolver el libro y salir de la biblioteca. Cita con Montefiore y Catherine, los llevo a cenar a uno de los muchos restaurantes hindúes de la ciudad.

21 de julio de 1979.

ese tal Stephen Saint-Léger, de nombre predestinado, es un exalumno de Montefiore. Lo puse sobre la pista y me había comunicado ciertas informaciones acerca de ese Matthew Paris (en torno al cual he decidido, de aquí a unos quince o veinte años, cuando me haya preparado bien, elaborar mi tesis). Esas informaciones sumarias y preliminares le habían sido transmitidas por uno de sus amigos cuyo nombre calló. Aparentemente alguien que puede acercarse al asunto con la experiencia necesaria. Le envié a Stephen Saint-Léger, junto con una carta de la que este último me entregó un fragmento, una tarjeta postal o una reproducción española (*letrart*) que también tengo a la vista. En el anverso, o en el reverso, ya no sé, un Fragmento⁶⁶ de *El Jardín de las Delicias* de El Bosco, que se encuentra en el Prado. En la otra cara, a máquina, algunas informaciones, una especie de primera ficha acerca de Matthew Paris: "vivió en el priorato de St. Alban y en Oxford, composed chronicle Historia Major (1259) and its (longer) abridgement Historia minor manuscripts of former in Corpus Christi, Cambridge (aaaargh) and of latter in Arundel manuscript in BM. Also (in Cambridge and London) a history of the ELEPHANT (with drawings), an illustrated itinerary from London to Jerusalem, and several natural philosophical discussions of the four elements and the winds. Meanwhile, in Ashmole MS 304, there is (see xerox) a vellum book in M.P' hand on fortune telling. Philosophically? Influenced by the Platonist revival of ca. 1180 (see Abelard): hence brilliant and bizarre references in history writing to the state, nature, the would-soul, the Mongols as devils unleashed from hell etc. There are certainly connexions with the Tartar Khan's Englishman (see recent book by G. Ronay), who was a monk at St Albans who defected, became the writer of Magna Carta, John's ambassador to the Arabs (offer that England would convert to Islam), finally the ambassador of the Mongols to the Pope: connected to Matthew through St Albans... eh". Aquí la tarjeta fue rasgada, intencionalmente, sin duda por Stephen Saint-Léger quien le ha de haber quitado un pedazo, más personal me imagino, tal como recortó, en la esquina superior izquierda esta vez, otro pedazo, simétricamente, por la misma razón.

⁶⁶ En castellano en el texto. [T.]

Después, habiéndole enviado ese *jonah and the Whale* a Marika (esa Biblia hebraica debe de ser magnífica), una vez tomada la decisión compré un mapa de la región. Encontré varios lagos o estanques.

ella acababa -me dijiste- de llegar a tu casa en el momento en que llamé, y aunque entendí que no podías hablarme, que tenías que fingir una especie de indiferencia vagamente jovial, eso no tuvo efecto. Mi resolución era muy tranquila, nunca me había infundido tanto miedo. Seguí las instrucciones que tuviste tiempo de darme. Caminé más de una hora, entré ya sin fuerzas a Sommerville College, creí en la virginidad, te escribí mucho (ahora ya has de haber recibido todos esos sobres color malva, qué suerte, los encontré cerca del Colegio: en todas partes sentí que me seguía una muchacha y de punta a punta, durante todo el trayecto, me moría de ganas de volverme). A mi tristeza la amo como a un hijo tuyo.

21 de julio de 1979.

es muy cerca de Heathrow, vine en metro desde Londres. El hotel es siniestro, imposible proceder de otra manera (el avión sale mañana muy temprano y estoy agotado). Volví a recorrer todos los trayectos, volví a ver detenidamente todos los Turner. Desde la National Gallery, me dieron ganas de enviarte aquellos Pontormo y luego pensé que semejante gesto te parecería irrisorio. Te llamé desde el sótano y la angustia que agitaba en ese momento nuestra risa me hizo pensar: puesto que el aparato descompuesto ya no exigía moneda alguna para funcionar a tan larga distancia, ya no nos era decorosamente posible tomar la decisión de colgar, ni tú ni yo, poniendo así un término a tan buena oportunidad. Ya no había motivo exterior para "retirarse", tenías tiempo de sobra, yo también (como siempre) y tendríamos que haber esperado a que cerraran el museo (¡5 horas más tarde!) para separarnos. Ni tú ni yo podíamos asumir la confesión, al cabo de al menos cuarenta minutos ("ahora basta, lo hemos dicho todo por el momento, etc."). Y negociamos lentamente, sin olvidar etapa alguna, con toda la sagacidad y la dulzura de la que somos capaces, la más bella, la más elegante de las conclusiones. Jamás sabremos quien colgó primero).

Voy a leer *L'enfant au chien-assis* de Jos, alias *L'été rouge*. Lo que de él he visto me da un poco de miedo, me habla en otra lengua pero tan de cerca –

26 de julio de 1979.

y en la estación, justo antes de que saliera el tren, desde el estacionamiento, te habías vuelto a

Ya estábamos muertos, esa certeza era inquebrantable pero también la virginidad de lo que se dijo, muy rápido, como la primera vez. Creo que sólo amo la primera y última vez, me las has dado tú

además tengo que preparar de nuevo la gran quemazón prometida, y ocuparme de las cartas, menos como un copista o un escriba que escarpelo en mano, como un experto en circuncisión (rodear, recortar, quitar, limitar el sufrimiento, igualar, legalizar, legitimar, publicar, etc. ¿Sabes que durante ciertos ritos -en Argelia, creo, pero no en mi región- leí que a veces la madre se comía el Prepucio después de la ceremonia?).

Desde ahora me siento impotente para decidir qué irá a parar al fuego, ya te explicaré detenidamente por qué. Por fortuna lo arbitrario o lo aleatorio del cortometraje (Oxford 1977-1979) me sirve de parapeto. ¿Estamos realmente de acuerdo en quemar todo lo anterior, no es verdad? Por fortuna también, está la ficción del prefacio; y de las estrictas conminaciones por parte del corpus S/p así como de los tres ensayos que hay que introducir, espero un efecto de *láser* que al rebotar venga a recortar la superficie de las cartas, y en realidad de nuestro cuerpo. Eso podría *en principio* justificar cada una de mis elecciones, ajustar los movimientos de la máquina eléctrica (puedo transcribir esto, conservar aquello, echar eso al fuego, brincar, omitir, puntuar -todo es cuestión de puntuación y del tono que ella imprime). Pero sólo en principio, y la imposibilidad para definir qué irá a parar al fuego, con motivo del léxico y de los “temas”, no obedece a la razón acostumbrada (cederle al fuego lo que le corresponde, prender contrafuegos para detener el avance de un incendio, evitar el holocausto). Al contrario, la necesidad del todo se anuncia, terrible, la fatalidad de sustraerlo todo a la destrucción: ¿estrictamente hablando, qué no pertenece en nuestras cartas al *fort : da*, al vocabulario del ir y venir, del paso, del camino o del encaminamiento, de lo cercano y de lo lejano, de todos los dispositivos que empiezan en *tele-*, de la adestación, de la destreza y de la torpeza,⁶⁷ de todo lo que pasa entre Sócrates y Platón, Freud y Heidegger, de la “verdad”, del factor y del cartero, “del todo”, de la transferencia, de la herencia y de la genealogía, de las paradojas del nombramiento, del rey, de la reina y de sus ministros, del magíster y de los ministerios, de los detectives privados o públicos? ¿Existe acaso una palabra, una letra, un átomo de mensaje que no *deba* ser estrictamente retirado de la quemazón con miras a ser publicado? Por tomar un ejemplo, el más trivial y el más inocente, cuando te escribo “me va mal”, eso remite ya a la temática y al léxico, a la retórica en todo caso del *ir*, o no ir, que conforma el tema de los tres ensayos además de pertenecer al corpus de S/p. Si realizo una circuncisión, y así lo haré, aquello deberá sangrar por todas sus orillas, y les pondremos entre las manos, ante los ojos, nuestros cuerpos hechos trizas, jirones de lo más secreto de nuestra alma.

Sumamente intrigado, en Oxford, por la llegada de los reyes y de las respuestas de 4 en 4. Coinciden con el *Facteur*, su título y su tema. En la última página del volumen de las Cartas a Milena, que yo no habría vuelto a leer de no haber sido por ti, en la última página de *L'Échec de Milena* (El fracaso de Milena), Blanchot cita a Kafka: “Yo, que en el gran tablero de ajedrez no soy ni siquiera aún el peón de un peón (disto mucho de serlo), ahora, contraviniendo todas reglas y a riesgo de sembrar la confusión en el juego, quisiera también ocupar el sitio de la reina -yo, el peón del peón, y por lo tanto una pieza que no existe y por ende no puede participar en el juego- y luego, al mismo tiempo, quisiera quizá ocupar también el sitio del rey o incluso todo el tablero en su conjunto, a tal punto que, si así lo quisiera realmente, sería preciso que ocurriera con medios que ya no serían humanos.”

⁶⁷ Hay aquí en francés un juego de palabras, presente ya en el envío del 13 de octubre de 1977, en torno a *adresse* (“dirección [postal]” pero también “destreza”) y *maladresse* (“torpeza”, en el sentido de “falta de destreza”). Extendiendo la polisemia de *adresse* a *maladresse*, esta última palabra podría significar “falta o error de dirección postal”. [T.]

30 de julio de 1979.

esta ida y vuelta habrá resultado tan breve. Nunca he estado tan solo. Durante esos tres días, mientras aún cernía, clasificaba, torturaba (se trata de nuestro corazón, literalmente, y esa cirugía me produce horror. ¿Crees que me entregue a ella por amor o acaso un resentimiento sin límites viene a purificarse por sí mismo lo más cerca posible del fuego, para entregarse al juicio, para organizar su proceso y elegir a sus testigos?), dudaba: ¿Qué hacer con los nombres propios? Todos los que dejo o los que son fáciles de identificar, de verificar, me da miedo que los lectores los excluyan demasiado pronto, lleguen precipitadamente a la conclusión de que son terceros, que no pueden ser el destinatario secreto de estas cartas. Sería más bien superficial de su parte. Toma por ejemplo un nombre de pila, uno de los nombres de pila de mi padre, el más visible ¿habrán adivinado cuán querido fue? ¿Habrán adivinado el nombre secreto de mi madre que estoy todavía menos dispuesto a divulgar?

Quizá van a juzgar que esta escritura es demasiado hábil, virtuosa en el arte de los rodeos, quizá perversa dado que se aborda por doquier y desde ninguna parte, abandonada al otro desde luego pero abandonada a su propia suerte, entregada a sus propios golpes, quedándose con todo hasta el final. ¿Por qué -se preguntan- dejar que la destinación se divida sin cesar? Tú también, quizá, amor mío, tú también me interrogas, pero esa perversión de entrada la trato. No es la mía, pertenece a esta escritura de la que sólo tú me sabes enfermo. Pero al canto de la inocencia, si me amas, lo dejarás llegar hasta ti, te llegará.

Quienquiera que seas, amor mío, e incluso si tiemblas por no saberlo tú misma, ya no dudes: nunca he amada más que a ti. Hace mucho tiempo ya que no puedes decirme más "te amo". Yo sí puedo y eso basta, tu amor está a salvo.

¿Cómo podrías estar allá, a centenares de kilómetros, donde sé que estás ahora, y esperarme, dentro de diez minutos, en la estación de Austerlitz?

31 de julio de 1979.

escuchando a Monteverdi que de la palabra "madrigo" no estaba seguro. Es un canto a 4, 5, 6, 7 voces. Sin acompañamiento musical (alrededor del siglo xvi). La palabra tendría algo que ver con los "rebaños", con el canto del rebaño, pero hay quien lo relaciona con una forma del bajo latín (matriale, léase "matrimoniale").

Es preciso entonces saber que incluso en la Gran Cartuja tienen ahora teléfono.

Semejante proximidad nos resultó insoportable, nos amábamos demasiado y la dulzura era mortal, siempre preferiré ese fin.

Este infame secretariado me distrae del sufrimiento, el que no *pasa* y que nunca franqueará una palabra (no creo que la alegría sea indecible o que resista al canto, lo creo respecto de mi sufrimiento, eso mismo es (lo imposible para ninguna tarjeta, lo insoportable) y si digo que me llega una vez más de ti, si se refugia en tu nombre y va hacia él, si intenta otra vez

resumirse en él, no habré dicho nada). El infame secretariado me desvía por fortuna de aquello mismo que en él me ocupa, tú. Al transcribir los recortes (hablo de recortes “publicables”, son nota roja, recortes de periódico), sobre la línea de sangre cauterizo. Sobre la cicatriz de lo que le quito al fuego aún intenso aplico otro fuego, y sin embargo el mismo. Quisiera no dar nada de no ser al primero. Prometo al fuego lo que amo y me quedo con el resto, y queda un pedazo de nosotros, todavía respira, a cada latido veo llegar la sangre, lamo y luego cauterizo. Me es preciso no dejar pasar nada, ni un indicio, ni un lapso, ni la menor traición. ¿Pero por dónde hacer pasar esa cuchilla o aplicar la punta, incluso, de ese raspador? ¿Debo por ejemplo entregar todas las palabras que, directa o indirectamente, en ello radica toda la tortura, remiten al envío, a la misión, a la trans-zanja-misión, a la emisión (emisora de timbres o de televisión), a la “remisión” (fue sin embargo una palabra consagrada por nosotros), a la comisión, al viajante de comercio (el *commis-voyageur*), sin olvidar la omisión? ¿Todo so pretexto de que el libro y su prefacio tratan del envío bajo todas sus formas? ¿Tendría yo que cauterizar alrededor de las preposiciones “destinales”, “a”, “hacia”, “para”, alrededor de los adverbios de lugar “aquí”, “allá”, “lejos”, “cerca”, etc.? ¿alrededor de los verbos “llegar” en todos los sentidos, y “pasar”, “llamar”, “venir”, “alcanzar”, “expedir”, de todos los compuestos de vía, viaje, viabilidad, *voiture*? No tiene fin, nunca lo lograré, la contaminación lo ha invadido todo y el incendio nunca lo prenderíamos. La lengua nos envenena el más secreto de nuestros secretos, ya ni siquiera puede uno quemar en paz, en su casa, trazar el círculo de un hogar, es preciso además sacrificarle su propio sacrificio. Tu suicidio mismo, te lo interfiere. Pero ya verás, no obtendrán nada de nosotros, tú misma no reconocerías nada, lo enmarañaré todo. Rechazaré irreversiblemente las interferencias, podré más que todas ellas me cueste lo que me cueste -y me quedaré solo contigo para la gran fogata, aunque en el último momento me digas que ya no puedes venir. Esto se parece ahora a una retransmisión, a un siniestro *play-back* (pero aguza el oído, acércate a mis labios) y desde este momento al escribirte sé qué envío al fuego, qué dejo publicar y qué tú me devuelves aun antes de haberlo recibido. *Back* hubiera podido organizarlo todo desde el título: el dorso de Sócrates y de la tarjeta, todos los dossiers que vinculé, el *feed-back*, el *play-back*, las devoluciones al remitente, etc., nuestras grabadoras, nuestras cassettes fantasmas. E incluso la escena en el metro antes de tu partida, atroz: no podíamos dejar de alcanzarnos otra vez en el último momento, ni de alejarnos luego en direcciones opuestas volteando sin cesar, volviendo sobre nuestros pasos, alejándonos de nuevo en el laberinto de la estación. Después tu “determinación” se impuso de nuevo, y fingiste creer en el torniquete automático. Aun antes de bajar por la escalera mecánica, mientras tú me seguías dando el brazo, me pregunté por qué Valerio había abandonado ese proyecto de Orfeo en el metro cuando yo estaba ya preparando el texto.

Al releer el *Legs*, ahora urge, me tropiezo con una carta de Neil Hertz que pensaba citar. El cita a su vez, en inglés, una cita del *Malestar en la civilización* con la que acaba de tropezarse. Habla de los “cheap pleasures” de la tecnología: “If there were no railway to make light of distances my child would never have left home and I should not need the telephone to hear his voice.”

1º de agosto de 1979.

será nuestro Más allá del principio de placer.

y seré salvo para ti mi último naipe, mi última

tarjeta.

nunca las pondré todas sobre la mesa, sabes, será tan sólo un libro, después paso a otra cosa, después del fuego si tú así lo aceptas, si regresas.

1º de agosto de 1979.

todas las veces en que, después de lo peor, di un salto (no más memoria y no más deuda). Luego quisiste, olvidando hasta ese olvido, reconstituir tu memoria y mi proceso, todo un expediente

está bien que me hayas llamado al instante, que no hayas vacilado en hacerlo. Miré nuevamente, vi ("déjame mirar" -¿A quién?- A mí, amor mío -¿Por quién? ¿qué?) que efectivamente es una espada lo que el pequeño p hunde, vaya ritmo en el lomo de Sócrates. Una espada medieval. ¿Te acuerdas del "pequeño peón" sobre el tablero de ajedrez de las cartas a Milena? He aquí lo que ahora me das a leer (viene sin título en el diario de K., y transcribo fragmentos de la traducción): "mis amigos, visiblemente espantados, se apartaron de mí: '¿qué tienes detrás de la cabeza?', exclamaron. Yo había sentido, desde mi despertar, algo que me impedía inclinar la cabeza hacia atrás y me puse a buscar a tientas ese obstáculo. Habiendo salido un poco de su asombro, mis amigos exclamaron: '¡Cuidado, no vayas a herirte!' justo cuando yo estaba a punto de alcanzar, detrás de mi cabeza, el puño de una espada. Mis amigos se acercaron, me examinaron, me llevaron a la recámara, ante el espejo del armario, y me desvistieron de la cintura para arriba. Una espada de caballero, grande y antigua, en forma de cruz, estaba clavada en mi cuerpo hasta la guarnición, pero de manera tal que la hoja se había deslizado con una precisión incomprensible entre el pellejo y la carne sin provocar herida alguna. De hecho no había tampoco llaga alguna en el sitio del cuello por el que había penetrado; mis amigos me aseguraron que la hendidura necesaria para el paso de la hoja se había abierto sin el menor derrame de sangre. Una vez que, trepados sobre una silla, mis amigos hubieron retirado lentamente la espada, milímetro por milímetro, no hubo sangre y el sitio abierto en el cuello se cerró, dejando subsistir apenas una fisura casi imperceptible. 'Aquí tienes tu espada', dijeron entre risas mis amigos, y me la entregaron. La sopesé con ambas manos, era un arma preciosa, era muy posible que los cruzados la hubieran usado. ¿Quién autoriza a los antiguos caballeros para que rondan nuestros sueños? Irresponsables, blanden sus espadas, atraviesan con ellas a inocentes que duermen y, si no provocan graves heridas, se debe ante todo, sin duda, al hecho de que sus armas resbalan sobre los cuerpos vivos, pero también al hecho de que hay amigos fieles detrás de la puerta, que tocan, entran, y están dispuestos a brindarle a uno su auxilio."

1º de agosto de 1979.

luego me dormí toda la tarde (con la televisión encendida). Me siento un poco borracho, me instalo de nuevo ante la máquina mirando a Sócrates con el rabillo del ojo. Lo veo agazapado en la imagen, acecha, finge escribir. Jamás sabremos qué está realmente

maquinando, si lee o escribe, si está o no detrás de las palabras, es como para morir. Contrariamente a lo que te había anunciado, creo, no se suicidó (uno nunca se suicida, uno se hace matar y no hay motivo para que él lo haya logrado mejor que otro. No obstante, después de su muerte, hubo una epidemia de suicidios en la ciudad, todos los viudos, todas las viudas. Y cuantos más había más había, pues al tornarse insoportable el espectáculo de los suicidios incitaba a otros. Todo el mundo se sentía traicionado, no sólo abandonado. El platonismo llegó a detener el desastre.

1º de agosto de 1979.

“Ahora bien, Sócrates era precisamente ese segundo espectador que no entendía la tragedia antigua y, por esa razón, no la respetaba. Valiéndose de su alianza, Eurípides se atrevió a convertirse en paladín de un arte nuevo. Y si ello condujo la tragedia a perecer, cabe buscar el principio letal en el socratismo estético. Sin embargo, en la medida en que ese combate se hallaba dirigido contra el elemento dionisiaco del arte antiguo, Sócrates mismo debe ser reconocido como el adversario de Dionisio, como el nuevo Orfeo que se levanta contra Dionisio y que, pese a estar destinado a ser desgarrado por las Ménades del tribunal ateniense, obliga a huir al dios todopoderoso -el cual, como antaño, en aquel tiempo en que buscaba escapar al rey Licurgo, en Edónida, tuvo que refugiarse en las profundidades del mar, es decir, en el Océano místico de un culto secreto que invade paulatinamente el mundo entero.”

2 de agosto de 1979. Me seguirás por doquier. Y nunca sabré si sufro en ti o en mí. Ése es mi sufrimiento.

Acabo de oírte y por supuesto pienso lo mismo que tú, te entendí bien. Pero repito: ¿quién quieres que sea, a quién más crees que pueda hablarle como ahora lo hago? Sólo a ti puedo decirte sí, y además depende de ti que seas tú. Basta con que renuncies a tu “determinación”. Sólo te determinas suprimiéndome, la fechoría es tu maldita “determinación”.

Yo, pero lo digo todo. Y jamás he hablado *de* ti, jamás a tercero alguno, no podría. ¿A quién más quieres que se lo diga? Sólo hay un cuerpo, tienes razón, y es el tuyo. Conoces mi atención y mi respeto por las multiplicidades irresistibles (las miríadas te dije hace rato, no las ménades) pero por eso mismo mi convicción resulta todavía más fuerte y no me parece contradictoria pese a las apariencias: sólo hay un cuerpo y eres tú.

Noté hace rato que en función de ciertas maneras de teclear, ciertos tipos,⁶⁸ “devil” se parecía mucho a “deuil”.⁶⁹

⁶⁸ Hay aquí en francés un juego (le palabras en torno a *frappes* y *types*. La *frappe* corresponde al “tecleo” o la “impresión” de un texto, mientras que el *type* corresponde a un “tipo” de letra. Sin embargo, se habla coloquialmente de *une frappe para* referirse a “un golfo, un mal tipo”, y *type* también sirve para hablar peyorativamente de un individuo, de un “tipo” cualquiera. El juego continúa más adelante con la alusión a la palabra inglesa *devil*, que designa por supuesto al “diablo” como demonio pero también como individuo de poca monta (un “pobre diablo”). [T.]

⁶⁹ *Devil*, en inglés, significa “diablo”; *deuil*, en francés, significa, “luto, duelo”. [T.]

Eres mi
alucinógeno. Éxtasis: revivir la primera vez mejor que la primera vez, y empezar a vivirlo por anticipado en lo hondo de la primera de las primeras veces, and so on. Sócrates lo supo.

Y si ahora me pidieras quemar el libro (no digo únicamente nuestras cartas, está decidido), lo haría en este mismo instante. Nada resulta más fácil, pienses lo que pienses. Sería un hermoso regalo, pero una pequeña cadena podría seguir oculta en él. Bueno, para qué, todo lo que te digo ya lo sabes y ya te lo dijiste, te escucho decírmelo. Siempre pienso como tú.

2 de agosto de 1979.

“un jour aux courses” (“un día en las carreras”), se pierde todo el humor (judío neoyorquino) con el doblaje o los subtítulos, sólo lo idiomático aguanta.

aunque vean sangre, no
sabrán de quién es, de qué grupo es, ni si en el último momento objeto de transfusión

me resigno con
dificultad a quemar las fotografías. ¿Cómo sacrificar las que tomamos durante el último viaje a la isla, toda aquella serie en la que me puse un sombrero, aquel vestido tan vistoso y tú exageraste con mi maquillaje? ¿Qué hacer con ese trozo de piel? ¿y con la pestaña pegada directamente sobre nuestras iniciales? Lo que había trazado sobre la piel permanece ilegible. Me resuelvo a ello apartando precisamente de mí la idea de sacrificio. ¿Y tendré también que conservar el sueño con Joséphine Baker por aquello de las piernas (paso, legs, jambas de chimenea en *le Facteur*, etc.? ¡Pero si se trata de *las* piernas que amo, es atroz, sólo hay dos, ni una más en el mundo, no irán hasta querer que les de eso! Nuestra madre la lengua lo chupa todo, maldito vampiro, me las pagará.

No será, a fin de cuentas,
sino un gran síntoma fantasmático que podrá rodar de aquí para allá solo, sin ti, sin mí. Pero tú sabes que te escribí para algo totalmente distinto, tú eres eso mismo (ésa es para mí tu única *buena* determinación): la que sabe que no estoy, que te escribí *algo totalmente distinto*.

3 de agosto de 1979.

esas cruces que pongo sobre los pasajes por conservar, es decir, por arrojar *fuera* del fuego, las marco antes de transcribir, de recorrer nuevamente los caminos del cementerio para tomar nota de los epitafios. Hace algunos días, en el radio, escuché hablar de un error tragicómico de las Pompas Fúnebres: la familia recibe en Córcega un ataúd que era esperado en Caen, y viceversa. Me pregunté cómo lograron comprobar el cambio.

Ya no sé lo que
hago, ni cómo lo “raspo”, si borro o escribo lo que “conservo”. Ya no sé con qué complicidad contar. Al “determinarte”, retomaste tu nombre. Tomaste el mío y ya no sé quién soy. Tu mujer, por supuesto, pero ¿qué significa eso ahora?

Acabas de llamar, no me atreví
a decírtelo, acerca de ese clavado fallido: pero cuando se jura con tanta ligereza por la ca-

beza de los hijos, no es de asombrarse si les ocurren tantos accidentes (“le ocurren todo el tiempo”, dijiste, inquieta; y si realmente se trataba de la cabeza, y lo que digo no tiene nada de obscurantista, basta con seguir: trayectos inconscientes). En el caso inverso, los hijos beben, los padres pagan el pato.⁷⁰

y me habías preguntado: ¿es cierto que los hombres pueden tener hijos hasta su muerte?

4 de agosto de 1979.

imagínate un libro reducido a sentencias testamentarias (estrofas, viñetas, recuadros), las últimas palabras de toda una colección de tipos antes de su suicidio, antes de eclipsarse.

y leo claramente “definitivamente esta gente me aburre” luego, más adelante, “una literatura autobiográfica no es esto o aquello, es un resto que ya no se deja cortar por un referente cifrado” (???). Sé a quién no le gustará este libro. Tal vez creerán, no sin razón, que no dejan de ser, por una *parte*, eso es lo insoportable, los “verdaderos” destinatarios. No soportarán la partición. La tarjeta postal estaría llena de dedicatorias secretas, de asesinatos colectivos, de malversaciones, de transacciones reñidas conjugadas de póquer, impás o cheque en blanco, y hago favores y me “self-address” como ellos dicen, giros ópticos, y me marco para que suene ocupado y ganarme así la llamada por mi linda cara, con eso me pago alianzas baratas, jeringazos envenenados, los homenajes más atentos, todo eso a mitad de, en pleno centro de intrigas policíacas (“no sé en qué sentido, te la pasas intrigando”), de enlaces, todos los enlaces y las relaciones que se quiera, las amorosas, los ferroviarios, las peligrosas, los telefónicos, los enlaces de energía, los enlaces entre palabras, las relaciones inocentes, las alianzas eternas, la tarjeta estará llena de murmullos inaudibles, de nombres deformados, de acontecimientos desplazados, de catástrofes reales, con expertos en pasajes en todos los sentidos, con cruces locos, abortos en pleno confesionario, una informatización extenuada, sufrimientos absolutamente prohibidos, y la virgen atravesándolo todo con un canto de amor, nuestro más añejo juego

nunca

antes mi paso fue tan joven. Estás a mi lado ahora, tan cercana, estamos solos, creerán que somos dos

y oyes la añeja ejecución; te burlas del añejo tema: porque pretende ser ficticio de punta a punta, posee una verdad cegadora: “son ellos, ese par de criminales, más de a de veras que los de a de veras”. Vamos, nosotros no lo hubiéramos creído, ¿eh?

“definitivamente esta gente me aburre”. Los ves señalar con el dedo la verdad: creen en las ideas que les proporcionamos, componen diálogos con ellas, interrogan a nuestros esclavos, destierran a los plagiarios, siguen las ramificaciones de la red, según la moda hipotético-deductiva, hasta el principio de lo que es en realidad: somos nosotros, amor mío, pero no estaremos para nadie, somos el bien en sí y ya no nos hallarán.

⁷⁰ Hay aquí en francés un juego de palabras en torno a *trinquer* (literalmente “brindar” pero también “pagar el pato, asumir las consecuencias”). [T.]

5 de agosto de 1979.

por ti, armo intrigas. Al no enviarle nada a nadie, ni nadie, fomento una resurrección. ¿Lo conociste finalmente, a Elías? Estabas muy cerca, te quemabas. Yo te puse sobre la pista

y si por gustarme demasiado no publico *tus* cartas (que por derecho me pertenecen), me acusarán de borrar, de hacerte callar, de silenciarte. Si las publico, me acusarán de adueñármelas, de robar, de violar, de conservar la iniciativa, de explotar el cuerpo de la mujer, como siempre el hombre, pues. Ay, Bettina, amor mío

y será todavía peor si publico tus cartas con mi nombre, firmando en tu lugar. Mira, Bettina, haz lo que quieras, te lo devolveré todo, lo acepto todo, de ti recibiré mi último suspiro. Carezco de todo derecho sobre la historia que nos contamos

recibe todo lo que das, sólo eso *queda*, sólo queda recibir (por eso una teoría de la recepción resulta a la vez tan necesaria e imposible). Y entre menos hablo de él, más presente está mi abuelo. Por eso S odia a p, la omnipresencia misma del nieto, del abuelo que no dejó de ser nieto y conduce el carro.

en suma cuatro secuencias de diferente longitud, entre ellas ésta, la tarjeta con timbre, la tarjeta como timbre para sellar franquear la tarjeta y dejar flotar la transferencia

junto a nosotros no será nada, una minúscula, infinitamente pequeña frase en todas las bocas, apenas para indicar la escala, la desproporción infinita -y estaremos en otra parte. Sé incluso que en otra parte estaremos mejor que nunca.

y cada vez en el umbral yo te daba mi bendición besándote sobre la frente

entonces no lo hubieras soportado, no el que mi alma se alejara tan regularmente como ida de ti sino, contrariamente a lo que dices, el que nos fascináramos tan de cerca uno en el otro y en lugar del otro. No hubieras soportado la demencia precoz de nuestro narcisismo. Un cortocircuito y hubiéramos acabado con todas las resistencias. Estábamos muertos y ya no podíamos morir el uno al otro, nos hubiera resultado insufrible. "Por eso su separación fue organizada de antemano, empezaron por vivir la herencia de un divorcio fatal, vivían con los dividendos de un testamento, el capital y los intereses de los bienes por venir, con los dividendos de una muerte dictada." Así como se puede llegar anticipadamente, *avant la lettre*, se está destinado a sobrevivir a sus legatarios, a sus propios hijos, a la descendencia que uno se destina -la cual, si me has leído con atención, necesariamente no existe.

5 de agosto de 1979. Me pregunto a qué contravengo entregándome a esta extraña ocupación. A quién, a qué juramento, y para seducir a quién que ya no fuera tú. La pregunta es absurda, todas las preguntas.

Trrrrr hace la máquina en la que preparo en suma el aparato crítico de nuestras cartasdeamor para sustraerlas de antemano a todo centro de crítica como le dicen genética. No quedará borrador alguno para despejar las huellas.

Trrrrr, tramo, trío, trato, trastoco, transfiero, intrinco, controlo, filtro -y como lo he hecho tantas veces al irme, dejo el mensaje en el buzón.

Acaso hago trampa con este cortafuego, dímelo, tú lo sabes.

Lo que Platón no podía perdonarse, le fue perdonado por Sócrates. De antemano, porque también lo amaba, y eso al otro le permitió escribir y dejarnos cargando sus diálogos.

y tú bien sabes, mejor que nadie, que la primera carta, la primerita, la absolutamente primera, fue la efigie de un filósofo griego.

Cuando te advierto de los peligros, pienso siempre en los demás, no en ti ni en mí (nunca podrá ocurrirnos nada), sino en los otros dentro de nosotros.

“No puede pertenecer a la misma historia” -claro que sí, claro que sí.

¿Quién más? Adivina pues, eres tú. Tú la una sola, tan sola.

Para tranquilizarse dicen: la desconstrucción no destruye. Ya parece, la mía, mi inmensa, mi inmortal, es peor aún, se acerca a lo indestructible. Y tiene el timbre de mi muerte, con una sola venida firmas.

6 de agosto de 1979.

y pronto me será preciso partir otra vez, casi dos meses sin ti.

En el transcurso de la historia, es mi hipótesis, las ficciones epistolares se multiplican cuando llega una nueva crisis de la destinación

y en 1923, mientras le dice que ella se suicida al analizar tanto, mientras le envía dinero, mientras le da consejos acerca de la devaluación de los marcos, mientras le pide no divulgar nada a los cuatro vientos: “el pequeño Ernst no es desgraciadamente para ninguno de nosotros un auténtico sustituto de Heinele.” Me dan una lástima ambos chicos, uno más que otro.

Será (lo encontrarás adjunto) el último fotomatón, seguramente.

6 de agosto de 1979.

la miseria del pub, en general.

te lo repito una vez más, era peligroso conservar esas cartas, y sin embargo había soñado cobardemente con que nos las robarían: ahora hay que destruirlas, la cuenta regresiva está en marcha, dentro de poco menos de un mes estarás aquí.

¿Quién paga la renta? decía el padre falto de autoridad. ¿Y el consultorio del analista? (Pregunta del *Facteur*).

Tomé la correspondencia en Juvisy: un rótulo aludía, en el andén, a la “telerotulación”. Entiendes de qué se trata -no estoy inventando nada-, las destinaciones y los horarios compuestos a distancia.

Que *a nadie se le ocurra* hacer (o dejar) circular (o en circulación), por encima de sus cabezas, en permanencia, la carta de una ley, un superyo satelizado de bolsillo.

Acabo de colgar, sigo acostado en el suelo, desnudo: ese suicidio carece de interés si no les proyectas primero la película.

Ya no sé a quién, imprudentemente, no pude reprimirme, le escribí lo siguiente: que la espalda de Sócrates es el dorso de la tarjeta postal (una superficie curva y bella, bella, siempre me dan ganas de caminar con él, de deambular mientras deslizo mi mano en su bolsillo-revólver) y cuando llega al fondo, habiéndolo registrado con la lengua, le entra miedo, inventa el platonismo, le ve la cara al hacerle un hijo a sus espaldas.

cuando he hablas, erosss, de tus mañas, ¿crees que te creo? Sólo pretendes ayudarme a morir.

dorso, do, dote, dosis, Fido.

el póster⁷¹ de Sócrates sería un bello cartel (comentárselo a la Oficina de Prensa de Flammarion).

8 de agosto de 1979.

inútil devolvérmelas, retengo por adelantado.

plato pickpocket, carterista, gana la mano y la moza⁷² (la moza es el fin del *Facteur*). Como el nieto de Freud, hace escribir, “deja” escribir por él, dicta y persigue a Sócrates. Queda pendiente

que no me haya dejado amar, que no soporte ser amado, como dijiste, no es totalmente cierto. Es tan sólo una imagen que tú reflejas. Depende de ti, o entonces de aquel otro dentro de mí. El secreto de lo que no se deja amar permanece oculto para mí -y por el momento, hasta ahora, con motivo de algún desorden telemáquico.

Acabo (le recibí de Roma una invitación: simposio, para conmemorar no sé qué aniversario de Einstein, en torno a los vínculos entre la relatividad y la creación artística. Bello tema, contratema. Los muy imprudentes anunciaron a todo mundo, no llegará nadie, excepto (adivina). Te dejo, voy a correr (sabes que *no soportan* que yo corra), sólo puedo hacerlo diciéndome que estás del otro lado de la línea y que me encamino hacia ti, me ves venir a lo lejos.

⁷¹ Hay aquí en francés un juego de palabras en torno a *poster* (“póster”, como sustantivo y anglicismo, pero también “echar al correo”, como verbo). [T.]

⁷² Hay aquí en francés un complejo juego de palabras basado en el encadenamiento de varios campos semánticos. Así, se pasa del campo semántico del robo (*faire les poches*, “hurgar en los bolsillos, ser carterista”) al del juego (*gagner la manche et la belle*, “ganar la mano y el desempate [o la moza]”). Entre ambos, se escucha el eco de dos más, surgidos de la combinación del primer verbo con los dos últimos objetos directos: *faire la manche* (“alargar la mano, pedir limosna”) y *se faire la belle* (“darse a la fuga”). *Belle* conserva además toda su ambivalencia en la oración siguiente, pues ésta podría ser traducida como “el desempate [o la moza o la beldad] es el fin del *Facteur*”. [T.]

¿Quién *probará* que el remitente es el mismo, o la misma ¿Y el (o la) destinatario(a)? ¿O que *no* son idéntico(a)s? ¿A sí mismos o a sí mismas, para empezar? ¿Que forman o no una pareja? ¿O varias parejas? ¿O una multitud? ¿Dónde radicaría el principio de identificación? ¿En el nombre? No, entonces, y quien quiera aportar pruebas se convierte en parte integrante de nuestro corpus. No nos impedirían amarnos. Y nos amarían cual se ama a los falsificadores, los impostores, los imitadores o *contrefacteurs* (esta palabra me busca desde hace años): creyendo que aún sueñan con la verdad, la autenticidad, la sinceridad, que rinden homenaje con lo que queman a lo que queman. Sólo eso es posible amar, la verdad (pregúntale al tío de Freud). ¿Crees que es posible amar eso, realmente?

¿y tú me hubieras ayudado a parir la verdad? Acostado boca arriba, conoces bien la escena, te habría pedido cada noche “dime la verdad”. Y tú: “pero si yo no tengo nada que decirte”. Acabo por creérmelo. Mientras tanto, yo hablo y tú escuchas, no entiendes casi nada, pero eso no tiene la menor importancia por eso Platón amó a Sócrates y su venganza durará hasta el fin de los tiempos.

pero cuando el singrama haya sido publicado, ya no estará en nada, ni para nadie -totalmente en otra parte-, el servicio postal literario remitirá por sí solo al destinatario, q.e.d. Lo anterior me dio ganas (*envie*, ésa es la palabra) de publicar bajo mi nombre cosas para *mí* inconcebibles, insoportables, sobre todo, que no he escrito yo mismo, abusando así del crédito “editorial” que vengo acumulando desde hace años, laboriosamente, con ese único objetivo. ¿Acaso se dejarán engañar por una demostración tan intensamente política? Me van a decir otra vez que no firmaría cualquier cosa: prove it
lo que
publico, *je le remise*, lo guardo y lo apuesto de nuevo.

9 de agosto de 1979.

es nueva. Negra, muy hermosa, viene con regularidad y más temprano. Como es tan sólo una suplente, siempre estoy inquieto, le doy propina cada vez (un telegrama, una carta recomendada, etc.). Siempre toca el timbre. Para mis adentros la llamo Némesis y no sólo por la “distribución”: tiene *todos* sus rasgos. Y parece saber lo que espero de ti

sí, mi tesis y mi atesis será lo apostal. Eso se hallará incluso marcado directamente en la factura, es preciso, y la contrafactura de cada carta. Le daría por título al prefacio *envíos*, en plural, pero extrañaré *invoice*, por la voz que ahí se escucha, si se quiere, y que se puede transcribir como en-vía. Sobre todo, claro, porque en inglés el envío llamado *invoice* se usa exclusivamente para las facturas. Ahora bien, para ir contigo más allá del principio de pago (es el único paso que me gusta, el único que me interesa), tengo que hablarte interminablemente de deuda, y de dinero, de sacrificio, de ingratitud (la mía hacia ti es desmesurada), de culpabilidad y de absolución, de venganza sublime y de cuentas por saldar. Debo hablarte al respecto. Te debo hablar al respecto. Contigo siempre estaré solicitando. Nuestra alianza fue también esa economía doméstica. Quemamos lo que nos lleva más allá, y les dejo entre las manos un fajo de facturas, de billetes devaluados, de falsas notas de lavandera

10 de agosto de 1979.

una especulación *sin fin*, racionante y animada, hasta acalorada, un discurso tan inagotable como contradictorio en torno al origen, las bondades y el fin de su amor o, más exactamente, del Amor en ellos, pues de esa visitación no se reponían, hablaban de ella cual de un tercero llegado para obsesionarlos, un extranjero, un fantasma o un mito, casi un intruso al que poco le faltaría para perturbar su intimidad, su complicidad de edad indefinible, la fechoría común que desde siempre los ató. Eros, los habías sorprendido tras el crimen

no es *un couple*, una pareja, sino *un coup double*, una jugada doble y Platón debe de haber odiado a Sócrates (o a Bettina), odiarlo como se puede odiar a quien te enseña el odio, la injusticia, los celos, el resentimiento, la consciencia intranquila. Como se puede odiar más que cualquiera. De ahí el complot vengador que se llama platonismo, y esa ralea insaciable. La reconciliación es imposible. Hasta el fin de los tiempos, la descendencia vil sabrá causar sensación con todo mientras se lava las manos. Con un amor o un sufrimiento seguir sabiendo *causar sensación*, he ahí la esencia misma de lo vil: no saber arder

que te cuente ese sueño (lo interrumpiste al llamar tan temprano esta mañana, Némesis todavía no pasaba: a propósito, me preguntabas qué significa “avant la lettre en mi pequeño código postal: pues bien, *avant la lettre* significa antes de tiempo, es un tiempo impensable, pero también significa literalmente antes de la carta, diría por ejemplo que me llegaste *avant la lettre*, o que de mí antes de la carta te habías ido: siempre los significados de encuentro. Ya que en éstas ando, contesto a la otra pregunta: “câbler son propre enterrement” (cablegrafiar su propio entierro) imponía en mí, extrañamente, la imagen de las cuerdas gracias a las cuales se baja el ataúd al fondo del hoyo. Veo a cuatro hombres, hay temor de que se rompan los lazos, superviso las operaciones, estoy acostado boca arriba y doy órdenes, no logran acabar), sí ese sueño: ya no recuerdo el principio

ella lo tomaba, arrancaba una página, la ponía sobre una de sus rodillas (una sola, era algo muy insistente) y se ponía a desdoblarla. Había en ello mucho empeño, una paciencia maravillosa. En cuanto un mínimo doblez, una ligera arruga aparecía, la borraba con el dedo. Una vez desdoblada la hoja, yo leía en ella (o mejor dicho pronunciaba) la palabra “*thym*” o “*tain*” o “*teint*”,⁷³ y entonces los dobleces reaparecían. Tras un lapso muy largo, tras haber desdoblado la cosa como nunca, de manera absolutamente caprichosa en apariencia la arroja detrás suyo (una playa o un terreno baldío, ya no sé).

Lo que me dijiste del buitre aquel de Sócrates (por el lado Vinci-Freud) me parece sumamente necesario, voy a investigar. Me gusta establecer la relación.

Cuán corta habrá sido la vida, amor mío, digo, la nuestra. No tuvimos tiempo para mirar atrás y ahora pasaré el resto de mis días intentando comprender cómo la pasé, cómo *tú* llegaste a mí, cómo viviste, *tú*, la vida que me diste: es lo último que pretendo saber hoy.

⁷³ En francés, las palabras *thym* (“tomillo”), *tain* (“azogue”) y *teint* (“tez”) son homófonas. [T.]

Quisiera

convencerte: el hecho de que no hayas de reconocer casi nada de ese cortometraje, de que no haya de gustarte su tono, ni su aspecto, hasta su afectación, ni esa capa de hielo que nos aleja de cada imagen, semejante hecho te libera, y vaya si me libera a mí. No se trata de nosotros, lo de nosotros fue otra cosa. Y mucho más interminable.

bah, que piensen lo que quieran.

Ni modo de que los sentara alrededor de tus cartas, mucho más largas, numerosas, bellas en exceso. Seré el único en saber. Dotado de un saber finito, conozco también el daño infinito que hice, ésa es mi cripta a cielo abierto.

11 de agosto de 1979.

entre todos los nombres de lugares sagrados, sólo uno en mi memoria lleva nombre de "camino" (adivina).

El otro día, por teléfono, enloquecí, "adiós" es una palabra que me resulta tan ajena (no reconozco en ella lengua alguna, su tono me es insoportable, disfraza su insignificancia absoluta con una sotana ante la cual yo haría señales para conjurarla...). Quería seguramente hallar un arma y la recogí de donde salió. Acababas de decir algo todavía peor, me prohibías incluso el fuego, el holocausto nuestro.

El enfrentamiento no ha terminado pero tu ausencia por momentos se torna más dulce.

Ignoro cómo describir el paso estrecho, estricto, mal iluminado, encrespado (el Channel por la noche) desde el cual vislumbro las orillas, los acantilados de lo que ahora escribo (qué tanto hago con estas cartas, dímelo tú). El paso está abierto y cerrado, veo pero sin luz exterior, es breve e intermitente, ya no puede durar, requiere palabras breves (*Gang, über, laps, sas*⁷⁴). Lo que siempre cuenta es el andar, el paso

serás, como yo, la última en poder leer. Escribo esto, esto mismo que ha de resultar ilegible para nosotros. Y ante todo insoportable. Al igual que a mí, te excluyo absolutamente del *marché*, del trato y de lo andado. Eres la excluida, la custodiada, la no-destinataria *absoluta* de lo que quedaría aún legible. Puesto que es a ti, amor mío, a quien digo te amo y que te amo no se echa al correo. Tampoco se lee en voz baja, para sí, como el juramento de Oxford.

Evidentemente al leer bajo mi firma pública estas líneas harán bien en (¿en qué exactamente?)⁷⁵ pero tendrán razón: no ocurre para nada así, bien lo sabes, mi entonación en ese momento es muy distinta

siempre me queda decir "no soy yo".

⁷⁴ *Laps* significa "lapso", *sas* significa "esclusa". [T.]

⁷⁵ Hay aquí en francés un juego de palabras en torno a *avoir raison de*. *Avoir raison de (faire quelque chose)* significa "Hacer bien en (hacer algo)", mientras que *avoir raison de (quelque chose)* significa "poder más que (algo)". [T.]

11 de agosto de 1979.

persevera, con la lengua, una lengua demasiado dura, bajo las nalgas regordetas. El otro ni se inmuta, finge leer o escribir, pero no se le va una.

James (los dos, los tres), Jacques, Giacomo Joyce -tu contrafactura hace maravillas, hace juego con el invoice: "Envoy: love me love my umbrella".

Nunca sabrán si me gusta o no la tarjeta postal, si estoy a favor o en contra. Hoy en día le dan todo hecho a la computadora, checan tarjeta ellos mismos para poder presentarse en cajas mes con mes. (Cuando fui a Friburgo, me habían explicado que Alemania detentaba actualmente ese récord, récord de los *records* justamente: la mayor cantidad de información por sujeto archivada en la computadora del Estado. El gran conmutador central lo escupe todo en un segundo, expediente personal, médico, escolar, judicial, ideológico und so weiter.) Para ello es preciso someterse a la carretidad, oponer el aquí y el allá, el allí y el allá, estar a favor o en contra. Pudiste notar, entre otras muchas sutiles categorías, que algunos se aferran desde el año pasado a su postura de "optimismo", otros hacen carrera en el "pesimismo", unos son religiosos, otros no. Sacan sus fichas, presentan referencias, bueno, otras tarjetas postales de las cuales ya sólo saben leer la perforación (B A, B A, O A, O A, R I, R I). Qué cansancio.

Se me olvidaba, Giacomo también tiene siete letras. Ámala a ella, a mi sombra -no a mí. "¿Me quieres?" Y tú, dímelo.

12 de agosto de 1979.

a la herencia de lo desconocido, ahí está, a eso hubiera yo querido dedicarle una institución, un templo, un poema, y que ya no puedan desprender sus pensamientos de Matthew Paris, de su imagen, de su mano que traza los nombres de plato y de Socrates, en ese lugar y en ningún otro. Tuve ganas de darle gusto a ese monje, a ese hermano, que me imagino un tanto loco, y a todo lo *que representa para mí*. Porque él representa para mí y esa ilustración me fue destinada, por el hecho. ¿Me tocó suerte con ella, o no? Platón y Socrates me valen un poco, no hablo de los nombres de plato y Socrates dibujados encima de sus cabezas. Encima de sus manos, pese a que juegan tan bien conmigo, coloco la mano de Matthew Paris, bueno, lo que su nombre representa hoy para mí de aquella mano que fue

sólo puede ser tuya. Quisiera que tuvieras sólo una, como en uno de esos escasos momentos en que los celos callan

no tendrán más remedio que entender que nuestra correspondencia "real", quemada al rojo blanco, habrá sido muy distinta. Sembrar "sembrando"⁷⁶ sin la menor esperanza dejada de llegar a sus fines.

Ya no podremos escribirnos, verdad, desde ahora ya se nos torna imposible. A ellos también.

⁷⁶ Hay aquí en francés un juego de palabras en torno a *semer* (literalmente "sembrar" pero también, en sentido figurado, "despistar"). [T.]

12 de agosto de 1979.

entre el prefacio y los otros tres, los telefonazos zumbarán como avispa en plena transferencia.

No, escuchaste mal, a p. quería presentarlo por añadidura.⁷⁷ Hay un pequeño p. excluido del golpe, en *Glas*. Aquí están, en *esepé*, la sospecha y la especulación desatadas. Sólo estas letras tengo en boca, se las lamo a ambas.

tal habrá sido el destino de estas letras. La palabra *destin* se siente bastante dura en boca, no se deja chupar como *destination*, no se la deja flotar como *destinée*. Pero de cualquier forma la dureza de piedra está al centro, la pausa, la estasis, el stop, y no se necesita confirmación etimológica para sentirlo

es lo mismo que para la dead letter, trátase de ella o de lo demás, llegó, eso es todo. Lo que no debía llegar, lo que debería no haber llegado, llegó, nos llegó. Por ende eso era lo que tenía que llegar, siempre, más tarde, podrás decírtelo, pienso como tú, corazón.

13 de agosto de 1979. En parte tienes razón, hubiera sido preciso convertirlo, justamente, en un apéndice, un *pos -face*, ésa es la palabra, especialmente porque resulta ininteligible si no empiezas por lo que sigue -si no es que por el final, y como nunca leen más de una vez... Ni modo. Tienes razón también acerca de Joyce, con una vez basta. Es tan fuerte que finalmente nada se le resiste, de ahí aquella sensación de facilidad, por engañosa que sea. Se pregunta uno qué acabó haciendo aquél, qué lo movió. Después de él, no volver a empezar, correr el velo y que todo pase tras las cortinas de la lengua que ya no puede más. Coincidencia no obstante, para ese seminario sobre traducción seguí todas las indicaciones babelianas en *Finnegans Wake* y me dieron ganas ayer de tomar el avión rumbo a Zurich y de leer en voz alta sentado en su regazo, desde el principio (Babel, la caída y el motivo fino-fenicio, "The fall (bababadalgh [...]. The great fall of the offwall entailed at such sort notice the pftjschute of Finnegan [...] Phall if you but will, rise you must: and none so soon either shall the pharce for the nunce come to a setdown secular phoenish...) hasta el pasaje sobre el Gigglotte's Hill y el Babbyl Mallet hacia el final, pasando por "The babbblers with their thangas vain have been (confusium hold them!) [...] Who ails tongue coddeau, aspace of dumbillsilly? And they fell upong one another: and themselves they have fallen..." y por "This battering babel allower the door and sideposts..." y toda la página hasta "Filons, filoosh! *Cherchons la flamme!* Fammfamm! Fammfamm!", por ese pasaje que conoces mejor que nadie (p. 164) y en el que descubro de pronto "the babbling pumpt of platinism", por aquel otro acerca de "the turrace of Babbel", todo ese pasaje de Anna Livia Plurabelle parcialmente traducido donde encontrarás cosas absolutamente inauditas; y luego todo lo que viene en torno a "A and aa ab ad abu abiad. A babbel men dub gulch of tears." o a "And shall not Babel be with Lebab? And he war. And he shall open his mouth and answer: 1 hear, O Ismael... and he deed..." hasta "O Loud... Loud... Ha he hi ho hu. Mummum." Leo el texto a hilo, como se dice que lo hacen los actores, al menos hasta

⁷⁷ Hay aquí en francés un juego de palabras en torno a *présenter en sus, p.* ("presentar a p. por añadidura"). *Sus, p.* puede leerse en voz alta como *suspect* ("sospechoso"), por lo que puede *présenter en sus, p.* puede entenderse también como "presentar a p. como sospechoso". [T.]

“Usque! Usque! Usque! Lignum in... Is the strays world moving mound of what static babel is this, tell us?”

17 de agosto de 1979.

Estaba seguro de que la muerte le llegaría en 1907. Y por supuesto arrojo nueva luz como siempre, por mera reverberación, sobre toda aquella correspondencia secreta dentro del Comité de los siete anillos.

Reúnes documentación, estableces un *dossier* sobre las palabras en do, responden todos presentes, no falta ninguno.

Sobrevivir después de los suyos, sobrevivir después de sus hijos, enterrar a sus herederos, nada peor hay, ¿no es así? Imagínate a Sócrates falleciendo después de Platón. ¿Y quién juraría que eso no llega a suceder? Y siempre, incluso. A propósito de los siete anillos, otra vez ese deseo de sobrevivir después de los herederos, e incluso después del psicoanálisis, deseo quejumbroso y horrorizado, pero deseo esencial que remuerde toda la escena de la herencia. Le escribe a Ferenczi en 1924, siempre usando citas poéticas: “Quejándome así no intento forzarlo a conservar el Comité perdido. Lo sé bien: lo ido ido está, lo perdido perdido está [*“Hin ist hin, verloren ist verloren”*, Bürger]. He sobrevivido después del Comité que hubiera debido ser mi sucesor. Quizá sobreviviré después de la Asociación Internacional [pero claro, viejo, puedes dormir tranquilo]. Es de esperarse [ya parece] que el psicoanálisis sobreviva después de mí. Pero todo esto constituye un fin sombrío en la vida de un hombre.” Claro que no, claro que no. Y te sabes la historia de Rank, de las seis fotografías de los miembros del Comité y de los seis o siete lobos en el nogal del Hombre de los Lobos. Se había puesto furioso ante semejante hipótesis y había, *por carta*, pedido al paciente una especie de constancia relativa a las fechas de su sueño. ¡Contra Rank! Sobre el cual escribía: “probablemente no hizo más de lo que hubiera hecho un equipo de bomberos al que hubieran llamado para apagar el incendio provocado por la caída de una lámpara y que se hubiera conformado con sacar la lámpara de la habitación donde se declaró el fuego. Es un hecho que al proceder de esa manera hubiera perdido menos tiempo que al pretender apagar el incendio”. Se burlaba así de Rank, quien también creía en las terapias cortas. A propósito de fuego, ¿sabías que Freud destruyó su correspondencia en abril de 1908, un año después de su “muerte”, en suma. La esperaba para 1907. Jones hace una asociación: “amplía su departamento y destruye su correspondencia”, como si hubiera alguna relación. Fue un año interesante (primer congreso internacional, etc.) y me pregunto qué destruyó de esa manera, sin duda mensajes de Nietzsche, entre otros, de Sócrates seguramente.

Nunca sabré qué fue de mis propias cartas y como no conservo doble alguno...

Por

supuesto, cada que deje la palabra “*voiture*”, habré pensado en Ernst, por lo del *Wagen* que su abuelo hubiera querido que jalara detrás suyo. Creo que nunca te he dicho, durante mis largas disertaciones acerca del *Geschick* (lo que se destina, el envío y la destreza) que Freud hablaba justamente del *Geschick*, de la habilidad con la que su nieto sabía enviar y hacer volver la cosa.

No, oponen el là al là, el allá al allá, destinan ambos *allá* (*fort* y *da*) a algo no sólo diferente sino también contradictorio.

Lo que tampoco te había dicho es que Sócrates es ahora el nombre de un *logiciel*. ¿No sabes de qué se trata? Se llama *logiciel* a un programa o, más exactamente, al corpus de programas, procedimientos o reglas que garantiza el buen funcionamiento de un sistema en el procesamiento de la información. Los bancos de datos dependen de un programa. Cada empresa le pone nombre a su programa. CII eligió Sócrates. Y yo también, qué casualidad, desde el primer día, just to drop a postcard y hacerla seguir su camino ¿sigues el hilo del razonamiento?

17 de agosto de 1979.

detenerse se vuelve imposible. Esa manera que tienes de repetirme -y de repetirme. Como para hacer llorar un puesto de escucha. Afortunadamente para ti tú no te oyes.

Creerán que estás sola, y no es seguro que estén en un error (la tarjeta postal tiene buenas espaldas.) Hay que aprender a dejar.

Es cierto, todo mundo lo dice, por teléfono Pierre tiene ahora una voz idéntica, a menudo lo confunden conmigo. Es injusto que digas que formamos una pareja real y que eso me distrae de ti. Pero es cierto que esos pocos días de soledad con él, aunque apenas nos viéramos, velan sobre nuestras cartas, les imprimen una ligera desviación

sale raramente de su habitación (guitarra, discos, su máquina de escribir más ruidosa y más regular que la mía, estoy abajo), ayer fue para mostrarme ese pasme de *Thomas l'Obscur*⁷⁸ (ya te contaré cómo dio con él) que se me había olvidado por completo siendo que hace dos o tres años lo comenté ampliamente: "...j'étais même le seul mort possible, j'étais le seul homme qui ne donnât pas l'impression de mourir par hasard. Toute ma forte, le sentiment que j'avais d'être, en prenant de la ciguë, non pas Socrate mourant, mais Socrate s'augmentant de Platon, cette certitude de ne pouvoir disparaître qu'ont seuls les êtres frappés d'une maladie mortelle, cette sérénité devant l'échafaud qui donne aux condamnés leur vraie grâce, faisait de chaque instant de ma vie l'instant où j'allais quitter la vie."⁷⁹ Ahora tengo el libro sobre mi mesa, releo el capítulo II, el que empieza con: "Il se décida pourtant à tourner le dos à la mer..."⁸⁰

⁷⁸ Novela publicada por Maurice Blanchot en 1950 (París, Gallimard). [T.]

⁷⁹ "yo era incluso el único muerto posible, era el único hombre que no daba la impresión de morir por casualidad. Toda mi fuerza, la sensación que yo tenía, al tomar cicuta, de ser no Sócrates moribundo sino Sócrates sumado con Platón, esa certeza de no poder desaparecer que sólo poseen los seres afligidos por una enfermedad mortal, esa serenidad ante el cadalso que les otorga a los condenados su verdadera gracia, convertía cada instante de mi vida en el instante en que iba a abandonar la vida." [T.]

⁸⁰ "Se decidió pese a todo a dar la espalda al mar..." [T.]

18 de agosto de 1979.

otros creerán que somos cuatro, y podrían estar en lo cierto. Pero sea cual sea el número definitivo, únicamente te amo a ti, a ti a quien sin siquiera decidirlo seré siempre fiel. *Porque* estás loca, sólo tú, y no *para* enloquecerte al decirte lo imposible. Si estás loca, únicamente te amo a ti. Y soy monstruosamente fiel. Tú también. Fido, Fido, somos nosotros.

(Me dieron ganas de desearles “ánimo”, estaban todos reunidos, se habían pedido consulta, venían de todos los países, una especie de consorcio de la Sociedad Internacional de Psicoanálisis (incluyendo a los disidentes por petición propia reincorporados) y de las diversas filiales de las sociedades de filosofía analítica; se habían puesto de acuerdo para conformar un gran cártel y para ocuparse, conjugando recursos, de, por ejemplo, equis enunciado

Ah sí, Fido, te soy tan fiel como un perro. ¿Por qué escogió “Ryle” ese nombre, Fido? ¿Porque se dice que un perro *responde* a su nombre, al nombre de Fido, por ejemplo? ¿Porque un perro es la figura de la fidelidad y responde mejor que cualquiera a su nombre, sobre todo si se trata de Fido? ¿Porque responde a su nombre sin tener necesidad de responder, y que de esa manera se está mucho más seguro de su respuesta? Fido responde sin responder, puesto que se trata de un perro, reconoce su nombre pero nunca dice nada al respecto. ¿Qué opinas? Estando allí, Fido no puede hacer mentir la referencia, sin decir nada responde a su nombre. Ni una piedra ni un ser hablante, en el sentido de los filósofos de siempre y de los psicolingüistas de hoy, responderían sin responder al nombre de Fido. Ni una piedra ni tú amor mío responderían tan adecuadamente a la demostración requerida (“Fido’- Fido” en la *Theory of Meaning* de Ryle). ¿Por qué escogió Ryle un nombre de perro, Fido? Acabo de platicarlo ampliamente con Pierre, y él me sopla: “para que el ejemplo sea dócil”.

Pese a todo lo que los opone, lo que no soportan es siempre lo mismo, siempre montan guardia en torno a lo mismo. Por supuesto siempre tengo ganas de plantearle a Freud, en estilo socrático, preguntas “epistemológicas” de las que le plantean del otro lado de la Mancha y del otro lado del Atlántico. Por supuesto lo contrario me parece también esencial. Pero siempre llega un momento en que veo su ira avanzar en un frente común; su resistencia es unánime: “¡y las comillas, no se hicieron para los perros! ¡y la teoría, y el sentido, y la referencia, y el lenguaje!”. Claro que sí, claro que sí.

18 de agosto de 1979. ¿Es cierto que sólo me llamas cuando no estoy?

Algún día me dijiste que yo era una antorcha

“ven” que no valga sin el tono, sin el timbre, sin la voz que me conoces. Eso en cuanto al incendio.

Lo habían apostado todo por una imagen (de uno, de otro, del par), luego se aficionaron a la apuesta, y siguen especulando pero ya no están. Cada uno de ellos al otro: te aliaste para destruirme, te conjuraste, lo enredaste todo, desenreda tú mismo.

Y este pequeño diálogo filosófico para tu distracción:⁸¹ “¿La destinación? ¿Qué es eso? -Allí donde algo llega- ¿Entonces dondequiera que algo llegue había destinación? -Sí.- ¿Pero no antes?- No. -Qué cómodo, puesto que allí llega es que estaba destinado a llegar allí. Pero entonces, ¿sólo puede decirse a posteriori?- Cuando llega, eso prueba que tenía que llegar, y llegar allí, a su destinación. -Pero antes de llegar, ¿no se destina? Por ejemplo, ¿no se desea ni se pide dirección alguna? ¿Está todo lo que llega donde tenía que llegar, pero no hay destinación antes de la llegada?- Sí la hay, pero yo quería decir otra cosa. -Por supuesto, eso decía yo.- Eso es.”

Según se lo di a entender, ignoro si ella tuvo razón de escribir *lo que escribió*, y es algo bastante secundario, pero en todo caso tuvo razón en escribirlo. Razón a priori. ¿Cómo le llega?, no tengo ni idea, tengo para cuándo, apenas empieza, pero no puede haberse equivocado al echarse eso.

Si quieres entender a qué puede corresponder una “anatomía” de la tarjeta postal, piensa en la *Anatomía de la melancolía* (es un género relacionado con la sátira menipea: Frye señala la influencia que tuvieron la última Cena y el Banquete sobre el género, los festines interminables, la fatrasia enciclopédica, la crítica satírica del *philosophus gloriosus*, etc.).

Sé estoica, será nuestra expirosis, mundo por las llamas.

19 de agosto de 1979.

no es más que una jugada de póquer (tú sabes bajo qué auspicios vi la luz) y al especular con esa tarjeta, con ese naípe, al desafiar al tramposo cómplice que ve a S/p por encima de mi hombro (lo siento a mis espaldas hacer montones de señales), hago un envite mortal, incremento la puja

y cuando ya no vuelvas, después del fuego, te seguiré mandando tarjetas vírgenes y mudas, ya ni siquiera reconocerás en ellas nuestros recuerdos de viaje y nuestros lugares comunes, pero sabrás que te soy fiel. Todos los modos y todos los géneros de fidelidad los agotaré para ti.

21 de agosto de 1979.

no descuidar nada para abordarse, cada vez, volver contra sí mismo los golpes.

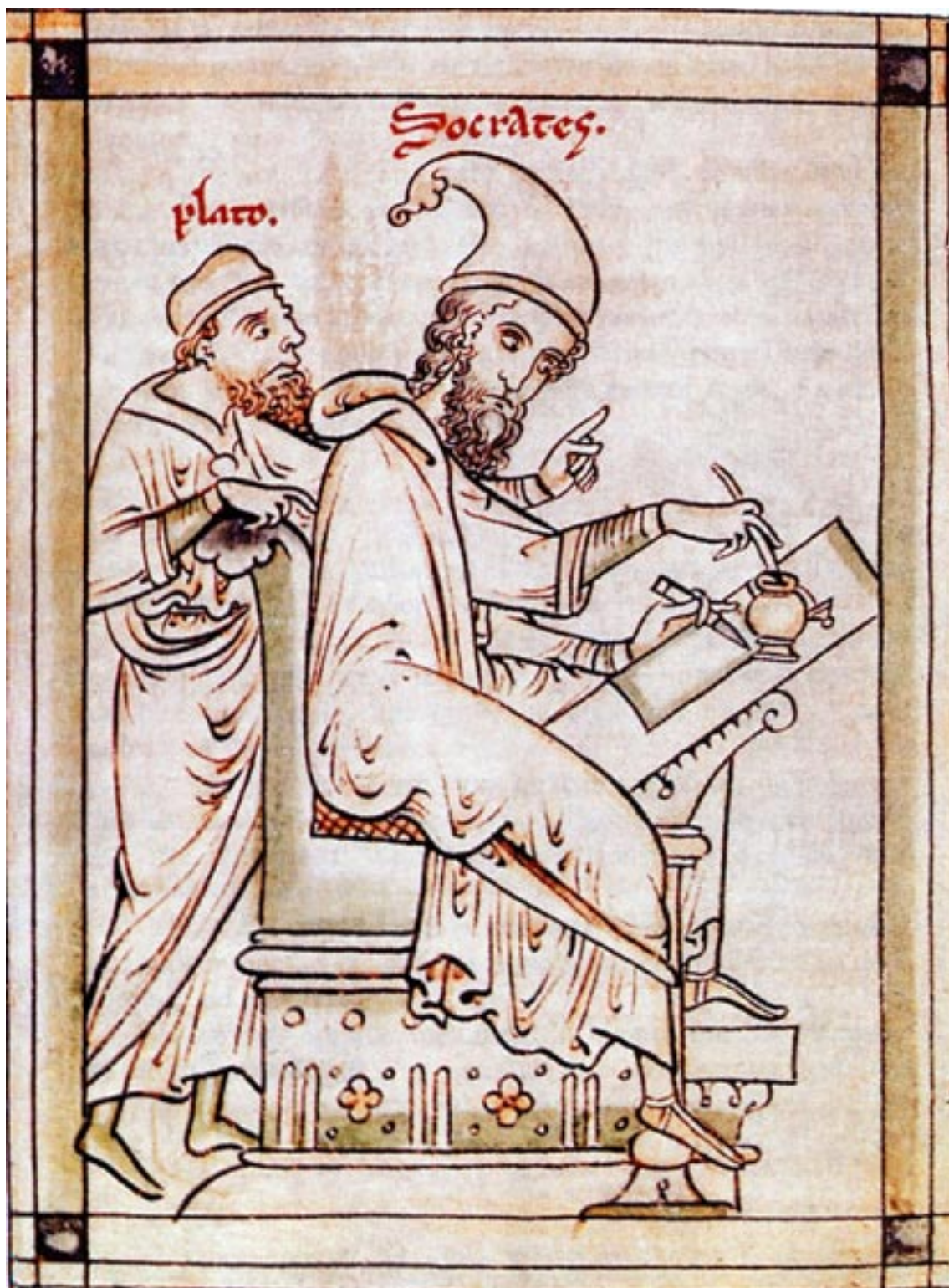
Tenía yo

cita en Flammarion.

Es lo que se llama una composición canon.

recuerdo sobre todo que me gustó oírlo hablar alemán por teléfono (¿te dije que Metafísica habla hebreo? creo incluso que es su lengua materna, pero habla también alemán, inglés, francés). “Te amo”, “Ven”, given a certain context of course, serían los únicos X en saltarse lo postal. A condición de que cada

⁸¹ En el siguiente diálogo, hay en francés un juego de palabras recurrente en torno a la ambivalencia de *arriver* (“llegar” pero también “suceder”). Léase pues el diálogo dos veces, substituyendo durante la segunda lectura cada ocurrencia del verbo “llegar” por el verbo “suceder”. [T.]



vez tenga lugar una sola vez. Tendrías que haber creído en mí, e in-de-fi-ni-da-men-te darme eso, carta blanca en lo que a la única vez se refiere.

Acabo de dormirme mientras miraba, como todos los días, *Los misterios del Oeste* y *Las Chicas de Charlie* (cuatro mujeres detectives privadas, muy bellas, una es inteligente, las órdenes les llegan, por teléfono, de un jefe que parece estarse echando a la quinta mientras habla) y de paso atrapé al vuelo lo siguiente: sólo los muertos no hablan. ¡Ni hablar! Son los más parlanchines, sobre todo cuando se quedan solos. Más bien habría que mandarlos callar.

21 de agosto de 1979.

Tienes razón, te amo no se publica, no debería andarlo gritando a los cuatro vientos.

Pero te lo digo de nuevo, sólo conservo una brevísima secuencia de nuestra película, y sólo de la película, una copia, una copia de copia, la delgada cinta negra, apenas un velo.

Es cierto que antes de Oxford, nuestras cartas lo decían de otra manera, de ahí lo arbitrario de la selección y esta retórica injustificable. Pongamos que haya yo efectuado la demostración.

Quise efectuar la demostración de ti, la tuya, y probar que nunca podré recuperarme,⁸² no es como tú.

Soy tan sólo una memoria, sólo me gusta la memoria y acordarme de ti.

21 de agosto de 1979.

me da igual, hace meses que mandas al diablo, meses, todo lo imprevisto que te ocurre, todo encuentro

y yo corro, voy a tu encuentro sin esperar nada que no sea precisamente la suerte -y el encuentro (cuando digo que corro, no estoy hablando del jogging, aunque bueno... pero si bien no soportan que yo corra, o escriba, prefieren en última instancia que practique el jogging y la escritura de publicación: eso nunca llega muy lejos, vuelve en circuito cerrado, juega como un niño en su corral. Lo que no soportan es lo que tú ya sabes: que el jogging y la escritura de publicación sean para mí un mero entrenamiento en vista tuya, para seducirte, para tener aliento, vaya si se necesita, para tener la fuerza de vivir lo que arriesgo contigo). Hacia ese encuentro de encuentro, me encamino a contracorriente (lástima que no se juegue con esta familia como con la otra, es decir con la economía de las palabras que tienen algo que ver con camino como con la de las palabras que tienen algo que ver con *Weg*). Me cerraste los ojos y con los ojos cerrados acudo a tu encuentro, al encuentro de ti. ¿Quién, yo? preguntas siempre, acusándome. No acuses a nadie, no estoy manipulando nada, y si ni siquiera yo lo sabía ya muy bien, ¿de quién sería la culpa? Y si lo supiera perfectamente, ya no iría a tu encuentro, ya te hubiera recorrido completa. Voy a tu encuentro, es todo lo que sé para mis adentros, pero también que no te

⁸² Hay aquí en francés un juego de palabras en torno a la polisemia de *me reprende* que puede ser leído como “recuperarme”, “rehacerme”, “repetirme”, “recibirme en devolución” o “reprenderme”. [T.]

alcanzaré nunca, que nunca me llegarás: eso, ¿ves?, ya me ha llegado a suceder y sólo puedo quedarme sin aliento al tomarlo en cuenta. Pasaste, no eres alguien que pasa sino la pasada que siempre esperaré.

(la pasada, tomo esta palabra de E.L.)

y ahora darte la razón (en contra mía)

se convierte en mi único sosiego. Y saber que no he entendido nada, que moriré sin haber entendido nada.

Otro pequeño diálogo filosófico compuesto por mí (léelo mientras te asoleas): “- ¡Ey, Sócrates!- ¿Qué? -Nada.” Estuve a punto de llamarte hace un rato para preguntarte qué pensabas de este breve intercambio de palabras (adivina, tú la adivina), qué pensabas que ocurrió entre ellos. Era un mero pretexto para llamarte, luego me dio miedo molestar a la familia y que no estuvieras sola cerca del teléfono para hablarme.

Releo tus líneas de ayer: lo que cuenta en las tarjetas postales, y de hecho en todo, es el *tempo*, dices. De acuerdo, vaya, más o menos, justamente, como decía mi “pobre padre” (ésa es otra expresión que él usa para hablar de lo suyo; y cuando en una discusión recoda se quedaba sin argumentos, te dejaba plantado con una oración aparentemente moderadora que siempre le daba la última palabra, por ejemplo: “ficticio, de acuerdo, pero vaya, más o menos de todas maneras”. A veces me ponía furioso contra él, a veces estallaba en carcajadas. ¡Qué ingenuidad! qué sapiencia antisocrática, también, vaya, más o menos, todo un arte de los modales, un *savoir-vivre*. Y también tú me hablas, querido, de olvidarlo, de olvidarlo del olvido; y solicitas: ¿lo reprimido, es cosa de perros? ¿Y olvidar, más allá de lo reprimido, qué significa? Pero precisamente, aquí te estoy contestando, es acabar. Entiendo: hacerle recordar a la finitud que uno existe. La finitud no puede reprimirlo todo, inscribirlo y guardarlo todo en otra parte. Sólo a Dios sé capaz de reprimir sin un ribete de olvido (fíjate, quizá eso quería decir Freud sin querer: ay Dios mío qué manera de reprimir), después de todo. Porque finalmente, se muere ¿no? ahí tienes. La muerte llega ¿no? No a su destinación, de acuerdo, pero llega ¿no? Ah, vaya, ¿no llega? ¿no le llega a nadie y por lo tanto no llega? Ah, vaya, es posible en efecto, se lo diré. Bueno, cuando haya muerto, ya verán (¡luz, luz, más luz!), me habrás cerrado los ojos.

22 de agosto de 1979. ¡Otra vez! Pero no te andes con niñerías. A ti te hablo, únicamente a ti, eres mi -adivina, mi adivinanza. Sobre todo no tengas miedo nunca, no podemos equivocarnos.

Dentro de poco diez meses ya.

22 de agosto de 1979.

La cuenta regresiva se acelera, estoy atterradoramente tranquilo. Sin embargo nunca había llorado tanto. Por teléfono, no oyes, te sonrío, te dejo contarme cuentos, siempre historias de niños y de padres, las vacaciones, pues. Ya no me atrevo a interrumpirte, “¿te interrumpo?”, a preguntarte si tienes la menor idea de mí, de lo que pasa de este otro lado de la línea.

Releo mi *Legs*, qué enredada está la madeja. Y el carrete del chico, es un pelotón de ejecución. Cuando alguien ordena disparar, y dar la orden equivale ya a disparar, ahí quedamos todos.

Por estar seguro de que eternamente estás ahí, el sufrimiento más insoportable (como para hacer de la muerte un juego), sufro por hallarlo llevadero, como si de un momento a otro, nomás en lo que se le sopla... ¿a eso le llamas tú “phantasme”?⁸³
y tú di yo

22 de agosto de 1979.

no te hubiera gustado que coleccionara tus cartas. Supón que algún día te hubiera dicho “tu centésima carta...” Nos hubiéramos separado, como si se hubiera demostrado (pero no lo creo) que el anillo de boda, *l’alliance*, pero también la atazón, *la liance*, no era de oro.

La vi llegar como una amazona de los suburbios, arrastrando tras de sí, en todas las cajas del barrio, el cuerpo de su amado. Lo pensé para mis adentros pero no di señales de ello. No sabe lo que arrastra. Para él, decía ella, su cuerpo (de ella) no era más que una categoría, un cargo en su contra.

Te escribo ahora a máquina, se siente. ¿Recuerdas el día en que, para probar *tu* máquina, la eléctrica, escribí: *ceci est une machine veuve*?⁸⁴

Tuvimos que eliminar a todos los testigos indeseables, a todos los intermediarios y mensajeros, uno tras otro. Los que quedan no sabrán leer, enloquecerán, empezaría a amarlos. Nunca lo dudes: lo que no se dice aquí (tantos signos blancos) jamás llegará. Matando dos pájaros de un tiro, los negros negros quedarán. Ni a ti te dirán nada, seguirás siendo “inconsciente”. Contrariamente a la carta, una tarjeta postal sólo es una carta en la medida en que no queda de ella nada que sea, nada que valga la pena. Destina la carta a su ruina.

Al colgar hace un rato, me dije que quizá ya no oías nada, que nunca lo sabré con certeza y que por fidelidad me era preciso continuar diciéndome lo que te digo. Los ingenuos creerán que desde el momento en que sé con quien hablo, llegar a la orillas⁸⁵ está garantizado, basta con analizar. Ya parece. Y a quienes asumen semejante discurso, aun antes de raciocinar en torno a una destinación, basta con verlos para soltar la carcajada.

Ahora pensarán en nosotros, sin descanso, pero sin saber en quién, nos escucharán sin que tomemos cita con ellos, sin que nos tomemos la molestia de volvernos hacia ellos. Precio fijo, sesión permanente. Estaremos todos acostados boca arriba, las voces llegarán desde la pantalla, ya no sabremos quién interpreta qué.

⁸³ *Phantasme* corresponde a la ortografía más arcaica de *fantasme* (“ilusión, fantasía”). [T.]

⁸⁴ “Ésta es una máquina viuda”. En francés, *veuve* (“viuda”) sólo difiere por una letra de *neuve* (“nueva”). [T.]

⁸⁵ Parece haber aquí en francés un juego de palabras en torno a la sonoridad de *la rive* (“la orilla”), que podría leerse también como *l’arrive* (neologismo equivalente a “la llega”, apócope de *l’arrivée* “la llegada”). [T.]

23 de agosto de 1979.

sin duda tienes razón, yo no sé amar. En realidad sí, a los niños, sólo a los niños, pero ya es mucha gente.

Sigo riéndome (eres la única, en eso también, en saber que siempre río) al pensar en tu exclamación de hace un momento, cuando te comenté de las intrigas socráticas: “ese tipo está loco”. No digas niñerías y entiéndeme: ellos pretendieron, para intrigar, ocultarse en lugares comunes, en lugares de pudor, en lugares de saber (el “platonismo”, la “determinación” and so on). Cuando se perdieron, cuando vieron que ya no se veían, sacaron sus cuchillos, sus escalpelos, sus jeringas, y se arrancaron lo que se habían entregado mutuamente. Triunfo de la bruja maldita, era idea suya. Bajo su sombrero (que ella había confeccionado con sus propias manitas),⁸⁶ concibió la dialéctica, cual si hiciera prosa.⁸⁷

He de verte muy pronto otra vez, tu regreso me da miedo. No es que piense en el incendio, eso se ha convertido en una imagen muy ligera, extrañamente apacible, casi inútil. Como si ya hubiera acontecido, como si el trabajo estuviera hecho. Mientras tanto
no, resulta
que sin ti no me falta nada, pero en cuanto estás conmigo te lloro, te extraño hasta morir, ya no soporto que te vayas.



23 de agosto de 1979. Acabo de recibir la diapositiva con los colores. Cuídala bien, la necesitaré para la reproducción. Nunca los he visto tan resignados a su belleza. Qué par.

Ese respaldo entre ambos cuerpos, yo me entiendo, es un contrato de matrimonio. Siempre pienso en esos contratos firmados por uno de dos -distan de carecer de valor, al contrario. E incluso cuando ambos firman, ambas veces firma uno de dos

esas tres cartas que conservo sobre mi pesacartas verde. Nunca pude contestarlas y me resultará difícil perdonármelo. Los tres murieron de manera diferente. A uno de los tres lo volví a ver vivo después de haber recibido su carta (era mi padre, estaba en el hospital, me hablaba de análisis y punciones, y con su escritura en cama concluía”: “es la primera carta que escribo en quince días”, “pienso salir del hospital quizá mañana”, y mi madre agregaba unas palabras en la misma carta: “le tiemblan las manos y no pudo escribir bien, será para la próxima vez...”).

⁸⁶ Hay aquí en francés una alusión al personaje de la “modista”. En efecto, *petites mains* significa “pequeñas manos, manitas”, pero también se conoce como *petites mains* a las obreras principiantes de la industria de la confección, es decir, a las aprendices costureras o “modistas”. [T.]

⁸⁷ Hay aquí una alusión a un pretencioso personaje del teatro de Molière: Monsieur Jourdain, al descubrir que el hablar cotidiano pertenece a la prosa por oposición al verso, se jacta de “hacer prosa sin saberlo”. [T.]

A otro, Gabriel Bounoure, nunca lo volví a ver, pero había quedado de ir a su casa en las semanas posteriores a su carta, en Lesconil (larga carta y maravillosa, hablaba a su manera de un librero "atormentado por el demonio de la procrastinación", y estaba esa tarjeta de pescadores para Pierre). El tercero se suicidó poco después (se trata de aquel noruego del que te había hablado: unas cuantas palabras a máquina, disculpas por el retraso, "que obedece a circunstancias difíciles en mi situación", de una conferencia sobre la ideología, luego volví a ver a su mujer y a sus padres que vinieron desde Noruega, sus relaciones eran extrañas, intenté comprender).

A punto de meter esto en el sobre: no olvides que todo partió del deseo de hacer de esta imagen la portada de un libro, todo puesto al margen, el título, mi nombre, el nombre del editor, y miniaturizado (quiero decir, en rojo) sobre el falo de Sócrates.

24 de agosto de 1979.

Una vez más intenté descifrar el trozo de piel. De todas maneras es un fiasco: lo único que logré fue transcribir parte de lo que se imprime o sobreimprime acerca del soporte, pero el soporte mismo, ése que buscaba yo entregar desnudo, también lo quemaremos. Me pregunto de qué estará hecho lo que queda. Habrá quienes piensen, con o sin razón, que no hay ni una sola palabra verdadera, que esta novela la escribo para matar el tiempo en tu ausencia (¿que no es eso verdadero?), para pasar un momento más contigo, ayer, hoy y mañana, incluso para mendigar un poco más de atención tuya, una lágrima o una sonrisa (¿que no es eso verdadero?).

Mientras tanto, habremos puesto el viático en la sala de ventas, y empezaremos a aumentar la puja. El comprador más rico, el más generoso -o el más excéntrico- se lo llevará como lectura para el viaje, como talonario de travelers o como un último seguro, un último sacramento administrado a toda prisa en los aeropuertos (ya sabes, se calcula a toda prisa, en el momento de embarcar, la suma que le tocaría a los suyos en caso de accidente. Nunca lo he hecho, pero por mera superstición).

La palabra "viático", sólo la entendí cabalmente, traduce si quieres "amé", hasta que ella me dijo que tal texto sería para ella, durante todo el verano, un viático.

24 de agosto de 1979.

conoces el final de la película policíaca: Sócrates se los echa a todos o hace que se maten entre ellos, se queda solo, los antigangs se apoderan del sitio, él rocía todo con gasolina, aquello se convierte en un brasero en cuestión de segundos, y tras los polis la muchedumbre se agolpa, un tanto decepcionada, de que no lo hayan agarrado vivo o de que no la haya librado, da lo mismo.

25 de agosto de 1979. Quería también decirte una palabra, el *kolophon*. Creo, no estoy seguro, que se llegó a designar con ese nombre, entre los judíos, al dedo de metal, a ese índice que apunta hacia el texto de la Thora cuando es levantado con los brazos extendidos. Entonces,

¿el colofón de plato? La palabra significa el punto más alto, la cima, la cumbre, la cabeza o la coronación (por ejemplo de un discurso), en ocasiones también el colmo (llevaste al colmo tus bellos compromisos, dice en la Carta III). Y luego está en el Teetetes cierta coronación (*ton kolophona*) que quisiera yo darte, es una cadena de oro (*ten krusen seiran*). Ni modo, transcribo la traducción: “*Sócrates*.- ¿Te diré aún, respecto a la calma, al tiempo sereno y otras cosas semejantes, que el reposo pudre y pierde todo y que el movimiento produce el efecto contrario? ¿Llevaré al colmo estas pruebas, forzándote a confesar que por la cadena de oro de que habla Homero, no entiende ni designa otra cosa que el sol, porque mientras que éste y los cielos se mueven circularmente, todo existe, todo se mantiene, lo mismo para los dioses que para los hombres; al paso que, si esta revolución llegase a detenerse y a verse en cierta manera encadenada, todas las cosas perecerían, y, como se dice comúnmente, se volvería lo de arriba abajo?”

26 de agosto de 1979. Estoy azorado pero maravillado de que no se me haya ocurrido nunca en el transcurso de estos últimos meses. Es realmente la única que no he nombrado, así sea indirectamente con uno u otro ardid. No se me ocurrió hacerlo, no pensé en ella, y seguramente no la hubiera recordado solo.

Es bastante violento, tenía poco más de cuatro años, el cálculo resulta fácil, nuestros padres estaban abajo en el jardín, yo estaba solo con ella en lo que conocíamos como el mirador. Ella dormía en su cuna, sólo me acuerdo del nene de celuloide ardiendo en cuestión de segundos, de nada más (ni de haberlo encendido yo mismo ni de la menor emoción hoy por hoy, sólo de mis padres que acudieron a toda prisa). El que haya yo quemado al nene *en vez de* agredirla a ella, si publico algo semejante la gente va a pensar que lo estoy inventando en aras de la composición. Me doy cuenta de que al hablar contigo de los lectores siempre les he dicho la gente, ¿qué opinas? y que sea el único ser, aquella hermana, el único en el mundo con quien no recuerdo ni el más mínimo esbozo de desacuerdo, ni la menor virtualidad jamás una queja. Es cierto que no la conozco, la conozco un poco como madre de Martine. Y tampoco me creerán si digo que la palabra maleta para mí será siempre jirón de aquel grito que di cuando ella nació, una palabra de niño célebre en la familia: “quiero que la vuelvan a poner en su maleta”. (Me digo ahora mismo que “volver a poner” es tan revelador como “maleta”). El padre de mi madre acababa de hacerme entrar a la habitación después del parto, no se les ocurrió nada mejor: hacerme creer que esa maleta (según mi memoria un enorme baúl que seguramente contenía los accesorios para el parto usuales en aquella época y que estaba en la habitación desde hacía varias semanas), que esa valija (fíjate, A I) preparaba su nacimiento, quizá hasta la contenía cual un vientre. Todavía me cuentan cómo aquello le daba a mi abuelo más risa que a cualquier otro. Fue sin lugar a dudas el primer holocausto deseado (como se dice de un niño deseado, una muchacha deseada).

27 de agosto de 1979. Acabas de llamar. Ah no, todo menos Fénix (además lo primero que representa para mí, en mi lengua fundamental, es la marca de un anisete *kosher*, en Argelia.

Pienso de nuevo en Ofelia la servicial, eso es. Ésta no enloqueció, se casó tan joven, casi podría decir que a los 7 años. A propósito (a propósito de mi teoría de los conjuntos y de la novela familiar, de toda la *set theory* que resuelve nuestras paradojas y nos engrandece, cada cual por su lado, más allá de todo. Estamos más allá de todo, y yo en tu bolsillo, más pequeño que nunca)

y en el recorrido del mapa, breve pausa, te encuentras con Aristóteles: el macho que empieza a tener esperma cuando alcanza dos veces 7 años, la gestación de los peces que corresponde a un período divisible por 7, la muerte de los recién nacidos antes del 7º día y por eso reciben nombre el 7º, y el feto que vive cuando es expulsado a los 7 meses y no a los 8, etc., sólo le faltaba, a esa historia de los animales, la circuncisión. El primer número de teléfono en El-Biar, el inolvidable te dije, 730 47: en el principio era un siete, y al final, y en medio, 3+4, y todo gira en torno al cero, lo central.

28 de agosto de 1979. Acabo de levantarme, Némesis había tocado a la puerta. Tu carta todavía acierta a reír. Que sigamos riendo, ése es el verdadero milagro, y te lo debo a ti.

No, no los apóstoles, las epístolas, he ahí mi novela. Sigo el orden: Pablo en primer lugar (el hermanito muerto antes que yo, un año antes creo, y nunca quisieron saber o decir de qué: "cayó mal", oí alguna vez, de veras, te lo juro. Tenía apenas unos meses). Luego Santiago, entonces, luego Pedro y Juan. Y nunca nada fue hecho adrede.

He aquí otro S.P., de acuerdo (es decir un secreto a voces, un *secret de polichinelle*), pero es realmente el único, pondría mi mano al fuego. Por lo demás, no entenderán para nada mi clinamen por más que estén seguros de todo, sobre todo en este caso, el peor. Allí donde más digo la verdad ellos sólo verán una cortina de humo. A propósito, sabes que la Sophie de Freud fue incinerada.

29 de agosto de 1979.

7, dios mío

"A ministering angel shall my sister be, when thou liest howling" y la libido, decía el hermano de Christiane Hegel, jamás viene a perturbar la paz entre hermano y hermana, hay allí una relación "sin deseo"

Lo ves venir, no, dímelo.

Que no se te olvide, el Sócrates de Paris tenía la barba azul. No anda pero Paris lo pinta calzado cual noble, y *ante* el pequeño esclavo descalzo, el pequeño plato, su pupil, su pupilo, su pupila que lo ve sin ser visto, que lo muestra y lo *presenta*. Pero ambos *se representan* mutuamente y ahí tienes la aporía, en ésas estamos.

30 de agosto de 1979.

el regreso. Estás sumamente cerca ahora. ¿La comprobación parece estar hecha? No, justamente, y además ¿para quién? Es la única pregunta que cuenta. Todo es posible. Míralos otra vez, son inseparables. Siguen conspirando, hacen planes, quieren regresar. Quiero que los ames.

Relee las cartas del chico, son increíblemente ásperas, imperdonablemente vulgares. Pero tú finge creerle a los profesores, son casi todas apócrifas; una correspondencia ficticia, me dijiste algún día, inocente de todo. Quisiera creerlo así.

Sé que estás “muy cerca” pero el fin no confesado de esta última carta (semi-ficticia, *semelfactive*), es - deberías de poder adivinar, decirlo en mi lugar, porque nos lo hemos dicho todo.

Me hubiera gustado, sí, darte todo lo que no te di, y no da lo mismo. Al menos eso piensas tú, y seguramente tienes razón, es cosa de Necesidad.

Me preguntaré qué ha significado, desde mi nacimiento o más o menos por entonces, *girar en torno*. Seguiré hablándote, y de ti, nunca me dejarás pero me volveré muy joven y se tornará la distancia incalculable.

Mañana aún te escribiré, en nuestra lengua extranjera. No recordaré ni una sola palabra y en septiembre, sin haber siquiera vuelto a verla, quemarás

la quemarás, tú, tienes que ser tú.

ESPECULAR – SOBRE “FREUD”

NOTA DEL TRADUCTOR

Antes aún de ser traducido, este libro implica a la traducción de varias maneras y en varios niveles. Es en gran parte un minucioso examen de ciertos textos alemanes de Freud y de las traducciones francesas existentes de esos textos. Coteja constantemente esos textos con esas versiones, corrige, reinterpreta, desmenuza ese lenguaje extranjero. En otra gran parte se ocupa de un escrito francés cuyo tema es un relato inglés: el famoso “Seminario sobre la carta robada” de Jacques Lacan. Y tanto aquel Seminario como este estudio sobre él parten de la traducción francesa de Baudelaire, pero volviendo sin cesar al texto inglés de Edgar Poe. Leer todo eso traducido a su vez al español es seguramente estar un grado más allá en esa lectura vertiginosa que sin duda el libro mismo aconsejaría.

Pero el traductor no dispone de las libertades del autor. Todos esperan que todo lo justifique, aun a sabiendas de que tal cosa es imposible. Algo habrá que justificar de todas maneras.

En primer lugar, algunas cuestiones de lengua. He intentado en lo posible hacer con el español operaciones “equivalentes” a las que el texto hace con el francés. Para traducir los términos *différance*, *différant*, etc., esenciales en el pensamiento de Derrida, he construido los derivados *diferencia*, *diferente*, etc.; el autor forjó esas palabras para manifestar la ambigüedad del verbo *diférer* (*différer* en francés): ser diferente, y remitir a más tarde; estas derivaciones son perfectamente justificadas en español y permiten redactar un texto seguido sugiriendo todo el tiempo la alusión a “diferencia”, “diferente”, aunque no tan fluidamente como en francés, donde *différence* y *différance* se pronuncian exactamente igual. Otros neologismos son tal vez más antipáticos, pero me temo que más aceptables para la mentalidad lingüística moderna: “estructura” y “constrictura”, “posicionar”, “ficcional” y otros que el lector encontrará en el cuerpo del libro y cuyo sentido en todo caso no ofrece dificultad; “restancia” tiene el inconveniente de que el español no usa *rester* en el sentido de quedar o permanecer, pero por lo menos el sustantivo *resto* lo justifica suficientemente; “atesis” puede confiar en su helenismo.

Los casos de inconformidad clara, de una lengua a otra, del campo semántico, son más peliagudos; a menudo he tenido que añadir notas al pie para explicar esos sentidos incompatibles. Lo mismo me ha sucedido con los juegos de palabras, que son por definición lo absolutamente intraducible de una lengua. Pero incluso en estos casos, como en los de divergencia de campos semánticas, he tratado siempre que ha sido posible de añadir entre corchetes la información, sin romper la continuidad sintáctica, para permitir una lectura seguida. Confío en que el lector distinguirá en general sin dificultad los corchetes del traductor y los del autor: añadir en cada caso las indicaciones sobre eso hubiera sido afear demasiado el libro. Pera a veces, por supuesto, no

he podido evitar expedientes más o menos dudosos: *démarche*, por ejemplo, término frecuente en esta clase de francés intelectual moderno, significa por un lado el modo de andar o andadura y por otro gestión o diligencia; *bande* (aparte de la polisemia de *bander* comentada en su lugar) es lo mismo venda que banda; en estos y otros casos parecidos he traducido a menudo según el sentido que el contexto sugería, cuando me ha parecido que con ello no desfiguraba sensiblemente la significación del original; pero eso hace que por ejemplo el vocablo *andadura*, mucho más raro en español que en francés *démarche*, pulule aquí de manera quizá alarmante.

Finalmente tengo que decir algo sobre las citas. Dada la naturaleza del texto, que mencioné al principio, hubiera estado fuera de lugar utilizar traducciones españolas “autorizadas” de los pasajes de otros autores citados por Derrida: hubiera tenido que confrontar a mi vez esas versiones con sus originales, con las traducciones francesas citadas y con las versiones del propio Derrida. Así por ejemplo, en lo que hace a las citas de *La carta robada*, he seguido lo más cercanamente posible las versiones de Baudelaire citadas; era la única manera de hacer comprensibles los comentarios de Derrida sobre esa versión, y los de Lacan sobre esa misma que a su vez el propio Derrida cita. Pero ese principio me ha llevado también a una consecuencia que tal vez algunos lectores juzguen desconcertante: he retraducido a veces pasajes de los *Escritos* de Lacan, cuya traducción española “autorizada” va firmada por mí mismo. En este caso ha habido tal vez algo más que la intención de verter apuntando a ese contexto de comentarios derridianos: un traductor tiene que decidirse por *una* versión, desechando otras alternativas que siempre imagina y no siempre está seguro de que sean inferiores; hay momentos en que quisiera uno ponerlas todas simultáneamente, con lo cual el lector tendría una idea más clara del sentido del original (algunos traductores de poesía lo han hecho así efectivamente): seguramente me tentó la oportunidad de enriquecer mi versión. En todo caso he añadido las referencias a la edición española (10ª ed., México, Siglo XXI, 1984); el lector curioso, si tiene para ello suficientes ocios, puede seguir la pista de esas divergencias, y tener así más doble visión, o sea más tercera dimensión, del sentido del original.

TOMÁS SEGOVIA

1. ADVERTENCIAS

LA ATESIS

Como si tuviera un *incipit*, abordo pues este libro. Era nuestra convención que lo abordara yo en el momento del tercer rizo.¹ Tal vez lo recuerden ustedes. A falta de recuerdo, tal vez hayan verificado su consecuencia en el transcurso de estas diez sesiones: desde la primera, traje aquí, no digo justificué, el título de este seminario: *la vida la muerte*.

Hasta verificar la consecuencia de lo que no se recuerda, tal vez es hasta allí hasta donde va lo que está en juego.

Al traer aquí ese título, había sugerido entonces la propuesta de otra lógica. Así diría o traduciría una mala lengua, pues no se trata ya aquí de “lógica”, menos aún, por las razones que voy a decirles, de “propuesta”. Se trataba más bien de *religar*, pero precisamente por medio del análisis de los valores de liga, de *nexum*, de *desmos* o de estrictura,² la cuestión de *la vida la muerte* con la de la *posición* (*Setzung*), de la posicionalidad en general, de la lógica posicional (oposicional o yuxtaposicional), del tema o de la tesis. Poner, posicionar, preguntábamos, ¿a qué corresponde? ¿Y a quién? Dejemos eso.

Suspendida así la “posición”, puede entreverse qué sigue, o más bien cuál es la descendencia. Se conversa aquí de todo lo que su caída arrastraría, el descrédito, la ruina y las quiebras que no dejaría de provocar. Llamo la atención de ustedes hacia el registro de las cuentas, lo financiero, lo fiduciario o lo especulativo: de lo que hablaré hoy será de especulación. Por lo menos tal es mi apuesta.

En una palabra, desde la primera sesión se había anunciado que una “lógica” del *más allá*, o más bien del paso *más allá* [que en francés sería también del *no más allá: pas au-delà*],* vendría a desbordar a la lógica de la posición: sin tomar su lugar, sin oponerse a ella sobre todo, abriéndose hacia otra relación, relación sin referencia o sin común medida con lo que ella salva con su *pas*, su paso o su no, o de lo que salva de golpe. Pero ni el golpe ni el paso ni el no son aquí trazos indivisibles.

Intentaré pues el abordaje de este libro, y atraerlo hacia mí para el tercer rizo. Pero ¿se trata de rizo? Más bien de collados en lazos más o menos apretados, y que no se cierran en el momento de volver sobre sí mismos. No pueden, pero en ese no poder se

¹ El texto en cuyos bordes trataría de mantenerse este discurso es *Más allá del principio de placer*, de Freud. En efecto, extraigo esto de un seminario que seguía el trayecto de tres rizos. Procediendo cada vez de una explicación con tal texto de Nietzsche, se había adentrado primero en una problemática “moderna” de la biología, de la genética, de la epistemología o de la historia de las ciencias de la vida (lecturas de Jacob, Canguilhem, etc.). Segundo rizo: regreso a Nietzsche y luego explicación con la lectura heideggeriana de Nietzsche. Después, aquí, el tercero y último.

² Estas tres palabras remiten al motivo más obsesionante de *Glas*. Digamos que añado o remito aquí un “judas” suplementario de *Glas*. Incisión tatuada por ejemplo entre las páginas 270/272 columna izquierda.

* [*Pas*, “paso”, puede ser también el adverbio negativo, y en el texto de Derrida está a menudo latente este otro sentido en el uso de este término. T.]

encierran. Imaginen a *Indra* y a *Varuna*³ decidiendo entrelazar sus nombres para firmar, al pie de un contrato, el compromiso de entrelazar en lo sucesivo sus nombres cada vez que tuvieran que firmar, a consecuencia de lo cual firman ya.

Más allá del principio de placer: propondré de él una lectura selectiva, tamizante, discriminante. No sin volver a pasar, según una pedagogía en la que no habría que estancarse ciegamente, por senderos demasiado trillados. Quisiera dar a leer la estructura no posicional de *Más allá...* su funcionamiento *a-tético* de última instancia, incluso de instancia a secas.

De la instancia distingo en otro lugar la restancia. ¿Cómo tener acceso a la restancia de *Más allá. .. ?* ¿Cómo debe caminar este texto, con qué paso [o con qué no]* sobre todo, para que nos volvamos sensibles un día, hoy, contra tantas lecturas tan parciales como canónicas, incluso académicas, a la imposibilidad esencial de detenerse en él en una tesis, en una conclusión puesta según el tipo científico o filosófico, según el tipo teórico en general? Ya lo refiera a tal o cual de las mencionadas instancias, la imposibilidad de tal detención arrastra la actuación textual a una singular deriva.

He abusado de esa palabra, no me satisface mucho. *Deriva* designa un movimiento demasiado continuo: más bien indiferenciado, demasiado homogéneo, parece alejarnos sin sacudimiento de un origen supuesto, de una orilla una vez más, de un borde de trazo indivisible. Pero la orilla se divide en su trazo mismo, y hay efectos de anclaje, desmoronamientos de bordes, estrategias de abordaje y de desbordamiento, estricturas de atadura o de amarre, lugares de reversión, de estrangulamiento o de *double bind*. Son constitutivos del proceso mismo de la atesis, y hay que dar cuenta de ellos, por lo menos si es que hay aquí que leer tal acontecimiento y contar con él.

Este proceso textual que no es dominable por ninguna instancia como tal (sobre todo no por la teórica según el tipo científico o filosófico), no me precipitaré a llamarlo todavía “ficcional” o aún menos “literario”. Quisiera más bien proseguir el análisis de la restancia para intentar reconocer, sobre ese ejemplo, las condiciones de lo ficcional y de ese tipo de ficción que llaman, confusamente a veces, literatura. Sus condiciones “hoy”, es

³ “Varuna es el ‘Ligador’: quienquiera que respete el *satyam* y la *çraddhā*, es decir las diversas formas de la exactitud, es protegido por Mitra, pero quienquiera que peque contra el *satyam* y la *çraddhā* es ligado de inmediato, en el sentido más material de la palabra, por Varuna. [...] es la historia de Manu, esclavo de la *çraddhā*, disponiéndose a sacrificar a su mujer a pedido de los sacerdotes demoníacos; se desencadena el mecanismo, fatal, ciego; si Manu no va hasta el final, si tiene un sobresalto de humanidad, falta a la ley del sacrificio y cae en las ligaduras de Varuna. Así pues no vacila: irá hasta el final. Entonces surge un dios, que no es ni Mitra ni Varuna, un dios que tiene piedad, y que, tomando la iniciativa y la responsabilidad de romper el terrible dilema, decide que el sacrificio no tendrá lugar y que, sin embargo, Manu obtendrá su beneficio. Ese dios es Indra.” Georges Dumézil, *Mitra-Varuna*, cap. vr, “Nexum et Mutuum”, iv, “Indra contra las ligaduras de Varuna”, pp. 113, 125. Obligado al sacrificio, ligado por su ley si quiere evitar ser ligado por Varuna, Manu es absuelto de ese *double bind* sin perder su “beneficio”. ¿Tendrá por ello la fuerza de desligarse (¿pero con vistas a qué beneficio?) de la gracia de Indra? Ante la fortuna milagrosa de ese don, ¿podría inhibir en sí mismo la gratitud, redimirse no sólo de la deuda sino del movimiento mismo de la gratitud? En una palabra, ¿evitará no amar ya sino a Indra?

* [Véase la anterior nota del traductor T.]

decir desde que habitamos el psicoanálisis, con él, en él, a su alrededor o a su lado. Más estrictamente -y por eso este ejemplo es ejemplar al no ser absolutamente sustituible- desde *Más allá del principio de placer*.

La atesis de *Más allá...* comparecerá. Como tal, antes y más allá de toda instancia. Comparecerá en su relación (desligada, absuelta, si es posible) con la tesis teórica en general como con las leyes de su decidibilidad.

No es fortuito que la atesis se suspenda indefinidamente en cuanto a *la vida la muerte*. No es fortuito que se mantenga de la enigmática pulsión de muerte que aparece desaparece, parece desaparecer, aparece al desaparecer en el *Más allá...* La digo enigmática porque aparece desaparece contando muchas historias, haciéndolas o dejándolas contarse. Las llaman a veces fábulas o mitos.

Se trata también de lo que pone en marcha entonces a toda una descendencia, fabulosa o mítica.

¿Llegaremos a esas orillas en tres o cuatro sesiones? Seguramente no. Para ganar tiempo y hacer mis cálculos más accesibles, debo fondear con ustedes en algunos ensayos ya publicados⁴ Otro preliminar: puesto que el trayecto de estos anillos en forma de lazos debe volver a conducirnos cada vez a partir de Nietzsche, nada aquí es más fácil. Seré pues breve. Para ir por el camino más corto, recordaré por ejemplo lo que se dijo de la infancia, del juego y del sin-deuda. Lo que se dijo a partir de Nietzsche. ¿Cómo y con qué el supuesto niño se endeuda en un juego supuestamente sin-deuda? ¿Y dónde situar, según qué tópica, el lugar de un secreto tal?

Recordaré también, una vez más, la escena que hace Freud a la memoria de Nietzsche. No lo yerra nunca en el movimiento impresionante de una denegación. La evitación no evita nunca lo inevitable de lo cual ya es presa. Freud toma las cosas con tanto desenfado en una situación tan embarazosa, declina la deuda con una seguridad tan expedita, una ligereza tan imperturbable que se pregunta uno: ¿se trata de su propia deuda? ¿O de la deuda de otro? ¿Y si la deuda fuese siempre de otro? ¿Cómo sentirse y no sentirse a la vez, de antemano, cumplido y culpable ante la deuda de otro cuando éste, alojado en sí mismo por el efecto de una singular tópica, regresa a sí mismo según una filiación de la que todo está por pensarse? ¿Cómo especular sobre la deuda de otro que le cae a uno?

He citado en otro lugar pero releo una vez más aquí la declaración de evitación que realiza lo inevitable. Está en la *Selbstdarstellung*:

“Nietzsche, el otro filósofo cuyas intuiciones y perspectivas coinciden a menudo de la manera más asombrosa con resultados penosamente adquiridos del psicoanálisis,

⁴ Alusión a “Freud et la scène de l’écriture” (1966) (in *L’écriture et la différence*), *Glas* (1974, en particular lo que concierne al fetichismo, el *double bind* -el, la, los doble(s) banda(s) (ear) [le, la les double(s) bande(s) (ent)], juego de palabras con diferentes sentidos de *bande*: banda o venda, pero también tensa o tiene una erección, etc.; v. corchetes del T. en la p. 140. T.] y el problema económico del masoquismo), “Le facteur de la vérité” (1975) (in *Poétique 21*, reproducido en este volumen). A eso añado aquí *Pas* (*Gramma 3/4*, 1976), *Éperons* (1972-1978), *Fors*, prefacio a *Le verbier de l’homme aux loups*, de N. Abraham y M. Torok, 1976, *La vérité en peinture*, 1978.

durante mucho tiempo justamente lo evité (*gemieden*) por ese motivo; me interesaba menos la prioridad que mantenerme libre de toda prevención.”

Lo más penoso, lo menos soportable (suspiro al pasar) es que lo que se ha pagado con tanta pena (lo más penoso), a saber la tarea de la especificidad psicoanalítica, se le dé sin esfuerzo al filósofo, gratuitamente, graciosamente, como por juego, por nada. Lo más penoso es que lo penoso no sea penoso para otros, estando así en peligro de perder todo valor: moneda falsa en suma, emitida por ese ancestro indigno del psicoanálisis. Como si no le hubiera costado nada.

En cuanto al valor de “evitación”, aparecía ya un poco más arriba: era esa vez la filosofía en general lo que había que “evitar”. Es *preciso* evitar lo más próximo, por la razón misma de su proximidad. Hay que mantenerlo apartado, advertirlo. Hay que desviarse de ello, divertir, *advertir*. ¿En verdad es *preciso*, con esas advertencias, evitarlo? Ni siquiera es preciso: lo más próximo se evita en lo inevitable mismo. La estructura de su proximidad lo aleja y prescribe que el *da* esté *fort* aun antes de que un juicio de denegación venga a poner sobre él la especificidad de su sello. La evitación de la filosofía, en el momento mismo en que está ya en el lugar como un falsario, nos introducirá dentro de un momento, más directamente, al *Más allá...*

Aunque lo haya citado yo más a menudo,⁵ este pasaje no es el único de su tipo, ni siquiera el primero en la genealogía fabulosa del psicoanálisis. Hay el apéndice de la *Traumdeutung*: Rank no se contenta con ver en Nietzsche “el precursor directo del psicoanálisis” por lo que se refiere a las relaciones entre el sueño y la vida despierta. Le reconoce otro mérito: el de habernos despertado a la responsabilidad de aquello mismo de lo que nos consideramos irresponsables. Se puede ser culpable de aquello de lo que se cree uno por esencia inocente, se puede estar endeudado con lo que siente uno de antemano saldado.⁶ Nietzsche osó ligar la responsabilidad, la deuda y la culpabilidad con el

⁵ Por ejemplo in *Qual quelle (Marges - de la philosophie, 1972, p. 363)*.

⁶ La analítica existencial del *Dasein* sitúa la estructura del *Schuldigsein* originario (el ser-responsable, el ser-prevenido, o el poder-ser responsable, la posibilidad de tener que responder-de antes incluso de toda deuda, toda falta e incluso toda ley determinada) más acá de toda subjetividad, de toda relación con el objeto, de todo conocimiento y sobre todo de toda conciencia. Cf. Heidegger, *Sein und Zeit*, §58. Por las mismas razones, Heidegger no habla allí de inconsciente, noción que según él pertenecería al sistema conceptual y a la época filosófica más acá de la cual debe regresar la analítica del *Dasein*, que es tan poco el hombre como el sujeto, tan poco la conciencia como el inconsciente.

Schuld (a la vez la falta y la deuda, la obligación en general), ése es el objeto de la *Genealogía de la moral*, singularmente de su Segunda disertación (§4 y *passim*). Es sabido que esa genealogía y ese análisis de la deuda proponen una teoría de la “represión” (§ 21). Es el “autor” de esa teoría de la deuda a quien Freud no quiso deberle nada, es de él de quien no quiso saber nada.

Defensa, evitación, desconocimiento: esa *desviación* de Nietzsche o *ante* Nietzsche pertenece en lo sucesivo al legado de Freud. Toma incluso, siguiéndolo, a veces, una forma que no tenía nunca en él, la de la mofa o la mueca. Por ejemplo en este texto que, girando precisamente alrededor de “la deuda simbólica”, se autoriza así: “No señalo aquí el comercio de la pacotilla nietzscheana de la mentira de la vida...” (Lacan, “La cosa freudiana”, *Écrits*, p. 405 [*Escritos*, p. 388]).

inconsciente. Lo hizo por ejemplo en *Aurora*. Lo que no puede ya asumirse en conciencia se vuelve desde ese momento insalvable: la deuda de otro regresa, en sueños o de otra manera, a acosarnos y a anularse en la denegación. Estáis dispuestos a ser responsables de todo, grita Nietzsche, menos de vuestros sueños, y el nombre de Edipo no tarda en resonar, pues es ante todo a él a quien va destinado este apóstrofe.

Es también este Nietzsche el que la *Selbstdarstellung* declara haber “evitado”. Lo mismo que, unas líneas más arriba, la filosofía en general. Lo cual supone que Nietzsche siguiese siendo un filósofo. Pero ¿no se atrevió a pensar lo que la filosofía, como tal, nunca hubiera hecho más que negar? Pero ¿se piensa o no se piensa lo que se *plantea*, se *pone*, bajo la forma de la denegación? ¿A qué se llama pensar?

La evitación de la filosofía es más activa que nunca, más deliberada también, más circunspecta en la “especulación”. Especulación: lo que Freud nombra así reúne toda la dificultad que me interesa aquí. ¿Qué es lo que la filosofía *no tiene que ver* con la “especulación” psicoanalítica? ¿Y por qué ésta debería hacer escribir en el modo de la atesis, por ejemplo en *Más allá...*? ¿Quién habrá especulado? ¿Sobre qué? ¿Sobre quién? ¿Qué habrá comprometido a ello? ¿Qué es lo que se habrá dejado comprometer en semejante especulación?

¿Freud se *dio o abandonó* a la especulación? ¿Lo quiso? ¿Quiso quererlo? ¿Y por qué su relación fue siempre doble, aparentemente dividida a este respecto? En la *Selbstdarstellung*, interpretando sus últimos trabajos llamados “especulativos”, los del periodo de *Más allá...* (antes y después de 1920), Freud se defiende de haberse abandonado a la especulación:

La tentativa [la metapsicología] quedó como una estatua truncada, la interrumpí después de haber escrito algunos ensayos: *Pulsiones y destinos de pulsiones*, *La represión*, *El inconsciente*, *Duelo y melancolía*, y tuve ciertamente razón al actuar así, pues la hora de semejantes anclajes teóricos no había sonado todavía. En mis últimos trabajos especulativos, me he dedicado a dividir nuestro aparato psíquico sobre la base de la valorización de hechos patológicos, y lo he descompuesto en un Yo, un Ello y un Superyó (*Das Ich und das Es*, 1922). El superyó es el heredero del complejo de Edipo y el representante de las exigencias éticas del hombre. No quisiera que se tuviera la impresión de que en este último periodo de trabajo haya vuelto la espalda a la observación paciente y que me haya *abandonado* enteramente a la *especulación*. Más bien he permanecido en contacto íntimo con el material analítico y nunca he dejado de trabajar temas especiales, clínicos o técnicos. Y en los casos en que me alejaba de la observación, he *evitado cuidadosamente acercarme a la filosofía propiamente dicha*. Una incapacidad constitucional me ha facilitado mucho semejante abstención. Siempre fui accesible a las ideas de Fechner y he tomado también apoyo en puntos importantes en las ideas de ese pensador. Las extensas concordancias con la filosofía de Schopenhauer -no sólo defendió la primacía de la afectividad y la importancia preponderante de la sexualidad, sino que adivinó incluso el mecanismo de la represión- no se dejan reducir a mi conocimiento de su doctrina. Leí a Schopenhauer muy tarde en mi vida. El otro filósofo, Nietzsche... [El subrayado es mío.]

Tres observaciones al pasar.

En cuanto a referir *Sein und Zeit* a la *Genealogía de la moral* en lo que se refiere al *Schuldigsein*, lo intentaré en otro lugar.

1. Ni más ni menos que a Nietzsche, nada se *debe* a Schopenhauer. En cuanto tal, la teoría psicoanalítica *no le debe nada*. Ha heredado tan poco de él como puede heredarse de simulacros conceptuales, que es como decir de falsa moneda, de billetes emitidos sin garantía de valor. Las palabras y las “nociones” de Schopenhauer y de Nietzsche se parecen indistinguiblemente a un discurso psicoanalítico. Pero les falta el equivalente de un contenido propio del psicoanálisis que es el único que puede garantizar su valor, su uso y su intercambio. Sobre todo no debe heredarse de semejantes asignados, incluso de semejante prensa de billetes, o de una máquina para emitir, más o menos fraudulentamente, en la más incontrolable facilidad, semejantes “acciones”. Y debido al parecido, debido a una imputación de herencia demasiado natural, hay que evitar a cualquier precio esa filiación. Hay que romper con ella en el instante en que la identificación amenaza de más cerca. No hay que asumir la deuda: no sólo porque es la de otro, sino porque el otro se ha endeudado de manera insalvable (imperdonable) al emitir simulacros de conceptos. Es como otra historia de responsabilidad colectiva: lo analice o no, Freud se somete a un imperativo que le prescribe interrumpir la cadena y rechazar la herencia. Fundar así otra genealogía. Pretendo que lo que escribe en cuanto a la especulación (filosófica y no filosófica) tiene algo que ver con esa escena de herencia intolerable. Algo que ver, dicho de otra manera algo que no ver. Lo que escribe, dicho también de otra manera *el hecho de que* tenga que escribirlo.

Como es obvio, la racionalización discursiva de esta escena supone una seguridad ingenua en cuanto al concepto de falsa moneda, como de la relación entre una palabra y un valor conceptual.

Ni más ni menos que a Nietzsche, pues, ni más ni menos que a la filosofía en general de la que se defiende *evitándola*, Freud supone no deber nada a Schopenhauer. El reconocimiento de deuda queda anulado, o, si ustedes prefieren, denegado, confirmado, en el centro de *Más allá...* Esto sucede en el momento en que se adelantan ciertas proposiciones (no digo tesis) discriminantes, en el momento en que se les confía el poder de acarrear la decisión, al menos para una etapa. Se trata de reconocer el dualismo de la vida pulsional. Freud evoca la teoría de Hering, los dos grupos de procesos de “dirección opuesta” (*entgegenetzter Richtung*) que se desarrollarían continuamente en la sustancia viva: el proceso de asimilación (*assimilatorisch*) y el proceso de di-similación o desasimilación (*dissimilatorisch*); el primero construyendo (*aufbauend*), el segundo des-truyendo (*abbauend*). *Abbauen*: es la palabra que algunos heideggerianos franceses han traducido recientemente por “*déconstruire*”, como si todo estuviera en todo y siempre delante de la caravana. Es cierto que esa traducción no es simplemente ilegítima desde el momento que se les ha ocurrido (bastante recientemente). A menos que se manipule el rebote para asimilar, precisamente, y reconstruir lo que no se deja asimilar fácilmente. Es cierto también que en este terreno la competencia se hace tanto más áspera cuanto que siempre se puede hacer pasar lo ya-allí de una palabra por la anterioridad de un concepto con el que se pretende entonces endeudar e incluso fecundar a todo el mundo. Se echa mano de una marca y se la aplica por todas partes. Puede verse así, del otro lado si así pudiera decirse, a la palabra “desconstrucción” caer del cielo en el texto de Marx. Hasta ahora, “*aufgelöst*” se traducía fielmente en francés por “*résolu*” [resuelto] o “*dissous*” [disuelto].

Una traducción reciente de *La ideología alemana* dice “*peuvent être déconstruites*” [pueden desmenuarse] por “*aufgelöst werden können*”, sin otra forma de alegato y sin la menor explicación. No me detendría en la ingenuidad teórica o en la astucia táctica de semejante operación si no tendiese a extraviar al lector. Pues una vez cumplida la amalgama, incorporada la apropiación, se da a entender que la “desconstrucción” está destinada a quedar limitada a la “crítica intelectual” de las superestructuras. Y se finge que Marx ya lo había dicho. He aquí esa nueva traducción [vertida literalmente al español], que marcará una fecha, es de esperarse, en los anales franco-alemanes: “... [esa nueva concepción materialista de la historia] no explica la praxis según la idea, explica la formación de las ideas según la praxis material y llega en consecuencia al resultado de que no es por la crítica intelectual, por la reducción a la ‘conciencia de sí’ o por la transmutación en ‘aparecidos’, en ‘fantasmas’, en ‘obsesiones’, etc., como pueden desmenuarse (*aufgelöst werden können*) todas las formas y las producciones de la conciencia, sino solamente por la subversión práctica [estas últimas palabras sustituyen la traducción clásica de ‘*praktischen Umsturz*’ por ‘inversión práctica’ y se ahorran el espinoso problema de la inversión a la vez que coquetean con la ‘subversión’, que goza de mejor salud; y, astucia demasiado astuta y por lo tanto un poco grosera, quiere darse a entender que la ‘desconstrucción’ es de esencia ‘teórica’, incluso teorista, con lo cual se hace otro ahorro, el de la lectura] de las relaciones sociales reales, de donde han salido esas fruslerías idealistas”. Y se remite en una nota, sin pestañear, a las Éditions Sociales, incluso sin precisar, como quiere la Academia, “tr. ligeramente mod.”

Se habrá notado al pasar, y es el destino esencial a mi entender de esta cita de apariencia filológica, el poco caso que hace de los “fantasmas” y de los “aparecidos”. Ése es nuestro problema.

Si ahora se tradujese *abbauen* por “desmenuar” en *Más allá...*, se entrevería tal vez un lugar de articulación necesaria entre lo que queda comprometido allí bajo la forma de una escritura atética y lo que me ha interesado hasta aquí en relación con la desconstrucción.

Una vez rendido este homenaje a todos los celos militantes, regreso a los dos procesos “opuestos”. Freud ve una relación de oposición (*Entgegensetzung*), por lo menos en la doctrina de Hering, entre el proceso de asimilación constructiva y el proceso de disimilación destructiva. Esto es algo que impondría un límite a la traducción si se aceptara considerar que la desconstrucción no se opone sólo sino que trabaja de otra manera (y *sin* trabajar si el trabajo es determinado como oposición). Dejo a esta cuestión operar en silencio, nos espera en otro lugar.

Freud se pregunta entonces si debemos reconocer “nuestras dos nociones pulsionales”, la “pulsión de vida” y la “pulsión de muerte” en esos dos procesos. Añade entonces: “Pero hay algo más que no podemos disimularnos... ” Hay pues algo, algo *otro*, que tendríamos tentaciones de disimularnos, algo *otro* que hubiéramos querido evitar o no reconocer. ¿Qué es? “Es que sin darnos cuenta hemos abordado los golfos de la filosofía de Schopenhauer, para la cual la muerte sería ‘*das eigentliche Resultat*’ [el resultado propio, apropiado, propiamente dicho -es una cita] y en esa medida la meta de la vida, mientras que *la* pulsión sexual sería la incorporación (*Verkörperung*) de la voluntad de vivir.”

Punto y aparte: “Tengamos el valor de dar un paso más (*einen Schritt weiter zu gehen*).”

Por la pista seguiremos todos los pasos, paso a paso y no sin no, que conducen *Más allá...* hacia el singular camino de la especulación. Tal camino no existe antes del allanamiento de la escritura atética, pero no se construye a sí mismo como el método de la especulación hegeliana; y por muy ocupado que esté con los aparecidos, no se aparece a sí mismo regresando sobre sí, no tiene ni la forma del círculo dialéctico, ni la del círculo hermenéutico. Tal vez las da a ver, pero no tiene nada que ver con ellos. Se construye-desconstruye según una interminable desviación (*Umweg*): que describe “él mismo”, escribe y desescribe.

Pero ¿qué es lo que empuja así a ese paso de escritura?

La muerte, “resultado propio” y por lo tanto meta de la vida, meta sin meta, estrategia sin finalidad de lo vivo, no es sólo un enunciado de Schopenhauer. Coincide casi literalmente con tales proposiciones de Nietzsche que habíamos intentado interpretar: sobre la vida como un género tan raro de lo que es muerte (*Gay saber*), “caso particular” y “medio en vista de otra cosa” (*Voluntad de poder*), y esa otra cosa es entonces necesariamente solidaria de la muerte; finalmente sobre la ausencia, a fin de cuentas, de algo así como un instinto de conservación. El puerto de amarre inconsciente, a la distancia de esta generalidad, habrá sido igualmente nietzscheano. Es a él a quien habría que haber evitado, como hubiéramos debido evitar lo debido; es de él de quien hay que atreverse a desprenderse o a absolverse. Nietzsche describe muy rigurosamente esa escena en la *Segunda disertación* de la *Genealogía de la moral*. Les remito a ella.

2. La expresión “retorno eterno de lo mismo” aparece, entre comillas, en el tercer capítulo. El nombre de Nietzsche no se menciona allí pero poco importa. El pasaje incumbe a la existencia, en la vida psíquica, de una tendencia irresistible a la reproducción: adoptaría según eso la forma de una repetición que no tomaría en cuenta el principio de placer y se colocaría incluso por encima de él. En las neurosis de destino, esa repetición tiene los rasgos de lo demónico. El fantasma de lo demónico, incluso de lo diabólico, reaparece debidamente en *Más allá...* Aparecido, regresado -a compás-, merece que se analicen sus pasajes y su andadura, lo que lo hace regresar y lo conjura en cadencia. La andadura misma del texto es diabólica. Mima la marcha, no cesa de marchar sin avanzar, esboza regularmente un paso más sin ganar una pulgada de terreno. Diablo cojuelo, como todo lo que transgrede el principio de placer sin dejar nunca que se concluya con el transponer. Cojo el diablo, pero absuelto de no se sabe qué deuda por aquel que en un momento dado se llama a sí mismo el “*advocatus diaboli*” de la pulsión de muerte y concluye con una cita donde cada palabra se deja tildar de Escritura -y de literatura: “La Escritura dice que cojear no es un pecado”, dice “el poeta”.

La figura diabólica mira a la vez del lado de *Más allá...* y del lado de *Das Unheimliche*. He descrito en otro lugar los nexos de sistema y de parentesco entre esos dos ensayos. El diablo regresa en ellos según un modo que no es ni el de una representación imaginaria (doblemente imaginaria) ni el de una aparición en persona. La aparición de su regreso desafía semejante distinción o semejante oposición. Todo sucede y se desarrolla como si el diablo “en persona” regresara a redoblar a su doble. Entonces, doblez que

redobla a su doble, desborda a su doble en el momento en que ya no es más que su doble, doble de su doble que produce el efecto “*unheimlich*”.

Ahora bien, la simple oposición que distingue entre el original “en persona” y su máscara, su simulacro, su doble, esa simple disociación oposicional apaciguaría por el contrario la inquietud. Todo concurre a producirla y a garantizarla -y la lógica oposicional, sea o no dialéctica, se pone aquí al servicio de tal inquietud para saldar su cuenta, si así puede decirse, con el doble.

Una pequeña nota de la *Carta a d’Alembert* evoca al diablo “en persona”, si así puede decirse, y su aparición bajo los rasgos del fantasma de su doble: en un escenario, en el escenario donde era simplemente, o eso se creía según la convención, representado. Como actor o como personaje, la cosa no está clara. Aparición, pues, del diablo “mismo”, además de su representación; aparición de representación del “original” además de su representante que se supone que lo suple; aparición que debe entenderse en el sentido de la visitación, de la “cosa misma” en suplemento de su “propio” suplemento. Semejante aparición altera sin duda el orden apaciguante de la representación. Pero no lo hace reduciendo los efectos de doble, los multiplica por el contrario, y la duplicidad sin original en la que consiste acaso la diabolicidad, su inconsistencia misma.

El espanto está entonces en su máximo, dice Rousseau, la *Unheimlichkeit*, diría más bien Freud. Hay aquí una de las dos lógicas de la repetición que operan, me parece, y entrelazadas, en *Más allá...* Sobre este entrelazamiento daré aclaraciones en otro lugar. He aquí la nota al pie de la *Carta a d’Alembert*. De ella saco el epígrafe de mi exposición. La llamada de nota está en la palabra “diablo”.

Leí en mi juventud una tragedia de l’Escalade, donde el diablo era en efecto uno de los actores. Me decían que al representarse una vez esta obra, ese personaje, al entrar en el escenario, se encontró doble, como si el original hubiese tenido celos de que se tuviese la audacia de contrahacerlo, y que instantáneamente el espanto hizo huir a todo el mundo y *terminar la representación*. Este cuento es burlesco, y lo parecerá mucho más en París que en Ginebra; sin embargo, prestémonos a las suposiciones y encontraremos en esa doble aparición un efecto teatral y verdaderamente espantoso. Sólo puedo imaginar un espectáculo más simple y más terrible aún, es el de la mano que sale de la pared trazando palabras desconocidas en el festín de Baltasar. Esa sola idea nos hace estremecer. Me parece que nuestros poetas líricos están lejos de estas invenciones sublimes, para asustar hacen una batahola de decorados sin efecto. En el escenario mismo, no hay que decírselo todo a la vista, sino sacudir la imaginación. [El subrayado es mío.]

¿Cuál es el diablo de Freud? El que él contrahace o representa como su “abogado”, para *defenderlo* sin duda con conocimiento de causa, para tomar constancia y abrazar por él su causa, en esa causa y en esa “otra cosa” que “no debemos disimularnos”, pero también tal vez para que en esa defensa que lo defiende le sea defendido [prohibido] volver en persona, como no sea por la representación de su abogado. El doble está en ese proceso prohibido. Pero ¿de qué *proceso* se trata? ¿Quién acusa a quién? ¿Cuál es el diablo que hace escribir a Freud? ¿Qué diablos es lo que haciéndole escribir escribe de hecho en su lugar sin escribir nunca nada él mismo? ¿Acaso se analiza esto más allá del autoanálisis de

Freud? ¿Cuál es en eso el aparecido que retorna? ¿A quién, a qué o de dónde retornaría? Esta pregunta se habrá planteado en futuro.

3. La *Selbstdarstellung* presenta acaso, pone en escena, si es posible, una evitación: de Schopenhauer, de Nietzsche, de la filosofía en general, lo cual quiere decir aparentemente muchas cosas y muchas gentes. Aparentemente. Pero no interpretemos demasiado aprisa. Si hay evitación, si ello evita con tanta insistencia, es que hay tendencia, tentación, ganas. Freud lo reconoce. Es, como suele decirse, el primero en hacerlo, y con razón. Anota un poco antes que con los trabajos de esos últimos años (entre ellos *Más allá...*) ha “dado libre curso a la tendencia mucho tiempo reprimida a la especulación”. Parece conservar de ella una añoranza ambigua. Si hemos de creerle, hay que admitir pues 1. Una “incapacidad constitutiva” para filosofar. Lenguaje oculto, incluso oscurantista: ¿qué es, en términos psicoanalíticas, una “incapacidad constitutiva” para filosofar? 2. Una “tendencia” -sin embargo- a la especulación. 3. Una evitación deliberada de la filosofía, un rechazo de la deuda, de la genealogía o de la descendencia filosóficas. 4. Una no-evitación de lo que Freud llama pues la “especulación” y que no debe ser, *stricto sensu*, ni la filosofía, ni la experimentación científica o clínica en sus modos tradicionales. Hay que preguntarse pues si, más allá de esas conductas de evitación o de denegación y sean cuales sean sus móviles, no hay algo que llega, bajo el nombre de “especulación”, a lo que vacilo, ya veremos por qué, en llamar “teórico” (especulación “teórica” tal como se la entiende corrientemente). No se reduciría ni a una lógica filosófica ni a una lógica científica, ya sea pura, *a priori*, o empírica.

Interrumpo aquí estas observaciones preliminares. Por principio las he colocado enfrente de la *Selbstdarstellung*: para abrirlas a lo que *mantiene unida* la nueva posición de la cuestión de la muerte en psicoanálisis, el punto de vista de apariencia autobiográfica de Freud y la historia del movimiento analítico. Lo que *mantiene unido* no mantiene en la forma del sistema. Ningún concepto de sistema (lógico, científico, filosófico) está tal vez habilitado para medirse con ello ni es de hecho capaz de semejante reunión. No es él mismo más que uno de sus efectos.

Ahora bien, esto es lo que nos importa aquí. Y nos importa más allá de lo que Freud mismo haya podido declarar de ello. Cuando por ejemplo relaciona los trabajos del segundo periodo de su vida (*Más allá...* entre otros) con el ritmo de su propia “biografía” y singularmente con lo que le “advirtió de su muerte próxima por una enfermedad grave” (lo escribe en 1925, pero dicha enfermedad se había anunciado varios años antes), la conexión parece corresponder a una empiricidad externa, y en esa medida no nos hace avanzar mucho. Si queremos entrelazar en otro estilo, con otras cuestiones, las redes de una lectura llamada “interna” de los escritos sobre la vida la muerte, los de la autobiografía, de la autografía, de la autotanatografía, y los del “movimiento analítico” en cuanto que les son inseparables, es preciso por lo menos empezar por localizar en la lectura llamada apresuradamente “interna” los lugares *estructúreamente** abiertos al cruce de las otras redes. Lo que apareció en otro sitio respecto del suplemento parergonal⁷

* [He forjado el neologismo *estructúreo* para oponerlo a *estructural*, como en francés *structurel* se opone a *structural*. T.]

⁷ Cf. “Le Parergon” in *La vérité en peinture*.

implica no sólo la posibilidad sino la necesidad de semejante cruce, con todas las paradojas en las que se introducen entonces los motivos del marco, de la orla, del título y de la signatura.

Esto concierne acaso al *bios* en su alcance autobiográfico. Podría virar de un instante a otro hacia lo heterotanográfico, si se nos escapara de las manos lo que creemos seguir siendo bajo el nombre de escritura. En cuanto al *bios* en su registro biológico o biólogo, el que hemos seguido en la lectura de Nietzsche o de Heidegger, de Canguilhem o de Jacob, lo veremos muy pronto reconstituirse en el *Más allá...* y cruzar al otro, cruzarse con el otro. Abandono esa palabra, cruzamiento, a todas sus eventualidades genéticas o genealógicas. Cierta escritura hará en ellas su lecho.

NOS ESCRIBO

Sea *Más allá del principio de placer*. Por mí abierto en la primera página, sin mayor precaución, tan ingenuamente como es posible. Sin tenerlo, me tomo el derecho de saltarme todos los protocolos metodológicos o jurídicos que, del modo más legítimo, me entorpecerían aquí hasta la parálisis. Sea.

Pero la primera palabra del primer capítulo comporta ya:

1. cierto recordatorio: del estado presente y de las adquisiciones de la teoría analítica. La teoría psicoanalítica existe. La actuación de las primeras palabras implica en todo caso su afirmación: “En la teoría psicoanalítica admitimos...” Etc. No estamos obligados a creer que existe, no hay por qué considerarla válida, pero debemos en todo caso estar seguros - eso está implicado en la recepción de ese *speech act*- de que Freud quiere decir que existe y que en ella suceden cosas. Su enunciado no es *stricto sensu* un performativo, pretende constatar y tomar nota. Pero toma nota de un acto cuyo locutor sabe, quiere o pretende ser el agente productor y el primer sujeto. Lo habrá sido; y aquellos a quienes ha asociado o que se han asociado al movimiento de esa producción han aceptado todos, en principio y en conciencia, el contrato que lo instituye como productor. De donde la singularidad de esa actuación. Cuando Freud adelanta un enunciado que implica que la teoría psicoanalítica existe, no está para nada en la situación de un teórico en el campo de otra ciencia, ni tampoco de un epistemólogo o de un historiador de las ciencias. Toma nota de un acto cuyo contrato implica que le corresponde y que responde de él. En cierto modo, parece no haber contratado sino consigo mismo. *Se habría escrito él mismo*. A sí mismo, como si alguien se enviara un mensaje, informándose por carta certificada, en papel sellado, de la existencia atestiguada de una historia teórica a la que él mismo ha dado, tal es el contenido del mensaje, el golpe inaugural.

2. una toma de posición respecto de la filosofía. Es también una toma de no-posición, la neutralidad ostentada de una declaración de indiferencia que, si no es indiferente en sí, debe sacar de algún otro sitio su determinación. En todo caso, Freud insiste: “ningún interés” se concede a la cuestión de saber si el establecimiento del principio de placer es cercano o no a un sistema filosófico dado.

3. un concepto de reflexión que, bajo el término “especulativo”, no corresponde entonces ni a la filosofía metafísica ni a la ciencia experimental, aun cuando estuviese ligada a la experiencia psicoanalítica como tal.

Las dos primeras frases son ya muy enigmáticas: “En la teoría psicoanalítica, admitimos. . . “Se trata pues de la teoría, única y singular, tal como se supone que existe, constituida desde hace más de veinte años, con resultados indudables y una institución contractual que permite decir “nosotros”, yonosotros, pues la firma de Freud compromete y representa a todos los sostenedores de la teoría, de la causa que no podría ser divisible. La cosa se articula, marcha y pone en marcha así.

“En la teoría admitimos *unbedenklich* [sin vacilar, sin escrúpulo, sin reflexionar] que el curso de los procesos psíquicos está regulado automáticamente [*automatisch*: omitido en la traducción francesa] por el *Lustprinzip*.” La traducción de esta última palabra por “principio del placer” no deja de ser pertinente, pero no olvidemos que *Lust* designa también el goce y el deseo (“el deseo concupiscente”, dice Laplanche en *Vie et mort en psychanalyse*). Freud prosigue: “...es decir, creemos que ese curso es excitado cada vez por una tensión desagradable (*unlustvolle Spannung*) y abre entonces una dirección tal que su resultado final coincida con una reducción de esa tensión y por lo tanto con la evitación (*Vermeidung*) de un displacer (*Unlust*) o la producción de placer (*Erzeugung von Lust*).”

Se puede ya seguir la evitación por el rastro de la letra (*Vermeidung*): es ciertamente una tensión penosa lo que Freud habrá evitado en el instante en que enuncia su ley, la ha “evitado” al cortar por lo sano con tal o cual ascendencia “filosófica”. Ésas son repetidamente sus palabras. Pero ¿cuál habría sido ese displacer genealógico?

“En la teoría psicoanalítica, admitimos...” El recordatorio escapa a la alternativa. No es todavía ni una confirmación ni una puesta en tela de juicio de lo bien fundado. Pero *no* llegará a ser *nunca* -tal es aquí mi hipótesis- ni una confirmación ni una invalidación. No obstante, por el momento, tomemos nota de esto: Freud presenta este estado de la teoría como la posibilidad de un presupuesto que puede ser imprudente: “admitimos *unbedenklich*”, sin pestañear, como si cayera por su propio peso, la autoridad del principio de placer. Presuposición demasiado confiada, demasiado autoritaria, si es que no autorizada, en cuanto a la autoridad dominante de ese principio de placer y creencia (“creemos”) en la consistencia de semejante principio. Cuando Freud dice “regulado por el principio de placer, es decir...”, añade “creemos”: esa creencia puede ser efecto de una credulidad y esa sospecha la suspende de inmediato. Pero lo que queda entonces suspendido no es sólo lo que hay con esa ley reguladora, con esa relación o con esa relación de relaciones entre cantidades. Es también, como veremos, la esencia cualitativa del placer. Y por lo tanto del displacer, y por lo tanto de la ley de evitación. La búsqueda del placer, la preferencia de la que es el objeto casi tautológico, analítico, la sustitución del placer al displacer, el placer ligado a una caída de tensión, todo eso supone que se sepa por lo menos implícitamente lo que es el placer, que se precomprenda el sentido de esa palabra (“placer”). Pero todo eso no nos dice nada de él en esa misma medida. Nada queda dicho de la experiencia cualitativa del placer mismo. ¿Qué es? ¿En qué consiste? Es

a propósito de esto como un poco después, con la ironía requerida, se fingirá interrogar al filósofo.

La definición del principio de placer es muda en cuanto al placer, en cuanto a su esencia y su cualidad. Guiada por el punto de vista económico, esa definición no concierne sino a relaciones cuantitativas. Cuando asocia en su descripción los valores tópicos y dinámicos a las consideraciones económicas, la metapsicología es “en el momento actual” la “representación” (*Darstellung*) más “completa” que “podamos representarnos (*uns vorstellen*)”.

Pero ¿qué hay con la relación de esa “presentación” o de esa “representación” con la filosofía? Indiferencia amena, independencia benevolente, eso es lo que declara Freud. Poco nos importa, dice, que confirmemos así tal o cual sistema filosófico históricamente determinado. La cercanía o la anexión no nos inquietan. No apuntamos ni a la prioridad ni a la originalidad. Formamos únicamente “hipótesis especulativas” para explicar y describir los hechos que observamos cotidianamente. Y Freud añade: “Nosotros” (los psicoanalistas) quedaríamos muy agradecidos a la filosofía si ésta tuviera a bien decirnos cuál es la significación (*Bedeutung*) de las sensaciones de placer o de desplacer que son para nosotros tan “imperativas” o tan “imperiosas”.

Las “hipótesis especulativas” no serían pues de orden filosófico. Lo especulativo - aquí - no es lo filosófico. Las hipótesis especulativas no se forman *a priori*, ni en un *apriori* formal ni en un *apriori* material, ya sean inferidos u ofrecidos a la descripción inmediata. Tenemos aquí una especulación que no tendría nada que esperar de la filosofía.

Al fingir que no le escatimaría su gratitud en caso de que el filósofo le dijera lo que es el placer, Freud da a entender irónicamente que incluso cuando habla del placer -¿y qué filósofo habrá dejado de hacerlo?-, no sabe y no dice de qué habla. Presupone su experiencia común, sin duda, y el sentido común, pero esa presuposición es tan dogmática, tan “*unbedenklich*” como en la teoría psicoanalítica *hasta la fecha*.

De ese dogmatismo común se desenterrará más tarde una raíz: hay algún placer que se da a la experiencia común, comúnmente determinada, a la conciencia o a la percepción, como desplacer. Nada parece en general más irreductiblemente *fenomenal*, en su estructura misma, que el placer. Ahora bien, el fenómeno del desplacer puede, digamos, traducir algún placer, una experiencia otra, no fenomenal, del placer. La demostración o la traducción de esta traducción vendrán más tarde, sin “mostrar” nada en el sentido fenomenal de la experiencia.

La especulación, *esta* especulación sería pues extraña a la filosofía y a la metafísica. Más precisamente, representaría aquello mismo de lo que la filosofía y la metafísica se guardan, consisten en guardarse, manteniendo con ello una relación sin relación, una relación de exclusión que significa a la vez la necesidad y la aporía de la traducción. Y es en el interior de la “misma” palabra -especulación- donde la traducción debería encontrar su lugar, entre el concepto filosófico de especulación en su determinación dominante, aparente, legítima, concorde con el consenso elemental de la tradición filosófica, y aquel que se anuncia aquí. Este último pudo ser el otro del otro habitándolo, dejándose excluir sin dejar de trabajarlo de la manera más doméstica. De donde una vez más la necesidad (que recurre a su posibilidad) de la aporía de esta traducción. No puede decirse que Freud

opere esta traducción de manera temática y siempre coherente, por ejemplo en el uso de la “palabra”. Pero cierta lectura de su texto, la que intento aquí, no puede dejar de localizar su trabajo. La especulación de que se trata en este texto no puede remitir pura y simplemente a lo especulativo de tipo hegeliano, por lo menos en su determinación dominante. Tampoco, más allá de la descripción empírica, al conocimiento de las leyes extraídas por inducción más o menos segura: ese conocimiento nunca ha sido llamado especulativo. Y sin embargo Freud no recurre, bajo el nombre de especulación, a una teoría pura y *a priori* que preceda simplemente a los contenidos llamados empíricos.

¿Qué hacer con ese inconcebible concepto? ¿Cómo especular con esta especulación? ¿Por qué fascina a Freud, de manera ambigua sin duda pero irresistible? ¿Qué es lo que fascina bajo esa palabra? ¿Y por qué se impone en el momento en que se trata de la vida la muerte, de placer-desplacer y de repetición? De atenerse a los criterios de discurso filosófico o científico, a los cánones del género, no puede decirse que Freud *elabore* para sí mismo ese inconcebible concepto, que haga de él un tema o trabaje para *presentar su* originalidad propiamente teórica. Es que tal vez su originalidad no es del orden teórico, pura o esencialmente teórico: una especulación no teórica. Lo que comporta de inexpugnable (una plaza fuerte tanto más fuerte cuanto que no se inscribe en ninguna ubicación reconocida: astucia suprema de un espejismo en la inasignable topología) sirve a una estrategia cuya finalidad no puede ser clara, no puede ser *ella misma*. Para Freud como para cualquiera. Esa especulación da servicios de los que no se quiere ni hablar ni oír hablar. Tal vez aquel que lleva el nombre de Freud no puede ni apropiarse lo especulativo de esta singular especulación, ni identificarse con el especulador de esta especulación sin precedente ni ascendencia, ni con todo excluirla, desprenderse de ella, renegar de lo uno o de lo otro.

Interrogo en la oscuridad aquí. En la penumbra, más bien, aquella en la que nos mantenemos cuando lo inanalizado de Freud adelanta por ella unas antenas fosforescentes. A través de la estructura insólita de este texto, movimientos que en él no responden, me parece, a ningún género, a ningún modelo filosófico o científico. Ni tampoco literario, poético o mitológico. Estos géneros, modelos, códigos están sin duda presentes en él, en conjunto o alternativamente, explotados, maniobrados, interpretados como fragmentos. Pero por eso mismo desbordados. Tal es la *hipótesis* o la atesis de la atesis.

Intentamos abordar el primer capítulo. Se parece a una simple introducción. Es muy corto. Su conclusión confirma curiosamente la creencia en la autoridad del principio de placer. La inquietud se había expresado, sin duda, se había permitido que se formularan una serie de objeciones. Y sin embargo, a pesar de esa confirmación, y en el momento mismo en que nada ha quedado sacudido por dichas objeciones, Freud pasa a prescribir “nuevas maneras de plantear las cuestiones” (*neue Fragestellungen*), una nueva problemática. Lo hace pues sin la menor necesidad demostrativa. Hubiera podido, habiendo rechazado eficazmente las objeciones y confirmado la autoridad del principio de placer, atenerse a esto. Pero apela, y no sólo a nuevos contenidos, sino a nuevas problemáticas, a otras modalidades cuestionantes.

Me dirijo de inmediato al final de ese primer capítulo, hacia la mitad de esa primera pausa donde, a pesar del regreso a la inmovilidad del punto de partida, a pesar de la parálisis, a pesar de *marcar el paso* en lo inmovido del principio de placer (en persona o bajo su forma modificada en principio de realidad, pues el mismo capítulo habrá mostrado que éste no hace más que modificar, modalizar, modular o representar a aquél), Freud finalmente concluye: “No parece pues necesario hacer justicia a una nueva restricción del principio de placer, y sin embargo el examen de las reacciones psíquicas al peligro exterior puede proporcionar un nuevo material y nuevas *Fragestellungen* en relación con el problema que tratamos aquí.”

¿Qué es lo que proporciona el movimiento para ir más lejos? ¿Por qué la confirmación de una tesis, después del rechazo de las objeciones, sigue siendo insatisfactoria? ¿Qué es lo que provoca aquí a nuevas preguntas? ¿Quién las impone?

En su brevedad misma, el primer capítulo habrá sido retorcido. Desde el primer momento, Freud ha reconocido que la sensación de placer-desplacer sigue siendo misteriosa, extrañamente inaccesible. Nadie en definitiva ha dicho nada de ella, ni el sabio psicólogo, ni el filósofo, ni siquiera el psicoanalista.

Y sin embargo no podemos “evitar” abordarla. Una vez más, no podemos “evitar” (*vermeiden*). Es “imposible”. Más vale entonces ensayar la hipótesis más abierta, la menos estricta, la más “laxa” (*lockerste*).

¿Cuál es? Aquí, al parecer, hay que prestar la mayor atención a la retórica de Freud. Y al mismo tiempo al escenario, a los gestos, a los movimientos, a la estrategia tamizante, a la selectividad atareada. Su andadura no está ya regulada por un modelo tranquilizador de ciencia o de filosofía. Por ejemplo, aquí, Freud admite que está desprovisto de todo en cuanto a la cuestión de saber lo que *es* el placer-desplacer, admite que debe escoger la teoría más “laxa”, y prosigue: “Nos hemos decidido...” *Wir haben uns entschlossen...*

¿Decidido a qué? A privilegiar el punto de vista económico y a establecer, *desde ese punto de vista*, una primera relación. Relación, pues, entre dos cantidades, y no entre dos esencias. La ley es de una relación entre la cantidad de algo cuya esencia nos es desconocida (e incluso, lo cual hace que la operación sea todavía más insólita, algo cuya apariencia cualitativa o cuya experiencia es incierta, ya que los placeres, ya lo veremos, pueden vivirse como displaceres) y una cantidad de energía (energía no ligada *-und nicht irgendwie gebundenen-* precisa Freud entre guiones) cuya presencia presumimos en la vida psíquica. Es sabido que este recurso a la noción de energía (ligada o no ligada) no pierde nada de su dificultad por dejarse manipular tan trivialmente en la doxología freudiana. En el capítulo iv Freud se refiere a la distinción establecida por Breuer entre la energía de catexis en reposo (ligada) y la energía de movilidad libre. Pero más vale -se apresura a precisar- dejar primero esas relaciones tan “indeterminadas” como es posible. La fuente común a Breuer y a Freud es la distinción propuesta por Helmholtz entre las dos energías, teniendo en cuenta el principio de Carnot-Clausius y de la degradación de la energía.⁸ La

⁸ “Me parece seguro que hay que distinguir, también en los procesos químicos, entre la parte de las fuerzas de afinidades que es capaz de transformarse libremente en otras clases de trabajo, y la que no puede manifestarse sino bajo forma de calor. Para abreviar, llamaré a esas dos Partes de la energía: energía libre y energía ligada.” Helmholtz, 1882, “*Über die Thermodynamik chemischer*

energía interna constante correspondería a la suma de la energía libre y de la energía ligada, de las que la primera tiende a disminuir a medida que la otra aumenta. Laplanche sugiere que Freud interpretó muy libremente, con una “irreverencia exasperada”, los enunciados que toma prestados, especialmente desplazando lo “libre” del “libremente utilizable” hacia “libremente móvil”.

Dejemos arbitrariamente de lado todos los problemas planteados al tomar prestado este “modelo” energético, si es que hubo ese préstamo y si se supone una claridad de lo que “préstamo” quiere decir aquí. Una vez operado el préstamo, y bajo esta hipótesis misma, hay que reconocer sin embargo que la introducción del término energético en la relación propuesta por Freud no deja de acarrear una complicación interna y esencial. ¿En qué consiste pues el principio de esta relación? El displacer correspondería a un aumento, el placer a una disminución de la cantidad de energía (libre). Pero esa relación no es ni una correlación simple (*einfaches Verhältnis*) entre dos fuerzas, la de las sensaciones y la de las modificaciones de energía, ni una proporción directa (*direkte Proportionalität*). Esta *no-simplicidad* y esta *indirección* prometen, desde el umbral de la hipótesis más “laxa”, una reserva inagotable a la especulación. Esa reserva no consiste en riquezas sustanciales, más bien en giros añadidos, en ángulos suplementarios, en astucias difirientes* hasta perderse de vista. El tiempo debe tener aquí su parte. No es una forma general, el elemento homogéneo de esta difiriencia -más bien hay que pensarla de rebote a partir de esa heterogeneidad difiriencial-, pero hay que contar con él. Es probable, observa Freud, que el factor “decisivo” sea aquí la medida de aumento o de disminución “en el tiempo”, en un tiempo determinado.

Antes que los nombres de Schopenhauer y de Nietzsche, la *Selbstdarstellung* citaba a Fechner: homenaje, esta vez, en reconocimiento de una deuda sin declaración de evitación, herencia asumida. Fechner, el “científico de visión tan profunda”, viene aquí a garantizar la hipótesis. En 1873, había establecido ya como ley psicofísica que todo movimiento va acompañado de placer cuando se acerca a la estabilidad completa, de displacer cuando tiende hacia la inestabilidad total. En la larga cita de Fechner, Freud deja de lado, para siempre según me parece, la alusión a “cierta zona de indiferencia estética” entre los dos límites. ¿No es ésta como una zona franca, un medio de libre intercambio para las idas y venidas de la especulación? ¿Una instancia que yo llamaría “*duty free*” que proporciona, con una equivalencia general, con qué transponer, en un contrabando autorizado, una frontera siempre ideal, en los dos sentidos? Más o menos ideal.

En todo caso, considerando de inmediato que el aparato psíquico representa un “caso particular” del principio de Fechner, Freud concluye de ello que el principio de placer se deja deducir del principio de constancia que a su vez ha sido revelado circularmente por los hechos que nos han impuesto la creencia en el principio de placer: el aparato psíquico trata de mantener la cantidad de excitación presente en él en un nivel tan bajo o por lo menos tan constante como sea posible.

Vorgänge”, citado por Jean Laplanche (op. cit., p. 203), en un capítulo cuya lectura aquí doy por su puesta.

* [Sobre “difiriencia”, “difiriente”, etc. (*différance, différent*, etc.), v. la nota del traductor al principio de este volumen. T.]

He aquí pues el principio de placer bien confirmado en su autoridad, en su dominio soberano. (*Herrschaft*, dice ya Freud, y lo tendremos en cuenta.)

Primera objeción. ¿Es fingida o está asumida seriamente por Freud? Sólo la finalidad última de una demostración o de una tesis podría en última instancia decidir del valor lógico-retórico de semejante objeción. Si tal finalidad faltase a fin de cuentas, o también si no fuese asignable según criterios dados y de antemano disponibles, entonces la distinción entre el fingimiento y la seriedad se nos escaparía totalmente, como escaparía al “autor” en la medida en que se encontrase en la misma situación que nosotros.

He aquí la objeción, es simple: si el principio de placer fuese absolutamente dominante, si fuese sin discusión posible el amo absoluto, ¿de dónde vendría el desplacer del que la experiencia da testimonio de manera tan poco discutible? Sufrimos, dice esa experiencia.

Pero ¿cuál es su autoridad a este respecto? ¿Qué es la experiencia? ¿Es cosa tan segura que sufrimos? ¿Qué quiere decir eso? ¿Y si eso diera placer, aquí o en otro sitio?

Esas preguntas Freud no las plantea, no aquí y no en estos términos. Tiene en cuenta la objeción: hay desplacer y eso parece ser una objeción a la autoridad absoluta del principio de placer. La primera respuesta a esta objeción es bien conocida pero tengo que apelar sin cesar al suelo de lo “bienconocido” para intentar saltar según otra figura. Primera respuesta, pues: el principio de placer, lo indica su nombre, es un principio, gobierna una tendencia general que, de manera pues tendencial, lo organiza todo pero puede encontrar, Fechner lo reconoce también, obstáculos exteriores. Éstos le impiden a veces cumplirse o triunfar pero no vuelven a ponerla en cuestión como *tendencia* de principio al placer, la confirman por el contrario desde el momento en que son aprehendidos como obstáculos.

El obstáculo inhibitorio, el que nos es familiar, familiarmente conocido en su regularidad, lo situamos en el “mundo exterior”. Cuando la afirmación simple, directa e imprudente del principio de placer pone al organismo en peligro a este respecto, la “pulsión de conservación del yo” obliga al principio a la retirada, no a desaparecer cediendo *simplemente* su lugar, sino a *dejar* allí en delegación el principio de realidad, su correo, su lugarteniente o su esclava, su criado puesto que pertenece a la misma economía, a la misma casa. Podría decirse también que su discípulo, el discípulo disciplinado que, como siempre, se encontraría en situación de informar, de enseñar, de educar a un maestro a veces difícilmente educable. “Difícilmente educables” son por ejemplo las pulsiones sexuales que se conforman únicamente al principio de placer.

El principio de realidad no impone ninguna inhibición definitiva, ninguna renuncia al placer, únicamente un rodeo para diferir el goce, el relevo de una diferición (*Aufschub*). Durante ese “largo rodeo” (*auf dem langen Umwege zur Lust*), el principio de placer se somete, provisionalmente y en cierta medida, a su propio lugarteniente. Éste, representante, esclavo o discípulo informado, disciplinado disciplinante, desempeña también el papel de preceptor al servicio del maestro. Como si éste produjera un socius, pusiera en “movimiento” una institución firmando un contrato con la “disciplina”, con el submaestro o el contra maestro que sin embargo no hace más que representarlo. Falso contrato, pura especulación, simulacro de compromiso que sólo liga al señor consigo

mismo, con su propia modificación, consigo mismo modificado. El texto o el corpus de ese compromiso simulado, el maestro se lo dirige a sí mismo por el rodeo de una telecomunicación institucional. *Se escribe, se envía*: pero si la longitud del rodeo no es ya dominante, y más que la longitud su estructura, entonces la vuelta a sí mismo no está nunca asegurada, y sin vuelta al remitente el compromiso se olvida en la misma medida en que se hace innegable, indesanudable.

Desde el momento en que una instancia autoritaria se somete al trabajo de una instancia secundaria o dependiente (amo/esclavo, maestro/discípulo) que se encuentra en contacto con la “realidad” -la cual se define por la posibilidad misma de esta transacción especulativa-, no hay ya *oposición*, como se cree a veces, entre el principio de placer y el principio de realidad. Es el mismo difiriente,* en diferición de sí. Pero la estructura de difirencia puede entonces abrirse a una alteridad más irreductible aún que la que se presta a la oposición. Porque el principio de placer -desde ese momento preliminar en que Freud le reconoce un dominio nunca impugnado- no suscribe ningún contrato sino consigo mismo, no cuenta y no especula sino consigo mismo o con su propia metástasis, porque se envía a sí mismo todo lo que quiere y no encuentra en suma ninguna oposición, *desencadena* en él lo otro *absoluto*.

UNO DOS TRES – LA ESPECULACIÓN SIN TÉRMINO.

Freud en suma hubiera podido detenerse aquí (y en cierto modo lo hace, considero que todo está jugado desde esas primeras páginas, dicho de otra manera no hará más que repetir su parada, su paso marcado, pero el asunto aquí es justamente la repetición): la posibilidad especulativa de lo enteramente-otro (otro *que* el principio de placer) está inscrita aquí de antemano, en la carta de compromiso que cree enviarse circularmente, especularmente, inscrita como lo que no se inscribe en él, lo abre con una inscripción de lo otro *directamente* en el principio. La superficie misma del “directamente” ya no se pertenece, no es ya lo que es como tal. La escritura afecta la superficie misma de su soporte. Y esa no-pertenencia desencadena la especulación.

Debe parecerles ya que yo mismo desvíó el uso “propiamente freudiano” de la “especulación”, de la noción o del concepto, y de la palabra. Allí donde Freud parece hacer de ella un modo de investigación, una actitud teórica, yo la considero también como el objeto de su discurso. Hago *como si* Freud no se preparara únicamente a hablar *especulativamente* de esto o lo otro (por ejemplo de un más allá del principio de placer) sino que hablase ya *de* la especulación. Como si no se contentase con moverse *en ella*, sino que insistiera en tratar también de ella, mediante un sesgo. Y es el sesgo de esta andadura lo que me interesa. Hago como si aquello mismo que parece analizar, por ejemplo la relación entre los dos principios, fuera ya un elemento de la estructura especulativa en general: a la vez en el sentido de la reflexión especular (el principio de placer puede reconocerse, o no reconocerse ya en absoluto, en el principio de realidad), en el sentido de la producción de

* [*Différent* (v. n. de la p. 34). T.]

plusvalor, del cálculo o de la apuesta en la Bolsa, o incluso de la emisión de valores más o menos ficticios, en el sentido, finalmente, de lo que desborda la presencia (dada) de lo presente, lo dado del don. Hago todo eso y pretendo que hay que hacerlo para tener acceso a lo que se juega más allá de lo “dado”, a lo rechazado, retenido, retomado, más allá del principio de lo que Freud *dice* actualmente, si algo así fuese posible, *a propósito de la especulación*.* En su escrito algo debe corresponder a la especulación de la que habla. Pero no me contentaré con ese desvío por re-aplicación. Pretendo que la especulación no es sólo un modo de investigación nombrado por Freud, no sólo el objeto oblicuo de su discurso, es también la operación de su escritura, la escena que hace o el escenario de lo que hace al escribir lo que escribe aquí, lo que le hace hacerlo y lo que él hace hacer, lo que le hace escribir y que él hace -o deja- escribir. Hacer hacer, hacer escribir, dejar hacer o dejar escribir, la sintaxis de estas operaciones no está dada.

No hay *Weg* sin *Umweg*: el rodeo no sobreviene en el camino, lo constituye, incluso lo abre. La gráfica del rodeo difiriente Freud no parece aquí interrogarla por *sí misma*. Pero ¿puede interrogársela por ella misma? Ella misma no es. Puede eventualmente sin embargo dar cuenta del rodeo interminable de este texto (¿ese texto, a su vez, es, aquí mismo?), en su atesis especulativa.

El placer puro y la realidad pura son límites ideales, que es como decir ficciones. Tan destructivas y mortales la una como la otra. Entre las dos, el rodeo difiriente forma pues la efectividad misma del proceso, del proceso “psíquico” como proceso “vivo”. Tal “efectividad” no está pues nunca presente o dada. “Es” lo que del don no es nunca actualmente dado ni dador. Hay (*es gibt*) -ello da- la difiriencia. No se puede pues ni siquiera hablar de efectividad, de *Wirklichkeit*, por lo menos si ésta estuviera ordenada según el valor de presencia y en esa medida misma. El rodeo “sería” así la raíz común, que es como decir difiriente, de los dos principios, raíz a su vez arrancada, necesariamente impura y estructúreamente destinada al compromiso, a la transacción especulativa. Los tres términos -dos principios, más o menos la difiriencia- no constituyen sino uno solo, lo mismo dividido, puesto que el segundo principio (de realidad) y la difiriencia no son sino “efectos” del principio de placer modificable.

Pero por cualquier extremo que se tome esta estructura de uno-dos-tres términos, es la muerte. *En el extremo*, y esa muerte no es oponible, no es diferente, en el sentido de la oposición, de los dos principios y de su difiriencia. Está inscrita, aunque no inscribible, en el proceso de esa estructura -más tarde diremos estrictura. Si la muerte no es oponible, es, ya, *la vida la muerte*.

Eso Freud no lo dice, no lo dice actualmente, aquí, ni siquiera en algún otro lugar bajo esa forma. Eso (se) da a pensar sin estar nunca dado ni pensado. Ni aquí ni en otro lugar. Pero mi “hipótesis” de lectura, de este texto y de algunos otros, intentaría destramar lo que se trama aquí entre el primer principio y lo que aparece como *su otro*, a saber el principio de realidad como *su otro*, la pulsión de muerte como *su otro*: una estructura de alteración sin oposición. Lo que parece hacer entonces más continua, más inmanente, más natural también la pertenencia sin interioridad de la muerte al placer es también lo que la

* [Probable juego de palabras: *au sujet de...* (a propósito de...) puede significar también “al sujeto de...”. T.]

hace más escandalosa a los ojos de una dialéctica o de una lógica de la oposición, de la posición o de la tesis. De esa difiriencia no hay tesis. La tesis sería la sentencia de muerte de la difiriencia. De la sintaxis de ese *arrêt de mort* [*arrêt*, sentencia, detención], que deja en vilo a la muerte en dos sentidos difirientes (sentencia que condena a muerte e interrupción que suspende la muerte), se tratará en otro lugar (en *Survivre*, de próxima aparición).

Mi “hipótesis”, ya pueden ustedes prever en qué sentido utilizaré en lo sucesivo esta palabra, es que la estructura especulativa tiene su lugar y su necesidad en esa gráfica.

¿Cómo espera la muerte en el término, en todos los términos (los tres entrelazados que no constituyen sino uno dividido) de esta estructura, en todas las intenciones de esta especulación?

Cada vez que uno de los “términos”, de los seudotérminos o seudópodos, avanza y va hasta el extremo de sí mismo, por lo tanto de su otro, manteniéndose en su extremo y hecho pura autarquía, sin negociar, sin especular, sin pasar por la mediación del tercero, es la muerte, el entuerto mortal que pone fin a lo retorcido del cálculo. Si el principio de realidad se autonomiza y funciona solo (hipótesis absurda por definición y que cubre el campo llamado de la patología), se separa de todo placer y de todo deseo, de toda esa relación autoafectiva sin la cual no hay ni deseo ni placer que pueda aparecer. Es la sentencia o la detención de muerte, de una muerte que consiste también en los otros dos extremos: tanto en el hecho de que el principio de realidad se afirmase sin goce como en ese otro hecho de que diese muerte al servicio, al servicio delegado del principio de placer. Moriría él mismo en servicio ordenado, por celo económico del placer, de un placer demasiado celoso de sí mismo y de su ahorro. Sería ya el placer que, por guardarse demasiado a sí mismo, llegaría a asfixiarse en la economía de su propia reserva.

Pero inversamente (si pudiese decirse, pues esta segunda eventualidad no invierte la primera), ir hasta el extremo de ese compromiso transaccional que es la *Umweg* -la difiriencia pura en cierto modo- es también la suspensión o sentencia de muerte: ningún placer se presentaría nunca. Pero ¿acaso se presenta alguna vez un placer? La muerte está inscrita, aunque no inscribible, “en” la difiriencia lo mismo que en el principio de realidad que no es sino otro nombre suyo, el nombre de otro “momento”, como placer y realidad se intercambian también en ella.

Finalmente, inversamente (si pudiese decirse, pues esta tercera eventualidad no invierte ninguna de las dos precedentes), si el principio de placer se desencadena inmediatamente, sin guardarse de los obstáculos del mundo exterior o de los peligros en general (los de la realidad psíquica también), o incluso siguiendo su “propia” ley tendencial que vuelve a conducir al nivel más bajo de excitación, es la “misma” sentencia o suspensión de muerte. En la etapa del texto de Freud donde nos mantenemos todavía, es la única hipótesis explícitamente encarada: si hay una especificidad de las “pulsiones sexuales”, consiste en ese carácter salvaje, rebelde, “difícilmente educable”, indisciplinable. Esas pulsiones tienen tendencia a no someterse al principio de realidad. Pero ¿qué quiere decir eso desde el momento en que este último no es otra cosa que el principio de placer? ¿Qué quiere decir, sino que lo sexual no se deja ni siquiera ligar al placer, al goce? ¿y que lo sexual, a menos que sea lo pulsional de la pulsión, antes incluso de toda otra determinación, es la fuerza que resiste a la liga o a la estrictura? ¿que resiste a

su propia conservación, a lo que la guarda de sí misma, a lo suyo propio y a lo propio mismo? ¿a la economía?

Eso se expone entonces a la muerte haciendo-dejando saltar un pretil que no es sin embargo más que su propia producción, su propia modificación, como el PR es el PP modificado (que se pronuncia como ustedes quieran,* es una línea que seguir en la próxima sesión, ya que todo se juega, como pueden ustedes imaginarse, en la modificación de semejante descendencia).

Tenemos aquí un principio muy general, el principio de un funcionamiento de los principios que no puede diferenciarse. Freud evoca esa diferenciación, la califica de ulterior, cuando acaba de hablar de la *Umweg* del PR: "El PP sigue siendo después durante largo tiempo todavía el modo de trabajo de las pulsiones sexuales difícilmente 'educables' y sucede siempre de nuevo que, ya sea a partir de ellas, ya sea en el Yo mismo, se impone al PR en detrimento del organismo entero."

Hasta aquí, pero apenas estamos empezando, las leyes de esta estructura de uno o de tres-en-uno términos (el mismo en difiriencia), por muy complicadas que sean, se dejarían exponer sin que hubiera que apelar a una instancia específica que se llamaría la Represión.

La intervención de la Represión sigue siendo muy enigmática, dicho sea de paso para quien ya lo estuviera olvidando. ¿Es un efecto necesario y explicable a partir de la estructura que acabamos de evocar? ¿Otra manera de nombrarla? ¿O bien la transforma, la afecta esencialmente? ¿O bien la hace posible en su constitución primera?

No puede limitarse el alcance de estas preguntas. Va en ello en suma la especificidad en "última instancia" de algo así como *el* psicoanálisis: como "teoría", como "práctica", como "movimiento", como "causa", como "institución", "tradición", "herencia", etc. Si esa especificidad irreductible pudiese demostrarse, si se pudiese reconocerla rigurosamente, es que habría sido necesario apelar a otros modos de demostración y de reconocimiento; y no debería encontrarse representada en ningún otro sitio, ni en lo que se llama comúnmente la experiencia, ni en la ciencia según sus representaciones tradicionales, es decir filosóficas, ni en la filosofía de la filosofía. La ciencia como conocimiento objetivo, por ejemplo, no puede formular la cuestión de la evaluación cuantitativa de un afecto cualitativo, digamos para ser expeditos "subjetivo", y en el que un sujeto está irreductiblemente implicado. En cuanto al concepto filosófico o corriente de experiencia, se encuentra presupuesto en él un saber o un pre-saber, o cuando menos una pre-comprensión de lo que es el placer, y de lo que "quiere decir" "placer"; se implica con ello que el criterio último de algo así como el placer o el desplacer, así como su distinción, es la experiencia consciente o perceptiva, la experiencia misma: un placer que no fuese experimentado como tal no tendría ningún sentido de placer; un placer en la

* [En todo lo que sigue hay que tener en cuenta un juego de palabras obviamente intencional: el PP (Principio de Placer) se pronuncia en francés como "*pépé*" /pepe/, palabra que en el lenguaje familiar significa "abuelito" y que se usa a menudo para sugerir "viejo" o "vejete" o incluso "viejo chocho". A su vez PR (Principio de Realidad) se pronuncia de manera muy próxima a *père* (padre) /peÉr, pEr/. Es fundamental para la "comprensión" del texto de Derrida no olvidar que todo lo que se dice del PP o del PR podría entenderse también como dicho del "abuelito" o del "padre". T.]

experiencia del no-placer y *a fortiori* del desplacer sería considerado ya sea como un absurdo semántico que no merecería un segundo de atención, ya sea como una locura especulativa que no permitiría ni siquiera a un discurso organizarse y comunicarse. El contrato mínimo de la significación se declararía suspendido. Con lo cual toda filosofía que habla del sujeto o del afecto subjetivo sería fenomenológica por esencia. Ahora bien, aquí la posibilidad misma de una especulación que no fuese ni filosófica ni científica en el sentido clásico (el diablo para la ciencia y para la filosofía) abriría sin embargo la vía a otra Ciencia como a otra ficción; esa posibilidad especulativa supone algo que se llama aquí la Represión, a saber lo que permite por ejemplo que un placer pueda vivirse y percibirse como desplacer. Sin que estas palabras pierdan su sentido. La Represión misma no es posible en su especificidad sino a partir de esta hipótesis especulativa. Y no puede escribirse de ella sino especulativamente con tal de que se entienda el concepto de especulación según estos protocolos.

Desde el momento en que es -y sólo ella es- principalmente capaz de dar lugar a ese concepto de especulación y a ese concepto de represión, la gráfica de la diferiencia no pertenece ni a la ciencia ni a la filosofía en sus límites clásicos. Pero no basta con *hablar* de Represión -y por ello, según se cree, de psicoanálisis- para transponer o emborronar esos límites.

Este primer trayecto nos habrá conducido a este punto: donde el recurso a la Represión interviene en su lugar en un primer capítulo sometido entero a la hipótesis de la experiencia del psicoanálisis, tal como se lo ha recordado desde la primera frase. Nunca se habrá dudado de la autoridad en última instancia del PP.

¿Por qué la Represión? La sustitución o más bien el relevo del PR no explica sino una pequeña parte de nuestras experiencias de desplacer, y aun entonces no se trata más que de las menos intensas. Hay pues "otra fuente" de desplacer, otra fuente de su descarga, su liberación, su parto (*Unlustentbindung*). En la constitución del Yo, en la síntesis de la personalidad, ciertos componentes pulsionales se muestran incompatibles con otros. Freud no aborda la cuestión de esa incompatibilidad, parte de su hecho. Estos imposibles se ven apartados por el proceso de lo que se llama Represión. No participan en la síntesis del Yo, permanecen en un nivel inferior o arcaico de la organización psíquica, más o menos privados de satisfacción. Y como sucede que estos componentes pulsionales consiguen la satisfacción por vías directas o sustitutivas, pero siempre según la diferiencia de un *Umweg*, este acontecimiento es experimentado por el Yo organizado como un desplacer: por el Yo y no, como dice la traducción francesa, por el "organismo". Con la diferenciación tópica, con la estructuración de las instancias que construye -o más bien que instruye y significa-, la Represión trastorna la lógica implícita en toda filosofía: hace que un placer pueda ser -por el Yo- experimentado como desplacer. Esta diferenciación tópica es inseparable de la Represión en su posibilidad misma. Es una consecuencia ineluctable de la diferiencia, de la estructura del 1, 2, 3 en un *difiriente de sí*. Es difícilmente descriptible en el logos clásico de la filosofía y empuja a una nueva especulación. Es lo que quería subrayar al recordar esas "cosas-bien-sabidas". Lo que acaba de llamar el logos clásico de la filosofía es el orden de lo que se *representa* o se *presenta* fácilmente o claramente para ordenarse según el valor de presencia que gobierna todas las *evidencias* de la *experiencia*.

¿No es ésa la dificultad a la que apunta Freud a su manera? “Los detalles [las singularidades: *Einzelheiten*] del proceso por el cual la Represión transforma una posibilidad de placer en una fuente de displacer no son todavía bien comprendidos (*verstanden*) o claramente exponibles [descriptibles, representables, presentables, *darstellbar*], pero todo displacer neurótico de este tipo es seguramente un placer que no puede experimentarse como tal.” Una nota no traducida precisa todavía: “Lo esencial es por supuesto que el placer y el displacer como sensaciones conscientes están ligados al Yo.”

“...un placer que no puede experimentarse como tal.” (*...Lust die nicht als solche empfunden werden kann.*) La frase alemana parece menos paradójica y atropellante que la traducción francesa de S. Jankélévitch, que decía, por su lado, “un placer que no es experimentado [*qui n’est pas éprouvé*] como tal”. Traducción inexacta, ciertamente por omisión, puesto que dice “no es” en el lugar donde el original dice “no puede ser”. Pero con ella devuelve a la “experiencia” (inconsciente) del placer que no se experimenta (conscientemente, se sobreentiende) como tal una actualidad o una efectividad que parece tan cercana como es posible a lo que Freud, visiblemente, quiere decir. Infiel a la literalidad de lo que traduce, omitiendo el “no-poder” que sitúa la instancia de la Represión, vuelve a colocar fielmente el acento en la paradoja de esa Represión: hay efectivamente placer efectivo, efectivamente, actualmente vivido como displacer. La experiencia en el sentido clásico, en el sentido filosófico y en el sentido corriente (es el mismo), el “*como tal*” dado por la experiencia consciente, por la experiencia de la presencia, eso es lo que ya no constituye la medida. Si, fiel a la literalidad del texto, se conserva el “no puede experimentarse como tal”, la paradoja es menos sensible. Puede uno verse inducido a pensar, contra la intención misma de Freud, al parecer, que puede tratarse de una posibilidad de placer que no puede lograrse, más bien que de un placer efectivo, actual pero también actualmente “vivido” como displacer.

Sin embargo esta segunda posibilidad sólo corresponde a una radicalización freudiana que todavía no llega a su término en este primer capítulo. Mientras el placer y la *experiencia* de displacer estén localizados en instancias diferentes (lo que es aquí placer es *allá* displacer), la diferenciación tópica introduce un elemento de coherencia sistemática y de racionalidad clásica. El placer y el displacer se quedan en sus sitios. *prudentemente*, puesto que no es posible ninguna mezcla y la mezcla es la locura. El principio de identidad es respetado por la topología y la distribución de los lugares. Aunque la distribución tópica sea un efecto de difirrencia, retiene todavía la difirrencia en un medio tranquilizador y en una lógica oposicional: no es todavía el placer *mismo* el que es experimentado *como* displacer. Ahora bien, con las problemáticas del narcisismo y del masoquismo primarios, habrá que ir hasta el final de esta paradoja y, sin reducir la diferenciación tópica, no contentarse con ella.

¿Adónde hemos llegado? La autoridad del PP no ha quedado mellada. Freud anuncia incluso al final del capítulo que otras fuentes de displacer quedan todavía por inventariarse: al igual que las precedentes, no impugnan la autoridad legítima del PP. Será sólo en el capítulo iv, anunciando esta vez la especulación de gran envergadura, donde

Freud encarará una función del aparato psíquico que, sin ser opuesta al PP, no por ello dejaría de ser independiente de él, y más originaria que la tendencia (distinta de la función) a buscar el placer y a evitar el desplacer: primera excepción antes de la cual en suma la “especulación” no habría empezado nunca.

Pero ¿acaso empezará entonces? ¿Y no ha sido dicho toda, o más bien no ha sido comprometido todo, de esa especulación de la que todavía no se habría dicho nada?

Así pues el desbordamiento especulativo sigue esperando. Y la gran envergadura. Llevará hacia otra “hipótesis”: las pulsiones “a cuyo servicio” trabajaría el amo absoluto, el PP. Las pulsiones llamadas de muerte. Pero ¿no estaban ya en obra en la lógica que acabamos de reconocer?

Estar ya en obra, eso es lo que el caso de las mencionadas pulsiones dará a entender más tarde como lo inaudible. Eso se habrá escrito en silencio.

2. LEGADO DE FREUD

El título de este capítulo es una cita deliberadamente desviada. Sin duda la habrán reconocido. La expresión “legado de Freud” se encuentra a menudo en los escritos de Jacques Lacan y de Wladimir Granoff. Dejo naturalmente al lector juzgar lo que sucede en esta desviación.

Este capítulo fue publicado primero en el número de *Études freudiennes* consagrado a Nicolas Abraham. Le antepuse entonces esta nota:

Fragmento de un seminario que se desarrolló en 1975 en la École Normale Supérieure, bajo el título de *La vida la muerte*. María Torok, que tuvo conocimiento de él el año pasado, me dice que fue sensible a ciertos encuentros, convergencias, afinidades con ciertas investigaciones todavía inéditas de Nicolas Abraham, de entre las que se publicarán próximamente en *L'écorce et le noyau (Anasémies II, Aubier-Flammarion, col. "La philosophie en effet")*. Eso es lo que me alienta a publicar este fragmento aquí mismo. Quien desee limitar su alcance puede también considerarlo como una lectura del segundo capítulo de *Más allá del principio de placer*. En cierta etapa determinada del seminario, se trataba de interrogar a la especificidad (problemática y textual) de *Más allá...*, de ligar lo irreductible de una “especulación” con la economía de una escena de escritura, inseparable a su vez de una escena de herencia que implica a la vez a Freud y al “movimiento” psicoanalítico. La sesión inmediatamente precedente había precisado el espacio de esa investigación y la singularidad de la *andadura especulativa* de Freud. Había propuesto abreviaturas, por ejemplo PP para el principio de placer, PR para el principio de realidad. Otros fragmentos del mismo seminario aparecerán próximamente en volumen.

EL “MISMO TECHO” DE LA AUTOBIOGRAFÍA

Nada ha contradicho todavía ni impugnado de una manera o de otra la autoridad de un PP que regresa siempre a sí mismo, se representa sin abandonarse jamás. Sin duda en ese retorno a sí la obsesión de algo *enteramente otro* se deja, como hemos demostrado, estrictamente implicar. No absuelve nunca la actividad del PP. Sin duda no lo considera nunca absuelto porque *tiene lugar* en el PP mismo y lo endeuda a cada uno de sus pasos [que, como sucede con los *pas* franceses, son también noes, T.] y sin embargo, en el discurso de Freud, digamos de cierto especulador, a propósito del PP que no se abandona y por lo tanto habla siempre de sí mismo, nada ha contradicho todavía la autoridad del primer principio. Es que tal vez ese PP no puede contradecirse. Lo que hace sin él, si es que lo hay, no *contradirá*: primero porque no se opondrá al PP (hará sin él en él, por su propio paso [o su propio no] sin él), después porque hará sin él no diciendo, callándose, inscribiéndose en silencio. Desde el momento en que habla ello, ello da razón al amo absoluto, el PP que en cuanto tal no sabe callarse. Pero que así deja al otro ser su ventrílocuo: en silencio pues.

Al final del primer capítulo, el PP queda así confirmado en su soberanía absoluta. De donde la necesidad de nuevas problemáticas, de nuevos “planteamientos de la cuestión”.

Ahora bien, si intentamos ponernos atentos a la modalidad original de lo “especulativo”, como a la *andadura* singular de este escrito, de su *paso de tesis* [que es su *no tesis*. T.] que avanza sin avanzar, sin adelantarse, sin adelantar nada que no retire de inmediato, en el instante de un rodeo, sin poner nunca nada que se detenga en su posición, debe reconocerse que el capítulo siguiente repite, en el mismo lugar y en otro lugar, la *colocación* inmóvil del paso de tesis [que es la *no tesis*]. La cosa se repite, no ilustra sino la repetición de aquello mismo (la autoridad absoluta del PP) que no dejará hacer sin ello, finalmente, más que la repetición misma. En todo caso, a pesar de la riqueza y la novedad del contenido alegado en el segundo capítulo, a pesar de varias órdenes de marcha y de paso adelante, no se gana una pulgada de terreno; ni una decisión, ni la menor adquisición en la cuestión que ocupa al especulador, la del PP como amo absoluto. Este capítulo es sin embargo uno de los más célebres de *Más allá...*, el que se retiene a menudo en el espacio exotérico y a veces esotérico del psicoanálisis como uno de los más importantes, incluso el más decisivo del ensayo. Sobre todo a causa de la historia del carrete y del *fort/da*. Y como se pone en comunicación la compulsión de repetición (*Wiederholungszwang*) con la pulsión de muerte: y como en efecto una compulsión de repetición parece dominar la escena del carrete, se cree poder conectar esa historia con la exhibición, o incluso con la demostración de dicha pulsión de muerte. Es no haber leído: el especulador *no* retiene *nada* de esa historia del *fort/da*, por lo menos en su demostración con miras a un más allá del PP. Pretende poder explicarlo todavía de punta a punta en el espacio del PP y bajo su autoridad. Y lo logra en efecto. Es ciertamente la historia del PP* la que nos cuenta, cierto episodio de su reinado fabuloso, un momento sin duda importante de su propia genealogía pero un momento de él mismo.

No quiero decir que el interés de este capítulo sea nulo, ni sobre todo que la anécdota del carrete carezca de alcance. Muy al contrario: simplemente su alcance no está tal vez inscrito en el registro de la *demonstración* cuyo hilo más aparente y más continuo está sostenido por la pregunta: ¿tenemos razón, nosotros los psicoanalistas, en *creer* en el dominio absoluto del PP? ¿Dónde se inscribe entonces este alcance? ¿Y en qué lugar que esté a la vez bajo la jurisdicción del PP, de la gráfica revelada por nosotros la última vez, y, simultáneamente, de la escritura especulativa de este ensayo, de lo que lo compromete en su prenda?

Extraigamos primero un esqueleto: el esquema argumentativo del capítulo. Se nota que algo se repite. Y (¿se ha hecho acaso alguna vez?) hay que identificar el proceso repetitivo no sólo en el contenido, los ejemplos, el material descritos y analizados por Freud, sino ya, o todavía, en la escritura de Freud, en la *andadura* de su texto, en lo que hace tanto como en lo que dice, en sus “actos”, si ustedes lo prefieren, no menos que en sus “objetos”. (Si Freud fuese su nieto, habría que estar atentos a la repetición del lado del gesto y no sólo del lado del *fort/da* del carrete, del objeto. Pero no embrollemos las cartas: ¿quién ha dicho que Freud fuese su propio nieto?) Lo que se repite más evidentemente en este capítulo es el movimiento incansable del especulador para rechazar, apartar, hacer desaparecer, alejar (*fort*), diferir todo lo que parece poner en tela de juicio al PP.

* [“Recuérdese, para todo este pasaje, lo dicho a propósito del PP (*pépé*) (n. de la p. 40). T.]

Comprueba cada vez que ello no basta, que hay que remitirlo a más lejos, a más tarde. Después hace retornar la hipótesis del más allá para despacharla de nuevo. Ésta no regresa sino como lo que no ha regresado verdaderamente, lo que no ha hecho más que pasar en el espectro de su presencia.

Para atenernos primero al esquema argumentativo, al curso lógico de la demostración, se comprueba en primer lugar que después de haber tratado del ejemplo de la neurosis traumática, Freud renuncia, abandona, se resigna. Propone abandonar ese tema oscuro (*Ich mache nun den Vorschlag, das dunkle und düstere Thema der traumatischen Neurose zu verlassen. . .*). *Primera remisión.*

Pero después de haber tratado del “juego del niño”, de la anécdota del carrete y del *fort/da*, Freud renuncia, abandona, se resigna de nuevo: “El análisis de un caso singular de este tipo no proporciona ninguna conclusión decisiva [*keine sichere Entscheidung*, ninguna decisión segura].” *Segunda remisión.* Pero ¿de qué singularidad se trata? ¿Por qué importa y acarrea la descalificación? Luego, después de otra oleada, otra tentativa de sacar partido del juego del niño, Freud renuncia, abandona, se resigna: “Y un estudio prolongado durante más tiempo del juego de los niños no nos es de ninguna utilidad para suspender nuestra decisión entre dos concepciones.” *Tercera remisión.* Finalmente vienen las últimas palabras del capítulo. Freud acaba de evocar los juegos y las pulsiones imitativas en el arte, toda una estética orientada por el punto de vista económico. Concluye: “Para lo que buscamos, no dan ningún resultado, pues presuponen la existencia y la predominancia [*Herrschaft*, el dominio] del principio de placer y no dan testimonio en favor de la eficiencia [*Wirksamkeit*, el estar-en-obra] de tendencias que vayan más allá del principio de placer, es decir tales que sean más originarias (*ursprünglicher*) que él e independientes de él.” *Cuarta remisión.* (Retengamos este código del dominio y del servicio o de la servidumbre, nos será cada vez menos indiferente. Puede parecer extraño cuando se trata de relaciones entre principios y no se explica *inmediatamente* por el hecho de que el principio (*archè*) está a la vez en el comienzo y en el comando de la lengua.)

Es la conclusión del capítulo. No hemos avanzado un paso, únicamente pasos para nada en la vía de la búsqueda manifiesta. Repetición en el mismo sitio. Y no obstante, en ese marcar el paso, la repetición insiste y si esas repeticiones determinadas, esos contenidos, especies, ejemplos de repetición no bastan para destronar al PP, por lo menos la forma repetitiva, la reproducción de lo repetitivo, la reproductividad misma habrá empezado a trabajar sin decir nada, sin decir otra cosa sino ella misma callándose, un poco como en la última página se dice que las pulsiones de muerte no dicen nada. Parecen llevar a cabo su trabajo sin hacerse notar, sometiendo a su servicio al amo mismo que sigue hablando alto, al PP. En eso que ni siquiera podemos seguir llamando la “forma” del texto, de un texto sin contenido, sin tesis, sin objeto desprendible de su operación de desprendimiento, en la andadura de *Más allá...*, las cosas sucederían de la misma manera, incluso antes de que se plantee la cuestión de la pulsión de muerte en persona. Y sin que ni siquiera se pueda hablar nunca de pulsión de muerte en persona.

Tal sería la des-mostración. No abusemos de ese juego de palabras fácil. La des-mostración da la prueba sin mostrar, sin poner en evidencia una conclusión, sin ofrecer nada que llevarse, sin tesis disponible. Prueba según otro modo, pero avanzando con su

paso de demostración. Transforma, se transforma en su proceso más bien que adelantar el objeto significable de su discurso. Tiende a plegar a ella todo lo que explicita. El paso de demostración [o la no demostración] es lo que queda en este quedar.

Volvamos brevemente al contenido exhibido por este segundo capítulo.

Entre los nuevos materiales evocados al final del capítulo primero, entre los que parecen resistir a la explicación analítica dominada por el PP, se cuentan las neurosis llamadas traumáticas. La guerra las había multiplicado en aquella época. La explicación por las lesiones orgánicas se reveló insuficiente. El mismo síndrome (dolencias subjetivas, por ejemplo melancólicas o hipocondriacas, síntomas motores, debilitamiento y perturbación de las operaciones psíquicas) aparece en otros lugares, fuera de toda violencia mecánica. Para definir el traumatismo, hay que distinguir entonces el *miedo* (*Furcht*) y la *angustia*. El primero es provocado por la *presencia* de un objeto peligroso *determinado y conocido*; la segunda se refiere a un peligro *desconocido, indeterminado*; preparando para el peligro, protege más bien contra el traumatismo; ligada a la represión, parece a primera vista ser su efecto, pero, a propósito del pequeño Hans, Freud dirá más tarde, en *Inhibición, síntoma y angustia*, que ella produce la represión. Ni el miedo (ante un peligro *determinado y conocido*) ni la angustia (ante un peligro *desconocido e indeterminado*) provocan el traumatismo, sólo puede hacerlo el espanto (*Schreck*), que nos enfrenta, actualmente, a un peligro *desconocido y determinado* para el que no estábamos preparados, contra el cual la angustia no ha sabido protegernos.

Ahora bien, ¿qué es lo que se comprueba en el caso de espantos que inducen las neurosis llamadas traumáticas? Por ejemplo que los sueños -el medio más seguro de explorar los procesos psíquicos profundos, dice entonces Freud- tienen tendencia a reproducir el accidente traumático, la situación de espanto. Aquí, curiosa pirueta de Freud. Puesto que está admitido, o si está admitido, que la tendencia predominante del sueño es el cumplimiento del deseo, no se comprende lo que puede ser un sueño que reproduce una situación de desplacer violento. A menos que se admita que la función que el sueño tiene en este caso ha sufrido una alteración que la ha desviado de su meta, o también que se evoquen las “enigmáticas tendencias masoquistas”. En el punto en que se encuentra, Freud deja de lado estas dos hipótesis (pero ¿por qué?); volverá a tomarlas más tarde, en el capítulo iv, en el momento de la especulación más liberada. Admitirá entonces que ciertos sueños son una excepción a la regla del cumplimiento del deseo que en sí misma no pudo constituirse sino tardíamente, cuando toda la vida psíquica se sometió a un PP cuyo más allá se encara entonces. Admitirá también (en el capítulo iv) la intervención del masoquismo e incluso, contrariamente a lo que había sostenido anteriormente, de un masoquismo originario. Pero por el momento Freud deja de lado estas hipótesis por razones que, desde el punto de vista retórico de la investigación, pueden parecer injustificadas. En un estilo decisivo y arbitrario, propone dejar ahí el tema oscuro de la neurosis traumática y estudiar la manera en que trabaja el aparato psíquico “en una de las actividades normales y precoces. Quiero decir el juego de los niños”.

Tiene pues prisa de llegar a eso, a riesgo de abandonar un problema no resuelto que tendrá que volver a encontrar más tarde, y sobre todo a riesgo de no hacer avanzar nada (como será efectivamente el caso) la demostración de un más allá del PP. La prenda

de tal apresuramiento sería pues otra, de otro orden. La *urgencia* no se deja descifrar en el pentagrama de la declaración demostrativa, de la argumentación manifiesta. La única justificación de semejante manera de proceder, en términos de lógica o de retórica clásicas, sería la siguiente: primero hay que *volver* a la “normalidad” (pero entonces ¿por qué no haber empezado por ella?) y a la normalidad más “originaria”, la más precoz, en el niño (pero ¿por qué no haber empezado por ella?). Cuando se hayan explorado los procesos normales y originarios, se retomará la cuestión de las neurosis traumáticas; la problemática del nexo de energía habrá desbrozado entonces un espacio más propicio; se retomará también la cuestión del masoquismo cuando las nociones de instancia tópica, de narcisismo y de Yo estén más elaboradas.

Empecemos pues por lo “normal” y por lo “originario”: el niño, el niño en la actividad típica y normal que se le atribuye, el juego. Es en apariencia una actividad enteramente sometida al PP -y de hecho va a mostrarse que lo es, y que está enteramente bajo la vigilancia de un PP que sin embargo se deja trabajar en silencio por su otro- y tan liberada como es posible del segundo principio, el PR.

Y es el argumento del carrete. Digo el argumento, el argumento legendario, porque no sé todavía qué nombre darle. No es ni un relato, ni una historia, ni un mito, ni una ficción. Ni el sistema de una demostración teórica. Es lo fragmentario, sin conclusión, selectivo en lo que da a leer, más bien un argumento en el sentido de esquema en línea de puntos, o con puntos suspensivos por todas partes.

Y además lo que se da a leer aquí, esa leyenda es ya legendaria, sobrecargada, obliterada. Darle un título es acreditar ya el depósito o la consigna, incluso la investidura. A la vista de la inmensa literatura, quisiera intentar una lectura parcial e ingenua, tan ingenua y de primera intención como sea posible. Como si me interesara por primera vez en la primera vez de la cosa.

Observo en primer lugar esto: es, por primera vez en ese libro, un fragmento de apariencia autobiográfica, incluso doméstica. Apariencia velada, por supuesto, pero tanto más significativa. De la experiencia Freud dice haber sido testigo. Interesado. Tuvo lugar en su familia pero nada dice de eso. Lo sabemos por otra parte, como se sabe que el testigo interesado no era otro que el abuelo del niño. “...viví durante algunas semanas con el niño y sus padres bajo el mismo techo...” Incluso si una experiencia pudiese alguna vez limitarse a la observación, las condiciones así definidas no fueron las de una observación. El especulador no estaba en situación de observar. Se puede concluir de antemano lo que dice él mismo para acreditar la seriedad de la exposición. El protocolo de experimentación, el de una observación suficiente (“Fue más que una observación furtiva, pues viví durante varias semanas con el niño y sus padres bajo el mismo techo...”), no garantiza la observación sino haciendo del observador un participante. Pero ¿cuál fue su participación? ¿Puede determinarla él mismo? La cuestión de la objetividad no tiene la menor pertinencia -ni ninguna cuestión epistemológica de forma canónica- por la primera y única razón de que la experiencia y su exposición no aspirarán en suma a nada menos que a una genealogía de la objetividad en general. ¿Cómo someterlas entonces al tribunal cuya institución repiten? Pero inversamente, ¿con qué derecho prohibir a un tribunal que juzgue de las condiciones de su instauración? ¿y más aún de la exposición, por un testigo

interesado, por un participante, de dicha instauración? Sobre todo si el testigo comprometido da todas las señales de un atareamiento muy singular: por ejemplo, el de producir la institución de su deseo, de marcar en ella su propia genealogía, de hacer del tribunal y de la tradición jurídica su herencia, su delegación en “movimiento”, su legado, los suyos. Me cuidaré mucho de insistir en la sintaxis de los suyos. Para no perderlos a ustedes de inmediato en ella y con la sospecha de que él mismo tiene dificultades para reconocerse a sí mismo entre los suyos. Lo cual no dejaría de tener relación con el origen de la objetividad. Cuando menos de esa experiencia y del cuento singular que se nos da de ella.

Lo que se nos da es en primer lugar tamizado, seleccionado, activamente delimitado. Esa discriminación se declara *por una parte* en la frontera. El especulador que no dice haber empezado todavía verdaderamente a especular (eso quedará para el cuarto día, pues hay siete capítulos en este libro de extraña composición: volveremos sobre eso) reconoce la discriminación. No ha querido “abrazar la totalidad de esos fenómenos”. No ha retenido más que los rasgos pertinentes desde el punto de vista económico. Económico: puede ya traducirse, jugando un poco (el juego no está todavía prohibido en esa fase del origen de todo, del presente, del objeto, del lenguaje, del trabajo, de la seriedad, etc.), pero de manera no gratuita, por punto de vista del *oikos*, ley del *oikos*, de lo propio como doméstico-familiar e incluso, como se verificará a la vez, como doméstico-funerario. El abuelo especulador no dice todavía que empezó a especular en plena luz del día (la plena luz del día será el cuarto y aun eso no tan seguro), no dirá nunca que él es el abuelo pero sabe que es un secreto a voces. Secreto para nadie. El abuelo especulador justifica las cuentas que está dando, la discriminación que opera en ellas en plena luz del día. La justificación es precisamente el punto de vista económico. Ha sido descuidado hasta ahora por las “diferentes teorías relativas al juego de los niños” y constituye el punto de vista privilegiado para *Más allá...*, para lo que está haciendo el que aquí lleva o da las cuentas, a saber para lo que está escribiendo. “Esas teorías se esfuerzan en descubrir los móviles que presiden el juego de los niños sin poner en el primer plano el punto de vista económico, la relación con el beneficio de placer (*Lustgewinn*). Sin querer abrazar la totalidad de estos fenómenos, he aprovechado una ocasión que se me había ofrecido para estudiar el primer juego inventado por él mismo (*das erste selbstgeschaffene fene Spiel*) de un niño de un año y medio de edad. Fue más que una observación furtiva, pues durante varias semanas viví con el niño y sus padres bajo el mismo techo, y ha pasado bastante tiempo antes de que el acto enigmático y repetido mucho tiempo me entregase su sentido.”

Aprovechó una ocasión, una oportunidad, dice. De la posibilidad de esa oportunidad no dice nada. Del inmenso discurso que podría abismarse pero que se retiene aquí, saquemos únicamente esto: la oportunidad ocasional no tiene por terreno propicio ni la familia (la familia estrecha, la pequeña familia en su núcleo de dos generaciones: Freud no hubiera evocado la oportunidad ocasional si hubiera observado a uno de sus muy próximos, hijo, hija, mujer, hermano o hermana, madre o padre) ni la no-familia (varias semanas bajo el mismo techo son una experiencia familiar). El campo de experiencia es pues del tipo: *vacaciones de familia*. Un suplemento de generación encuentra siempre en eso dónde emplear o desplegar su deseo.

Ya desde ese primer párrafo de la exposición, un solo rasgo para caracterizar el objeto de observación, la acción del juego: es la repetición, la repetición repetida (*andauernd wiederholte Tun*). Eso es todo. La otra característica (“enigmático”, *rätselhafte*) no describe nada, está vacía pero de un vacío, de una vacancia o vacación que llama, y que llama, como todo enigma, a un relato. Envuelve al relato con su vacancia.

Se dirá: sí hay otro rasgo descriptivo en ese primer párrafo. El juego, en el cual consiste la repetición de la repetición, es un juego *selbstgeschaffene*, que el niño ha producido o dejado producirse por sí mismo, espontáneamente, y es el primero de ese tipo. Pero nada de todo eso (la espontaneidad, la autoproducción, la originalidad de la primera vez) aporta ningún contenido descriptivo que no se reduzca al engendramiento por sí mismo de la repetición de sí. Heterotautología (definición de lo especulativo hegeliano) de la repetición repetida, de la repetición de sí. En su forma pura, en la cual consistirá el juego.

Lo cual da el tiempo. Hay tiempo.

El abuelo (más o menos clandestinamente) especulador (ya todavía no) repite la repetición de la repetición. Repetición entre placer y desplacer, de un placer y de un desplacer pero cuyo contenido (agradable/desagradable) no se adjunta a la repetición. No es un adjunto sino una determinación interna, el objeto de una predicación analítica. Es la posibilidad de esta predicación analítica la que va a desarrollar lentamente la hipótesis de una “pulsión” más originaria que el PP e independiente de él. El PP va a ser desbordado, lo es de antemano, por la especulación a la que empuja y por su propia repetición (intestinal, propia, doméstica, familiar, sepulcral).

Ahora bien - replieguen (reapliquen)* lo que dice aquí sin tapujos el abuelo que tapa todavía el hecho de ser abuelo, reapliquen lo que ha dicho, repitiéndolo, de la repetición del nieto, del mayor de sus nietos, Ernst. Volveremos sobre ello para los detalles. Replieguen pues lo que dice que hace su nieto, con toda la seriedad que conviene a un nieto mayor que se llama Ernst (*the importance of being earnest*) pero no Ernst Freud ya que el “movimiento” de esta genealogía pasa por vía de hija, de hija mujer, es decir que no perpetúa la raza sino arriesgando el nombre (les dejo seguir este factor hasta todas aquellas de las que es difícil saber si han conservado el movimiento sin el nombre o perdido el movimiento para conservar, por haber conservado el nombre; les dejo seguirlo aconsejándoles únicamente no olvidar, en la cuestión del “movimiento” analítico como genealogía del yerno, la ley judaica), replieguen pues lo que dice que hace seriamente su nieto sobre lo que hace él mismo al decir eso, al escribir *Más allá...*, al jugar tan seriamente (especulando) a escribir *Más allá...* Pues la heterotautología especulativa de la cosa es que el más allá está *alojado* (más o menos confortablemente para esta vacancia) en la repetición de la repetición del PP.

Replieguen: *él* (el nieto *de su* abuelo, el abuelo *de su* nieto) repite compulsivamente la repetición sin que ello avance nunca hacia nada, ni un solo paso. Repite una operación que consiste en alejarse, en hacer como que (*por un tiempo*, por el tiempo: de escribir y de hacer así algo que no se dice, y que debe seguramente dar beneficio) se aleja el placer, el

* [*Rappliquez*, que también significa, en argot, “regresen”. T.]

objeto o el principio de placer, el objeto y/o el PP, aquí representados por el carrete que se supone que representa a la madre (y/o, ya lo veremos, que se supone que representa al padre, el lugar del yerno, el padre como yerno,* el otro nombre familiar) para volverlo a traer incansablemente. La cosa hace como que aleja al PP para volverlo a traer sin cesar, para constatar que se trae a sí mismo (pues tiene en sí mismo la fuerza principal de su propio retorno económico, a la casa, a casa, junto a sí a pesar de toda la diferencia) y concluir: sigue estando ahí, sigo estando ahí. *Da*. El PP conserva toda su autoridad, no se ha ausentado nunca.

Hasta en los detalles, puede verse cómo se recubren la descripción que va a seguir del *fort/da* (del lado del nieto de la casa) y la descripción del juego especulativo, tan aplicado y tan repetitivo también él, del abuelo que escribe *Más allá...* Es la misma aplicación. Acabo de decir: puede verse cómo se recubren. No es en rigor de recubrimiento de lo que se trata, ni de paralelismo, ni de analogía, ni de coincidencia. La necesidad que liga las dos descripciones es de otro tipo: nos será difícil nombrarla; pero es, por supuesto, la prenda principal, para mí, de la lectura tamizante e interesada que repito aquí. ¿Quién (se) hace regresar, quién hace regresar a quién según ese doble *fort/da* que conjuga en la misma escritura genealógica (y conyugal) el relato y al recitante de este relato (el juego del nieto “serio” con el carrete y la especulación seria del abuelo con el PP)?

Esta simple pregunta suspendida permite entreverlo: la descripción del juego serio de Ernst, del nieto mayor del abuelo del psicoanálisis, *puede no leerse ya únicamente* como un argumento teórico, como una especulación estrictamente teórica, que tiende a *concluir* en la compulsión de repetición o en la pulsión de muerte o simplemente en el límite interno del PP (ustedes saben que Freud, dígame lo que se diga para aprobarlo o impugnarlo con vehemencia, *no concluye nunca sobre ese punto*), pero puede leerse también, según la necesidad suplementaria de un *parergon*, como una autobiografía de Freud. No simplemente una autobiografía que confía su vida a su propia escritura más o menos testamentaria, sino una descripción más o menos viva de su propia escritura, de su manera de escribir lo que escribe, especialmente *Más allá...* No se trata sólo de un repliegue o de una inversión tautológica, como si el nieto, proponiéndole un espejo de su escritura, le dictase de antemano lo que había (y dónde había) que poner sobre el papel; como si Freud escribiera lo que su descendencia le prescribiera, sosteniendo en suma la primera pluma, la que se pasa siempre de mano en mano; como si Freud hiciese un retorno a Freud por intermedio de un nieto que dicta desde su carrete y vuelve a traerlo regularmente, con toda la seriedad de un nieto mayor seguro de un contrato privilegiado con el abuelo. No se trata solamente de ese espejo tautológico. La autobiografía *de la escritura* pone y depona a la vez, en el mismo movimiento, el movimiento psicoanalítico. Actúa y a la vez apuesta sobre lo que dio la oportunidad ocasional. Consistiendo en suma en decir (pero ¿quién habla aquí?) apostado a que ese doble *fort/da* coopera,** a que esa cooperación coopera a iniciar la causa psicoanalítica, a poner en movimiento el “movimiento” psicoanalítico, a serlo incluso, al *ser* incluso, a su ser *mismo*, dicho de otra manera a la estructura singular de

* [Hay aquí un juego de palabras suplementario: “*le père en gendre*” (el padre como yerno) podría leerse también “*le père engendre*” (el padre engendra). T.]

** [Posible juego de palabras latente: *coo-père* (*père*, padre). T.]

su tradición, y diré que al nombre propio de esta “ciencia”, de este “movimiento”, de esta “práctica-teórica” que conserva con su historia una relación que no se parece a ninguna otra. A la historia de su escritura y la escritura de su historia también. Si, en el advenimiento inaudito de esa cooperación, el resto inanalizado de un inconsciente permanece aún, si ese resto trabaja y construye con su alteridad la autobiografía de esa escritura testamentaria, entonces apuesto a que será transmitido con los ojos cerrados por todo el movimiento de retorno a Freud. El resto que trabaja en silencio la escena de esta cooperación es sin duda ilegible (ahora o para siempre, tal es una restancia en el sentido en que yo la entiendo), pero define la única urgencia de lo que queda por hacer, a decir verdad su único interés. ¿Interés de una repetición suplementaria? ¿o interés de una transformación genética, de una renovación que desplaza efectivamente lo esencial? Esta alternativa es inválida, ha quedado de antemano coja por la andadura que puede leerse aquí, en el documento extraño que nos ocupa.

Nunca he querido abusar del abismo, ni sobre todo de la “puesta en abismo”.* No creo mucho en eso, desconfío de la confianza que en el fondo inspira, la creo demasiado representativa para que vaya demasiado lejos, para que no evite aquello mismo hacia lo cual pretende precipitarse. He intentado dar explicaciones sobre eso en otro lugar. ¿Sobre qué se abre aquí -y se cierra- cierta apariencia de puesta “en abismo”? Esa apariencia no es inmediatamente aparente, pero debió desempeñar un papel más o menos secreto en la fascinación ejercida sobre el lector por esa pequeña historia del carrete, por esa anécdota que hubiera podido considerarse trivial, pobre, trunca, contada al pasar y sin el menor alcance, si hemos de creer al informador mismo, para el debate que se desarrolla. La historia referida parece sin embargo poner “en abismo” la escritura del informe (digamos la historia, *Historie*, del informe, e incluso la historia, *Geschichte*, del informador que informa de ella). Así pues, se refiere lo referido al referidor. La sede de lo legible, como el origen de la escritura, se aporta allí. Nada es más inscribible. El valor de repetición “en abismo” de la escritura de Freud tiene una relación de *mimesis* estructúrea con la relación entre el PP y “su” pulsión de muerte. Ésta, una vez más, no se opone a aquél sino que cava en él una escritura testamentaria “en abismo”, originariamente, en el origen del origen.

Tal habrá sido el “movimiento”, en la irreductible novedad de su repetición, en el advenimiento absolutamente singular de su doble relación.

Si se quisiera simplificar la cuestión, se convertiría por ejemplo en esto: ¿cómo una escritura autobiográfica, en el abismo de un autoanálisis no terminado, puede dar *su* nacimiento a una institución mundial? ¿El nacimiento de quién? ¿de qué? ¿Y cómo la interrupción a el límite del autoanálisis, cooperando en la puesta “en abismo” antes que trabándola, reproduce su marca en el movimiento institucional, posibilidad de re-marca

* [Es preciso aclarar este término que se encuentra cada vez más a menudo en el lenguaje ensayístico francés de nuestros días. “Abismo”, en heráldica, es el centro del escudo (también llamado corazón u ombligo); la *mise en abîme* (puesta en abismo) consiste en colocar en ese lugar una figura que representa el escudo completo, el cual a su vez tendrá en su centro una figura que... etc. Es lo que antes solíamos llamar “cajas chinas” o “muñecas rusas”. El lector encontrará a menudo este término, en este sentido, en el resto del libro. T.]

que no para entonces de producir criaturas, multiplicando la progenitura de sus fracturas, conflictos, divisiones, alianzas, matrimonios y cabos atados?

Así especula una autobiografía, pero, en lugar de simplificar la cuestión, habría que volver a tomar el proceso al revés y volver a cargar su premisa aparente: ¿qué es la autobiografía si todo lo que se sigue y de lo cual acabamos de hacer una larga frase es entonces posible? No lo sabemos aún y no debemos hacer como que lo sabemos. Menos aún fingir un autoanálisis. El pretendidamente primero, y por lo tanto el único, que lo abordó, si es que no lo definió, no lo sabía él mismo, hay que tenerlo en cuenta.

Para adelantar en mi lectura, necesito ahora una posibilidad esencial cuya oportunidad, si puede decirse, habrá constituido un acontecimiento: es que toda especulación autobiográfica, en cuanto que constituye un legado y la institución de un movimiento sin límite, debe tener en cuenta, en la actuación misma, la mortalidad de los legatarios. Desde el momento en que hay mortalidad, la muerte puede en principio sobrevenir a cada momento. El especulador puede pues sobrevivir al legatario y esta posibilidad está inscrita en la estructura del legado, e incluso en ese límite del autoanálisis cuyo sistema sostiene la escritura un poco como un cuaderno cuadriculado. La muerte precoz y por consiguiente el mutismo del legatario que no puede más, he ahí una de las posibilidades de lo que dicta y hace escribir. A aquel mismo que en apariencia no habrá escrito, Sócrates, o cuya escritura se supone que repite el discurso o sobre todo la escucha, a Freud y a algunos otros. Se da uno entonces a sí mismo su propio movimiento, hereda uno de sí mismo para siempre jamás, las providencias son suficientes para que el fantasma por lo menos pueda siempre pasar a la caja. Le bastará con pronunciar un nombre que garantiza una firma. O eso creen.

Le sucedió a Freud y a algunos otros, pero no basta con que el acontecimiento ocupe el teatro del mundo para que su posibilidad se ilustre con ello.

Y lo que sigue no es sólo un ejemplo.

EL CONJUNTO DE LAS INTERPRETACIONES

Hay una hija muda. Más que otra, que habrá utilizado el crédito paterno en un abundante discurso de herencia, ésta habrá dicho tal vez he aquí por qué vuestro padre tiene la palabra. No sólo mi padre, sino vuestro padre. Es Sofía. La hija de Freud, la madre de Ernst cuya muerte no va a tardar en resonar en el texto. Muy bajo, en una extraña nota añadida posteriormente.

Vuelvo a tomar la relación muy exactamente en el punto en que la había abandonado un poco, sin saltar nada. Freud alza el escenario y define a su manera el personaje aparentemente principal. Insiste en el carácter normal del niño. Es la condición de una experimentación pertinente. El niño es un paradigma. Su desarrollo intelectual no está pues marcado por ninguna precocidad. Tiene excelentes relaciones con todo el mundo.

Particularmente con su madre.

Según el esquema definido más arriba, les dejo referir -replegar o reaplicar- el contenido del relato a la escena de su escritura, por ejemplo aquí, pero también en otros lugares y no es más que un ejemplo, intercambiando los lugares del narrador y del personaje principal, o de la pareja principal, Ernst-Sofía, el tercero (el padre - el esposo - el yerno) no está nunca lejos e incluso a veces todavía demasiado cerca. El narrador, el que pretende observar, no es el autor, en un relato clásico: de acuerdo. Si no fuese en este caso diferente, teniendo en cuenta el hecho de que esto no se presenta como ficción literaria, entonces sería necesario, será necesario reelaborar la distinción del yo narrador y del yo autor adaptándola a una nueva tópica “metapsicológica”.

Tiene pues excelentes relaciones con todo el mundo, parece ser, sobre todo con su madre puesto que (o a pesar del hecho de que) no lloraba en su ausencia. Ella lo abandonaba a veces durante horas. ¿Por qué no lloraba? Freud parece a la vez felicitar y asombrarse por ello, e incluso lamentarlo. ¿Ese niño es en el fondo tan normal como él mismo lo imagina? Porque en la frase misma donde pone en la cuenta de ese excelente carácter el hecho de que su nieto no llorase a su hija (a su madre) durante tan largas ausencias, añade “aunque” o “y sin embargo”, “a pesar del hecho de que”: estaba muy ligado a ella, no sólo le había dado ella misma el pecho, sino que no había confiado a nadie el cuidado del niño. Pero esa pequeña anomalía queda pronto borrada, Freud abandona el “aunque” sin darle continuación. Todo está bien, excelente niño, *pero*. Aquí está el *pero*: ese excelente niño tenía una costumbre desconcertante. Cómo, al término de la descripción fabulosa que propone de ello, puede Freud concluir imperturbablemente: “Me di cuenta finalmente de que era un juego”, es cosa que no se traga uno en seguida. Veamos, interrumpiré mi traducción en ciertos momentos.

“El niño no era en modo alguno precoz en su desarrollo intelectual, al año y medio decía sólo unas pocas palabras inteligibles y articulaba también varios sonidos significativos [*bedeutungsvolle Laute*, fonemas cargados de significación] que eran inteligibles para quienes le rodeaban. Pero tenía una buena relación con sus padres como con la única criada y se alababa su carácter ‘amable’ [*anständig*, fácil, razonable]. No molestaba a sus padres por la noche, obedecía concienzudamente la prohibición de tocar muchos objetos y sobre todo [por encima de todo, *vor allem anderen*] no lloraba nunca cuando su madre lo abandonaba durante horas, aunque estaba muy ligado a esa madre que no sólo había alimentado ella misma al niño, sino que también lo había criado y cuidado ella sola sin ninguna ayuda extraña.”

Interrumpo un instante mi lectura. El cuadro es aparentemente sin sombras, sin “peros”. Hay por cierto un “pero” y un “aunque”; son equilibramientos, compensaciones internas que describen el equilibrio: no era en modo alguno precoz, incluso más bien atrasado, *pero* tenía una buena relación con sus padres; no lloraba cuando su madre le fallaba *pero* estaba muy ligado a ella pues había por qué. ¿Soy el único que oye ya una acusación tragada? Su excusa misma dejaría un archivo en la gramática: “pero”, “aunque”. Freud no puede evitar excusar al hijo de su hija. ¿Qué tiene pues que reprocharle? Pero ¿le reprocha aquello de que lo excusa o aquello de que lo acusa? ¿la culpa secreta de la que lo disculpa o aquello mismo que lo disculpa de su culpa? ¿y a quién se identificaría el procurador, en la sintaxis móvil de este proceso?

El gran “pero” va a surgir inmediatamente después, la sombra en el cuadro esta vez, aunque la palabra “pero” no esté allí. Está traducida por un “ahora” (*nun*): ahora bien, he aquí que, sucede no obstante, no deja de ser cierto que, y sin embargo, figúrense que entonces “Ese buen chico manifestaba ahora el hábito a veces turbador...”

Lo que ese excelente niño tiene de bueno (a pesar de todo), su normalidad, su calma, su aptitud para soportar la ausencia de la hija (madre) bienamada sin llanto, todo eso deja presagiar un costo. Todo está muy construido, apuntalado, dominado por un sistema de reglas y de compensaciones, por una economía que va a aparecer dentro de un instante bajo la forma de un mal hábito. Éste permite soportar lo que los “buenos hábitos” podían costarle. El niño especula también. ¿Qué (se) paga al aceptar la prohibición de tocar más de un objeto? ¿Cómo negocia el PP entre el buen y el mal hábito? El abuelo, el padre de la hija y de la madre selecciona activamente los rasgos de la descripción. Lo veo apresurado e inquieto como un dramaturgo o un director de escena que hace un papel en la obra. Al montarla, *se apresura*: a controlarlo todo, a ponerlo todo en orden antes de ir a cambiarse para actuar (para jugar). Eso se traduce por un autoritarismo cortante, decisiones que no se explican, palabras que se interrumpen, preguntas a las que no se contesta. Los elementos de la puesta en escena han sido dispuestos: la normalidad originaria en relación con el pecho bueno, pues el principio económico exige que el alejamiento del pecho (tan bien dominado, tan bien alejado de su alejamiento) quede sobrepagado por un placer suplementario y que un mal hábito reembolse, eventualmente con beneficio, los buenos hábitos, por ejemplo las prohibiciones de tocar tales objetos... La puesta en escena se precipita, el actor-dramaturgo-productor lo habrá hecho todo él mismo, da también los tres o cuatro golpes, va a levantarse el telón. Pero no se sabe si se levanta sobre el escenario o en el escenario. Antes de la llegada de ningún personaje, hay allí una cama con cortinas o telones. Todo ir y venir, por principio, tendrá que transponer el telón.

No abriré yo mismo ese telón, les dejo hacerlo, sobre todos los otros, palabras y cosas (cortinas, telas, velos, pantallas, hímenes, paraguas, etc.) junto a los cuales me he atareado desde hace mucho. Podría intentarse referir todos esos tejidos, según la misma ley, los unos a los otros. No tengo para ello tiempo, ni ganas, la cosa puede hacerse por sí misma y puede prescindirse de ella.

Veamos más bien la cortina de Freud y los hilos de los que tira el abuelo.

“Este buen chico manifestaba ahora el hábito a veces inquietante de arrojar lejos de sí a un rincón de la habitación, bajo una cama, etc., todos los pequeños objetos que tenía a su alcance, de suerte que el *Zusammensuchen* [la búsqueda con vistas a recoger, el juntar] de sus pertrechos de juego (*Spielzeuges*) no era a menudo un trabajo fácil.”

El trabajo es para los padres pero también para el niño que lo espera de los padres. Y consiste en juntar, en buscar para recoger, en reunir para *devolver*. Eso es lo que el abuelo llama trabajo y trabajo a menudo difícil. En cambio, llamará juego a la dispersión que manda a pasarse lejos, a la operación de alejamiento -y pertrechos de juego a la suma de los objetos manipulados. El conjunto del proceso es dividido a su vez, hay una división que no es la división del trabajo sino la división entre el juego y el trabajo: el niño *juega* a alejar sus “juguetes”, los padres *trabajan* en juntarlos y no siempre es fácil. Como si en esta

fase los padres no jugasen y el niño no trabajase. Está enteramente eximido de hacerlo. ¿Quién habría pensado en acusarle de ello? Pero el trabajo no siempre es fácil y se suspira un poco. ¿Por qué dispersa, por qué aleja todo lo que queda a su alcance, y quién y qué?

El carrito no ha hecho todavía su aparición. En cierto sentido no será más que un ejemplo del proceso que Freud acaba de describir. Pero un ejemplo ejemplar que da lugar a una "observación" suplementaria y decisiva para la interpretación. En ese ejemplo ejemplar, el niño arroja y vuelve a traer a sí, dispersa y junta, da y vuelve a tomar él solo, junta el juntar y la dispersión, la multiplicidad de los agentes, el trabajo y el juego: en un solo agente, aparentemente, y un solo objeto. Eso es lo que el abuelo comprenderá como "un juego", en el momento en que todos los hilos están reunidos, mantenidos con una sola mano y prescindiendo de los padres, de su trabajo o de su juego que consistían en poner orden en la habitación.

El carrito no ha hecho todavía su aparición. El *Spielzeug* no ha designado hasta ahora más que un colectivo, el conjunto de los juguetes, la unidad de una multiplicidad esparcible que el trabajo de los padres debe justamente juntar, y que el abuelo aquí reúne en una palabra. Esa unidad colectiva es el aparejo de un juego que puede *dislocarse*: cambiar de lugar y fragmentarse o dispersarse. La palabra del aparejo como conjunto, en esta teoría del conjunto, es *Zeug*, el aparato, la herramienta, el producto, el chisme y, según el mismo paso semántica que en francés, en inglés o en español, el pene. No comento aquí el dicho de Freud, no digo que Freud diga: al dispersar a lo lejos sus objetos o su aparejo de juego, el niño se separa no sólo de su madre (como se dirá más lejos, e incluso de su padre), sino también, y en primer lugar, del complejo suplementario constituido por el pecho materno y su propio pene, dejando pero no dejando por mucho tiempo a los padres juntar, cooperar, para juntar, juntarse pero no por mucho tiempo, para juntar lo que él tiene ganas de disociar, alejar, separar, pero no por mucho tiempo. Si se separa de su *Spielzeug* como de sí mismo y con vistas a dejarse juntar, es que es él también un colectivo cuyo re juntamiento puede dar lugar a toda una combinatoria de los conjuntos. Todos los que juegan o trabajan en juntar son partícipes de ello. No digo que Freud lo diga. Pero dirá, en una de las dos notas que he anunciado, que es sin duda él mismo o su imagen lo que el niño "juega" también a hacer aparecer-desaparecer. Él es parte de su *Spielzeug*.

El carrito no ha hecho todavía su aparición. Aquí viene, precedido todavía de una anticipación interpretativa: "Al hacer eso [al arrojar lejos todo su *Spielzeug*], emitía con una expresión de interés y de satisfacción un o-o-o-o ruidoso y prolongado, que según el juicio concordante de la madre y del observador [de la hija y del padre, de la madre y del abuelo aquí conjuntados en la misma especulación] no era una interjección, sino que significaba "fort" [allá, lejos]. Me percaté finalmente de que se trataba de un juego y de que el niño sólo utilizaba todos sus juguetes (*Spielsachen*) para jugar con su 'estar-lejos' (*fortsein*)."

La intervención de Freud (no digo aquí del abuelo sino del que relata lo que vivió el observador, el que se percató finalmente de que "se trataba de un juego": hay por lo menos tres instancias del mismo "sujeto", el narrador-especulador, el observador, el abuelo, ya que este último nunca es identificado abiertamente con los otros dos, etc.), la intervención de Freud merece que nos detengamos en ella. Relata que en cuanto observador interpretó también. Y nombró. Ahora bien, ¿a qué es a lo que llama un juego,

más bien que un trabajo, trabajo que consiste en juntar? Pues bien, paradójicamente, llama juego a la operación que consiste en no jugar con los juguetes de uno: no se servía de ellos, no utilizaba, dice (*benütze*), sus juguetes, no los hacía útiles, *utensilios*, sino jugando a su alejamiento. El “juego” consiste pues en no jugar con los juguetes de uno sino en hacerlos útiles para otra función, a saber estar-lejos. Tal sería la desviación o la finalidad *teleológica* de este juego. Pero teleología, finalidad de alejamiento, ¿con vistas a qué, a quién? ¿Para qué sirve, y a quién sirve, esa utilización de lo que se da habitualmente como gratuito o inútil, a saber el juego? ¿Qué beneficio trae esa no-gratuidad? ¿Y a quién? Acaso no un solo beneficio, ni siquiera un beneficio, y tal vez no a una sola instancia especuladora. Hay la teleología de la operación interpretada y hay la teleología de la interpretación. Y los intérpretes son más de uno: el abuelo, el llamado observador, el especulador y el padre del psicoanálisis, aquí el narrador, y luego, y luego, adjunta a cada una de estas instancias, aquella cuyo juicio habría contribuido, de manera coincidente (*übereinstimmenden Urteil*), hasta dejarse recubrir por él, a la interpretación del padre.

Esta coincidencia que conjunta al padre y a la hija en la interpretación del o-o-o-o como *fort* es singular por más de un motivo. Difícil imaginar la escena en detalle o incluso acreditar su existencia, como la de todo lo que se cuenta de ella. Queda el hecho de que Freud lo refiere: la madre y el observador se han juntado de alguna manera para aplicar el mismo juicio al sentido de lo que su hijo y nieto articulaba delante de ellos, e incluso para ellos. La inducción de semejante identidad, de semejante identificación de puntos de vista, vayan ustedes a saber de dónde viene. Pero podemos estar seguros, venga de donde venga, de que ha dado toda la vuelta y de que ha ligado a los tres personajes en lo que hay que llamar más que nunca la “misma” especulación. Han nombrado secretamente la “misma” cosa. ¿En qué lengua? Freud no se plantea ninguna pregunta en cuanto a la lengua en la que tradujo el o/a. Reconocerle un contenido semántico ligado a una lengua determinada (tal oposición de palabras alemanas) y de ahí un contenido semántico que desborda a la lengua (la interpretación del comportamiento del niño), es una operación que no deja de suponer protocolos teóricos múltiples y complejos. Puede sospecharse que el o/a no se limita a una simple oposición formal de valores cuyo contenido podría variar sin inconveniente. Si esa variación está *limitada* (cosa que hay que concluir del hecho, si es que nos interesamos en él, de que el padre, la hija y la madre se encontraron reunidos en la misma lectura semántica), entonces puede emitirse la hipótesis siguiente: hay nombre propio debajo de todo eso, ya se entienda en el sentido figurado (todo significado cuyo significante no puede variar ni dejarse traducir a otro significante sin pérdida de significación induce un efecto de nombre propio) o en el sentido que llaman “propio”. Dejo estas hipótesis abiertas, pero lo que me parece seguro es la necesidad de formar hipótesis sobre el *conjuntamiento de las interpretaciones* de o-o-o-o, o incluso de o/a, en cualquier lengua que sea (natural, universal o formal), entre el padre y la hija, el abuelo y la madre. Y el nieto y el hijo: pues las dos generaciones anteriores han querido andar juntas, han tenido, dice una de ellas, conciencia de andar juntas para comprender en su sentencia común lo que su niño pretendía darles a entender, y pretendía que entendieran juntos. No hay nada hipotético o audaz en decir eso, es una lectura analítica de lo que dice

explícitamente el texto de Freud. Pero se sabe ahora lo que una tautología puede hacer retornar cuando “devuelve” vomitando.

¿Y si fuese lo que buscaba el hijo, quiero decir el nieto, si fuese también aquello en lo que creía sin saberlo, sin quererlo, esa coincidencia recubriente en la sentencia (*Urteil*)? El padre está ausente. Está lejos. En fin, porque hay que precisar siempre, uno de los dos padres, el de un niño tan serio que su juego consiste en no jugar con sus juguetes sino en alejarlos, en jugar solamente con su alejamiento. Para hacer que le sea útil. En cuanto al padre de Sofía y del psicoanálisis, sigue estando allí. ¿Quién especula?

El carrito todavía no ha hecho su aparición, aquí llega. El niño para arrojarlo no carecía de *destreza*.

Viene lo que sigue. “Un día hice entonces la observación que confirmó mi interpretación. El niño tenía un carrito de madera (*Holzspule*) que tenía un cordel (*Bindfaden*) enrollado a su alrededor. Nunca se le había ocurrido la idea de arrastrar por ejemplo ese carrito por el suelo tras él, por consiguiente de jugar con él al cochecito, sino que arrojaba el carrito sujetado por el cordel con gran *destreza* (*Geschick*) por encima del borde de su cuna rodeada de una cortina (o de un velo, *verhängten Bettchens*), de tal manera que desaparecía, con lo cual él pronunciaba su o-o-o-o significativo (*Bedeutungsvolles*) y retiraba entonces el carrito sostenido por el cordel fuera de la cama, pero saludaba su aparición esta vez con un alegre ‘Da’. Tal era pues el juego completo (*komplette Spiel*), desaparición y reaparición (*Verschwinden und Wiederkommen*), del que sólo se lograba ver generalmente el primer acto, y éste era repetido incansablemente como un juego, aunque sin duda alguna el mayor placer estuviera ligado al segundo acto.”

En esta palabra una llamada. Una llamada de nota y una nota que leeré dentro de un momento.

“Tal era pues -dice Freud- el juego completo.” Lo cual implica de inmediato: tal es pues la observación completa, como la interpretación completa, de este juego. No falta nada, es saturable y está saturado. Si la completud fuese evidente y segura, ¿insistiría Freud, la haría observar como si hubiera rápidamente que cerrar, concluir, enmarcar? Del carácter incompleto (en el objeto y en su descripción) se tienen tantas más sospechas cuanto que: 1) La escena es la de una suplementación interminablemente repetida, como si la cosa no terminara de completarse, etc. 2) Hay como un axioma de incompletud en la estructura de la escena de escritura. Consiste por lo menos en la posición del especulador como observador interesado. Incluso si la completud fuera posible, no podría ni aparecer a semejanza “observador” ni ser declarada por él como tal.

Pero esto son generalidades. No dibujan sino las condiciones formales de una incompletud determinada, la ausencia significativa de tal rasgo particularmente pertinente. Ya sea del lado de la escena descrita, ya sea del lado de la descripción, ya sea en el inconsciente que liga a la una y a la otra, su inconsciente común, heredado, telecomunicado según la misma teleología.

Ello especula sobre el retorno, se completa regresando, reapareciendo como un aparecido: el mayor placer, dice, aunque asistamos menos directamente al espectáculo, es el *Wiederkommen*, el volver-a-venir. Y sin embargo, lo que así vuelve a hacerse aparición, para que el juego sea completo hay que alejarlo de nuevo, incansablemente. Ello especula

a partir del retorno, en el punto de partida de lo que tiene el deber de retornar. En lo que vuelve a acabar de partir o acaba de volver a partir.

Está completo, dice.

Y sin embargo: lamenta que no se desarrolle como debería desarrollarse. Como hubiera debido desarrollarse si él hubiera sostenido el hilo.

O todos los hilos. ¿Cómo habría jugado él con esa especie de yoyo que arroja uno adelante o hacia abajo y que regresa como por sí mismo, solito, enrollándose de nuevo? ¿Quién retorna como por sí mismo si ha sido alejado convenientemente? Hay que saber lanzarlo para *hacerlo* retornar por sí mismo, dicho de otra manera para *dejarlo* retornar. ¿Cómo habría jugado, por su parte, el especulador? ¿Cómo habría girado, hecho girar, dejado girar la cosa? ¿Cómo habría manipulado ese lazo? ¿En qué habría consistido su destreza?

Parece asombrarse, poniendo en ello una lamentación indudable, de que al buen chico no se le haya ocurrido nunca arrastrar el carrito tras él y jugar al cochecito: al vagoncito más bien (*Wagen*), al tren. Es como si se pudiese apostar (*wagen* también) que el especulador (cuyo gusto invertido, digamos la fobia por el ferrocarril, *Eisenbahn*, es bastante conocido como para ponernos sobre la vía) habría jugado, por su parte, al trencito con uno de aquellos “pequeños objetos” (*kleine Gegenstände*). He aquí el primer problema, la primera perplejidad del padre del objeto o del abuelo del sujeto, del padre de la hija (madre: el objeto de Ernst) o del abuelo del niño (Ernst como “sujeto” del *fort/da*): pero ¿por qué no juega al trencito o al cochecito? ¿No sería más normal? ¿Y por qué no juega al cochecito tirando la cosa detrás de él? Pues la cosa es un vehículo en tránsito. Si él hubiera jugado en lugar de su nieto (por consiguiente con su hija puesto que el carrito hace las veces de ella, dirá en el párrafo siguiente, o cuando menos no es, según su hilo, sino una especie de línea o de tren que conduce a ella, para acabar de volver a partir de ella), el (*Gross*)vater [(gran)padre, abuelo] habría jugado al vagón [pido perdón por todos esos paréntesis, el (gran)padre o la hija (madre), son necesarios para marcar la sintaxis en desvanecimiento de la escena genealógica, la ocupación de todos los lugares y el resorte último de lo que he llamado al comenzar la atesis de Más allá...]: y puesto que el juego es serio, hubiera sido más serio, dice muy seriamente. Lástima, al niño jamás se le había ocurrido (¡qué cosa!) arrastrar la bobina tras él por el suelo y jugar así al vagón con ella: *Es fiel ihm nie ein, sie zum Beispiel am Boden hinter sich herziehen, also Wagen mit ihr zu spielen, sondern es warf...* Hubiera sido más serio, pero la idea no se le había ocurrido nunca a Ernst. En lugar de jugar en el suelo (*am Boden*), éste se empeñaba en hacer entrar la cama en el juego, ponerla en juego, jugar con la cosa por encima de la cama pero también en la cama. No en la cama donde se encuentra, pues contrariamente a lo que el texto y la traducción han dejado pensar a muchos (habrá que preguntarse por qué), el niño no está en la cama, al parecer, en el momento en que lanza el carrito. Lo lanza desde fuera por encima del borde de la cama, por encima de los velos o cortinas que rodean el borde (*Rand*), del otro lado, lo cual puede ser simplemente en las sábanas. Y en todo caso, es “fuera de la cama” (*zog... aus dem Bett heraus*) adonde retira el vehículo para hacerlo retornar: *da*. La cama está pues *fort*, lo cual contradice tal vez a todo deseo; pero tal vez también no bastante *fort* para el abuelo, el (gran)padre que hubiera querido que Ernst jugase más seriamente a ras de

suelo (*am Boden*) sin ocuparse de la cama. Pero para los dos el alejamiento de la cama está trabajado por ese *da* que la divide: demasiado o no bastante. Para el uno y para el otro.

¿Qué es jugar al tren, para el (gran)padre? Especular: sería no lanzar nunca la cosa (pero ¿acaso el niño la lanza nunca sin que esté sujeta por un hilo?), mantenerla continuamente a distancia, pero a la misma distancia, con una longitud de hilo que permaneciese invariable, hacerla (dejarla) desplazarse al mismo tiempo y al mismo ritmo que uno mismo. No tiene ni siquiera que regresar, ese tren arrastrado, no parte de veras. Apenas acaba de partir cuando ya va a retornar.

Ya va. Eso es lo que le iría bien al (gran)padre especulador. Con lo cual sólo logra asegurar la cosa a su propia medida privándose de un suplemento de placer, aquel precisamente que describe como el principal para Ernst, a saber el segundo acto, el del retorno. Se priva de él para ahorrarse la pena o el riesgo de la apuesta respecto de él. Y para no poner en juego la cama deseada.

Jugar al vagón sería igualmente “arrastrar tras sí” (*hinter sich herziehen*) el objeto ocupado, tener a la locomotora bien controlada y no ver la cosa sino volteándose. No la tiene uno delante. Como Eurídice o como el analista. Pues el especulador (el analista) es evidentemente el primer analizando. El analizando-locomotora por quien la ley de la escucha sustituye a la de la mirada.

No tenemos por qué juzgar la normalidad de la elección del niño, y, no lo conocemos sino según lo que el antecesor refiere de él. Pero podemos encontrar extraño el sesgo del antecesor. Todo sucede cerca de una cama y no ha sucedido nunca más que cerca de una cama rodeada de velos o de cortinas: de lo que llaman una “cuna vestida”. Si el niño estaba efectivamente fuera de la cama pero cerca de ella, ocupado con ella, lo que parece reprocharle su abuelo, esas cortinas, esos velos, ese tejido, ese “vestido” que disimula los barrotes forman ciertamente la pared interna del *fort/da*, la doble pantalla que lo divide en su dentro, con su cara interna y su cara externa, pero que no lo divide sino juntándolo consigo mismo, hilvanándolo doblemente a sí mismo, *fort:da*. A eso lo llamo una vez más y necesariamente el *himen* del *fort:da*. El velo de ese “vestido” es el interés de la cama y el *fort:da* de todas las generaciones. No me arriesgaré a decir: es Sofía. ¿Cómo habría podido Ernst jugar seriamente al vagón utilizando la cama de velos, tirando a la vez el vehículo tras sí? Nos lo preguntamos. Tal vez hubiera *debido* simplemente no hacer nada con el objeto (obstáculo, pantalla, mediación) llamado cama, o borde de la cama, o limen o himen, mantenerse completamente aparte, dejando así el sitio libre, o enteramente dentro (como se cree a menudo), lo cual hubiera liberado identificaciones menos laboriosas. Pero para tener el *Spielzeug* o el “pequeño objeto” detrás de uno, con o sin cama, ya sea que el juguete represente a la hija (madre) o al padre [el yerno, como lo encararemos más adelante, y la sintaxis del (gran)padre salta fácilmente el paréntesis de una generación con un paso de lado], es preciso tener ideas. Sigán el vaivén de todos los hilos o hijos. El abuelo lamenta que su nieto no haya tenido esas ideas (prudentes o locas) de un juego sin cama, a menos que se trate de una cama sin cortinas, lo cual, no quiere decir sin himen. Lamenta que su nieto no las haya tenido, pero a él no le han faltado. Las considera como naturales incluso, y esto es algo que completaría mejor la descripción si es que no el juego. Por ello

mismo, lamenta que su nieto haya tenido en efecto las ideas que él ha tenido por él. Porque si las ha tenido por él, es que sin duda su nieto tampoco ha dejado de tenerlas por él.

(Toda esta sintaxis se hace posible por la gráfica del margen o del himen, del borde o del paso, tal como la hemos observado en otro sitio. No la explotaré aquí.)

Porque a fin de cuentas, esa cama de borde tan necesario y tan indecible, ¿era un diván? Todavía no, a pesar de todo el orfismo de una especulación. Y sin embargo.

Lo que el gran(padre) especulador llama el juego completo, sería pues el juego en sus dos fases, en la dualidad y la dualidad redoblada de sus fases: desaparición/re-torno, ausencia/ re-presentación. Lo que liga el juego consigo mismo es el *re-* del retorno, el torno extra de la repetición y de la re-aparición. Insiste en el hecho de que la mayor cantidad de placer consiste en la segunda fase, en el re-tornar que lo orienta todo, y sin el cual nada vendría. La vuelta ordena toda la teleología. Esto permite anticipar que esta operación, en su conjunto calificado de completo, pasará entera bajo la autoridad del PP. Lejos de verse burlado por la repetición, éste trata también de llamarse o recordarse [*se rappeler*] en la repetición del aparecer, de la presencia, de la representación, de una repetición, tal como vamos a verlo, dominada, que verifica y confirma el dominio en que consiste (el del PP también). El dominio del PP no sería otra cosa que el dominio en general: no hay una *Herrschaft* del PP, hay la *Herrschaft* que no se aleja de sí misma sino para reapropiarse a sí misma: tautoteleología que sin embargo hace o deja volver al otro en su espectro doméstico. Puede pues preverse. Lo que regresará, por haber venido va, no a contradecir al PP ni oponerse a él, sino a minarlo con su propio extraño, socavarlo en forma de abismo desde un algo originario más originario que él e independiente de él, más viejo que él en él, no será, bajo el nombre de pulsión de muerte o de compulsión de repetición, *otro amo* [*mâitre*] o un *contramaestre* [*contre-mâitre*] sino otra cosa que el dominio o la maestría, enteramente otra cosa. Para ser enteramente otra cosa, no deberá oponerse, no deberá entrar en relación dialéctica con el amo (la vida, el PP *como* vida, el PP vivo, el PP en vida).^{*} No deberá entablar una dialéctica del amo y del esclavo, por ejemplo. Este no-dominio no deberá tampoco entrar en relación dialéctica con la muerte, por ejemplo, para convertirse, como en el idealismo especulativo, en el “verdadero amo”.

Digo en efecto el PP como dominio en general. En el punto en que estamos, el pretendido “juego completo” no incumbe a tal o cual objeto en su determinación, por ejemplo el carrito o lo que éste suple. Se trata del *re-* en general, del regresado o del reaparecido,^{*} del volver en general. Se trata de la repetición de una pareja desaparición/reaparición, no sólo de la reaparición como momento de la pareja sino de la reaparición de la pareja que debe retornar. Hay que hacer retornar la repetición de lo que retorna, a partir de su retornar. No es pues ya sólo esto o aquello, tal o cual objeto lo que debe ir/volver o lo que va-a-volver, es el ir-volver y el ir-a-volver mismos, dicho de otra manera la presentación de sí de la representación, el retornar-se del retornar. No ya un objeto que se re-presentase sino la re-presentación, la vuelta de sí del volver, la vuelta en sí del volver. Ésta es la fuente del mayor placer y el cumplimiento del “juego completo”, dice: que el re-

* [Recuérdese una vez más lo dicho en la n. de la p. 40. t.]

* [*Revenant*, fantasma o aparecido, significa literalmente “el que regresa”. T.]

tornar re-torne, que no sea sólo de un objeto sino de uno mismo, o que sea su propio objeto, que lo que hace volver se vuelva a sí mismo. Eso es en efecto lo que sucede, y del objeto mismo vuelto de nuevo el sujeto del *fort-da*, la desaparición-reaparición de sí mismo, objeto reapropiado de sí mismo: reaparición, se dirá en francés, *de sa propre bobine*, de su propio carrete, pero también, en argot, de su propia cara, con todos los *films*, hilos o hijos en la mano. Así es como topamos con la primera de las dos notas a pie de página. La llamada corresponde al “segundo acto” al cual estaría indudablemente ligado “el mayor placer”. ¿Qué dice? Que el niño juega la utilidad del *fort/da* con algo que no es ya un objeto-objeto, un carrete suplementario que suple otra cosa, sino con un carrete suplementario del carrete suplementario, con su propia *bobine*, consigo mismo como objeto-sujeto en el espejo/sin el espejo. Veamos: “Esta interpretación fue después plenamente confirmada gracias a una observación más. Un día que la madre había estado ausente durante varias horas, fue saludada a su regreso (*Wiederkommen*) con el expansivo *Bebi o-o-o!* que al principio permaneció ininteligible. Pero pronto resultó (*Es ergab sich aber bald*) que el niño, durante esa larga soledad (*Alleinsein*), había encontrado la manera de hacerse desaparecer (*verschwinden zu lassen*) a sí mismo. Había descubierto su imagen en el espejo que llegaba casi al suelo y después se había agachado; de tal suerte que su imagen especular estaba ‘*fort*’ [partida lejos].”

Esta vez, no se sabe ya en qué momento la cosa resultó, se dio a pensar (*Es ergab sich...*) ni a quién. ¿Fue al abuelo observador siempre presente en ausencia de la hija (madre)? ¿Fue al regreso de ésta y conjuntamente una vez más? ¿El “observador” necesitaba todavía que estuviera ella allí para asegurarse de esta conjetura? ¿No la hace retornar él mismo sin necesidad de que esté ella allí para tenerla junto a sí? ¿Y si el niño lo supiera sin necesitar tener su saber?

Juega pues a fortalecerse con su desaparición, con su “*fort*” en ausencia de su madre, en su propia ausencia. Goce capitalizado que prescinde de aquello que necesita, capitalización ideal, la capitalización misma: por idealización. Le toma uno el pelo a lo que necesita uno prescindiendo de ello para tenerlo. Goce capitalizado: el niño se identifica con la madre puesto que desaparece como ella y la hace regresar con él, haciéndose regresar sin hacer regresar nada sino a sí mismo, a ella en él mismo. Todo eso sin dejar de estar, del modo más cercano, junto al PP que no se ausenta nunca y (se) produce entonces el mayor placer. Y el goce está acoplado. Se hace desaparecer, se domina simbólicamente, juega con el muerto como consigo mismo, se hace reaparecer entonces sin espejo, en su desaparición misma, manteniéndose como su madre en el extremo del hilo. Se habla telefónicamente, se llama, se vuelve a llamar, se afecta “espontáneamente” con su presencia-ausencia en la presencia-ausencia de su madre. Se hace *re-*. Siempre bajo la ley del PP. En la gran especulación de un PP que parece no ausentarse nunca de sí mismo. Ni de nadie. El recordatorio telefoneado o teleinscrito da el “movimiento” contrayéndose, firmando un contrato consigo mismo.

Marquemos una pausa después de esta primera nota a pie de página.

Porque aun jugado desde hace mucho tiempo, todo esto no hace más que empezar.

“CONTINÚA LA SESIÓN”

(RETORNO AL REMITENTE, EL TELEGRAMA Y LA GENERACIÓN DE LOS YERNOS)

El juego serio del *fort/da* empareja la ausencia y la presencia en el *re-* del retornar. Las reporta,* instituye la repetición como su relación, reportándolas a la una y a la otra, a la una sobre o bajo la otra. Juega también *útilmente* consigo mismo como con su propio objeto. Entonces se confirma lo “reportado” abismal que proponía yo antes: entre el objeto o el contenido de Más allá..., lo que se supone que Freud escribe, describe, analiza, interroga, trata, etc., y, por otra parte, el sistema de sus gestos de escritura, la escena de escritura que representa o que se representa. Con él, sin él, de él o todo eso a la vez. Es el mismo “juego completo” del *fort/da*. Freud hace con (sin) el objeto de su texto aquello mismo que hace Ernst con (sin, *without*) su carrete. Y si el juego es calificado de completo por una y otra parte, hay que encarar una completud eminentemente simbólica que se formaría con esas dos completudes, que sería pues cada vez incompleta en cada uno de sus trozos, por consiguiente completamente incompleta cuando las dos incompletudes reportadas la una a la otra se van multiplicando, suplementándose sin completarse. Admitamos que Freud escribe. Escribe que escribe, describe lo que describe pero que es también lo que hace, hace lo que describe, a saber lo que hace Ernst: *fort/da* con su carrete o su *bobine*. Y cada vez que decimos *hacer*, habría que precisar: *dejar hacer (lassen)*. Freud no hace *fort/da*, incansablemente, con ese objeto que es el PP. Lo hace consigo mismo, se llama o se acuerda. Según un rodeo de *tele*, toda una cadena esta vez. Lo mismo que Ernst, al volver a llamar a sí el objeto (madre, chisme o lo que sea) pasa en seguida a llamarse o recordarse [*se rappeler*] a sí mismo en una operación inmediatamente suplementaria, así también el abuelo especulador, al describir o recordar o volver a llamar esto o lo otro, *se llama* o se acuerda. Y lo mismo hace lo que llamamos su texto, contrayendo un contrato consigo mismo para conservar todos los hilos [*les fils*: los hijos] de la descendencia. No menos que de la ascendencia. Una ascendencia *innegable*. Lo innegable es también lo que puede prescindir de testigos. Y a lo cual sin embargo no puede no reconocérsele su derecho: ningún testimonio parece dar la medida ante esta autoinstitución teleológica. La red está tendida, no se puede tirar de un hilo sin enredarse la mano, o el pie y el resto. Es un lazo, corredizo o de los otros.¹ Freud no lo ha dispuesto. Digamos que ha sabido caer en él. Pero todavía no se ha dicho nada, no se sabe nada de este saber, pues él mismo se ha

* [En las páginas que siguen, el autor explota los varios sentidos del verbo *reporter* (y otras palabras de la misma raíz): referir, trasladar, reportar (como en litografía), volver a traer, y especialmente superponer o comparar una figura sobre o contra otra (éste es el sentido en que hemos utilizado casi siempre “reportar” o “referir” en nuestra traducción). Era inevitable escoger uno u otro término español según el contexto; pero el lector debe tener en cuenta que los otros sentidos están siempre más o menos latentes. T.]

¹ En cuanto a la doble estrictura del lazo en su relación con el *fort:da*, debo remitir a Glas (Galilée, 1974) y a “Restitutions - de la vérité en peinture”, in *La vérité en peinture* (Flammarion, Champs, 1978).

visto de antemano sorprendido al verse prendido. No ha podido tenerlo o preverlo enteramente, tal fue la condición de lo reportado.

La cosa se imprime primero de manera absolutamente formal y general. En una especie de *a priori*. La escena del *fort/da*, cualquiera que sea su contenido ejemplar, está siempre describiendo de antemano, en reporte diferido, la escena de su propia descripción. La escritura de un *fort/da* es siempre un *fort/da* y se buscará al PP y su pulsión de muerte en el agotamiento de este abismo. Es un abismo de más de una generación, como se diría también de una computadora. Y esto, decía yo, de manera absolutamente formal y general, en una especie de *a priori*, pero el *a priori* de un rebote. En efecto, desde el momento en que los objetos pueden sustituirse hasta despojar la estructura sustitutiva misma, la estructura formal se da a leer: no se trata ya del alejamiento que hiciera ausente esto o lo otro, y luego acercamiento que devolviera a la presencia esto o lo otro, se trata del alejamiento de lo lejano y de la cercanía de lo cercano, de la ausencia de lo ausente o de la presencia de lo presente. Pero el alejamiento no está lejos, ni la cercanía cerca, ni la ausencia ausente o la presencia presente. El *fortsein* de que habla literalmente Freud no está más *fort* que el *Dasein* está *da*. Se sigue de ello (pues no es inmediatamente lo mismo) que debido a la *Entfernung* y al *pas* [paso y no] del que se trató en otro lugar, el *fort* no está más lejos que el *da* está aquí. Recubrimiento sin equivalencia, *fort:da*.

Freud recuerda. Recuerda sus recuerdos y se recuerda o se llama a sí mismo. Como Ernst en el espejo y sin el espejo. Pero su escritura especulativa se acuerda también, de otra cosa y de sí misma. Y su especularidad sobre todo no es, como se cree a menudo, simple reapropiación. Igual que el *da*.

El especulador se e-voca [*vocare*, llamar. T.] a sí mismo. Describe lo que hace. Sin hacerlo *adrede*, sin duda, y todo lo que describo aquí no necesita de un cálculo autoanalítico de cabo a rabo, de donde el interés y la necesidad de la cosa. Ello especula sin que el cálculo se autoanalice, y de una generación a la otra.

Se evoca, se acuerda. ¿Quién y de qué? ¿Quién? él, por supuesto. Pero no puede saberse si ese "él" puede decir "yo"; e incluso si dijera "yo", cuál "yo" tomaría entonces la palabra. El *fort:da* bastaría ya para privarnos de toda seguridad a este respecto. Por eso, si hay que recurrir aquí a la autobiografía, y masivamente, hay que hacerlo pagando de nuevo el precio. Este texto es autobiográfico, pero de muy otra manera que lo que ha podido creerse hasta ahora. En primer lugar lo autobiográfico no recubre sin límite lo autoanalítico. Después, obliga a reconsiderar toda la tópica del *autos*. Finalmente, lejos de abandonarnos a nuestro saber familiar de lo que lo autobiográfico quiere decir, instituye, con su propio y extraño contrato, una nueva ley teórica y práctica para toda autobiografía posible.

Más allá... no es pues un *ejemplo* de lo que creemos conocer ya bajo el nombre de autobiografía. Escribe lo autobiográfico y del hecho de que un "autor" cuente allí un poco de su vida no podemos ya concluir que el documento carezca de valor y de verdad, de ciencia o de filosofía. Se abre un "terreno" donde la inscripción, como dicen, de un sujeto en su texto (otras tantas nociones que hay que reelaborar) es también la condición de la pertinencia y de la actuación de un texto, de lo que "vale" más allá de lo que llaman una subjetividad empírica, suponiendo que exista algo semejante desde el momento en que, en

una palabra, eso *suple*. De esa actuación, el valor de verdad es perfectamente incapaz de dar cuenta.

Lo autobiográfico no es pues un espacio previamente abierto en el cual el abuelo especulador cuenta una historia, tal historia de lo que le ha ocurrido en su vida. La que cuenta es la autobiografía. El *fort:da* aquí enjuiciado, como historia particular, es una autobiográfica que enseña: toda autobiografía es el ir-volver de un *fort/da*, por ejemplo éste. ¿Cuál? ¿El de Ernst? ¿El de su madre conjunta con su abuelo en la lectura de su propio *fort:da*? ¿El de su padre, dicho de otra manera de su abuelo? ¿El del gran especulador? ¿El del padre del psicoanálisis? ¿El del autor de *Más allá...*? Pero ¿cómo llegar a este último sin un análisis espectral de todos los demás?

Elípticamente, por falta de tiempo, diré que la gráfica, la autobiográfica de *Más allá...*, de la palabra *más allá* (*jenseits* en general, el paso más allá en general) hace caer sobre el *fort:da* una prescripción, la de lo referido por donde la cercanía se a-leja en abismo (*Entfernung*). La pulsión de muerte está allí, en el PP, y se trata de un *fort:da*.

Freud, se dirá, evoca. ¿A quién? ¿Qué? Trivialmente en primer lugar, se acuerda, recuerda. Se relata y nos relata un recuerdo que le ha quedado en la memoria, en la memoria consciente. El recuerdo de una escena, a decir verdad múltiple puesto que consiste en repeticiones, acaecida a otro, a otros dos (uno y una) pero que son su hija y su nieto. Su nieto mayor, no lo olvidemos, pero es un mayorazgo que no lleva el nombre del abuelo materno. De esta escena dice haber sido “observador” regular, duradero, digno de crédito. Habrá sido un observador particularmente interesado, presente, interviniendo. Bajo un techo que, aun no siendo forzosamente el suyo ni simplemente común, pertenece sin embargo a los suyos, aproximadamente, con una aproximación que impide tal vez a la economía de la operación cerrarse sobre sí misma y por consiguiente la condiciona. ¿Con qué fundamento puede decirse que al recordar lo que sucede a (con) Ernst, se acuerda, recuerda que eso le ha sucedido? Con varios fundamentos entrelazados -en serie- en la “misma” cadena de escritura.

Primeramente, recuerda que Ernst recuerda a su madre: recuerda a Sofía. Recuerda que Ernst recuerda a su hija recordando a su madre. El equívoco sintáctico del posesivo no es aquí únicamente cuestión de gramática. Ernst y su abuelo están en una situación genealógica tal que el más posesivo de los dos puede siempre pasar por el otro. De donde la posibilidad inmediatamente abierta por esta escena de una permutación de los lugares y de lo que hay que entender ciertamente como genitivos: la madre del uno no es sólo del otro la hija, es también su madre; la hija del uno no es sólo del otro la madre, es también su hija, etc. Ya en el momento en que la escena, si así puede decirse, tenía lugar, e incluso antes de que Freud emprenda su relato, estaba en situación de identificarse, como se dice con cierta facilidad, con su nieto y, jugando en los dos tableros, recordar a su madre al recordar a su hija. Esta identificación entre el abuelo y el nieto está atestiguada como un privilegio corriente, pero, pronto tendremos más de una prueba de ello, podía ser particularmente espectacular en el antepasado del psicoanálisis.

Acabo de decir: “Ya en el momento en que la escena, si así puede decirse, tenía lugar.” Añado *a fortiori* en el momento en que el deseo acaba de escribir o de enviarse la carta sobre ella para que regrese después de haber instituido su relevo postal, aquello

mismo que hace que una carta pueda siempre *no* llegar a su destino y que ese poder-nunca-llegar divide de entrada su estructura. Pues (por ejemplo) no habría ni relevo postal ni movimiento analítico si el lugar de la carta no fuese divisible y si una carta llegase siempre a su destino. Añado *a fortiori*, pero entiendan bien que el *a fortiori* estaba prescrito en la gráfica suplementaria del tener-lugar referido de lo que sería demasiado apresurado llamar la escena primera.

El *a fortiori* del *a priori* se da a leer (un poco mejor) en la segunda nota de que hablaba yo hace un rato. Fue escrita posteriormente y recuerda que Sofía ha muerto: la hija (madre) recordada por el niño murió poco después. Llamada muy de otra manera a otro sitio. Antes de traducir esta nota suplementaria, hay que situarla en el recorrido. Viene apenas una página después de la primera nota pero en el intervalo se ha vuelto una página. Freud ha concluido ya que el análisis de un caso tan singular no permite ninguna decisión segura. Ha concluido así después de un párrafo lleno de peripecias que empieza por confirmar al PP en sus derechos: es el momento en que la interpretación (*Deutung*) del juego explica cómo el niño se compensa, se indemniza, se paga su pena (la desaparición de la madre) jugando a la des-reaparición. Pero Freud aparta inmediatamente esta interpretación por cuanto recurre al PP. Pues si la partida de la madre era necesariamente desagradable, ¿cómo explicar según el PP que el niño la reproduzca, e incluso *más a menudo* en su fase desagradable (el alejamiento) que en su fase agradable (el retorno)? Aquí es donde Freud se ve obligado, curiosamente, a modificar y completar la descripción anterior. Debe decir y dice en efecto que una fase del juego es más insistente y frecuente que la otra: la completud está desequilibrada y Freud no lo había mencionado. Y sobre todo nos dice ahora que el “primer acto”, el alejamiento, el *Fortgehen* era de hecho independiente: “era escenificado como juego para él solo” (“...für sich allein als Spiel inszeniert wurde”). El alejamiento es pues un juego completo, casi completo él solo en el gran juego completo. Teníamos razón, más aún de lo que decíamos, en no tomar como dinero contante y sonante el alegato de completud. Es pues porque el alejamiento es él solo un juego independiente y más insistente por lo que la explicación por el PP debe una vez más *fortgehen*, alejarse en la retórica especulativa. Y por eso el análisis de semejante caso no impone la decisión.

Pero Freud, después de este párrafo, no renuncia simplemente al PP. Lo pone a prueba todavía dos veces, antes de la última suspensión resignada del capítulo. 1. Trata de ver en la asunción activa de una situación de pasividad (ya que el niño nada puede frente al desplazamiento de su madre) una satisfacción (por lo tanto un placer), pero la satisfacción de una “pulsión de dominio” (*Bemächtigungstrieb*) de la que Freud sugiere curiosamente que se haría “independiente” del carácter agradable o no del recuerdo. Anunciaría así cierto más allá del PP. Pero ¿por qué semejante pulsión (que aparece en otros textos de Freud pero desempeña aquí un papel extrañamente desdibujado) sería ajena al PP? ¿Por qué no se confundiría con un PP tan a menudo designado en la metáfora por lo menos del dominio (*Herrschaft*)? ¿Qué diferencia entre un principio y una pulsión? Dejemos estas cuestiones de momento. 2. Después de esta tentativa, Freud intenta todavía “otra interpretación”, otro recurso al PP. Se trata de verlo funcionar *negativamente*. El placer consistiría en hacer desaparecer; la *remisión* que aleja al objeto sería satisfactoria

porque tendría uno un interés (secundario) en su desaparición. ¿Cuál? El abuelo da aquí dos ejemplos curiosamente asociados o acoplados: la remisión de su hija (madre) por su nieto y/o la remisión de su yerno (padre), el cual, hecho y contexto significativos, hace su primera aparición en el análisis. El yerno-padre no aparece sino para ser remitido, sino en el momento en que el abuelo intenta una interpretación negativa del PP según la cual el nieto remite a su padre a la guerra para no verse “perturbado en la posesión única de la madre”. Es en esta frase donde está la llamada de la nota sobre la muerte de Sofía. Antes de traducir ese párrafo sobre los dos funcionamientos negativos del PP, incluida la nota, extraigo del párrafo precedente una anotación. Sólo la he disociado porque me parecía disociable como un parásito de su contexto inmediato. Se lee quizá mejor como epígrafe de lo que sigue. En el párrafo precedente, resuena como un ruido llegado de otro sitio, que nada reclama en la frase precedente, que nada desarrolla en la siguiente: una especie de rumor asertivo que responde perentoriamente a una pregunta inaudible.. Aquí va, la leeremos sin premisas y sin consecuencias: “Para la evaluación afectiva de este juego, es naturalmente indiferente (*natürlich gleichgültig*) que el niño lo haya inventado él mismo o que se lo haya apropiado a consecuencia de una instigación (*Anregung*).” ¿Ah sí? ¿Por qué? ¿Naturalmente indiferente? ¡Vaya! ¿Por qué? ¿Qué es una instigación en este caso? ¿Por dónde pasa? ¿De dónde habría venido? Que el niño se haya “apropiado” (*zu eigen gemacht*) el deseo de otro o de otra, o de otros dos cónyuges, o que inversamente haya dado lugar a la apropiación de su propio juego (pues puede ahora tener lugar en los dos sentidos, puesto que la hipótesis no queda excluida), ¿sería algo “naturalmente indiferente”? ¡Caray! E incluso si así fuera para la “evaluación afectiva”, que seguiría pues siendo la misma en todos los casos, ¿sería esto equivalente para el o los sujetos a quienes referir el afecto? Todas estas preguntas habrán quedado remitidas, alejadas, disociadas, eso es lo innegable.

Traduzco ahora la tentativa de otra interpretación, la de la magnitud negativa del PP. La remisión sucesiva de la madre y del padre produce allí placer y llama una nota: “Pero se puede todavía intentar otra interpretación. El rechazo que aleja (*Wegwerfen*) el objeto, a fin de que esté lejos (*fort*), podía ser la satisfacción de un impulso de venganza contra la madre, impulso reprimido en la vida, y tener entonces la significación insolente de un ‘Sí, pero puedes irte, no te necesito, te despido yo mismo’. El mismo niño, al que observé en su primer juego cuando tenía un año y medio, tenía la costumbre, un año más tarde, de tirar al suelo un juguete al que tenía ojeriza y decir entonces: ¡vete a la guerra! [*Geh’ in K(r)rieg!*, donde la *r* entre paréntesis da cuenta de la pronunciación efectiva y reconstituida del niño]. Le habían contado entonces que el padre ausente estaba en la guerra, y no echaba de menos en absoluto a su padre, pero daba en cambio las señas más distintivas del hecho de que no quería verse perturbado en la posesión exclusiva de su madre.” Llamada de nota sobre la muerte de Sofía. Antes de detenernos en ella, subrayo la seguridad con que Freud distingue la negatividad, si así puede decirse, de la doble remisión. En los dos casos, la hija [madre] es deseada. En el primer caso, la satisfacción de la remisión es secundaria (venganza, despecho), en el segundo, es primaria. El “quédate donde estás, lo más lejos posible” significa (según el PP) “hubiera preferido que regresaras” en el caso de la madre y “prefiero que no regreses” en el caso del padre. Por lo menos ésa es la lectura del abuelo, y de los indicios que, dice él, no engañan, los “más

palmarios" (*die deutlichsten Anzeichen*). Si no engañaran, en efecto, todavía podría uno, preguntarse a quién, a propósito de quién. En todo caso a propósito de una hija (madre) que debería quedarse donde está, hija, madre. Mujer tal vez pero sin división o dividida entre *los dos Freud*, en su "exclusiva posesión",* entre su padre y su retoño en el momento en que este último aleja al parásito de su nombre, el nombre del padre como nombre del yerno.

Llevado también por su otro hermano, el rival. Nacido en el intervalo, poco antes de la muerte de la hija (madre). Aquí está finalmente la segunda nota, la nota suplementaria escrita posteriormente. La fecha de su inscripción nos importará: "Cuando el niño tenía cinco años y nueve meses, la madre murió. Ahora que ella estaba efectivamente *fort (o-o-o)* [tres veces solamente esta sola vez], el niño no manifiesta tristeza respecto de ella. Además mientras tanto había nacido un segundo niño, lo cual había despertado en él los celos más intensos."

Esta caída dejaría pensar que se guarda mejor a una muerta: los celos quedan apaciguados, la idealización interioriza el objeto fuera del alcance del rival. Sofía, pues, la hija, aquí madre, ha muerto, sustraída y devuelta a todas las "posesiones exclusivas". Freud puede tener el deseo de evocar (se) (la) y de hacer para su duelo todo el trabajo necesario. Puede movilizarse para hablar de eso todo el análisis de *Duelo y melancolía* (publicado unos años antes, tres cuando más) y toda la descendencia de ese ensayo. No lo haré aquí.

En el estilo de la psicobiografía más aplastante, no ha dejado de asociarse la problemática de la pulsión de muerte con la muerte de Sofía. Una de las miras era reducir la prenda psicoanalítica de esta "especulación" tan mal aceptada a un episodio más o menos reaccional. ¿No dirá Freud mismo, unos años más tarde, que se había "desligado" un poco de *Más allá...* ? Pero había previsto también la sospecha, y la prisa que se da a defenderse de ella no era como para borrarla. Sofía muere en 1920, el año mismo en que su padre publica *Más allá...* El 18 de julio de 1920 éste escribe a Eitingon: "El *Más allá...* está por fin terminado. Podrá usted confirmar que estaba medio acabado en la época en que Sofía vivía y estaba floreciente." Sabe en efecto, y se lo dice a Eitingon, que "muchas personas van a hacerse preguntas a propósito de este artículo". Jones recuerda esa petición de testimonio y se interroga a propósito de semejante insistencia de Freud en "su conciencia serena": ¿no se trataría aquí de una "denegación interior"? Schur, poco sospechoso de querer salvar *Más allá...* de semejante reducción empírico-biográfica (es de los que querrían excluir *Más allá...* del corpus), afirma sin embargo que la suposición de un nexo entre el acontecimiento y la obra "no está fundada". Precisa no obstante que el término "pulsión de muerte" aparece "poco tiempo después de la muerte de Anton von Freund y de Sofía".

No se plantea siquiera para nosotros el dar crédito a tal conexión empírico-biográfica entre la "especulación." de *Más allá...* y la muerte de Sofía. No se plantea ni aun dar crédito a la hipótesis. El paso que buscamos es otro, y más laberíntico, de otro laberinto y de otra cripta. Hay que empezar con todo por reconocerlo: Freud admite por su lado que la hipó-

* [La expresión que emplea el autor es *sans partage*: literalmente, sin partición o sin compartir. T.]

tesis de semejante conexión tiene un sentido en la medida misma en que la encara y la anticipa para defenderse de ella. Esta anticipación y esta defensa sí tienen para nosotros sentido, y es ahí en primer lugar donde buscamos. El 18 de diciembre de 1923, Freud escribe a Wittels, autor de un *Sigmund Freud, his personality, his teaching and his school*: “Habría insistido ciertamente en el nexa que puede establecerse entre la muerte de una hija y los conceptos del *Más allá...* en todo otro estudio psicoanalítico que concerniera a alguna otra persona. El *Más allá...* fue escrito en 1919 cuando mi hija era joven y floreciente. Su muerte data de 1920. En el mes de septiembre de 1919, dejé el manuscrito de ese fascículo a unos amigos de Berlín para que me participaran sus apreciaciones, cuando sólo faltaba todavía la parte sobre la mortalidad y la inmortalidad de los protozoarios. *Probabilidad no significa siempre verdad.*” (Citado por Jones, subrayado por Freud.)

Freud admite pues una *probabilidad*. Pero ¿de qué *verdad* podría tratarse aquí? ¿Dónde está la verdad en cuanto a la elaboración de un *fort:da* de donde todo deriva, hasta el concepto de verdad?

Me contentaré con “reportar” el trabajo de Freud después del *Fortgehen* definitivo de Sofía al de su nieto tal como lo habrá reportado *Más allá...*

1. La herida irreparable *como* ofensa narcísica. Todas las cartas de este periodo dicen “el sentimiento de una ofensa narcísica irreparable”. (A Ferenczi, el 4 de febrero de 1920, menos de dos semanas después de la muerte de Sofía.)

2. Pero una vez *fort*, Sofía bien puede quedarse donde está. Es “una pérdida que hay que olvidar” (a Jones el 8 de febrero). Ha muerto “como si nunca hubiera existido” (el 27 de enero, a Pfister, menos de una semana después de la muerte de Sofía). El “como si nunca hubiera existido” se deja entender según varios acentos, pero hay que contar con el hecho de que un acento cruza siempre el otro. Y de que la “hija” no es mencionada en la frase: “Ella que llevaba una vida activa, tan llena, que era una excelente madre, una esposa amante, arrebatada en cuatro o cinco días, como si nunca hubiera existido.” Y así pues el trabajo continúa, todo continúa, podría decirse *fort-geht. La séance continue*. Eso es literalmente, y en francés en el texto, lo que escribe a Ferenczi para informarle de ese duelo: “Mi mujer está abrumada. Pienso: *la séance continue*.. Pero era un poco excesivo para una semana.” ¿Qué semana? Cuidado con las cifras. Habíamos notado la extraña y artificial composición de *Más allá...* en *siete* capítulos. Aquí Sofía, a quien sus padres llamaban “la hija del domingo” es arrebatada en “cuatro o cinco días”, anota Freud, mientras que “desde hacía ya dos días, sentíamos inquietud en cuanto a ella”, desde que habían llegado, el día mismo del entierro de von Freund, noticias alarmantes. La misma semana pues que la muerte de von Freund, de la cual sabemos, al menos por la historia de la sortija [reclamada por la viuda del que debía formar parte del “Comité” de los 7 donde fue reemplazado por Eitingon, a quien Freud entregó el anillo que llevaba él mismo], qué otra herida representó en lo que llamaré *la alliance* [alianza, anillo de matrimonio] de Freud. La “hija del domingo” ha muerto en una semana después de siete años de matrimonio. ¿Siete años no bastan para un yerno? El “marido inconsolable”, como veremos dentro de un momento, tendrá que pagar por eso. Por el momento la “sesión” continúa: “No se preocupe por mí. Sigo siendo el mismo, sólo un poco más cansado. Este deceso, por doloroso que sea, no cambia sin embargo para nada mi manera de encarar la

vida. Me he preparado durante años para la pérdida de mis hijos, y ahora, es mi hija la que ha muerto. [...] La 'hora eternamente invariable del deber' [Schiller] y 'la dulce costumbre de vivir' [Goethe] harán lo demás para que todo continúe como de costumbre." (A Ferenczi, el 4 de febrero de 1920, menos de dos semanas después.) El 27 de mayo a Eitingon: "Corrijo y completo actualmente el 'Más allá', del principio de placer, quiero decir, y me encuentro de nuevo en una fase creadora... Todo eso no es más que cuestión de humor, mientras dure."

3. Tercer rasgo "referido", la ambivalencia respecto del padre, del padre de Ernst, se entiende, del yerno del abuelo y del marido de Sofía. La lucha por la "posesión exclusiva" de la hija (madre) muerta hace estragos por todas partes y, dos días después de su deceso (*Fortgehen*), Freud escribe a Pfister: "Sofía deja dos hijos, uno de seis años y otro de tres meses [aquel de quien Ernst habría estado celoso como de su padre], y un marido inconsolable [eso espero] que pagará ahora bien cara una felicidad de siete años. [...] Trabajo todo lo que puedo y estoy agradecido de esa distracción. La pérdida de un hijo parece ser una ofensa grave, narcísica: lo que llaman el duelo probablemente sólo viene después." El trabajo del duelo sin duda sólo viene después, pero el trabajo de *Más allá...* no se ha interrumpido un solo día. Esta carta se sitúa entre la muerte y la incineración de Sofía. Si el trabajo sirve de "distracción" es que no trabaja de cualquier manera ni en cualquier cosa. Este intervalo entre la muerte y la incineración (forma de *Fortgehen* que no puede tener sino incidencias muy singulares en el trabajo del duelo) se señala por *una historia de trenes e incluso de trenes para niños* cuya anécdota se imprime en todas las cartas de Freud durante esa semana. Ningún tren para ir hacia la muerte, la que ya se ha *ido* (*fort*), antes de irse en cenizas. Una carta a Binswanger alude primero a la muerte de von Freund: "Lo enterramos el 22-1. La noche del mismo día, recibimos un telegrama inquietante de nuestro yerno Halberstadt, de Hamburgo. Mi hija Sofía, de veintiséis años de edad, madre de dos niños, estaba enferma de gripe; se apagó el 25-1 por la mañana después de cuatro días de enfermedad. Había entonces un paro de trenes, y por eso no pudimos ni siquiera ir allá. Mi mujer, profundamente trastornada, se prepara ahora para el viaje; pero los nuevos desórdenes de Alemania hacen problemática la ejecución de ese proyecto. Desde entonces un peso opresivo cae sobre nosotros, y yo lo siento también en mi facultad de trabajo. Los dos nos hemos sobrepuesto a esa monstruosidad: que unos hijos puedan morir antes que los padres. En el verano -respondo a su amistosa invitación- queremos reunirnos en algún sitio con los dos huérfanos y el marido inconsolable, al que hemos querido durante siete años como a un hijo. ¡Si es posible!" ¿Es posible? Y en la carta a Pfister que he citado ya para señalar en ella la alusión a los "siete años" y a la "distracción del trabajo", el problema del tren hacia la muerte se plantea una vez más, puesto en red diferenciada: "... como si nunca hubiera existido. Desde hacía ya dos días, sentíamos inquietud en cuanto a ella pero conservábamos la esperanza [¿va a regresar?]; es bien difícil juzgar a distancia. Y esa distancia nos sigue separando. No pudimos partir como hubiéramos querido desde que llegaron las primeras noticias alarmantes, no había trenes, ni siquiera trenes para niños. La brutalidad de nuestra época pesa fuertemente sobre nosotros. Nuestra hija va a ser incinerada mañana, nuestra pobre 'hija del domingo'. Apenas pasado mañana nuestra hija Mathilde y su marido, gracias a una coyuntura

favorable y tomando un tren del Acuerdo, podrán ponerse en camino hacia Hamburgo. Por lo menos nuestro yerno no ha estado solo, dos de nuestros hijos que estaban en Berlín están ya a su lado..." ("La ayuda internacional a los niños aseguraba el transporte de niños al extranjero, ya que la hambruna reinaba en Austria", nota de Schur.)

El yerno "inconsolable que pagará bien cara una felicidad de siete años" no se habrá quedado solo con la muerte. Freud está representado por los suyos, a pesar de la suspensión del tren, por otra hija y dos hijos, portadores del nombre (recuérdese su juego *preferido* -el tren mantenido a una distancia constante).

Ese nombre de los Freud, la institución clásica de una ciencia hubiera podido prescindir de él. Por lo menos hacer de su olvido la condición y la prueba de su transmisión, de su propia herencia. Es lo que Freud creía o hacía como que creía, creía a medias, como en el modelo clásico de la ciencia, el que en el fondo nunca habrá renunciado a *representar* para el psicoanálisis. Dos semanas después de la muerte de Sofía, escribe a Jones. Havelock Ellis acaba de sostener que Freud es un gran artista, y no un científico. Ateniéndose a las mismas categorías, a las mismas oposiciones, aquellas justamente que ponemos a prueba aquí, Freud replica. El gran especulador se declara en suma allí dispuesto a pagar a la ciencia con su propio nombre, a pagar con su nombre la prima de seguro. "Eso es enteramente falso [lo que dice Ellis]. Estoy seguro de que dentro de algunos decenios mi nombre será olvidado, pero nuestros descubrimientos subsistirán" (12 de enero de 1920). Pagar la ciencia con su propio nombre. Pagar, decía yo, con el propio nombre la prima de seguro. Y poder decir "nosotros" ("nuestros descubrimientos") firmando solo. Es como si no supiera, ya, que al pagar la ciencia con su propio nombre, es también la ciencia de su propio nombre lo que paga, que se paga con una carta-giro enviada a él mismo. Basta (!) con producir para la operación el relevo postal necesario. La ciencia de su propio nombre: una ciencia que por una vez es esencialmente inseparable, en cuanto ciencia, de algo como un nombre propio, como un efecto de nombre propio de la que pretende dar cuenta (de rebote) rindiéndole cuentas. Pero la ciencia de su propio nombre es también lo que queda por hacer, como la vuelta necesaria sobre el origen y la condición de una ciencia tal. Ahora bien, la especulación habrá consistido -tal vez- en pretender pagar por adelantado, tan caro como sea necesario, los cargos de semejante vuelta al remitente. El cálculo es sin fondo, la devaluación o el plusvalor abismales arruinan hasta su estructura. Y sin embargo debe haber habido una manera de ligar su nombre, el de los suyos (porque eso no se hace a solas), a esa ruina, una manera de especular sobre la ruina de su nombre (nueva vida, nueva ciencia) que conserva lo que pierde. Nadie deberá ya estar allí para conservar pero la cosa se conserva en el nombre que se guarda la cosa. ¿Quién? ¿Qué? Queda por saberse.

4. Continuemos analizando la estructura en "referido" del *Fortgehen*. Freud se acuerda, en su nombre, de su hija (su hija "preferida", no lo olvidemos, aquella cuya imagen guardada en un medallón alrededor de su muñeca mostrará a cierta paciente: desde su mano, mantenida por una especie de hilo de conexión, habrá seguido, precedido, acompañado a todo movimiento), se acuerda de su nieto. El *fort:da*, la identificación en todos los sentidos pasa por la identificación estructúrea con el nieto. Esta identificación privilegiada se pagará una vez más con un acontecimiento ejemplar en más de un

respecto. Implica en sí al hermanito de Ernst, aquel mismo que habría exasperado, como otro yerno, los celos del hermano mayor, celos bien comprensibles y bien comprendidos por el abuelo. Iba en ello la “posesión exclusiva” de la hija (madre). Ese acontecimiento ejemplar confirma ciertamente que en su “referido” el *fort:da* acarrea la especularidad autobiográfica hacia una autotanatografía de antemano expropiada en heterografía. En 1923, el año en que pone en guardia a Wittels contra toda especulación probabilística sobre la relación entre Más *allá...* y la muerte de Sofía, ¿qué sucede? El cáncer de la boca revela su carácter maligno y fatal. Primera de las treinta y tres operaciones. Freud había pedido ya a Deutsch que le ayudara a “desaparecer de este mundo con decencia” llegado el momento. Ya en 1918 pensaba que iba a morir (en febrero de 1918, como ustedes saben que lo creyó siempre), pero (se) recordaba entonces (a) su madre: “Mi madre va a cumplir ochenta y tres años y ya no está muy sólida. Me digo sin embargo que me sentiré un poco más libre cuando ella muera, pues estoy aterrado ante la idea de que un día tendrán que anunciarle mi muerte.” Toda especulación, decíamos más arriba, implica la aterradora posibilidad de este *usteron proteron* de las generaciones. Cuando la figura sin figura, el nombre sin nombre de la madre retorna a fin de cuentas, es lo que he llamado en Glas la lógica de la obsecuencia. La madre entierra a todos los suyos. Asiste a cualquiera que se llame su madre y sigue todos los entierros.

En 1923, pues, primera operación de la boca. La del abuelo, sí, pero también, más o menos al mismo tiempo, la de Heinerle (Heinz Rudolf), el segundo hijo de Sofía, el hermanito menor de Ernst. Las amígdalas. Es el nieto preferido, el hijo preferido de la hija preferida. Su abuelo lo consideraba, dice Jones, como “el niño más inteligente que conocí nunca”. (No pensaba lo mismo de Ernst, el hermano mayor.) Hablan juntos de su operación, como si fuera la misma, comiéndose a sí misma y hablando a ras de lo que come: “Yo ya puedo comer mis corruscos. ¿Tú también?”

A consecuencia de la operación, debilitado además por una tuberculosis miliar, Heinerle muere. El 19 de junio de 1923: se ve llorar a Freud. Es la única vez. A Ferenczi, el mes siguiente, le confía que se siente deprimido por primera vez en su vida. Algunos años más tarde, en 1926, Binswanger pierde a su hijo mayor y en esa ocasión Freud le dice quién había sido Heinerle para él: el que había hecho las veces de hijos y nietos. Vive así la muerte de toda su filiación: “Es el secreto de mi indiferencia -la gente dice valentía- frente al peligro que amenaza mi propia vida.” El año siguiente: “He sobrevivido al Comité que hubiera debido ser mi sucesor. Tal vez sobreviviré a la Asociación internacional. Es de esperarse que el psicoanálisis me sobreviva. Pero todo esto constituye un fin sombrío para la vida de un hombre” (a Ferenczi, el 20 de marzo de 1924). Que haya esperado esa sobrevivencia del psicoanálisis es probable, pero *en su nombre*, la sobrevivencia con la condición de su nombre: por lo cual dice el *sobrevivir* como el lugar del nombre propio.

Se confía también a Marie Bonaparte, el 2 de noviembre de 1925: desde la muerte de aquel que hacía para él las veces de filiación, especie de heredero universal y portador del nombre según el afecto (filiación de la comunidad asegurada por la mujer, aquí por la hija “preferida”; y el segundo nieto debe llevar, en ciertas comunidades judías, el nombre de pila del abuelo materno; todo podría regularse por una ley judaica), no logra ya sentirse ligado con nadie. Sólo se mantienen los lazos anteriores. Ningún lazo ya, *ningún* contrato,

ninguna alianza, *ningún* juramento que le ligue a algún porvenir, a alguna descendencia. Y cuando los lazos son sólo pasado, es que han pasado. Pero Marie Bonaparte, que forma parte de la antigua alianza, recibe la confidencia, el acta de esta confidencia que renueva en cierto modo el compromiso al declararlo pasado. De esto, como de cierto efecto de herencia, ella quedará como depositaria. Si insisto en la confesión a Marie Bonaparte, es por la continuidad. Gracias al factor [que en francés es también el cartero, *facteur*] de la verdad hasta la escena de familia del lado de la rama francesa, en el momento en que creen romper el sello de un testamento. ¿Quién no entrará entonces en “posesión exclusiva”, como se entra en danza o en trance? Uno de los elementos del drama: varias familias llevan el mismo nombre sin que lo sepan siempre. Y hay *otros* nombres en la *misma* familia. (Interrumpo aquí este desarrollo. Quien esté dispuesto a leer su consecuencia, hasta su apéndice en *Le facteur de la vérité*, notará quizá allí una contribución a tal desciframiento todavía por *venir* del movimiento analítico francés.)

La condición de la filiación: su duelo o más bien, como lo llamé en otro lugar, su medio luto. En 1923, Heinerle, el lugarteniente de filiación, se ha ido (*fort*), los dolores en la boca permanecen, terribles y amenazadores. Él está más que a medias seguro de lo que le deparan. Escribe a Felix Deutsch: “Una indiferencia comprensible respecto de la mayoría de las trivialidades de la existencia me muestra que el trabajo del duelo se elabora en profundidad. Cuento a la ciencia entre esas trivialidades.” Como si el nombre debiera en efecto olvidarse, y esta vez junto *con* la ciencia. Pero incluso si lo creyese más que a medias, esta vez o la anterior, cuando ligaba la ciencia a la pérdida del nombre, ¿lo crearemos nosotros? No más esta vez que la anterior.

De este *fort:da* como trabajo del medio luto y especulación operando sobre sí misma, como gran escena del legado, abismo de legitimación y de delegación, habría todavía, hasta no poder ya contarlos, otros hijos. Limitémonos aquí al trabajo del medio luto (introyección y/o incorporación, y el medio luto está aquí representado por la barra entre y y/o o que por razones estructurales me parece tan necesaria como necesariamente impura),² al trabajo del medio luto en la referencia a sí *como nieto y como hermano menor del nieto*. Es con el hermanito del nieto, que hace las veces de toda la filiación, como la muerte parece irremediable, la descendencia extinta y por primera vez *llorada*, la depresión (por un tiempo) insuperable, la nueva alianza prohibida. Pero para comprender, intentar comprender la clausura de la alianza a su porvenir, hay que tirar tal vez de otros hilos, de otros hijos [*filis*] del pasado. Nombremos por ejemplo a Julius. Era el hermanito de Freud. Ocupaba el lugar de Heinerle en relación con Ernst en la época en que el *fort:da* fue observado, un año y medio. “Hasta el nacimiento de ese hermano”, dice Jones, “el pequeño Sigmund había sido el único detentador del amor y de la leche maternos, y la experiencia le enseñó entonces qué fuerza pueden tener, en un niño, los celos. En una carta a Fliess (1897), reconoce haber alimentado frente a ese rival malos sentimientos y añade que la muerte de éste, realización de sus anhelos, suscitó en él un sentimiento de culpa, tendencia que no le abandonó nunca. Después de esta confesión cuesta trabajo

² Cf. “*Fors*, les mots anglais de Nicolas Abraham et Maria Torok”, prefacio de *Cryptonymie. Le verbiage de l’homme aux loups (Anasémies I)*, especialmente p. 17. Sobre el medio luto, “Ja ou le faux bond”, *Di-graphe* 11.

comprender que Freud haya descrito, veinte años más tarde, que cuando “el niño *no tiene más de quince meses* en la época del nacimiento de un hermano menor, le es más o menos imposible estar celoso”.

La cosa (se) repite y refiere. Pero ¿cómo separar esta gráfica de la del legado? Entre las dos sin embargo ninguna relación de causalidad o de condición de posibilidad. La repetición se lega, el legado se repite.

Si la culpa se revierte sobre aquel cuya muerte vivió como la suya propia, *a saber* la del otro, del hermanito de Ernst como la de su hermanito, Julius, tenemos algunos hilos (solamente) en el lazo de identificaciones asesinas, enlutadas, celosas y culpables, infinitamente, que toma en la trampa a la especulación. Pero puesto que el lazo constriñe la especulación, constriñe también a ella con su rigurosa estructura. El legado y los celos de una repetición (celosa de sí misma ya) no son accidentes que sobrevengan al *fort:da*, sacan más o menos estrictamente sus hilos. Y lo asignan a una escena de escritura auto-bio-tanato-hetero-gráfica.

Esta escena de escritura no cuenta algo, el contenido de un acontecimiento que llamaríamos el *fort:da*. Éste permanece irrepresentable pero produce, produciéndose en ella, la escena de la escritura.

Si tal cosa fuese posible, acabaríamos de seguir o de hacer seguir: los *pasos* más allá del principio de placer, todos esos pasos que no avanzan, que no avanzan paso, toda esa tópica de la marcha que hasta en la letra y al pie de la letra todavía no añade “un paso más” (*einen Schritt weiter*), Freud utiliza diez veces esta locución, sino para retirarlo de antemano.

Cada paso se deja depositar, pero para nada, en la atesis de esta escena de escritura. Reconozco en ella un movimiento ejemplar de lo que en otro lugar³ fue nombrado la *paralísia*.

¿Qué es lo que marcha y qué es lo que no marcha? ¿Quién marcha o quién no marcha con Freud? ¿Qué es lo que le hace marchar [o acaso le toma el pelo, *le fait marcher*]? ¿Quién? ¿Y si fuese el *mismo* el que da y suspende el “movimiento” que “hay” (*es gibt*), si lo hay? ¿El mismo paso, el mismo *pas* [no]?

(Hace más de diez años, hasta en sus últimas líneas, *Freud et la scène de l'écriture* daba a seguir un *pas de Freud* [paso de Freud o ningún Freud]. Esto -regresando como suplemento diferido- queda por proseguirse.)

³ “Pas”, in *Gramma* 3-4, 1975.

3. LA PARALISIA

LA ZONA, EL CORREO, LA TEORÍA PORTADORA DEL NOMBRE

La parálisis: el paso más allá del PP habría quedado vedado.

Tercer capítulo: una vez más, la posibilidad de un progreso se anuncia como una promesa por fin. Pero ese progreso no pertenecerá al orden de lo que podría adquirirse. No dará lugar a ningún beneficio, a nada que pueda consignarse como demostración. Ninguna tesis quedará planteada. Eso se confirmará todavía hoy, ningún paso autorizará un progreso de este tipo. En lo que hace a aquello que se adentra por sí mismo en el movimiento y responde a una deuda insalvable, este libro no entregará nunca, ni a su autor ni a nadie, la menor ganancia. ¿Por qué?

El tercer capítulo sin embargo se adelanta hasta la admisión de una hipótesis. No todavía la de una pulsión de muerte, sino la de una compulsión de repetición.

Será examinada como *hipótesis*. ¿A qué función, en esa hipótesis, respondería? La función no es la tendencia y esta distinción desempeñará un poco después un papel indispensable.

La hipótesis es acogida al final del capítulo. La asunción (*Annahme*) de una compulsión de repetición (*Wiederholungszwang*) queda establecida: habría así algo más "originario", más "elemental", más "pulsivo" que el PP. Así: "Pero si hay en lo psíquico tal compulsión de repetición, nos gustaría ciertamente saber [la traducción francesa transmite bien la connotación añadiendo: *nous serions curieux de savoir*, tendríamos la curiosidad de saber. De hecho, Freud insiste más de una vez: esto se escribe por curiosidad -es una curiosidad- para 'ver un poco'. Pero ¿curiosidad interesada en qué? ¿Curiosidad de qué? ¿De quién? ¿Para ver un poco qué? ¿A quién? La curiosidad, la asume sin disculparse de lo poco], nos gustaría ciertamente saber a qué función corresponde, bajo qué condiciones puede entrar en escena [*hervortreten*: parece necesario insistir en la literalidad de este *hervortreten*, sobre la literalidad metafórica, no borrarla en el 'manifestarse' de la traducción francesa puesto que la compulsión puede operar sin entrar en escena como tal 'en persona'] y qué relación mantiene con el PP al que hemos concedido hasta ahora el dominio (*Herrschaft*) sobre el curso de los procesos de excitación en la vida psíquica."

¿Cómo ha sido admitida semejante hipótesis, con su título de hipótesis, insisto, en este tercer capítulo?

Supongo que se lo ha releído. Y como lo anuncié, discerní en él únicamente algunos rasgos propios para reexpedir, designando algebraicamente los motivos sobre los que insistiría si no nos fuera preciso ganar tiempo. Ganar el tiempo -o la forma esencial de lo que interesa a la especulación.

Cuatro rasgos.

1. *Fracaso de un psicoanálisis puramente interpretativo*, el tiempo para él está clausurado. Ya no es lo que era, "un arte de la interpretación" (*Die Psychoanalyse war vor allem eine Deutungskunst*), de una interpretación cuya toma de conciencia por el enfermo no producía en realidad ningún efecto terapéutico. En el momento de este fracaso práctico se impone algún otro medio. Y una transformación real de la situación analítica. Es mediante

la “transferencia” (*Übertragung*) como se habrá intentado reducir las “resistencias” del enfermo que no se deja alcanzar por la simple toma de conciencia de una *Deutung*. La transferencia misma desplaza pero no hace más que desplazar la resistencia. Opera una resistencia, *como* una resistencia.

(Preciso a la pasada: no hay legación sin transferencia. Esto da a entender también que, si todo legado se propaga en transferencia, no está en marcha sino en la forma de una herencia de transferencia. Legado, legación, delegación, difirencia de transferencia: el analista, y ni siquiera su generación, no necesita estar “allí”, en persona. Puede ser tanto más fuerte cuanto que no está allí. Él se envía -y el correo remite. El correo no da ni pide nunca recibo definitivo por el saldo del giro. Ningún recibo. La liquidación, en la medida en que la cosa se envía, sigue interminablemente su curso.)

La transferencia opera como una resistencia.

La “neurosis de transferencia” suple la neurosis anterior. Una tendencia a la “reproducción” sale a luz allí, la cual vuelve a lanzar aquí el análisis de Freud. (Reproducción, en el título de aquello a lo que interrogamos desde el comienzo de este seminario: la repetición como reproducción, reproducción de la-vida-la-muerte, aquí determinada por Freud como *wiederleben*.) La tendencia a la re-viviscencia no plantearía problemas si, suprimiendo la represión por el yo (que comprende elementos inconscientes), negociara la diferenciación tópica con el PP. En este último caso, lo que es revivido bien puede presentarse como “desplacer” para el yo que lo había reprimido. El PP conservaría en ello su autoridad: ninguna contradicción lo amenazaría, basta con que lo que se presenta como displacer para un sistema dé satisfacción en otro sitio, para otro. El enigma es en cambio la reviviscencia que parece no reproducir ningún placer para ningún sistema. Esto es lo que obliga a la hipótesis.

2. *La herida narcísica ejemplar*, la cicatriz narcísica más bien, la costura, el tajo (*Narbe*) y el medio luto que la reproducción hace entonces revivir las más de las veces, es, nos dice el análisis muy edipocéntrico de este capítulo, “los celos provocados por el nacimiento de un nuevo niño, que prueba indudablemente la infidelidad del amado o de la amada” y deshace el “lazo” (*Bindung*) que une al progenitor de sexo opuesto. El medio luto forma una categoría original e irreductible, aquí no hay grados. Si el medio luto, en este tajo o desfiguración narcísica, remite a la escena de escritura del *fort:da*, dicho de otra manera a la escena de herencia invertida, lo que acabo de llamar el edipocentrismo de este capítulo debe entenderse con precaución. Sin duda, en la página precedente, Freud refiere la reviviscencia transferencial a la “reproducción” de una parte de la vida sexual infantil “y por lo tanto del complejo de Edipo y de sus derivados” (*et donc* [por lo tanto] del complejo de Edipo...”, *also* y no “*notamment*” [especialmente] como dice de manera sin embargo interesante la traducción francesa). Pero todo el entramado del *fort:da* (la escena de escritura y de herencia que se desarrolla allí en elipsis, el abismo de su “referido”, la conmutación de los lugares, el salto de las generaciones, la disimetría de los contratos, en una palabra todo lo que *se envía* en una gráfica de la repetición que disloca el sumario “triángulo”) no puede llamarse edípico sino a condición de que, por alguna sinécdoque, se le nombre a partir de uno solo de sus efectos más *strictos*, quiero decir el más estrechamente apretado, determinado en su ejemplaridad. En su sentido notorio y estricto,

el rasgo edípico no es más que una rección para el hilo conductor de la bobina. Si se insiste en apodar Edipo a la figura del *fort:da*, tal como la hemos visto funcionar la otra vez, es *remarcando* en ella una matriz nebulosa y más que abismal de sólo uno de sus efectos o si lo prefieren ustedes de sus retoños. Es como si tiraran de ella, de esa matriz nebulosa de fusiones y fisiones en cadena, de permutaciones y conmutaciones sin fondo, de diseminaciones sin retorno, por uno solo de sus hilos. Es verdad que esa tentación (uno solo de sus hilos para formar el rasgo) no es una limitación contingente de la que podamos sentirnos eximidos de dar cuenta. Pues es como si se quisiera hacer regreso a uno de sus hilos, dicho de otra manera a la madre matricial, a una madre que no fuese sino lo que es. (Sobre este efecto de bobina y lo que puede querer decir *escribir como edipo*, remito a *Glas* que trata de hilos únicos o de hijos únicos, del tajo y del medio luto en las afectaciones del apodo propio, etc.)

Si el tajo narcísico no tiene una relación contingente con el nacimiento del otro niño, programa de todos los celos, paradigma de todas las infidelidades, modelo de la traición, Freud no toma este ejemplo entre otros. La puesta a prueba del “legado”, la última vez, nos habrá convencido de ello. Tanto más cuanto que Freud habla a este propósito, en ese mismo párrafo, de sus “propias experiencias” (*nach meinen Erfahrungen*, más bien que de sus “observaciones”, como dice la traducción francesa) y no sólo de las “investigaciones” de Marcinowski que él se asocia como un aval en el momento mismo en que habla de esa cicatriz narcísica, raíz del “sentimiento de inferioridad”.

3. *El retorno de lo demónico* viene como cortejo, no lejos del “retorno eterno de lo mismo”, con la repetición más allá del PP. Eso se repetirá regularmente en lo sucesivo.

A decir verdad, no hay retorno *de lo demónico*. El demonio es aquello mismo que *retorna* sin ser llamado por el PP. Es el retornar que repite su entrada en escena, volviendo no se sabe de dónde (“influencias de la primera infancia”, dice Freud), heredado de no se sabe quién, pero perseguidor ya por la simple forma de su retorno, incansablemente repetitiva, independiente de todo deseo aparente, *automática*. Como el demonio de Sócrates -que habrá hecho escribir a todo el mundo, empezando por aquel que se supone que no lo hizo nunca-, ese autómatas retorna sin retornar a nadie, produce efectos de ventrílocuo sin origen, sin emisión y sin destinatario. Está apostado únicamente, la posta en estado “puro”, una especie de cartero sin destino. Tele -sin telos. Finalidad sin fin, la belleza del diablo. Ya no obedece al sujeto al que persigue con su retorno. Ya no obedece al amo, ya demos este nombre de amo al sujeto construido según la economía del PP o al propio PP. Freud insiste en la pasividad, en la *apariencia* pasiva de las personas así visitadas (*die Person etwas passiv zu erleben scheint*), pero también en el hecho de que semejante visitación demónica no está reservada a la neurosis.

Las personas “no neuróticas” (*im Leben nicht neurotischer Personen*) de las que habla entonces, ¿qué son? ¿A qué categoría corresponde el ser-presa-de-lo-demónico? No hay respuesta en este lugar. Freud habla de sujetos “normales” en este caso pero no se limita a ellos.

Lo que interesa es el indicio de un poder que desborda al PP. Y sin embargo éste no está todavía rebasado, o, si lo está, es por él mismo y en él mismo. La ventriloquía no es un objeto o un ejemplo de *Más allá...*, es la estructura del PP *en transferido* en la escena de

escritura o de herencia de *Más allá...* Este libro está trabajado por lo demónico de lo que dice hablar y que habla antes que él, como él mismo dice que lo demónico habla, que llega de vuelta, *es decir* precediendo su llegada (es decir es decir), precediéndose con su anuncio ante quien tiene el lugar listo para su regreso: como una carta, una tarjeta postal, un contrato o un testamento que se manda uno a sí mismo antes de partir para un largo viaje, más o menos largo, con el riesgo siempre abierto de morir en camino, en vía, con la esperanza también de que la cosa llegue y de que el mensaje se haga archivo, e incluso monumento indestructible del en-vío interrumpido en vía. El documento está cifrado, permanecerá secreto si los “suyos” mueren antes de que el “autor” esté de vuelta. Pero serán los “suyos” todos los que sepan descifrar y en primer lugar constituirse en su historia por el testamento de ese código. Que sepan o que *crean* saber.

4. La “ficción literaria” está ya implicada. Lo demónico muestra uno de los trayectos que enlazan *Más allá...* a *Das Unheimliche*. No puedo retomar aquí lo que fue establecido en otro lugar¹ (la lógica de la duplicidad sin original, la resistencia inagotable de lo “literario” a los esquemas de *Das Unheimliche*, el resorte de la literatura llamada fantástica, etc.). Anoto solamente esto, en lo más inmediato: el recurso al “ejemplo” literario no podría ser simplemente ilustrativo en *Más allá...*, parezca lo que parezca decir Freud. Lo es visiblemente en la retórica intencional de Freud, como siguió siéndolo, todavía ayer, en toda la “literatura” psicoanalítica cuando se ocupó, dejó ocupar más bien, de literatura. Pero esta retórica intencional está dislocada por lo que pasa (sin ella) antes incluso de que ella se ocupe de lo que la ocupa. La “ficción literaria”, lo que ella quisiera contener en lo imaginario, vieja ya, como un hada o un demonio, en la estructura del *fort:da*, en su escenario de escritura o de herencia en diseminación. Así la *Jerusalem liberada* al final del capítulo iii. Lo que hay de “más arrebatador” en lo que Freud llama un “epos romántico” no es sólo el asesinato inconsciente, dos veces, de la bienamada disimulada bajo un hombre (la armadura de un caballero enemigo, el árbol del bosque fantástico, lleno de espíritus y de aparecidos, “*in den unheimlichen Zauberwald*”); no es sólo el retorno de la voz fantasmal de Clorinda; no es sólo la repetición *unheimliche*, más allá del PP, del asesinato de la amada. No, lo que hay de “más arrebatador” (*ergreifendste*), declare lo que declare Freud, y que se declara aquí antes que él para imponerse a él, es la repetición (digan si así lo desean “literaria”, de una ficción en todo caso que no pertenece ya a lo imaginario) de esas repeticiones de repeticiones *unheimlich*. El elemento de lo que *hace-obra*, en el abismo donde se operan las repeticiones, arrebatada a la estética dominada por el PP, esa que Freud evoca todavía al final del segundo capítulo y a la que no ha renunciado nunca. El *hace-obra* arrebatada esta anticipación estética sin dejarse retomar por ella. Es más “originario” que ella, es “independiente” de ella: puede describírselo en los términos mismos con los cuales en otro lugar Freud describe el más allá del PP. Y constituye el elemento de la escena de escritura, de la “obra” titulada *Más allá del principio de placer*, en lo que tiene de más arrebatador y de más inasible, en primer lugar gracias a aquel que creyó aponerle el sello de los Freud al escuchar unas voces.

¹Por ejemplo en “La double séance” (in *La dissemination*, pp. 279-300).

La hipótesis queda pues admitida -como tal, como hipótesis: la compulsión de repetición puede ir más allá del PP. Pero puede también “cruzarse” con él, formar con él una “comunidad” tan “íntima” que el problema del “funcionamiento” queda entero.

La admisión de la hipótesis tendrá un efecto desencadenador. La especulación libera ahora su discurso. Se desencadena como tal. Pero *se* desencadena a sí *misma*, como tal, al tratar del desencadenamiento. Su discurso destrabado es un tratado del desencadenamiento, del despegó, del desligamiento. De la desestructuración. La hipótesis especulativa de la compulsión de repetición y de la pulsión de muerte *no marcha sin* ir al desencadenamiento, al principio mismo de lo que desliga de toda constrictura: eso se nombra en este contexto energía libre, desencadenada, desligada, paradójicamente desbandada, el pp o proceso primario. El enlace se hará siempre al servicio del PP cuyo dominio tenderá así a someter a un pp esencialmente rebelde. Para entender algo en todo eso, no sólo hay que escuchar voces, siempre más de una, sino hablar varias lenguas. Y contar con varias generaciones de computadoras. Sin retroceder ante esa “ecuación con dos incógnitas” que Freud no puede evitar justo antes de apelar al *Banquete*.

Un pequeño párrafo abre el capítulo iv. Dice el recomienzo, el paso de más, el comienzo del paso más allá, el paso por fin liberado. Pero anuncia el paso más allá como lo que va a seguir, lo da a seguir, lo hace seguir pero no lo transpone efectivamente todavía: “Lo que sigue ahora es especulación, *Was nun f folgt, ist Spekulation...*”

Lo que sigue ahora es Especulación. En una sola palabra. Por eso la traducción francesa dice “pura especulación” (“*Ce qui suit doit être considéré comme de la pure spéculation*”). Especulación pura y simple. Y Freud añade, después de una coma, “una especulación que a menudo va a buscar muy lejos (*oft weitausholende Spekulation*), que cada quien según su actitud propia podrá apreciar o abandonar”.

Dicho de otra manera: el “autor” ya no está allí, ya no es responsable. Se ha ausentado de antemano dejándoles a ustedes el documento entre las manos. Eso es por lo menos lo que declara. No trata de convencerle a usted de una verdad. No quiere sustraer nada al poder, a las inversiones propias, ni siquiera a las asociaciones y proyecciones de cada quien. La asociación es libre, lo cual vale también para el contrato entre la escritura y la lectura de este texto con los intercambios, los compromisos, los dones, con todo aquello de lo que se intenta la actuación. Por lo menos eso es lo que dice. La expresión especulativa tendría el valor de lo que se realiza en análisis o en el campo llamado “literario”: usted hace con ello lo que quiera o lo que pueda, eso ya no me incumbe, es algo sin ley, sobre todo sin ley científica. Es asunto suyo. Pero el “ya no me incumbe”, “es asunto suyo”, más que nunca le obliga a usted a ello. La heteronomía está casi al desnudo en la disimetría del “incumbe”. Abandonado a sí mismo, está usted más ligado que nunca a la causa, la autonomía es la de un “movimiento” prescrito por la cosa que le incumbe, que sólo le incumbe a usted. No puede usted ya desembarazarse de la herencia innegable. La última voluntad en persona (el signatario del testamento) ya no tiene nada que ver ni tiene que ver con nadie. Usted lleva su nombre.

En el cortejo. Sobre sus hombros, hasta el fin de los tiempos formará usted la teoría portadora de su nombre.

La tesis se declara pues en el umbral de la especulación desencadenada. Pero es también, de cierta manera, lo “propio” de la ciencia o de la literatura. Hay tesis en filosofía, y toda tesis es filosófica, no las hay ni en la ciencia ni en la literatura. Estaríamos pues lo más cerca posible, por esta vía, de la especificidad científica o literaria. Si la hubiera, quiero decir especificidad.

La gestión es pues curiosa. Obedece a la ley de curiosidad. Pero se ve con qué astucia infinita (más astuta que ella misma) se ha armado esta curiosidad cuando Freud deja caer, en la frase siguiente: “...una tentativa de explotar con consecuencia una idea, por curiosidad (*aus Neugierde*), para ver hasta dónde llevará.”

Hemos empezado a ver. Cómo nos incumbe y cómo se entiende.

El capítulo iv deja establecida una especie de topología. Establecimiento indispensable como lo sería el reconocimiento de un mapa, el conjunto de los lugares (aquí el aparato psíquico) que configuran *fronteras* e incluso un campo de batalla, diríamos fácilmente un *frente*, las líneas de un frente capital, a la vez en el sentido estratégico-militar y en el sentido fisiológico o fisiognómico de una frente: la frente encima de los ojos (otra vez el carrete que vuelve o que no vuelve). Se trata del frente en el cual el PP puede, según la expresión misma de Freud, ser puesto fuera de combate (*ausser Kraft*). Allí es donde su autoridad, su predominancia, su dominio puede conocer la derrota. Y una derrota finalmente que no sea sólo una desviación del derrotero, un rodeo o un paso de lado para rehacer sus fuerzas y volverse a encontrar una vez más entre los suyos, sus derivados, retoños, representantes, correos, carteros, embajadores y lugartenientes.

Ese lugar de derrota para el amo, ¿por qué lo he llamado frente?

Como la otra vez, desbrocemos primero la nervadura retórica y demostrativa de esta primera parte, reconozcamos los lugares de lo que es también, a su manera, un reconocimiento de lugares. Una vez más, según una misma gestión-desandadura [*démarche*], la descripción de esta tópica no llegará a su fin, a saber la frontera, la línea de demarcación, el límite del PP. Es necesario todavía un paso más. Siete páginas después del comienzo del capítulo, balance provisional: “Tengo la impresión de que a través de las consideraciones que preceden nos hemos acercado a la comprensión del dominio del PP; pero no hemos alcanzado todavía la explicación de los casos que se oponen a él. *Gehen wir darum einen Schritt weiter*. Demos pues un paso más.”

¿En qué semejante descripción topológica indispensable para la inteligencia del PP se revela insuficiente para dar cuenta de su derrota? Recuerdo algunos elementos bien conocidos. En la terminología metapsicológica, la conciencia es un sistema que recibe las percepciones llegadas de afuera o las sensaciones de placer o de desplacer provenientes del interior. Este sistema (Percepción-Conciencia) tiene “una posición espacial” (*räumliche Stellung*) y unos límites. Es él mismo un límite o un sistema de límites, un puesto, un puesto fronterizo entre el fuera y el dentro. Esto no aporta nada nuevo, dice Freud, y se conecta con las localizaciones de la anatomía cerebral (no estamos lejos de la frente) que sitúa el “sitio” (*Sitz*) de la conciencia en la capa periférica del órgano central, en la corteza cerebral.

¿Qué es lo que distingue a este sistema de los otros? ¿La relación con los rastros duraderos (*Dauerspuren*) y con los restos de recuerdos (*Erinnerungsreste*)? En todos los

sistemas, los más intensos, los más tenaces de esos rastros o restos provienen de procesos que no han llegado nunca a la conciencia. No puede haber rastros duraderos en el sistema Percepción-Conciencia, en cuyo caso éste se vería pronto limitado en su capacidad receptiva. Es preciso pues que los procesos de excitación no dejen en él ningún rastro. Si los hay, los rastros deben inscribirse en otro sitio, en otro sistema. El esquema de esta descripción orienta toda la problemática del “Bloque mágico”.² La conciencia debe nacer allí donde se detiene el “rastro mnésico”, más precisamente en el lugar (*an Stelle*), en lugar del “rastro mnésico”. A diferencia de todos los demás, el sistema Percepción-Conciencia no es nunca modificado duraderamente por lo que lo excita, por la razón misma de su exposición al mundo exterior. Si se parte de la hipótesis emitida veinte años antes, en el *Esbozo...*, de que un rastro duradero supone el allanamiento (*Bahnung*) de un trayecto y una resistencia vencida, se debe concluir que no hay allí ningún rastro porque ninguna resistencia se opone. Aquí interviene la referencia a la distinción de Breuer entre la energía de catexis ligada (*gebundene*) y la energía de catexis libre. En el sistema Percepción-Conciencia, no hay ni rastro ni resistencia sino libre circulación de energía, sin obstáculo ni liga.

Ahora bien, Freud interrumpe brutalmente esta argumentación. En el estado actual de la “especulación”, dice, utilizando otra vez esta palabra, más vale dejar las cosas lo más indeterminadas que sea posible, aun cuando hayamos vislumbrado ya alguna relación entre el origen de la conciencia, el lugar del sistema Percepción-Conciencia y las particularidades de los procesos de excitación.

A partir de allí, siempre en la misma descripción topológica que forma la primera parte del capítulo, el discurso de Freud se hace cada vez más oscuro y elíptico. Lo reconoce: “Sé que estas afirmaciones parecen muy oscuras, pero debo limitarme a tales indicaciones.” Esta oscuridad no es ajena a la metáfora de la “burbuja”. Sobre la metafóricidad de este discurso volveremos más abajo. La “burbuja” (más bien que la “bola” [*“boule”*] de la traducción francesa por *Bläschen*), o la campana, o la ampolla protoplasmática, con su capa cortical, debe guardarse de las excitaciones llegadas del mundo exterior, para amortiguarlas, seleccionar los mensajes, filtrarlos, limitar la cantidad de su energía. Unos “órganos de los sentidos”, que pueden compararse a antenas retráctiles, informan al organismo sobre las energías exteriores no tomando de ellas sino cantidades limitadas, pequeñas dosis.³ Protegida contra la agresión externa, la burbuja es vulnerable en la otra línea del frente o más bien en su otra orilla; queda sin defensa contra las emisiones que le llegan de dentro, por ejemplo las sensaciones de placer o de desplacer. Éstas predominan en todo caso sobre lo que es emitido desde el exterior. Se sigue de ello que la actitud del organismo se orienta de manera que pueda oponerse a las excitaciones internas que podrían aumentar el desplacer, el enemigo principal, aquel delante del cual se es más vulnerable.

² “Freud et la scène de l’écriture” in *L’écriture et la différence*.

³ Sobre este punto como sobre la crítica de la estética trascendental de Kant que se quedaría en una representación abstracta del tiempo ligada al sistema Percepción-Conciencia, mientras que los procesos psíquicos inconscientes serían “intemporales” (“zeitlos” dice Freud, pero entre comillas), debo remitir una vez más al “Bloque mágico” y a “Freud et la scène de l’écriture”.

De esta tónica de la “burbuja” (cuya metáfora puede transferirse a todo corpus, todo organismo, toda organización, por ejemplo -pero qué ejemplo- el corpus freudiano o la organización del “movimiento” analítico que protege, en su tradición, la transmisión de su burbuja protectora, esa bolsa de un sistema que selecciona la información llegada de fuera, que guarda contra las amenazas interiores, y que la misma transferencia haría pasar de un legatario a otra como el simulacro de un secreto), Freud reafirma una vez más que está enteramente a las órdenes del PP. Ve en ello la explicación de las “proyecciones” patológicas que consistirían, para oponerles una técnica de protección más eficaz, en tratar unas excitaciones de origen interno como mensajes o emisarios llegados de fuera. Esto también se aplica y se transfiere a la “burbuja” de todo corpus y de toda organización.

La autoridad del PP sigue sin impugnarse. El PP sigue siendo el autor de todo lo que parece escaparle u oponerse a él. Como autor o como autoridad, se aumenta con todas las disidencias ruidosas que pretenden hablar contra él. Toda esta topología está hecha para que reine en el territorio del sistema Percepción-Conciencia. Fin del primer acto: se necesita un paso más.

La topología de la burbuja ha permitido por lo menos definir el traumatismo. Hay traumatismo cuando, en el límite, en el puesto fronterizo, la barrera de protección se rompe. Entonces toda la organización defensiva queda deshecha, toda su economía energética puesta en desbandada. La gran amenaza del *retorno* hace su retorno. El PP es puesto fuera de combate (*ausser Kraft gesetzt*). Ya no dirige las operaciones. Pierde el dominio ante la submersión, la inundación (*Überschwemmung*, imagen de un despeñamiento líquido de repente, como en la ruptura de un dique): grandes cantidades de excitaciones cuyo flujo en un instante desborda el aparato psíquico. Presa del pánico, éste en apariencia no busca ya el placer. Está solamente ocupado en *ligar* (*binden*) las cantidades de excitación y en “dominarlas” (*bewältigen*). En la región invadida, el aparato psíquico procede entonces a una “contraocupación”, a una contracarga (*Gegenbesetzung*), pero paga esta operación con un empobrecimiento psíquico de las otras regiones. Freud rodea la palabra “*Gegenbesetzung*” de comillas. ¿Se trata de una “metáfora”, de una figura estratégico-militar? Se desabastece un frente desplazando fuerzas para mandarlas a toda prisa a rellenar otro frente que ha sido roto en un punto y un momento imprevisibles, para *despacharlas* allí. A menos que en las fuerzas armadas se hable un lenguaje *fundado*: quiero decir derivado de una necesidad común cuya ciencia sería el psicoanálisis -o en todo caso cuya teoría de las catexis (ocupaciones), contracatexis, con todo su sistema, sería su *teoría general*.

Estas “metáforas” Freud las llama *Vorbilder*, modelos, prototipos, paradigmas. Las cree necesarias para apuntalar la metapsicología. El rodeo metafórico es aquí singularmente indispensable. E interminable. ¿Por qué?

Freud enuncia la ley según la cual un sistema es tanto más capaz de “*binden*”, de ligar o de trenzar energías cuanto mayor es su propia carga en estado de reposo. Pero en el momento mismo en que habla de cantidad de ligazón, de banda y de contrabanda o de banda contraocupante, no sabe de *qué* habla. Y lo reconoce. No sabemos lo *que* es así ligado, desligado, puesto en banda, contrabanda, desbandada. No sabemos nada de la

naturaleza del proceso de excitación en el sistema psíquico. Este contenido sigue siendo una “gran X” con la cual “operamos”. Es evidentemente en lugar de esa *cosa X* como vienen a ensayarse los “*Vorbilder*”, las imágenes, los modelos, los prototipos, los paradigmas, cualquiera que sea el campo de su proveniencia. Pero basta con que haya campo y fuerza para que los códigos de físicos o de militares estén a punto de imponerse. Ahora bien, lo hacen siempre a través de un código, la retórica de un *código*, el código del código, dicho de otra manera una teoría implícita de la teleinformación, del mensaje, de la misiva, del emisario, de la misión o de la emisión: del *envío* y de la red postal.

Freud está pues de vuelta en el ejemplo del traumatismo que había abandonado en el primer capítulo. E incluso en una explicación que no está alejada, lo reconoce, de la “vieja e ingenua” teoría de los choques. Simplemente nada se deja ya localizar como una lesión directa de la estructura molecular o histológica: hay ruptura de la barrera protectora, tal como es descrita en esta nueva topología, cuando el aparato ya no está preparado, especialmente por la angustia, para ligar las cantidades de energía que afluyen. A partir de cierta intensidad del traumatismo y de una desigualdad demasiado grande de las presiones, la sobrecarga impide al PP funcionar normalmente. El paso más allá parece traspuesto cuando el umbral de esa sobrecarga queda alcanzado. El sueño, por ejemplo, ya no hace regresar la satisfacción alucinatoria del deseo, reproduce la situación traumática. “Pero debemos admitir que [esos sueños] se consagran a otra tarea cuya realización [*Lösung*, la solución] debe preceder al momento en que el principio de placer pudo inaugurar su dominio. [...] Nos abren así una perspectiva sobre una función del aparato psíquico que, sin oponerse al principio de placer [sin *contradecirlo*, *widersprechen*], parece sin embargo independiente de él y más originaria que la mira de un placer que ganar o de un desplacer que evitar.”

Es la primera excepción a la ley según la cual el sueño cumpliría un deseo. Pero esa ley no queda “contradicha”, la excepción no habla *contra* ella: la precede. Hay algo más viejo que la ley en la ley. No pudo parecer que regía la función del sueño sino después de la institución del PP en su dominio. Éste sería pues el efecto relativamente tardío de una historia, de una génesis original, una victoria ya sobre un terreno que no le pertenece de antemano y del que ni siquiera es autóctono: victoria y captura, la ligazón se impone sobre la desligazón, la banda sobre la contrabanda, o incluso el contrabando sobre la a-banda o la desbandada. Sobre la astrictura absoluta si algo semejante pudiera tener lugar y forma.

Esta hipótesis sigue siendo una hipótesis, no lo olvidemos. Y acaba de ser admitida como *de fuera*, inducida por el ejemplo de las neurosis traumáticas. El frente cede entonces y se desmorona bajo la presión de excitaciones *externas*. El capítulo v extiende el alcance de la hipótesis: hacia las excitaciones de origen *interno*, las que provienen de las pulsiones y de sus representantes, dicho de otra manera de lo que constituye “el elemento más importante así como el más oscuro de la investigación psicológica”.

Entramos aquí en la fase más rica y más activa del texto. El carácter esencial de estos procesos de origen interno (las pulsiones y sus representantes) es que *no* están ligados. A esos procesos inconscientes Freud les había dado en la *Traumdeutung* el nombre de *procesos primarios*. Corresponden a una carga libre, no ligada, no tónica. El trabajo de las capas superiores del aparato psíquico es encadenar en procesos “secundarios” las

excitaciones pulsionales brotadas del *pp*. Pero he aquí lo más importante, el PP (o su forma modificada, el PR) no puede afirmar su dominio sino encadenando al *pp*.

PP (+ PR)

_____ : tal es la *generación del amo* y la condición del soberano gusto.

pp

Y sin embargo, eso no quiere decir que antes de ese momento, antes del dominio concatenador del PP sobre el *pp*, *via* el PR, no haya ningún esfuerzo para ligar la excitación. El aparato psíquico intenta *también* ligar sus excitaciones “en parte”, sin miramientos hacia el PP y antes que él. Pero siempre sin oponerse a él, sin contradecirlo o hablar contra él.

Ese “en parte” (*zum Teil*) queda bien indeciso. La prenda sin embargo es considerable y esa indecisión puede embrollar el límite de todos los conceptos comprometidos aquí. En caso de fracaso, la no-ligazón produce perturbaciones que son “análogas” (*analoge*) a los traumatismos de origen externo. La oscuridad, la que Freud no nos hace observar, consiste en el hecho de que *antes* del dominio instituido del PP hay *ya*. una tendencia a la ligazón, un empuje dominante o estructurante que anuncia al PP sin confundirse con él. Colabora con él sin ser de él. Una zona medianil, *difiriente o indiferente* (y no puede ser difiriente sino siendo indiferente a la diferencia oposicional o distintiva de las dos orillas), refiere el proceso primario en su “pureza” (un “mito”, dice la *Traumdeutung*) al proceso secundario “puro”, sometido entero al PP. Una *zona*, dicho de otra manera un *cinturón* entre el *pp* y el PR, ni ceñido ni desceñido *absolutamente*, todo en difirencia de estrictura. La estrictura difiriencial de cinturón. Su referido:

PP + PR

PP

La indecisión aparente de este cinturón o de este lazo desprendido, ése es el concepto de repetición que actúa en todo este texto. Tal concepto, la conceptualidad o la forma conceptual de este concepto tiene el *porte* de ese lazo de estructura difiriencial. Más o menos apretado, pasa como un lazo (por ejemplo un lazo de zapato) a los dos lados del objeto, aquí de *la* repetición.

Pero nunca hay *la* repetición.

Unas veces la repetición, clásicamente, repite algo que la precede, viene después - como se dice por ejemplo que Platón viene después de Sócrates-, sucede a un primero, un originario, un primitivo, un precedente, lo repetido mismo que se supone que es en sí mismo ajeno a lo repetitivo o al repitiendo de la repetición. Como se imagina también que un relato refiere algo que le sería anterior o extraño, independiente de él en todo caso. Distinción clásica, en la repetición, de lo repetido y del repitiendo; y en el relato o la relación, de lo relatado y del relatante o de lo recitado y del recitante, y la “cara” del

repetido o del recitado puede todavía dividirse entre “referente” y “significado”. En la hipótesis clásica, la repetición en general sería secundaria y derivada.

Pero pronto, según una lógica otra y no clásica de la repetición, ésta es “originaria” e induce, por propagación ilimitada de sí misma, una desconstrucción general: no sólo de toda la ontología clásica de la repetición, con todas las distinciones recordadas hace un instante, sino de toda la construcción psíquica, de todo lo que apuntala las pulsiones y sus representantes, asegura la integridad de la organización o del corpus (psíquico o de otra especie) bajo el dominio del PP. Volvemos aquí a lo que se dijo más arriba del *Ab-bauen*. Tan pronto, por consiguiente, la repetición colabora en el dominio del PP, como, más vieja que él, dejándose incluso repetir por él, se cierne sobre él, lo mina, lo amenaza, lo persigue buscando un placer desligado que se parece, como una burbuja a otra burbuja, a un desplacer escogido en su atrocidad misma.

Pero no hay ningún “tan pronto... como”. Lo mismo que en el epílogo o la trastienda de *La farmacia de Platón*, “una repetición repite a la otra”, y ésta es toda la difirrencia.

Tendría lugar, si tiene lugar, un solo lugar, *en la zona*.

Dos lógicas pues, de efecto incalculable, dos repeticiones que no se oponen ni más ni menos que se reproducen idénticamente y que, si se repiten, repercuten la duplicidad constitutiva de toda repetición: sólo si se tiene en “cuenta” esa incalculable doble banda de la repetición -y aunque no esté *en presente* tematizada por Freud- se tiene la posibilidad de leer el texto ilegible que sigue inmediatamente, leerlo *como ilegible*.

Parece querer decir esto. La compulsión de repetición, en el niño y en los primeros momentos de la cura, tiene un carácter “pulsional”. Cuando se encuentra “en oposición con el PP”, toma un carácter “demónico”. Tan pronto la repetición “parece mejorar el dominio” (*Beherrschung*), como sucede lo contrario. Se vuelve al ejemplo del juego del niño: su aspecto normalmente repetitivo contribuye al dominio, da el placer ligado a la identificación, al reconocimiento y a la apropiación de lo mismo (a la interiorización idealizante diríamos en el lenguaje hegeliano o husserliano). En este caso, el del niño, la repetición engendra el placer. En el adulto, la novedad, por el contrario, dice Freud, es la condición del placer. Entre los ejemplos que da de ello (juego, obra de teatro, libro, etc.), el del relato tiene quizá un lugar más, el suyo y el de los otros en los que es necesariamente representado. Ante la repetición, ante el reporte de lo reportado de la escena, el niño pide incansablemente más, borra la variante, mientras que el adulto huye -en cuanto adulto por lo menos-, se aburre y busca la desviación. Y cuando ese adulto reproduce compulsivamente la demanda repetitiva (por ejemplo en análisis y en la transferencia), va más allá del PP y se porta como un niño. No habría que seguir diciendo, ya se sabe por qué, que *va más allá* sino que *regresa más acá* del PP. Los rastros mnésicos reprimidos, los de sus primeras experiencias, permanecen sin ligazón, en estado desencadenado, indomables por los procesos secundarios y sus policías. La compulsión de repetición sigue siendo, ciertamente, en la neurosis de transferencia, una de las primeras condiciones del análisis. Pero se vuelve un obstáculo si persiste y hace difícil la liquidación de la transferencia. Esta posibilidad está inscrita en la estructura transferencial, ya que la condición de posibilidad puede hacerse condición de imposibilidad; lo que hemos dicho más arriba sobre la escena

de herencia puede ayudarnos a comprenderlo mejor: una transferencia no liquidada, como una deuda no liquidada, puede transmitirse más allá de una generación. Puede construir una tradición con ese plazo reportado en el vientre. Se puede incluso abrir una tradición con ese fin, darle las formas necesarias para ese efecto y tomar todos los medios de hacer durar, dejada en su sueño, la amenaza así enquistada. Cuando Freud habla de lo demónico a propósito del obstáculo terapéutico, incluso del temor ante el psicoanálisis (tenemos miedo de ver despertarse algo que hubiera sido mejor dejar dormido), puede también referirse eso a la relación que una tradición, por ejemplo la del “movimiento” o de la “causa” psicoanalítica, mantiene consigo misma, con el archivo de su propio demonio. Pero lo demónico no es más o menos heredado, como tal o cual otro contenido. Pertenece a la estructura del testamento. Una escena de herencia le confiere *a priori* su ascendiente.

CORREOS DE LA MUERTE

Silencio de muerte sobre la muerte. Todavía no se ha hablado de ella. Aproximadamente a la mitad del libro. La estructura difiriencial de la repetición no ha requerido que se diga una palabra de la muerte. Pero ¿de qué se ha hablado? ¿Del placer? Quizá. De la relación indecible con el placer en todo caso. Pero ¿qué es el placer en este caso?

Nada de la muerte, pues, hasta el momento en que, interrogándose sobre la relación entre pulsión y repetición, Freud adelanta una hipótesis sobre la naturaleza de la pulsión en general, y tal vez incluso sobre la vida orgánica en general. Hay un “carácter” inscrito en toda pulsión y tal vez en toda vida orgánica. Este programa se indica por el “rastros”, dice Freud, en todo lo que hemos seguido hasta aquí. ¿Cuál sería ese rasgo de “carácter”? Definición bien conocida: “Una pulsión (Trieb) sería pues un empuje (Drang) que habita dentro del organismo animado y apunta a la restauración (Wiederherstellung) de un estado anterior al que el viviente habría tenido que renunciar bajo la influencia de fuerzas perturbadoras venidas de fuera, una especie de elasticidad orgánica o, si se prefiere, la expresión de la inercia en la vida orgánica.”

La escritura programática, la que forma ese “carácter” que seguimos por el “rastros”, se confunde en esta hipótesis con la de una fuerza, de un empuje, de un poder pulsional. Esta fuerza del carácter se escribe como fuerza. Pero también y *a priori* contra otra fuerza, venida de fuera, una contrafuerza. La fuerza de inscripción organiza el campo en una red de diferencias de fuerzas. El ser vivo no es otra cosa que esta diferencial. Se transmite y se “reproduce” como tal.

La fuerza “exterior” que perturba la tendencia inmanente y produce en cierto modo toda la historia de una vida que no hace ya más que repetirse y regresar, es lo que se llama corrientemente la naturaleza, el sistema de la tierra y del sol. Freud no teme que se le reproche aquí el aire “profundo”, incluso “místico” de esta meditación. Pero los resultados buscados son los de una “certidumbre” “sobria” y sin embriaguez.

El rodeo se amplía desmesuradamente. Quiero decir el *Umweg*. Habíamos encontrado ya, desde el primer capítulo, ese valor de *Umweg*. Se trataba -entonces de las relaciones entre PP y PR. Aquí la determinación del rodeo en la andadura sería más

general. Desbordaría la del primer capítulo y le daría su asiento. El *Umweg* no diferiría con vistas al placer o a la conservación (relevo del PR al servicio del PP), sino con vistas a la muerte o al regreso al estado inorgánico. El *Umweg* del primer capítulo no constituiría sino una modificación interna, secundaria y condicionada del *Umweg* absoluto e incondicional. Estaría al servicio del *Umweg* en general, del paso del rodeo que vuelve a conducir siempre a la muerte. *Vuelve a llevar* - pues una vez más no se trata aquí de regresar. Es esa doble determinación la que había asignado yo a la "palabra" difiriencia con i. Se sigue de ello asimismo que el *Umweg* no es una especie derivada del camino o del paso. No es una determinación de pasaje, es el pasaje. (El *Weg* (es) *Umweg* desde el primer paso o del no [pas]. Y de paso, recuerden: *weg*, el adverbio, significa también "a lo lejos". Puede entenderse como una orden, una demanda o un deseo: *fort!* ¡lejos!

Pero todo esto no es obvio: por supuesto. Se necesita más de un ángulo. El fin de lo vivo, su meta y su término, es el retorno a lo inorgánico. La evolución de la vida no es más que rodeo de lo inorgánico con vistas a sí mismo, una carrera hacia la muerte. Agota los correos, de posta en posta, y a los testigos y los relevos. Esa muerte se inscribe como una ley interna y no como un accidente de la vida (lo que habíamos llamado la ley de suplementariedad en los márgenes de *La logique du vivant*). Es la vida la que se parece a un accidente de la muerte o a un excedente de muerte, en la medida en que ella "muere por razones internas" (*aus inneren Gründen*). Habíamos situado ese texto de Nietzsche que decía de la vida que es una especie bien rara de muerte.

Pero Freud debe dar cuenta también de las pulsiones conservadoras que reconoce en todo ser vivo, aquellas mismas que motivan el recurso a procesos repetitivos. Si la fuerza de muerte es tan interior y tan general, ¿por qué ese rodeo conservador? ¿Por qué ese paso de muerte laberíntico? ¿Por qué la muerte hace un ángulo consigo misma en ese paso?

Ante el riesgo de contradicción, la especulación freudiana sobre el *paso-de-más* opera en dos tiempos. *Primeramente*, el rodeo pulsional en su forma conservadora, el conservador de la pulsión es un proceso *parcial*. Hay "pulsiones parciales" (*Partialtriebe*). *En segundo lugar*, confiando tanto en la distinción del dentro y el fuera como en la de la parte y el todo, Freud determina entonces el sentido final de esas "pulsiones parciales" de conservación: su movimiento *tiende* a asegurar que el camino (*Weg-Umweg*) hacia la muerte, el paso de muerte responderá a posibilidades internas, "inmanentes". Las pulsiones parciales están *destinadas a asegurar* que el organismo muera *de su propia muerte*, que siga su propio camino hacia la muerte. Que se dirija por su propio paso a la muerte (*eigenen Todesweg*). Que se mantengan lejos de él (*weg!*, diríamos, *fernzuhalten*, dice él) todas las posibilidades de retorno a lo inorgánico que no le fuesen "inmanentes". El paso debe pasar en él, de él a él mismo, entre él y él mismo. Hay que alejar pues lo no-propio, reapropiarse, hacer regresar (da!) hasta la propia muerte. Enviarse uno mismo el mensaje de su propia muerte.

Tal sería la función de esas pulsiones parciales: ayudar (función auxiliar) a morir de su propia muerte, ayudar (función de asistencia: asistir en la muerte) a que la muerte sea un regreso a lo más propio, a lo más próximo a uno mismo, como al origen, según un círculo genealógico: enviarse. El organismo (o toda organización viva, todo "corpus", todo

“movimiento”) se conserva, se ahorra, se guarda a través de toda clase de relevos diferenciados, de destinos intermedios, de correspondencias a corto o a largo plazo, de correo corto o largo. No para guardarse de la muerte o contra la muerte, únicamente para evitar una muerte que no le correspondiese, para cortar una muerte que no fuese la suya o la de los suyos. Se guarda en el rodeo del paso, en el rodeo del no [*du pas*], en el paso de rodeo, contra el otro que todavía podría robarle su muerte. Se guarda del otro que podría darle la muerte que no se hubiera dado él mismo (pues es una teoría del suicidio diferida o por correspondencia), la muerte que él no se hubiera anunciado, significado con un decreto, con una carta o con una participación más o menos telegráfica de la que sería a la vez el emisor, el receptor y el transmisor, de punta a punta del trayecto y en todos los sentidos su *facteur*, palabra que en francés designa a la vez al factor y al cartero. Destinador y destinatario de la noticia, que teleguía su propio legado, que lo autoteleguía, quiere hacer sonar su propio toque de muerto, quiere lo imposible. La pulsión de lo propio sería más fuerte que la vida y que la muerte. Hay que desplegar pues las implicaciones de semejante enunciado. Si, autoteleguiando su propio legado, la pulsión de lo propio es más fuerte que la vida y más fuerte que la muerte, es que, ni viva ni muerta, su fuerza no la califica de otra manera sino por su propia pulsividad, y esa pulsividad sería esa extraña relación hacia sí que se llama relación con lo propio: la pulsión más pulsiva es la pulsión de lo propio, dicho de otra manera, lo que tiende a reapropiarse. El movimiento de reapropiación es la pulsión más pulsiva. Lo propio de la pulsividad es el movimiento o la fuerza de reapropiación. Lo propio es la tendencia a apropiarse de uno mismo. Cualquiera que sea la combinatoria de estas tautologías o de estos enunciados analíticos, no se los puede reducir nunca a la forma *S es P*. Cada vez, con la pulsión, la fuerza o el movimiento, la tendencia o el *telos*, hay que mantener allí un intervalo. Eso prohíbe a la pulsión de lo propio ser designada por una expresión pleonástica que defina la simple relación consigo mismo desde dentro. La heterología está en juego y por eso hay fuerza y por eso hay legado y escena de escritura, alejamiento de sí y delegación, *envío*. Lo propio no es lo propio y si se apropia es que se desapropia -propiamente, impropriamente. La vida la muerte no se oponen ya en él.

Correspondencia, aquí, entre dos que, según las apariencias y los criterios comunes, no se han leído jamás, todavía menos encontrado. Freud y Heidegger, Heidegger y Freud. Nos desplazamos en el espacio balizado por esa correspondencia histórica -y tengo en el fondo la certidumbre de que los dos “textos” que se indican por esos nombres propios y, por supuesto, los desbordan ampliamente, por las razones en torno a las cuales me atareo aquí, están preocupados uno de otro, pasan todo su tiempo descifrándose, pareciéndose como acaba uno por parecerse al excluido o al muerto en el duelo absoluto. No pudieron leerse -por lo tanto pasaron todo su tiempo y agotaron todas sus fuerzas haciéndolo. Dejémoslo, hay mil maneras de ajustar cuentas con Freud y Heidegger, entre Freud y Heidegger. Poco importa, es cosa que se hace de todas maneras y sin que tenga uno en ello la menor iniciativa.

Queda por hacerse todo para plantear la cuestión de lo que *hay* en un texto cuando se pretende delimitar su “corpus”. Pensar *en el rastro*, pensar rastreando, debería ser, desde hace bastante tiempo, reconsiderar las evidencias tranquilas del “hay” y del “no hay” “en”

un “corpus”, excediendo, por el rastro, la oposición de lo presente y de lo ausente, la simplicidad *indivisible* del *limes* o del rasgo marginal, el simplismo del “esto fue pensado” o “esto no fue pensado”, su signo está presente o ausente, S es P. Habría entonces que reelaborar de cabo a rabo todos los valores, distintos ellos mismos (hasta cierto punto) y a menudo confundidos con algo *impensado*, *no-tematizado*, *implícito*, *excluido* según el modo de la *preclusión* [*forclusion*] o de la *denegación*, de la *introyección* o de la *incorporación*, etc., silencios que trabajan con otros tantos rastros un corpus del que parecen “ausentes”. Entre “Freud” y “Heidegger” se evitarían así los decretos de incompatibilidad o de heterogeneidad, de intraductibilidad; esos decretos van siempre acompañados de una sentencia jerarquizante: toman a menudo pretexto en los efectos de la *Daseinanalyse* o, por el otro lado, en las improvisaciones filosóficas de Freud o de tales o cuales de sus herederos. Inversamente, se evitarían asimilaciones o pasos oportunistas, y acrecentar el peso de una *auctoritas* garantizando con la otra una gestión. Pues son en efecto dos gestiones ocupadas de gestión, cada una a su manera, cada una según su propio paso, y dos caminos en camino de alejamiento, actualizando el alejamiento (*weg!*), alejándose cada una y lanzándose por su propio paso. ¿Por qué “nuestra” “época” no tiene ya nada de qué suspenderse sino del movimiento que camina con un *pas* [paso, no]? ¿Por qué el paso de un gestor sería hoy la última instancia? ¿Y por qué el *Dasein*, el “nuestro”, tendría que constituirse en gestor? Todas esas preguntas y todas esas vías ¿se cruzan en el momento y lugar en que el pensamiento de lo propio se impone sobre todas las distinciones y oposiciones?

“Queda en pie que el organismo no quiere morir sino a su manera.” No quiere morir sino a su guisa: *nur auf seine Weise sterben will*. He ahí lo que queda: queda (*es erübrigt*) que el organismo no quiere morir sino a su guisa, solamente (*nur*) a su guisa. No un poco a su guisa, un poco a la del otro: solamente a la suya. Y si esto es lo que queda, la única certidumbre a la cual regresar, es que el organismo mismo, en el fondo, no se sabe lo que es fuera de eso o antes de eso: que es lo que no quiere morir sino a su manera y no, ni siquiera un poco, de otra. Y las “pulsiones parciales” le asisten, están *allí*, destinadas, llamadas a velar por que él, el organismo, el corpus vivo, muera adecuadamente. Pero además él, el corpus vivo, no está *allí*, no es otra cosa fuera de esa demanda y de ese mandato: que muera yo apropiadamente, pronto [*vivement*, vivazmente o vivamente] que muera yo apropiadamente y que mi muerte me corresponda como ese giro. Girar es eso.

No ir a ello derecho sino tener derecho a la propia muerte y asumirla, encargarse del encargo como de un mensaje o de una misión. Lo que se ha traducido como “autenticidad” del *Dasein* que asume “resueltamente” su ser-para-la-muerte, en la temporalidad originaria (no “vulgar”) de su “preocupación”, era también cierta cualidad de la relación con lo propio: la *Eigentlichkeit* asumida. Más allá de las categorías metafísicas de sujeto, de conciencia, de persona, más allá de las categorías metapsicológicas que no serían, para desviar un poco la frase de la *psicopatología de la vida cotidiana*, sino conversiones de la metafísica, este movimiento de apropiación* correspondería al *Da* del *Sein* y al *Da*

* [Aquí y en las páginas siguientes, el autor emplea el neologismo *propiation* (distinto del término normal *appropriation*), que traducimos por un neologismo paralelo. T.]

del *Dasein*. Y la analítica existencial del *Da-sein* es inseparable de un análisis del alejamiento y de la proximidad que no sería tan ajena a la del *fort:da*, tal por lo menos como la leemos aquí. Y que podemos seguir por el rastro hasta esa relación con la propia muerte como condición de autenticidad (*Eigentlichkeit*). Cuando Freud habla de *Todestrieb*, *Todesziel*, *Umwege zum Tode*, e incluso de un “*eigenen Todesweg des Organismus*”, dice ciertamente la ley de la-vida-la-muerte como ley de lo propio. La vida y la muerte no se oponen sino para servirla. Más allá de todas las oposiciones, sin identificación o síntesis posible, se trata sin duda de una *economía* de la muerte, de una ley de lo propio (*oikos*, *oikonomia*) que gobierna el rodeo y busca incansablemente el acontecimiento propio, su propia propiación (*Ereignis*) más bien que la vida y la muerte, la vida o la muerte. El alargamiento o el abreviamento del rodeo estarían al servicio de esta ley propiamente económica o ecológica de uno mismo como propio, de la autoafección automóvil del *fort:da*. Todo lo que Freud arriesga a propósito del tiempo en estos pasajes, ¿no hay que referirlo a la estructura autoafectiva del tiempo (lo que en él se da para recibirse no es ningún ente-presente) tal como es descrita en las *Lecciones sobre la conciencia interna del tiempo* de Husserl o el *Kantbuch* de Heidegger? Abordaremos este problema por sí mismo en otro contexto problemático.⁴ Las medidas de alargamiento o de abreviamento no tienen ninguna significación “objetiva”, no pertenecen al tiempo objetivo. No tienen valor sino respecto al sí mismo que se apostrofa y se llama como otro en la autoafección. Es preciso ante todo autoafectarse con la propia muerte (y el sí mismo no existe antes de todo, antes de ese movimiento de la autoafección), hacer que la muerte sea la autoafección de la vida o la vida autoafección de la muerte. Toda la difirrencia se aloja en el deseo (el deseo no es sino eso) de esa auto-telía. Se autodelega y no llega sino a diferirse a sí misma en (su) otro, en un todo-otro que ya no debería ser el suyo. Nada de nombre propio, ningún nombre propio ya que no se llame o no apele a esa ley del *oikos*. En la guardia de lo propio, más allá de la oposición vida/muerte, su privilegio es también su vulnerabilidad, puede incluso decirse que es su impropiedad esencial, la exapropiación (*Enteignis*) que lo constituye. Sirve tanto mejor a la “propiación” cuanto que no es propio de nadie y sobre todo no pertenece a su “portador”. Ni a su “*facteur*” [factor, cartero]. Como tampoco a los discursos a los que aquí afectamos referirnos. El deseo del idioma es lo menos idiomático que hay. He hablado por cierto, creo, de Freud y de Heidegger, pero lo mismo se dice, de otra manera, según otro encaminamiento propio, bajo la firma de Rilke o de Blanchot, por ejemplo. El nombre propio no viene a borrarse, viene a borrarse borrándose, no viene sino en su borramiento o, según la otra sintaxis, *se reduce a borrarse. No llega más que borrándose y no llega más que a borrarse*. En su inscripción misma, *fort:da*. Se guarda de sí mismo y eso da el “movimiento”. Envía, da el envío.

Ese valor de *guardia* (que Heidegger remite a su verdad de verdad *-bewahren, Wahrheit*, etc.- y a la verdad como no-verdad, *Un-Wahrheit*) se encuentra entonces reunido, guardado, en toda su polisemia o toda su metafóricidad, en particular en el código estratégico-militar, en el momento en que Freud define las pulsiones conservadoras. Son los guardianes de la vida pero por ello mismo los centinelas o los satélites de la muerte.

⁴ *Donner – le temps* (en preparación, de próxima aparición).

Los centinelas de la vida (*Lebenswächter*) velan por la vida, la vigilan, guardan y miran, montando la guardia junto a ella. La asisten. Pero esas mismas pulsiones son “originalmente” “guardias” o “satélites” (*Trabanten*) de la muerte. Lo son originariamente, que es como decir que lo han sido (*sind ursprünglich Trabanten des Todes gewesen*) y no pueden, bajo ese cambio de signo, no permanecer fieles a su primer destino. Satélites de la vida la muerte. La palabra “satélite” está tomada del código del ejército, del complot o de los servicios secretos. Guarda de corps o escolta del príncipe, el *satelles* es una especie de cómplice menor (*ministro*) pero indispensable en la sombra donde se mantiene, en general armado. Tiene algo de turbio y de inconfesable. El término se toma siempre “para mal” [*“en mauvaise part”*], recuerda Littré: “Todo hombre armado que está a sueldo y en el séquito de alguien, para ejecutar sus violencias, para servir a su despotismo.” A sueldo y en su séquito, eso es precisamente. Esas “pulsiones” son satélites de la-vida-la-muerte, del contrato secreto que liga a la una y a la otra. Son agentes al servicio más o menos oscuro, secreto o clandestino de un poder absoluto, cuerpo despachado en delegación, en destacamento precursor, cuerpos legados y destacados -parciales pues siempre- enviados en misión, correos o emisarios cuya dependencia obedece a la revolución de un cuerpo más grande, de otro cuerpo magistral, de un astro que puede a veces estar muerto, que es de hecho el muerto, a menos que se haga el muerto, o la muerta. Y que mime el desastre.

Lo que guarda la vida sigue en el dominio de lo que guarda a la muerte. Se trata tanto de guardar a la muerte como de exponerse a ella, de guardar a la muerte para salvar la propia muerte, la muerte de lo vivo (*salvo en ella*) a su guisa (*auf seine Weise*) y a su ritmo. La idea misma del ritmo, que no tiene ningún sentido “objetivo”, debe regularse sobre lo que aquí hay que *guardar*. El organismo defiende por ejemplo su ritmo contra aquello mismo que podría prohibirle alcanzar su propia meta por “caminos de atajo” (*auf kurzen Wege*) y, “por decirlo así, por un cortocircuito” (*durch Kurzschluss sozusagen*). Lo que cuenta es menos el *telos* que el ritmo de la diferencia y la andadura del paso.

Es preciso: guardar de la muerte o guardar de la vida. Tal es la sintaxis de esta vigilancia en verdad. Puesto que el centinela de vida tiene que llegar a ser lo que habrá sido “originalmente”, correo de muerte, todo cambia de signo a cada instante. Esta vacilación se expone de manera más aparente, más temática, en *Das Unheimliche*. Nada tiene eso de sorprendente. *Heimlichkeit* es también el nombre alemán de aquello a lo que apuntamos aquí con la expresión “ley económica de lo propio” o de la “casa”, de la domesticidad, con su genealogía de lo propio familiar, de su “clientela” y de su “parentela”.

Como la sexualidad en general, la diferencia sexual juega su partición según la misma economía. Tardíamente surgida en la historia, no por ello sería menos activa “muy al comienzo”. Y desde ese momento su “trabajo de oposición” (*Gegenarbeit*) habría comenzado siempre ya contra el “juego de las pulsiones-del-yo” (habíamos interrogado en este sentido a la *Logique du vivant* a veces contra sus enunciados manifiestos a propósito de la sexualidad tardía, llegada, como la muerte misma, “como suplemento” -es la expresión de Jacob). Es un mapa de los trayectos y un trazado de las diferencias de ritmo lo que establece Freud. Ritmo diferencial y no “alternante” como dice la traducción francesa por “*Zauderrythmus*”. *Zaudern* es vacilar, sin duda, pero sobre todo *temporizar*, diferir, retardar.

Un grupo de pulsiones se precipita hacia adelante para alcanzar la meta final de la vida lo más pronto posible. Pero, división del trabajo, otro grupo regresa a tomar lugar detrás en el mismo camino (*dieses Weges zurück*) para rehacer el trayecto y “alargar así la duración del viaje” (*so die Dauer des Weges zu verlängern*). Entre los dos grupos, en el mismo mapa, una red ordena, más o menos bien, más o menos regularmente, las comunicaciones, los transportes, las “pequeñas” y “grandes velocidades”, los cambios de agujas, los relevos y las correspondencias. Puede describirse esa gran computadora en el código de la red ferroviaria o de la red postal. Pero la unidad del mapa es siempre problemática, e incluso la unidad del código en el interior de la computadora.

La estructura *exapropiadora* es pues irreductible e indescomponible. Da el mando a la represión. Impide siempre a la reapropiación volverse a cerrar o cumplirse en círculo, círculo económico o círculo de familia. Ningún progreso, ninguna progresividad del hombre. Y si, para concluir, Freud “cita” una vez más al Poeta, es para dejar la palabra a Mefisto. El nombre propio de Mefisto está curiosamente omitido en la traducción francesa que da solamente la referencia de *Fausto I*. La pulsión reprimida “*ungebändigt immer vorwärts dringt*”: indisciplinada, intratable, indómita, no dejándose ligar o atar con bandas por ningún amo, tira siempre hacia adelante. Es que el camino de regreso (*Der Weg nach rückwärts...*) está siempre a la vez desplazado y “vallado” (*verlegt*) por una represión. Ésta no borra el *Weg* o el paso desde fuera, es su andadura misma y se encuentra de antemano *unterwegs*, en camino. Todo el libro está ritmado por una retórica del “*zurück*”.

Llegamos al final del capítulo v. Podría creerse que por fin la “hipótesis” queda confirmada: parece ciertamente que exista (o más bien que *haya*, pues tal cosa no podría existir o presentarse como tal) un paso más allá del PP y, desarrollada en la lógica de la compulsión, una pulsión de muerte.

Pero no hay nada de eso. Una vez más Freud se dice insatisfecho. Insatisfecho de ese discurso sobre la insatisfacción. Balance establecido al principio del capítulo siguiente (vi). Ninguna satisfacción. La conclusión del capítulo precedente “no nos satisfará” (*wird uns... nicht befriedigen*). En esta etapa, lo insatisfactorio se reúne bajo la forma siguiente y es una vez más una hipótesis: dos grupos de pulsiones, las “pulsiones del yo” y las pulsiones sexuales. Las primeras, sin dejar de obedecer a una lógica de repetición conservadora, regresiva y mortífera, tratarían de regresar de la primera animación a lo inanimado. Las segundas, sin dejar de reproducir estados originarios, tratarían, por la fusión de dos células germinales, de legar la vida y darle la apariencia de la inmortalidad.

Freud emprende entonces el interrogatorio, desde un punto de vista que quiere que sea “científico”, de aquello mismo que formaba el eje del capítulo precedente, a saber aquel valor de *inmanencia*: la muerte como necesidad interna de la vida, el “camino propio hacia la muerte”. Pregunta crítica del hombre de ciencia: ¿y si esa pretendida propiedad, más literalmente ese valor de inmanencia de la muerte a la vida, si esa domesticidad familiar de la muerte no fuese sino una creencia consoladora? ¿Y si fuese una ilusión destinada a hacernos, como dice también el Poeta, “soportable el fardo de la existencia” (“*um die Schwere des Daseins zu ertragen*”) ? ¿A hacerlo como *Ananké* más soportable de lo

que sería como accidente o azar? Traduzcamos: ¿y si la autenticidad propia del *Dasein* como *Sein zum Tode*, si su *Eigentlichkeit* no fuese sino el engaño de una proximidad, de una presencia ante sí (*Da*) de lo propio, aunque fuese en una forma que no sería ya la del sujeto, de la conciencia, de la persona, del hombre, de la sustancia viva? ¿Y si fuese justamente el *poema*, lo poético mismo esa muerte inmanente y propia de la vida? ¿Un gran poema narrativo, la única historia que se cuenta siempre, que se dirige uno a sí mismo, la poética de lo propio como reconciliación, consuelo, serenidad? La única “creencia” también, o más bien contracreencia, ya que esa creencia no es originaria. Miremos, dice Freud, a los “pueblos primitivos”. El indicio de la normalidad originaria no es esta vez el niño sino el “primitivo”: éste cree tan poco en la muerte *natural* que la atribuye siempre a la agresividad del enemigo. Toda muerte es un asesinato. La lógica de este argumento estaba ya en obra en las *Consideraciones actuales sobre la guerra y sobre la muerte* (1915): el inconsciente está ante la muerte como el primitivo, no la conoce, no cree en ella, la ignora como la negación. La angustia ante la muerte, precisa *Inhibición, síntoma y angustia*, no tiene contenido *propio*, justamente, es el analogon de la angustia de castración. Los que juzgan este argumento incompatible con lo que creen ser la tesis de la “pulsión de muerte” deben remitirse a esa articulación sintáctica de la atesis, en el lugar preciso que le reconocemos en este momento.

Nos vemos arrastrados entonces al rodeo biólogo por la genética de la época. Es la única parte ante la cual Freud reconoció que no estaba todavía redactada en el momento de la muerte de su hija -madre de su nieto. Esas pocas páginas se releen por sí mismas en relación con *La logique du vivant* y de lo que allí habíamos acentuado antaño: en cuanto a la muerte (inmanente o no), en cuanto a la sexualidad (originaria o tardía) de los protozoarios (inmortales o no) y en cuanto a la lógica del “suplemento” cuyo programa ineluctable hemos reconocido. En sus esquemas principales, los dos libros siguen siendo asombrosamente contemporáneos. El contenido nuevo de las conquistas científicas y de los descubrimientos positivos no ha desplazado, desde 1920, el menor elemento conceptual en la posición de los problemas, los tipos de preguntas, de respuestas y de no-respuestas.

Un modelo genético interesa particularmente a Freud. Digo precisamente “modelo” para establecer la conexión con nuestra problemática inicial y porque Freud habla precisamente de “analogía inesperada” (*unerwartete Analogie*), de parecido o de parentesco impresionante (*auf fällige Ähnlichkeit*), de “concordancia significativa” (*bedeutsame Übereinstimmung*) (tan significativa, murmurarán ustedes, como la *Übereinstimmung* entre el abuelo y su hija en la interpretación del o-o-o-o). El modelo genético que fascina a Freud es el que propone Weismann. En la morfología de la sustancia viva, distingue el *soma*, cuerpo abstraído del material sexual y hereditario, y el *plasma germinativo* que sirve para la conservación y la propagación de la especie. El cuerpo *abstraído*, disociado de todo valor de herencia, es mortal. Está condenado a la muerte. Es en cierto modo el cuerpo del cuerpo. En cambio el poder germinal del plasma es inmortal.

Los límites de la analogía no se le escapan a Freud. Weismann reserva en efecto esa dualidad a los organismos multicelulares para los cuales únicamente la muerte sería natural, mientras que los protozoarios serían “potencialmente inmortales”. Pero a pesar de

estos límites, la analogía parece aceptable a Freud. Su esquema dualista corresponde a la distinción entre pulsiones de muerte y pulsiones de vida. Es en este lugar donde se hace alusión al refugio de la filosofía schopenhaueriana según la cual la muerte sería el “resultado propio” (*eigentliche Resultat*) de la vida, y la pulsión sexual la incorporación de la voluntad de vivir.

Y sin embargo, al mismo tiempo que está de acuerdo con la analogía “científica”, Freud sigue pareciendo insatisfecho de su gestión. Propone, una vez más, tener la “audacia” de “dar un paso más”, “*einen Schritt weiter zu gehen*”. ¿Se dejarán contar los nuevos pasos más?

El modelo biológico podía ya inducir una tentación: transportarlo también a lo que obra en un corpus, a lo que se hereda o no se hereda en una tradición. Por ejemplo el “movimiento” analítico. Se discerniría entonces en él el cuerpo del cuerpo, el cuerpo abstracto o el cuerpo mortal, aquel que no se hereda y al que no le toca nada. Y después el otro, etc. ¿No nos ayuda Freud a eso? Parece primero desviar ese modelo hacia una metáfora político-psicoanalítica: la asociación vital de células para mantener la vida del organismo. El Estado o la sociedad multicelular guarda la vida más allá de la muerte de tal o cual sujeto. Socius primitivo, contrato originario, “natural”: la copulación sirve para la reproducción y el rejuvenecimiento de las otras células.

Podría entonces jugarse a la metáfora transferencial, transferir la transferencia y comparar, *übertragen* dice Freud, la teoría psicoanalítica de la libido con esas células biopolíticas. Presentes en cada célula, las dos pulsiones (vida, muerte) neutralizan en parte los efectos de pulsión de muerte en las otras células a las que mantienen vivas, ocasionalmente llevando la cosa hasta el sacrificio de sí mismas. Ese sacrificio estaría, por supuesto, ordenado bajo el gran cálculo, la gran economía de la herencia. Del heroísmo altruista de ciertas células que se ponen de repente a parecerse a “soldados rasos” de la guerra del 14, del lado austriaco, por supuesto (del lado de los dos hijos cuya muerte Freud esperaba que le anunciaran), y vulnerables a las neurosis traumáticas. A esas células condecoradas en la mayor cercanía del frente se oponen las otras, las “narcísicas” que guardan para ellas mismas toda su libido. Se niegan a transferir la menor parte de ella a un objeto cualquiera. Se la guardan eventualmente para una labor constructiva (por ejemplo el arte, la ciencia, la institución en general) y sublime. Freud en este punto no excluye que los tumores malignos, tan destructivos para lo que los rodea, sean en ese sentido “narcísicas”: se aumentan, se autorizan, se multiplican de manera desencadenada, a la vez más invulnerables y más ofrecidos a las “heridas narcísicas” por inducir a la proliferación. Se autonomizan, se liberan, sin consideraciones hacia las otras células o hacia la totalidad del organismo, de los derechos de autor y de sucesión después de haberse retirado de todo y protegido detrás del frente. Hipótesis que hay que recibir, por supuesto, de la boca de Freud.

Toda esa estrategia “maligna” explota y perturba, como es sabido, las redes de comunicación o de información genética, los cambios de agujas y las cifras de su código gráfico.

Dos páginas después del “paso más” (*einen Schritt weiter*), ha venido un “nuevo paso” (*der nächste Schritt*), prescrito por el concepto de narcisismo. El precedente nos había dejado “marcando el paso”. Éste consiste en el descubrimiento de una libido vuelta hacia el Yo, cuando se hace objeto sexual, e incluso el más importante de los objetos sexuales. Freud se refiere a la *Introducción al narcisismo* (1914). Ahora bien, si semejante libido existe, desaparece la oposición entre pulsión del yo (mortífera) y pulsión sexual (procreadora). Esa oposición no tiene ya en todo caso valor cualitativo, corresponde únicamente a una diferenciación tópica.

El riesgo de esta novedad es el riesgo *monista*. Es preciso en esa época darle un nombre propio: la disidencia junguiana. Toda pulsión sería sexual o libidinosa. Debe reconocerse que la alternativa oposicional entre dualismo y monismo, la que parece apasionar a Freud en ese contexto, pertenece a un esquema bien simplista (como el propio concepto de narcisismo) en relación con la estructura difiriencial que hemos podido descifrar en la lectura atética de Más allá... La dureza cortante con que Freud reafirma el dualismo en el interior de este esquema oposicional, el dogmatismo del tono, la incapacidad de hacer otra cosa que afirmar, todo eso es legible a flor de la retórica que utiliza y muestra bien que su estrategia es ininteligible fuera de cierto estado del “movimiento” y de la “causa” psicoanalíticos, fuera de la gran escena de los derechos de sucesión que se representa entonces. Se la conoce mejor hoy, por lo menos en cuanto a los “hechos” y en cuanto al duelo con Jung. Pero como continúa, no cabe duda, no se la puede descifrar sin comprometerse en ella de alguna manera. Y es preciso decir que el dogmatismo freudiano -cualquiera que sea el caso del otro lado- ha sido heredado muy fielmente, a menudo ciegamente en ese sombrío asunto.

“Nuestra concepción era desde el principio *dualista* y lo es de manera todavía más tajante (*schärfer*) hoy desde que designamos a los contrarios ya no como pulsiones del yo y pulsiones sexuales sino como pulsiones de vida y pulsiones de muerte. La teoría de la libido de Jung es por el contrario *monista*...”

Pero ¿acaso Freud argumenta, contra Jung? En un compromiso cuya complejidad teatral y retórica merecería un análisis muy fino, Freud mezcla una testarudez infantil al objetivismo de un científico apasionado. Uno dice: no cederé un pie o una pulgada, continuaré, volveré a empezar, sobre todo nada de monismo, Jung *fort! weg!* Pero el otro reconoce: es verdad que por el momento, y es una lástima, el dualismo del que no he de desdecirme no puede ser objeto de ninguna demostración científica, hay que esperar, es solamente una sospecha, una hipótesis (*wir vermuten*), una presunción, una presuposición. Se puede conjeturar, dice, que otras pulsiones diferentes de las pulsiones libidinales de conservación se ponen en obra. Habría que probarlo. “Es lamentable que el análisis del Yo haya progresado (*fortgeschritten*) tan poco, que esa prueba siga siendo para nosotros tan difícil.” Y sin la menor utilidad, dos veces en el mismo párrafo, la misma vaga y redundante retórica adelanta la sospecha, la necesidad de suponer y el imperativo de probar, y luego se retira: desgraciadamente, *es muy lamentable* que hasta ahora no hayamos podido demostrar sino la existencia de pulsiones libidinales (*Es ist zu bedauern... Es bleibt misslich...*). Dicho de otra manera, es muy lamentable que a falta de poder demostrar nuestras hipótesis, las únicas demostraciones de las que podamos estar seguros siguen

estando en suma al servicio de Jung, *al menos por el momento*, corriendo así el riesgo de extraviar al movimiento y de seducir a la sucesión. Pero como no podría ser cuestión de establecer la sucesión traicionando el ideal de cientificidad, hay que seguir trabajando en la prueba. La herencia (institucional) debe quedar asegurada (segura e indudable), por consiguiente inexpugnable. La “causa” debe pues confundirse con la de la ciencia, es la mejor oportunidad de sobrevivencia, el derecho de sucesión más infalible, la última solidez, la mejor garantía de las sortijas, anillos, sortijas de matrimonio, etcétera.

Entonces, ¿trataremos una vez más, intentaremos un paso más? Vamos pues. Freud está decidido a no descuidar ninguna “promesa” de demostración. Ahora bien, el componente sádico de las pulsiones sexuales le promete algo. Ha sido descubierto desde hace tiempo (*Tres ensayos*, 1905), en una época y en un contexto de los que el enigma actual estaba ausente. Todo era diferente, el estado de la elaboración teórica, la metapsicología, la economía de la familia y del movimiento. El componente sádico puede sin embargo prestar hoy una ayuda inédita, desde el momento en que se lo reinscribe en un nuevo análisis del yo. ¿No podemos efectivamente autorizarnos para una nueva hipótesis según la cual el componente sádico sería “propriadamente una pulsión de muerte” (*eigentlich ein Todestrieb*) arrancada, extorsionada al Yo bajo la influencia de la libido narcísica? Perteneciendo originariamente al Yo, el sadismo no llegaría a parecer como tal sino una vez vuelto o desviado sobre el objeto. Sería sólo entonces cuando se pondría “al servicio” de la función sexual. De paso, pero sólo de paso y en apariencia, prestaría ayuda al junguismo monista disimulándose bajo la forma libidinal. Estorbaría en apariencia a la causa dualista y por eso hay que restituirlo a su naturaleza esencial y su origen auténtico: *eigentlich ein Todestrieb*.

Es un poco burdo, por lo menos en el gesto y el proceso retórico. No tendríamos que buscar más, la tesis estaría demostrada. Pero Freud entonces aleja la certidumbre, una vez más. Acaba de evocar la ambivalencia amor-odio que da testimonio, en la vida amorosa, de un sadismo originario preservado de toda moderación y de toda mezcla. Acaba de recordar que su hipótesis podría dar fe de la existencia de una pulsión de muerte, diferida sin duda (*verschoben*), relevada y desplazada, pero ejemplar. Pero desde la frase siguiente, objeción: esa interpretación debe ser apartada porque está, precisamente, demasiado *apartada* (*entfernt*), bajo esa forma, de la evidencia intuitiva, y produce una impresión mística (... *diese Auf fassung von Peder Anschaulichkeit weit entfernt ist und einen geradezu mystischen Eindruck macht*). Y además parece como si estuviera uno improvisando para salir del “azoro”. Primera ocurrencia de esta palabra (*Verlegenheit*). Sin embargo este argumento estaba ya disponible en una época en que no conocíamos, prosigue sin transición, ese “azoro” (segunda vez). La prueba de que el argumento del sadismo podría reapropiarse para nuestra ventaja y dirigirse hacia nosotros (se sobreentiende contra Jung) es el masoquismo. Desde el comienzo lo habíamos concebido como una pulsión parcial y complementaria del sadismo en su vuelta contra el Yo propio (*Rückwendung... gegen das eigene Ich*). Esa vuelta más (*Wendung*), esa vuelta sobre “mí” o a “mí” no es otra cosa que la vuelta que vuelve la misma pulsión hacia el objeto. Única corrección aportada desde entonces: el masoquismo puede ser primario. Como es una corrección de talla, como por ello prueba demasiado o demasiado poco pero opera en todo caso de otra manera que

como una vuelta suplementaria y derivada, Freud no la explota, la despide o la suelta, decidiendo sin más transición retornar (*Aber kehren wir... zurück*) a las pulsiones que guardan la vida. Suelta la cosa, como la nota al pie de la página que puntúa el final de este acto: "Todos estos esfuerzos [los de Sabina Spielrein y de A. Stárcke, que acaba de evocar] dan fe ciertamente, como en este texto, de la urgencia que empuja hacia una elucidación que no se ha alcanzado todavía en la teoría de las pulsiones."

TRÁFICO DE HERENCIA: LA DEUDA DE PLATÓN

Fort:da. Un nuevo esfuerzo por alejar una vez más al PP después de haberlo hecho o haberle dejado regresar, un nuevo esfuerzo por acercarse a la pulsión de muerte que *acaba* siempre *de partir*.^{*} Las pulsiones conservadoras de la vida, por ejemplo en los protozoarios, ¿no ilustran acaso el principio del Nirvana, la tendencia al rebajamiento, incluso a la supresión de toda tensión, es decir, Freud lo subraya, de toda "diferencia"? ¿No milita esto (es el código del militarismo sin duda el que hay que utilizar aquí) en favor de esa pulsión de muerte que nada ha probado todavía? ¿Acaso el carácter probablemente tardío, "accidental", secundario de la sexualidad no priva a las pulsiones de toda originalidad? Desgraciadamente hay que apartar este argumento. Lo que se quería apartar regresa, a decir verdad no ha dejado nunca el lugar que ocupaba ya. Incluso si la sexualidad fuese de aparición tardía, secundaria, derivada, no pudo sobrevenir y fijarse sino en la medida en que alguna pulsión presexual la precedía anunciándola, y virtualmente la animaba. La teleología organiza el retorno de lo viejo, de lo más viejo, de lo más lejano, de lo más arcaico "en potencia". Autoriza siempre un rodeo más. Decididamente la pulsión de vida está indisolublemente acoplada con la pulsión de muerte, es una sola cosa con ella. Único progreso, si es que puede decirse en serio: tenemos ahora una doble hipótesis en lugar de una, y una "ecuación con dos incógnitas".

Es exactamente *allí* (¿dónde? *allí*), en la parálisis de ese paso más que hay que sustraer siempre, es *allí* (pero ¿por qué *allí*? ¿por qué no un paso más o uno menos? ¿dónde es *allí*? *allí*, responde la vida la muerte), cuando el paso de Freud no puede más de tener que seguir caminando para nada, es exactamente *allí*, debido a una constricción aparentemente externa (¿fatiga? ¿falta de tiempo? ¿regla de composición para un último o un penúltimo capítulo, etc.?) donde Freud apela al "mito": el discurso de Aristófanes en el *Banquete*. Ya no se atreve uno a decir nada. Después de la historia del carrete, es el lugar más trillado por la literatura psicoanalítica, ¿y cómo podría volver a crecer *allí* la hierba? No diré pues prácticamente nada de esa historia demasiado familiar. Es cierto que lo que se vuelve *demasiado* familiar puede siempre sospecharse que guarda celosamente un secreto, que monta la guardia alrededor de lo insólito. Tal podía ser ya el caso de la tan familiar (en los dos sentidos) historia del *fort:da* y del carrete del nietecito. Tiene en común con el recurso al mito del *Banquete* el ser también una "historia". ¿Cuál es la más mítica de las dos, y de un "género fantástico (*phantastischer Art*), como dice Freud sólo de la

* [La frase francesa: *vient [...] de partir*, sugiere también otro sentido: viene [...] por partir. Esa sugerencia es sin duda intencional en el autor. T.]

segunda? Es cada vez el momento en que cierto tipo de cuestionamiento se interrumpe para dar lugar a un relato referido. Pausa: voy a contarles una historia. En los dos casos, el contenido de la historia, relato o cita de un relato, nos llega *cribado*: la más activa selección queda señalada allí por abundantes puntos suspensivos y las lagunas más eficaces no están puntuadas por el autor. Bajo modos narrativos diferentes, sin duda, y que merecerían un análisis minucioso, un tejido de lagunas tiende a componer otra fábula. En los dos casos, el relato está ocupado por el tema de la repetición, de la relación, del relato como retorno a un estado anterior. Es demasiado evidente para el *fort:da* del carrete. Aquí, el único rasgo que Freud dice retener del *Banquete*, el único que responde a la “condición que tratamos de llenar”, es el que hace derivar la pulsión de la necesidad de restaurar “un estado anterior”. *Fort:da*. Tranquilícense, no voy a acosar demasiado lejos ni demasiado tiempo la analogía entre los dos relatos fabulosos. No buscaré al andrógino en el triángulo de la primera escena, ni la pareja que trata desesperadamente de reconstituirse. Es preciso sin embargo comparar el uno con el otro esos dos momentos “narrativos”: si son los más famosos y fabulosos del libro, no es sólo porque parecen interrumpir un discurso científico o especulativo y por tanto hacen soñar. Es también que revelan y reconstituyen la necesidad narrativa, o más bien la estructura de “relato” en cuyo límite y con la cual la “especulación” debe tratar constantemente, a todo lo largo del “libro”. El *fort:da* es un relato. Es un recordatorio que puede solamente recordarse, fabulosamente, más acá de la memoria, del mismo modo que todo el libro se ocupa de lo que regresa desde más lejos que el origen simple.

El origen es una especulación.

De donde el “mito” y la *hipótesis*. Si no hay tesis en este libro, es porque su objeto propio no puede ser objeto de ninguna tesis. Se habrá observado que el concepto de *hipótesis* es la categoría “metodológica” más general del libro: todas las actuaciones “metódicas” corresponden a hipótesis. Y cuando la ciencia nos abandona a la oscuridad, no proporcionándonos, por ejemplo a propósito del origen de la sexualidad, el “rayo de luz de ninguna hipótesis” (*nicht der Lichtstrahl einer Hypothese*), sigue siendo a una hipótesis, cierto que de otro orden, a lo que hay que recurrir. El mito de Aristófanes es presentado como una “*Hypothese*” de un género “fantástico”. Sólo es fantástica accesoriamente, quiere subrayar Freud, puesto que responde seriamente a la condición requerida: hacer derivar la pulsión de una necesidad de restaurar el estado anterior. Es en efecto la única ayuda que Freud parece al principio esperar de esta hipótesis. En todo caso es lo que dice para empezar: “Es en un lugar muy diferente donde encontramos sin duda semejante hipótesis, pero es de un género tan fantástico -ciertamente un mito más que una explicación científica- que no me aventuraría a citarla aquí si no llenara la condición que tratamos de llenar. Hace derivar en efecto una pulsión de la necesidad de restauración de un estado anterior.” Pero desde el párrafo siguiente, parece esperarse de Aristófanes un beneficio secundario. ¿Es secundario? ¿Es otro? Se trata de “la más importante variación en la relación con el objeto”. La “teoría” de este mito -y Freud dice por cierto “teoría”-, la que Platón “deja desarrollar por Aristófanes”, no “trata únicamente del origen de la pulsión sexual sino también de su más importante variación en la relación con el objeto (*seiner wichtigsten Variation in Bezug auf das Objekt*)”. ¿Se trata de otro enfoque de la misma

demostración? ¿de un enfoque accesorio o principal? ¿o suplementario y entonces en qué sentido? ¿Y si fuese la misma? ¿Si no hubiese origen de la pulsión sexual sino en esa variación, en la variabilidad que la condiciona, dicho de otra manera en el juego de la vicariancia y del suplemento?

Urgido de extraer de ella un fragmento, de no retener en ella sino el contenido discursivo -una "hipótesis", una "teoría", un "mito", los tres a la vez, pues son sus palabras en las ocho líneas que preceden a la cita-, enteramente ocupado en considerar ese fragmento que por lo demás ha acribillado de puntos suspensivos después de haberlo arrancado del cuerpo del texto, Freud parece poco atento a lo que el *Banquete* escenifica o disimula a la vista en su teatro. Se interesa lo menos posible en ese teatro. No hablo aquí únicamente de lo que podríamos por comodidad llamar la "forma" literaria o ficcional de ese teatro, la forma de ese relato de relatos, que entrelaza la *diégesis* y la *mimesis*, que inscribe también la una en la otra y nos llama a la mayor circunspección en la escucha de las comillas invisibles. Hablo también del "contenido" de ese teatro, de las historias que cuentan los narradores o los recitantes y dentro de las cuales se cuentan otras historias. Hablo de las "historias" entre los narradores, dicho de otra manera entre los personajes del *Banquete*, de lo que allí se escenifica o se disimula a la vista. Pues bien, eso no deja de relacionarse con el *origen-de-la-pulsión-sexual*, incluso con la *variación-del-rasgo-que-relaciona-con-el-objeto*. Esa variación no es sólo el tema del simposio, como lo es también el nacimiento de Eros, es también su actuación, su condición, su medio.

Pero en el tiempo de esa actuación el discurso de Aristófanes no representa más que un episodio. Freud se interesa poco en este hecho, y de ese episodio no retiene sino los jirones de un fragmento que le parecen pertinentes para su propia hipótesis, para lo que *dice* querer decir. Se pone a referir una vez más un trozo de trozo de relato referido en el *Banquete*. Esta operación es corriente. ¿Quién no hace tal cosa? Y la cuestión no es aprobar o desaprobar en nombre de la ley. ¿De qué ley? Más allá de los criterios de legitimación, podemos sin embargo tratar de comprender lo que sucede en una puesta en perspectiva, en una lectura, una escritura, unas citas, unas selecciones, unas omisiones, unas suspensiones, etc. Para eso hay que ponerse en la misma perspectiva, pero también hacer variar la relación con el objeto. Sin estas dos condiciones, la identidad misma de la perspectiva no podría aparecer como tal. Tratándose de Freud y de Platón, del *Banquete* y de *Más allá...*, la variedad de las perspectivas posibles es de una riqueza inagotable. Obedeciendo a una ley de economía selectiva (los límites de lo que puedo decir aquí, en este contexto cuyas coordenadas son demasiado complejas para que intente siquiera reunir las) tanto como al gusto que puedo darme esta noche, me limitaré a los rasgos siguientes.

En primer lugar si el discurso de Aristófanes no representa más que un episodio limitado, especialmente respecto de lo que va a suceder después, es limitarse todavía más reducirlo a una decena de líneas; pero ¿qué decir entonces del gesto que consiste en no tener en cuenta para nada a aquel que sostiene el discurso, aquel a quien Platón "deja desarrollar" la "teoría"? Ninguna alusión a Aristófanes, fuera de su nombre. Ninguna alusión a Sócrates, que ni siquiera es nombrado. Ahora bien, Aristófanes no era un cualquiera. No era un cualquiera para Sócrates. Ni para Platón. Es el otro. En *Las nubes*

había atacado violentamente a Sócrates. Platón lo acusa, en la *Apología*, de lo peor: de haber sido el primer acusador de Sócrates, incluso su delator. Habrá echado una mano al asesinato, incluso al suicidio. Y Platón al acusar a Aristófanes defiende a Sócrates, está detrás de él. O *delante* de él y lo señala con el dedo como hace un abogado que representa al acusado: ved aquí al inocente, al mártir, admiradlo, pedidle perdón, él os juzga. Pero ¿qué es lo que hace al “dejar” a Aristófanes “desarrollar” la “teoría”? Alcibiades también estará detrás de Sócrates. Más adelante en el *Banquete* su elogio de Sócrates será una respuesta a las calumnias de *Las nubes*, etcétera.

Contentémonos por ahora con estos indicios. Para sugerir que sería necesaria una inmensa reconstitución, sin duda alguna, alrededor de esas lagunas, pero sobre todo, en primer lugar, para volvernos atentos a la estructura abismal del fenómeno lacunar. El corpus en donde Freud opera sus extracciones fragmentarias y lacunares no habrá sido nunca un cuerpo pleno del que nos sería prometida la reconstitución integral. Relatos de relatos mimético-diegéticos, abiertos por una demanda “mimada” de “diégesis” (“es de ti de quien espero ese relato...”), de diégesis que aportan “*logoi*” (“...*alla diegesai tinos esan oi logoi...*”), pero unos *logoi* que son también gestos actuantes; esos cuentos empiezan por decir sus lagunas, si es que no por llevar su cuenta exacta puesto que tal cosa es imposible. No lo recuerda uno todo. Antes incluso de referir el primer discurso sobre el amor, el de Fedra, las lagunas están señaladas, y las faltas de memoria, pero se insiste mucho: se ha conservado lo esencial. Seguro, y Freud también conservará lo “esencial”. De lo que fue dicho por cada uno, Aristodemo no lo recordaba todo (*oute panu o Aristodemos ememneto*). Y yo, Apolodoro, no recordaba todo lo que me había dicho Aristodemo (*out’ au ego a ekeinos elege panta, a de malista*), sino las cosas más importantes -¿quién lo dudará? y así sucesivamente, hasta Freud y más allá, incluso aquí. Cada uno se hace cartero de un relato que transmite conservando lo “esencial”: subrayado, recortado, traducido, comentado, editado, enseñado, vuelto a poner en perspectiva escogida. Y en el relato se señalan todavía, a veces, las lagunas del relato, cosa que produce un trozo de historia suplementaria. Y ese suplemento puede hundirse abismalmente en otra laguna, más grande o más pequeña. Más grande o más pequeña porque estamos aquí en una lógica que hace posible la inscripción de lo más grande en lo más pequeño, lo cual embrolla el orden de todos los límites y prohíbe *ordenar los cuerpos*.

Es sin duda lo que sucede aquí -los cuerpos no están ordenados- y si el discurso de Aristófanes se recorta en el gran cuerpo lacunar del *Banquete*, resulta que viene a responder, en la escenificación, a una demanda referente a la laguna, precisamente, y a la elipsis de memoria: si he omitido o hecho elipsis de algo, que sea obra tuya, Aristófanes, proveer a ello y colmar la laguna (188 e). ¿Y qué es lo que va a contar Aristófanes, para suplir la laguna? Una historia de laguna y de suplencia en el origen del amor, de la diferencia sexual y de la variación en la relación con el objeto. Etcétera.

Así pues Freud omite la escena del texto, incluso la “puesta en abismo” de las memorias de laguna. En esa gran omisión, olvida a Sócrates. Deja a Platón solo con Aristófanes, deja a Platón dejar a Aristófanes desarrollar la teoría. ¿Por qué? La respuesta más banal no es ciertamente falsa. Para su propósito, ese pequeño extracto bastaba y no vayamos a buscarle tres pies al gato. No ha pasado nada más. Es verdad. Pero ¿por qué no

ha pasado nada más? ¿Por qué la relación con el objeto no ha sido diferente? ¿Por qué no ha variado? ¿Qué es lo que la ha inmovilizado?

Omitir a Sócrates cuando se escribe no es omitir cualquier cosa ni a cualquiera, sobre todo cuando se escribe sobre Platón. Sobre todo cuando se escribe sobre un diálogo de Platón del que Sócrates, un Sócrates y el Sócrates, no es un simple comparsa. Esa omisión no es un asesinato; por supuesto, no dramaticemos. Borra a un personaje singular que Platón escribe y describe como un personaje del *Banquete* pero también como aquel que le habrá hecho o dejado escribir sin escribir él mismo, escena de signatura infinitamente compleja donde la inscripción sólo llega a borrarse, se graba en profundidad en la medida de su borramiento. Platón permanece *detrás* de la signatura de Sócrates, pero ¿cuál es esa posición? ¿Qué quiere decir “detrás” en este caso? ¿Qué es lo que signa y qué es lo que significa?

Si Freud a su vez borra a Sócrates, lo cual no hace sino acusar su relieve en lo que queda aquí de un *Banquete*, ¿es para rendir homenaje a Platón con un reconocimiento de deuda? ¿Es para alabar una herencia, una genealogía, una descendencia? ¿Es para atribuir a Platón el mérito de una inauguración, incluso de una paternidad? No, al contrario. Es para sustraerle a Platón el origen y hacer de él, ya, un heredero. No de Sócrates, que le es demasiado próximo y demasiado propio. Sino de mucho más lejos. Sería exagerar -un poco leer este pasaje como una destitución de Platón. Sería exagerar, un poco, decir que Freud se empeña en secundarizar, en minimizar, en devaluar, pero en fin, insiste mucho en el hecho de que Platón no ha inventado nada, que su falta de originalidad es sin duda la señal de la verdad de lo que dice, que le ha sido necesario sin duda heredar de toda una tradición, etc. Es el objeto de una nota que no es sólo la más larga del libro sino mucho más larga que el pasaje de donde parte su llamada. Comienza curiosamente por un reconocimiento de deuda: no a Platón sino a aquel que ayudó a Freud a pensar que no debía nada a Platón y que Platón mismo está en deuda ante la tradición hindú: “Debo al profesor H. Gomperz (Viena) las indicaciones siguientes relativas al origen (*Herkunft*) del mito platónico...” Sigue entonces esa nota, más de dos veces más larga que la cita del *Banquete*. Deja la impresión de que Freud está en efecto más inquieto del “origen del mito platónico” (*Herkunft des Platonischen Mythos*) que del mito platónico sobre “el origen de la pulsión sexual” (*Herkunft des Geschlechtstriebes*). Freud trata compulsivamente, q.e.d., de desplazar el objeto y de restaurar un “estado anterior”. Y es bastante laborioso, tiene una mala conciencia, asegura uno que está repitiendo las palabras del propio Gomperz, tira uno a la gente de la manga: quisiera llamar su atención sobre el hecho de que, en lo esencial, por supuesto, *wesentlich*, esa misma teoría se encuentra ya también en los Upanishad, etc., y “contra la idea dominante” no negaré pura y simplemente la posibilidad de una “dependencia” (o de una servidumbre, *Abhängigkeit*) de Platón, aunque fuese indirectamente, en relación con ese pensamiento indio. La palabra “*Abhängigkeit*” regresa más lejos, en medio de concesiones embarazosas: Platón no hubiera hecho suya, no se hubiera apropiado (*sich nicht zu eigen gemacht*) esa historia a partir de la “tradición

oriental" si no hubiera estado en situación de verse iluminado por su contenido de verdad. Etc. Se queda uno boquiabierto.⁵

¿Qué es lo que quería probar exactamente? ¿Qué es lo que le interesa ante todo en esta historia, en esos relatos de relatos? ¿Qué historia nos cuenta a su vez? ¿a propósito de qué objeto, de qué estado anterior? ¿Es una secuencia suplementaria del *Banquete*? ¿Una laguna -entre otras- completada por un Aristófanes vienés interesado en referir lo que otro vienés le ha contado sobre los orígenes -no sobre los orígenes del amor sino sobre los orígenes del mito platónico? ¿Cómo delimitar estos corpus narrativos? ¿y esos cuerpos míticos? ¿Quién escribe qué? ¿Quién deja desarrollar qué por quién? ¿Quién escribe, hace o deja escribir qué en el embutimiento de abismo de los divanes y de las transferencias? ¿Dónde ha quedado Sócrates? ¿Quién se alza detrás o delante de él, finalmente?

En esta inmensa cadena de herencia negociada, recibida y rechazada, incorporada o denegada, en una escena abismal de legado, de delegación y de denegación, en ese tráfico de influencia, el que aquí dice yo (*Ich meine natürlich die Theorie, die plato im Symposium... o bien Prof. Heinrich Gomperz (Wien) verdanke ich... o bien möchte ich... nicht unbedingt verneinen... etc.*) es también un protagonista.

¿Qué hace el protagonista, aquí mismo?

Muchas cosas a la vez, por supuesto, puesto que especula. Por ejemplo interviene aquí en esta instancia en que lo especulativo logra encallar, donde renuncia finalmente a convertirse en la ciencia o la filosofía cuyo modelo le obsesiona. Logra encallar *en el límite*, en el instante en que se trata ciertamente de ir más allá del límite oposicional. No sólo de tal límite oposicional, sino del valor mismo del límite como frente entre dos términos opuestos, entre dos términos identificables. Por ejemplo, pero son ejemplos de aquello en lo que todo término se termina, la vida/la muerte.

El "poeta-filósofo" ha hecho una seña, un guiño alentador (*Wink*), pero el protagonista declina la invitación, una vez más. Rechaza la asistencia del mito, hay que subrayarlo para tomar en cuenta la andadura textual en este pasaje de *Más allá...* Hay que recordar también que esa asistencia mitológica, el discurso de Aristófanes, sufre la *misma* suerte en el *Banquete*. De donde la repetición. Pero ¿quién la habrá hecho escribir?

Una vez más, Freud renuncia entonces a ir más adelante. *Ich glaube, es ist hier die Stelle, ab Zubrechen*. "Creo que éste es el lugar de interrumpir." Dejémoslo aquí, es la hora, fin de la sesión.

Pero no está terminado. La sesión continúa, y el relato sigue su curso. El oyente-paciente, sin duda, se ha levantado. Es difícil asegurar que de hecho no tuviera la palabra hasta ahora. Freud se levanta también. Va a hablar, y de él mismo. Ya antes decía "yo", pero el modo y el tono parecen cambiar. Parece ahora comentar. Dice, abriendo otra secuencia, que va a entregarse a una "reflexión crítica" (*kritische Besinnung*) sobre lo que sucede. Más precisamente sobre lo que acaba de suceder, y que es lo que ha pasado bajo la

⁵ Sin duda no es el único lugar donde he tenido que cruzarme, y me alegro, con algunos de los análisis de Samuel Weber en un libro muy reciente, análisis diferentes, ciertamente, y mucho más ricos que los que intentaba yo aquí. Sobre todas estas cuestiones, *Freud Legende* (Walter, Freiburg im Breisgau, 1979) se volverá, me parece, inrodeable.

forma de un “esto no pasa” y de un “no pasa nada”, “esto viene sin paso”. Otros dirían tal vez que trata entonces del estatuto de su propio discurso. Pero ese discurso ¿es un discurso? ¿Es suyo? ¿Se mantiene en pie? ¿Está en marcha? ¿Tiene un estatuto? ¿Su restancia es la de un estatuto?

Veamos. En lo que se parece a un post-scriptum o a un epílogo, el protagonista-especulador afecta volver a ponerse en escena. Hace como si fuese a definir su lugar, situar el “lugar-de-donde-habla” e incluso el no-lugar, la improcedencia [*nonlieu*] que hace algo más que suprimir la acusación que lo absuelve de toda deuda, de todo compromiso, de toda culpabilidad, por “simbólica” que sea. No responderá de nada de lo que pasa aquí y que parece haber pasado sin él, haber prescindido *de él*, de ese discurso, de esos adelantos que ha hecho, de esos retrocesos, pasos en falso, salidas en falso, de ese *fort:da* imperturbablemente generalizado.

Se pone entonces en escena como para desdecirse de todo. No estoy para nada en el asunto y no estoy para nadie. Lo que enuncia entonces nos importa mucho. No quiero decir que debamos creerlo o no creerlo. Sino que el suspenso mismo de esta alternativa tiene una significación esencial para lo que se refiere al “estatuto” y a decir verdad el *sin-estatuto* de *Más allá...*, el discurso que allí se mantiene sin contenerse allí, el lugar múltiple y móvil del protagonista-signatario, su relación variable con el psicoanálisis como ciencia, como práctica, como mitología, como filosofía, como literatura, como especulación, etc. ¿En qué consiste una escena de escritura como ésta? ¿Cuál es su estructura y su condición de advenimiento? ¿Dónde, cuándo, cómo, a qué y a quién llega?

Estas cuestiones son de derecho previas a todo debate que viniese a instaurarse a propósito de las pretendidas tesis de este libro, de las que se ha creído, precipitadamente, como intento mostrarlo, percibir en él. Cuestiones previas que nunca, que yo sepa, han sido planteadas. Ni siquiera han inquietado nunca a todos los que, sobre todo en el interior del movimiento analítico, desde 1920, se han metido en una batalla (muy) ordenada alrededor de esas “tesis”.

Algunos las tomaron “en serio” y construyeron un discurso sobre la seriedad de *Más allá...* El caso más interesante y más espectacular a este respecto es, me parece, el de Lacan.

Otros, con más ligereza o con más pesadez, como prefieran, se alzaron de hombros y desviaron púdicamente la mirada ante el acceso de misticismo, el extravío especulativo o la ensoñación mitológica: el maestro jugaba, no lo tomó en serio, etcétera.

Pero ni de un lado ni de otro se interrogó la singularidad testamentaria de esta escena de escritura. Por sí misma y por lo que acarrea del contexto psicoanalítico en general. Cuando mucho algunos se han contentado con observar los *ornamentos* mitológicos o literarios de los que se habría rodeado según ellos la prosa tética de Freud.

Por eso es por lo que hay que insistir en la marcha y contramarcha [*dé-marche*] textual (autobiográfica, heterobiográfica, tanatográfica, todo eso en la misma madeja), y singularmente sobre esa especie de post-scriptum en el penúltimo capítulo. ¿Qué dice Freud en el umbral de ese nuevo párrafo?

La frase, a pesar del punto y aparte, parece proseguir, como una subordinada adjunta, al final del párrafo precedente que decía: “Creo que este es el lugar de

interrumpir.” Pone punto y aparte y añade: “No sin adjuntar (*anzuschliessen*) sin embargo algunas palabras de reflexión crítica.”

Va a añadir pues, a adjuntar, casi accesoriamente, algunas reflexiones suplementarias, subordinadas. Y la subordinada adjunta anuncia esas reflexiones subordinadas y adjuntas, suplementarias, una especie de anexión. *Anschluss* es también una pieza añadida, pero a la vez una correspondencia ferroviaria.

Sigamos: “Podría preguntárseme si estoy yo mismo convencido, y hasta qué punto, de las hipótesis que acaban de desarrollarse. Mi respuesta sería que...”

Esperemos un poco. ¿Qué va a responder? Se han *desarrollado* unas hipótesis, aquí mismo (*den hier entwickelten Annahmen*). ¿Por quién? No está muy claro. Freud ha referido principalmente las hipótesis de unos y otros, un poco como un narrador, un traductor, un portavoz. Por supuesto, no ha carecido de iniciativa, es lo menos que podría decirse, pero, en fin, ha *dejado* a los otros desarrollar sus hipótesis (*entwickeln las sen*, ésas eran sus palabras para decir la relación de Platón con el discurso de Aristófanes). Si se prefiere, los otros le han dejado desarrollar las hipótesis de ellos. Pero en los dos casos la delegación del “dejar desarrollar” abre una especie de arriendo o de préstamo de irresponsabilidad. Tanto más cuanto que se trata, cada vez, de hipótesis: lo cual no compromete, no tanto como unas tesis o unas conclusiones. “Mi respuesta sería que...” (*Meine Antwort würde lauten...*)

¿Qué sería su respuesta? Una vez más una hipótesis condicional. Si me preguntaran, entonces, quizá, respondería que... ¿Pero qué? “...que no estoy más convencido de lo que invito a los demás a creer en ellas.” No dice que está convencido, pero no dice lo contrario, no dice que no cree en ellas. Y sobre todo no trata de convencer al prójimo, de arrastrar, enrolar, reclutar, enganchar (*werben*). La sintaxis de la respuesta es curiosa, y esa gestión sería extraña de parte de un científico convencido de la verdad de una demostración, de un filósofo que adelanta una tesis, incluso de un poeta o de un sacerdote que trata siempre de arrastrar o de impresionar al otro. Aquí la relación con el otro no está suspendida, nada de eso, pero es muy otra. Todo parece suceder como si al otro sólo se intentara alcanzarlo a través de un juego para uno mismo. En las hipótesis desarrolladas él no cree más de lo que quiere hacer creer en ellas. Pero tampoco dice que no crea en ellas. No las rechaza. El suspenso va todavía más lejos. Podríamos pensar que se sabe él mismo, Freud, suspendido entre la creencia y la no-creencia. No, ni siquiera. Es su saber en cuanto a esa suspensión lo que está suspendido: “Más precisamente (*Richtiger*), no sé hasta qué punto creo en ellas (*ich weiss nicht, wie weit ich an sie glaube*).” Cuestión de medida sobre la cual *yo* se divide. Cierta *yo* no sabe en qué medida *yo*, el mismo pero ahora otro, cree en eso. No es solamente la creencia, sino la relación con la creencia lo que se encuentra suspendido, la relación de ciencia o de conciencia.

Una *epojé* suspende el juicio, la conclusión, la tesis: precisamente como en una fenomenología que habría que invocar aquí por encima de los límites reales pero también de las prohibiciones y los *slogans* que la excluyen del psicoanálisis. Esa actitud suspensiva Freud la determina también como puesta fuera de circuito del factor afectivo (*affektive Moment*) que acompaña a toda convicción o toda creencia. “Me parece”, dice, “que ese factor afectivo de la convicción no ha sido tomado en consideración aquí.”

Y sin embargo, si el afecto de convicción está suspendido, no sucede lo mismo con todo afecto, lejos de eso. Sigue por el contrario, y a más y mejor, animando la investigación, incluso si se prosigue por simple curiosidad, para ver. Una vez que se ha suspendido el afecto de conclusión (convicción o creencia), “puede uno sin embargo entregarse [abandonarse, la palabra es fuerte, *sich hingeben*] a un camino-de-pensamiento (*Gedankengang*), seguir su curso hasta donde nos lleve, sólo por curiosidad científica o, si se quiere, como *advocatus diaboli*, el cual sin embargo no se consagra al diablo [por contrato escrito: *sich darum nicht dem Teufel selbst verschreibt*].”

El diablo regresa una vez más. Extraña reaparición: ¿por qué comparar a una operación diabólica lo que se presenta aquí como una gestión suspensiva, un prurito de curiosidad, incluso de curiosidad científica? A decir verdad, no se compara al diablo mismo -y eso es todavía más doble, con más doblez, más diabólico-, se compara al abogado del diablo. Pero ¿por qué tendría que estar de ese lado la curiosidad científica? ¿del lado o al lado del diablo? ¿Qué hay del diablo en la ciencia o en el psicoanálisis? El abogado del diablo no es diablo. Pero es quizá más astuto aún. El abogado *representa* al diablo en la barra. En la barra, finge, por convención y para sacar un beneficio, tomar el partido del diablo. Por algún tiempo. Pero no es el diablo y no se le pide que crea en el diablo, en su culpabilidad o en su inocencia. No se le pide nada, no se quiere saber nada de lo que piensa en su fuero interno. Incluso si cree en él, en el diablo, puede arreglárselas para tomar su partido o para poner al diablo de su lado sin ponerse del lado del diablo, sin meterse del todo, sin darse, venderse o prometerse al diablo. Ningún contrato más allá de la representación, del tiempo de alegar. Ninguna promesa escrita al diablo, ni en rojo ni en negro, de sangre o de tinta como el doble pacto de Cristóbal Haitzmann, el pintor de *Eine Teufelsneurose...* (1923).

Todo ese suspenso retiene el “tercer paso”.

Es el tercer paso (*der dritte Schritt*) en la teoría de las pulsiones que se sitúa más acá de la certidumbre a la que llegaban los dos pasos precedentes, cuando se trataba de ampliar el concepto de sexualidad o de plantear el narcisismo. En estos dos últimos casos, o pasos, el paso de la observación a la teoría no habría sido de traducción (*übersetzung*) y Freud parece entender con ello que una traducción no desequilibra la equivalencia. Mientras que en el momento del tercer paso, progreso que concierne justamente al “carácter regresivo” de las pulsiones, la traducción (*übersetzung*) pudo comprender una exageración, una sobrevaloración (*Überschätzung*) de la “significación” de los hechos y los materiales de observación. ¿De dónde vendría esa traducción sobrevalorativa, esa transgresión en la traducción? ¿De dónde vendría, en este tercer paso, el paso de más?

La cuestión incumbe rigurosamente al umbral especulativo, al apartamiento o al intervalo que traspone propiamente la especulación. Pasa por encima (*über*, *Übersetzung* como *Über-schätzung*), rebasa la medida. Va más allá de lo observable y de lo *visible*. No se atiene a la *intuición*. Son éstos unos trabajos, dice Freud, en los que “me fío poco de lo que llaman intuición” (*der sogenannten Intuition*), es decir de la “imparcialidad del intelecto”. Rara vez se es imparcial cuando están en juego “cosas últimas”, “problemas de la ciencia y de la vida”. La “especulación” entra entonces en escena, es propia de “cada uno”, su estrategia es cada vez idiomática y está “dominada” por las “predilecciones”, las

“preferencias” (*Vorliebe*). Esto es lo que *cree* aquí el protagonista-especulador, esto es lo que confiesa de su creencia, éste es su “yo creo”: “Yo creo que cada uno aquí está dominado (*beherrscht*) por predilecciones que tienen dentro de él cimientos profundos...” Entonces, cada uno se deja motivar así, en “su especulación” e “inopinadamente” (*unwissentlich*).

Pero ¿qué es lo que va a permitir a las “predilecciones” inconscientes gobernar el trabajo y llevar la batuta frente a la especulación? No es la cuestión más grave. Hay que saber primero cómo portarse respecto de esas preferencias desde el momento en que actúan “sin que lo sepa” el investigador o el especulador, desde el momento en que pueden precisamente hacer del investigador un especulador, desde el momento en que sin ellas el movimiento mismo de la investigación, científica y especulativa, no se daría. Todo sería sencillo si esas preferencias no interviniesen más que en el apartamiento entre la observación intuitiva (la que garantiza, a los ojos de Freud por lo menos, la científicidad de una gestión) y la construcción especulativa. Pero bien parece que, al final de un razonamiento embarazoso en sus idas y venidas, Freud lo reconoce: el simple paso de la intuición descriptiva al lenguaje, el simple poner en discurso un dato empírico abre el campo a la especulación, por lo tanto a las predilecciones. Y eso se debe a la estructura del lenguaje científico, a su historia y a su metafóricidad irreductible.

Es preciso en efecto ligar el problema de la “Lengua de imágenes” (*Bildersprache*), tal como surge al final de este capítulo, con las consideraciones sobre las predilecciones del especulador. En todo este pasaje, el código dominante es el de la fe, de la confianza, de la desconfianza, de la creencia. Freud se “fía” muy poco de la pretendida intuición, o más bien cree poco en ella, como cree poco en la imparcialidad intelectual. “Cree” en los efectos de las predilecciones, lo cual lo lleva a no creer, y a la mayor “desconfianza” (*Misstrauen*), la mejor fundada. Única solución posible: una benevolencia fría, indiferente (*ein kühles Wohlwollen*) hacia los resultados de nuestros propios esfuerzos de pensamiento: actitud autocrítica (*Selbstkritik*) que no compromete a ninguna tolerancia ni a ningún pluralismo, a ningún relativismo. Freud parece querer mantener *a la vez* -por lo que hace al “primer paso”- la primacía de la observación que debe regirlo todo y la flotación suspensiva de una teoría siempre “provisional” y siempre ya especulativa.

Y el lugar de esa flotación provisional es ciertamente del lenguaje, pero, vamos a verlo, esa provisionalidad es irreductible. Por supuesto, hay que ser inflexible, intransigente, intolerante ante las teorías que desde los “primeros pasos” contradicen a la observación. Por supuesto, no hay que dejarse turbar, para juzgar nuestras especulaciones, por unos procesos extraños y ajenos a la intuición (*unanschauliche*). Y el ejemplo de ello que da entonces Freud es precisamente aquello mismo de lo que acaba de hablar, la represión de una pulsión por otra o el desplazamiento de una pulsión desviada del Yo hacia del objeto. Lo que nos aleja entonces de la intuición y nos incita legítimamente a la desconfianza es el lenguaje o más precisamente su estructura figurativa y la necesidad en que nos encontramos de tomar esas figuras de las ciencias constituidas, aquí, la psicología, más precisamente la psicología llamada profunda. Todo consiste en la dificultad de *nombrar* propiamente la cosa misma. A decir verdad esta dificultad es una imposibilidad, es una dificultad cuyos límites sólo pueden ser infinitamente pospuestos. Tratemos de

nombrar, más o menos propiamente, esta dificultad, esta imposibilidad, su necesidad. Es más difícil de situar y de reunir que lo que pensaríamos a primera vista.

Hay la necesidad de *traducir* una observación (ya se la considere como ajena al lenguaje o como ya envuelta en él) en una descripción (*Beschreibung*), es decir en un lenguaje.

Hay la necesidad de traducir esta traducción en el lenguaje de la *teoría* (*Übersetzungen der Beobachtung in Theorie*): la observación no sólo debe traducirse en un lenguaje descriptivo, debe traducirse en un lenguaje teórico.

Hay la necesidad de tomar prestados los esquemas de ese lenguaje teórico de otra ciencia, de una ciencia ya existente, dicho de otra manera de traducir otra vez las traducciones anteriores haciéndolas pasar, por transposición, de una región científica de proveniencia a una región científica de llegada. No se toma prestado únicamente del lenguaje corriente para todas estas traducciones, sino también los préstamos que las ciencias constituidas -de las que se toma prestado- toman de esa lengua corriente.

Hay finalmente la necesidad de trabajar con la *Bildersprache* de esa lengua científica prestada. Es del único recurso: "Estamos obligados a trabajar con los términos científicos, es decir con la propia lengua de imágenes de la psicología (*mit der eigenen Bildersprache der Psychologie*), más precisamente de la psicología profunda."

Todos estos trayectos -transicionales, transcriptivos, transposicionales y transgresivos, transferenciales- abren el campo mismo de la especulación. Es aquí donde encuentra su posibilidad y su interés. Aquí, es decir en el *trans* -o el *über*- de la traducción (*Übersetzung*), de la sobrevaloración (*Überschätzung*), de la metáfora o de la transferencia (*Übertragung*).

Pero todo ese plusvalor es él mismo objeto de una doble devaluación por parte de Freud.

Por una parte toda una serie de enunciados implican la primacía de la intuición, de la observación, de la percepción que deben garantizar tanto como sea posible las traducciones ulteriores, toda la serie de las transposiciones que sólo *vendrían después del primer paso*. Los beneficios y los riesgos serían, en este caso, segundos, derivados, sobrevenidos. Habría el primer y segundo paso, incluso el tercero, habría el origen y la serie de las repeticiones, pero no repetición o transferencia en el origen.

Pero, por otra parte, otros enunciados sitúan del discurso en el corazón mismo de la percepción, desde su primer paso, y como su condición. Todos los movimientos en forma de "*trans*-", los que encadenan repeticiones, desplazamientos y especulaciones, no le sobrevendrían a un origen perceptivo o intuitivo, lo habitarían desde su umbral mismo. Y lo habitarían, lo harían posible haciéndole justicia: "Sin eso [sin del recurso de ese lenguaje] no podríamos describir en general los procesos correspondientes, *más aún, ni siquiera los habríamos percibido (wahrgenommen)*." He subrayado yo. Así el límite oposicional entre la percepción y su otro se ha borrado. Freud sin embargo parecía estar empeñado en él como en el tribunal de la ciencia, en la instancia crítica y en la fuente de toda legitimidad. Es este límite del que debía garantizar la emisión de los signos conceptuales y proteger a todos los movimientos en forma de *trans*- contra del exceso de lo especulativo. Pero esta valla ha desaparecido por del camino: por el camino, es decir que ha querido

darse un paso más. Pero no se trata -por del camino- de una simple desaparición de la valla *después del primer paso*. Habrá sido necesario, para que el primer paso abra el camino, que la valla se haya hecho ya inencontrable. Habrá sido necesario, como la condición misma de lo que se llama una percepción o una descripción al ras de la percepción, que todos los movimientos en forma de *trans-* estén en el ajo. Desde la primera intuición, desde su umbral, todas las transferencias especulativas están en el ajo. Reagrupé intencionalmente todos los movimientos en forma de *trans-* bajo esa palabra *transferencia*, ya se trate de traducción hacia el lenguaje descriptivo o teórico, de transposición de una ciencia a otra, de transposición metafórica en el lenguaje, etc. La palabra *transferencia* remite a la unidad de su red metafórica, precisamente, a la metáfora y a la transferencia (*Übertragung*), red de correspondencias, de conexiones, de cambios de agujas, de un tráfico y de una tría semántica, postal, ferroviaria, sin los cuales ningún destino transferencial sería posible, en el sentido estrechamente técnico que el psicoanálisis de Freud quiso asignar a esta palabra (cf. el final del capítulo III).

El “concepto” correspondiente no por ello resulta menos enigmático, y cuando Freud u otros intentan definir el sentido “estrecho” de esta palabra, apelan a todo un acervo de metáforas y de metáforas de metáforas. La cosa no es fortuita. Todas esas metáforas se reagrupan alrededor de los valores de repetición, de relevo, de reedición o de edición revisada y corregida, de transcripción, de traducción de un “original”. El paso que situamos aquí entre *transferencia* (en todos los sentidos) y *especulación* aparece tal vez mejor. La *transferencia* especulativa orienta, *destina*, calcula el “primer paso” más originario y más pasivo en el umbral mismo de la percepción. Y esa percepción, su deseo o su concepto, pertenece al destino de ese cálculo. Como todo discurso que se haga a ese respecto. Éste, por supuesto, éste del que habla Freud, también. Las “predilecciones” que orientan la *transferencia* especulativa, Freud no las designa, no muestra su necesidad y sus efectos sino hablando de él, en ese movimiento autocrítico que no pretende en ningún momento escapar a la fatalidad que define. El término y el límite oposicional una vez borrados y sustituidos por una estructura muy otra, la gestión suspensiva parece interminable. Lo interminable no es accidental, no viene, como desde fuera, a señalar el inacabamiento y la invalidez. La repetición y la *transferencia* especulativas abren la marcha.

Nos sorprenderá entonces menos ver que Freud no espera de un progreso científico una lengua por fin propia, purificada de toda metáfora y que *rebase* por fin su *transferencia*: aun cuando pudieran sustituirse los términos de la psicología por los de la fisiología o la química, no tendríamos sino de significaciones más “familiares” y más “simples” pero no de significaciones apropiadas. La lengua de la fisiología o de la química sigue siendo una “*Bildersprache*”. Los progresos no pueden pues hacerse sino en el interior de la *transferencia* metafórica. El préstamo es la ley. En el interior de toda lengua, puesto que una figura es siempre un lenguaje prestado, pero también de un dominio discursivo a otro, o de una ciencia a otra. Sin préstamos nada empieza, no hay fondos propios. Todo empieza por la *transferencia* de fondos, y *hay un interés en tomar prestado*, es incluso el primer interés. El empréstito *reditúa*, produce plusvalor, es el primer motor de toda inversión. Se empieza así por especular, apostando sobre un valor por producir como a partir

de nada. Y todas esas “metáforas” confirman, a título de metáforas, la necesidad de lo que dicen.

Esta necesidad estructural, es cierto que Freud la describe a menudo como una fatalidad externa y provisional, como si lo provisional no fuera sino lo que es, provisional. Lógica muy clásica: el suspenso es provisional, el empréstito supone los fondos propios, las letras y la moneda deben estar garantizadas en última instancia. Es a esa lógica a la que pliega el último párrafo de este capítulo, el que concierne al biologismo o al modelo biológico. Tales empréstitos aumentan “por grados” “la incertidumbre de nuestra especulación”: es que las posibilidades de la biología están abiertas hacia el infinito y en unos años todo el paisaje de las preguntas y respuestas puede quedar trastornado. Entonces nuestra construcción de hipótesis puede derrumbarse en un instante. Como un *castillo de naipes*, dice la traducción francesa: metáfora interesante, transposición o transferencia significativa que traduce bien el carácter necesariamente lúdico de esa especulación. Pero no hay castillo de naipes en la literalidad del texto original. Hay “*unser ganzer künstlicher Bau von Hypothesen*”, otra metáfora, no menos interesante, no menos interesada: dice el arte o el artificio, que no está lejos del juego; dice también la construcción (del ingeniero o del artista, del jugador, del narrador o del niño) que, en su fragilidad de artefacto, puede ser “soplada” (*uingeblasen*) de golpe, desconstruida según una necesidad que no puede dejar de tener relación con el proceso “disimilador” del *Abbauen* del que hablábamos más arriba.

Ante el riesgo, las rectas adelantadas sobre un porvenir incierto, el suspenso terminable-interminable, Freud asume a la vez su deseo y la tirada de dados. Y el uno no llega sin la otra.

Son las últimas palabras del capítulo. A toda objeción taciturna, inquieta o urgente, a toda tentativa de intimidación científicista o filosofante, la respuesta de Freud la oigo resonar así, por mi cuenta y riesgo, y la traduzco: “váyanse a paseo, a mí me gusta, el más allá del PP, tal es mi soberano gusto. La hipótesis de la pulsión de muerte a mí me gusta y sobre todo me interesa, encuentro en ella mi interés y por lo tanto lo tomo”. He aquí el texto original que acabo de traducir y que traduzco ahora de otra manera. Seguramente se la juzgará, por fiarse de ciertas normas, más fiel. “Si es así, alguien podría preguntar con qué fin se emprenden pues trabajos como los que quedan consignados en este capítulo y por qué pues se los entrega a la publicación. Pues bien, no puedo negar que algunas de estas analogías, asociaciones, conexiones *me han parecido* ahí dignas de atención.” Subrayo yo: *mir der Beachtung würdig erschienen sind*. Punto. Es el punto final, la última palabra del capítulo. Sólo una nota viene a ser llamada por esta última palabra, concierne a la evolución de terminología, de la nomenclatura, de los nombres dados, de la *Namengebung* precisamente.

La última palabra del capítulo hubiera podido ser la última del libro. Se le parece mucho. ¿Y qué decir en efecto después de esta signatura en forma de “si me da la gana”? ¿No venía a sellar ella misma una especie de codicilo? ¿el post-scriptum suplementario de una “autocrítica” sin remordimientos? ¿Qué queda aún por añadir?

Nada tal vez, sino un séptimo capítulo, al final de una semana agotadora, nuestro capítulo “del domingo” -o, si ustedes lo prefieren, del sábado. Que bajo ciertos respectos este capítulo no añada nada, es algo que podría sellar la especulación sobre la cifra.

4. SIETE: POST-SCRIPTUM

LO INSALDABLE – EFECTO DE POSTAS

El séptimo pues. El último, con mucho el más corto. Se parece a otro post-scriptum, a otro codicilo, el de todo el libro esta vez. Todo parece terminado cuando se abre. Y luego a causa de su brevedad parece escandir una caída. Es más corto que el más corto de los demás capítulos, el primero. La andadura y el ritmo de esta composición son bastante notables. Piensa uno en una serie de cohetes o de salvas. Los capítulos se elevan, se abalanzan y se alargan cada vez más hasta la mínima recaída final: cinco páginas, luego dos veces siete páginas, luego dos veces la docena, finalmente veinte páginas -y de repente, es el último capítulo, el más corto, tres paginitas.

Es el final: un apéndice tan reducido como sea posible, libre, desprendible también, un apéndice de juguete. Este suplemento de post-scriptum es tanto más desprendible cuanto que parece no añadir nada, en su contenido, al corpus total. Un golpe más de *fort:da*, para nada, un balance repetitivo, redundante, como cola de cometa. Denuncia inmediatamente su redundancia, empieza por declarar, una vez más, que todo sigue aún irresoluto (*noch ungelöst*). El problema sigue irresoluto y la tarea (*Aufgabe*) que proponía. Este problema sigue siendo, nos lo vuelven a repetir, el de la compulsión de repetición en su relación con el dominio del PP. Y el capítulo se cierra cojeando con una referencia poética al cojeo. Cita de la Escritura citada por la escritura de un poeta (“Lo que no se puede ganar [o alcanzar] volando, hay que ganarlo cojeando... La Escritura dice que cojear no es un pecado.” Rückert, *Makamen des Hariri*), esta alusión al cojeo cita en cierto modo el capítulo mismo, lo hace resaltar como una especie de miembro atrofiado o de pie cojo.

Pero ¿es todo eso, a fin de cuentas, tan corto y tan inútil como parece? ¿Es que no pasa nada con ese miembro acortado o con ese pie cojo? ¿Nada camina acaso con él? Hay que recordar primero que la cita, lo mismo que el propio pie cojo, lo mismo que el cojeo en general, están para suplir, más precisamente “consolar” (*trösten*). Para compensar. Y lo hacen en una dificultad o en una desgracia, el destino o la fatalidad de la “marcha”. Es porque los *progresos de la marcha* son lentos en el orden del “conocimiento científico” por lo que se apela a este recurso. El poeta debe consolarnos “über die langsamen Fortschritte unserer wissenschaftlichen Erkenntnis”. Después, en cuanto a la prótesis suplementaria, había ya en el capítulo v un ejemplo que no he querido citar a la pasada. Freud hablaba allí de la compulsión de repetición y de la reproducción en el dominio biológico, más precisamente de la prótesis por la cual un ser vivo reemplaza un miembro perdido: “Y del mismo modo el poder de reproducción se extiende lejos en la serie animal, poder que reemplaza (*ersetzt*) un órgano perdido por la formación nueva (*Neubildung*) de un órgano enteramente semejante.”

Transferencia una vez más, ersatz, transposición en el suplemento analógico y prótesis. Y Freud empezaba a saber o por lo menos a presentir lo que quería decir hablar de prótesis o tener la prótesis a flor de labio. No pienso sólo en los puros sino en unas células terriblemente narcísicas y suplementarias que habrá sido necesario, interminablemente, hasta la muerte, reemplazar por un paladar artificial cada vez más

suntuoso con el que no le es fácil contar a un PP. Pero el discurso de la prótesis había empezado mucho antes.

¿No pasa nada pues con esa pequeña prótesis del último capítulo? Después de todas las crisis agotadoras, las indecisiones, las idas y vueltas, los pasos de más y los no más pasos, sin duda el problema sigue quedando “irresoluto”. Pero ¿de qué irresolución se trata? ¿De qué insolución y de qué insolvencia?

Irresolución e insolvencia, estas palabras acaso no resuenan únicamente en el registro del problema teórico por resolver. Tal vez hay que escuchar también el teclado léxico de la especulación: una inversión de empréstito vendría a sostener una especulación sin poder de amortizarse. Se habrían contraído deudas insalvables, se habrían tomado compromisos que nadie podría ya cumplir o responder de ellos. El deudor, entonces, y en primer lugar el teórico que habrá prometido más de lo que puede cumplir, se sabe insolvente. El especulador estaría en quiebra. Pulsión de muerte y compulsión de repetición lo habrían arrastrado, aspirado al abismo del PP añadiendo siempre un suplemento de abismo baja sus pasos. Entonces el *compromiso* de tratar una cuestión se convertiría en una deuda, incluso en una culpabilidad de la que ya nunca quedará absuelto. Ninguna reconciliación será nunca posible. El teórico-psicoanalista responsable del Más allá del PP no sería perdonado jamás. Habría habido falta, violencia, crimen. Una deuda impagable habría quedado contraída. ¿Por qué impagable, en el fondo? Tal vez porque la economía misma ha quedado en ella transgredida, no la economía en general sino una economía en la que se habría hecho violencia al principio de equivalencia. Todos los movimientos del *trans-* habrían violado ese principio, y con él todo lo que puede asegurar un pago, un reembolso, una amortización, un saldo: la moneda, los signos de su *telos*, la adecuación del significado al significante. Esa efracción a saber la transferencia especulativa, habría hecho á la deuda a la vez infinita o insalvable, y por lo tanto nula. Es el espacio económico de la deuda lo que se encuentra trastornado, inmensamente agrandado y por ello misma neutralizado. De donde la doble tonalidad de una escritura: a la vez grave, desalentada, suspirando ante la tarea o la deuda inagotable, y simultáneamente desenvuelta, descarada, afirmativa.

Insolvencia e irresolución, estas palabras recurren tal vez también a lo que podría llamarse la economía *bindinal*. Economía del lazo o del nexo (*bind*, banda, doble banda, *double bind* y contra-bando). El *Binden* alemán, concepto o metáfora, desempeña un papel formidable, como es sabido, en este texto y en esta problemática. Todo parece jugarse ahí o más bien anudarse en la estrictura más o menos relajada de la energía, en unos lazos o unos nexos más o menos disueltos, desprendidos, resueltos, absueltos (*aufgelöst*).

Desligamiento, desanudamiento, desprendimiento, resolución de un problema, cumplimiento de una tarea, de un deber o de una deuda, retiro de una prenda o prenda encarada, todos estos regímenes del *lösen* gobiernan el texto que leemos, y que leemos como un relato interminable.

En el séptimo tiempo, no conoce todavía el desenlace. El enlace sigue dominando la escena, bajo la forma dominante por excelencia y por esencia, la del PP.

Pues el enlace con el que no acabamos no es un enlace entre otros. Es el enlace mismo, el principio de enlace que es cómplice de la autoridad “en persona” si puede decirse, el PP.

¿Qué va a pasar ahora? ¿Vamos a conocer el desenlace? No, por supuesto. Pero ¿podrá decirse que no ha pasado nada? No, por supuesto.

Primer párrafo del capítulo vii: el último recorrido se inicia, será breve, troncado, como interrumpido, pero por el momento sólo estamos colgados de una hipótesis, parecería un hilo. Lo que Freud nombra irresolución consiste en la dependencia de esta hipótesis. El argumento tiene la forma siguiente: incluso en nuestra hipótesis, incluso si se confirmara en tesis, no tendríamos la solución. Nuestro problema y nuestra tarea seguirían siendo la que son por el momento: *ungelöst*. Esta palabra es aquí de un uso trivial, sin duda, y Freud parece querer decir algo muy banal: el problema no está resuelto. ¿Por qué buscarle a sus palabras un relieve o unos alcances que no aparecen ni en una escritura ni en una lectura cursiva? ¿No es abusar ir más allá de una especie de conciencia semántica inmediata que nada tiene que hacer, en el contrato funcional que la guía, con un gran despertar de metáforas pretendidamente dormidas? Sin duda. Pero no se trata de eso. No se trata de tener acceso a la metáfora escondida, todavía menos a la metáfora gastada en una palabra. Tampoco se trata de acosar al secreto de la escritura de Freud cuando recurre a tal palabra. No es la palabra, la palabra sola ni la palabra en primer lugar lo que nos retiene. Ni siquiera la intención de Freud en el momento en que utiliza esa palabra.

Pero entonces ¿por qué detenerse delante de esa palabra y con qué derecho se la pone en relación con el enlace y el desenlace de la energía, con la estructura del *Binden* que forma en efecto la armadura conceptual de toda la argumentación freudiana?

Esta puesta en relación, a la que procedo en efecto, no es inmediata. Pasa por el relevo de toda una cadena de preguntas. Por ejemplo ésta: ¿qué es *resolver* un problema? Ya se trate de un problema teórico o de un problema práctico, tenemos que habérmolas con dificultades, con obstáculos, con bloqueos por lo menos provisionales. Tender hacia la solución es acumular y ligar, “envolver en bandas” [*bänder*] el máximo de energía lo más cerca del obstáculo, hacer subir allí la tensión hasta que la solución desanude no sólo el “problema” sino los lazos de la energía acumulada junto al problema. La solución resuelve las tensiones pulsionales, físicas y psíquicas que el problema había acrecentado. En su gran banalidad, estos esquemas son freudianos. Si los recuerdo aquí y si insisto en evocarlos simultáneamente del lado “objetivo” en cierto modo de los problemas (teórico y práctico) y del lado “subjetivo”, es para poner en relación constante, como lo hago desde el principio, lo que Freud dice y lo que Freud hace, aquello de que trata *Más allá...* (sus objetos, las hipótesis y las leyes, sus problemas) y su gestión de escritura, sus actuaciones, sus operaciones. Cuando Freud dice “nos encontramos ante un problema irresoluto...”, el estado que describe entonces debe responder a lo que dice en el mismo libro de la solución de un problema o de una dificultad o de una tensión en general. En todo caso debe someterse a la prueba de tal correspondencia y tal responsabilidad. Pero la cuestión de semejante correspondencia o de semejante responsabilidad ¿es soluble? ¿Qué sucede cuando unos actos o unas actuaciones (discurso o escritura, análisis o descripción, etc.) forman parte de los objetos que designan? ¿Cuándo pueden ponerse como ejemplo de

aquello mismo de lo que hablan o describen? Ciertamente no se gana con ello una transparencia autorreflexiva, al contrario. La cuenta no es ya posible, ni el dar cuenta, y los bordes del conjunto no están entonces ni cerrados ni abiertos. Su rasgo se divide y ya no se deshacen entrelazamientos.¹ Aquí se encuentra acaso la última resistencia a la solución, y para hacerla aparecer mejor o más bien para inferirla mejor, pues no aparece nunca, hay que poner en relación la gestión de *Más allá...* y la estructura de sus objetos, la irresolución de sus problemas (en su gestión) y lo que el libro dice de la solución de los problemas en general (en sus objetos). Su gestión es uno de sus objetos, de donde la andadura, y por eso la cosa no puede andar muy bien ni gestionarse sola. Uno de sus objetos entre otros pero también aquel para el cual hay objetos con los cuales hacer unos *trans-* y especular. Ese objeto entre otros no es cualquiera. Entonces la cosa cojea y cierra mal.

Lo que acaba de decirse, principalmente, de “solución”, puede decirse también, en la mayor proximidad, de “análisis”. La prenda aparecería incluso mejor. Pero dejemos eso. (*Dejar ¿es una modalidad de desligar? Dejémoslo, su problema fue anudado en otro sitio.*)

El valor de solución, en el caso del problema por resolver, se encuentra pues, decíamos, en el dominio, en la *dependencia* de la hipótesis principal. Pero hay todavía algo más preciso: esa hipótesis no incumbe solamente a unos enlaces, tiene que ver con una dependencia o con una independencia (*Unabhängigkeit*) respecto del PP. Dicho de otra manera, como verificaremos, respecto de un principio que funciona a condición de *ligar*.

Dependencia o independencia respecto de un principio de enlace: ésta es la primera frase del capítulo, comienza por un si: “Si es en efecto un carácter general de las pulsiones el querer restaurar un estado anterior, no debemos asombrarnos de que en la vida psíquica tantos procesos se cumplan independientemente del principio de placer.”

Es la etapa intermedia de un razonamiento: si nuestra hipótesis es la buena, si es cierto que las pulsiones tienden a restaurar un estado anterior, entonces no debemos asombrarnos de que tantos procesos sean independientes del PP. No se ve muy claramente, y la cosa rebotará dentro de un momento, por qué no nos asombraríamos desde el momento que el placer ha sido definido también como caída de tensión y descarga, lo cual tiende a reconstituir el estado anterior. En todo caso, por el momento, se nos dice que no deberíamos asombrarnos de la independencia respecto del PP.

Ahora bien, toda la dificultad consiste en esa noción de independencia. Está bien determinada. La independencia es una relación bajo el modo de la no-relación. Y decir que tales procesos siguen siendo independientes del PP no es decir nada de su relación con el PP. Pero lo que va a permanecer justamente *ungelöst*, irresoluto, es el problema de esa relación. *Ungelöst* califica también (al problema de) esa no-relación o de esa indeterminación de la relación entre los procesos de repetición pulsionales y el PP. “Pero todo eso”, dice Freud [esos procesos de retorno al estado anterior] “en ese lugar donde el PP no ha ejercido todavía su poder (*Macht*), no necesita pues mantenerse en oposición con él (*im Gegensatz zu ihm zu stehen*) y nuestro problema [nuestra tarea, *Aufgabe*] permanece irresoluto (*ungelöst*), a saber cómo determinar la relación de los procesos de repetición pulsionales con el dominio del PP.”

¹ Otros ensayos (de próxima publicación) analizan esta figura bajo el nombre de “doble invaginación quiasmática de los bordes”.

Poder, dominio,* imperio (*Herrschaft*), el PP extiende su señorío sobre lo psíquico, sobre el *dominio* psíquico. Desde el momento en que domina a toda subjetividad viva, el sentido de tal dominio no conoce ningún límite regional: otra manera de decir que no se habla aquí de dominio por simple metáfora. A partir del dominio ejercido por lo que aquí se llama el PP sobre todo sujeto psíquico (sobre todo ser vivo, consciente o inconsciente) es como puede determinarse luego cualquier dominio posible, por figura o derivación. De ese dominio “psíquico” derivaría también el dominio en el sentido llamado corriente, usual o literal, incluso propio, en los “dominios” de la técnica o del peritaje, de la política o de la lucha entre las conciencias. Todos esos dominios apelan al sujeto o a la conciencia. Desde el momento en que sobre ese sujeto o esa conciencia reina en primer lugar el dominio del PP, es a él al que hay que referirse en primer lugar para buscar en él algún sentido “propio”, incluso algún sentido “de lo propio”. Queda por saber si no nos habríamos desarmado demasiado, en las cercanías de ese “dominio”, para requerir lo propio. Llegaremos dentro de un momento al proceso de expropiación que estructura principalmente al PP. Y sobre todo, lo habíamos reconocido ya, estamos en un dominio sin dominio donde la búsqueda de lo propio, ley de leyes y ley sin ley, excede a todas las oposiciones y por excelencia a la de la vida y de la muerte. Puesto que la pulsión de muerte empuja a la autodestrucción, al morir-de-la-propia-muerte, lo propio se produce allí como autotanatografía y se aparta bastante de sí mismo en esa “relación”, ese “reporte”, ese “relato” para que no sepamos ya muy bien lo que decimos cuando decimos propio, ley de lo propio, economía, etcétera.

Lo que vale aquí para la figura de dominio, con la inversión que hay que practicar en ella de lo figurado a lo casi-propio, de lo regional a lo no-regional, vale también para todas las nociones y todas las figuras, dependan o no de ello directamente. Por ejemplo las que desempeñan en este capítulo un papel determinante, la de *servicio* (los procesos están *al servicio*, *im Dienste* del PP, el PP está *al servicio* de las pulsiones de muerte), las de tendencia o de función. La idea de funcionamiento debe someterse a una revaloración tanto más rigurosa cuanto que podría tomársela fácilmente por una figura tecnológica, una regularidad maquina transportada al dominio psicobiológico. Hoy este vocabulario funcionalista lo invade todo y a menudo en usos precríticos.

En este contexto, Freud distingue la función de la tendencia. Por tanto, si quieren ustedes, de la “metáfora” del aparato psíquico, recuerda una de las “funciones” más “importantes”, y sobre todo más antiguas, más primitivas, casi congénitas y por consiguiente esenciales. Esa “función” (*Funktion*) es el *Binden*, la operación que consiste en ligar, encadenar, liar, agarrotar, apretar, rodear de bandas. ¿Pero qué? Pues lo que es tan originario como esa función de estrictura, a saber las fuerzas y las excitaciones pulsionales, la X de la que no se sabe lo que es antes de que esté rodeada de bandas, precisamente, y representada por representantes.

* [La palabra que el autor emplea aquí y en otros lugares de las páginas que siguen es *maîtrise* (y no *domination*), o sea “dominio” en el sentido en que se dice “dominar una lengua” o una “situación”, pero también “maestría”, sentido por supuesto no indiferente cuando se trata de Freud. Si he preferido no emplear esta última palabra, es porque en francés la raíz *maître* hace pensar claramente en amo”, sentido que se desvanecería en el español “maestro”. T.]

Pues esa función precoz y decisiva consiste en ligar y en remplazar: ligar es también suplir, sustituir y por lo tanto representar, remplazar, poner un *Ersatz* en el lugar de lo que la estrictura inhibe o prohíbe. Ligar es pues también *desprender* o *destacar*, destacar un representante, enviarlo en misión, liberar una misiva para cumplir, en el punto de destino, el destino de lo que representa. Efecto de *posta*. *De factor-cartero* [facteur] *delegado al encaminamiento*.

En el mismo enunciado, describiendo una sola y misma operación, una sola y misma función, Freud dice que consiste en ligar (*binden*) los procesos primarios (pp) y en remplazar (*ersetzen*) los pp que tienen el dominio (*herrschenden*) en la vida pulsional por procesos secundarios: desplazamiento, remplazamiento de dominio, estrictura como destacamiento suplementario. Lo secundario es el *envío* suplementario. Transforma la energía de catexis libremente móvil en energía de catexis inmóvil, pone en el *puesto* y en la *posta*. Tenemos aquí una tesis. La catexis inmovilizada se vuelve más tónica. El valor de tonicidad se encuentra regularmente asociado al efecto de enlace, que significa pues a la vez elasticidad y tensión. Esto consolida en su legitimidad la traducción de *binden* por el francés *bander* [envolver en bandas o en vendas, pero también tender (por ejemplo un arco) y tener una erección]. Y teniendo en cuenta los relevos suplementarios que acabo de recordar, *bander:poster* [enviar por correo o por la posta]. Enlace: postal.

La función del *Binden* es una de las más originarias y de las más decisivas del aparato psíquico. Que vaya o no acompañada de placer poco le importa a Freud por el momento. Deja eso fuera de su consideración. Deja fuera de su consideración toda la relación entre esos movimientos y modos de la *puesta* o la *pose*, del *Setzen* (*Ersetzen* de lo primario por lo secundario, transformación -*Umsetzung*- de las energías de catexis -*Besetzung*- libres en cargas tónicas, etc.) y el desarrollo eventual del desplacer. Lo que le importa es que toda esta transformación (*Umsetzung*) no alcance, no afecte o no contradiga al PP, al contrario, y venga más bien “a su servicio”.

Pero puesto que leemos a Freud con una mano, y con la otra, a través de un vocabulario análogo, al Hegel de la dialéctica del amo y del esclavo, observemos la palabra que utiliza Freud para decir que la función del *Binden* no viene a contradecir al PP y se mantiene más bien a su servicio: “pero el PP no se encuentra allí relevado (*aufgehoben*)”. Casi podríamos decir, literalmente, relevado de su función. El desplazamiento-remplazamiento operado por la ligazón está más bien “al servicio” del PP (*Die Umsetzung geschieht vielmehr im Dienste des Lustprinzips*). La ligazón (*bander, poster*) trabaja para el PP. ¿Cómo?

Aquí dos tiempos, dos predicados, dos temas descriptivos. La *Bindung* es un acto preparatorio (*vorbereitender Akt*) para el ejercicio del PP. En cuanto tal, no es todavía el PP, prepara solamente el terreno para el dominio de este último... Después, ya preparado el terreno, introduce al amo y, segundo tiempo, lo instala, lo asegura, lo confirma y lo afirma en su dominio. La *Bindung* desborda pues el dominio como asiento de su condición. No hay dominio que no esté preparado, introducido y confiado por la *Bindung*, por la banda o por la posta. No hay dominio sin eso y no se comprende lo que quiere decir dominar de otra manera. “La ligazón (*Bindung*) es un acto preparatorio que introduce y asegura (*einleitet und sichert*) el dominio del principio de placer.”

PLATÓN DETRÁS DE FREUD

El “relevamiento” [*relève*] (*Aufhebung*) acaba de ser nombrado. En la hipótesis de que el PP viniese a ser relevado [*relevé*] (*aufgehoben*), ¿se trataría de un relevamiento en el sentido convencionalmente hegeliano? Eso querría decir muchas cosas salvo su simple derrota o supresión. Y no se reduce a una cuestión particular de retórica o de traducción, ni siquiera a un ejemplo entre otros de las dificultades con que se tropieza, por lo menos desde Hegel, para traducir *Aufhebung*.² Si el PP responde a una función originaria y general del aparato psíquico, lo que decíamos más arriba del dominio vale aquí para el relevamiento: no se comprenderá lo que sucede con el PP *desde* lo que entendemos por la palabra *Aufhebung*. De hecho toda la interpretación del relevamiento se encuentra de rebote determinada por lo que diríamos, si pudiéramos decir algo, del funcionamiento del PP, del enlace (postal), del suplemento de estrictura, del destacamiento de banda, etcétera.

Si, en cuanto tal, el enlace no va todavía acompañado de placer ni de desplacer, si por lo menos se le puede disociar de estas cosas, ¿dónde situar ese estado *preparatorio*? ¿Qué significa en este caso preparar? ¿Qué hay con ese *pre*? Es a la vez, en ese *laps*o o en esa *esclusa*, indiferente al placer como al desplacer y bastante interesado, aspirado, llamado por el PP puesto que lo anuncia a su vez y le *da lugar*. Lo precede y lo prefigura. De los dos modos del *pre*, sólo este último parece teleológico. El primero parece indiferente. ¿Cómo concordar el *telos* con la indiferencia, los fines del uno con los fines de la otra?

Freud afina la distinción ya evocada entre *función* y *tendencia*. Entre las dos la relación es justamente de servicio (*Dienst*). Las funciones de ligazón están más bien al servicio del PP. Pero éste es una tendencia al servicio de una función aún más general, la más general y la más incondicionada que existe. ¿Cuál? La que está destinada a hacer al aparato psíquico inexcitable, impasible, sin excitación (*erregungslos*) o por lo menos a mantener en él el nivel de excitación constante y tan bajo como sea posible. Semejante función participaría de la tendencia general de lo vivo a regresar hacia el reposo del mundo inorgánico. Esta tendencia, este movimiento dinámico que empuja hacia atrás y tiende toda la fuerza hacia el regresar, este *streben* sería la función *más general*. Freud no lo prueba en este lugar, se contenta con un llamado a la experiencia común: “Todos lo hemos experimentado...” ¿Qué? ¿dónde? En el mayor goce, el que está ligado al acto sexual, o más bien ligado-desligado por el acto sexual. Este goce está ligado (*verbunden*) a la extinción (*Erlöschen*) momentánea de una excitación pulsional muy elevada. “Pero la ligazón (*Bindung*) de la excitación pulsional no sería más que una función preparatoria.” Toda ligazón preliminar (se) *tiende* hacia el placer de la descarga o de la distensión final.

En el punto en que estamos, el PP sería no una función sino una tendencia al servicio de esa función general. Pero tendría él mismo otra función (la ligazón) a su servicio. El *funcionamiento* general pasaría de una función a la otra, de la función del *Binden* a la función bajo su forma más general (regreso a lo inorgánico y Nirvana) por el

² Sobre toda esta problemática, una lectura me parece imponerse hoy, la del libro admirable de Jean-Luc Nancy, *La remarque spéculative (un bon mot de Heget)*, ed. Galilée, 1973. La relación entre *Aufheben* y *Auflösen* en Hegel se analiza justamente allí (pp. 45 ss.).

intermediario o por el lugar de paso, el *paso* de una *tendencia*, a saber el PP. *Pas de PP* [paso de PP, paso de abuelito nada de PP o de abuelito] entre dos funciones o dos formas del funcionamiento general.

Si una vez más *referimos* lo que dice Freud a lo que hace o más bien a lo que pasa (sin pasar) en *Más allá...*, diremos que la irresolución de la escena de escritura que leemos es la de una *Bindung* que se tiende y no cesa de *poster* (enviar, destacar, desplazar, remplazar) hasta el extremo, sin conclusión, sin solución, sin paso al acto y sin orgasmo final (una serie más bien de sacudidas orgásmicas, de goces diferidos apenas obtenidos, puestos en la posta en el mismo instante), en la línea de la más alta tensión, en el límite del más allá del PP, sin rebasar simplemente la línea, pues el mejor modo de pasar más allá sigue siendo pasar por allá, y el más allá del placer sigue siendo el fin del placer. Y cuando insiste uno en un placer sin fin, se resigna uno al fin del placer. Sólo se toma placer para perderlo -y guardarlo *vuelve* a ser lo mismo. Todo debe pasar a la "solución".

El placer "propriadamente dicho", el placer en su momento propio, seguimos sin saber lo que es. Hablamos todavía, bajo su nombre, de una tendencia, servida por una función y al servicio de una función. La que orienta la tendencia es también la función de un trayecto, de un tránsito. El paso o el *trans-* tienen allí siempre ya la forma del regreso. La cosa empieza por regresar, por tender hacia la anulación de su propio proceso. Es también el progreso de lo propio que se deja arrastrar por este anillo circular. El placer se encontraría en camino, lugar de paso y momento del anillo. Se encontraría en camino y sería un servicio para volver a encontrar la vía de lo inanimado. Encontrar el sueño, ése es su mejor ejemplo.

El, placer, si es que se encuentra tal cosa, la tendencia al placer y el dominio del PP tendrían pues su lugar propio entre los dos límites del sin-placer, la estructura y la descarga, la preparación y el fin, el deseo, si ustedes lo prefieren, y su cumplimiento final: *bander-poster* [*bander*, poner bandas o vendas o ataduras, poner en tensión, tener erección; *poster*, enviar por correo, poner en la posta o apostar en el puesto] y entregar (*Erledigung*, decía Freud hacía un momento). Lugar de paso siempre liminar (himen indeciso tomado en el anillo). Ningún placer antes, ningún placer después, sino durante, es sólo el pasar del paso [o del no: *pas*]. ¿Sobre qué reina pues el PP cuyo paso sería sin embargo tan difícil de transponer? ¿No sigue siendo el placer, entre estos dos límites, un amo cuya única operación indefinidamente reproducida, la única reproducción compulsiva, insensible a ninguna lección de la experiencia, se reduciría siempre a no producirse sino limitándose estrictamente, lo más estrictamente posible? ¿a no llegar sino borrándose?

Es que no hemos llegado al final de nuestras penalidades. Ni de nuestros placeres. Él, ellos, ellas tampoco. En el lugar donde nos encontramos apostados en este momento, la propiedad del placer parece cada vez más enigmática. ¿Se sabe acaso lo que es el placer? preguntábamos al principio. Lo que confusamente llaman el "lenguaje corriente" parece implicar una especie de consenso implícito y precomprensivo, la referencia común a un sentido invariante. Ese consenso parece él mismo presupuesto por las problemáticas menos ingenuas. La aporía filosófica, la *skepsis*, la mayéutica, etc., no pueden ahorrarse esa presuposición. A este respecto, cualesquiera que sean las reservas o los apartamientos de Freud en relación con la interrogación filosófica, *Más allá...* pertenece a la tradición del

Filebo. La herencia está asegurada, Platón está detrás de Freud. O, si se prefiere, Sócrates, con todas las inversiones inducidas por la estructura de un legado. Es también el *Filebo* lo que leemos a través de la escena del *Más allá...* Podríamos verificarlo paso a paso. Pero *Filebo*, desmultiplicando su escena, sus autores y sus actores, a su vez lee *Más allá...*, conduce de lejos su desciframiento, como una cabeza lectora teleguiada, se aloja en él, toma lugar en él o toma parte en él como un léxico o un código de desciframiento insertado en el volumen; o inversamente, pero la estructura topológica de los volúmenes textuales no obliga a escoger entre las dos hipótesis. *Más allá...* se vuelve a su vez un capítulo suplementario del *Filebo*, una nueva escena que recuerda de paso otros diálogos de Platón, el *Banquete* por ejemplo, etc. Los dos corpus forman parte el uno del otro, hacen partido el uno con el otro. Se escriben uno a otro. El uno al otro, se dirigen una fabulosa correspondencia. La atesis de *Más allá...* pone en deriva al *Filebo* que no procede sino por "tesis" y series de "logoi" desde la primera palabra de Sócrates hasta el momento en que pide, es su última palabra, que le "dejen ir". Pero ese poner en deriva está él mismo programado por el discurso sobre el *apeiron*, lo indefinido del límite y la mezcla. Se podría hacer de ello una prueba minuciosa, toda la atesis freudiana recorre por lo menos virtualmente, estructuralmente, el sistema de los "logoi" socráticos sobre el placer. Lo sigue como una especie de partitura donde se ordenaría todo por lo menos sobre sus motivos mayores: sobre el de partición o partitura [*partición*] en primer lugar, el de límite también y de ilimitación, de medida y de exceso, de proceso "genético" opuesto al reposo del ser-en-sí, etc. No olvidemos que el intervalo singular entre la difiriencia y la oposición está marcado en la apertura misma del *Filebo* (12 e): ese intervalo nos ha parecido indispensable para la interpretación de *Más allá...*, incluso, por supuesto, si hemos desarrollado y deportado su tratamiento. No olvidemos que la cuestión del nombre y de la referencia abría también el *Filebo*. ¿A qué se llama placer? ¿Hay una unidad de esa cosa nombrada placer? ¿Puede darse un nombre propio (por ejemplo Afrodita) a un fenómeno tan adverso, polimorfo, inasible? (Sócrates desecha el nombre propio de la diosa cuyo testimonio acaba de evocar *Filebo*: su "nombre más verdadero" es "placer" (*edoné*) y el nombre propio no es bastante propio.) ¿Y si el placer no se produjera sino difiriendo de sí mismo, si sólo tuviera lugar bajo esta condición? Por muy suspendido y problemático que haya podido ser, el lenguaje corriente de Sócrates a Freud no ha podido evitar presuponer: se sabe, debe saberse lo que es Placer, aunque fuese como ese límite extraño, inasible entre dos límites, un más acá y un más allá que reducen un paso a nada.

Pas de plaisir [paso de placer, nada de placer], sin duda, pero es el placer el que incesantemente se limita, tratando consigo mismo, contrayéndose para prepararse a sí mismo, producirse, resolverse, regenerarse, perderse y guardarse al servicio de una función general de la cual él es la tendencia; entonces, igualmente, no hay más que Placer.

¿Es posible?

El párrafo siguiente lleva el enigma o la paradoja hasta su límite. Aparece en suma que el *principio del placer* hace la guerra al placer. Esta hostilidad se parece, por lo menos, a una hostilidad hacia uno mismo y su esquema una vez más no es ajeno a la partición o partitura del *Filebo*, ni al mensaje, incluso a la *lettre* [carta, letra] de Sócrates. El principio mismo de placer se manifestaría como una especie de contrapacer, banda contra

banda que viene a limitar al placer para hacerlo posible. Todo sucede entonces en unas diferencias de *bandage* [atadura, vendaje, tensión, erección]. La economía no es general. Se entiende a menudo por esa palabra una economía simplemente abierta a un gasto absoluto. Aquí, hasta en su derrumbe último, la economía sería estrictural.

¿Qué dice Freud? Que el PP extiende su dominio a medida que la cantidad de placer posible decrece. Los procesos primarios se distinguen de los secundarios por dos rasgos. Por una parte, es claro, son absolutamente originarios. Por otra parte, pueden engendrar sensaciones “mucho más intensas” que los procesos secundarios. Mucho más intensas en las dos direcciones, la del placer o la del displacer. Pero si la *Bindung* es el remplazamiento violento (atar, apostar, enviar por correo, suplir, relevar) de lo primario por lo secundario, de lo originario por lo suplementario, si esa deposición o esa transposición (*Umsetzung*) es la única que asegura el dominio del PP, llegamos a un resultado muy paradójico, a lo que Freud llama púdicamente “un resultado que en el fondo no es simple” (*im Grunde nicht einfachen Ergebnis*): es limitando la intensidad posible del placer o del displacer como el PP conquista su dominio. Éste sólo saca sus beneficios de una moderación. El problema, que él ha de resolver, remitimos una vez más al Filebo, es por cierto el de la *desmesura* esencial al placer. Esa desmesura es su común medida con el displacer y es esa comunicación la que hay que interrumpir: tal es la misión del PP. Sólo puede cumplirla moderando la fuerza o la intensidad, la del placer tanto como la del displacer. No puede dominar (por tanto debilitar) a la una sin dominar (por tanto debilitar) a la otra.

Si asegura su dominio, el principio *del* placer debe hacerlo pues en primer lugar *sobre* el placer y a expensas *del* placer. Se convierte así en el príncipe *del* placer, el príncipe cuyo placer es el sujeto hecho súbdito, sujetado o sometido, encadenado, ligado, apretado, fatigado. El juego se juega necesariamente en dos tableros. El placer pierde en la *medida* misma: en que hace triunfar su principio. Pierde a cada jugada, gana a cada jugada *en la medida* en que está allí antes de estar allí, desde el momento en que se prepara a su presencia, en que está todavía allí cuando se reserva para producirse, invadiendo todo más allá de sí mismo. Gana a cada jugada, pierde a cada jugada *en la medida*: su intensidad desencadenada lo destruiría inmediatamente si no se sometiera a la estrictura moderadora, a la medida misma. Amenaza de muerte: si ya no hay principio de placer ya no hay diferición *modificante* en principio de realidad. Lo que llamamos la realidad no es nada fuera de esta ley de la diferición. Es un efecto suyo. La estrictura produce el placer ligándolo. Juego entre dos infinitos, apostando y especulando sobre el plusvalor que le valdrá la restricción. De esa especulación, el PP, el amo, no es amo, sujeto o autor. Es solamente el encargado de misión, el emisario, un factor o cartero [*facteur*], casi diríamos un corredor. Placer, el gran especulador, calcula con los efectos de estrictura afrodisiaca (Sócrates no quería nada con el nombre propio de Afrodita). Ligando o dejándose ligar, *da lugar, hace un lugar* al dominio del PP, le deja regular la circulación en su lugar o en su puesto, limitando las cantidades de placer y dejándolas crecer sólo en la medida posible. El casi-nombre propio es la X que especula sin identidad, es la X (esa excitación desconocida de la que Freud decía que no se conocía nada de ella por definición y que convenía designarla algebraicamente) que calcula y pone en su lugar la propia trampa de su

relevamiento. La cosa se limita para acrecentarse. Pero si se limita, no se acrecienta. Si se limita absolutamente, desaparece. Inversamente, si puede decirse, si libera algo que sea tan cercano como sea posible al pp (ficción teórica), si pues *no se limita*, no se limita *nada*, se limita absolutamente: descarga absoluta, desbandada, anonadamiento o muerte.

La irresolución pertenece a esta lógica imposible. Es la estrictura especulativa entre la solución (no-ligazón, desencadenamiento, relajamiento *absoluto*: la absolución misma) y la no-solución (apretamiento absoluto, vendaje paralizante, etc.).

Este gran cálculo especulativo no tiene nada de teórico, no se efectúa del lado, *de parte* del investigador o del teórico psicoanalista que se interroga sobre las relaciones entre la compulsión de repetición y el más allá del PP. Por lo menos sólo está de ese lado en la medida en que está también del lado de la “cosa misma” o más de la Cosa, de la Otra Cosa.³ En el proceso de esa *Causa*, ninguna oposición ya entre placer y desplacer, vida y muerte, más acá y más allá. La gráfica del suplemento estrictural no es dialéctica, no procede en última instancia por oposiciones. Si produce necesariamente *efectos* dialécticos, por ejemplo toda la dialéctica llamada del amo y del esclavo, no conoce la negatividad, la carencia, la oposición: el deseo allí está sin “sin”, con un *sin* sin *sin*.⁴ No hay sino placer que se limita a sí mismo, dolor que se limita a sí mismo, con todas las diferencias de fuerza, de intensidad, de calidad que un conjunto, un corpus, un “cuerpo” puede soportar o dar-“se”, dejarse dar. Estando *dado* un conjunto, que no limitamos aquí al “sujeto”, al individuo, menos todavía al “yo”, al consciente o al inconsciente, como tampoco al conjunto como *totalidad* de partes, una fuerte estrictura puede dar lugar a “más” placer y dolor que, en otro “conjunto”, en otro juntamiento no sistémico, una estrictura menor. La fuerza de estrictura, la capacidad de *ligarse*, queda en relación con lo *que hay por ligar* (lo que da y se da a ligar), el poder ligante que lo liga a lo ligable. Una consecuencia entre otras, e incumbe a todo lo que se anuncia en la figura de la “liga”, de la bandeleta a la obligación del imperativo categórico, de las estricturas y restricciones más físicas a las alianzas más sublimes: un “conjunto” muy libre, tan desencadenado como sea posible, puede quedar, teniendo en cuenta las pocas fuerzas por ligar que hay, débilmente erotizado, débilmente hedonizado. E inversamente. Por supuesto, lo que decimos aquí vale ya para lo que llamamos el “conjunto” mismo. Si esta palabra debe remitir a una “unidad” que no es rigurosamente ni la del sujeto, ni la de la conciencia, del inconsciente, de la persona, del alma y/o del cuerpo, del socius o de un “sistema” en general, es preciso necesariamente que el conjunto en cuanto tal *se ligue* a sí mismo para constituirse como tal. Todo ser-conjunto, incluso si su modalidad no se limita a ninguna de las que acabamos de poner en serie, empieza por *ligar-se*, por un ligar-se en una relación diferencial consigo mismo. Se envía a sí mismo y se pone en la posta de esta manera. Se destina. Lo cual no quiere decir: llega.

¿Es todavía legítimo decir de semejante relación consigo misma de la estrictura que está débil o fuertemente erotizada, débil o fuertemente hedonizada? Freud ha situado la

³ Alusión, en el seminario sobre *La vida la muerte*, a otros seminarios organizados, durante tres años, bajo el título *La Cosa* (Heidegger/ Ponge, Heidegger/Blanchot, Heidegger/Freud) en la Universidad de Yale y en París. Darán lugar más tarde, tal vez, a otras publicaciones.

⁴ Cf. *Pas (op. cit.)* y “Le Parergon”, in *La vérité en peinture*, Flammarion, 1978.

Bildung antes del placer y antes del placer sexual. Con vistas a ese placer, sin duda, pero antes de él y sin él. El más acá y el más allá de la sexualidad trabajan silenciosamente. El PP, servido a su vez por algo presexual, trabaja también al servicio de la no-sexualidad. Su “dominio” no es más sexual que metasexual: movimiento análogo al que habíamos esbozado a propósito de lo “propio”. Habría, ligado a la estrictura y por ella, un valor de dominio que no sería ni vida ni muerte. Sería menos aún la prenda de una lucha de la conciencia o por el reconocimiento. Y la sexualidad no la determinaría ya en última instancia.

¿Hay dominio en este otro sentido? ¿dónde situarlo? ¿sobre qué y con vistas a qué especularía? No se trata de contestar a estas preguntas. Sino por el momento de rendirse a esta necesidad: si es preciso seguir rigurosamente, es decir si *es preciso* rendirse a lo que hay que encadenar *estrictamente*, si hay que reexpedir o dejar seguir en su consecuencia lo que se anuncia aquí bajo la palabra dominio, en el contexto que acaba de formarse, si *por consiguiente* hay que dirigirse más allá de la lógica oposicional o dialéctica con todo lo que ella encadena en su sistema, entonces la forma misma de nuestras preguntas (¿dónde? ¿sobre qué? ¿con qué miras? ¿en qué sentido? etc.) ya no basta. Y lo que va en ello es un “hay” (¿hay dominio?, preguntábamos) cuya prenda está por pensarse.⁵

En el corpus freudiano, el hilo conductor de semejante problemática, uno de sus hilos por lo menos, atraviesa una palabra y un concepto que hemos encontrado ya. Volviendo a la escena del *fort:da*, se podrían imputar todos los esfuerzos del nieto, en la repetición del juego, a una “pulsión de dominio” (*Bemächtigungstrieb*). Es por lo menos una de las interpretaciones posibles que Freud aventura de paso, antes de ensayar otra (inmediatamente después: “Pero se puede ensayar aún otra *Deutung*”).

Se trata pues de una simple alusión, pero lo que designa apela a la singularidad de una pulsión que no se dejaría reducir a ninguna otra. Y nos interesa tanto más cuanto que, irreductible a ninguna otra, parece tomar parte en todas las otras en la medida en que toda la economía del PP y de su más allá se regula sobre unas relaciones de “dominio”. Se puede entonces vislumbrar un privilegio casi trascendental de esta pulsión de dominio, pulsión de poder o pulsión de imperio. Esta última denominación me parece preferible: señala mejor la relación con el otro, incluso en el imperio *sobre sí*. Y además la palabra francesa (*emprise*) se pone en seguida en comunicación con el léxico del *dar*, del *tomar* (*prendre*), del *enviar* o del *destinar* que nos provoca aquí desde lejos y que nos ocupará pronto más directamente. La pulsión de imperio debe ser también la *relación consigo misma* de la pulsión: ninguna pulsión que no se vea empujada a ligarse a sí misma y a asegurarse el dominio de sí como pulsión. De donde la tautología trascendental de la pulsión de imperio: es la pulsión como pulsión, la pulsión de pulsión, la pulsionalidad de la pulsión. Se trata una vez más de una relación consigo mismo como relación con el otro, la autoafección de un *fort:da* que se da, se toma, se envía y se destina, se aleja y se acerca por su propio paso [o su propio no, *pas*] al otro.

Bemächtigung: la palabra y el concepto no han ocupado nunca el proscenio. Pero aparecen muy pronto: desde los *Tres ensayos* y por intermitencias después. El *Vocabulario*

⁵ La problemática del “Hay” [*Il y a*] (*Es gibt, There is*) fue abordada en otro seminario (*Dar el tiempo*) del que se publicarán algunos fragmentos más tarde.

de Laplanche y Pontalis lo señala claramente. *Más allá...* constituye precisamente un punto de referencia importante en ese trayecto, sobre todo en los pasajes relativos al sadismo. El componente sádico de la pulsión sexual puede llegar a “dominar” (*beherrschen*) toda la sexualidad. Se vuelve entonces, en lo que Freud ha llamado la “organización pregenital”, una pulsión parcial “dominante” (*als dominierender Partialtrieb*). Si tiende a destruir el objeto, ¿cómo deducirlo de Eros, pregunta Freud, desde el momento en que la función erótica se destina a la conservación de la vida? ¿No se trata “propiamente” de una pulsión de muerte desviada del Yo por la libido narcísica y reorientada hacia el objeto? Se le cree entonces al servicio de la función sexual: el “imperio amoroso” (*Liebesbemächtigung*), en la fase oral de la organización libidinal, coincide con la destrucción del objeto. Y en la fase genital el componente sádico se vuelve autónomo y tiende a apoderarse del objeto sexual, a dominarlo y a señorearlo violentamente, a ejercer sobre él su poder (*bewältigen*). Lo que se desencadena en la ambivalencia amor/odio cuando el “sadismo originario” ha permanecido puro y sin medida, sin mesura. *Bewältigung*, el ejercicio violento del poder, el imperio, es un concepto que Laplanche y Pontalis comparan justamente con *Bemächtigung* (imperio, poder, posesión). Ahora bien, si semejante pulsión de poder existe, si se le reconoce una especificidad, hay que admitir sin duda que desempeña un papel muy original en la organización más “metaconceptual” y “metalingüística”, la más “dominante” precisamente del discurso freudiano. Pues es efectivamente en el código del poder, y no es únicamente metafórico, donde la problemática se instala. Sigue tratándose de saber quién es el “*maitre*” [maestro-amo], quién “domina”, quién tiene la “autoridad”, hasta qué punto el PP ejerce el poder, cómo una pulsión puede hacerse independiente de él o precederle, cuáles son las relaciones de servicio entre el PP y el resto, lo que hemos llamado el príncipe y sus súbditos, etc. Los “puestos” y las “postas” son siempre puestos de poder. Y el poder se ejerce según la red de los puestos y lasostas. Hay una sociedad de las pulsiones, sean o no compositibles, y en el pasaje al que acabamos de referirnos (capítulo vi), la dinámica del sadismo es una dinámica del poder, una dinámica de la dinastía: una pulsión parcial debe acabar por dominar al conjunto del cuerpo pulsional y someterlo a su régimen; y si lo logra, es con la mira de ejercer la violencia de su imperio sobre el objeto. Y si ese deseo de imperio se ejerce en el interior como en el exterior, si define la relación consigo mismo como la relación con el otro de las pulsiones, si tiene una raíz “originaria”, entonces la pulsión de poder no se deja ya derivar. Ni el poder postal. En su autoheterología, la pulsión del poder postal es más originaria que el PP e independiente de él. Pero sigue siendo asimismo la única que nos permite definir una pulsión de muerte, y por ejemplo un sadismo originario. Dicho de otra manera, el motivo del poder es más originario y más general que el PP, es independiente de él, es su más allá. Pero no se confunde con la pulsión de muerte o la compulsión de repetición, nos da con qué describirlas y desempeña respecto de ellas, como respecto de un “dominio” del PP, el papel de predicado trascendental. Más allá del principio de placer -el poder.⁶ Es decir los

⁶ Lo que intentaba yo entonces en un seminario, a partir de una lectura o de un ejercicio “monográfico”, en las proximidades de un solo texto de Freud, ¿podría unirse o cruzarse de alguna manera con el proyecto que da su título al último libro de Laruelle, *Au-delà du prince de pouvoir* [*Más allá del principio de poder*] (Payot, 1978)? No puedo todavía medirlo bien. Sin tratar

puestos y las postas. Pero no por eso diremos, a pesar de la función trascendental a la que acabamos de aludir, más allá de la pulsión de muerte -el poder- o los puestos. Porque asimismo todo lo que describe bajo el encabezado de la pulsión de muerte o de la compulsión de repetición no por proceder de una pulsión de poder y tomar de ella todos sus rasgos descriptivos desborda menos al poder. Es a la vez la razón y el fracaso, el origen y el límite del poder. Sólo hay poder si hay principio o principio de principio. La función trascendental o metaconceptual pertenece al orden del poder. No hay pues más que diferenciencia de poder. De donde los puestos y las postas. Más allá de todas las oposiciones conceptuales, la *Bemächtigung* sitúa ciertamente uno de los cambiadores entre la pulsión de imperio, como pulsión de pulsión, y la “voluntad de poder”.

FORT:DA, EL RITMO

Tercer retorno de Nietzsche, tercer recurso circular antes de volver a partir. Este seminario habrá jugado el *fort:da* de Nietzsche.

Es el ritmo.

El placer es una especie de ritmo, dice un fragmento de 1884. Lo que hemos pretendido de *Más allá...* ¿es otra cosa que un ritmo, el ritmo de un paso [o un no, *pas*] que *vuelve* siempre, que vuelve de partir? ¿Que acaba siempre de volver a partir? Y si hay un tema, en la interpretación de este trozo, un tema más bien que una tesis, es tal vez el *rythmos*, y el ritmo del tema no menos que el tema de un ritmo.

Fort:da. Es preciso que el paso más normal comporte el desequilibrio, en sí mismo, para echarse hacia adelante, para hacerse seguir por otro, el mismo una vez más, que sea paso, y que el otro regrese, a lo mismo, pero como otro. Es preciso que el cojeo sea ante todo el ritmo mismo de la marcha, *unterwegs*. Antes de toda agravación accidental que pudiese venir a hacer renquear al cojeo mismo. Es el ritmo.

Si la especulación queda necesariamente irresuelta porque juega en dos tableros, banda contra banda, perdiendo en ganar y ganando en perder, ¿cómo asombrarse de que la cosa ande mal? Pero es preciso que la cosa ande mal para que marche; si es preciso, si es preciso que las cosas marchen, tienen que andar mal. Cojea ello, ¿no es cierto?

La alusión al cojeo, en la última línea del libro, está en relación oblicua, lateral, parpadeante con la andadura misma de Freud. Designa en primer lugar, es evidente, una ley del *progreso* científico; pertenece en esa medida a una especie de discurso del *método*. Pero se lee también en relación con la gestión o el *fort:da* de Freud. Diría yo incluso que es su relación, su relato contraído. Y su traducción. La cita del poeta lo remarca todo en una escena de escritura sin bordes, sin sutura teórica, desencajada según el gesto de un injerto protético.

directamente del texto freudiano, el libro de Laruelle se refiere a él y lo deporta en profundidad, más allá incluso de la parodia citacional de su título. Desde *Machines textuelles* [*Máquinas textuales*] (Le Seuil, 1976), *Nietzsche contre Heidegger* (Payot, 1977), *Le déclin de l'écriture* [*La declinación de la escritura*] (AubierFlammarion, 1977), una poderosa elaboración sigue allí su curso.

Se inmoviliza ello de pronto sobre el cojeo, en el momento de rebasar la última línea del texto. Pero cuidado, iba ello a partir de nuevo, se ponía a volver a partir una vez más. Iba a recomenzar. La última página, justo antes de que el gran especulador decida, sin que nunca podamos saber por qué, que “basta”, había estado a punto de proponer todavía un paso más, que hubiera sido, no lo dudemos, una vez más, un paso más para nada, para nada más que el ritmo.

La última página, es decir el último párrafo -lo mismo podría decirse párrafo, en este lugar-, comienza con el proyecto de un nuevo compromiso, de otra instauración, como si fuera preciso todavía instituir (*einzusetzen*) otra problemática, plantear de nuevo, e inaugurar. Aquí mismo. Pero es en condicional: *Hier wäre die Stelle, mit weiteren Studien einzusetzen*. Éste sería el lugar de iniciar nuevas investigaciones. Al final del párrafo, se hablará de nuevas cuestiones, de cuestiones “otras”, y de “otros medios”. Y sin embargo, en el momento de “abandonar” (provisionalmente) la partida, o más bien el camino, en el momento de dejar la ruta (debemos estar siempre listos, dice, a “abandonar, una vez más, una vía” [*einen Weg wieder zu verlassen*] que hemos seguido por un tiempo), en el momento de abandonar, una última alusión a la prótesis, al *Ersatz* suplementario. Son los creyentes inconsolables los que, después de haber “abandonado” (también, *aufgeben*) su catecismo, piden a la ciencia que les proporcione un *Ersatz* de él bajo la forma de un dogma invariable y de una progresión imperturbable. Pero después de haber descalificado esta representación del progreso científico, *Ersatz* consolador de la religión, pide tranquilamente al poeta que le “consuele” (*trösten*). El poema del cojeo debe consolar del paso demasiado lento con que progresa el conocimiento científico (...über die langsamen Fortschritte unserer wissenschaftlichen Erkenntnis trösten).

Va a caer el silencio, es el último párrafo, es también la última página. Aunque esta última escena del último acto parece no querer decir nada, nada más que “habría que comenzar o recomenzar”, aunque parece quedarse bastante silenciosa, en el fondo, se oye todavía algo en ella. Algo que no incumbe al silencio mismo (por ejemplo, Freud no dice allí literalmente, como la traducción le hace decir, que las pulsiones de muerte “parecen trabajar en silencio”, sino de manera no aparente, inadvertida, sin llamar la atención, *unauffällig*, a diferencia de las pulsiones de vida que están a su servicio). Algo que no incumbe al silencio sino al tiempo, a las unidades de tiempo y por lo tanto al ritmo. Las nuevas investigaciones por emprender se habrían referido, principalmente, a una cuestión de la que la “unidad de tiempo” constituye un término irreductible. Se trata de la hipótesis siguiente: ¿acaso, agradables o desagradables, las sensaciones de tensión están allí para permitirnos discernir entre procesos energéticos ligados y no ligados? ¿o bien están en relación con la magnitud absoluta, eventualmente con el nivel de la catexis, mientras que “la serie de los placeres o desplaceres indicaría la modificación (*Änderung*) de las cantidades de catexis en la unidad de tiempo”?

La “unidad de tiempo” (*Zeiteinheit*) no se recorta en el elemento homogéneo de una forma de la sensibilidad. Hay que señalarlo por lo menos, sin adentrarnos aquí en ese inmenso problema. He intentado situarlo en otro lugar (en *Freud et la scène de l'écriture*) y requiere una “explicación” sistemática entre, digamos, Freud y, por lo menos, por ejemplo, Aristóteles, Kant, Hegel, Husserl, Heidegger: sobre la cuestión del tiempo.

Inseparables de los fenómenos de *ligazón* (por lo tanto del placer-desplacer), dichas unidades de tiempo no pueden no ser también valores *métricos* y *rítmicos*. Más allá de la oposición, la diferencia y el ritmo. Más allá de un más allá cuya línea tendría que repartir, o sea que oponer entidades, más allá del más allá de oposición, más allá de la oposición, el ritmo.⁷

¿Puede pensarse el placer?

Se puede pensar en él. Entonces no podría ser cuestión de preguntarse, propiamente, lo que es. Es lo que se pide.

Se puede todavía comparar, traducir, transferir, triar, traficar. *Fort:da* de Nietzsche según el ritmo. El placer, lo compara, dice que *se* compara a una “especie de ritmo” en la serie de los menores dolores, y siempre según la diferencia de grados, del “más o menos”. Dice “tal vez”, y en un contexto donde su retórica parece adrede más desconcertante que nunca; dice tal vez y lo dice entre paréntesis “(Podría tal vez caracterizarse el placer en general como un ritmo de pequeñas excitaciones dolorosas)”. En otro lugar habla del placer, de una “especie de placer” y en ciertos “casos”, a condición de “cierta serie rítmica de pequeñas excitaciones dolorosas”. Entonces estamos en una lógica de la diferencia -que puede ser alteridad radical- y ya no de la oposición o de la contradicción: “El dolor es algo distinto del placer, quiero decir que *no* es su contrario.”

Otros rasgos aforísticos parecen esencializar el más allá del principio de placer: el dolor residiría en la esencia misma de la existencia, la voluntad de sufrir habitaría en el fondo de la vida, constituiría la aspiración misma de la voluntad de poder, la necesidad *diferencial* que no deja de acompañarse de resistencia. De seguir esta serie de enunciados, el más allá del principio de placer sería afirmación de la vida más bien que aspiración al regreso hacia lo inorgánico. Pero, ya lo hemos verificado, este último motivo está lejos de encontrarse ausente en los textos de Nietzsche. Es preciso pues (q.e.d.) tener en cuenta precisamente, en la lectura misma, tanto la diferencia serial como el ritmo. Pues otros rasgos vienen a escarnecer también a todos aquellos, a todas aquellas que se inquietan con la cuestión de saber lo que *triumfa* al fin y al cabo, lo que *manda* en este mundo, el placer o el dolor. Semejante cuestión debería abandonarse: al diletantismo filosófico, a las mujeres, dice él, y una vez más, por qué no, a los poetas, a ciertos poetas (precisa).

Todo esto se lee en el *Nachlass* de los años 80, alrededor de esta frase que ya no tengo ganas de traducir: “...*aber in plötzlichen Fällen kommt, wenn man genau beobachtet, die Gegenbewegung ersichtlich früher als die Schmerzempfindung. Es stünde schlimm um mich, wenn ich bei einem Fehltritt zu warten hätte, bis das Faktum an die Glocke des Bewusstseins schläge und ein Wink, was zu tun ist, zurücktelegraphiert würde. Vielmehr unterscheide ich so deutlich als möglich, dass erst die Gegenbewegung des Fusses, um den Fall zu verhüten, folgt und dann...*” Continuará.

⁷ Cf. ciertas indicaciones referentes al *rythmos* en “La double séance” (*La dissémination*, pp. 204 y 312) y más precisamente referidas a Freud (“Le problème économique du masochisme”) en *Glas* (p. 174) donde todo se regula sobre un “ritmo sacudido”, entre “cojear” [*boiter*] y “renguear” [*clocher*].

EL CARTERO DE LA VERDAD*

Le dan las gracias por las grandes verdades que acaba de proclamar - pues han descubierto (¡oh verificador de lo que no puede verificarse!) que todo lo que ha enunciado es absolutamente verdadero; - aunque al principio, confiesan esas buenas gentes, hayan tenido la sospecha de que bien podría ser una simple ficción. Poe responde que, por su parte, él nunca lo ha dudado.

BAUDELAIRE

PRETEXTOS HURTADOS

El psicoanálisis, supongamos, se encuentra.

Cuando se cree encontrarlo, es él, supongamos, el que se encuentra.

Cuando encuentra, supongamos, se encuentra - algo.

Contentarse con deformar aquí la gramática, como dicen, generativa, con estos tres o cuatro enunciados.

¿Dónde pues? ¿Dónde el psicoanálisis, ya, siempre, se encuentra?

Aquello en lo que se encuentra ello, si ello se encuentra, nombrémoslo texto. No sólo para recordar que la inscripción teórica y práctica del psicoanálisis (en el texto como "lengua", "escritura", "cultura", "mitología", "historia de las religiones, de la literatura, de la ciencia, de la medicina", etc., en el texto como campo "histórico", "económico", "político", "pulsional", etc., en el tejido heterogéneo y conflictual de la diferencia, definido en otro lugar como *texto general* y sin orillas) debe tener unos efectos que hay que tener en cuenta. Sino también para desbrozar el espacio de una cuestión determinada.

A menos que nos adentremos aquí en una lógica singular, el espacio en ella comprendería al género.

Por ejemplo: ¿qué sucede en el desciframiento psicoanalítico de un texto cuando éste, el descifrado, se explica ya él mismo? ¿Cuando dice más que el descifrante (deuda reconocida más de una vez por Freud)? ¿Y sobre todo cuando inscribe *por añadidura* en sí la escena del desciframiento? ¿Cuando despliega más fuerza en escenificar y deriva el proceso analítico, hasta en su última palabra, por ejemplo la verdad?

Por ejemplo la verdad. Pero la verdad, ¿es un ejemplo? ¿Qué es lo que pasa -y lo que se pasa por alto- cuando un texto, por ejemplo una ficción llamada literaria -pero una vez más ¿es eso un ejemplo?- pone en el escenario la verdad? ¿cuando delimita en ella la lectura analítica, asigna su posición al analista, le muestra buscando la verdad,

* Primera publicación en *Poétique* 21, 1975, número especial compuesto por Philippe Lacoue-Labarthe bajo el título de *Littérature et philosophie mêlées*.

encontrándola incluso, sosteniendo un discurso sobre la verdad del texto y luego profiriendo en general el discurso de la verdad, la verdad de la verdad? ¿Qué es lo que pasa entonces por alto un texto capaz de semejante escena? ¿y seguro, en su programa, de situar el atareamiento analítico en lucha con la verdad?

Ese desbordamiento no traduce el dominio de un autor, menos todavía el sentido de la ficción. Sería más bien el efecto regular de una complejidad energética. La verdad representaría allí un trozo: sacado, por el filósofo o por el analista, del interior de un funcionamiento más poderoso.

Como apólogo o pretexto parabólico, y para recitar en primer lugar la cuestión de cierto coeficiente multiplicador de la verdad, abro la *Traumdeutung* más o menos por la mitad.

Interrogando a la historia de la represión entre *Edipo rey* y *Hamlet*, aplastando todas las diferencias entre: 1. "el Edipo", 2. la leyenda y 3. la tragedia de Sófocles, Freud establece una regla: pertenece a la "elaboración secundaria del material" (*sekundären Bearbeitung des Stoffes*) todo lo que, en un texto, no constituye el núcleo semántico de dos "sueños típicos" que acaba de desbrozar (incesto con la madre y asesinato del padre), todo lo que es ajeno a la desnudez absoluta de ese contenido onírico. Las diferencias formales (textuales en el sentido corriente) que vienen, como desde fuera, a afectar a esa estructura semántica, aquí "el Edipo", constituyen así elaboraciones secundarias. Por ejemplo cuando se ha visto en *Edipo rey* una tragedia del destino, un conflicto entre los hombres y los dioses, un drama teológico, etc., se ha tomado por lo esencial lo que seguía siendo un tejido sobrevenido, un ropaje, un disfraz, un material textil añadido al *Stoff* propiamente dicho para enmascarar precisamente su desnudez.

El desnudamiento de ese *Stoff*, el descubrimiento del material semántico, tal sería el fin del desciframiento analítico. Poniendo al desnudo el sentido detrás de los disfraces formales, desconstituyendo el trabajo, exhibe el contenido primario bajo las elaboraciones secundarias.

La desnudez del sentido oculto bajo las formas veladoras de la elaboración secundaria, ¿es una metáfora? ¿Una metáfora para decir la metaforicidad? Bouhours, citado por Condillac en *De l'art d'écrire*: "Las metáforas son velos transparentes que dejan ver lo que cubren, o vestido de máscara, bajo los cuales se reconoce a la persona que está enmascarada."

Después de haber opuesto el contenido semántico (primario) a la elaboración formal (secundaria), Freud remite entre paréntesis a lo que decía un poco más arriba de los sueños de exhibición: "El resto de su puesta en forma (*Ihre weitere Gestaltung*) proviene de una elaboración secundaria del material sujeta a las equivocaciones y que trata de hacerlo utilizable para fines teológicos. (Cf. El material de los sueños de exhibición, p. 206.)"

Exhibición, desnudamiento, desvestimiento, develamiento, ya conocemos la gimnasia: es la metáfora de la verdad. Se puede decir igualmente la metáfora de la metáfora, la verdad de la verdad, la verdad de la metáfora. Cuando Freud pretende poner al desnudo el *Stoff* originario bajo los disfraces de la fábrica secundaria, prevé la verdad del texto. Éste estaría ordenado, desde su contenido originario, según su verdad desnuda, pero también según la verdad como desnudez.

El subcapítulo al que nos remite Freud es muy corto: cuatro páginas. Trata de ciertos sueños de vergüenza o de confusión (*Verlegenheitsstraum*). Es de su desnudez (*Nacktheit*) de lo que el soñador se siente azorado. Las cuatro páginas comprenden de dos a cuatro referencias literarias. Dos a cuatro puesto que se trata cada vez de un “primer” texto retomado y transformado por un “segundo”: Homero por Keller, Andersen por Fulda, lo cual, lo mismo que el recurso *ilustrativo* a un material literario, no suscita aquí ninguna pregunta por parte de Freud.

Sueños de desnudez, pues, que provocan un sentimiento de pudor o de vergüenza (*Scham*). No son “típicos”, precisamente, sino a partir de su asociación con el azoro, la confusión, el malestar. Ese “núcleo de su contenido” puede después prestarse a toda clase de transformaciones, de elaboraciones, de traslaciones. La desnudez da lugar a sustitutos. La falta de vestido, el desvestimiento (*Entkleidung, Unbekleidung*) se desplaza sobre otros atributos. El mismo núcleo típico organiza el sueño del antiguo oficial empujado a la calle sin sable, sin corbata, o vestido con un pantalón civil a cuadros. Todos los ejemplos propuestos por Freud conciernen a hombres, y a hombres que exhiben la falta de un atributo fálico, afectados más bien de esa actividad exhibicionista. Más precisamente aún: la desnudez no exhibe el pene o la ausencia de pene, sino la ausencia del falo como atributo que suple una falla posible, la ausencia del doble colosal. Se anuncia ya cierta cadena: verdad-mujer-sin-velos-castración-pudor. Schreber: “Además era bien sabido de las almas que si la voluptuosidad masculina resulta ciertamente estimulada a la vista de las desnudeces femeninas, mientras que inversamente la voluptuosidad femenina no queda estimulada, o queda por lo menos en una medida mucho menor, a la vista de desnudeces masculinas, las desnudeces femeninas, por su lado, tienen un efecto igualmente estimulante en los dos sexos.”

Otra invariante típica: el contraste entre la vergüenza insoportable del soñador y la aparente indiferencia de quienes le rodean. El soñador es el único que se ve desnudo. Y por verse desnudo está solo. He aquí algo, dice Freud, que “da qué pensar”. Todo sucede como si dos partes, dos “trozos” (*Stücke*) se ajustasen mal en el sueño. La gente de alrededor *debería* mirar, burlarse, enfadarse, no lo hacen. Hay aquí una fuerza o una moción que el deseo del soñador ha debido apartar. Sólo la otra moción, la exhibicionista, permanece y conserva su poder (*Macht*). Lo típico de tal sueño es precisamente esta “contradicción”. Para describirla, para explicarla también, Freud necesita un ejemplo, una ilustración literaria, lo que él llama un “interesante testimonio” del que casualmente “disponemos” (*Wir besitzen ein interessantes Zeugnis dafür*). Disponemos de un interesante testimonio: es el gesto, y la frase, de Benveniste refiriéndose a las categorías de Aristóteles lo que vendría como anillo al dedo para ilustrar su demostración.¹ Tendremos otro ejemplo de esa jubilación ilustrativa que trata al elemento mismo de su discurso “científico” como un maravilloso paradigma que *se encuentra allí*, felizmente disponible para el discurso enseñante. Lo más frecuentemente bajo la forma de una fábula, de una historia, de un cuento. “Es en efecto el fondo de un cuento (*Märchen*) que a todos nos es bien conocido en la versión de Andersen (*El traje nuevo del emperador*) y del que L. Fulda,

¹ He intentado analizar el esquema y las implicaciones de este procedimiento en “Le supplément de copule” in *Marges*.

más recientemente, ha desarrollado una adaptación poética bajo el título de *El talismán*. El cuento de Andersen nos relata la historia de dos impostores que tejen para el emperador un traje precioso, que sin embargo no ha de ser visible sino para los buenos y leales súbditos. El emperador sale vestido con ese traje invisible y todos, atemorizados por la fuerza de ese tejido que los pone a prueba, hacen como si no notaran la desnudez del emperador.

“Pero tal es por cierto la situación de nuestro sueño. No es muy aventurado suponer que el contenido incomprensible del sueño (*der unverständliche Trauminhalt*) ha incitado a buscar una *Einkleidung* [la palabra importa aquí más que nunca: la traducción francesa dice “*fable*” <fábula>, reduciendo el pliegue metafórico, aquel mismo que quiero señalar aquí y que Freud había empezado también por borrar], un disfraz [un traje que disimula y transviste] en el cual la situación cuyo recuerdo estaba presente ante nosotros se volviese rica de sentido (*sinnreich*). Ésta [la situación] queda así privada (*beraubt*) de su significación originaria (*ursprünglichen Bedeutung*), vuelta disponible para fines ajenos. Pero comprenderemos que semejante incomprensión del contenido onírico por la actividad de pensamiento consciente de un segundo sistema ocurre con frecuencia y hay que reconocer en ello un factor (*Faktor*) de la formación definitiva del sueño.”

Freud da entonces la clave de la “transcripción” (*Umdeutung*): “El impostor es el sueño, el emperador es el soñador mismo, y la tendencia moralizadora [el pudor de aquellos que, buenos súbditos, no pueden o no quieren ver la desnudez del rey] delata una oscura noción de que se trata, en el contenido latente del sueño, de deseos ilícitos, sacrificados a la represión. Las asociaciones que he encontrado al analizar esta clase de sueños en los neuróticos no dejan ninguna duda al respecto: en el cimiento del sueño se encuentra un recuerdo de la primera infancia. Si hubo un tiempo en que fuimos exhibidos escasamente vestidos (*in mangellzafter Bekleidung*) ante los ojos de nuestros padres así como de extraños, criados, servidores, visitas, fue sin duda en nuestra infancia y entonces no teníamos vergüenza de nuestra desnudez.* [Nota de Freud.* Pero el niño aparece también en el cuento, puesto que en él un niño pequeño grita de repente: ‘Pero si no lleva verdaderamente nada encima.’]”

Freud no presta ninguna atención a un pliegue del texto, a una complicación estructural que envuelve su discurso. Éste tiene que encontrarse infaliblemente allí.

¿Qué enuncia en primer lugar? Que el relato literario es una elaboración secundaria y, como tal, una *Einkleidung*, tal es su término, un traje formal, un revestimiento, el transvestimiento de un sueño típico, de su contenido originario e infantil. El cuento disimula o disfraza la desnudez del *Stoff*. Como todos los relatos, como todas las elaboraciones secundarias, vela una desnudez.

Ahora bien, ¿cuál es la naturaleza de la desnudez que recubre así? Es la naturaleza de la desnudez: el sueño de desnudez mismo y su afecto esencial, el pudor. Pues la naturaleza de la desnudez velada/develada así es que la desnudez no pertenece a la naturaleza y que tiene su verdad en el pudor.

El tema oculto de *El traje nuevo del emperador* es el tema oculto. Lo que la *Einkleidung* formal, literaria, secundaria vela y devela es el sueño de velamiento/develamiento, la unidad del velo (velamiento/develamiento), del transvestimiento y del desnudamiento.

Tal unidad se encuentra, en una estructura indestrenzable, puesta en escena bajo la forma de una desnudez y de un traje invisibles, de un tejido visible para unos, invisible para otros, desnudez a la vez inaparente y exhibida. La misma tela esconde y muestra el *Stoff* onírico, es decir asimismo la verdad de lo que está presente sin velo. Si se toma en cuenta la ecuación más que metafórica entre velo, texto y tejido, el texto de Andersen tiene por tema el texto. Más precisamente la determinación del texto como velo en el espacio de la verdad, la reducción del texto a un movimiento de la *aletheia*. Pone en escena el texto de Freud cuando éste nos explica que el texto, por ejemplo el del cuento, es una *Einkleidung* de la desnudez del sueño de desnudez. Lo que Freud enuncia de la elaboración secundaria (el texto explicante de Freud) se encuentra ya escenificado y representado de antemano en el texto explicado (el cuento de Andersen). Éste describía *también* la escena analítica, la posición del analista, las formas de su discurso, las estructuras metafórico-conceptuales de lo que busca y de lo que encuentra. Un texto se encuentra en el otro.

¿No habría pues ninguna diferencia entre los dos textos? Sí, claro, cantidad de diferencias. Pero su co-implicación es sin duda más retorcida de lo que se creería. Se dirá que el texto de Freud tiene valor o pretensión científica: no es una ficción literaria. Pero ¿cuál es su criterio de última instancia para semejante separación? Su evidencia no parece asegurada ni desde el punto de vista formal ni desde el punto de vista semántico. Se podrá decir que sus contenidos son equivalentes, quieren decir la misma cosa. En cuanto a la “forma” del texto freudiano, no pertenece al discurso científico tradicional más que a un género ficcional clasificado. La *Traumdeutung* ¿se remite al *Traje nuevo* como el enunciado de una ley a la narración de una singularidad? Pero la singularidad es aquí de lenguaje, el acontecimiento desaparece aquí en los velos en que se implica el discurso de la ciencia (el rey, la ley, la verdad, la desnudez, etc.).

Si queremos distinguir la ciencia de la ficción, recurriremos finalmente al criterio de verdad, y si nos preguntamos “¿qué es la verdad?” caeremos pronto, más allá de los relevos de la adecuación o de la *homoiosis*, al valor de develamiento, de revelación, de desnudamiento de lo que está, tal como es, en su ser. ¿Quién pretenderá entonces que *El traje* no pone en escena la verdad misma? ¿la posibilidad de lo verdadero como desnudamiento? ¿y desnudamiento del rey, del amo, del padre, de los súbditos? Y si la vergüenza del desnudamiento tuviese algo que ver con la mujer o con la castración, la figura del rey desempeñaría aquí todos los papeles.

Una “literatura” puede pues producir, poner en escena, y en primer término algo así como la verdad. Es pues más poderosa que la verdad de que es capaz. Semejante “literatura” ¿se deja leer, interrogar, incluso descifrar a partir de esquemas psicoanalíticos que incumben a lo que ella misma produce? El desnudamiento del desnudamiento, tal como lo propone Freud, el desnudamiento del motivo del desnudamiento tal como sería elaborado o disfrazado (*eingekleidet*) secundariamente por el cuento de Andersen, éste lo habrá exhibido/disimulado de antemano en una escritura que no pertenece pues ya al espacio de la verdad decidible. Según una estructura “abismal” que queda por determinar, ese espacio resulta desbordado por poderes de simulacro. La escena analítica, desnudamiento y desconstitución de la *Einkleidung*, *El traje nuevo del emperador* la produce en una escena de escritura que desnuda, como si nada, el sentido maestro, el amo del sentido, el

rey de la verdad y la verdad del rey. El psicoanálisis se encuentra -todo lo que encuentra- en el texto que descifra. Más que él mismo. ¿Cuáles son las consecuencias de esto, en cuanto a la verdad y en cuanto al texto? ¿Adónde somos arrastrados?

LA DEMASIADA EVIDENCIA O LA FALTA EN SU LUGAR

a little too self evident

La prenda de esta pregunta puede evaluarse según medidas muy diversas. En los límites del campo cultural al que me refiero y teniendo en cuenta un análisis emprendido en otro sitio,² creo que la elaboración de esta problemática debe hacer escala, hoy, en la lectura que Jacques Lacan ha propuesto de Freud. Más estrechamente, en el espacio de que dispongo aquí, del Seminario sobre *La carta robada*.

En Francia, la “crítica literaria” marcada por el psicoanálisis no había planteado la cuestión del texto. Su interés se encontraba en otra parte, y su riqueza. Se puede decir esto sin injusticia, al parecer, de la psicobiografía de Marie Bonaparte, de los psicoanálisis de la imaginación material, del psicoanálisis existencial, de la psicocrítica, de una fenomenología tematista teñida de psicoanálisis, etcétera.

Muy diferente es el caso del Seminario sobre *La carta robada*. Por lo menos eso parece. Aunque Lacan no se haya interesado directa y sistemáticamente en el texto que llaman “literario”, aunque la problemática de *Das Unheimliche* no intervenga, que yo sepa, en su discurso, la cuestión *general* del texto está en obra allí constantemente. La lógica del significante interrumpe el semantismo ingenuo. Y el “estilo” de Lacan estaba hecho para frustrar mucho tiempo todo acceso a un contenido aislable, a un sentido unívoco, determinable más allá de la escritura.

Otros tres motivos de nuestro interés. Incumben más precisamente al Seminario sobre *La carta robada*.

1. Se trata de Poe, de un ejemplo de esa literatura llamada fantástica que moviliza y desborda *Das Unheimliche*.

² *Passim* y, más puntualmente, siguiendo la pauta escabullida de ciertas notas, todas activas en su programa sacando a descubierto pequeños textos de Freud, prudentemente abandonados en los rincones, animales-máquinas agazapados en la sombra y que amenazan la seguridad de un espacio y de una lógica. Debo presuponer aquí particularmente “Freud et la scène de l’écriture” (en cuanto a la *Nota sobre la pizarra mágica*, 1925) in *L’écriture et la différence* (1966-67), “La double séance” (en cuanto a *Das Unheimliche*, 1919, ver sobre todo las notas 25, 44 y 56), *Hors livre* (en cuanto a *Das Medusenhaupt*, 1922, ver la nota 24) in *La dissémination* (1969-72). Una nota de *Positions* (1971-72, p. 118) anunciaba esta lectura del Seminario sobre *La carta robada* que fue objeto de una conferencia en la universidad Johns Hopkins en noviembre de 1971.-Remito permanentemente, en cuanto a Freud, a los trabajos de Sarah Kofman (*L’enfance de l’art*, Payot, 1970 [*El nacimiento del arte*, Siglo XXI, 1977], *Camera obscura - de l’idéologie*, Galilée, 1973, *Quatre romans analytiques*, Galilée, 1974) y de Jean-Michel Rey, *Parcours de Freud*, Galilée, 1974. Y para una lectura rigurosa de Lacan, al libro fundamental e indispensable de Jean-Luc Nancy y Philippe Lacoue-Labarthe, *Le titre de la lettre*, Galilée, 1973.

2. Aunque no sea el primero en fecha de los *Escritos* de Lacan, el Seminario viene a la cabeza del volumen, anunciado por una obertura que le concede un lugar estratégico determinante.³ Y desde la apertura, el análisis de *La carta robada* queda anticipado desde un horizonte: la cuestión de la verdad en su relación con la ficción. Después de haber otorgado al Seminario “el privilegio de abrir su continuación [de los *Escritos*] a pesar de la diacronía de ésta”, Lacan nombra lo que no es “más fingido que la verdad cuando habita la ficción”. Habitar la ficción, para la verdad, ¿es hacer a la ficción verdadera o a la verdad ficticia? ¿Es ésta una alternativa? ¿verdadera o ficticia?

3. Finalmente, el Seminario pertenece a una investigación sobre el “automatismo de repetición” (*Wiederholungszwang*) que, en el grupo de los textos de 1919-1920 (*Jenseits, Das Unheimliche*), transforma, por lo menos en principio (cf. *La double séance*, notas 44 y 56), la relación del psicoanálisis con la ficción literaria. Todo el trabajo de Lacan supone que se tome en serio la problemática de *Jenseits*, aquella misma que parece, a tantos psicoanalistas, mitológica, poética, especulativa. Se trata pues de volver a tomar a cargo el *Wiederholungszwang* y de proseguir su consecuencia en una lógica del significante: “Nuestra investigación nos ha llevado hasta el punto de reconocer que el automatismo de repetición (*Wiederholungszwang*) toma su principio en lo que hemos llamado la *insistencia* de la cadena significante. Esa noción, a su vez, la hemos puesto de manifiesto como correlativa de la *ex-sistencia* (o sea: del lugar excéntrico) en que nos es preciso situar al sujeto del inconsciente, si debemos tomar en serio el descubrimiento de Freud.” Son las primeras líneas del Seminario.

Y éste demostrará en efecto “la preeminencia del significante sobre el sujeto”, “la supremacía del significante en el sujeto”. Al igual que el sentido, el sujeto no es el dueño o el autor del significante. No es quien manda, emite u orienta, da lugar, sentido u origen. Si hay un sujeto *del* significante, es por estar sometido a la ley del significante. Su lugar está asignado por el recurso del significante, por su topología literal y por la regla de sus desplazamientos. Primera consecuencia: ese análisis de un texto “literario” prescinde⁴ de toda referencia al autor (Freud no creyó nunca deber eximirse de ella), a Poe cuya psicobiografía organiza todo el análisis de Bonaparte. Esto en cuanto a la referencia al

³ Pronunciado en 1955, escrito en 1956, publicado en 1957, fue en 1966 cuando el Seminario recibió su lugar a la cabeza de los *Escritos*, siguiendo un orden que, aun no siendo ya cronológico, no depende quizá simplemente del sistema teórico-didáctico. Organiza tal vez cierta escena de los *Escritos*. La necesidad de esa precedencia se encuentra en todo caso confirmada, recordada, subrayada por la presentación de los *Écrits* en la colección “Points” (1970): “...se pondrá esto a prueba con el texto que aquí conserva el puesto de entrada que tiene en otro lugar...” A quien plazca limitar el alcance de las preguntas planteadas aquí, nada le prohíbe contenerlas en el lugar que su “autor” da a ese Seminario: puesto de entrada. “*Le poste* [el puesto] no difiere de *la poste* [el correo o la posta] sino por el género”, dice Littré.

⁴ Precisémoslo en seguida para mayor claridad: prescinde casi totalmente, prescinde en apariencia, lo comprobaremos más abajo.

En varias ocasiones, los *Escritos* denuncian la “resistencia” que delata en el analista la referencia psicobiográfica al escritor. Suscribiendo esa sospecha, se puede extenderla a cierta neutralización formalista de los efectos de signatura. Eso supone la apertura de otro espacio (teórico y más que teórico) para la elaboración de estas cuestiones. Ese mismo que hemos emprendido.

autor del texto. Pero éste no es “el autor de la carta” [o de la letra, *lettre*] cuya *circulación* (subrayo yo) interroga Lacan. Ahora bien, otra consecuencia, “el autor de la carta”, él también, “queda fuera de juego”. “Desde ese momento la responsabilidad del autor de la carta pasa al segundo rango junto a aquella que la detenta” (p. 28) [p. 22].* Hay detentación pero no propiedad de la carta. Ésta no sería nunca poseída, ni por su emisor ni por su destinatario. “Decimos: que la detenta, y no: que la posee. Pues queda claro desde ese momento que la propiedad de la carta no es menos impugnable para su destinataria que para cualquiera a cuyas manos pueda llegar...”

Esa carta, aparentemente, no tiene pues propietario. No es aparentemente la propiedad de nadie. No tiene ningún sentido propio, ningún contenido propio que importe, en apariencia, a su trayecto. Es pues estructuralmente volante y robada [*volée*]. Y ese *vol*, vuelo o robo, no se daría si tuviera un sentido o por lo menos si estuviera constituida por el contenido de su sentido, si se limitara a tener sentido y a estar determinada por la legibilidad de ese sentido: “Y así la movilización de la gente bien cuyos escauceos seguimos aquí no tendría sentido, si la carta, por su parte, se contentase con tener uno” (p. 26) [p. 20].

Lacan no dice que la carta no tiene sentido: no se contenta con tener uno. Puede entenderse: tener sentido, y hay otra cosa, más o menos, que sentido, en esa carta que se desplaza y moviliza. Se puede entender también: tener uno, uno solo, y esa multiplicidad posible daría el movimiento. En todo caso, sentida, según Lacan, la carta, por su parte, no se contenta con tener uno. ¿Qué sucedería si se demostrara que sentido, según Lacan, la carta, por su parte, se contenta con tener uno, y uno solo? No hemos llegado todavía a eso.

Que el significante no pueda en apariencia dejarse conducir de vuelta a su origen emisor, que no dependa ni del significado, ni del sujeto al que determina por el contrario por sus movimientos (“el desplazamiento del significante determina a los sujetos en sus actos”), es cosa que *tendría* pues por consecuencia el que el significante, en su letra, como texto sellado y como localidad, permanece y cae a fin de cuentas. *Tendríamos* así dos restos: 1. Un resto que puede destruirse precisamente porque está de más. El ministro ha depositado una carta para remplazar la que ha robado: “Un *resto* que ningún analista descuidará, adiestrado como está a retener todo lo que hay significativo sin que por ello sepa siempre en qué utilizarlo: la carta, dejada a cuenta por el ministro, y que la mano de la Reina puede ahora estrujar en forma de bola” (p. 13) [p. 7]. 2. Un resto indestructible, precisamente porque se hurta, la insistencia “inolvidable” de la carta robada que determina la repetición y la “persistencia de la conducta”: “El ministro pues no está *absolutamente* loco en ese estancamiento de locura, y por eso debe comportarse según el modo de la neurosis. Como el hombre que se ha retirado a una isla para olvidar, ¿qué?, lo ha olvidado -así el ministro, por no hacer uso de la carta, acaba por olvidarla. Es lo que expresa la persistencia de su conducta. Pero la carta, como tampoco el inconsciente del neurótico, no lo olvida. Olvida tan poco que lo transforma cada vez más en la imagen de aquella que la ofreció a su sorpresa, y que ahora va a ceder siguiendo su ejemplo a una sorpresa semejante.

* [Véase lo que se dice sobre estas citas al final de la nota del traductor. T.]

“Los rasgos de esta transformación son anotados, y bajo una forma lo bastante característica en su gratuidad aparente para conectarlos válidamente con el retorno de lo reprimido” (p. 34) [p. 28].

Si la crítica de cierto semantismo constituye una fase indispensable en la elaboración de una teoría del texto, se puede entonces reconocer ya en el Seminario un avance muy nítido en relación con toda una crítica psicoanalítica posfreudiana. Sin precipitación hacia el contenido semántico, incluso temático de un texto, la organización del significante se tiene allí en cuenta. En su materialidad como en su formalidad.

En su materialidad: no la materialidad empírica del significante sensible (*scripta manent*), sino la que consiste por una parte en cierta *indivisibilidad* (“esta materialidad es *singular* en muchos puntos, el primero de los cuales es no soportar la partición. Rompamos una carta [o letra: *lettre*] en pedacitos: sigue siendo la carta [o letra] que es, y esto en un sentido muy diferente) de que la *Gestalttheorie* no puede dar cuenta con el vitalismo larvado de su noción de todo” (p. 24) [p. 18], por otra parte en cierta *localidad*. Localidad a su vez no empírica y *no real* puesto que da lugar a lo que no está donde está, “falta en su lugar”, no se encuentra donde se encuentra o también (pero ¿será lo mismo?) *se encuentra* donde *no se encuentra*. Los valores de indivisibilidad (pretil de la partición) y de la localidad son ellos mismos, aquí, indisociables, se condicionan uno a otro y tendremos que interrogarlos más tarde simultáneamente. En algún sitio tendrían tal vez por función el pegarnos, hacernos llegar, una vez más, a lo que liga propiamente la signatura [*seing*] a lo singular. La unidad del significante sería su aval a cambio de una seguridad que recibe de ello. Pero todavía no llegamos a eso. Tenemos aquí primero lo que suelda, bajo el concepto de *letra* o de *materialidad del significante*, lo indivisible y lo local: “Pero si es en primer lugar en la materialidad del significante en lo que hemos insistido, esa materialidad es *singular* en muchos puntos, el primero de los cuales es no soportar la partición. [...] Es que el significante es unidad por ser único, no siendo por su naturaleza símbolo sino de una ausencia. Y así no puede decirse de la carta robada que sea necesario que, a semejanza de los otros objetos, esté o no esté en algún sitio, sino más bien que a diferencia de ellos, estará y no estará allí donde está, vaya adonde vaya. [...] Es que no puede decirse *a la letra* que falte en su lugar sino de aquello que puede cambiar de lugar, es decir de lo simbólico. Pues en cuanto a lo real, por mucho trastorno que podamos aportarle, está siempre y en todo caso en su lugar, lo lleva pegado a la suela, sin conocer nada que pueda exiliarlo de él” (pp. 24-25) [pp. 18-19].

Cuestión de la letra, cuestión de la materialidad del significante: bastará tal vez cambiar una letra, tal vez menos que una letra en la locución “*manque à sa place*” [“falta en su lugar”], introducir una *a* sin acento, para hacer aparecer que si *le manque a sa place* [la falta tiene su lugar] en esa topología atomística del significante, si ocupa en ella un lugar determinado, de contornos definidos, el orden no habrá quedado nunca perturbado: la letra volverá a encontrar siempre su lugar propio, una falta circunvenida (no empírica, ciertamente, sino trascendental, es aún mejor y más seguro), estará allí donde habrá estado siempre, habrá debido estar siempre, intangible e indestructible a través del rodeo de un trayecto *propio* y propiamente *circular*. Pero todavía no llegamos a eso.

Lacan está pues atento a la letra, o sea a la materialidad del significante. A su formalidad también, la cual, lo mismo que el lugar del átomo literal, determina al sujeto: “La subjetividad en su origen no es de ningún modo incumbencia de lo real, sino de una sintaxis que engendra allí la marca significante” (P. 50) [p. 44].

Ruptura con el semantismo y el psico-biografismo ingenuos, elaboración de una lógica del significante (en su materialidad literal y en su formalidad sintáctica), toma a cargo de la problemática de *Más allá del principio de placer*, tales son las formas más generales de un avance legible, a la primera mirada, en el Seminario. Pero el exceso de evidencia requiere siempre el suplemento de encuesta.

Ahora hay que acercarse, releer, interrogar.

Desde el comienzo, reconocemos el paisaje clásico del psicoanálisis aplicado. Aquí a la literatura. El texto de Poe, cuyo estatuto nunca es interrogado -Lacan lo llama simplemente “ficción”-, se encuentra convocado como un “ejemplo”. Ejemplo destinado a “ilustrar”, en un proceso didáctico, una ley y una verdad que forman el objeto propio de un seminario. La escritura literaria aparece aquí en posición *ilustrativa*: ilustrar quiere decir aquí dar a leer la ley general sobre el ejemplo, hacer claro el sentido de una ley o de una verdad, manifestarlos de manera palmaria o ejemplar. El texto está al servicio de la verdad, y de una verdad además enseñada: “Por eso hemos pensado en ilustrar para ustedes hoy la verdad que se desprende del momento del pensamiento freudiano que estudiamos, a saber que es el orden simbólico el que es, para el sujeto, constituyente, demostrándoles en una historia la determinación principal que el sujeto recibe del recorrido de un significante.

“Es esa verdad, observémoslo, la que hace posible la existencia misma de la ficción” (p. 12) [p. 6].

Ilustración una vez más, y de una enseñanza, la de Freud: “Lo que Freud nos enseña en el texto que comentamos, es que el sujeto sigue el desfiladero de lo simbólico, pero lo que encuentran ustedes ilustrado aquí es todavía más impresionante: no es sólo el sujeto sino los sujetos, tomados en su intersubjetividad, los que toman la fila...” (p. 30) [pp. 23-24].

La “verdad que se desprende del momento del pensamiento freudiano que estudiamos”, la verdad bajo la que se ordenará la ilustración literaria más decorativa y más pedagógica, no es, ya lo veremos, tal o cual verdad, es la verdad misma, la verdad de la verdad. Da al Seminario su alcance rigurosamente filosófico.

Se identifica entonces la práctica más clásica. No sólo la de la “crítica literaria” filosófica, sino igualmente la de Freud cada vez que pide a la literatura ejemplos, ilustraciones, testimonios, confirmaciones para un saber, una verdad, unas leyes de las que trata en otros lugares de otro modo. Por otra parte, si los enunciados lacanianos sobre la relación entre ficción y verdad son en otros lugares menos claros y menos unívocos, aquí el orden no deja ninguna duda. “La verdad habita la ficción”, esto no se entiende en el sentido un poco perverso de una ficción más poderosa que la verdad que la habita y a la que inscribe en sí. En verdad, la verdad habita la ficción como el dueño de la casa, como la ley de la casa, como la economía de la ficción. La verdad hace la economía de la ficción,

dirige, organiza y hace posible la ficción. “Es esa verdad, observémoslo, la que hace posible la existencia misma de la ficción” (p. 12) [p. 6].

Se trata pues de fundar la ficción en verdad, de garantizarla sobre ella en sus condiciones de posibilidad, y eso incluso sin señalar, como hace *Das Unheimliche*, esa resistencia siempre rebotada de la ficción literaria a la ley general del saber psicoanalítico. Además, Lacan no se pregunta nunca lo que distingue a una ficción literaria de otra. Incluso si toda ficción estuviera fundada o se hiciera posible por la verdad, tal vez habría que preguntarse a qué tipo de ficción corresponde algo como la literatura, aquí *La carta robada*, y qué efectos puede tener sobre aquello mismo que parece hacerla posible.

Este primer límite contiene todo el Seminario y reimprime indefinidamente en él sus marcas: lo que nos entrega el ejemplo literario es un *mensaje*. Que habría que descifrar a partir de la enseñanza de Freud. Reimpresión: *la apertura de ese volumen* (octubre de 1966, diez años después del Seminario) habla del “mensaje de Poe descifrado y volviendo de él, lector, de tal manera que al leerlo se diga no ser más fingido que la verdad cuando habita la ficción” (p. 9) [p. 4].

Lo que Lacan analiza, descomponiéndola en sus elementos, su origen y su destino, descubriéndola en su verdad, es una *historia*.

La palabra *historia* aparece por lo menos cuatro veces desde la segunda página. Lo que sirve de ejemplo es una “historia”:

a) “Por eso hemos pensado en ilustrar para ustedes hoy la verdad que se desprende del momento del pensamiento freudiano que estudiamos, a saber que es el orden simbólico el que es, para el sujeto, constituyente, demostrándoles en una *historia* la determinación principal que el sujeto recibe del recorrido de un significante.”

b) “Es esa verdad, observémosla, la que hace posible la existencia misma de la ficción. Desde ese momento una fábula es tan propia como otra *historia* para sacarla a luz...”

c) “Por eso, sin ir más lejos, hemos tomado nuestro ejemplo en la *historia* misma donde se inserta la dialéctica relativa al juego de par o impar, del que muy recientemente sacamos provecho.”

d) “Sin duda no es un azar que esta *historia* se mostrase favorable para proseguir un curso de investigación que ya había encontrado en ella apoyo” (p. 12 [p. 6], subrayo yo).

Esa historia es sin duda la de una carta, del robo y del desplazamiento de un significante. Pero de lo que trata el Seminario es solamente del contenido de esa historia, lo que llaman precisamente la historia, lo relatado del relato, la vertiente interna y narrada de la narración. No la narración misma. El interés por la instancia del significante en su letra precipita hacia esa instancia en cuanto que constituye precisamente, en el primer abordamiento, el contenido ejemplar, el sentido, lo escrito de la ficción de Poe, por oposición a su escritura, a su significante y a su forma narrante. El desplazamiento del significante es analizado pues como un significado, como el objeto contado en un cuento.

Podría creerse, en un momento dado, que Lacan se dispone a tener en cuenta la narración (narrante), la estructura compleja de la escena de escritura que se juega en ella, del lugar tan curioso del narrador. Pero una vez entrevistado ese lugar, el desciframiento analítico lo excluye, la neutraliza o más precisamente, según una andadura que vamos a

seguir, se deja dictar por el narrador un efecto de exclusión neutralizante (la “narración” como “comentario”) que transforma todo el Seminario en análisis fascinado de un contenido. En lo cual falta una escena. Cuando ve dos (“Estas escenas son dos...”, p. 12 [p. 6]), hay tres. Por lo menos. Y cuando ve una o dos “triadas”, hay siempre un suplemento de cuadrado cuya apertura complica el cálculo.

¿Cómo se opera esta neutralización y cuáles son sus efectos, si es que no sus miras?

Primer momento, pues; se cree que la posición del narrador y la operación narrante van a intervenir en el desciframiento del “mensaje de Poe”. Ciertas distinciones lo dejan esperar, en el momento en que se presenta el “cuento”: “Se trata, como ustedes saben, del cuento que Baudelaire tradujo bajo el título de: *La lettre volée*. Desde un principio, se distinguirá en él un drama, de la narración que de él se hace y de las condiciones de esa narración” (ibid). El “drama” es la acción contada, la *historia* (narrada) que forma el objeto propio del Seminario. En cuanto a la narración, en el momento mismo en que es evocada, la tenemos ya reducida a un “comentario” que “va paralelo” [“double”] al drama, poniendo en escena y dando a ver, sin intervención específica, como un elemento transparente, una diafanidad general. Más lejos se hablará del “narrador general”. “La narración en efecto va paralela al drama de un comentario sin el cual no habría escenificación posible. Digamos que su acción quedaría, hablando con propiedad, invisible desde la sala - además de que su diálogo estaría expresamente, y por las necesidades mismas del drama, vacío de todo sentido que pudiese referirse a él para un oyente: - dicho de otra manera que la acción del drama no podría aparecer ni para la toma de vistas ni para la toma de sonido, sin la iluminación rasante, si puede decirse, que la narración da a cada escena desde el punto de vista que tenía al representarla uno de sus actores.

“Estas escenas son dos...” (ibid). Sigue el análisis de los dos triángulos, el contenido del “cuento”, el objeto del desciframiento analítico.

Después de lo cual, se desecha al narrador, la narración y la “puesta en escena”. El lugar original del narrador de los dos lados de la narración, el estatuto específico de su discurso -que no es neutro o cuya efecto de neutralidad no es neutro-, sus intervenciones, su posición psicoanalítica misma no serán interrogadas nunca en la continuación del Seminario que seguirá siendo el análisis de las “triadas” llamadas “intersubjetivas”, las que constituyen el dentro de la historia contada, lo que Lacan llama la “historia” o el “drama”, el “drama real” (“cada una de las dos escenas del drama real nos es narrada en el transcurso de un diálogo diferente”, p. 18 [p. 12]). Todas las alusiones al narrador y al acto de narración están ahí para excluirlas del “drama real” (las dos escenas triangulares) que hay que entregar así netamente delimitado al desciframiento analítico del mensaje. Esta se hace en dos tiempos, siguiendo los dos diálogos que dividen *La carta robada*.

Primer tiempo. La exclusión es muy nítida, facilitada por el texto de Poe que parece hacerlo todo, en efecto, para favorecerla. Es el momento de lo que Lacan llama la *exactitud*. El narrador es llamado “narrador general”, es como el elemento neutro, homogéneo, transparente del relato. “No añada nada”, dice Lacan. Como si hubiera que añadir algo a una relación para intervenir en una escena. Sobre todo en una escena de narración. Y como si, con unas preguntas y unas observaciones y unas exclamaciones -son las formas de intervención del narrador llamado general en lo que Lacan recorta como “primer diálogo”-

, no se añadiera nada. Después, antes incluso de que se inicie ese “primer diálogo”, el “narrador general” dice cosas en las que habremos de interesarnos más abajo. Finalmente, el narrador que está en escena en lo que pone en escena es puesto en escena a su vez en un texto más amplio que la narración llamada general. Razón suplementaria para no considerarlo como un lugar neutro de paso. A ese texto desbordante, el Seminario no le concede ninguna atención específica: éste aísla, como su objeto esencial, las dos escenas triangulares “narradas”, los dos “dramas reales”, neutralizando a la vez a ese cuarto personaje que es el narrador llamado general, su operación narrante y el texto que pone en escena la narración y al narrador. Pues *La carta robada*, en cuanto texto y en cuanto ficción, no empieza ni en los dramas triangulares, ni en la narración que los pone en escena implicándose en ella de cierta manera cuyo análisis retrasamos aquí. Por lo tanto tampoco se termina en eso. *La carta robada* pone en escena a un narrador y a un director de escena que -fingido por *La carta robada*- finge por *La carta robada* contar el “drama real” de la carta robada, etc. Otros tantos suplementos que estropean el triángulo narrado. Otras tantas razones para pensar que el narrador llamado general añade siempre algo, y desde antes del primer diálogo, que no es la condición de posibilidad general del relato, sino un actor de estatuto muy insólito. Otras tantas razones para no satisfacerse con lo que dice de ello Lacan en lo que he llamado el primer tiempo de la exclusión. Si el filtro del narrador general no es “un arreglo fortuito”, si nos recuerda que “el mensaje” “pertenece indudablemente a la dimensión del lenguaje”, es que no se puede excluir esa cuarta posición, bajo el encabezado de generalidad elemental, de las escenas triangulares que formarían su objeto contenido bajo el encabezado de “drama real”.

Segundo tiempo. Se trata de lo que Lacan recorta o enmarca como “segundo diálogo”, descuidando una vez más, esta vez entre los dos diálogos, un largo parágrafo no dialogado en el transcurso del cual el narrador dice cosas en las que habremos de interesarnos más adelante. En el transcurso de ese “segundo diálogo”, se pasaría del registro de la “exactitud” al de la “verdad”, “o sea propiamente a la fundación de la intersubjetividad”. Espera uno esta vez un análisis de la posición específica del narrador. Lacan escribe en efecto:

“Así la relación indirecta decanta la dimensión del lenguaje, y el narrador general, al redoblarla, no le añade nada ‘por hipótesis’. Pero muy diferente es su oficio en el segundo diálogo” (p. 19) [p. 13].

No: era ya diferente el caso en el primer diálogo y Lacan no trata las cosas de otra manera en el segundo. Describe al narrador como el receptáculo o el mediador o el asistente puramente formal cuya única función consiste en permitir a Dupin engañar, engañarnos engañando al narrador pasivo, renovar su truco “bajo una forma más pura” en el momento en que finge exhibir su procedimiento, engañándonos, entonces, al narrador y a nosotros, “verdaderamente”.

“¿Qué hay más convincente por otra parte que el gesto de volver las cartas sobre la mesa? Lo es hasta el punto de que nos persuade un momento de que el prestidigitador ha demostrado efectivamente, como lo había anunciado, el procedimiento de su truco, cuando no ha hecho sino renovarlo bajo una forma más pura: y ese momento nos hace medir la supremacía del significante en el sujeto.

“Tal opera Dupin...” (p. 20) [p. 14].

Pero ¿de dónde se ha sacado que el narrador se contentaba con escuchar pasivamente y se dejaba de veras engañar? ¿Quién se deja de veras engañar desde el momento en que el narrador es por sí mismo narrado? Etcétera.

¿En qué compromete el Seminario esa neutralización del narrador?

1. El narrador (desdoblado a su vez en narrador narrante y narrador narrado, no contentándose con referir los dos diálogos) no es evidentemente ni el autor mismo (llamemos a eso Poe), ni, lo cual es menos evidente, el escritor de un texto que nos cuenta o más bien hace hablar a un narrador que a su vez, en toda clase de sentidos, hace hablar a mucha gente. El escritor y la escripción son funciones originales que no se confunden ni con el autor y sus acciones, ni con el narrador y su narración, todavía menos con ese objeto particular, ese contenido narrado, el llamado “drama real” que el psicoanalista se apresura a reconocer como el “mensaje de Poe descifrada”. Que la escripción en su conjunto -la ficción nombrada *La carta robada*- esté cubierta, en toda su superficie, por una narración cuyo narrador dice “yo”, es cosa que no permite confundir la ficción con una narración. Todavía menos, claro, con tal o cual trozo narrado, por muy largo y aparente que fuese. Hay aquí un problema de encuadre, de borde y de delimitación cuyo análisis debe ser muy minucioso si quiere reconocer los efectos de ficción. Lacan excluye, sin decir nunca palabra de ello, la ficción textual en el interior de la cual se recorta la narración llamada general. Operación tanto más fácil, y demasiado evidentemente fácil, cuanto que la narración no está desbordada de ninguna palabra por la ficción titulada *La carta robada*. Pero ahí está la ficción. Hay un marco invisible pero estructuralmente irreductible alrededor de la narración. ¿Dónde empieza? ¿en la primera letra del título? ¿en el epígrafe de Séneca? ¿en el “Estaba yo en París en 18...”? Es todavía más complicado que eso, ya volveremos sobre ello, y esa complicación basta ya para marcar todo lo que se desconoce de la estructura del texto al ignorar ese marco. En el interior de ese marco, neutralizado o naturalizado, Lacan toma la narración sin borde y opera otro recorte, desechando una vez más el marco. En la narración entresaca dos diálogos que forman la historia narrada, es decir el contenido de una representación, el sentido interno de un relato, lo enmarcadísimo que requiere toda la atención, moviliza todos los esquemas psicoanalíticos, edípicos en este caso, y atrae hacia su centro todo el esfuerzo de desciframiento. Falta aquí una elaboración del problema del marco, de la signatura y del *parergon*. Esta falta permite reconstruir la escena del significante en significado (proceso siempre inevitable en la lógica del signo), la escritura en escrito, el texto en discurso, más precisamente en diálogo “intersubjetivo” (nada fortuito en el hecho de que el Seminario no comente sino las dos partes dialogadas de *La carta*).

2. Hay aquí, en primer lugar, un límite *formal* del análisis. La estructura formal del texto queda ignorada, muy clásicamente, en el momento mismo y tal vez en la medida en que se pretende “descifrar” su “verdad”, su “mensaje” ejemplar. La estructura de ficción queda reducida en el momento mismo en que se la reporta a su condición de verdad. Se hace entonces mal formalismo. Se hace formalismo porque no se interesa uno en el sujeto-autor, lo cual puede, en ciertas situaciones teóricas, constituir un progreso, incluso una exigencia legítima. Pero ese formalismo es de una rígida inconsecuencia desde el momento

en que, con el pretexto de excluir al autor, no se tiene ya en cuenta 1° la escripción-ficción y al escriptor-fictor, ni 2° la narración narrante ni al narrador. Ese formalismo garantiza, como siempre, el recorte subrepticio de un contenido semántico: el psicoanálisis aplica a ello todo su trabajo interpretativo. El formalismo y el semantismo hermenéutico se respaldan siempre: cuestión de marco.

3. El límite no es pues solamente formal y no interesa por el momento a una ciencia de la ficción poética o de la estructura narrativa. No se trata aquí, todo lo contrario, de sustraer algo así como la literatura o la forma literaria a las garras del psicoanálisis. Hay una complicidad histórica y teórica profunda entre el psicoanálisis *aplicado* a la literatura y el repliegue formalista que pretendería escapar de él. Acabamos de percibir su principio. Lo que importa aquí es que la deficiencia formal implica una decisión semántica y psicoanalítica. Una vez distinguido del autor y luego del escriptor, el narrador no es solamente la condición formal de la narración que podría oponerse simétricamente al contenido como el narrante a lo narrado por ejemplo. Interviene de manera específica, a la vez *too self evident* e invisible en un triángulo, y por lo tanto, ya que un triángulo toca al otro por uno de los “picos”, en los dos triángulos “intersubjetivos”. Lo que complica singularmente, esta vez en el interior de las escenas enmarcadas, dos veces enmarcadas, en el interior del contenido representado, la estructura “intersubjetiva”. No tener en cuenta esta complicación no es una falla de crítica literaria “formalista”, es una operación del psicoanalista semanticista. El narrador no se borra como “narrador general”, o más bien, al borrarse él mismo en la generalidad homogénea, se adelanta como un personaje muy singular en la narración narrada, en lo encuadrado. Constituye una instancia, una “posición” con la cual el triángulo, por intermedio de Dupin (que representa él mismo alternativamente todas las posiciones), mantiene una relación muy determinada, muy cargada. Al encuadrar tan violentamente, al cortar la figura narrada misma de un cuarto lado para no ver en ella más que triángulos, se elude tal vez cierta complicación, tal vez del Edipo, que se anuncia en la escena de escritura.

Antes de mostrarlo más concretamente, sigamos a Lacan en el interior del contenido encuadrado, en el análisis de los dos triángulos: constituye la aportación específica del Seminario. Partamos de sus propias premisas y de su propio encuadre. Hagamos como si el marco pudiera neutralizarse, a la vez como de-limitación y como construcción precaria, artefacto de cuatro lados, por lo menos.

Las locuciones “trío”, “triángulos”, “triángulo intersubjetivo” ocurren muy frecuentemente para describir las dos escenas del “drama real” así descifrado. Una larga cita primero, para volver a traer a la memoria, y a la evidencia, esa lógica del cuarto excluido. Del Edipo:

Estas escenas son dos, de las cuales pasaremos de inmediato a designar a la primera con el nombre de escena primitiva y no por inadvertencia, puesto que la segunda puede considerarse como su repetición, en el sentido que está aquí mismo en el orden del día.

La escena primitiva pues se desarrolla, se nos dice [“se”, no es ni Poe, ni el escriptor, ni el narrador, es G., el prefecto de policía por todos éstos puesto en escena dialogante. J.D.] en el tocador real, de suerte que sospechamos que la persona del más alto rango, llamada también la ilustre persona, que está allí sola cuando recibe un carta, es la Reina. Ese sentimiento se confirma por el

azoro en que la sume la entrada del otro ilustre personaje, del que se [otra vez G.] nos ha dicho ya antes de ese relato que la noción que podría tener de la susodicha carta no pondría en juego nada menos para la dama que su honor y su seguridad. En efecto, se nos saca prontamente de la duda de si se trata verdaderamente del Rey, a medida que se desarrolla la escena iniciada con la entrada del Ministro D... En ese momento; en efecto, la Reina no ha podido hacer nada mejor que aprovechar la distracción del Rey, dejando la carta sobre la mesa “vuelta con la suscripción hacia arriba”. Ésta sin embargo no escapa al ojo de lince del Ministro, como tampoco deja de observar la angustia de la Reina, ni de traspasar así su secreto. Desde ese momento todo se desarrolla como en un reloj. Después de haber tratado con el brío y el ingenio que son su costumbre los asuntos corrientes, el Ministro saca de su bolsillo una carta que se parece por el aspecto a la que esta bajo su vista, y habiendo fingido leerla, la coloca al lado de ésta. Algunas palabras más con que distrae los reales ocios, y se apodera sin pestañear de la carta embarazosa, tomando las de Villadiego sin que la Reina, que no se ha perdido nada de su maniobra, haya podido intervenir en el temor de llamar la atención del real consorte que en ese momento se codea con ella.

Todo podría pues haber pasado inadvertido para un espectador ideal en una operación en la que nadie ha pestañado y cuyo *cociente* es que el Ministro ha hurtado a la Reina su carta y que, resultado más importante aún que el primero, la Reina sabe que es él quien la posee ahora, y no inocentemente.

Un *resto* que ningún analista descuidará, adiestrado como está a retener todo lo que hay de significativo sin que por ello sepa siempre en qué utilizarlo: la carta, dejada a cuenta por el Ministro, y que la mano de la Reina puede ahora estrujar en forma de bola.

Segunda escena: en el despacho del Ministro. Es en su residencia, y sabemos, según el relato que el jefe de policía ha hecho al Dupin cuyo genio propio para resolver los enigmas introduce Poe aquí por segunda vez, que la policía desde hace dieciocho meses, regresando allá tan a menudo como se lo han permitido las ausencias nocturnas habituales del Ministro, ha registrado la residencia y sus inmediaciones de cabo a rabo. En vano: a pesar de que todo el mundo puede deducir de la situación que el Ministro conserva esa carta a su alcance.

Dupin se ha hecho anunciar al Ministro. Éste lo recibe con ostentosa despreocupación, con frases que afectan un romántico hastío. Sin embargo Dupin, a quien no engaña esta finta, con sus ojos protegidos por verdes gafas inspecciona las dependencias. Cuando su mirada cae sobre un billete muy maltratado que parece en abandono en el receptáculo de un pobre portacartas de cartón que cuelga, reteniendo la mirada con algún brillo barato, en plena mitad de la campana de la chimenea, sabe ya que se trata de lo que está buscando. Su convicción queda reforzada por los detalles mismos que parecen hechos para contrariar las señas que tiene de la carta robada, con la salvedad del formato que concuerda.

Entonces sólo tiene que retirarse después de haber “olvidado” su tabaquera en la mesa, para regresar a buscarla al día siguiente, armado de una contrahechura que simula el presente aspecto de la carta. Un incidente de la calle, preparado para el momento adecuado, llama la atención del Ministro hacia la ventana, y Dupin aprovecha para apoderarse a su vez de la carta sustituyéndole su simulacro; sólo le falta salvar ante el Ministro las apariencias de una despedida normal.

Aquí también todo ha sucedido, si no sin ruido, por lo menos sin estruendo. El *cociente* de la operación es que el Ministro no tiene ya la carta, pero él no lo sabe, lejos de sospechar que es Dupin quien se la hurtó. Además, lo que le queda entre manos está aquí muy lejos de ser insignificante para lo que vendrá después. Volveremos a hablar más tarde de lo que llevó a Dupin a dar un texto a la carta ficticia. Sea como sea, el Ministro, cuando quiera utilizarla, podrá leer en ella estas palabras trazadas para que las reconozca como de la mano de Dupin:

... *Un dessein si funeste,
S'il n'est digne d'Atrée, est digne de Thyeste*

[... *Un designio tan funesto,
si no es digno de Atreo, es digno de Tieste]*

que Dupin nos indica que provienen del *Atreo* de Crébillon.

¿Será preciso que subrayemos que estas dos acciones son semejantes? Sí, pues la similitud a la que apuntamos no está hecha de la simple reunión de rasgos escogidos con el único fin de emparejar su diferencia. Y no bastaría con retener esos rasgos de semejanza a expensas de los otros para que resultara de ello una verdad cualquiera. Es la intersubjetividad en que las dos acciones se motivan lo que podemos señalar, y los tres términos con que las estructura. El privilegio de éstos se juzga en el hecho de que responden a la vez a los tres tiempos lógicos por los cuales la decisión se precipita, y a los tres lugares que asigna a los sujetos a los que divide.

Esta decisión se concluye en el momento de una mirada. Pues las maniobras que siguen, si bien se prolonga en ellas a hurtadillas, no le añaden nada, como tampoco su dilación de oportunidad en la segunda escena rompe la unidad de ese momento.

Esta mirada supone otras dos a las que reúne en una visión de la apertura dejada en su falaz complementariedad, para anticiparse en ella a la rapiña ofrecida en esa descubierta. Así pues, tres tiempos, que ordenan tres miradas, soportadas por tres sujetos, encarnadas cada vez por personas diferentes.

El primero es de una mirada que no ve nada: es el Rey y es la policía.

El segundo de una mirada que ve que la primera no ve nada y se engaña creyendo ver cubierto por ello lo que esconde: es la Reina, después es el Ministro.

El tercero que de esas dos miradas ve que dejan lo que ha de esconderse a descubierto para quien quiera apoderarse de ello: es el Ministro, y es finalmente Dupin.

Para hacer captar en su unidad el complejo intersubjetivo así descrito, le buscaríamos gustosos un patrocinio en la técnica legendariamente atribuida al avestruz para ponerse al abrigo de los peligros; pues ésta merecería por fin ser calificada de política, repartiéndose así entre tres participantes, el segundo de los cuales se creería revestido de invisibilidad por el hecho de que el primero tendría su cabeza hundida en la arena, a la vez que dejaría a un tercero desplumarle tranquilamente el trasero; bastaría con que, enriqueciendo con una letra [en francés] su denominación proverbial, hiciéramos de la *politique de l'autruche* (política del avestruz) la *politique de l'autruiche* (*autrui*: "prójimo"), para que en sí misma al fin encuentre un nuevo sentido para siempre.

Dado así el módulo intersubjetivo de la acción que se repite, falta reconocer en él un *automatismo de repetición*, en el sentido que nos interesa en el texto de Freud.

Analizaremos más tarde la relación singular entre el "sujeto" (narrador narrado) de la narración y Dupin, en cuanto que complica de entrada y definitivamente la estructura triangular. Consideremos por el momento lo que implica esa exclusión del cuarto o del tercero-más-o-menos-uno en la precipitación hacia la verdad. Y cómo la búsqueda de la verdad conduce a poner de lado la escena de escritura, a poner de lado lo que se deja siempre casi (fingido) por sí mismo poner (se) de lado, apartarse, como el cuarto. Hay que tener en cuenta el resto, lo que se desecha, no sólo en el contenido narrado de la escritura (el significante, lo escrito, la letra) sino en la operación de escritura.

Lacan nos vuelve a conducir hacia la verdad, hacia una verdad que, por su parte, no se pierde. Reporta la letra, muestra que la letra se reporta hacia su lugar *propio* por un

trayecto propio y, tal como lo anota expresamente, es ese destinamiento* lo que le interesa, el destino como destinamiento. El significante tiene su lugar en la letra y ésta vuelve a encontrar su sentido propio en su lugar propio. Cierta reapropiación y cierta readecuación van a reconstituir lo propio, el lugar, el sentido, la verdad alejados por sí mismos durante el tiempo de un rodeo o de una *souffrance* [sufrimiento, pero también detención de una pieza postal]. De un algoritmo. Un agujero, una vez más, va a cerrarse: no es útil para eso llenarlo, solamente ver y delimitar su contorno.

Ya lo hemos visto: el significante (en la letra, en el billete) no tiene lugar idéntico a sí mismo, *falta en su lugar*. Su sentido importa poco, no se resume en él. Pero lo que el Seminario tiene interés en mostrar finalmente es que hay un solo trayecto *propio* de la carta que regresa hacia un lugar determinable, siempre el mismo y que es el suyo; y que si su sentido (lo que está escrito en el billete en circulación) nos es (según la hipótesis cuya fragilidad sostiene sin embargo toda la lógica del Seminario) indiferente y desconocido, el sentido de la carta y el sentido de su trayecto son necesarios, únicos, determinables en verdad, incluso como la verdad.

Sin duda el lugar y el sentido de la carta no están a disposición de los sujetos. Sin duda éstos están sometidos al movimiento del significante. Pero cuando Lacan dice que la letra no tiene lugar propio, habrá que entender en adelante: lugar objetivo, determinable en una topología empírica e ingenua. Cuando se dice que no tiene sentido propio, habrá que entender en adelante: sentido como contenido exhaustible de lo que está escrito en el billete. Pues el significante-carta, en la topología y en la semántica psicoanalítico-trascendentales con que nos enfrentamos, tiene un lugar y un sentido propios que forman la condición, el origen y el destinamiento de toda la circulación, como de toda la lógica del significante.

El lugar propio primero, La carta tiene un lugar de emisión y de destinamiento. No es un sujeto sino un agujero, la falta a partir de la cual se constituye el sujeto. El contorno de ese agujero es determinable e imanta todo el trayecto del rodeo que conduce del agujero al agujero, del agujero a él mismo, y que tiene pues la forma *circular*. Se trata por cierto de una *circulación* regulada que organiza un retorno del rodeo hacia el agujero. Reapropiación y readecuación trascendentales que cumplen un verdadero contrato. Que el trayecto sea propio y circular es lo que Lacan dice a la letra: "Así es como nos encontramos confirmados en nuestro rodeo por el objeto mismo que nos arrastra a él: pues es a las claras la *carta desviada* que nos ocupa, aquella cuyo trayecto ha sido *prolongado* (es literalmente la palabra inglesa), o, para recurrir al vocabulario postal francés, la carta *en souffrance*.

"He aquí pues, *simple and odd*, como se nos anuncia desde la primera página, reducida a su más simple expresión la singularidad de la carta, que como el título lo indica es el *verdadero tema o sujeto* del cuento: puesto que puede sufrir un rodeo, es que tiene un trayecto *que le es propio*. Rasgo donde se afirma aquí su incidencia de significante. Pues hemos aprendido a concebir que el significante no se mantiene sino en un desplazamiento comparable al de nuestras bandas de anuncios luminosos o de las memorias rotativas de

* [Aquí y en otros pocos lugares he intentado sugerir así el sentido de *destination* (por ejemplo de una carta), distinto de *destin*, que normalmente se traducen ambos por "destino" en español. T.]

nuestras máquinas-de-pensar-como-los-hombres, esto debido a su funcionamiento alternante en su principio, el cual exige que abandone su lugar, a reserva de volver a él circularmente” (p. 29 [p. 23], Lacan subraya).

Quitte: “*quitte* [deja, abandona] *sa place*, *quitte à* [a reserva de] *y faire retour circulairement*”. La circulación, liquidación [*acquittement*] de una deuda, viene a reparar la dehiscencia que, abriendo la deuda y el contrato, ha expulsado por un tiempo (el tiempo del significante) al significado de su origen propio. La circulación le permite volver a él. Esta readecuación (la verdad) implica pues por cierto una teoría del lugar propio y ésta una teoría de la letra como localidad indivisible: el significante no debe nunca correr el riesgo de perderse, de destruirse, de dividirse, de fragmentarse sin vuelta.

El sentido propio después. Puesto que la carta tiene (un) lugar de origen y de destino, puesto que sigue siendo lo que es durante el trayecto (¿qué es lo que garantiza eso?), tiene un sentido propio: la ley de su trayecto en primer lugar, si es que no su contenido, aun cuando éste reciba del desciframiento una determinación mínima que nos dice bastante al respecto. Debe tener una relación con lo que constituye el contrato o el “pacto”, es decir con la sujeción del sujeto, por lo tanto en algún lugar con el agujero como lugar propio de la carta. Su lugar tiene una relación esencial con su sentido y éste debe ser tal que la haga regresar a su lugar. De hecho sabemos lo que hay en el billete. Su sentido, Lacan no tiene más remedio que hablar de él, retenerlo, por lo menos como lo que amenaza al pacto que lo constituye: la ley fálica representada por el Rey y de la que la Reina tiene la guardia, que debería compartir con él según el pacto y que ella amenaza precisamente con dividir, con disociar, con traicionar. “Pero esto no nos dice nada del mensaje que vehicula.

“Carta de amor o carta de conspiración, carta delatora o carta de instrucción, carta conminatoria o carta de angustia, *sólo una cosa podemos retener de ella*, es que la Reina no podría ponerla en conocimiento de su señor y amo.

“Pero esos términos, lejos de tolerar el acento vituperado que tienen en la comedia burguesa, toman un sentido eminente por designar a su soberano, a quien la liga la fe jurada, y de manera redoblada puesto que su posición de cónyuge no la releva de su deber de súbdito, sino más bien la eleva a la guardia de lo que la realeza según la ley encarna del poder: y que se llama la legitimidad.

“Entonces, cualquiera que sea el destino escogido por la reina para la carta, sigue en pie que esa carta es el símbolo de un pacto, y que incluso si su destinataria no asume ese pacto, la existencia de la carta la sitúa, en una cadena simbólica ajena a la que constituye su fe. [...] Nuestro apólogo está hecho para mostrar que es la carta y su rodeo lo que rige sus entradas y sus papeles. Del hecho de que se encuentre ‘en sufrimiento’ [*en souffrance*], son ellos los que van a padecer. Al pasar bajo su sombra, se convierten en su reflejo. Al caer en posesión de la carta -admirable ambigüedad del lenguaje es su *sentido* el que los posee” (pp. 27, 28, 30 [pp. 21, 22, 24], subrayo yo).

Fórmula heideggeriana en su tipo, como casi siempre en esas pausas decisivas.

Así pues la carta tiene un sentido propio, un trayecto propio, un lugar propio. ¿Cuáles? Sólo Dupin, en el triángulo, parece saberlo. Dejemos por el momento la cuestión de ese saber. Preocupémonos primero de lo sabido por ese saber. ¿Qué es lo que sabe? Sabe que la carta finalmente *se encuentra* y dónde debe *encontrarse* para volver

circularmente, adecuadamente, a su lugar propio. Ese lugar propio, conocido de Dupin, como del psicoanalista que de manera oscilante ocupa, ya se verá, su posición, es el lugar de la castración: la mujer en cuanto lugar develado de la falta de pene, en cuanto verdad del falo, es decir de la castración. La verdad de la carta robada es la verdad, su sentido es el sentido, su ley es la ley, el contrato de la verdad consigo misma en el logos. Por debajo de ese valor de pacto (y por lo tanto de adecuación), el de velamiento/develamiento pone a tono a todo el Seminario con el discurso heideggeriano sobre la verdad. El velamiento/develamiento es aquí de un agujero, de un no-ente: verdad del ser como no-ente. La verdad es “mujer” en cuanto castración velada/develada. Aquí se inicia la partida del significante (su inadecuación al significado), aquí el lugar del significante, la letra. Pero aquí empieza también el proceso, la promesa de reapropiación, de retorno, de readecuación: “con fines de restitución del objeto” (p. 16) [p. 10]. La *unidad* singular de la letra es el lugar del contrato de la verdad consigo misma. He aquí por qué la *lettre* [carta, letra] *revient* [regresa, corresponde] a la mujer (por lo menos en cuanto que quiere salvar el pacto y por tanto lo que corresponde o regresa al Rey, al falo del que ella tiene la guardia); he aquí por qué, como dice Lacan en otro lugar, la letra regresa o corresponde al ser, es decir a ese nada* que sería la abertura como agujero entre las piernas de la mujer. Tal es el lugar propio donde la carta se encuentra, donde su sentido se encuentra, donde el ministro la cree al abrigo y donde está, en su escondite mismo, más expuesta. Detentador de la carta puesta al abrigo, el ministro empieza a identificarse con la Reina (pero ¿no debe Dupin hacer lo mismo a su vez, y el psicoanalista que hay en él? Todavía no hemos llegado a eso).

Veamos: “...todo parece concertado para que el personaje [*el ministro*] al que todas sus expresiones han aureolado con los rasgos de la virilidad, desprenda cuando aparezca el *odor di femina* más singular.

“Que eso es un artificio, Dupin no deja de subrayarlo en efecto al decirnos detrás de esos falsos quilates la vigilancia del animal de presa listo a saltar. Pero que es el efecto mismo del inconsciente en el sentido preciso en que enseñamos que el inconsciente es que el hombre esté habitado por el significante, ¿cómo encontrar de ello una imagen más bella que la que Poe forja él mismo para hacernos comprender la hazaña de Dupin? Pues recurre, para eso, a esos nombres toponímicos que un mapa de geografía, para no quedar mudo, sobreimpone a su dibujo, y de los que puede hacerse objeto de un juego de adivinanza en que se trata de encontrar el que haya escogido un compañero de juego - señalando entonces que el más propicio para extraviar a un principiante será el que, en gruesas letras ampliamente espaciadas en el campo del mapa, dé, sin que a menudo la mirada se detenga siquiera en él, la denominación de un país entero...

“Así la carta robada, como un inmenso cuerpo de mujer, se extiende en el espacio del gabinete del ministro, cuando entra allí Dupin. Pero tal ya él *espera encontrarla allí* [subrayo yo, J. D.], y no necesita ya, con sus ojos velados de verdes gafas, sino desnudar ese gran cuerpo.

* [Véase nota * de la p. 214. T.]

“Y por eso, sin haber tenido la necesidad, como tampoco, comprensiblemente, la ocasión de escuchar tras de las puertas del profesor Freud, iré derecho allí donde yace y tiene su guarida lo que ese cuerpo está hecho para esconder, en algún bello medianil por el que la mirada se desliza, o incluso en ese lugar llamado por los seductores el castillo de Santangelo [*château Saint-Ange*] en la inocente ilusión en que se aseguran de que con él tienen en su mano la Ciudad. ¡Vean! entre las jambas de la chimenea, he aquí el objeto al alcance de la mano que el ladrón no necesita sino tender...” (p. 36) [pp. 29-30].

La carta -lugar del significante- se encuentra en el lugar donde Dupin y el psicoanalista esperan encontrarla: en el inmenso cuerpo de mujer, entre las jambas de la chimenea. Tal es su lugar propio, el término de su trayecto circular. Llega de vuelta al remitente, que no es el firmante del billete sino el lugar donde ha empezado a *desprenderse* de su detentador o legatario femenino. La Reina, tratando de reapropiarse lo que, en virtud del pacto de sujeción al Rey, en virtud de la Ley, le garantizaba la disposición de un falo del que de otra manera estaría privada, del que ha tomado el riesgo de privarse, que ha tomado el riesgo de dividir, es decir de multiplicar, la Reina, pues, se dispone a reformar, a volver a cerrar el círculo de la economía restringida, del pacto circulatorio. Quiere hacer volver a ella la carta-fetiché y para eso empieza por remplazar, por intercambiar un fetiché por otro: emite -sin gastarla de veras puesto que hay aquí equivalencia- una cantidad de dinero que se intercambia con la carta y asegura su vuelta circular. Dupin, como (el) analista, se encuentra en el circuito, en el círculo de la economía restringida, en lo que en otro lugar llamo la estrictura del anillo y que el Seminario analiza como verdad de la ficción. Volveremos a este problema de la economía.

Esa determinación de lo propio, de la ley de lo propio, de la *economía*, vuelve a conducir pues a la castración como verdad, a la figura de la mujer como figura de la castración y de la verdad. De la castración como verdad. Lo cual sobre todo no quiere decir, como podríamos tender a creerlo, a la verdad como dislocación esencial y fragmentación irreductible. La castración-verdad es por el contrario lo que se contrae (estricтура del anillo) para hacer volver el falo, el significante, la carta o el fetiché a su oikos, a su morada familiar, a su lugar propio. En este sentido la castración-verdad es lo contrario de la fragmentación, su antídoto incluso: lo que allí falta en su lugar tiene su lugar fijo, central, sustraído a toda sustitución. Algo falta en su lugar, pero la falta nunca falta en él. El falo, gracias a la castración, se queda siempre en su lugar, en la topología trascendental de la que hablábamos más arriba. Allí es indivisible, y por lo tanto indestructible, como la carta que *está en su lugar*. Y por eso la presuposición interesada, nunca demostrada, de la materialidad de la carta *como indivisibilidad* era indispensable para esa economía restringida, esa circulación de lo propio.

La diferencia que me interesa aquí es que, fórmula que habrá de entenderse como se quiera, la falta no tiene su lugar en la diseminación.

Al determinar el lugar de la falta, el topos de lo que falta en su lugar, al constituirlo como centro fijo, Lacan propone pues en efecto, al mismo tiempo que un discurso-verdad, un discurso sobre la verdad de la carta robada como verdad de *La carta robada*. Se trata aquí de un desciframiento hermenéutico, a pesar de la apariencia o la denegación. El lazo de la Feminidad y de la Verdad es su significado último. Catorce años más tarde,

reintroduciendo pues el Seminario a la cabeza de los *Escritos* con una *presentación inédita* (Points, I, 1969), Lacan insiste sobre todo en ese lazo y en ese sentido. Pone allí a la Mujer o a la Feminidad una mayúscula que reserva en otros lugares, muy a menudo, a la Verdad: “Lo que el cuento de Poe demuestra a mi cargo es que el efecto de sujeción del significante, de la carta robada en esta ocasión, incumbe ante todo a su detentador de pos-robo, y que en la medida de su recorrido, lo que vehicula es esa Feminidad misma que habría tomado a su sombra [...].” La Feminidad es la Verdad (de la) castración, es la mejor figura de la castración porque, en la lógica del significante, ha sido siempre ya castrada y lo que “deja” en circulación (aquí la carta), desprendido de ella, a fin de hacerlo volver, es por “no haberlo tenido nunca: de donde la verdad sale del pozo, pero nunca sino a medio cuerpo”.

Esta primera castración (precastración) afecta después de castración, de feminidad pues, a quienquiera que detente la carta que significa el falo y la castración: “He aquí por qué el Ministro resulta capado, capado, es la palabra de lo que él sigue creyendo que le hizo eso: esa carta que Dupin ha sabido localizar entre las piernas de su chimenea de alta lid.

“Aquí no hace sino acabarse lo que primeramente lo [al ministro] feminiza como con un sueño [...]. En lo cual nuestro Dupin se muestra igual en su éxito al de psicoanalista...” (pp. 7-8).

PUNTO DE VISTA

LA VERDAD EN (EL) LUGAR DE LA SEXUALIDAD FEMENINA

¿Qué hay con ese éxito? Esperemos para contestar a haber considerado, en toda su complejidad, la relación entre la posición de Dupin y la del analista, luego entre el analista y aquel que dice Freud y yo en el Seminario como en las presentaciones del Seminario. Eso requiere un largo rodeo.

Hasta aquí nuestras preguntas dejan sospechar que si hay algo así como una carta robada, su trampa es tal vez suplementaria: no tendría lugar fijo, ni siquiera el de un agujero delimitable o de una falta asignable. No se encontraría, podría siempre no encontrarse, se encontraría en todo caso menos en la escritura sellada cuya “historia” cuenta el narrador, descifrada por el Seminario, menos en el contenido de la historia que “en” el texto que se hurta, por un cuarto lado, tanto a los ojos de Dupin como a los del psicoanalista. El resto, lo que se deja a cuenta, sería *La carta robada*, el texto que lleva ese rótulo, y cuyo lugar, como las gruesas letras una vez más invisibles, no está allí donde esperábamos encontrarlo, en el contenido encuadrado del “drama real” o en el dentro escondido y sellado del cuento de Poe, sino en y como esa letra abierta, muy abierta que es la ficción. Ésta, porque se escribe, implica por lo menos una instancia cuarta que se hurta, hurta al mismo tiempo la letra del texto al descifrador, al cartero o factor de la verdad que la devuelve al círculo de su trayecto propio: cosa que hace el Seminario repitiendo la operación de Dupin que, ninguna contradicción con lo circular del “trayecto propio”, “logró volver a colocar a la carta a su recto camino” (p. 38) [p. 31], según el deseo *de* la

Reina. Devolver la carta a su recto camino, suponiendo que su trayectoria es una línea, es corregir una desviación, rectificar un apartamiento, recordar, para la buena regla, es decir la norma, una dirección, una línea auténtica. Dupin es diestro, conoce su destreza y conoce la ley. En el momento en que cree uno ponerle la mano encima dibujando triángulos y círculos y manejando la oposición imaginario/simbólico, en el momento en que se reconstituye la verdad, la adecuación propia, *La carta robada* se escapa por una abertura demasiado evidente. Baudelaire crudamente lo recuerda. La carta robada está en el texto: no sólo como un objeto con su trayecto propio descrito, contenido en el texto, significante convertido en tema o significado del texto, sino como el texto que produce efecto de marca. En el momento mismo en que Dupin y el Seminario la encuentran, en que determinan su lugar y su trayecto propios, en que creen que está aquí o allá como en un mapa, lugar en un mapa como en el cuerpo de la mujer, ya no ven el mapa mismo: no el que describe el texto en tal o cual momento sino el que él “es”, el que describe, “él mismo” como el apartamiento del cuatro, sin promesa de topos y de verdad. La estructura restante de la carta es que, contrariamente a lo que dice el Seminario en su última palabra (“lo que quiere decir ‘la carta robada’, incluso ‘*en souffrance*’, es que una carta llega siempre a su destino”), una carta puede siempre no llegar a su destino. Su “materialidad”, su “topología” consisten en su divisibilidad, en su partición siempre posible. Puede despedazarse sin remedio y es de eso de lo que el sistema de lo simbólico, de la castración, del significante, de la verdad, del contrato, etc., intenta siempre guardarla: punto de vista del Rey o de la Reina, es aquí el mismo, ligada por contrato para reapropiar la rienda. No que la carta no llegue nunca a su destino, pero es propio de su estructura el poder, siempre, no llegar. Y sin esa amenaza (ruptura de contrato, división o multiplicación, partición sin remedio del falo un instante iniciado por la Reina, es decir por todo “*sujet*”, súbdito o sujeto), el circuito de la carta ni siquiera habría empezado. Pero con esta amenaza, siempre puede no terminar. Aquí la diseminación amenaza a la ley del significante y de la castración como contrato de verdad. *Hace mella [entame*, que también puede significar empezar] en la unidad del significante, es decir del falo.

En el momento en que el Seminario, como Dupin, encuentra la carta donde ella se encuentra, entre las piernas de la mujer, el desciframiento del enigma está anclado en la verdad. El sentido del cuento, el querer-decir de la carta robada (“lo que quiere decir ‘la carta robada’, incluso ‘*en souffrance*’, es que una carta llega siempre a su destino”) está descubierto. Descubrimiento de un querer-decir (la verdad), hermenéutico, el desciframiento (el de Dupin, el del Seminario) llega él mismo a su destino.

¿Por qué encuentra entonces, con la verdad, el mismo sentido y el mismo topos que Bonaparte cuando, saltando por encima del texto, propone en 1933 un análisis psico-biográfico⁵ de *La carta robada*? ¿Es una casualidad?

¿Es una casualidad si, pretendiendo romper con la crítica psico-biográfica (cf. *Écrits*, p. 860 [*Escritos*, p. 839]), se coincide con ésta en su último anclaje semántico? ¿Y después de un análisis textual acaso más simplificador?

⁵ Edgar Poe, *sa vie, son oeuvre, Étude analytique*, Puf, 1933.

Para Bonaparte también, la castración de la mujer (de la madre) es el sentido último, lo que quiere decir *La carta robada*. Y la verdad, la readecuación o la reapropiación como deseo de cerrar el agujero. Pero Bonaparte hace lo que no hace Lacan: pone *La carta robada* en relación con otros textos de Poe. Y analiza su gesto. Comprenderemos más adelante la necesidad *interna* de esta operación.

Por ejemplo *El gato negro*, donde el “miedo de la castración, de la castración encarnada en la mujer, es el tema central” (Edgar Poe, p. 578). “Sin embargo todas las angustias primitivas del niño, que siguen siendo a menudo las del hombre, parecen haberse dado cita, en ese relato de suprema angustia, como en una encrucijada” (ibid.). En este quadrifurcum, distraídamente nombrado, omitido como un marco, representación de un círculo o de un triángulo. El Seminario: “Damos aquí en efecto de nueva cuenta en la encrucijada donde habíamos dejado nuestro drama y su ronda con la cuestión de la manera en que los sujetos se dan el relevo” (p. 30) [p. 24]. Bonaparte sigue sin transición después de una página de generalidades sobre la angustia de castración que puede resumirse con un enunciado de Freud que ella no cita aquí: la testificación de la falta de pene en la madre es “el mayor traumatismo”; o de Lacan: “¿... división del sujeto? Ese punto es un nudo.

“Recordemos dónde lo desanuda Freud: en esa falta de pene de la madre donde se revela la naturaleza del falo” (p. 877) [p. 856].

Después de haber tratado de la Ley y del fetichismo como proceso de refalización de la madre (se trata de devolverle lo que le ha sido robado, lo que de ella se ha desprendido), Bonaparte escribe esto donde volvemos a encontrar el nudo de la interpretación lacaniana y algunas cosas más:

Hay finalmente, con el tema del cadalso, el miedo de la muerte. Pero todos esos miedos, en este cuento cuyo gran tema sigue siendo el miedo de la castración, le quedan subordinados y cada uno no aparece sino intrincado con el miedo central. El gato de pecho blanco tiene también el ojo reventado, el ahorcamiento figura igualmente la refalización, la compulsión a la confesión lleva al descubrimiento de un cuerpo sobre el que se levanta la efigie de la castración, y el sótano, la tumba misma recuerdan, con la chimenea de fauces abiertas, la temible cloaca materna.

Hay otros cuentos de Poe donde se expresa, aunque en otra modalidad, más suavizada, la nostalgia del falo materno y el reproche a la madre por haberlo perdido. En primer lugar, por extraño que pueda parecer, *La carta robada*.

El lector recordará ese cuento: la Reina de Francia, tal como Elizabeth Arnold, posee una correspondencia culpable y secreta sobre la cual el autor X... se queda en la vaguedad. El malvado ministro, con miras a un chantaje político y para consolidar su poder, roba una de esas cartas, bajo los ojos mismos de la Reina, paralizada por la presencia del Rey que no debe saber nada. Es preciso absolutamente recuperar esa carta. La policía fracasa en todos sus rateos. ¡Felizmente ahí está Dupin! Provisto de gafas que le permiten verlo bien todo ocultando sus propios ojos, se dirige a casa del ministro, bajo un pretexto cualquiera, y descubre la carta en un portacartas a la vista, “suspendido... de un pequeño botón de cobre, justo encima de la mitad de la campana de la chimenea”.¹

[Aquí, pues, una nota de Bonaparte: “1. *That hung... from a little brass knob just beneath the middle of the mantelpiece*. Traducción Baudelaire: *suspendu... à un petit bouton de cuivre au-des-sus du inanteau de la cheminée*.”]

La inexactitud de la traducción de Baudelaire, en lo que se refiere a esta frase, es visible. En particular, *beneath* (debajo) se traduce por *au-dessus* (encima), cosa que no podría significar en ningún caso.

Esta nota no carece de importancia. Hace ver en primer lugar que Lacan había leído a Bonaparte, aunque el Seminario no la nombre nunca. Como autor tan preocupado de deudas y de prioridades, habría podido reconocer un desbroce que orienta toda su interpretación, a saber el proceso de refalización como trayecto propio de la carta, “retorno de la carta” devuelta a su “destino” después de haber sido vuelta a encontrar entre las piernas de la chimenea. O callarlo. Pero como las notas son, si no la verdad, el apéndice en el cual se muestra lo que debe decirse o lo que, dice Schelling citado por *Das Unheimliche*, “debería permanecer oculto”, el Seminario deja caer aquí una nota en respuesta: “¡Vean! entre las jambas de la chimenea, he aquí el objeto al alcance de la mano que el ladrón no necesita sino tender... La cuestión de saber si la toma encima de la campana de la chimenea, como traduce Baudelaire, o bajo la campana de la chimenea [*sous le manteau*, que quiere decir también “bajo cuerda”] como dice el texto original, puede abandonarse sin perjuicios a las inferencias de la cocina.”¹⁵ [Aquí, pues, una nota de Lacan: “15. E incluso a la cocinera” (p. 36) [p. 30, n. 16].]

¿Sin perjuicio? El estropicio sería por el contrario irreparable, en el interior mismo del Seminario: *sobre* la campana de la chimenea, la carta no habría podido estar “entre las jambas de la chimenea”, “entre las piernas de su chimenea”. La prenda es pues de importancia, incluso si se dejara de lado, imaginándola fuera del debate, la nerviosidad despectiva para con una psicoanalista y su legado⁶ ¿Por qué relegar la cuestión a la cocina, como a la dependencia, y a aquella que responde a ella al rango de cocinera? Ciertos “maestros de verdad”, en Grecia, sabían, de la cocina, hacer lugar de pensar.

Un poco antes de esta nota, lo recordarán, el Seminario evocaba los “nombres toponímicos”, la “carta geográfica” del “gran cuerpo” y el lugar de lo que Dupin “espera encontrar”, puesto que repite el gesto del ministro que a su vez se identifica con la Reina cuya carta ocupa siempre, propiamente, el mismo lugar: de desprendimiento y de atadura.

⁶ Legado y refalización. 1. “¿Será la letra la que hace a la Mujer ser ese sujeto, a la vez todopoderoso y siervo, para que toda mano a quien la mujer deja la carta [*la lettre*], vuelva a tomar con ella aquello de lo que ella misma al recibirla ha hecho *lais*? ‘*Lais*’ [formas poéticas medievales, pero también legado] quiere decir *lo* que la Mujer lega por no haberlo tenido nunca: de donde la verdad sale del *pozo*, pero nunca más que hasta medio cuerpo.” (Presentación de los *Escritos*, colección “Points”, 1470, pp. 7-8.) 2. “A la ironía macabra de la *refalización* de la madre castrada según el modo del ahorcamiento, tenemos que añadir ahora la ironía de la *relactificación* de la madre de pechos secos, por la ancha salpicadura de la mancha de leche [...] aunque el agravio principal sigue siendo la ausencia de pene en el cuerpo femenino.” (Bonaparte, *op. cit.*, p. 572.)

Volveremos a encontrar más lejos la cuestión aquí implicada del “objeto parcial”. En cuanto al *pozo*, Dupin recuerda en *El doble asesinato*, después del descubrimiento “del cuerpo de la madre” “horriblemente mutilado”: “[Vidoc] disminuía la fuerza de su visión mirando el objeto de demasiado cerca. Podía ver quizá uno o dos puntos con una nitidez singular, pero, por el hecho mismo de su procedimiento, perdía el aspecto del asunto tomado en su conjunto. Eso puede llamarse el medio de ser demasiado profundo. La verdad no siempre está en un pozo.”

Bonaparte habrá proseguido después de la nota:

Mediante un subterfugio ulterior, se apodera del papel comprometedor y le sustituye una falsa carta. La Reina, a quien será restituida la verdadera carta, está salvada.

Observaremos en primer lugar que la carta, verdadero símbolo del pene materno, “cuelga” a su vez encima del hogar de la chimenea, del mismo modo que colgaría el pene de la mujer -¡si ésta lo tuviera!- encima de la cloaca figurada aquí, como en los cuentos precedentes, bajo el símbolo frecuente de la chimenea. Hay aquí una verdadera lámina de anatomía topográfica, en la que ni siquiera falta el botón (*knob*), el clítoris. ¡Pero de ese botón debería colgar algo muy diferente!

Después de esa breve alusión al botón (que el Seminario no habrá retenido), Bonaparte liga su interpretación a una típica y a una clínica edípicas. El interés por “la-vida-del-autor” no simplifica allí la lectura del texto más de lo que el desinterés por otra parte bastaría para garantizarla. El acento se pone en una lucha edípica “pregenital, fálica y arcaica” por la posesión del pene materno, aquí determinado como objeto parcial. Bonaparte no siente nunca la tentación de otorgar a Dupin, aunque fuese para dominarlo con otra maestría, la posición del analista. Su lucidez le viene de la guerra en la que está implicado y que declara él mismo al final (“Pero aparte de estas consideraciones, yo tenía una meta particular. Usted conoce mis simpatías políticas. En este asunto, actúo como partidario de la dama en cuestión. Hace ya diez y ocho meses que el ministro la tiene en su poder. Ahora es ella quien lo tiene a él, puesto que él ignora que la carta no está ya en su casa, y va a querer proceder a su chantaje habitual. [...] Una vez, en Viena, D... me hizo una mala jugarreta, y yo le dije en un tono enteramente jovial que me acordaría”) y que no ha cesado nunca de motivarlo. Ni de situarlo en el circuito de la deuda. Del falo, del significante en su letra, del dinero que, a diferencia de Lacan, Bonaparte no considera aquí como neutralizante o “aniquilante de toda significación”. Escribe ella: “Y no nos sorprendemos de que Dupin, encarnación del hijo, al declarar ‘sus simpatías políticas’, se diga ‘partidario de la dama en cuestión’. Finalmente, es a cambio de un cheque de cincuenta mil francos -mientras que el prefecto guarda para sí toda la fabulosa recompensa prometida- como Dupin restituye a la mujer la carta-símbolo, es decir el falo que le faltaba. Volvemos a encontrar aquí la equivalencia oro=pene. La madre da al hijo, a cambio del pene que él le devuelve, oro. Lo mismo en *El escarabajo de oro...*”

El círculo de esta restitución forma en efecto el “trayecto propio” del Seminario. ¿Qué hay entonces del movimiento que se esboza en él de identificar la posición de Dupin con la del analista? Ese movimiento no tienta nunca a Bonaparte. Se divide o se suspende extrañamente en el Seminario. Los signos de la identificación primero:

I. La tercera mirada, que no implica el engaño, ve el triángulo. Dupin, sin duda, ocupa allí una posición idéntica a la del ministro, pero del ministro en la primera escena y no en la segunda en la que el ministro ocupa entonces el lugar de la Reina impotente. Dupin sería pues el único que no se deja desplumar como un avestruz (“el tercero que de esas dos miradas ve que dejan lo que está por esconderse a descubierto para quien quiera apoderarse de ello: es el ministro, y es Dupin finalmente. [...] tres copartícipes, el segundo de los cuales se creería revestido de invisibilidad, por el hecho de que el primero tendría la cabeza hundida en la arena, a la vez que dejaría a un tercero desplumarle tranquilamente

el trasero”). Dupin finalmente: al final Dupin rompería así su identificación provisional con el ministro y sería el único que vería todo, retirándose así del circuito.

2. Esto quedaría confirmado por una primera interpretación del dinero que pide Dupin a cambio de la carta, por “la historia de la retribución de Dupin”. El proceso de deuda que plantea se encuentra interrogada por Lacan inmediatamente después de la nota de la cocinera. Y un blanco suplementario de algunas líneas. El “nosotros” es el de la comunidad de los analistas. El autor del Seminario parece al principio contarse entre ellos: “¿No es en efecto con todo derecho como podríamos creernos concernidos cuando se trata tal vez [este “tal vez” quedará siempre suspendido, J. D.] para Dupin de retirarse él mismo del circuito simbólico de la carta -nosotros que nos hacemos los emisarios de todas las cartas robadas que por algún tiempo por lo menos estarán con nosotros *en souffrance* en la transferencia? Y no es la responsabilidad que su transferencia supone la que neutralizamos haciéndola equivaler al significante más aniquilante que existe de toda significación, a saber el dinero.”

Como lo indicaba el “tal vez”, como lo anuncian también estas preguntas que en el original francés no llevan punto de interrogación, el “Pero no es eso todo” que abre el párrafo siguiente, la cuestión quedará sin respuesta clara. El planteamiento mismo de la pregunta, en su forma, en sus términos, se construía para prohibir esa respuesta: ¿cómo fijar en efecto el rigor conceptual de la expresión “equivaler al significante más aniquilante que existe de toda significación”? ¿Es o no es el dinero aniquilante de toda significación? La cuestión no es formal, es bien sabida, ni simplemente la de saber quién hace el avestruz al manejar un más o un menos de aniquilamiento. Si el dinero no es totalmente aniquilante de toda significación, si es solamente “el más aniquilante”, no puede “equivaler” a una “neutralización”. Y no basta para “retirar” del “circuito simbólico de la carta”.

3. Confirmación también en la nueva presentación de los *Escritos* (“Points”), ya citada: “He aquí por qué el ministro acaba por quedar capado, capado es la palabra de lo que él sigue creyendo que le ha hecho eso: esa carta que Dupin ha sabido localizar por su evidencia entre las piernas de su chimenea de lizo alto. [...] En lo cual nuestro Dupin se muestra igual en su éxito al del psicoanalista...”

A favor de la indeterminación que acabamos de notar (“tal vez”, “el más aniquilante”), esos signos de identificación entre Dupin y nosotros-los-psicoanalistas van a complicarse entonces. No simplemente por negar a Dupin la admisión en la institución analítica que neutralizaría “la responsabilidad que la transferencia implica”, sino por escindir el nosotros-los-psicoanalistas en dos Dupin, el necio, el que sigue siendo parte implicada en el triángulo creyéndose el amo, y el otro, que lo ve todo, desde el lugar de donde se apostrofa a todos los psicoanalistas que no entienden nada de Dupin, de su “verdadera estrategia”, es decir del autor del Seminario que sabe llegar de vuelta a la carta de Freud, volverla a encontrar donde se encuentra con fines de restitución, y gracias al cual se dispensan tanto la enseñanza de Freud como la demostración de Poe: todo el Seminario se abre con el proyecto, en otros sitios repetido cien veces, de “tomar en serio el descubrimiento de Freud” y de regular sobre él “la enseñanza de este seminario”, y eso contra la desviación de que ha sufrido la letra de Freud en la institución confraternal, y “lo que demuestra a mi cargo el cuento de Poe” colabora en ese regreso del texto de Freud a

su lugar propio. Desde esa posición se ridiculiza la identificación demasiado apresurada de los otros analistas (todos) con Dupin, con un Dupin del que no ven que, detentador de la carta, se parece todavía al ministro, se encuentra ahora en el lugar de este último y empieza como él a feminizarse, a identificarse con la Reina. El autor del Seminario se separa de la comunidad analítica. Nosotros es en adelante Freud, Poe, uno de los dos Dupin y yo: “En lo cual nuestro Dupin se muestra igual en su éxito al del psicoanalista, cuyo acto sólo por una torpeza inesperada del otro puede llegar a dar en el blanco. Ordinariamente, su mensaje es la única caída efectiva de su tratamiento: tanto como el de Dupin, pues debe quedar irrevelado, aunque con él queda cerrado el asunto.

“Pero si explicara yo, como se pondrá a prueba por el texto que aquí guarda el puesto de entrada que tiene en otro sitio, estos textos cada vez más, cada vez serán menos entendidos.

“Menos entendidos por los psicoanalistas, por el hecho de que están para ellos tan a la vista como la carta robada, que la ven incluso en ellos, pero que a partir de allí se creen, como Dupin, sus dueños.

“No son dueños de hecho sino de usar mis términos a tuertas y a derechas. En lo cual algunos se han ridiculizado. Son los mismos que me afirman que aquello de que los demás desconfían es de un rigor para el que se sentirían desiguales.” (Presentación nueva en *Points*.)

Los discípulos o los herederos ridículos desvían pues, a tuertas y a derechas, los propios términos del maestro, que les recuerda que no deben tomarse por maestros identificándose con el Dupin ingenuo. Y usar propiamente los términos del maestro, hacerlos volver a él, es también recordar la buena dirección, y que el maestro, como Dupin (¿cuál?), es el del regreso a Freud de su propia carta.⁷ (Continuará.)

⁷ En *souffrance* también ella, la carta de Freud esperaba una restitución. La comunidad analítica se organiza como una *poste restante* o lista de correos, guardando sellado el poder amenazador de una herencia. El retorno a la letra de la carta de Freud motiva, como es sabido, todo el trayecto de los *Escritos*. Esto se declara por todas partes, en particular bajo el título “De un designio” (podrá leerse más abajo esta palabra entre comillas de comillas), en una introducción propuesta *a posteriori* (1966) a la “Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud”. Esta advertencia en cuanto a la denegación empieza por insistir: sobre todo no vayan ustedes a creer en una “sacralización” de la letra de Freud, ni en alguna “cita” dada de antemano para reunirse en ella: “Las dos muestras que siguen de nuestro seminario nos incitan a comunicar al lector alguna idea del designio de nuestra enseñanza. [...] Porque dejarse conducir así por la letra de Freud hasta el relámpago que ella necesita, sin darle cita de antemano, no retroceder ante el residuo, recobrado al final, de su punto de partida de enigma, e incluso no considerarse satisfecho al término de la trayectoria del asombro por el cual se entró, en esto consiste la garantía que nos aportaba un lógico avezado de lo que constituía nuestra búsqueda: cuando desde hace ya más de tres años pretendíamos autorizarnos en un *comentario literal* de Freud.

“Esta *exigencia de lectura* no tiene la vaguedad de la cultura que *podría* creerse puesta en cuestión en ella.

“El privilegio dado a la letra de Freud no tiene entre nosotros nada de supersticioso. Cuando se toma una libertad con ella es cuando se le aporta una especie de sacralización muy compatible con *su* reducción a un *uso* de rutina.

Al empezar por identificar a Dupin con el psicoanalista, se prepara un doble beneficio: 1. La lucidez de aquel que sabe ver lo que nadie ha visto: el lugar de la cosa, entre las piernas (el autor del Seminario dice entonces: nosotros-los-psicoanalistas, nos retiramos del circuito simbólico y neutralizamos la escena de la que no somos parte interesada); 2. La posibilidad, al hacer aparecer que Dupin sigue siendo parte interesada (y cómo), al mantener la identificación Dupin-psicoanalista, de denunciar la ingenuidad de la comunidad analítica, de decir: ustedes-los-psicoanalistas, se engañan ustedes en el momento preciso en que, como Dupin, se creen ustedes los amos y los maestros.

En efecto. Después del párrafo cuya indecisión hemos cercado (“tal vez”, el “significante más aniquilante”, etc.), se juega una partida muy astuta pero que, para demostrar lo que la astucia de Dupin -la más grande en la escena edípica- comprende de móvil en su propia trampa, llega aquí hasta precipitarse ella misma.

Se trata de las últimas páginas del Seminario, escandidas por un “Pero no es eso todo” (p. 37) [p. 31] y un “¿Es eso todo...?” (p. 41) [p. 34]. Desde el momento en que se interpreta la retribución exigida por Dupin como gestión analítica para retirarse del circuito gracias al “significante más aniquilador [...] de toda significación, a saber el dinero”, se encuentran dificultades para dar cuenta de todos los signos de no-neutralidad que se multiplican al final de *La carta robada*. ¿No es ésta una paradoja chocante? “Pero no es eso todo. Ese beneficio tan alegremente obtenido por Dupin de su hazaña, si bien tiene por objeto sacar su castaña del fuego, no hace sino más paradójico, incluso chocante, el ensañamiento y digamos el golpe bajo que se permite de repente para con el Ministro cuyo insolente prestigio parecería sin embargo bastante desinflado por la mala pasada que acaba de hacerle” (p. 37) [p. 31]. Así pues no era todo. Y hay que señalar la “explosión pasional” de Dupin al final del relato, su “rabia de naturaleza manifiestamente femenina” en el momento en que debe ajustar cuentas con el ministro firmando su jugarreta. Reproduce pues el proceso de feminización; se conforma al (deseo del) ministro, cuyo lugar ocupa desde el momento en que, detentando la carta -lugar del significante-, se regula sobre el deseo de la Reina. Aquí ya no se puede, debido al pacto, distinguir entre el lugar del Rey (marcado por la ceguera) y el lugar de la Reina, aquel adonde la carta, en su “recto camino” y según su “trayecto propio”, debe circularmente regresar. Como el significante no tiene más que un lugar propio, no hay en el fondo más que un lugar para la carta y es ocupado sucesivamente por todos los que la detentan. Habría que reconocer pues que Dupin, una vez que ha entrado en el circuito, habiéndose identificado con el ministro para quitarle la carta y devolverla a su “recto camino”, no puede ya salirse de él. Debe recorrerlo entero. El Seminario plantea a este respecto una extraña pregunta: “Es pues efectivamente parte interesada en la triada intersubjetiva, y como tal en la posición

“Que todo texto, ya se proponga como sagrado o como profano, vea crecer *su* literalidad en prevalencia de *lo* que implica propiamente de enfrentamiento de la verdad, es algo cuya razón de estructura muestra *el* descubrimiento de Freud.

“Precisamente en lo que la verdad que aporta, la del inconsciente, debe a la letra del lenguaje, a lo que nosotros llamamos el significante.” (*Écrits*, pp. 363-364) [*Escritos*, pp. 349-350]. Cf. también, por ejemplo, p. 381 [p. 366].

mediana que han ocupado precedentemente la Reina y el Ministro. ¿Va a revelarnos al mismo tiempo, mostrándose superior a ellos, las intenciones del autor?

“Si ha logrado devolver la carta a su recto camino, falta hacerla llegar a su dirección. Y esa dirección está en el lugar ocupado precedentemente por el Rey, puesto que es allí donde debía volver a entrar en el orden de la Ley.

“Ya hemos visto que ni el Rey ni la Policía que tomó su relevo en ese lugar eran capaces de leerla porque ese *lugar implicaba la ceguera*” (p. 38) [p. 31].

Si Dupin ocupa ahora la “posición mediana”, ¿no la ha ocupado siempre? ¿Y acaso hay otra en el circuito? ¿Es únicamente en ese momento del relato, cuando tiene la carta en la mano, cuando se encuentra en esa posición? No podemos detenernos en esta hipótesis: Dupin actúa desde el principio con miras a la carta, a detentarla para devolverla a quien corresponde (ni el Rey ni la Reina sino la Ley que los liga) y encontrarse así preferible a su (hermano) enemigo, su hermano menor o gemelo (Atreo/Tiesto), al ministro que persigue fundamentalmente el mismo designio, con los mismos gestos. Si pues está en “posición mediana”, la distinción, más arriba, de las tres miradas no es ya pertinente. No hay más que avestruces, nadie evita dejarse desplumar, y cuanto más es uno el maestro, más expone el trasero. Será pues el caso de cualquiera que se identifique con Dupin.

A propósito de Dupin, extraña pregunta, decíamos: “¿Va a revelarnos al mismo tiempo, mostrándose superior a ellos, las intenciones del autor?”

No es la única alusión a las “intenciones del autor” (cf. también p. 12 [p. 6]). Su forma implica pues que el autor, en su intención, esté en situación de dominio y maestría general, ya que su *superioridad* frente a los triángulos escenificados (suponiendo que no escenifique más que triángulos) es representable por la superioridad de un actor, a saber Dupin. Abandonemos aquí esa implicación: toda una concepción de la “literatura”.

¿Se habrá mostrado superior Dupin? El Seminario, procediendo de lo que ve Dupin donde espera encontrarlo, repitiendo la operación de restitución de la carta, no puede responder que no. Ni que sí, puesto que Dupin es también un avestruz. Vamos a dejar pues la “verdadera” posición de Dupin en la oscuridad de una irrevelación o en el suspenso de una hipótesis, sin privarnos no obstante (aquí ninguna oscuridad ya ni ninguna hipótesis) de haber “descifrado la verdadera estrategia de Dupin”. He aquí lo irrevelado: “En lo cual nuestro Dupin se muestra igual en su éxito al del psicoanalista, cuyo acto sólo por una torpeza inesperada del otro puede llegar a dar en el blanco. Ordinariamente, su [?] mensaje es la única caída efectiva de su [?] tratamiento: pues tanto como el de Dupin, debe quedar irrevelado, aunque con él el asunto quede cerrado” (“Points”, p. 8).

He aquí la hipótesis en suspenso: “Pero si es verdaderamente el jugador que se nos dice, interrogará, antes de bajarlas, una última vez, sus cartas, y leyendo en ellas su juego, se levantará de la mesa a tiempo para evitar la vergüenza” (p. 41) [p. 34]. ¿Habrá hecho tal cosa? Nada del Seminario lo dice, aunque se demora sin embargo bastante tiempo en esos parajes como para asegurar, a pesar de lo irrevelado o de la hipótesis, que posee la cifra de la carta, la verdadera estrategia de Dupin y el verdadero querer-decir de la carta robada. El “sí” es aquí “sin duda”. Lo mismo que Dupin, a quien el narrador deja conservar la

palabra al final del cuento, parece seguro de haber tenido éxito en su tirada. Conclusión del Seminario: ‘... se levantará de la mesa a tiempo para evitar la vergüenza.

“¿Es eso todo y debemos creer que hemos descifrado la verdadera estrategia de Dupin más allá de los trucos imaginarios con que le era necesario engañarnos? Sí, sin duda; pues si ‘toda punta que exige reflexión’, como lo profiere al principio Dupin, ‘se ofrece al examen del modo más favorable en la oscuridad’, podemos fácilmente leer su solución ahora a la luz del día. Estaba ya contenida y era fácil de desprender en el título de nuestro cuento, y según la fórmula misma, que desde hace mucho tiempo sometimos a la discreción de ustedes, de la comunicación intersubjetiva: en la que el emisor, les decimos, recibe del receptor su propio mensaje bajo una forma invertida. Así, lo que quiere decir ‘la carta robada’, incluso ‘en sufrimiento’ [*en souffrance*], es que una carta llega siempre a su destino” (p. 41 [pp. 34-35]). Son las últimas palabras del Seminario).

PRIMER SEGUNDO

LA VERDAD DE LA CARTA DE MANO DE FREUD

Al ver lo que Dupin ve (no visto por los otros), incluso lo que Dupin mismo no ve o sólo ve, como doble que es (dentro, y fuera de circuito, “parte interesada” y fuera del juego) a medias (como todos los demás, finalmente), el Seminario se profiere desde el lugar donde se ve todo, “fácilmente”, “a la luz del día”.

Como Dupin en suma, en el momento en que, sin tener en cuenta su engeguimiento de “parte interesada”, se decía que era “el tercero que de esas dos miradas ve..., etc.” Y como Dupin, el Seminario devuelve la carta a su destino después de haber reconocido su lugar y su trayecto, su ley y su destino, a saber, *el* destino adonde está dirigida: la llegada a su destino.

Pero Dupin, el lúcido, no pudo serlo sino entrando en el circuito hasta ocupar en él sucesivamente todos los lugares, incluso, sin saberlo, los del Rey y de la Policía. Como todos los demás, a los que ha repetido perfectamente, es puesto en movimiento por el deseo de la Reina y por el pacto que se contrae con él. Y “mostrarse superior”, para él, aunque fuese en relación con todos los otros maestros, sus rivales, gemelos, hermanos o cofrades (Atreo/Tieste), era repetir el trajín sin poder mirar hacia atrás. Lo cual no le privaba necesariamente de placer en el momento en que otro conserva entonces la pluma en la mano.

Repetición de Dupin, pues. Al poder “fácilmente leer ahora su solución a la luz del día”, el autor del Seminario, no lo olvidemos, hace una escena a sus cofrades, malos guardianes, e infieles, del legado de Freud. Quiere por lo menos, con la “explosión pasional” cuyos orígenes hemos localizado, volver a encontrar la dirección: rectificar, enderezar, devolver al recto camino lo que está *en souffrance* y, “armado” con la “vuelta a Freud”, “corregir una desviación demasiado manifiesta para no confesarse como tal en todas las vueltas”. (*D’un dessein*, p. 366 [p. 352].) Reprocha a sus cofrades, pero también a sus censores, haber desviado, por creerse sus amos y maestros (“como Dupin”, ver más arriba), sus “términos”, los suyos, los del autor del Seminario. Se los reapropia pues, pero

él también para remitirlos, para devolverlos a Freud cuya verdadera enseñanza, la recta doctrina, se trata aquí de restituir.⁸ Así como Dupin, al decirse “partidario de la dama”, obliga a la Reina y mima el contrato que la liga al Rey, así habría como un pacto entre Freud, que, muerto demasiado pronto y como el Rey, pues, no habrá sabido nunca nada de la consecuencia -y el autor (el lugar del autor) del Seminario. Pero ¿un Rey está ligado por un pacto? ¿o un muerto? La pregunta debe esperar.

El más notable vاپuleo, digamos el “golpe bajo” más insidioso, “la rabia de naturaleza manifiestamente femenina”, se desencadena hacia aquel o aquella entre sus cofrades, Bonaparte, que se creyó en Francia, durante mucho tiempo, el (la) más autorizado(a) depositario(a), la legataria de la autoridad de Freud, manteniendo con él una correspondencia, lazos personales de confianza, representándolo incluso en nuestro país como una especie de ministro del que el autor del Seminario conoce a la vez la traición y la ceguera. Esa ministra ha querido incluso, en su libro, echar mano⁹ a *La carta robada*. Primero a aquella, desviada, de Freud. Y ha dispuesto, a la cabeza de su libro sobre Poe, de una atestación, firmada por Freud, de una especie de carta que sella a la vez el pacto y la traición (depende del lugar), poniendo al padre del psicoanálisis *simultáneamente* en el lugar del Rey, de la Reina (a quien hay que restituir “su” carta para reconstituir el pacto, borrar la traición y “corregir la desviación”) y del misterioso signatario de la carta robada, amigo o conjurado de la Reina. Como se dirá más lejos de la verdad (*causa sui* por ser a la vez causa y efecto), Freud es el único (y por causa de deceso, puesto que ocupa también el lugar del (rey) muerto) que sólo contrata consigo mismo.

Esa atestación firmada, de mano de Freud, hay que leerla aquí. Por la diversión, pero también para medir lo que el Rey, en efecto, habrá visto de la cantidad de gente que, al llevarse la última pluma de primera mano, habrá resultado que ponía en movimiento

⁸ Más literalmente “la experiencia freudiana en su línea auténtica”. (“La instancia de la letra en el inconsciente”, *Écrits*, p. 523 [*Escritos*, p. 503].)

⁹ Cuestión de mano: supuestamente detentadora del mensaje freudiano, Bonaparte estaba destinada a recibir los golpes. De manera insistente, repetitiva, automática. La nota a pie de página que apabulla a la cocinera allí donde había bastado con desdeñar la cocina, es añadida, en los *Escritos*, cerca de diez años después de la primera publicación del Seminario en *La Psychanalyse*. Pero ya desde Roma, el discurso del mismo nombre, cinco años antes, lanzaba contra Bonaparte una acusación de consideración: ¡segunda mano! Sus textos no detentan de primera mano la letra de Freud. Fulano está “poco despierto” para la teoría freudiana “puesto que la aborda por el libro de Marie Bonaparte, que cita sin cesar como un equivalente del texto freudiano y esto sin que nada advierta de ello al lector, confiando tal vez, no sin razón, en el buen busto de éste para no confundirlos, pero no por ello dando menos prueba de que no entiende ni jota del verdadero nivel de la segunda mano” (*Écrits*, pp. 246-247 [*Escritos*, p. 236]). Y como es preciso a la vez conservar para uno mismo la primera y no generalizar demasiado sobre la segunda, hay pues dos “niveles”, una buena y una mala segunda mano. La “buena”, ya lo veremos, toma la letra del texto freudiano como “texto vehículo de una palabra [*parole*], en cuanto que ésta constituye una emergencia nueva de la verdad”, sabe “tratarlo como una palabra verdadera”, “poner a prueba su autenticidad” de “palabra plena” (*Écrits*, p. 381 [*Escritos*, p. 366]): es del texto de Freud de lo que se trata. Y el encarnizamiento para apartar la “segunda mano” de Bonaparte se leía algunas líneas antes del capítulo a la gloria de la “palabra llena”.

desde su muerte, en espera de la restitución, incluso de la restauración. En posición de haber muerto demasiado pronto, *a priori* no habrá escrito nunca el prefacio del Seminario que ciertamente se ha ocupado solo de eso y en varias ocasiones. Pero puede soñarse en lo que habría representado un prólogo de Freud. Para alentar la ensoñación, vean aquí el que firmó, de su puño y letra y de primerísima mano, para Bonaparte sola (desde los *pretextes* la teoría de los *facteurs* [factores, carteros] sólo está ahí para la reexpedición):

Mi amiga y discípula Marie Bonaparte ha proyectado, en este libro, la luz del psicoanálisis sobre la vida y la obra de un gran escritor de tendencias patológicas.

Gracias a su trabajo de interpretación, se comprende ahora cuántos caracteres de la obra estuvieron condicionados por la personalidad del hombre, y puede verse también que esa personalidad era el residuo de poderosas fijaciones afectivas y de acontecimientos dolorosos que datan de la temprana juventud. Semejantes investigaciones no pretenden explicar el genio de los creadores, sino que muestran qué factores lo han despertado y qué clase de materia le ha sido impuesta por el destino. Es una tarea particularmente atractiva el estudiar las leyes del psiquismo humano en individualidades fuera de lo común.

Sigmund Freud

Ese sello nos llega en primer lugar en la traducción de Bonaparte, sea dicho sin sospechar de su exactitud sino para conceder que no aparece en una autenticidad de primera mano absoluta.

En el momento mismo en que corta la identificación con el Dupin “parte interesada” para no conservar más que la otra; en que descifra “la verdadera estrategia” de esta última en el instante en que se levantaría de la mesa; en que “sí, sin duda”, exhibe a la luz del día el verdadero querer-decir de “la carta robada”, es pues en ese momento mismo cuando el analista (¿cuál? el otro) se parece más a Dupin (¿a cuál? al otro) cuando la cadena de las identificaciones le parece recorrer, en sentido inverso, todo el circo, repetir automáticamente, compulsivamente al ministro, a la Reina, al Rey (a la Policía). Puesto que cada uno ocupa, en un momento u otro, el lugar del Rey, hay por lo menos cuatro reyes (continuará) en ese juego.

La carta robada demuestra en efecto, sin que nadie tenga que ocuparse de ello, el aplastante automatismo de repetición. Incluso es sobre ese punto sobre el que los herederos de Freud, cocinera o maestro de verdad,¹⁰ se repiten más fielmente. Como Lacan, Bonaparte inscribe todo un análisis bajo el título del *Wiederholungszwang*. Da sobre eso explicaciones para justificar la monotonía de una monosémica verdad. Freud se disculpa también en algún sitio de su análisis de Schreber: “No soy responsable de la

¹⁰ “Desempeñamos un papel de registro, al asumir la función, fundamental de todo intercambio simbólico, de recoger lo que *do kamo*, el hombre en su autenticidad, llama la palabra que dura.

Testigo invocado de la sinceridad del sujeto, depositario del acta de su discurso, referencia de *su* exactitud, fiador de *su* rectitud, guardián de *su* testamento, escribano de sus codicilos, el analista tiene algo de escriba.

“Pero sigue siendo ante todo el dueño [o maestro: *maître*] de la verdad de la que ese discurso es el progreso. Él es, ante todo, el que puntúa, como hemos dicho, su dialéctica. Y aquí, es aprehendido como juez del precio de ese discurso.” (*Ecrits*, p. 313 [*Escritos*, p. 301].)

monotonía de las soluciones que aporta el psicoanálisis: el sol, como consecuencia de lo que acaba de decirse, no podría ser nuevamente sino un símbolo sublimado del padre.” Bonaparte: “Antes de proseguir esta macabra revista de heroínas poescas, tengo que disculparme por la monotonía del tema... No se encuentra aquí, durante cinco o seis cuentos, mucho más que eso. Alguna fatiga, al leer estas páginas, se apoderará sin duda del lector. No puedo sin embargo ahorrarle ese cansancio [...] esa monotonía del tema como de su expresión permite sentir el aplastante *automatismo de repetición...*” (II, p. 283).

Esa monotonía insistente ha permitido por lo menos construir aquí una red textual, hacer aparecer la recurrencia de ciertos motivos (por ejemplo la cadena castración-ahorcamiento-*mantelpiece* fuera de *La carta robada*). Así la carta colgante *bajo* la campana de la chimenea tiene su equivalente en *El doble asesinato de la calle Morgue*.¹¹ El interés de esta recurrencia, y de su localización, no es, para nosotros, el de un enriquecimiento empírico, de una verificación experimental, ilustración de una insistencia repetitiva. Es estructural. Inscribe *La carta robada* en una textura que la desborda, a la que pertenece y en la que el Seminario había practicado un encuadre o un recorte sumarios. Es sabido que *La carta robada* pertenece a lo que Baudelaire llamó una “especie de trilogía”, con *El doble asesinato* y *El misterio de Marie Roget*. De esa trilogía Dupin, el Seminario no dice palabra; no sólo entresaca los triángulos narrados (el “drama real”) para centrar en ellos la narración y hacerles llevar el peso de la interpretación (el destino de la carta), sino que entresaca la tercera parte de la gesta Dupin de un conjunto omitido como un marco neutralizado.

En cuanto a la equivalencia del ahorcamiento y del falo, Bonaparte dispone en la red más de un texto y sugiere que aquí el punto de vista del hombre no es el mismo que el de la mujer, dejando así pensar que la Femenidad velada/develada/castrada sólo es figura de la Verdad para el hombre. Éste sería el dueño de la verdad tan sólo desde ese punto de vista.¹²

Cuando siguiendo a Freud recuerda que ““la castración de la mujer” es “una de las fantasías centrales de los niños”, Bonaparte articula sin duda esta proposición, a través de una simbólica inmediata y de un semantismo muy espontáneo, sobre la biografía de Poe y ocasionalmente sobre una observación real de la escena primitiva (it, p. 539). Pero sucede que su laboriosa preocupación psico-biográfica, su psicoanálisis muy aplicado (puestos a eso, más vale que la aplicación sea aplicada) le abre algunas estructuras textuales que permanecen cerradas para Lacan. Así, retengamos tan sólo ese indicio: puesta a interrogar el inconsciente de Poe (y no las intenciones del autor), a identificarlo con tal o cual

¹¹ “Ahora bien, Rosalie se encuentra aquí, ‘con el cuerpo... bien caliente’, embutida cabeza abajo en la chimenea de la habitación, tal como el niño en las vías genitales maternas antes del nacimiento, por el brazo poderoso del antropoide. La habitación era el cuerpo de la madre, la chimenea, según un simbolismo igualmente frecuente, es su vagina -o más bien su cloaca, ya que la cloaca es la única que corresponde a las teorías sexuales infantiles, que sobreviven en el inconsciente.” (*Edgar Poe*, t. II, pp. 548-549.)

¹² Cf. lo que se dice de la “ficción” donde todo está dispuesto “desde el punto de vista del varón”: del cual Bonaparte no escapa simplemente sin embargo, sobre todo en estas dos páginas. Se remite allí con reconocimiento a la letra de ciertas aclaraciones que Freud le confió “en ocasión del *Gato negro* sobre el que discutía yo con él...” (*Ibid.*, t. II, páginas 566-568).

posición de sus personajes, Bonaparte pone, por su lado, mucha atención en la posición del narrador, en *La carta robada* pero también “antes” de ella, desde el momento en que se constituye su relación con Dupin.¹³ Mucha atención también, y por consiguiente, en todos los fenómenos de doble: aquellos mismos que orientan y luego despistan y ficcionalizan Das *Unheimliche* (del que por lo demás Bonaparte no habla más que Lacan, al parecer). Interesándose en la escisión de Poe en dos personajes que lo representan igualmente, el narrador y Dupin, Bonaparte se encuentra así motivada para observar esa cosa en efecto notable -y omitida por el Seminario-: que el narrador, doble a su vez (narrante-narrada, cosa que Bonaparte no señala), insiste mucha en el carácter doble de Dupin: Dupin es doble, se dobla y desdobla él mismo. Si Dupin es un doble él solo, y si es el doble de un doble (el narrador), etc., se corre el riesgo de que se introduzca alguna perturbación en la delimitación de los triángulos del “drama” llamado “real”, como en la identificación en él de las posiciones y de las miradas. Tanto más cuanto que, como hemos visto, en el “drama real” misma, Dupin se identifica sucesivamente con todos los personajes, como hacen todos los que encuentran la carta en su lugar propia y querer-decir evidente. El Seminario percluye sin merced esta problemática del doble y de la *Unheimlichkeit*. Sin duda por considerar que se contiene en lo imaginario, en la relación dual que hay que mantener rigurosamente aparte de lo simbólico y de lo triangular. Es por supuesto esta partición entre lo simbólica y lo imaginaria la que, de manera problemática, parece sostener, con la teoría de la carta (lugar de la falta en su lugar e indivisibilidad del significante), todo lo que dice el Seminario en su recurso a la verdad. Todas las relaciones “*unheimlich*” de duplicidad, desplegadas sin límite en una estructura dual, se ven allí omitidas o marginadas. Sólo despiertan el interés en el momento en que se las cree neutralizadas, dominadas, sometidas en la constitución de lo simbólico triangular, cuando aparece la intersubjetividad llamada “verdadera”, la que forma el objeto de la enseñanza y del retorno a Freud. “Así, para demostrar a nuestros oyentes lo que distingue de la relación dual implicada en la noción de proyección a una intersubjetividad verdadera, nos habíamos valido ya del razonamiento referido por Poe misma de manera favorable en la historia que será el tema del presente seminario, como el que guiaba a un pretendido niño prodigio para hacerle ganar más a menudo de las que eran de esperarse en el juego de par o impar” (p. 57) [p. 51]. Lo que se encuentra controlado así es la *Unheimlichkeit*, y el enloquecimiento angustiioso, que pueden provocar, sin esperanza de reapropiación, de clausura u de verdad, las remisiones de simulacro a simulacro, de doble a doble. Si se quisiera a cualquier precio hacer todavía de eso el ejemplo de una ley, la trilogía Dupin, volveremos de nuevo sobre esto, es ejemplar de ese carácter incontrolable y desbarata toda verificación de identidad. Al neutralizar allí al doble, el Seminario hace todo lo necesario para evitar lo que *La agresividad en psicoanálisis* llama la “angustia indomitable”. La del analizando por supuesto: “Pero imagínese, para comprendernos, lo que sucedería en un paciente que viese en su analista una réplica exacta de sí mismo. Toda el mundo siente que el exceso de tensión agresiva constituiría tal obstáculo a la manifestación de la transferencia, que su efecto útil sólo podría producirse con la mayor lentitud, y es lo que

¹³ Edgar Poe, t. ii, pp. 518 s.; *La carta robada* es la tercera aparición de Dupin.

sucede en ciertos análisis de finalidad didáctica. Si la imaginamos, en caso extremo, vivida según el modo de extrañeza propio de las aprehensiones del *doblo*, esa situación desencadenaría una angustia indomable” (p. 109) [p. 102].

Tal vez se comprende mejor ahora por qué razones, operando los dos desde Freud y en el interior de cierto funcionamiento de la carta robada, Bonaparte y Lacan la interpretan según el mismo querer-decir: la castración de la madre como sentido último y lugar propio de la carta. Pero uno y otro no saltan de la misma manera por encima del texto. Las diferencias de estilo y de altura no son aquí nimias. Y la una cae siempre, con los riesgos conocidos y la imprudencia dogmática habitual, sobre el inconsciente del autor. La otra, con una vigilancia filosófica incomparable en ese terreno, sobre la Verdad. No solamente la verdad del texto sino la Verdad. A secas, precisamente. “Verdad que se desprende del momento del pensamiento freudiano”, “Verdad, observémoslo, que hace posible la existencia misma de la ficción”, “registro de la verdad” que “se sitúa enteramente en otra parte, o sea propiamente en la fundación de la intersubjetividad”, “intersubjetividad verdadera” (“auténtica” en otro lugar), “sujeto verdadero del cuento”, “trayecto que le es propio”, “verdadera estrategia de Dupin”, “solución a la luz del día”, etc., el valor de verdad moviliza todo el Seminario. Articula todos sus conceptos desde el momento en que se la encuentra en el lugar propio del significante. En el lugar de la falta que finalmente no tiene más que uno -por distribuir- y vuelve siempre a encontrarse en él, propiamente, ya que lo propio se ha vuelto la relación de la falta consigo misma, en un lugar propio del cuerpo propio. “Propio”, “verdadero”, “auténtico” dan el relevo al valor de verdad según una necesidad que analizaremos.

¿Qué hay pues con la verdad según Lacan? ¿Hay una doctrina, una doctrina lacaniana de la verdad? Dos razones podrían hacer dudar de ello. La primera es general y depende de los términos de la pregunta. La imposibilidad estructural de una sistemática puramente homogénea nos apareció en otro lugar. La segunda depende de la movilidad del discurso que nos interesa aquí. En las publicaciones posteriores a los *Escritos*, en lo que indican de una enseñanza oral en curso, se percibe cierto retroceso que ensordece el encantamiento sobre la *aletheia*, el *logos*, la palabra, el vocablo, etc. Desvanecimiento más notable aún de las connotaciones, si no de los conceptos de la posguerra existencialista. Sigue en pie que cierto tipo de enunciados sobre la verdad se ha dado, multiplicado, en un momento preciso, en la forma del sistema. Y comprendía todos los rasgos necesarios para ese efecto. Como el Seminario pertenece a ese sistema (tal es por lo menos mi hipótesis), así como cierto número de otros ensayos a los que voy a referirme (para no encerrar a mi vez los *Escritos* en el Seminario), es preciso desbrozarlo si se quiere comprender la lectura de *La carta robada*. Puede y debe hacerse incluso si, después de 1966, en un campo teórico transformado, el discurso lacaniano sobre la verdad, el texto o la literatura se prestase a cierto número de arreglos de importancia o de retoques decisivos, lo cual ni siquiera es seguro.¹⁴ Su localización cronológica y teórica estaría por lo demás siempre sujeta a la duda, dado el rebote lejano de las publicaciones.

¹⁴ La doctrina de la verdad como causa (Ursache), así como la expresión “efectos de verdad”, podrá armonizarse con el sistema en el que vamos a interesarnos. Los efectos de verdad son los efectos de la verdad y, como lo había dicho ya “La dirección de la cura” (donde se habla de “dirigir al sujeto

Sea lo que sea después de 1965-1966, todos los textos situados, más precisamente publicados entre 1953 (Discurso llamado de Roma) y 1960 parecen pertenecer al mismo sistema de la verdad. O sea, cuantitativamente, la casi totalidad de los *Escritos*, inclusive, pues, el Seminario (1955-1957): obras del joven Lacan, dirán tal vez un día, una vez más, unos universitarios apresurados de zanjar en lo que no soporta la partición.

Ese sistema de verdad, condición de una lógica del significante, no vamos a exponerlo. Consiste por lo demás en lo *no exponible* de lo expuesto. Vamos a intentar solamente reconocer sus rasgos pertinentes al Seminario, a su posibilidad y a sus límites.

Se trata en primer lugar de un *énfasis*, como se diría igualmente en inglés, sobre la excelencia auténtica del decir, de la palabra, del vocablo: del logos como *phoné*. Hay que explicar ese énfasis, dar cuenta de su nexos necesario con tal teoría del significante, de la letra y de la verdad. Hay que explicar por qué el autor de *La instancia de la letra en el inconsciente* y del Seminario sobre *La carta* [lettre] robada subordina sin cesar la letra, la escritura y el texto. Incluso cuando repite a Freud sobre la charada [rébus], los jeroglíficos, los grabados, etc., recurre siempre en última instancia a una escritura revelada por la voz. Sería fácil de mostrar. Un ejemplo entre muchos otros: “Una escritura, como el sueño mismo, puede ser figurativa, está siempre como el lenguaje articulada simbólicamente, o sea que ni más ni menos que éste es fonemática y fonética de hecho desde el momento en que se lee.” (*Situation de la psychanalyse* en 1956, p. 470 [p. 452].) Este hecho no tiene valor de hecho sino en el límite de las escrituras llamadas fonéticas. Cuando mucho, pues hay elementos no fonéticos en tales escrituras. En cuanto al campo no fonético de la escritura, su enormidad fáctica no necesita ya demostrarse. Pero poco importa. Lo que cuenta aquí, y más todavía que la relación del hecho con el derecho, es la equivalencia implicada (“o sea”) entre la articulación simbólica y la fonematicidad. Lo simbólico pasa por la voz, y la ley del significante no tiene lugar sino en letras vocalizables. ¿Por qué? ¿Y qué relación mantiene ese fonematismo (lo cual no corresponde a Freud y por lo tanto se pierde en ese despliegue del retorno a Freud) con cierto valor de verdad?

Los dos alcances del valor de verdad, ya lo hemos visto, están representados en el Seminario. 1. *Adecuación*, en el retorno circular y el trayecto propio, del origen al fin, del lugar de desprendimiento del significante a su lugar de atadura. Ese circuito de adecuación guarda y mira al del pacto, del contrato, de la fe jurada. Lo restaura contra la amenaza y como el orden simbólico. Y se constituye en el instante en que la *guardia* del falo queda confiada como guardia *de la falta*. Por el Rey y la Reina pero a partir de allí en un juego de alternancias sin fin. 2. *Velamiento-develamiento* como estructura de la falta: la castración, lugar propio del significante, origen y destino de su carta, no muestra nada al develarse. Se vela pues en su develamiento. Pero esa operación de verdad tiene un lugar propio: pues los contornos *son* el lugar de la falta en ser desde la cual se desprende el significante para su circuito literal. Esos dos valores de verdad se apuntalan el uno al otro. Son indisociables. Necesitan la palabra o la fonetización de la letra desde el momento en

hacia la palabra plena”, en todo caso de dejarlo “libre de intentarlo”, *Écrits*, p. 641 (*Escritos*, p. 621), “se trata de la verdad, de la única, de la verdad sobre los efectos de la verdad” (*Écrits*, p. 640 (*Escritos*, p. 620). La circulación será siempre de la verdad: hacia la verdad. Causa y efecto del círculo, *causa sui*, trayecto propio y destino de la carta.

que el falo debe ser *guardado*, regresar a su punto de partida, no diseminarse en el camino. Ahora bien, para que el significante se guarde en su letra y cumpla así el retorno, es preciso que su letra no sufra "partición", que no se pueda decir un poco de letra [*de la lettre*], solamente una letra, unas letras, la letra (pp. 23-24) [p. 18]. Si fuera divisible, podría siempre perderse en el camino. Es contra esa pérdida posible contra lo que se edifica el enunciado de la "materialidad del significante", es decir de su singularidad indivisible. Esa "materialidad", deducida de una indivisibilidad que no se encuentra en ninguna parte, corresponde de hecho a una idealización. Solamente la idealidad de una letra resiste a la división destructora. "Hagan pedacitos una letra, sigue siendo la letra que es", como eso no puede decirse de la materialidad empírica, debe implicarse una idealidad (intangibilidad de una identidad consigo que se desplaza sin alteración). Sólo ella permite a la singularidad de la letra guardarse. Si esa idealidad no es el contenido de sentido, debe ser o bien cierta idealidad del significante (lo identificable de su forma en cuanto que se distingue de sus ocurrencias y reediciones empíricas), o bien el "punto de basta" que engancha el significante al significado. Esta última hipótesis está más de acuerdo con el sistema. Ese sistema es de hecho el de la idealidad del significante. El idealismo que se aloja en él no es una posición teórica del analista, es un efecto estructural de la *significación* en general, cualesquiera que sean las transformaciones o ajustes que se haga sufrir al espacio de la *semiosis*. Se comprende que Lacan encuentre esa "materialidad" "singular": no retiene más que su idealidad. No considera la letra sino en el punto en que, determinada (diga lo que diga) por su contenido de sentido, por la idealidad del mensaje que "vehicula", por la palabra que permanece, en su sentido, fuera de alcance para la partición, puede circular, intacta, de su lugar de desprendimiento a su lugar de atadura, es decir al mismo lugar. De hecho, esa letra no escapa únicamente a la partición, escapa al movimiento, no cambia de lugar.

Eso supone, además de una limitación fonemática de la letra, una interpretación de la *phoné* que le ahorra también la divisibilidad. La voz provoca por sí misma tal interpretación: tiene los caracteres fenomenales de la espontaneidad, de la presencia ante sí, del retorno circular a sí. Guarda tanto mejor cuanto que se cree poder guardarla sin accesorio externo, sin papel y sin sobre: se encuentra, nos dice ella, siempre disponible allí donde se encuentra. Por eso se cree que permanece más que los escritos: "Ojalá los escritos permaneciesen, lo cual es más bien el caso de las palabras" (p. 27) [p. 21]. Muy distinto sería si se pusiese atención en la escritura en la voz, es decir antes de la letra. Pues el mismo problema se reproduce en cuanto a la voz, a lo que puede llamarse también su "letra" si se quiere conservar a este concepto su definición lacaniana (localidad o materialidad indivisible del significante). Esa "letra" vocal sería pues también ella indivisible, siempre idéntica a sí misma, cualesquiera que sean los despedazamientos de su cuerpo. Esa integridad no puede quedarle asegurada sino gracias a su nexo con la idealidad de un sentido, en la unidad de una palabra. Nos vemos siempre conducidos de nuevo, de etapa en etapa, a ese contrato de los contratos que garantiza la unidad del significante con el significado a través de todos los "puntos de basta", gracias a la "presencia" (ver más arriba) del *mismo* significante (el falo), del "significante de los significantes" bajo todos los efectos de significado. Ese significante trascendental es pues

también el significado de todos los significados y es él el que se encuentra al abrigo en la indivisibilidad de la letra (gráfica u oral). Al abrigo de esa amenaza, pero también de ese poder diseminador que he propuesto llamar, en *De la grammatologie [De la grammatología, Siglo XXI, 1971]*, *la Escritura antes de la letra [avant la lettre]* (título de la primera parte) el privilegio de la “palabra llena” es interrogado allí (cf., por ejemplo, pp. 18 s. [p. 17]). La instancia de la letra lacaniana es el relevo de la escritura en el sistema de la palabra.

“El drama” de la carta robada empieza en el momento -que no es un momento- en que la letra *se guarda*. Por la moción del ministro que actúa para conservarla (habría podido desgarrarla y es efectivamente una idealidad lo que entonces habría quedado disponible y por un tiempo¹⁵ eficaz), ciertamente, pero mucho antes de eso, cuando la Reina quiere guardarla o recuperarla: como doble del pacto que la liga al Rey, doble amenazante pero que bajo su guardia no puede traicionar la “fe jurada”. La Reina quiere poder jugar con los dos contratos. No podemos desarrollar aquí ese análisis, se lee en otra parte.

Lo que importa aquí es que lo indestructible de la carta dependa de lo que la eleva hacia la idealidad de un sentido. Por poco que sepamos de su contenido, es preciso que haya relación con el contrato original que él significa y subvierte a la vez. Y es ese saber, esa memoria, esa retención (consciente o inconsciente) los que forman su propiedad y aseguran el trayecto propio hacia el lugar propio. Como su último contenido es el de un pacto que liga a dos “singularidades”, implica una insustituibilidad, excluye, como la amenaza y la angustia indomable, todos los simulacros de doble. Es el efecto de palabra viva y presente el que garantiza, en última instancia, la singularidad indestructible e inviolable de la carta, el tener-lugar de un significante que no se pierde, no se extravía, no se divide nunca. El sujeto está muy dividido pero el falo no se comparte jamás. El despedazamiento es un accidente que no le incumbe. Por lo menos según la seguridad construida por lo simbólico. Y por un discurso sobre el asumir la castración que edifica una filosofía ideal contra el despedazamiento.¹⁶

Tal sería, en su principio, la articulación de esta lógica del significante sobre una interpretación fonocéntrica de la letra. Los dos valores de la verdad (adecuación y movimiento de velo) no se dejan ya entonces dissociar del vocablo [*mot*], de la palabra

¹⁵ Por un tiempo únicamente: hasta el momento en que, incapaz de devolver una carta “material”, divisible, que sufre la partición, efectivamente “singular”, habría tenido que soltar la presa que sólo un documento destructible podía asegurarle sobre (de) la Reina.

¹⁶ Lo que analizamos aquí sería la más rigurosa filosofía del psicoanálisis hoy, más precisamente la más rigurosa filosofía freudiana, sin duda más rigurosa que la de Freud y más estrictamente controlada en sus intercambios con la historia de la filosofía.

No podría exagerarse aquí el alcance de esta proposición sobre la indivisibilidad de la letra, o más bien sobre su identidad consigo misma inaccesible al despedazamiento (“Pongan una letra en pedacitos, sigue siendo la letra que es”), como sobre la llamada “materialidad del significante” (la letra) intolerante a la partición. ¿De dónde se saca eso? Una letra despedazada puede destruirse pura y simplemente, es cosa que sucede (y si se considera que el efecto inconsciente llamado aquí letra no se pierde nunca, que la represión lo guarda todo y no permite nunca ninguna degradación de insistencia, hay que armonizar todavía esa hipótesis -nada se pierde ni se extravía- con *Más allá del principio de placer*), o producir otras *lettres*, ya se trate de caracteres o de mensajes.

presente, viva, auténtica. La palabra final es que hay, a fin de cuentas, en el origen o en el fin (trayecto propio, destino circular), una palabra que no es fingida, un querer-decir que, a través de todas las complicaciones ficcionales imaginables, no engaña o engaña entonces *verdaderamente*, enseñándonos una vez más la verdad del engaño. En este punto, la verdad permite al analista tratar a los personajes de ficción como personajes reales, y resolver, a la profundidad de la meditación heideggeriana de la verdad, ese problema del texto literario en el que Freud (más ingenuamente pero con más seguridad que Heidegger y Lacan) confesaba a veces su azoro. ¡Y no se trata todavía más que de literatura con personajes! Citemos primero el Seminario. Acaba de despertarse la sospecha de que el propósito del autor no era tal vez enunciar, como decía Baudelaire, lo verdadero. Lo cual no por eso equivale siempre a divertirse. Vean: “Sin duda Poe se divierte...

“Pero nos asalta una sospecha: esa ostentación de erudición ¿no está destinada a darnos a entender las palabras claves de nuestro drama? El prestidigitador ¿no repite ante nosotros su truco, sin engañarnos esta vez con que nos va a entregar su secreto, sino empujando aquí su apuesta a esclarecernosla realmente sin que veamos de ello ni gota? Sería por cierto el colmo a que podría llegar el ilusionista, hacernos *verdaderamente engañar* por un ser de ficción. ¿Y no son tales efectos los que nos justifican para hablar, sin buscar en ello malicia, de muchos héroes imaginarios como de personajes reales?

“Y así cuando nos abrimos al entendimiento de la manera en que Martin Heidegger nos descubre en la palabra aleza el juego de la verdad, no hacemos sino volver a encontrar un secreto en el que ésta ha iniciado siempre a sus amantes, y por el cual saben que es en el hecho de que se esconda donde se ofrece a ellos *del modo más verdadero* (p. 21) [p. 15].

Los efectos de abismo están aquí severamente controlados, precaución científicamente irreprochable: es la ciencia misma, por lo menos la ciencia ideal e incluso la verdad de la ciencia de la verdad. De los enunciados que acabo de citar no se sigue que la verdad es una ficción sino que a través de la ficción la verdad se averigua propiamente. La ficción manifiesta la verdad: la manifestación que se ilustra hurtándose. La *Dichtung* (el dicho poético o la ficción, es la palabra de Goethe y de Freud: se trata, como para Heidegger, de la ficción literaria como *Dichtung*) es la manifestación de la verdad, su ser-averiguado: “Tan poca oposición hay entre esta *Dichtung* y la *Wahrheit* en su desnudez, que el hecho de la operación poética debe más bien llamarnos la atención hacia ese rasgo que se olvida en toda verdad, y es que se averigua en una estructura de ficción” (p. 742) [p. 722]. La verdad domina el elemento ficcional de su manifestación que le permite ser o llegar a ser lo que es, averiguarse. Lo controla desde su origen o desde su telos, lo cual ordena finalmente ese concepto de una ficción literaria a una interpretación muy clásica de la *mimesis*: rodeo hacia la verdad, más verdad en la representación ficticia que en la realidad, fidelidad acrecentada, “realismo superior”. La cita precedente llamaba a una nota: “La conveniencia de este recordatorio en nuestro tema quedaría suficientemente confirmada si fuera necesario por uno de esos numerosos textos inéditos que la obra de Delay nos aporta iluminándolos con la luz más apropiada. Aquí, del *Journal inédit* llamado de la Brévine donde Gide en octubre de 1894 pasó una temporada (nota de la p. 667 de su tomo II).

“La novela probará que puede pintar otra cosa que la realidad - directamente la emoción y el pensamiento; mostrará hasta qué punto puede ser deducida, *antes de la experiencia de las cosas* - hasta qué punto, es decir, puede ser compuesta - es decir puede ser obra de arte. Mostrará que puede ser obra de arte, compuesta de arriba abajo, de un realismo no de los pequeños hechos contingentes, sino superior.” Sigue una referencia al triángulo matemático, y luego: “Es preciso que en su relación misma cada parte de una obra pruebe la verdad de cada una de las otras, no se necesita otra prueba. Nada tan irritante como el testimonio que M. de Goncourt da de todo lo que expone - ¡ha visto! ¡ha oído! como si la prueba por lo real fuese necesaria.” Lacan concluye:

“¿Hay que decir que un poeta nunca ha pensado de otra manera... pero que nadie da una continuación a ese pensamiento?” Y se confirma a sí mismo en el mismo artículo que es una “persona” quien “aporta” la “verdad de la ficción”. Esa persona es la “seductora” del “muchacho” (p. 753) [p. 733].

Una vez que se ha distinguido, como hace toda la tradición filosófica, entre verdad y realidad, cae por su propio peso que la verdad “se averigua en una estructura de ficción”.¹⁷ Lacan insiste mucho en la oposición verdad/realidad que él propone como una paradoja. Esa oposición, tan ortodoxa como es posible, facilita el paso de la verdad por la ficción: el sentido común habrá hecho siempre la partición entre realidad y ficción.

Pero una vez más, ¿por qué la palabra sería el elemento privilegiado de esa verdad averiguada como ficción, según el modo o en la estructura de la ficción, de esa ficción verificada, de lo que Gide llama “realismo superior”?

Desde el momento que la verdad se determina como adecuación (a un contrato original: saldo de una deuda) y como develación (de la falta a partir de la cual el contrato se contrae para reapropiar simbólicamente lo desprendido), el valor central es efectivamente el de propiación, por consiguiente de proximidad, de presencia y de guardia: el mismo que procura el efecto idealizador de la palabra. Si se considera esta demostración como probada, no nos sorprenderá ya encontrar su confirmación. En el caso contrario, ¿cómo explicar esa masiva complicación, en el discurso lacaniano, entre la verdad y la palabra, la palabra “presente”, “llena” y “auténtica”? Si se tiene eso en cuenta, se comprende mejor: 1. Que la ficción esté para Lacan transida de verdad en cuanto hablada y por consiguiente en cuanto no-real. 2. Que eso lleve a no contar ya, en el texto, con todo lo que sigue siendo irreductible a la palabra, a lo dicho y al querer-decir: la *mégarde* [inadvertencia, pero también mala-guardia] irreductible, el vuelo o robo [vol] –sin remedio, la destructibilidad, la divisibilidad, la falta en su destino (definitivamente rebelde al destino de la falta: no-verdad inverificable).

¹⁷ Por ejemplo: “Así, es de otro sitio que de la Realidad a la que incumbe de donde la Verdad saca su garantía: es de la Palabra. Como es de ella de donde recibe esa marca que la instituye en una estructura de ficción.

“Lo dicho primero decreta, legifera, aforiza, es oráculo, confiere al otro real su oscura autoridad.” (Écrits, p. 808 [Escritos, p. 787].)

Cuando Lacan recuerda “esa pasión del develar que tiene un objeto: la verdad”,¹⁸ y que el analista “sigue siendo ante todo el dueño y maestro [*maitrê*] de la verdad”, sigue siendo para ligar la verdad con el poder de la palabra. Y de la comunicación como contrato (fe jurada) entre dos presentes. Incluso si la comunicación no comunica nada, se comunica: y mejor todavía en este caso como comunicación, es decir verdad. Por ejemplo: “Incluso si no comunica nada, el discurso representa la existencia de la comunicación; incluso si niega la evidencia, afirma que la palabra constituye la verdad; incluso si está destinado a engañar, especula sobre la fe en el testimonio.” (*parole vide et parole pleine dans la réalisation psychanalytique du sujet*, in *Discours de Rome*, pp. 251-252 [p. 242].)

Lo que no es ni verdadero ni falso es la realidad. Pero desde que se abre la palabra, estamos en el orden de la develación de la verdad como de su contrato de propiedad: presencia, palabra y testimonio: “La ambigüedad de la revelación histórica del pasado no consiste tanto en la vacilación de su contenido entre lo imaginario y lo real, pues se sitúa en lo uno y en lo otro. No es tampoco que sea embustera. Es que nos presenta el nacimiento de la verdad en la palabra, y que por eso tropezamos con la realidad de lo que no es ni verdadero, ni falso. Por lo menos es esto lo más turbador de su problema.

“Pues de la verdad de esta revelación es la palabra presente la que da testimonio en la realidad actual, y la que la funda en nombre de esta realidad. Ahora bien, en esta realidad, sólo la palabra da testimonio de esa parte de los poderes del pasado que ha sido apartada en cada encrucijada en que el acontecimiento ha escogido” (pp. 255-256) [pp. 245-246]. Este pasaje habrá venido precedido de cerca por una referencia a Heidegger, lo cual no es sorprendente; vuelve a conducir al *Dasein* hacia el sujeto, lo cual lo es más.

Puesto que la “palabra presente” “atestigua” “la verdad de esa revelación” más allá de lo verdadero o lo falso, más allá de lo verídico o lo embustero de tal o cual enunciado, de tal o cual síntoma en sus relaciones con tal o cual contenido, los valores de adecuación o de develación no tienen ya ni siquiera que esperar su verificación o su cumplimiento del exterior de algún objeto. Se garantizan intrínsecamente. Lo que cuenta, no es lo que es comunicado, verdadero o falso, sino “la existencia de la comunicación”, la revelación presente que se hace allí de la palabra que atestigua la verdad. De donde el relevo necesario por los valores de autenticidad, de plenitud, de propiedad, etc. La verdad, lo que hay que volver a encontrar, no es pues un objeto más allá del sujeto, la adecuación de la

¹⁸ “Ustedes me han escuchado, para situar su lugar en la investigación, referirme con dilección a Descartes y a Hegel. Está bastante de moda en nuestros días ‘superar’ a los filósofos clásicos. Podría perfectamente haber partido del admirable diálogo con Parménides. Pues ni Sócrates, ni Descartes, ni Marx, ni Freud pueden ser ‘superados’ en cuanto que han llevado su investigación con esa pasión de develar que tiene un objeto: la verdad.

“Como escribió uno de aquéllos, príncipes del verbo, y bajo cuyos dedos parecen deslizarse por sí mismos los hilos de la máscara del Ego, he nombrado a Max Jacob, poeta, santo y novelista, sí, como escribió él en su *Cubilete de dados*, si no me engaño: lo verdadero es siempre nuevo.” (“Palabras sobre la causalidad psíquica”, *Écrits*, p. 193 [*Escritos*, p. 183].) Sigue siendo verdad. ¿Cómo no suscribirlo?

palabra a un objeto,¹⁹ sino la adecuación de la palabra llena a sí misma, su autenticidad propia, la conformidad de su acto a su esencia original. Y el telos de esta *Eigentlichkeit*, la

¹⁹ La “verdadera palabra” es la palabra autenticada por el otro en la fe jurada o dada. El otro la hace adecuada a sí misma -y no ya al objeto- devolviendo el mensaje bajo una forma invertida, volviéndolo verdadero, identificando entonces al sujeto consigo mismo, “anunciando que es el mismo”. La adecuación -como autenticación- pasa por la intersubjetividad. La palabra “es pues un acto, y que, como tal, supone un sujeto. Pero no basta decir que, en ese acto, el sujeto supone otro sujeto, pues más bien se funda en él como siendo el otro, pero en esa unidad paradójica del uno y el otro, de la que hemos mostrado más arriba que, por su intermedio, el uno se atiene al otro para hacerse idéntico a sí mismo.

“Puede decirse pues que la palabra se manifiesta como una comunicación en la que no sólo el sujeto, por esperar del otro que haga verdadero su mensaje, ya a proferirlo bajo una forma invertida, sino en la que ese mensaje lo transforma anunciando que es el mismo. Como aparece en toda fe otorgada—donde las declaraciones de ‘eres mi mujer’ o ‘eres mi maestro’ significan ‘soy tu esposo’, ‘soy tu discípulo’.

“La palabra manifiesta pues ser tanto más verdaderamente una palabra cuanto menos fundada está su verdad en lo que llaman la adecuación a la cosa: la verdadera palabra se opone así paradójicamente al discurso verdadero; sus verdades se distinguen por esto: que la primera constituye el reconocimiento por los sujetos de sus seres en cuanto que están en ella interesados, mientras que la segunda está constituida por el conocimiento de lo real, en cuanto que es apuntado por el sujeto en los objetos. Pero cada una de las verdades aquí distinguidas se altera por cruzarse con la otra en su vía.” “Variantes de la cura-tipo” (*Écrits*, p. 351 [*Escritos*, p. 338].) En este cruzamiento, la “verdadera palabra” aparece siempre como más verdadera que el “discurso verdadero” que presupone siempre su orden, el del contrato intersubjetivo, del intercambio simbólico y por consiguiente de la deuda. “Pero la verdadera palabra, interrogando al discurso verdadero sobre lo que significa, encontrará en él que la significación remite siempre a la significación, ya que ninguna cosa puede ser mostrada de otra manera que por un signo, y consiguientemente lo hará aparecer como destinado al error.” (*Écrits*, p. 352 [*Escritos*, p. 338].) La adecuación última de la verdad como verdadera palabra tiene pues la forma del saldo de la deuda, “adecuación singular”, “que encuentra su respuesta en la deuda simbólica de la que el sujeto es responsable como sujeto de la palabra”. (*Écrits*, p. 434 [*Escritos*, p. 417].) Son las últimas palabras de “La cosa freudiana”. La adecuación a la cosa (discurso verdadero) tiene pues su fundamento en la adecuación de la palabra a sí misma (verdadera palabra) o sea a la cosa misma: es decir de la *Cosa freudiana a sí misma*: “La cosa habla por sí misma” (*Écrits*, p. 408 [*Escritos*, p. 391]) y dice: “Yo, la verdad, hablo”, la cosa es la verdad: como causa, de sí misma y de las cosas de que habla el discurso verdadero. Estas proposiciones son menos nuevas, en particular en relación con el Discurso de Roma, con “Variantes de la cura-tipo” y con los textos del mismo período, que lo que dice su autor: “Es hacer entrar por una puerta muy diferente la incidencia de la verdad como causa e imponer una revisión del proceso de la causalidad. Cuya primera etapa parecería consistir en reconocer lo que la heterogeneidad de esta incidencia tendría en ella de inherente. [*En nota*: este párrafo reelaborado sitúa en una fecha anterior una línea de pensamiento que abrimos más tarde (1966).] (*Écrits*, p. 416 [*Escritos*, p. 398].)

La “verdadera palabra” (adecuada a sí misma, conforme a su esencia, consagrada a absolverse de una deuda que en última instancia no la liga sino a sí misma) permite pues el contrato que permite al sujeto “hacerse idéntico a sí mismo”. Reconstituye pues el suelo de la certidumbre cartesiana: transformación de la verdad en certidumbre, subjetivación (determinación del ser del ente en sujeto), intersubjetivación (cadena Descartes-Hegel-Husserl). Esa cadena capta

mira propia de esta autenticidad muestra la “vía auténtica” del análisis (p. 253) [p. 243], del didáctico en particular. “Pero ¿qué era pues ese llamado del sujeto más allá del vacío de su decir? Llamado a la verdad en su principio, a través del cual titubearán los llamados de necesidades más humildes. Pero primeramente y de golpe llamado propio del vacío...” (p. 248) [p. 238].

De ese llamado propio del vacío hacia el cumplimiento de la palabra llena, hacia su “realización” a través del asumir el deseo (de la castración), tal es pues el proceso ideal del análisis: “Hemos abordado la función de la palabra en el análisis por el sesgo más ingrato, el de la palabra vacía, en que el sujeto parece hablar en vano de alguien que, aunque se le pareciese hasta confundirnos, nunca se unirá a él en la asunción de su deseo [...] Si dirigimos ahora nuestra mirada al otro extremo de la experiencia analítica -a su historia, a su casuística, al proceso de la cura-, hallaremos motivo de oponer al análisis del *hic et nunc* el valor de la anamnesis como índice y como resorte del progreso terapéutico, a la intrasubjetividad obsesiva la intersubjetividad histórica, al análisis de la resistencia la interpretación simbólica. Aquí comienza la realización de la palabra plena [llena]” (p. 254) [p. 244].

La palabra aquí no está llena de algo que fuese, más allá de ella misma, su objeto: sino desde ese momento, tanto más y tanto mejor, de ella misma, de su presencia, de su esencia. Esa presencia, como en el contrato y la fe jurada, requiere la insustituible propiedad, la singularidad inalienable, la autenticidad viva, otros tantos valores cuyo sistema hemos reconocido en otro lugar. El doble, la repetición, el registro, el mimema en general están excluidos de él, con toda la estructura grafemática que se acarrea en ellos, en nombre de la interlocución directa, y como enajenación inauténtica. Por ejemplo: “Pero la retransmisión misma de su discurso registrado, aunque fuese hecha por la boca de su médico, no puede, por llegarle bajo esa forma enajenada, tener los mismos efectos que la interlocución psicoanalítica” (p. 258) [p. 248].

La descalificación del registro o de la repetición en nombre del acto de palabra viva y presente se pliega a un programa bien conocido. Y es indispensable al sistema. El sistema de la “verdadera palabra”, de “la palabra en acto” (p. 353) [p. 339] no puede prescindir de condenar, como se ha hecho, de Platón a cierto Freud, el simulacro de la hipomnesia: en nombre de la verdad de lo que liga *mneme*, *anamnesis*, *aletheia*, etcétera.

La materialidad, la faz sensible y repetitiva del registro, la carta de papel, los dibujos de tinta pueden dividirse o multiplicarse, destruirse o extraviarse (en ellos la originalidad auténtica se ha perdido siempre ya). La letra misma, en el sentido lacaniano, en cuanto lugar del significante y símbolo de una fe jurada, por consiguiente de una verdadera palabra llena y presente, tiene por propiedad, “singular” en efecto, “el no soportar la partición”.

La “palabra presente”, pues, como “palabra llena”: “Seamos categóricos, no se trata en la anamnesis psicoanalítica de realidad, sino de verdad, porque es el efecto de una palabra plena reordenar las contingencias pasadas dándoles el sentido de las necesidades

sin cesar, en los *Escritos*, nociones heideggerianas que se pretende que le son, en todo rigor, alérgicas, y que tienen sobre él efectos “destruyentes”. Abandonemos por el momento este tipo de preguntas -las más decisivas- que el discurso de Lacan no articula nunca.

por venir, tales como las constituye la poca libertad por medio de la cual el sujeto las hace presentes” (p. 256) [p. 246].

Entonces, un texto no tendrá valor, si está vivo y animado, si está lleno y es auténtico, sino por la palabra que tendrá la misión de transportar. Habrá pues también los textos llenos y los textos vacíos. Sólo los primeros “vehiculan” una palabra llena, es decir una verdad auténticamente presente, a la vez develadora y adecuada o idéntica a aquello de que habla. A ella misma pues (“la cosa habla de ella misma”) en el momento en que cumple la vuelta al agujero circunvenido y al contrato que la constituyen. Por ejemplo, a propósito del texto de Freud al que hay que volver y que hay que devolver a sí mismo (ver más arriba): “No uno de esos textos de dos dimensiones, infinitamente planos, como dicen los matemáticos, que no tienen valor sino fiduciario en un discurso constituido, sino un texto vehículo de una palabra, en cuanto que constituye una emergencia nueva de la verdad.” Semejante texto, palabra presente, inaugural y constituyente, responde él mismo de sí mismo si le interrogamos, como se dice en el *Fedro* del logos que es su propio padre. Da a la vez las preguntas y las respuestas. Nuestra actividad, movilizándolo “todos los recursos de nuestra exégesis”, debe únicamente “hacerle responder a las preguntas que nos plantea a nosotros, tratarlo como una palabra verdadera, deberíamos decir, si conociéramos nuestros propios términos, en su valor de transferencia”. Nuestros “propios términos”: entendamos los del discurso que interroga y que responde, el de Freud. “Naturalmente, esto supone que se lo interprete. ¿Hay en efecto mejor método crítico que el que aplica a la comprensión de un mensaje los principios mismos de comprensión de los que éste se hace vehículo? Es el modo más racional de poner a prueba su autenticidad.

“La palabra plena, en efecto, se define por su identidad con aquello de que habla” (p. 381) [p. 366].

La palabra llena del exegeta se llena desde el momento en que asume y toma a su propia cargo los “principios de comprensión” del mensaje del otro -aquí Freud- en cuanto que “vehicula” él mismo una “palabra llena”. Ésta, puesto que es inaugural y “constituye una emergencia nueva de la verdad”, no contrae sino consiga misma: habla de ella misma. Es lo que llamamos aquí el *sistema* de la palabra, o el *sistema* de la verdad.

No se puede definir más rigurosamente, más fielmente, con todas las piezas conceptuales de su sistema, el “círculo hermenéutico”. Comprende todos los círculos que reconocemos aquí en su tradición platónica, hegeliana, heideggeriana y en el sentido más filosófico de la responsabilidad:²⁰ desquitarse adecuadamente de lo que se debe (deber y deuda).

²⁰ Esta responsabilidad es definida inmediatamente después y desde el intercambio de la “palabra llena” con Freud, en su “verdadero valor formador”: “Pues no se trata de nada menos que de su adecuación al nivel del hombre donde lo capta, piense de ello lo que piense; en el cual está llamado a responderle, quiera lo que quiera, y del que asume, tómelo como lo tome, la responsabilidad.” (*Écrits*, p. 382 [*Escritos*, p. 367].) Tratándose del “nivel del hombre”, falta el lugar para verificar el nexo esencial, en este sistema, de la metafísica (de la que localizamos aquí algunos rasgos típicos) y del humanismo. Ese nexo es más visible, si no mejor visto, en la masa de los enunciados sobre la “animalidad”, sobre la distinción entre el lenguaje animal y el lenguaje humano, etc. Ese discurso sobre el animal (en general) es sin duda coherente con todas las categorías y todas las oposiciones,

La autenticidad, polo de adecuación y de reapropiación circular para el proceso ideal del análisis. No se trata ciertamente del grosero reajuste que nos volvería de América. Hay que cuidarse sobre todo de semejante confusión. Nadie, aquí, por supuesto, la comete, hay que insistir en ello. Y esa autenticidad, cosa muy rara, reservada a momentos excepcionales, no califica a la palabra de un “yo”, sino a la del otro, y a cierta relación con la del otro. Para tener acceso a ella, el psicoanalista debe traspasar la pantalla del narcisismo, devolverla a la transparencia pura: entonces, con “la palabra auténtica del otro”, tiene la oportunidad de volver a captar el origen de la palabra y de la verdad en “la fe jurada”. Puede adentrar su “interpretación revelante” en la cadena circular y reapropiante de las “verdaderas palabras”, incluso si no son palabras verdaderas. Pero esos momentos de autenticidad, como los de la *Eigentlichkeit* heideggeriana, son raros en la existencia. Por ejemplo, tratándose de la “mala fe del sujeto”, a través de la cual volver a encontrar “la palabra en que se funda la verdad” de la que da todavía testimonio:

Si pues se impone para el analista la condición ideal de que los espejismos del narcisismo se hayan hecho transparentes para él, es para que sea permeable a la palabra auténtica del otro, respecto de la cual se trata ahora de comprender cómo puede reconocerla a través de su discurso.

Sin duda ese discurso intermediario [el de “la mala fe del sujeto”], aun en cuanto discurso del embuste y del error, no deja de dar testimonio de la existencia de la palabra en que se funda la verdad, en el hecho de que no se sostiene sino proponiéndose como tal, y en que, incluso si se da abiertamente por el discurso de la mentira, no afirma sino más fuertemente la existencia de esta palabra. Y si se recupera, con este enfoque fenomenológico de la verdad, la llave cuya pérdida lleva al logicismo positivista a investigar el “sentido del sentido”, ¿no hace también reconocer en ella el concepto del concepto, en cuanto que se revela en la palabra en acto?

Esa palabra, que constituye al sujeto en su verdad, le está sin embargo vedada para siempre, fuera de los raros momentos de su existencia en que prueba, cuán confusamente, a captarla en la fe jurada, y vedada en cuanto que el discurso intermedio lo destina a desconocerla. Habla sin embargo en todas partes donde puede leerse en su ser, o sea en todos los niveles en que ella lo ha formado. Esta antinomia es la misma del sentido que Freud dio a la noción de inconsciente.

Pero si esa palabra es no obstante accesible, es que ninguna verdadera palabra es únicamente palabra del sujeto, puesto que es siempre fundándola en la mediación de otro sujeto como ella opera, y puesto que por ese camino está abierta a la cadena sin fin -pero sin duda no indefinida, puesto que se cierra- de las palabras donde se realiza concretamente en la comunidad humana la dialéctica del reconocimiento.

En la medida en que el analista hace callar en él el discurso intermedio [la mala fe] para abrirse a la cadena de las verdaderas palabras, en esa medida puede colocar en ella su interpretación revelante.

Como se ve cada vez que se considera en su forma concreta una auténtica interpretación... (*Variantes de la cure-type*, pp. 352-353 [pp. 339-340].)

bi- o triparticiones del sistema. No por ello deja de condensar la mayor oscuridad. El tratamiento de la animalidad, como de todo lo que se encuentra *sometido* por una oposición jerárquica, ha revelado siempre, en la historia de la metafísica (humanista y falogocéntrica), la resistencia oscurantista. Su interés es evidentemente capital.

En resumen: hay una interpretación auténtica y revelante, supone que se haga callar la mala fe para tener acceso a la “palabra en acto” y a la (buena) fe jurada,²¹ sin discurso intermediario, en la transparencia de la dialéctica intersubjetiva. Esa palabra que habla si se la sabe leer en su ser, sólo el inconsciente en el sentido de Freud podría pues abrirnos a ella los oídos.²²

²¹ Sobre “la relación con el Otro garante de la Buena Fe”, sobre “la presencia manifestada de la intersubjetividad”, sobre “las vías por las que procede el análisis no sólo para restaurar allí un orden sino, para instalar las condiciones de la posibilidad de restaurarlo”, cf. “La instancia de la letra en el inconsciente”, *Écrits*, pp. 525-526 [*Escritos*, pp. 505-506], que acababa de recordar que “El fin que propone al hombre el descubrimiento de Freud ha sido definido por él en el apogeo de su pensamiento en términos conmovedores: *Wo es war, soll Ich werden*. Allá donde fue ello, me es preciso advenir.

“Ese fin es de reintegración y de acuerdo, diré de reconciliación (*Versöhnung*).”

²² Los valores de presencia (en persona), de proximidad, de plenitud y de consistencia formarían el sistema de la autenticidad en el diálogo analítico, por oposición al “discurso del se”. Por ejemplo: “¿Qué nos dice allí Freud en efecto? Nos descubre un fenómeno estructurante de toda revelación de la verdad en el diálogo. Hay la dificultad fundamental con que el sujeto tropieza en lo que tiene que decir; la más común es la que Freud demostró en la represión, a saber esa especie de discordancia entre el significado y el significante, que determina toda censura de origen social.”

Esa discordancia debida a la represión exigirá tal vez un arreglo de la semiología saussuriana pero en alguna parte no es irreductible, por consiguiente esencial. El tiempo de un rodeo o de una desviación: una provisión. Continuación inmediata: “La verdad puede siempre en este caso comunicarse entre líneas. Es decir que el que quiere darla a entender puede siempre recurrir a la técnica que indica la identidad de la verdad con los símbolos que la revelan, a saber: llegar a sus fines introduciendo deliberadamente en un texto discordancias que responden criptográficamente a las que impone la censura.

“El sujeto verdadero, es decir el sujeto del inconsciente, no procede de otra manera en el lenguaje de sus síntomas, que no es ante todo descifrado por el analista sino que más bien viene a dirigirse a él de manera cada vez más consistente, para la satisfacción siempre renovada de nuestra experiencia. Esto es en efecto lo que ésta ha reconocido en el fenómeno de la transferencia.

“Lo que dice el sujeto que habla, por muy vacío que pueda ser al principio su discurso, toma su efecto de la aproximación que se realiza en él de la palabra en la que convertiría plenamente la verdad que expresan sus síntomas [...] hemos hecho uso de la imagen de que la palabra del sujeto bascula hacia la presencia del oyente.

[*En nota*: Puede reconocerse aquí la fórmula por medio de la cual introduciríamos en los comienzos de nuestra enseñanza aquello de que se trata aquí. El sujeto, decíamos, empieza su análisis hablando de sí mismo sin hablarle a usted, o hablándole a usted sin hablar de él. Cuando pueda hablarle a usted de sí mismo, el análisis estará terminado.]

“Esa presencia que es la relación más pura de que es capaz el sujeto para con un ser, y que es tanto más vivamente sentida como tal cuanto menos calificado está para él ese ser, esa presencia por un instante liberada hasta el extremo de los velos que la recubren y la eluden en el discurso común en cuanto que se constituye como discurso del se impersonal precisamente para ese fin, esa presencia se señala en el discurso por una escansión suspensiva a menudo connotada por un momento de angustia, como lo mostré a ustedes en un ejemplo de mi experiencia.” (“Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la ‘Verneinung’ de Freud”, *Écrits*, pp. 372-373 [*Escritos*, pp. 357-358].)

Sólo una palabra, con sus efectos de presencia en acto y de vida auténtica, puede guardar la “fe jurada” que liga al deseo del otro. Si “el falo es el significante privilegiado de esa marca en que la parte del logos se une al advenimiento del deseo” (*La signification du phallus*, p. 692 [p. 672]), el lugar privilegiado de ese significante privilegiado, su letra pues, es la voz: la letra-portavoz. Sólo ella comporta, desde el momento en que el punto de basta del significado le asegura su identidad repetible, la idealidad o el poder de idealización necesarios para salvaguardar (es en todo caso lo que ella quiere decir) la integridad indivisible, singular, viva, no despedazable del falo, del significante privilegiado al que ella da lugar. La posición *trascendental* del falo (en la cadena de los significantes a los que pertenece a la vez que la hace posible)²³ tendría así su lugar propio -en términos lacanianos su letra sustraída a toda partición- en la estructura fonemática del lenguaje.

Por supuesto, sería entonces eso lo que “nos dice Freud”: “La relación más pura”, la “presencia”, remite a un “ser” y es sentida tanto más “vivamente” cuanto que ese “ser” (ese ente-sujeto) está “menos calificado”, es decir, evidentemente, más indeterminado. La presencia del ser es tanto más pura cuanto menor es la determinación óptica. Eso sólo tiene lugar “por un instante” privilegiado, rebasando el “se”, y en la “angustia”. La indeterminación del ser (aquí del ente-sujeto-psicoanalista) devela el “nada”* (el no-ente en totalidad) como verdad de la presencia. Lo que “nos dice Freud” sería muy literalmente *¿Qué es metafísica?*

* [En una traducción anterior (J. Lacan, *Escritos*, México, Siglo XXI), habíamos propuesto este cambio de género (que no repugna absolutamente a la lengua, como se ve por ejemplo en *imaginario* o *un comparsa*, del mismo modo que en diversos calós pueden oírse en Madrid cosas como un *rata* o en México cosas como un *nata*) para distinguir *la nada* de *el nada* como en francés se distingue *le néant* de *le rien*. T.]

²³ Es la estricta definición de la *posición trascendental*: privilegio de un término en el interior de una serie de términos que él hace posible y que lo supone. Así es como una categoría es llamada trascendental (transcategorial) cuando “trasciende todo género” (*transcendit omne genus*), es decir la lista de las categorías de la que sin embargo forma parte dando cuenta de ella. Tal es el papel del falo en la lógica del significante. Es pues también el papel del agujero y de la falta en sus contornos indeterminables: “...al falo de su madre, o sea a esa carencia-de-ser eminente cuyo significante privilegiado reveló Freud.” (“La instancia de la letra en el inconsciente”, *Écrits*, p. 522 [*Escritos*, p. 503].) La eminencia trascendental de ese privilegio es puesta pues en perspectiva, en su altura, desde la percepción horrorizada del niño - más precisamente del niño varón y de su teoría sexual.

Esta omnipresencia de una condición de posibilidad, esta implicación permanente, en cada significante, del “significante de los significantes” (“La dirección de la cura”, *Écrits*, p. 630 [*Escritos*, p. 609]), del “significante impar” (p. 642) [p. 623], no puede tener por elemento de presencia sino un medio de idealidad: de donde la eminencia de la eminencia trascendental que tiene por *efecto* guardar la presencia, a saber la *phoné*. Esto es lo que haría posible y necesario, mediante ciertos arreglos, la integración del falocentrismo freudiano en una semio-lingüística saussuriana fundamentalmente fonocéntrica. La transformación “algorítmica” no me parece romper esta atadura. He aquí la mejor definición del falo trascendental, respecto de la cual todas las protestas de antitrascendentalismo (cf. p. 365 [p. 351]) retienen un valor de denegación: “Pues el falo es un significante, un significante cuya función, en la economía intrasubjetiva del análisis, levanta tal vez el velo de la que tenía en los misterios. Pues es el significante destinado a designar en su conjunto los efectos del significado, en cuanto el significante los condiciona por su presencia de significante.” (“La significación del falo”, *Écrits*, p. 690 [*Escritos*, pp. 669-670].)

Ninguna protesta contra el metalenguaje se opone a ese trascendentalismo falocéntrico. Sobre todo si en *metalenguaje* se centra el lenguaje en la voz, es decir en el lugar ideal del falo. Si el falo fuese por desgracia divisible o reducido al estatuto de objeto parcial,²⁴ toda la edificación se desmoronaría y eso es lo que hay que evitar a cualquier precio. Eso puede suceder siempre si su tener-lugar no tiene la idealidad de una letra fonemática (lo que el Seminario llama extrañamente “materialidad del significante” alegando que sobrevive al

²⁴ Hemos visto que el significante (y en primer lugar el “significante privilegiado”, “impar”, el falo) no debía, en su lugar, en su letra, “soportar la partición”. Tampoco debe (exigencia distinta pero convergente) ser tratado como objeto parcial sometido como cualquier otro a la cadena de los sustitutos. Es la demanda axial, la pesquisa más insistente, si es que no el punto de referencia más aparente de la teoría sexual de Lacan. Importa mucho que motive la objeción a Jones en la “querrela” del falocentrismo y de la sexualidad femenina. Una de las “desviaciones” del psicoanálisis ha consistido en “reducir” el falo “al papel de objeto parcial”. Esa “mistificación profunda” (*Écrits*, p. 555 [*Escritos*, p. 537]) sólo extravió a Jones del lado de las “feministas” en la medida en que no supo separarse de tal otra legataria sospechosa, de Klein esta vez, de su “obra vacilante” (*Écrits*, p. 554 [*Escritos*, p. 536]) y de su “despreocupación” (*Écrits*, p. 728 [*Escritos*, p. 707]). Puesto que todo eso (“pero... pero...”) excluye los “analíticamente impensables”, puesto que lo analíticamente pensable queda limitado a la buena fe de Freud que no podía equivocarse, “mejor que ningún *guiado* en su reconocimiento de los fenómenos inconscientes de los que él era el inventor”. Así: “Este esquema [esquema R] en efecto permite demostrar las relaciones que se refieren no a los estadios preedípicos que por supuesto no son inexistentes, sino analíticamente impensables (como la obra vacilante pero *guiada* de la señora Melanie Klein lo pone suficientemente en evidencia), sino a los estadios pregenitales en cuanto que se ordenan en la retroacción del Edipo.” (“Del tratamiento posible de la psicosis” (*Écrits*, p. 554 [*Escritos*, p. 536].) “De hecho ¿qué ha ganado [Jones] al normalizar la función del falo como objeto parcial, si necesita invocar su presencia en el cuerpo de la madre como objeto interno, término que es función de las fantasías reveladas por Melanie Klein, y si no puede separarse otro tanto de la doctrina de esta última, refiriendo esas fantasías a la recurrencia hasta los límites de la primera infancia, de la formación edípica?

“No nos engañaremos si reanudamos la cuestión preguntándonos quién podría imponer a Freud la evidente paradoja de su posición. Porque nos veremos obligados a admitir que estaba mejor *guiado* que cualquier otro en su reconocimiento del orden de los fenómenos inconscientes de los que él era el inventor, y que, a falta de una articulación suficiente de la naturaleza de esos fenómenos, sus seguidores estaban condenados a extraviarse más o menos.

“Partiendo de esta apuesta -que asentamos como principio de un comentario de la obra de Freud que proseguimos desde hace siete años es como nos hemos visto conducidos a ciertos resultados: en primer lugar, a promover como necesaria para toda articulación del fenómeno analítico la noción de significante, en cuanto que se opone a la del significado en el análisis lingüístico moderno.” (“La significación del falo”, *Écrits*, p. 688 [*Escritos*, pp. 667-668]. Subrayo yo: sigan al *guiado*.)

“Debe destacarse el hecho de que Jones en su ponencia ante la Sociedad de Viena, que parece haber quemado la tierra para toda contribución ulterior, no haya podido ya producir sino su adhesión pura y simple a los conceptos kleinianos en la perfecta brutalidad en que los representa su autora: entiéndase la despreocupación en que se mantiene Melanie Klein -incluyendo las fantasías edípicas más originales en el cuerpo materno de su proveniencia de la realidad que supone el Nombre-del-Padre.” (“Ideas directrices para un Congreso sobre la sexualidad femenina”, *Écrits*, pp. 728-729 [*Escritos*, p. 707].)

papel quemado o desgarrado, y dura por no dejarse dividir). Eso *sucede, llega [arrive]* siempre, pero la voz está allí para engañarnos sobre ese extraño acontecimiento y dejarnos la guardia ideal de lo que cae al rango de objeto parcial o divisible: freno [*mors*] diseminable.

El engaño -pero esa palabra [*leurre*] ya no basta- no sería de lo imaginario sino del pretendido límite entre lo imaginario y lo simbólico. La consecuencia: queda por verse.

El nexo de sistema y de historia entre la idealización, el relevamiento* (*Aufhebung*) y la voz, si se lo considera ahora como demostrado, insiste pues en *La significación del falo*. La elevación a la función de significante es una *Aufhebung* de la "significable" (p. 692) [p.672]: es pues verdad por el privilegio del "significante privilegiado" (el falo) y de su localidad literal por excelencia (la voz). De donde la complicidad estructural entre el motivo del velo y el de la voz, entre la verdad y el fonocentrismo, el falocentrismo y el logocentrismo. Lo cual se expone así: "Todas estas expresiones siguen sin hacer otra cosa que velar el hecho de que no puede hacer su papel sino velado, es decir como signo él mismo de la latencia de que adolece todo significante, desde el momento en que es elevado (*aufgehoben*) a la función de significante.

"El falo es el significante de esta *Aufhebung* misma que inaugura (inicia) por su desaparición" (p. 692) [p. 672].

En apariencia el movimiento hegeliano de la *Aufhebung* queda aquí invertido puesto que este último releva al significante sensible en el significado ideal. Pero como la mejor guardia local del falo (del significante privilegiado) es reconocida por Lacan al lenguaje *verbal* (el preconsciente, incluso el consciente para Freud), la excelencia de la voz anula la inversión. Ésta es común a las dos dialécticas e idealiza al significante.

La misma cosa tiene siempre (el mismo) lugar. Se trata otra vez de no abandonar el lugar propio en cuestión.

El falocentrismo es una cosa. Y lo que se llama el hombre lo que se llama la mujer podrían estar sometidos a ella. Tanto más cuanto que, se nos recuerda, el falo no es ni una fantasía ("efecto imaginario") ni un objeto ("parcial, interno, bueno, malo, etc."), "menos aún es el órgano, pene o clítoris, que simboliza" (p. 690) [p. 669]. El androcentrismo debería pues ser otra cosa.

Pero ¿qué es lo que sucede? Todo el falocentrismo es articulado a partir de una *situación* (demos a esta palabra todos sus alcances) determinada en que el falo *es* el deseo de la madre en cuanto que ella no lo tiene.²⁵ Situación (individual, perceptiva, local,

* [Para traducir el término hegeliano *Aufhebung*, el autor emplea (como es frecuente en las traducciones francesas) la palabra *relève*, cuyo sentido más inmediato es el de relevo, por ejemplo de la guardia, o de una obligación, etc. El sentido que aparece por ejemplo en "carrera de relevos" se expresa en francés con otro término: *relai*. Para sugerir esa diferencia, he empleado varias veces el derivado *relevamiento (relève)* frente a *relevo (relai)*. T.]

²⁵ "...La significación de la castración no toma de hecho (*clínicamente manifiesto*) su alcance eficiente en cuanto a la formación de los síntomas, sino a partir de su descubrimiento como castración de la madre" (*Écrits*, p. 686 [*Escritos*, p. 666]), o sea de su ausencia de pene y no de clítoris. "Que el falo sea un significante es algo que impone que sea en el lugar del Otro donde el sujeto tenga acceso a él. Pero como ese significante no está allí sino velado y como razón del deseo del Otro, es ese deseo del

Otro como tal lo que al sujeto se le impone reconocer [...] Si el deseo de la madre *es* el falo, el niño quiere ser el falo para satisfacerlo [...] Esa prueba del deseo del Otro, *la clínica nos muestra* que no es decisiva en cuanto que el sujeto se entera en ella de si él mismo tiene o no tiene un falo real, sino en cuanto que se entera de que la madre no lo tiene. [...] El hombre encuentra en efecto cómo satisfacer su demanda de amor en la relación con la mujer en la medida en que el significante del falo la constituye ciertamente como dando en el amor lo que ella no tiene..." (*Écrits*, pp. 693-695 [*Escritos*, pp. 673-674].)

"*Clínicamente manifiesta*", "*la clínica nos muestra*", están subrayados por mí, y sin la menor sospecha en cuanto a la verdad de esos enunciados. Más bien para interrogar todos los alcances de una *situación* del psicoanálisis en XXXX.

"Lo que ella no tiene", "lega por no haberlo tenido nunca", es, como se recordará, de "la Mujer" y de la Reina de lo que se habla aquí: del lugar propio que orienta el trayecto *propio* de la carta, su "destino" [*destination*], lo que "quiere decir" y que se descifra desde una situación que teoriza lo que "la clínica nos muestra".

Esta *situación* (discurso teórico e institución edificadas sobre una *fase* de la experiencia del niño varón y sobre la teoría sexual correspondiente) sostiene tanto en Bonaparte como en Lacan la interpretación de *La carta robada*. Corresponde rigurosamente, ninguna infidelidad de los legatarios aquí, a la descripción que da de ella Freud en las proposiciones debatidas en el transcurso de la "querrela" evocada hace un momento. A manera de recordatorio: "El carácter principal de esa '*organización genital infantil*' es lo que la *diferencia* de la organización genital definitiva del adulto. Reside en el hecho de que, para los dos sexos *un solo órgano genital*, el órgano masculino, desempeña un papel. No existe pues una primacía genital, sino una primacía del *falo*."

"Desgraciadamente no podemos describir ese estado de cosas más que en el niño varón; el conocimiento de los procesos correspondientes en la niña nos falta. [...] Ellos [los niños varones] niegan esa falta y creen a pesar de todo tener un miembro; echan un velo sobre la contradicción entre observación y prejuicio, poniéndose a alegar que es todavía pequeño y que crecerá pronto, y llegan lentamente a esta conclusión de un gran alcance afectivo: antes, en todo caso, estuvo ciertamente ahí y más tarde fue quitado. La falta de pene se concibe como resultado de una castración y el niño se encuentra ahora ante el deber de enfrentarse a la relación de la castración con su propia persona. Los desarrollos ulteriores son demasiado conocidos para que sea necesario recordarlos aquí. Adelantaremos únicamente: *no se puede apreciar en su justo valor la significación del complejo de castración sino a condición de hacer entrar en consideración su advenimiento en la fase de la primacía del falo*. [...] En el estadio [...] de la organización genital infantil, hay en efecto un *masculino*, pero no hay femenino; la oposición se enuncia así: *órgano genital masculino o castrado*." (*La organización genital infantil*, 1923.)

Podríamos sentirnos tentados a decir: Freud, como los que le siguen aquí, no hace sino *describir* la necesidad del falogocentrismo, explicar sus efectos, tan evidentes como masivos. El falogocentrismo no es ni un accidente ni una falta especulativa imputable a tal o cual teórico. Es una enorme y vieja raíz de la que también hay que dar cuenta. Puede pues describírsela, como se describe un objeto o un trayecto, sin que esa descripción sea parte interesada en aquello cuyo reconocimiento opera. Seguro. Pero esta hipótesis, que habría que extender entonces a todos los textos de la tradición, tropieza en estos últimos, como en Freud, como en aquellos de sus herederos que no quieren transformar aquí nada de su legado, con un límite muy estrictamente determinable: la descripción es "parte interesada" cuando induce una práctica, una ética y una institución, por consiguiente una política que asegura la tradición de su verdad. Entonces ya no se trata sólo de conocer, mostrar, explicar, sino de quedarse. Y de reproducir. El propósito ético-institucional es declarado por Lacan: el motivo de la autenticidad, de la palabra llena, de la fe jurada y de la

cultural, histórica, etc.) a partir de la cual se elabora lo que se llama una “teoría sexual”: el falo allí no es el órgano, pene o clítoris, que él simboliza, pero simboliza allí más y ante todo el pene. Ya sabemos lo que sigue: el falogocentrismo como androcentrismo con toda la lógica paradójica y las inversiones que engendra: por ejemplo que “en la dialéctica falocéntrica, ella [la mujer] representa el Otro absoluto” (p. 732) [p. 711]. Era preciso marcar esta consecuencia para reconocer el sentido de la carta robada en el “trayecto *que le es propio*”. Es el final de *La significación del falo* y en dos ocasiones el alegato de la profundidad: “Correlativamente se entrevé la razón de ese rasgo jamás elucidado donde una vez más se mide la profundidad de la intuición de Freud: a saber por qué sugiere que no hay más que una *libido*, ya que su texto sugiere que la concibe como de naturaleza masculina. La función del significante fálico desemboca aquí en su relación más profunda: aquella por donde los antiguos encarnaban en él el *noûs* y el *logos*”²⁶ La profundidad es la altura. La cosa desemboca hacia arriba, la boca precisamente donde se “encarna” el *Nous*, el *Logos*, y que dice profundamente: no hay más que *una* libido, por consiguiente ninguna diferencia, menos todavía oposición en ella de lo masculino y de lo femenino, por lo demás es masculina por naturaleza. La “razón de ese rasgo jamás elucidado” no puede nunca en efecto más que “entreverse”: es que no hay una razón para ese rasgo, es la razón. Antes, durante y después de Freud. El rasgo sacado [*trait tiré*: también cara agria] de la razón. Par ella, para ella, bajo ella. En la lógica llamada “del caldero” (letra girada [*traite tirée*] de la razón), la razón tendrá siempre razón. De sí misma. Ella se entiende. “La cosa habla de sí misma por sí misma [*d’elle-même*].” Se escucha decir lo que no puede oír, oye que le dicen lo que no puede entender.

“convención significante” lo mostraba suficientemente. Se regula sistemáticamente sobre una doctrina falocéntrica del significante. “El análisis no puede tener otra meta que el advenimiento de una palabra verdadera y la realización por el sujeto de su historia en su relación con un futuro.” *Écrits*, p. 302 [*Escritos*, p. 290].) “Justo antes de las cúspides del camino que instauré de su lectura [la de la obra de Freud], antes de abordar la transferencia, luego la identificación, luego la angustia, no es por casualidad, a nadie se le ocurriría la idea, si este año, el cuarto antes de que mi seminario tomase fin en Sainte-Anne, creí deber asegurarnos de la ética del psicoanálisis.

“Parece en efecto que corramos el riesgo de olvidar en el campo de nuestra función que una ética está en su principio, y que entonces, dígame lo que se diga, e igualmente sin mi asentimiento, sobre el fin del hombre, es en lo referente a una formación que pueda calificarse de humana donde está nuestro principal tormento.

“Toda formación humana tiene por esencia, y no por accidente, refrenar el goce.” (“Discours de clôture des Journées sur les psychoses chez l’enfant”, in *Recherches*, número especial “Enfance aliénée”, 11 dic. 1968, pp. 145-146.)

²⁶ P. 695 [p. 675]. En cuanto al nexo del sistema entre la lógica del significante y el falocentrismo, todo en el discurso lacaniano responde aquí -y que sí- a la pregunta que plantea en las “Ideas directrices para un Congreso sobre la sexualidad femenina”: “¿Es entonces a ese privilegio de significante al que apunta Freud al sugerir que tal vez no hay más que una libido y que está marcada con el signo masculino?” *Écrits*, p. 735 [*Escritos*, p. 714].)

EL LUGAR DE ENCUENTRO: EL DOBLE CUADRADO* DE REYES

Pero no puede leer la historia que se cuenta. Ni la escena de escritura *-avant la lettre-* en la cual se inscribe el relato. Vayamos de vuelta a *La carta robada* para “entrever” allí la estructura diseminal, es decir el sin-vuelta-posible de la carta, la otra escena de la estancia.

Porque hay un narrador en escena, la escena “general” no se agota en una narración, un “cuento” o una “historia”. Hemos reconocido ya los efectos de encuadre invisible, de cuadro en cuadro, *en el interior de los cuales* unas interpretaciones psicoanalíticas (semántico-biográfica o triado-formalista) entresacaban sus triángulos. De errar la posición del narrador, su implicación en el contenido de lo que parece contar, se omite todo lo que de la escena de escritura desborda los dos triángulos.

Y en primer lugar si se trata, sin abordamiento y borde posible, de una escena de escritura de límites *abimés* [abismados, estropeados]. En el simulacro de obertura, de “primera palabra”, el narrador adelanta narrándose algunas proposiciones que arrastran la unidad de la *“nouvelle”* [novela corta, noticia] a una interminable deriva: deriva textual que el Seminario no tiene en cuenta en lo más mínimo. Pero al tomarla en cuenta no se trata aquí sobre todo de hacer de ella el *“sujeto verdadero* del cuento”. Que por consiguiente no lo tendría.

i. Todo empieza “en” una biblioteca: en unos libros, unas escrituras, unas remisiones. Nada empieza pues. Sólo una deriva o una desorientación de la que no se sale.

ii. Una remisión explícita se opera además hacia dos otros relatos sobre los cuales “éste” está injertado. La “analogía” entre los tres relatos es el medio de *La carta robada*. La independencia de esta novelita, tal como el Seminario la presume, es pues el efecto de una ablación, incluso si se la considerase en su totalidad, con su narrador y su narración. Esta ablación es tanto más distraída cuanto que la “analogía” es recordada desde el primer párrafo. Es cierto que la palabra analogía, “coincidencia” más precisamente, autoriza la ablación, invita a ella y actúa pues como una trampa. El trabajo del Seminario sólo empieza después de la entrada del prefecto de policía de París. Ahora bien, anteriormente, el título, el epígrafe, el primer párrafo daban a leer (en silencio el silencio):

* [Carré, cuadrado, es también el “diamante” de la baraja. T.]

EL LUGAR DE ENCUENTRO

LA CARTA ROBADA*

Nil sapientiae odiosus acumine nimio.

SÉNECA

Estaba yo en París en 18.. Después de una sombría y tormentosa tarde de otoño, gozaba de la doble voluptuosidad (*twofold luxury*) de la meditación y de una pipa de espuma de mar, en compañía de mi amigo C. Auguste Dupin, en su pequeña biblioteca o gabinete de estudio (*in his little back library, or book-closet*) *rue Dunôt, n° 33, au troisième, faubourg Saint-Germain*. Durante una hora larga, habíamos guardado silencio (*we had maintained a profound silence*); cada uno de nosotros, para el primer observador llegado (*to any casual observer*), hubiera parecido profunda y exclusivamente ocupado en los remolinos rizados de humo que cargaban la atmósfera de la habitación. Por mi lado, yo discutía dentro de mí ciertos puntos (*certain topics*) que habían sido en la primera parte de la tarde objeto de nuestra conversación; quiero decir el asunto de la calle Morgue y el misterio relativo al asesinato de Marie Roget. Soñaba pues con la especie de analogía (*something of a coincidence*) que ligaba esos dos asuntos cuando la puerta de nuestro apartamento se abrió y dio paso a nuestro viejo conocido, el señor G..., el prefecto de policía de París. [...] Como estábamos sentados en medio de las tinieblas, Dupin se levantó para encender una lámpara; pero volvió a sentarse y no lo hizo...

Todo “empieza” pues por oscurecer este comienzo en el “silencio”, el “humo” y las “tinieblas” de esa biblioteca. El observador ocasional no ve en ello más que la espuma de mar fumígena: un decorado literario en suma, el marco ornamental de un relato. Sobre esa orilla desatendible para el hermeneuta interesado en el centro del cuadro y en el interior de la representación, se podía ya leer que todo eso era un asunto de escritura, y de escritura en deriva, en un lugar de escritura abierto sin fin a su injerto en otras escrituras, y que ese asunto de escritura, el tercero de una serie donde ya la “coincidencia” entre las dos precedentes se hace notar, produce de repente la efracción de su primera palabra “*rue Dunôt, n° 33, au troisième, faubourg Saint-Germain*”. En francés en el texto.

¿Anotaciones fortuitas, remolinos rizados de humo, contingencias del encuadre? Que rebasen la “intención del autor” sobre la cual el Seminario tiene la tentación de interrogar a Dupin, que sean incluso pura “coincidencia” accidental, acontecimiento de fortuna, es cosa que no puede sino recomendarlas aún más a la lectura de un texto que hace del azar como escritura lo que nos cuidaremos mucho de nombrar “el sujeto verdadero del cuento”.

Más bien su notable elipsis. En efecto, si, como se nos invita a hacer, ya desde la orilla interna del marco, remontamos más arriba de *La carta robada*, lo notable insiste: escena de escritura, biblioteca, acontecimientos de fortuna, coincidencias. Al principio del *Doble asesinato* lo que puede llamarse el lugar de encuentro entre el narrador (narrador-narrado) y Dupin es ya una “*obscure library*”, la “coincidencia” (es con esta palabra y no

* [Como se advirtió en la nota, traducimos aquí la versión de Baudelaire, no el texto de Poe. T.]

con *analogie* con la que Baudelaire traduce esta vez “accident”²⁷ de la encuesta en busca de un mismo texto (*in search of the same very rare and very remarkable volume*). Y el nexos que se constituye entonces en ese lugar de encuentro, lo menos que podría decirse es que no dejará nunca al narrador llamado general la posición de un informador neutro y transparente, que no interviene en la relación en curso. Por ejemplo (pero el ejemplo esta vez, leído sobre el marco, no está a comienzo de texto. El marco que describe el “encuentro” atraviesa, si se quiere, la narración. Va precedido, antes de la aparición de Dupin en el relato, de una finta a modo de prefacio abandonado, un falso epítome del análisis: “*I am not now writing a treatise, but simply prefacing a somewhat peculiar narrative by observations*

²⁷ Cuestiones de cocina: al traducir “coincidencia” por “analogía” al principio del relato, en el momento preciso en que se hace referencia a los dos otros “asuntos” (*Rue Morgue* y *Marie Roget*), Baudelaire yerra, con la insistencia de esa palabra, el hecho de que *La carta robada* misma está presentada en una serie de esas coincidencias, como una de ellas, cuya red es elaborada antes de esta tercera ficción. Un detalle entre todos los que podrán ahora analizarse en una lectura abierta de la trilogía: ya desde el epígrafe del *Misterio de Marie Roget*, una cita de Novalis, en alemán y en su traducción inglesa, cuyo comienzo es éste: “*There are ideal series of events which run parallel with the real ones. They rarely coincide...*” Baudelaire omite pura y simplemente estas tres últimas palabras. La palabra *coincidences* aparece después tres veces en dos páginas, siempre subrayada. La última vez a propósito de la conexión de los tres asuntos: “Los detalles extraordinarios que se me invita a publicar forman, como se verá, en cuanto a la sucesión de las épocas, la primera rama de una serie de *coincidencias* apenas imaginables (*scarcely intelligible*), de la que todos los lectores encontrarán la rama secundaria o final (*concluding*) en el asesinato reciente de Mary Cecilia Rogers, en Nueva York.” El subtítulo del *Misterio: a sequel to “The murders in the rue Morgue”*.

Estos recordatorios, que se podrían multiplicar indefinidamente, nos hacen atentos a los efectos de marco y a las paradojas de la lógica parergonal. No se trata de demostrar que *La carta robada* funciona en un marco (omitido por el Seminario que puede asegurarse así de su dentro triangular por una limitación activa y subrepticia a partir de una perspectiva dominante metalingüística): sino que la estructura de los efectos de encuadre es tal que ninguna totalización del reborde puede ni siquiera producirse por ello. Los marcos están siempre enmarcados: por consiguiente por tal o cual trozo de su contenido. Trozos sin todo, “particiones” o partituras. [*partitions*] sin conjunto, eso es lo que desbarata aquí el sueño de una letra sin partición, alérgica a la partición. A partir de lo cual el sema “falo” yerra, empieza por diseminar, ni siquiera a diseminarse.

La neutralización naturalizante del marco permite al Seminario, imponiendo o importando un contorno edípico, encontrándolo (se) allí en verdad -y está allí en efecto, pero como una pieza, aun cuando fuese central justamente, adentro de la letra-, constituir un metalenguaje y excluir todo el texto general en todas las dimensiones que empezamos aquí por recordar (retorno a la “primera página”). Sin ir ni siquiera a buscar más lejos en los detalles, la trampa del metalenguaje, que en última instancia no es tendida por nadie, no está a disposición de nadie, no arrastra a nadie a consecuencia de una falta o de una debilidad, esa trampa pertenece a la escritura *avant la lettre* y se muestra y se esconde en lo mostrado-escondido del fingido título: *La carta robada* es el título del texto y no sólo de su objeto. Pero un texto no se intitula nunca, no escribe nunca: yo, el texto, escribo o me escribo. Hace decir, deja decir, o más bien arrastra a decir “Yo, la verdad, hablo”. Sigo siendo la carta que no se llega nunca. Y a ras del destino [*destination*].

very much at random." No un tratado, un prefacio (que es de desecharse,²⁸ como es sabido) y unas observaciones azarasas. Al final del prefacio, el narrador finge el Seminario)

El relato que sigue (*the narrative which follows*) aparecerá al lector a la luz de un comentario (*in the light of a commentary*) de las proposiciones que acabo de adelantar.

Vivía yo en París -durante la primavera y parte del verano de 18.-, y entré allí en conocimiento de cierto C. Auguste Dupin. Ese joven caballero pertenecía a una excelente familia, una familia ilustre incluso, pero, por una serie de acontecimientos desventurados (*untoward events*), se encontró reducido a una pobreza tal que la energía de su carácter sucumbió, y que cesó de ocuparse del restablecimiento de su fortuna (*the retrieval of his fortunes*). Gracias a la cortesía de sus acreedores, permaneció en poder de un resto de su patrimonio (*By courtesy of his creditors, there still remained in his possession a small remnant of his patrimony*); y con la renta que sacaba de eso, encontró manera, por medio de una economía rigurosa, de subvenir a las necesidades de la vida, sin

²⁸ Antes de desecharlas, como todo el mundo desecha un prefacio, o de exaltarlas como el concepto teórico propiamente enseñante, la verdad del cuento, entresaco de ellas, un poco al azar, algunas proposiciones. No son necesariamente las mejores. Habría que recordar también el título en cada una de sus palabras, el epígrafe una vez más sobre el nombre de Aquiles cuando se escondía entre las mujeres. "Las facultades del espíritu que se definen con el término de *analíticas* son en sí mismas muy poco susceptibles de análisis [...] el analista saca toda su gloria de esa actividad espiritual cuya función es desenmarañar (*which disentangles*). Saca placer incluso de las más triviales ocasiones que ponen en juego su talento. Se chifla por los enigmas, las charadas, los jeroglíficos [...] Sin embargo calcular no es en sí mismo analizar. Un jugador de ajedrez, por ejemplo, hace lo uno sin esforzarse hacia lo otro [...] Aprovecho pues esta ocasión de proclamar que el más alto poder de la inteligencia reflexiva es ciertamente explotado más activa y provechosamente por el modesto juego de damas (*game of draughts*) que por toda la laboriosa futilidad del ajedrez (*the elaborate frivolity of chess*) [...] Para ser menos abstracto - supongamos un juego de damas (*a game of draughts*) donde las piezas estuvieran reducidas a cuatro *damas* [*four kings*: en el juego de damas, las "damas" se llaman, en inglés, *reyes*], y donde naturalmente no cabe esperar atolondramientos (*no oversight is to be expected*). Es evidente que aquí la victoria no puede decidirse -siendo las dos partes absolutamente iguales- sino por una táctica hábil (*by some recherché movement*), resultado de algún poderoso esfuerzo del intelecto. Privado de los recursos ordinarios, el analista entra en el espíritu de su adversario, se identifica así con él, y a menudo descubre de una sola ojeada el único medio -un medio a veces absurdamente simple- de atraerlo a una falta o de precipitarlo en un falso cálculo (*by which he may seduce into error or hurry into miscalculation*) [...] Pero es en los casos situados más allá de la regla (*beyond the limits of mere rule*) donde el talento del analista se manifiesta (*is evinced*) [...] Nuestro jugador no se confina en su juego, y aunque ese juego sea el objeto actual de su atención, no rechaza por eso las deducciones que nacen de objetos ajenos al juego (*nor, because the game is the object, does he reject deductions from things external to the game*)." Etc. Hay que leerlo todo, en las dos lenguas. Me he entregado aquí a alguna cocina a partir de la traducción de Baudelaire, que no siempre respeto.

Méryon había preguntado a Baudelaire si creía "en la realidad de ese Edgar Poe" y atribuido sus relatos "a una sociedad de literatos habilísimos, poderosísimos, y al corriente de todo". Dicha sociedad no precisa pues si las "*things external to the game*" bordean un juego contado en el texto o constituido por el texto, ni si *el juego* que es *el objeto* es (está) o no (en) la historia. Ni si la seducción busca sus presas entre los personajes o entre los lectores. La cuestión de lo narratorio, luego la del destinatario, que no es la misma, no se llega nunca.

inquietarse más de lo superfluo. Los libros, de hecho, eran su único lujo (*his sole luxuries*), y en París, se consiguen fácilmente.

Con un resto (*remnant*) de herencia paterna, abandonado aparentemente sin cálculo al deudor que, calculando (economía rigurosa), sabe sacar de ello una renta, un ingreso (*income*), el plusvalor de un capital que trabaja solo, Dupin se permite una única cosa superflua, un solo lujo, en el que se encuentra pues el resto inicial, atravesando como un don sin retorno el espacio de la economía restringida. Ese único lujo (*sole luxuries*: es la palabra que vuelve a encontrarse por segunda vez en la segunda línea de *La carta robada*, pero esta vez como singular lujo *doble*, *twofold luxury of meditation and meerschbaum*), es la escritura: los libros que organizarán el lugar de encuentro y la puesta en abismo de toda la llamada narración general. El lugar de encuentro del encuentro entre el narrador y Dupin corresponde al encuentro de su interés por el mismo libro, del que no se dice nunca que lo encontraron. Tal es el accidente literal:

Nuestro primer encuentro (*meeting*) se hizo en un oscuro gabinete de lectura (*obscure library*) de la calle Montmartre, por el hecho fortuito de que los dos estábamos buscando un mismo libro, muy notable y muy raro; esa coincidencia nos acercó (*where the accident of our both being in search of the same very rare and very remarkable volume, brought us into closer communion*). Nos vimos cada vez más. Me sentí profundamente interesado en su pequeña historia familiar, que él me contó minuciosamente con ese candor y ese abandono -ese desenfado del yo- que es propio de todo francés cuando habla de sus propios asuntos (*which a Frenchman indulges whenever mere self is the theme*).

El narrador se deja pues narrar: que está interesado en la historia de familia de Dupin (*I was deeply interested in the little family history...*), la misma que deja un resto de ingreso con el cual darse el lujo de los libros; luego, ya lo veremos, que es la capacidad de lectura de Dupin lo que le asombra por encima de todo y que la sociedad de semejante hombre es pues para él inapreciable, más allá de toda evaluación (*a treasure beyond erice*). El narrador va pues a darse el lujo de lo inapreciable que es Dupin que se da él mismo el lujo de lo inapreciable que es la escritura y por eso mismo es sin precio. Pues el narrador, al confiarse, al entregarse, dice Baudelaire, francamente a Dupin, para hacerlo debe pagar. Debe alquilar el gabinete del analista. Y proporcionar el equivalente económico de lo inapreciable. El analista -o su propia fortuna, aproximadamente equivalente a la de Dupin, simplemente "un poco menos apretada"- le autoriza a hacerlo: *I was permitted to be at the expense of renting...* El narrador es pues el primero que paga a Dupin para asegurarse la disponibilidad de las cartas. Sígase entonces el movimiento de la cadena. Pero lo que paga es también el lugar de la narración, la escritura en la que toda la historia será contada y ofrecida a las interpretaciones. Y si paga por escribir o hablar, también hace hablar a Dupin, le hace rendir sus letras y le deja la última palabra en forma de confesión. En la economía de ese gabinete, desvíe el momento en que el narrador es puesto en escena por una función que es ciertamente la de una "sociedad anónima" del capital y del deseo, ninguna neutralización es posible, ni ningún punto de vista general, ninguna mirada desde arriba, ninguna "aniquilación" de la significación por el dinero. No es sólo Dupin,

sino el narrador el que es “parte interesada”. Desde el momento en que le hace devolver sus cartas, y no sólo a la Reina (la otra Reina), la carta se divide, ya no es atómica (el atomismo, el atomismo de Epicuro, es también, como se sabe, una expresión de Dupin en el *Doble asesinato...*) y pierde pues todo destino asegurado. La divisibilidad de la letra -por eso hemos insistido en esa clave o ese cerrojo de seguridad teórica del Seminario: la atomística de la letra- es lo que aventura y extravía sin vuelta garantizada la restancia de lo que sea: una carta no *siempre* llega a su destino y, puesto que eso pertenece a su estructura, puede decirse que no llega nunca verdaderamente, que cuando llega, su poder-no-llegar la atormenta con una deriva interna.

La divisibilidad de la letra es también la del significante al que ella da lugar, y por consiguiente de los “sujetos”, “personajes” o “posiciones” que están sometidos a ellos y que los “representan”. Antes de demostrarlo en el texto, una cita de recordatorio:

Me asombró mucho también la prodigiosa extensión de sus lecturas; y por encima de todo sentí mi alma dominada por el extraño calor y el frescor vital de su imaginación. Buscando en París algunos objetos que constituían mi único estudio (*Seeking in paris the objets I then sought*), vi que la sociedad de semejante hombre sería para mí un tesoro inapreciable (*a treasure beyond erice*), y desde ese momento me entregué francamente a él (*I frankly confided to him*). Decidimos finalmente que viviríamos juntos todo el tiempo de mi estancia en esa ciudad; y como mis negocios eran un poco menos apretados que los suyos, me encargué de alquilar y amueblar, en un estilo adecuado a la melancolía fantasiosa de nuestros dos caracteres (*in a style which suited the rather fantastic gloom of our common temper*), una casita antigua y rara que unas supersticiones sobre las que no nos dignamos indagar habían hecho desertar -cayéndose casi en ruinas, y situada en una parte retirada y solitaria del faubourg Saint-Germain.

Se trata pues de dos fantásticos (melancólicos), de los cuales uno no nos dice qué objetos buscaba antes en París, ni cuáles son sus “precedentes asociados” a quienes ahora va a disimular el secreto del lugar (*secret-locality*). Todo el espacio está ahora comprendido en la especulación de esos dos “locos”:

Si la rutina de nuestra vida en aquel lugar hubiese sido conocida por la gente, hubiéramos pasado por dos locos -tal vez por dos locos de un género inofensivo. Nuestra reclusión (*seclusion*) era completa. No recibíamos ninguna visita (*We admitted no visitors*). El lugar de nuestro retiro había seguido siendo un secreto -cuidadosamente guardado- para mis antiguos camaradas (*Indeed the locality of our retirement had been carefully kept a secret from my own former associates*); y hacía varios años que Dupin había dejado de ver gente y de mostrarse en París. Vivíamos sólo entre nosotros.

Desde ese momento, el narrador se deja narrar su identificación progresiva a Dupin. Y en primer lugar por el amor a la noche, a la “negra divinidad” cuya “presencia” “contrahacen” cuando no está allí:

Mi amigo tenía una rareza de humor (*a freak of fancy*) -pues ¿cómo definir eso?-, y era amar la noche por el amor de la noche; y caí yo mismo tranquilamente en esa *bizarrerie*, como en todas las demás que le eran propias, dejándome llevar por la corriente de todas sus extrañas originalidades con un

perfecto *abandon*. La negra divinidad (*the sable divinity*) no podía quedarse siempre con nosotros; pero nosotros hacíamos su contrahechura (*but we could counterfeit her presente*).

Desdoblado él mismo en su posición, el narrador se *identifica* pues con Dupin de quien no puede evitar desde ese momento “notar y admirar” la “aptitud analítica singular” y que le da mil pruebas del “conocimiento íntimo” de su propia persona, de él, del narrador. Pero Dupin mismo, precisamente en esos momentos, parece doble. Y esta vez es una “*fancy*”, una fantástica del narrador que lo ve doble: “En esos momentos, sus modales eran glaciales y distraídos (*frigid and abstract*); sus ojos miraban al vacío, y su voz -una rica voz de tenor, habitualmente- subía hasta la voz nasal; hubiera sido petulancia, sin la absoluta deliberación de su hablar y la perfecta certidumbre de su acentuación (*distinctness of the enunciation*). Observándolo en esos humores, yo me instalaba a menudo a meditar sobre la vieja filosofía del alma doble (*Bi-Part Soul*) y me divertía con la idea fantástica de un Dupin doble (*the fancy of a double Dupin*) - el creador y el analista (*resolvent*).”

La fantástica de una identificación entre dos dobles desdoblados, la fuerte catexis del lazo que implica a Dupin *fuera* de las “triadas intersubjetivas” del “drama real” y al narrador *en lo* que narra;²⁹ la circulación de los deseos y del capital, de los significantes y

²⁹ El Seminario no tiene en cuenta en absoluto el compromiso muy determinado del narrador en la narración. Diez años más tarde, en un añadido de 1966, Latan escribe esto:

“Efecto (del significante) tan manifiesto para captarse aquí como en la ficción de la carta robada.

“Cuya esencia es que la carta haya podido llevar sus efectos dentro: sobre los actores del cuento, incluido el narrador, tanto como afuera: sobre nosotros, lectores, e igualmente sobre su autor, sin que nunca nadie haya tenido que preocuparse de lo que quería decir. Lo cual de todo lo que se escribe es la suerte ordinaria.” *Écrits*, pp. 56-57 [*Escritos*, p. 51].)

Al suscribir pues hasta cierto punto, hay que precisar todavía que de los efectos sobre el narrador el Seminario no decía nada, ni *de hecho ni en principio*. La estructura de la interpretación lo excluía. Y en cuanto a la naturaleza de esos efectos, a la estructura de la implicación del narrador, el arrepentimiento sigue sin decir nada, limitándose al enmarcamiento operado por el Seminario. En cuanto a pretender que en este asunto todo sucedió “sin que nadie haya tenido que preocuparse de lo que [la carta] quería decir”, *es falso* por varios conceptos: 1º Todo el mundo, como lo recuerda el prefecto de policía, sabe que esa carta contiene, por lo menos, con qué poner “en entredicho el honor de una persona del más alto rango”, así como su “seguridad”: amarre semántico macizo. 2º Ese saber es repetido por el Seminario y lo apuntala en dos niveles: *a*) En cuanto al querer-decir mínimo y activo de esa carta, refiere o transcribe la información del prefecto de policía: “Pero esto no nos dice nada del mensaje que vehicula.

“Carta de amor o carta de conspiración, carta delatora o carta de instrucción, carta de intimación o carta de angustia, sólo una cosa podemos retener de ella, es que la Reina no podría ponerla en conocimiento de su señor y amo.” (*Écrits*, p. 27 [*Escritos*, p. 21].) Esto nos dice lo esencial del mensaje que vehicula: las variaciones más arriba propuestas no son indiferentes, incluso si apuntan a hacérselo creer. En todas las hipótesis consideradas, es preciso que el mensaje de la carta (no sólo su ser-enviado, su emisión, sino el contenido de lo que en él se emite) implique la traición de un pacto, de una “fe jurada”. No estaba prohibido a cualquiera enviar una carta cualquiera a la Reina, ni a ésta recibirlas. El Seminario se contradice cuando, con algunas líneas de intervalo, radicaliza la lógica del significante y de su lugar literal pretendiendo neutralizar el

de las letras antes y más allá de los dos “triángulos”, “primitivo” y secundario, la fisión en cadena de las posiciones, desde la de Dupin que, como *todos* los personajes, dentro y fuera de la narración, ocupa sucesivamente *todos* los lugares, todo esto es lo que hace de la lógica triangular una pieza muy limitada en la pieza. Y si la relación dual entre dos dobles (cosa que Lacan reduciría a cosa imaginaria) comprende y envuelve todo el espacio llamado de lo simbólico, lo desborda y le hace la finta, lo abisma, estropea y desorganiza sin cesar, la aposición de lo imaginario y de lo simbólico, su jerarquía implícita sobre todo, parece muy limitada en su pertinencia: en todo caso si se la mide por la cuadratura de semejante escena de escritura.

Hemos visto que *todos* los personajes de *La carta robada*, los del “drama real” en particular, Dupin incluido, ocupaban sucesiva y estructuralmente *todas* las posiciones, la del rey-muerto-ciego (la del prefecto de policía a la misma vez), después de la de la Reina y luego del ministro. Cada posición se identifica a la otra y se divide, incluso la del muerto y de un cuarto suplementario. La distinción de las tres miradas propuesta por el Seminario para determinar el trayecto propio de la circulación queda pues comprometida por ello. Y sobre todo la abertura (dúplice e identificatoria) apartada de lado, hacia el narrador (narrante-narrada), no hace regresar una carta sino para extraviar otra.

Y los fenómenos del doble, por consiguiente de *Unheimlichkeit*, no pertenecen únicamente al “contexto” trológico de *La carta robada*. Se plantea en efecto la cuestión, entre el narrador y Dupin, de saber si el ministro es él mismo o su hermano (“son dos hermanos”, “se han construido ambos una reputación”; ¿dónde? “en las letras”). Dupin asegura que el ministro es a la vez “poeta y matemático”. Los dos hermanos casi indiscernibles en él. Rivalizando en él, el uno representando y desarmando [*jouant et*

“mensaje”, luego revista o ancla esa lógica en su sentido o su verdad simbólica: “Queda en pie que esa carta es el símbolo de un pacto.” Contrariamente a lo que dice el Seminario (proposición enorme, por el enceguecimiento que podría inducir, pero indispensable a la demostración), es preciso que todo el mundo “haya tenido que preocuparse de lo que [la carta] quería, decir”. La ignorancia o la indiferencia a ese propósito sigue siendo mínima y de detalle. Todo el mundo lo sabe, todo el mundo se preocupa de ella, empezando por el autor del Seminario. Y si no tuviese un querer-decir muy determinado, nadie temería tanto que le endilguen otra, cosa que le sucede a la Reina, después al ministro. Por lo menos. Todos se aseguran, desde el ministro hasta Lacan, pasando por Dupin, de que se trata en efecto de la carta que dice en efecto lo que dice: la traición del pacto, y lo que dice, “el símbolo del pacto”. De otro modo no habría carta “abandonada”: ya sea por el ministro primero, por Dupin después, por Lacan finalmente. Todos verifican el contenido de la carta, de la “buena”, todos hacen como el prefecto de policía que, en el momento en que, a cambio de una retribución, recobra la carta de manos de Dupin, controla su contenido: “Nuestro funcionario le echó la garra en una perfecta agonía de alegría, la abrió con mano temblorosa, lanzó una ojeada a su contenido (*cast a rapid glance at its contents*), luego, lo mando precipitadamente la puerta, se abalanzó sin más ceremonias fuera de la habitación...” El intercambio del cheque y de la carta sucede encima de una “*escritoire*” (en francés en el texto) donde Dupin guardaba el documento.

b) En cuanto a la ley del querer-decir de la carta robada en su generalidad ejemplar: son, una vez más, las últimas palabras del Seminario. (“Así es como lo que quiere decir ‘la carta robada’, incluso ‘*en souffrance*’, es que una carta llega siempre a su destino [*destination*].”)

déjouant] al otro. “Se equivoca usted, dijo Dupin; lo conozco muy bien; es ambas cosas (*he is both*). Como poeta y matemático, razonaba bien (*he would reason well*); como simple matemático, no hubiera podido razonar en absoluto, y se habría puesto a merced del prefecto.”

Pero al ministro que “conoce muy bien mi letra”, Dupin le hace una jugarreta firmada de hermano o de cofrade, gemelo o hermano menor o hermano mayor (Atreo/Tieste). Esa identificación rival y dúplice de los hermanos, lejos de entrar en el espacio simbólico del triángulo familiar (el primero, el segundo o el siguiente), sale triunfante sin fin en un laberinto de dobles sin originales, de *fac-símiles* sin carta auténtica e indivisible, de contrahechuras sin hechura, imprimiendo a la carta robada una indirección incorregible.

El texto titulado “La carta robada” (se) imprime (en) esos efectos de indirección. He indicado sólo los más visibles para empezar a descerrojar su lectura: el juego de los dobles, la divisibilidad sin término, las remisiones textuales de *fac-símil* en *fac-símil*, el encuadro de los marcos, la suplementariedad interminable de las comillas, la inserción de *La carta robada* en una carta robada que empieza antes de ella, a través de los relatos de relatos del *Doble asesinato*, los recortes de periódicos del *Misterio de Marie Roget* (a *sequel* to “*The murders in the rue Morgue*”). La puesta en abismo del título sobre todo: *La carta robada* es el texto, el texto en un texto (la carta robada como trilogía). El título es el título del texto, nombra el texto, se nombra y se incluye pues fingiendo nombrar un objeto descrito en el texto. *La carta robada* opera como un texto que se hurta a todo destino asignable y produce, induce más bien al deducirse, eso inasignable en el momento preciso en que narra la llegada de una carta. Finge querer-decir y dejar pensar que “una carta llega siempre a su destino”, auténtica, intacta e indivisa, en el momento y en el lugar donde la finta, escrita antes de tiempo [*avant la lettre*], se aparta por sí misma de sí misma. Para dar de lado un salto más.

¿Quién firma? Dupin quiere absolutamente firmar. Y de hecho el narrador, después de haberle hecho o dejado hablar, le deja la última palabra,³⁰ la última palabra de la última de las tres narraciones. Al parecer. No lo señalo para poner a su vez el narrador, menos aún al autor, en posición de analista que sabe callarse. Tal vez no hay aquí, medido por la cuadratura de esa escena de escritura, cercado posible para una situación analítica. Tal vez

³⁰ Puede incluso considerarse que es el único que “habla” en el relato. Sostiene el discurso dominante, con una fanfarronería verbosa y didáctica, magistral en verdad, que dispensa las directrices, apunta las direcciones, desfaca entuertos, administra lecciones a todo el mundo. Pasa su tiempo y el de los otros infligiendo correcciones y recordando reglas. Se aposta y se dirige. Sólo la dirección cuenta, y la buena, la auténtica. Que vuelve, según la ley, a quien corresponde de derecho. Gracias al hombre de ley, guía y rector del recto camino. Toda *La carta robada* está escrita para que él la devuelva finalmente haciendo un curso. Y como se muestra más astuto que los otros, la carta le hace una jugarreta más en el momento en que reconoce su lugar y su verdadero destino. Le escapa y lo engaña (literatura de lado del patio) en el momento en que, elevado el verbo, se le dice que engaña al explicar el engaño, en el momento en que devuelve el golpe y la carta. Opina sin saberlo ante todas las peticiones, dobla, es decir remplacea al ministro y a la policía, y si sólo hubiera uno, hipótesis ociosa, sería él el más lindo engañado de la “historia”. Queda por saberse - qué pasa con la bella. Él-la-dirige-la-Rei-na-la-dirige-el-engañado.

no hay analista aquí posible, por lo menos en la situación del psicoanálisis en X... Sólo cuatro reyes, por consiguiente cuatro reinas, cuatro prefectos de policía, cuatro ministros, cuatro analistas-Dupin, cuatro narradores, cuatro lectores, cuatro reyes, etc., todos ellos más lúcidos y más necios el uno que el otro, más poderosos y más desprovistos.

Así pues Dupin quiere firmar, sí, sin duda, la última palabra del último mensaje de la carta robada. En primer lugar no pudiendo evitar dejar su impronta propia -el sello por lo menos con el que habrá de identificarlo- baja el *fac-símil* y, empeñado en su venganza muy cofraternal, quiere absolutamente que el ministro sepa de dónde viene la cosa. Así que limita el *fac-símil*, la contrahechura, al exterior de la carta. El interior es auténtico y propiamente identificable. En efecto: en el momento en que el loco (que es un falso loco pagado por él: *the pretended lunatic was a man in my own pay*) distrae a todo el mundo con su "*frantic behavior*", ¿qué hace Dupin? Añade una nota. Coloca la falsa carta, es decir la que le interesa, *la verdadera*, que no es un *ersatz sino por fuera*. Si hubiera un hombre de la verdad en todo esto, un amante de lo auténtico, Dupin sería efectivamente su modelo: "Al mismo tiempo, fui derecho al porta-cartas, tomé la carta, me la metí en el bolsillo, y la sustituí por otra, una especie de *fac-símil* (en cuanto al exterior, *so fas as regards externals*), que había preparado cuidadosamente en mi casa -contrahaciendo la cifra de D... (*imitating the D- cipher*) con ayuda de un sello de miga de pan."

Así D. deberá descifrar, en el interior, lo que el descifrados haya querido decir y de dónde y por qué ha descifrado, con miras a qué, en nombre de quién y de qué. La sigla -es la misma, D, para el ministro y para Dupin- es un *fac-símil* en el exterior, *pero algo propio dentro*.

Pero ¿qué es ese algo propio dentro? ¿Esa firma? ¿Esa "última palabra" de una guerra doblemente cofraternal?

De nuevo, una cita por la cual el signatario queda desprovisto aunque le pese: "...copié justo en medio de la página blanca estas palabras:

. . *Un dessein si funeste.*
S'il n'est digne d'Atrée, est digne de Thyeste."

Juego de comillas. En la traducción francesa, nada de comillas, el texto de Crébillon en tipo pequeño. La frase que sigue ("encontrará usted eso en el *Atréo* de Crébillon", *They are to be found in Crébillon's Atrée*) puede atribuirse igualmente al autor de *La carta robada*, al narrador, al autor de la carta devuelta (Dupin). Pero la edición norteamericana³¹ de que dispongo no deja esa duda:

³¹ En la primera publicación de este texto, podía leerse la observación siguiente a propósito de las comillas: "Es errónea sin embargo por presentarse así y por dejar comillas interiores, llamadas 'inglesas' [en francés y 'francesas' en español], suspendidas." Me equivocaba: las últimas comillas señalan el final del discurso de Dupin, lo cual me importaba, y no hay ningún error en la edición a la que me refiero. La supresión de esa frase (sin consecuencias) es la única modificación a este ensayo desde su primera publicación.

« "...He is well acquainted with my Ms., and I just copied into the middle of the blank sheet the words –

- *Un dessein si funeste,*
S'il n'est digne d'Atrée, est digne de Thyeste.

They are to be found in Crébillon's 'Atrée'...»

Queda claro pues que esta última frase es de Dupin, de Dupin diciéndolo al ministro: el abajo firmante Dupin le informa de la suerte de la carta, de lo que quiere decir, de aquello con miras a lo cual le sustraigo una para devolverla a su destinataria y por qué la sustituyo por ésta, recuérdelo.

Pero esta última palabra, además de las comillas invisibles que bordean toda la novelita, Dupin se ve obligado a citarla entre comillas, a narrar su firma: esto es lo que le escribí y así es como firmé. ¿Qué es una firma entre comillas? Y luego, en el interior de esas comillas, la impronta misma es una cita entre comillas. Ese resto es una vez más literatura.

Dos veces de tres, el autor del Seminario habrá forzado el *dessein* [diseño] hasta hacerlo *destin* [destino], devolviendo acaso así un querer-decir a su destino: adrede, sin duda, nada permite en todo caso excluir en algún sitio su diseño. (Este final se dedica por sí mismo al abate D. Coppieters de Gibson. A quien la cosa en verdad -alteración que viene a sustituir una letra, a sustituirle otra, para cumplir su destino en el camino- no se le había escapado.)

“Sea como sea, el ministro, cuando quiera utilizarla, podrá leer en ella estas palabras trazadas para que reconozca en ellas la mano de Dupin:

... *Un dessein si funeste*
S'il n'est digne d'Atrée, est digne de Thyeste

que Dupin nos indica que provienen del *Atreo* de Crébillon” (p. 14) [pp. 8-9]. Y luego, después de un lapso: “El lugar común de la cita conviene al oráculo que esa cara lleva en su mueca, y también el que esté tomado de la tragedia:

... *Un destin si funeste,*
S'il n'est digne d'Atrée, est digne de Thyeste” (p. 4(1) [pp. 33-34].

finalmente (Points, p. 8): “... y añadido (p. 52) que el canto del que ese Lecoq [El Gallo] quisiera, en el polizonte [*poulet*, pollo] que le destina, hacer su despertar ('un destin si funeste...'), no tiene ninguna oportunidad de escucharlo.”

DEL TODO*

Primera publicación en *Confrontation*, 1, 1978; iba precedida de esta nota de la redacción:

“El 21 de noviembre de 1977, se organizó una sesión de ‘Confrontación con Jacques Derrida alrededor de *Glas* (Galilée, 1974) y de otros textos relacionados temáticamente con la teoría, el movimiento o la institución psicoanalíticos, especialmente *Freud et la scène de l’écriture* (in *L’écriture et la différence*, 1967), *Le facteu de la vérité* (in *Poétique* 21, 1975), *Fors* (in *Le verbier de l’homme aux loups*, de Nicolas Abraham y Maria Torok, 1976), *Éperons* (1972-1978). En respuesta a las preguntas iniciales de René Major, Jacques Derrida adelantó algunas proposiciones introductorias. Las reproducimos aquí en la literalidad de su grabación. Sólo el título hace excepción a esta regla.”

* [Esta expresión, fragmentaria, es en el original de una ambigüedad vertiginosa. En el lenguaje familiar significa “(no) en absoluto”. La negación completa: *pas du tout*, significa normalmente eso, pero también podría significar “paso del todo”, o, con un verbo o sustantivo, “no [...] del todo (de la totalidad)”. Para el título he preferido esta versión literal porque la resonancia metafísica es tal vez aquí la más divertida. T.]

René MAJOR. - Jacques Derrida, quisiera en primer lugar participarle el profundo malestar que experimenté en la lectura de *Glas*. Para emplear la figura que me sugiere una palabra próxima a *glas*,* pero ésta femenina, la palabra *glène*, y en su doble acepción [“glena”, término de anatomía, y “cordaje”], diré que usted hace sufrir al Saber y al Cuerpo (el suyo, el mío) un tratamiento que los hacen plegarse sobre sí mismos, enroscarse y embutirse en una cavidad donde se muelen, se despedazan, se dislocan. Atrapado en un “designio tan funesto” no sale uno, si es que llega a salir, intacto.

No soy yo el único que ha experimentado tal malestar. Bajo la pluma de un crítico, he podido leer: “Ese libro es detestable, de una vulgaridad inmensa, un libro diabólico.” Pero ese crítico añade, es cierto, que “viniendo de quien es sin duda la mente más poderosa del pensamiento francés contemporáneo” -y por mi parte yo diría que el mejor armado y el mejor desarmado- (ese libro) “nos muestra por lo menos a qué altura se colocan hoy los verdaderos desafíos”.

Para quien da el toque de muerto [*glas*] del SA, del saber absoluto, y que no ignora que el poder de la letra que se hurta viene del lugar hasta entonces vacante que ocupa -en el relato de Edgar Poe, ese lugar se sitúa entre las jambas de la chimenea-, hay una pregunta que no puede haber dejado de plantearse. Además usted da testimonio de ello en su comentario del *Seminario sobre la carta robada*, es decir en *El cartero de la verdad*, al interrogar *analíticamente* lo que pudo hacer que dos veces de tres el autor del Seminario escriba “destino” en lugar de “designio” en la cita de Crébillon (...Un *dessein si funeste, s’il n’est digne d’Atrée, est digne de Thyeste*). Que en esa desviación, que quiere poner la cruz del destino (T) sobre el SE o el ES (el ELLO) del designio, se abisme un “resto por saberse”, es en efecto lo que se dejó en suspenso durante nuestra última Confrontación con François Roustang.

Esa pregunta pues, planteada y retenida -usted la retiene y ella le retiene- se entiende como una desconstrucción de otro SA, el saber analítico, y de los mojones o confines del campo psicoanalítico. Me pregunto incluso si subsiste para usted un dentro y un fuera del lugar donde ese saber se arropa, lugar que se ha convenido en llamar la Situación Analítica.

Jacques DERRIDA. - Debería tratar de contestar o tal vez de proseguir.

Pero ¿le diré que me siento bastante desarmado? Esta noche he venido tan desarmado como es *posible*. Y desamparado. No he querido preparar esta sesión, no he querido prepararme a ella. Tan deliberadamente como es posible, he escogido -lo cual, creo, no me ha pasado nunca antes- exponerme en el transcurso de un debate, hay que decir también de un show, sin ninguna anticipación defensiva u ofensiva (lo cual equivale siempre un poco a lo mismo). En todo caso con tan poca anticipación como es *posible*. He pensado que si algo tiene que suceder esta noche, en cualquier hipótesis, el acontecimiento sería con una condición, a saber que venga yo sin preparación, adorno ni quite, tan desprovisto como sea *posible*, y si es posible.

* [Glas es el toque de muerto en las campanas. T.]

No diré que “con las manos en los bolsillos”. ¿A quién podría esperar convencer o tranquilizar, en semejante *saloon*, al anunciar en voz tan alta que he venido con las manos en los bolsillos?

Está en el programa de esta noche, dicho sea de paso: en *Glas* y en *Fors*,* justamente, he recordado todo lo que podía ponerse en el bolsillo, y bajo la mano, desde la caja de cerillas hasta el propio féretro en forma de caja de cerillas. Ese féretro no es el arma menos temible.

Ni la menos fausta en semejante festín.

Así pues no he venido -si por lo menos he venido- con las manos en los bolsillos a este *saloon* sobrecargado con toda clase de bandas más o menos faustas, más o menos dispuestas a la distensión, que acechan con el rabillo del ojo desde su mostrador. Algunas hacen como que juegan al póker, tranquilamente, en un rincón. Fingen hacer como si: estoy seguro de que en este mismo momento se juegan toda clase de partidas *en el interior* de cada banda, y no menos feroces que de una banda a otra. Y puesto que me interroga usted, René Major, sobre *Glas*, usted sabe que se trata de un libro, entre otras cosas y adrede, en bandas, sobre bandas, el nombre “*bande*” (nombre o verbo) y la cosa, en todos los sentidos, géneros y cantidades.

Así pues he venido, si acaso he venido, diciéndome: sólo pasará algo esta noche bajo la condición de tu desarme.

Pero podría usted sospechar que exagero con ese lenguaje agonístico: se dice desarmado para desarmar, máquina bien conocida. Sin duda. Añado pues de inmediato: no he venido, no lo he querido, sigo sin quererlo, no he venido desnudo.

No he venido desnudo, venido sin nada.

He venido acompañado de una pequeña, cómo le diré, una pequeña frase, si es que es una frase, sólo una, muy pequeña. Y aun así, esta frasecita no estoy seguro de asumirla. Nada garantiza todavía que la tome yo a mi cuenta.

Digamos que la pronunciaré, esa frasecita, entre comillas, como si lo invisible aquí pudiera tomar en cuenta una lectura. La pronunciaré, digamos, entre comillas, aunque la haya formado yo mismo o se haya formado como en mí a continuación de otra frasecita oída al final de la sesión precedente, la única de las sesiones de “Confrontación” a la que he asistido aparte de la que nos reunió hace más de dos años alrededor de mis amigos Nicolas Abraham y Maria Torok.

Digamos que mantendré esa frasecita entre comillas aunque la haya formado yo mismo o que se haya inducido en mí después de la sesión precedente y la expresión alusiva de tal amiga analista.

Esa expresión debió encontrarse inmediatamente en mí enchufada a un sistema de anticipaciones, de intereses, de hipótesis, sobre el trabajo de toda una lógica que después se ha formalizado de la manera más económica, más elíptica también, en la frasecita siguiente que, una vez más, no asumo. La cito. Los teóricos de los *speech acts* dirían que la *menciono* y que no la *utilizo*, suponiendo que semejante distinción sea aceptable en ese

* [La palabra que sirve de título a esta obra de Derrida es un adverbio que significa “excepto”; podría entenderse como el plural de *for*, palabra que sólo se emplea en la expresión *for intérieur* (fuero interno). T.]

estado para oídos de analistas. Le he puesto algunas objeciones en un texto un poco polémico y aparecido en Estados Unidos bajo el título de *Limited inc.*

He aquí pues la frasecita, está hecha para decepcionarles a ustedes, la digo despacio, sin ninguna puntuación por el momento - su puntuación es de hecho móvil, múltiple, esencialmente lábil - la digo pues sin ninguna puntuación por el momento como si hubiera una raya de igual longitud entre cada palabra, ahí va:

NO-ES-PARA-NADA-UN-CORTE

[*Ce-n'est-pas-du-tout-une-tranche*]*

Eso es.

No sé todavía -¿lo sabré algún día?- si hice bien en venir aquí esta noche.

He venido sin duda, si he venido, porque - debió ser más fuerte que yo.

No es que haya debido simplemente ser más fuerte que yo, sino porque debí sentirme fascinado, irresistiblemente chupado, arponeado por algo que se daba como más-fuerte-que-yo.

Si es más fuerte que yo, tengo que ir a ver lo, que es, es lo único que me interesa. "Más fuerte que yo" es una expresión que me acosa, se me impone indiscretamente desde que me pregunta, por lo menos desde la última sesión, si hice bien en aceptar venir aquí.

En general, hasta ahora, hasta esta noche, he esquivado bastante bien las solicitudes o las tentaciones del "espectáculo", las ingenuidades o los efectos políticos de los códigos escénicos que están disponibles hoy, las canales, los estudios y los foros ofrecidos a los intelectuales de nuestra época que creen poder disponer de ellos.

Esta vez, aparentemente, ha sido más fuerte que yo. Pero debo decírsela ahora: hasta el último momento, hace un rato en el café de la esquina, me pregunté si vendría (también eso es la primera vez que me sucede, pueden pensar de ello lo que quieran), me pregunté si no les daría, como dicen, "plantón" [*si je ne vous feráis pas... "faux-bond"*].

Algunos que están aquí saben que me interesé mucho, en un intercambio publicado recientemente, en el "*faux-bond*", en la palabra, en todas las palabras implicadas en esa locución intraducible, y en esa "cosa" extraña que es un *faux-bond*, si es que existen por lo menos.

Aunque no soy, como todo el mundo sabe y según los criterios canónicos en vigor en sus cuatro grupos de responsabilidad limitada, ni analista ni analizando, estoy seguro de que "*faux-bond*" es una palabra, es una cosa, que debe interesarles.

* [Aparte de las ambiguas resonancias de la expresión *du tout* con que juega el autor (véase nota de la p. 233), se producen en la versión española otras más al utilizar la expresión familiar paralela "para nada". Pero también hay que decir algo sobre *tranche*: es literalmente una tajada o rebanada; en la jerga psicoanalítica francesa, es lo que nuestros psicoanalistas llaman en la suya una sesión de "reanálisis" ("didáctico"); en la jerga de la televisión, es una porción de horario en una programación. Para no verme obligado a retorcer todo el tiempo las frases intolerablemente, he usado más bien metafóricamente la palabra *corte*. Pero el lector no debe olvidar que se trata de una "metáfora" que remite ante todo, casi siempre, a la noción bastante técnica de "sesión de reanálisis didáctico". T.]

Entre los mil plantones [*faux-bond*] que podrían citarse como ejemplo, está el que un analista da a su propio "grupo" al ir a hacer un "corte" en otro grupo. Y apuesto a que lo que llamaré el efecto "confrontación" tiene una relación esencial con todos los plantones, y con ese plantón en forma de corte, que transfiere o transporta o transporta de un grupo a otro.

Me siento incluso tentado a creer, en el estado actual y sin duda muy limitado de mi información, que ese problema del corte, y más precisamente del que pueden ustedes ir a hacer en otro grupo, ese problema que no es seguro que reconduzca al del análisis interminado o interminable aunque tal vez lo pone en carne viva, ese problema sigue bajo una prohibición, teórica y práctica, como dicen. Bajo una prohibición, y una prohibición que organiza quizá todo el *network* suburbano del psicoanálisis en sus sociedades. Es lo que pasa pero de lo que no debe hablarse, o de lo que no puede hablarse sin convertirlo en un problema "crítico". Y trataré de decir dentro de un momento, si me dejan la palabra, por qué el efecto "confrontación" tiene una relación esencial con cierta suspensión -esta noche quizá-, sólo la entrevista, como siempre, de tal prohibición.

Así pues he estado a punto de darles plantón. Supongamos, no es todavía más que una hipótesis, que esté yo aquí y que *no* haya dado plantón. ¿Por qué no lo habré hecho?

No he querido abusar, lo cual equivale tal vez a decir que no he tenido la fuerza, pero ¿la fuerza de qué? Eso sí, si me hubieran esperado ustedes y este lugar se hubiera quedado vacío durante no sé cuánto tiempo, diez minutos dirá tal banda, cuarenta y cinco a cincuenta dirá tal otra, entonces, eso sí, si me hubieran esperado ustedes, estoy seguro de que habría pasada algo.

De mi lado, del lado de ustedes al mío, habría habido acontecimiento, inevitablemente. Y de los dos lados. No he tenido la fuerza de abusar de eso, de esa extraña facilidad. Por eso he dicho que habrá sido más fuerte que yo.

Y además he caído en la trampa, en la trampa de todas las trampas, desear asistir todavía al propio plantón: darse plantón a uno mismo y tocar a muerto por uno mismo. La cosa yerra de todas las, y cualquiera que sea la suerte.

A menos, a menos que el plantón tenga todavía todas sus oportunidades esta noche. Creo que esa hipótesis está todavía abierta, la creo intacta.

René MAJOR. - El plantón posible, y probable, al que se opone lo que es más fuerte que usted -y que viene por consiguiente de *otro sitio*- ¿no está ligada a algo inevitable y a su desnudamiento que implica su venida a *Confrontation*? Eso no hace un lío, sino líos, y lo que es desarmante es que eso es más fuerte que nosotros.

Jacques DERRIDA. - Si lo que fue más fuerte que yo fue más fuerte que yo, fue en el momento en que pude decirme: los psicoanalistas deben decirse lo mismo, los psicoanalistas no han podido evitar invitarme a este lugar hasta esta noche reservado al dentro, al pretendido dentro del cercado analítico al que se supone que soy ajeno - ni analista ni analizando según los criterios en vigor en el código que constituye el consumo mínimo de sus cuatro grupos reconocidos.

Y eso, entonces, por primera vez. ¿Qué es una primera vez en este caso?

Yo no constituyo por mí mismo, según ciertas apariencias reguladas, un grupo 5 o un grupo Q. Ha tenido pues que pasar algo, según el efecto de un programa en actividad,

digamos desde hace una decena de años, para que una entidad en formación, y que se titula o se llama a la existencia con el nombre de *Confrontation*, no pueda evitar invitarme, no pueda ya invitarme, y para que yo a mi vez no pueda evitar ir a su invitación.

Ya estamos inevitables. ¿Qué es lo que pasa?

Todo eso dejando todavía como suposición que no nos evitemos todavía esta noche, y que el plantón no tenga lugar a pesar de todo.

Porque no somos bastante bobos, usted y yo, para excluir la hipótesis de que semejante cita pueda ser justamente premeditada según la más infalible de las lógicas apotropaicas para que no suceda nada, para que la evitación más eficaz tome como pasa a menudo la forma del cara-a-cara. Usted sabe tan bien como yo, y hoy mejor que nunca, cómo se pueden multiplicar los signos del atareamiento alrededor de aquello mismo que se quiere esquivar como medida de protección. Se pueden multiplicar febrilmente los actos de presencia para disimularse mejor o para no encontrarse en la misma acera. Se puede, a propósito de sombríos asuntos de exclusión o de extradición, publicar compulsivamente voluminosos expedientes, organigramas jurídico-policíacos, correspondencias formales y pretendidamente exhaustivas, para mejor dar vueltas alrededor de aquella de que se trata (pienso en la reciente extradición de Croissant), para rodear lo que se trata entonces, lo que se ha evitado siempre, y cuyo expediente "oficial" por fin publicado, archiva y consolida su evitación. Ésta deja entonces en el archivo los bordes de una cripta. Habría que saber tratarla desde esta lógica de la evitación.

Cambemos de ejemplo. Para tomar uno que me interesa más actualmente: ¿quién nos prueba que no estamos reunidos esta noche, y previa cita, para estar más seguros de evitarnos? ¿o de evitar por ejemplo los textos inscritos en el programa de la sesión, de hacer como si se los hubiera leído porque se habrá tenido a su supuesto autor en persona bajo la mirada durante dos horas o porque se habrá hablado de dichos textos tan espectacularmente? Ahora bien, son textos ésos de los que lo menos que puede decirse es que no están hechos para eso, para que se hable de ellos, y así.

Pero lo que despista a todas las policías de la evitación es, si así puedo decirlo, la evitación misma. Hay por ejemplo lo que llaman "publicaciones": puede uno no conocerlas, siempre es posible en un contexto dado; pero puede uno arreglárselas, en ciertos medios, para evitar saber que existen; puede uno también, conociendo su existencia, evitar leerlas; puede uno leer evitando "comprender"; puede uno, comprendiendo, evitar afectarse por ello o utilizarlo; puede uno también, utilizándolo, evitar referirse a ello; pero puede uno además, refiriéndose a ellas, encerrarlas, contenerlas, excluirlas, por consiguiente evitarlas mejor que nunca, etc. Pero ¿qué pensar de lo que no puede uno evitar evitar, de la inevitable evitación bajo todas las formas - del rechazo, de la perclusión, de la denegación, de la incorporación e incluso de la asimilación introyectiva e idealizadora del otro en el límite de la incorporación?

De manera un poco algebraica y elíptica, podría decir que es ese programa el que me interesa y que se calcula, hasta cierto punto, en *Glas*. Se calcula con todos los programas de rechazo, de vómito que echa por la boca hacia afuera o hacia dentro, con todas las fuerzas de evitación activas en un "campo de producción" (para tomar prestado ese código, no es el mío), con todas las condiciones de inaceptabilidad, de ilegitimidad,

con el mayor número posible que exista en todo caso, por ejemplo según *Glas* y para mí, pagable.

No se trata de no ser aceptado por no ser aceptado (aun cuando en eso no estoy seguro de nada y me gusta ir (a escribir) al punto donde el mayor cálculo se pierde) sino para hacer aparecer (echar por la boca) lo que suelda entre ellas todas las fuerzas de exclusión o de no-recepción: hay un pacto fundamental entre todas las fuerzas aparentemente antagonistas que componen la unidad de un campo político-cultural, de un campo en general; y sella lo que ellas se ponen de acuerdo en excluir.

Ahora bien, entre esas fuerzas se encuentra cierto estado del aparato psicoanalítico, de lo que hace aleación entre su aparato teórico, su pragmática institucional, y otros aparatos.

Entonces, ¿qué relación tendría todo esto con *Confrontation*? ¿Y con el “no es para nada un corte”? ¿Qué es lo que habría sido más fuerte que nosotros?

El efecto “confrontación”: lleva un título admirable ese efecto, admirablemente escogido. No podía haber uno peor, por lo tanto mejor, para decir por antífrasis lo que se trata aquí. Es la definición de la antífrasis: una contra-verdad en una palabra. *Confrontation* dice por antífrasis lo que no podría tener lugar ni aquí, ni supongo que en el análisis, a saber el cara-a-cara frontal, el enfrentamiento coloquiante. La estructura de ese título responde a un tipo clásico, el rótulo que no presenta la cosa o el acto sino que anuncia que se va a tratar de ella o de él: de la confrontación. “*Confrontation*” no para dar lugar a confrontaciones, para organizarlas o presentarlas, sino para tratar de manera oblicua, sesgada, desviada, perfilada, del engaño o de la imposibilidad que llevan el nombre de “confrontación”. “Confrontación” es aquí nuestro objeto más que la escena o el acontecimiento que nos ocupan.

El efecto “confrontación” tiene pues que ver con los fines y los confines del psicoanálisis, los fines y los confines imposibles del psicoanálisis.

Dejemos de lado por el momento el hecho de que esta noche alguien venido del pretendido exterior de la institución de ustedes haya sido invitado (o evitado, como se pueda, digamos por el momento *inevitado*). Dejemos por el momento de lado el hecho de que el inevitable de marras sea alguien que no se muestra a menudo, una especie de animal que no sale de su agujero sino en el momento en que oye o siente venir hacia él las vibraciones de muros agrietados, de tabiques que se desmoronan, de puntales que tiemblan, de impermeabilizaciones amenazadas, etc., en una palabra los signos de lo que llamé antaño una desconstrucción; y la desconstrucción, he tenido que insistir a menudo en eso, no es un asunto discursivo o teórico sino práctico-político y se produce siempre en unas estructuras llamadas (un poco apresurada y someramente) institucionales. Dejemos de lado a ese animal que no sale de su agujero para arreglar las cosas.

El efecto “confrontación” corresponde a la desconstrucción de la institución llamada psicoanalítica. Se señala -es incluso ésa su característica más manifiesta- por el hecho de que el tabique de las lealtades a los cuatro grupos franceses ya no dicta allí, ya no del todo, la ley. Ya no es para nada estanco, estanco y sin aire, como antes.

Ahora bien -y por eso hablo del *efecto “confrontación”*, sin restarle nada a lo que merece la extraordinaria iniciativa de sus fundadores, a aquellos que han hecho tan

lúcidamente de ese “efecto” su causa- antes incluso de presentarse en la escena pública en efectos de superficie, de discursos y de espectáculos, el efecto “confrontación” no descerroja produciendo transparencias. Es *ya* el efecto de movimientos de desestructuración y de reestructuración que están *ya* en obra entre los grupos y en el interior de cada grupo. Lo supongo, claro, pero el hecho de que se tengan de ello indicios “en el exterior”, es cosa que parece muy significativa de esta nueva distribución de las fronteras, de los confines, de los intereses como de las relaciones entre dicho fuera y dicho dentro.

Pero lo que ustedes, sin hacer de ello un concepto o un problema, llaman un “corte”, me pregunto si no es algo que decide de la perspectiva más pertinente al *efecto* “confrontación”.

Supongo, sin la menor información segura, no lo dude, que se hacen, que se pueden hacer “cortes” de un grupo al otro. Llamemos a eso una hipótesis de escuela y veamos qué puede seguirse.

¿Qué es un corte? ¿Acaso es - un corte?

Tal vez no lo es para nada. Para nada nada.*

En primer lugar un corte de análisis, sea lo que sea lo que su nombre quiere indicar, no es un proceso parcial. No es la parte de un todo. No es un corte del todo, no es un corte de nada, no es para nada un corte. Un nuevo proceso transferencial y contratransferencial se emprende en él a partir de un límite (análisis incompleto más que inacabado, dice Freud en lo que todavía queda por leer bajo el título de *Die endliche und die unendliche Analyse*). El concepto de corte sólo se formaría a continuación del de transferencia, a menos que lo haga todavía más problemático, lo cual permite pensar que una teorización transmisible a este propósito no será cosa inmediata.

El nuevo proceso se emprende en condiciones enteramente diferentes, supongo, que cuando el “primer” análisis: se tiene conciencia, supongo, de “escoger” más deliberadamente, con conocimiento de causa, si es posible, tanto el grupo como el analista, de quien puede por ejemplo variarse el sexo, quiero decir de un análisis a otro; se puede también abandonar un poco el propio grupo para ir a mirar a otro lado, siguiendo así toda clase de motivaciones; se puede hacer todo eso a la vez, etc., y sin embargo se tienen unos analizando.

Bueno, sólo retengo por el momento esta posibilidad de ir a hacer un corte -que no es de nada- en otro grupo, esta posibilidad de ir a hacer ese corte que, no siendo ni una parte ni un todo, no es, no es para nada, no es *du tout* [como se dice en francés para expresar que no es en absoluto, pero también que no es o pertenece al todo] (ni una parte del todo ni un todo del todo ni un todo en absoluto [*du tout un tout*]), sólo retengo pues la posibilidad de ir a hacer ese inquietante corte en otro de los grupos.

Pues bien, pretendo que el *efecto* “confrontación” tiene una relación esencial con esa posibilidad y probablemente, pura hipótesis de mi parte, con una permeabilidad creciente, desde hace algunos años, de semejante transferencia o transporte o transporte [*tranche-fert*].

Pero ¿qué es un “grupo” entre ustedes? No es tampoco la parte de un todo.

* [O: “...no lo es (no es un corte) del todo (de la totalidad). Para nada del todo”. T.]

No hay en Francia una institución analítica cortada en cuatro cortes que bastaría reunir para completar un todo y recomponer la unidad armoniosa de una comunidad. Si fuese pastel, no sería un *quatre-quarts*.**

Cada grupo -esta implicación se inscribe en su estructura jurídica y en su proyecto constituyente- pretende formar la única institución analítica auténtica, la única que detenta legítimamente la herencia freudiana, la desarrolla auténticamente en su práctica, su didáctica, sus modos de formación y de reproducción.

Esto implica que, en derecho por lo menos, los otros tres + n grupos sean para cada grupo, y hay que asumir esta consecuencia, ÉL fuera de EL psicoanálisis cuando se refiere a sí mismo y se llama con ese nombre.

Consecuencia: ir a hacer un corte (que no es del todo ni en absoluto) en otro grupo (que no es del todo ni en absoluto), es transcortar hacia lo no-analista, que puede entonces contratranscortar hacia lo analista. Se pueden tomar toda clase de compromisos de hecho con esta consecuencia jurídica, se la puede tratar empíricamente de la manera más vaga o más floja, más inconsecuente también, pero su rigor jurídico es intratable.

Ese transcorte transferencial mínimo puede aumentarse o multiplicarse en abismo: imagine que cierto(a) analista A del grupo A¹ haga un corte con el analista B del grupo B¹ que por su parte no habrá dejado de hacer más de un corte (cada cinco años; recomienda Freud) con C del grupo C¹ que ha estado en análisis con A² del grupo A¹ y que regresa regularmente con él. Esta situación, me imagino, puede ser infinitamente más complicada en sus cruzamientos como en la puesta en abismo de sus divanes y butacas, en sus pasos “de la butaca al diván”, para tomar la expresión magistralmente calculada por René Major la última vez, y en todo lo que hace que un corte, cada vez, muerde el otro, según la puntuación del móvil “no es para nada un corte”, eso es lo que me interesa.

Entonces, si un corte no muerde un todo ni en absoluto [*ne mord pas du tout*], sino que muerde ya un corte, son los límites o los bordes de lo psicoanalítico los que se encuentran marcados, prácticamente y en el estado actual del aparato teórico-práctico, de indecisión.

Porque asimismo, si los confines de la intermediación abren el corte hacia el “fuera” de lo psicoanalítico (de la teoría, o de la práctica o del “movimiento”), pero hacia un fuera tal como el transcorte transferencial, lejos de ser así imposible o prohibido, se encuentra hoy sobreactivado, intensificado, embotellado, entonces las consecuencias son masivas e implacables. Políticas y más que políticas.

Todo está por redefinirse, la transferencia, por ejemplo, y la llamada “situación analítica”, es decir cantidad de otras cosas.

Y todas las articulaciones de lo psicoanalítico a su “fuera” (por ejemplo lo que llaman sumariamente lo político, lo *filosófico*, la literatura, etc.), todas esas articulaciones me parecen deber reelaborarse en su punto de más rigurosa pertinencia interna, allí donde lo interno ya no basta, justamente, y lo pertinente ya no toca únicamente al límite, a saber esos inquietantes cortes que no son para nada ni en absoluto ni del todo de un grupo [*pas du tout d'un groupe*] al otro que no es del todo ni en absoluto.

** [Este “cuatro cuartos” es una clase de pastel. T.]

Hay pues que reelaborar, de cabo a rabo, el concepto de transcorte transferencial.

Si puede operarse, de derecho, sobre lo no-analista, o entre no-analistas, ¿qué es un no-analista?

La consecuencia no es únicamente la muesca del medio psicoanalítico hacia su fuera. Inversamente, si el dentro no es ya estrictamente delimitable, el fuera tampoco. Ya no hay fuera.

Y el corte mismo ya no se deja dominar, determinar en su unidad según unos criterios rigurosamente interiores al psicoanálisis, en el sentido tradicional de este término, por referencia a las reglas de la técnica analítica. Tal es la consecuencia de que un corte muerda en el otro.

No es para nada un corte quiere decir también que la multiplicidad interna, y la *divisibilidad* del corte no permite detener su límite.

René MAJOR. - Si le estoy siguiendo, la cuestión del *corte* y de su divisibilidad le permite, en la mayor proximidad de la inserción del saber analítico en su práctica, proseguir la puesta en tela de juicio de lo que se da en el *Seminario sobre la carta robada* como la indivisibilidad de la letra y de la materialidad del significante. Es el argumento fundamental del *Cartero de la verdad* lo que está usted desplegando. ¿No es ese argumento lo que le ha hecho localizar deliberadamente lo que un *lapsus calami*, siempre actuante, transformó de un “designio tan funesto” en un “destino”, devolviendo al destinatario a su implacable sino?

Jacques DERRIDA. - Sí. Una palabra entre paréntesis, antes, sobre esta cuestión de la divisibilidad. El motivo de la divisibilidad es quizá el argumento de último recurso en *El cartero de la verdad*, sobre el que me interroga usted. Es formalmente, en la cadena de las consecuencias, de lo que depende todo. La afirmación de la indivisibilidad de la letra (que no soporta, dice Lacan, “la partición”), dicho de otra manera del lugar y de la materialidad del significante, y del falo como significante de los significantes, esa afirmación de la indivisibilidad, para describir el *faktum* de la idealización, no es menos gratuita y dogmática por ser necesaria a toda la arquitectónica del *Seminario sobre la carta robada* y a toda la lógica del significante. Es un filosofema, un teorema o un matema indemostrable, aunque siga siendo analizable en su interés inanalizado, como he tratado de darlo a leer en *El cartero de la verdad*. Van en ello consecuencias numerosas y poderosas sobre la teoría y la práctica analíticas. Mutatis mutandis, y según un esquema formal análogo, diría lo mismo en cuanto a la divisibilidad del transcorte transferencial.

No cerraré este corto paréntesis sin responder a su alusión, quiero decir a la que, prosiguiendo la sesión precedente [F. Roustang], recordaba que en 1975 en efecto (y aun antes, pues ese ensayo fue dado primero en muy pública conferencia en Estados Unidos y en Bruselas) había mencionado yo, no sin relación con el conjunto de mi propio designio, la suerte que corría la cita de Crébillon y de Poe en los diferentes lugares, incluso las diferentes ediciones del *Seminario sobre la carta robada*. Unas veces “designio” [*dessein*] -cita fiel de Crébillon y de Poe citando a Crébillon-, otras veces “destino” [*destin*], cita alterante, con una alteración de la que *El cartero de la verdad* no dijo todo lo que pienso, pero que en todo caso tuvo buen cuidado de no calificar de “errata” o de “lapsus”, incluso suponiendo, ya verá usted por qué digo eso, que una lectura analítica un poco atenta pueda contentarse

alegremente con tal distinción, quiero decir entre “errata” y “lapsus”. Tan cuidado, que puede leerse esto, me permito citar, ya que lo tengo a mano: “Dos veces de tres, el autor del Seminario habrá forzado el *dessein* hasta hacerlo *destin*, devolviendo tal vez así un querer-decir a su destino: adrede sin duda [*exprés*, y dejo entender ese *exprés* en el sentido del designio -consciente o inconsciente- y de la metáfora postal del envío “*exprés*” [entrega inmediata en español], de la carta que se despacha aprisa, del despacho que se despacha para no tener empacho, de la misiva que se quiere a cualquier precio y a toda velocidad ver llegar “a su destino” - el mejor medio para eso es *enviársela, se l’envoyer* [expresión que en *argot* significa “zampársela”, o lo que en el caló mexicano se diría “echársela”]], nada permite en todo caso excluir en alguna parte su designio.”

No quiero retenerlo demasiado tiempo analizando aquí la complicación de ese gesto, por lo demás legible en otros sitios, y lo que lo hace comunicarse con toda la lógica del *Cartero*. Paso pues a lo que sigue, puesto que se sigue tratando de reexpedir [*faire suivre*, “hacer seguir”].

Inmediatamente después de la conferencia y de la publicación de *El cartero de la verdad*, sin que nunca, por supuesto, se haga la menor referencia a lo que acabo de leer y que sigue siendo, una vez más, indefectiblemente “evitado”, editores y traductores se percatan de esa alteración, y la palabra enorme “errata” viene casi siempre a definir la cosa.

François Roustang, por su parte, lo ignora todo, o hace como si lo ignorase todo del asunto: inscribe tranquilamente “*destin*” en la portada de su libro, sin preocuparse un solo instante, al parecer, ni del hecho de que dicha “errata” estaba en vías de corrección, ni del hecho de que *El cartero de la verdad* trataba ya, en un estilo, es cierto, muy diferente, de ciertos problemas que acababa de inscribir en el sumario de su obra.

Sobreviene entonces el episodio más divertido. Pero el más infaliblemente programado, estoy seguro.

Ese año en efecto aparece, en el organigrama ilustrado de uno de los cuatro grupos de ustedes, una carta o estudio, como se quiera. Encargada o recomendada, dirige su ataque en la dirección del libro de Roustang y he aquí su final, que le he traído, ya que no excluía yo la posibilidad de que tengamos que hablar de él esta noche: “Nos atenderemos simplemente a la *errata* [subrayo yo, J. D.] cuya repetición en el título constituye un *lapsus* [otra vez subrayo yo]. Crébillon y Poe, y después Lacan en dos por lo menos de las citas del dístico en los *Escritos* imprimen en efecto ‘un *dessein si funeste*’ y no ‘un *destin*.’” Fin de la cita.

Es verdaderamente, estará usted de acuerdo, Chicago en los años 30, o más bien el *saloon* en la época del furgón postal.

Un sedicente analista cree saber, con un saber tranquilo, lo que es una errata; y que una errata, sobre todo ésta, no es más que una errata, en francés *coquille* [concha], que duerme apaciblemente en su concha, sin riesgo de convertirse también un poco en otra cosa.

En el caso, preciso es decirlo, en que cae de la mano del maestro, una errata no es más que una errata, y para quien escucha la voz del maestro, hay que llamar a una errata una errata.

Pero he aquí el hallazgo genial: lo que sigue siendo errata dos veces de tres en tales *Escritos* se convierte en “lapsus” en Roustang que se contentó, un poco apresuradamente, es cierto, con reproducir la errata príncips, ya que todo el mundo, incluyendo a su autor, da vueltas alrededor de lo que no hay que leer.

Tal vez lo que más me impresionó es otro efecto más de esa implacable programación.

¿Quién es en efecto el autor que se ha ilustrado con el pequeño párrafo inmortal que acabo de leerle? ¿Quién ha sabido metamorfosear una “errata” apropiada para proteger a uno en lapsus en que hacer caer al otro?

Pues bien, es expresamente, y despachando aprisa una vez más, el cartero mismo que, imaginándose tal vez aludido bajo su nombre por *El cartero de la verdad*, se muestra pronto, más o menos, a reaccionar. En la lengua inglesa que, desde el relato de Poe, ordena todos esos trayectos no sin verse ella misma sorprendida en ellos, cartero es *mailman*. Una oreja atenta a la palabra que acabo de pronunciar no traducirá *hombre macho*, tautología insistente, ni, en plena confusión de las lenguas, por *hombre que mezcla* [*mêle*, pronunciado aproximadamente como *mail* o como *mâle*, macho] todo o por *correo que miente* [*ment*], a la francesa, sino ciertamente por *cartero*, *facteur* en francés: *mailman* es la palabra corriente para cartero, es un vocablo compuesto, un significante divisible, como en *air mail*, cuando lo despachado se hace apresurar, o como en *mail box*, la caja de las cartas o buzón donde las demostraciones a veces se hacen esperar. Razón de más para pensar que, contrariamente a lo que concluye el *Seminario sobre la carta robada*, las cartas pueden siempre no llegar a su destino, y que el correo, en todas las lenguas, no siempre habla con verdad, ni siquiera el más seguro.

Cierro aquí el paréntesis.

Me ha interrogado usted sobre lo que se cree conocer bajo el nombre de texto o de escritura y cuya relación con el psicoanálisis no es ya hoy muy clara ni muy dominable.

Diré de manera demasiado económica, y para enchufar mi respuesta a “lo que no es para nada un corte”, que *Glas*, por ejemplo, describe en todos sus estados el gl (lo que llamo allí el efecto + l) en su relación con una gráfica de la estructura, del *double bind* de la doble estructura, del todo en la parte, y del resto que se sigue, impensable en una *lógica*, en una *lógica* filosófica por lo demás. Es otro pensamiento del resto el que trabaja la escritura de *Glas* y del resto como inanalizado. Un corte que no es en absoluto o del todo desconcierta la seguridad a propósito de cualquier sujeto posible. Toma por ejemplo la forma de una gráfica del bocado de caballo, *mors* (*m.o.r.S*) o del muerto, *mort* (*m.o.r.T*) que tiene uno en el hocico como un encargo que no puede uno, como *otro*, ni conservar, ni rechazar, ni tomar en sí mismo ni dejar afuera, ni vomitar ni asimilar, ni incorporar ni introyectar, ni realizar ni idealizar, etc. En otro sitio, un poco más tarde, llamé a eso el medio-luto [*demi-deuil*].

Mors quiere decir pedazo [*morceau*] -que se muerde- y se dice en *Glas* que ese libro juega (sobre) el pedazo que se tiene de alguna manera en el hocico o atravesado en la garganta. Se trata ciertamente de un corte o tajada [*tranche*]. Y que muerde al otro. La verdad juega un pedazo [*joue un morceau*, que significa también que toca una melodía], dice también aproximadamente, en algún lugar, *El cartero de la verdad*. Se lee también en

Glas que ese libro se escribe en *trance* y sobre el *trance* [*transe*] (en valón es el toque a muerto) o al canto [*sur tranche*]. *Glas* es pues un falso libro, un libro-plantón [*faux-bond-livre*] escrito al “canto” [*“tranche”*],* en todas las operaciones operantes e inoperantes, posibles o imposibles, del zanjar [*trancher*]. En algún lugar el *trance*, el límite del *trance* corresponde literalmente a la imposibilidad de zanjar entre el más y el menos, el todo y la parte.

Tal vez podría decirse entonces, una vez más por economía, que el efecto *gl* o *+ l* está allí enchufado al efecto *tr* (*tranche*, tajada o canto; *trait*, trazo o rasgo; *trace*, rastro o huella; tracción, contracción, contrato, etc.) y lo que titulé en otro sitio, en un trabajo con Valerio Adami, el efecto *+r* (por ejemplo *fr* en el *Front Benjamin*).

Entonces. En la hipótesis de que se pudiera transcortar o contratranscortar transferencialmente, con una transferencia que no tuviera más que una relación alterada con lo que se entiende en los estrictos límites de la técnica freudiana, transcortar o contratranscortar sobre o desde lo que llamo un “texto”, y que ni es un simple escrito teórico ni implica simplemente un sujeto supuesto saber** o escribir, ya que las relaciones con dicho “sujeto” son tratadas muy de otra manera, en particular en *Glas*, entonces ¿qué es un no-analista? ¿Dónde existe lo no-analista?

¿Por qué hacer la pregunta bajo esta forma? Al menos porque, en esta primera intervención, esta noche, quisiera no dejar en la sombra la cuestión de lo que hago aquí, suponiendo que haga algo, de lo que soy aquí, si es que soy aquí, de lo que se quiere de mí o no se quiere de mí. De lo que no se me quiere - y recíprocamente.

Cuando dije hace un momento que citaba o “mencionaba” el “no es para nada un corte”, en lugar de usarlo por cuenta propia, ustedes están lo bastante ejercitados para haber notado en seguida la trampa. Habíamos caído en ella ustedes y yo apenas la frasecita había quedado enunciada, sin que se supiera todavía de dónde venía, quién la emitía y quién la asumía. Si no la hubiera rodeado de comillas, ustedes habrían dicho: denegación. Habrían pensado: está denegando que esto es un corte, enteramente un corte, una simple sesión, un corte de corte. Y queda como tercero, por su parte, la cuestión de saber de quién con quién. Pero si la tomo con las pinzas de esas comillas, fingiendo desembarazarme de ella a toda prisa, la denegación se redobla y se amplifica incluso más allá del doble, pero no es ya simplemente la mía. Es tal vez ya la de ustedes...

René MAJOR. - ¿Qué es pues lo “no-analista”? ¿Y podría usted probar que lo hay o que no lo hay? ¿Acaso la transferencia no suscita tanto lo *no-analista* del llamado analista como lo *analista* del llamado no-analista?

Jacques DERRIDA. - Lo no-analista, sí, ¿qué es? ¿Lo hay?

Si lo hay, es sin duda algo - alguno, alguna - digamos completamente - eso es: IMPROBABLE.

* [Se trata del canto del libro (*tranche du livre*); el sentido latente en español (“cantar”) es sin duda ajeno a la intención del original (pero no necesariamente rechazable si compartimos un poco las convicciones del autor). T.]

** [Es el *sujet-supposé-savoir* de Lacan. T.]

Improbable. Ello exigiría una demostración singular. Mientras tanto, en lugar de una demostración y antes de devolver la palabra, prefiero contarle una pequeña historia. Bastante extraña. Muy reciente. Acaba de sucederme.

Alguien, muy bien informado como dicen, viene a decirme en tono de amistad: "Sé ahora que tal analista muy famoso(a), de renombre nacional e internacional, tal analista que ocupa una posición no desprovista de maestría y de magisterio, aquí mismo donde lo (la) acogimos [la escena sucede en Estados Unidos], sé ahora que tal analista está en análisis con usted desde hace más de diez años..." (Por un doble corte pues, dos veces cinco años, nada menos.)

Esta declaración, hecha con mucha calma y aplomo, me deja naturalmente sin voz. Mi interlocutora sabía que no era yo analista y yo sabía por mi lado, para referirme a los mismos criterios comunes, que lo que decía con tanto aplomo era falso, sencilla y llanamente falso.

Después de algunos segundos, vuelvo de mi azoro y no encuentro otra cosa que decirle, esperando por lo menos dejarla azorada, sino: "prove it" ("pruébelo": esto sucedía en una universidad norteamericana).

Respuesta: "oh, podría dar toda clase de pruebas (de evidencias, dijo ella en inglés). Por ejemplo éstas (y dio algunas, más o menos abstractas o convincentes, indicios más que pruebas)..." y añade en seguida "Pero poco importa, pruébeme usted, si puede, lo contrario."

Por supuesto, por razones esenciales, las que me interesan aquí, no pude probarle, estrictamente probarle, lo contrario. Los criterios clásicos de semejante probación no existen, y la zanja que permitiría zanjar [*trancher*] entre el corte [*tranche*] y el no-corte, esa zanja es improbable en el estado actual de la teoría y de la práctica. Esta improbabilidad, que concierne a la situación analítica misma, no deja de tener consecuencias. Y esas consecuencias siguen siendo incalculables, lo cual no quiere decir que algún día tengan que dejar de serlo.

René MAJOR. - En el punto en que estamos ¿qué le impide decir de quién se trata? Pronunciar su nombre me parece que se ha hecho inevitable.

Jacques DERRIDA. - René Major me pregunta el nombre del analista en cuestión. ¿Es de veras necesario? Mi interlocutora además no lo nombró. Se contentó con rasgos a sus ojos suficientes para recomponer una identidad. Ningún nombre fue pronunciado. Fue solamente después, reflexionando en el retrato hablado que ella había esbozado, cuando intenté una inducción. Pensé, el viaje a Estados Unidos me encarriló hacia esa hipótesis, que apuntaba probablemente a alguien cuyo nombre puedo decir porque creo que está muerto en este momento. Es, sería, en mi hipótesis (¿cómo se llama? la desgracia es que olvido infaliblemente ese nombre), eso es: Loewenstein.

Entonces. Si hoy alguien puede decir, sin temor de que pueda probarse lo contrario, que ese Loewenstein, que nunca conocí, de cerca o de lejos, y que está muerto, está en análisis conmigo para un doble corte, ya ve usted adónde puede llevar eso, de consecuencia en consecuencia, para quien reexpide, y de implicación en implicación.

Lo que hay que pensar pues es ese resto de corte, ese corte suplementario que trabaja en los confines de lo psicoanalítico, en el límite de su interminación, en el origen y

el fin de lo que llaman sumariamente su institución, su movimiento o su comunidad. Ese límite que lo refiere a su fuera no es un límite como cualquier otro.

Para decirlo en una palabra, o en un nombre (y con eso terminaré), suponga que hay un fundador o una fundadora del psicoanálisis, un primer o primera analista. Tomemos el nombre de Freud como indicio, por pura comodidad provisional, de semejante función. Hagamos como si Freud, otra comodidad provisional, no hubiera tenido analista. Incluso es eso lo que se dice a menudo con mucha ingenuidad. Admitámoslo un momento para sostener nuestra hipótesis ideal y sin *fliessura*.

Suponga ahora que ese fundador, ese sedicente institutor del movimiento analítico, haya necesitado un corte suplementario.

Entonces ese resto de inanalizado que lo refiere en última instancia al fuera absoluto del medio analítico no desempeñará el papel de una frontera, no tendrá la forma de un límite *alrededor* de lo psicoanalítico, aquello a lo que lo psicoanalítico como teoría y como práctica no habría tenido desgraciadamente acceso, como si le quedara terreno que ganar. Nada de eso. Eso inanalizado será, habrá sido aquello sobre lo cual y alrededor de lo cual se habrá construido y movilizado el movimiento analítico: todo habría sido construido y calculado para que eso inanalizado sea heredado, protegido, transmitido intacto, convenientemente legado, consolidado, enquistado, encriptado. Es lo que da su estructura al movimiento y a su arquitectura.

El descriptamiento, en estas condiciones, no puede ya venir del simple y pretendido dentro de lo que siguen llamando, provisionalmente, el psicoanálisis. Y no tendrá un efecto parcial de reacomodo o de reforma.

Creo que los cismas, los sismos que dejan oír hoy, por todas partes, sus crujidos (amplificados a la medida de la extensión sin orla del campo psicoanalítico), esos movimientos de terreno que dividen, cruzan y multiplican los cortes en todos los sentidos, de manera acelerada, acumulativa, abismal, dan a entender con sus crujidos que un *mort(s)* [un muerto, un bocado de freno] puede hacer un corte.

Un *mors(t)* puede hacer una *tranche*. Un resto de corte suplementario. Y en cuanto al de Freud, de lo que se indica y lo que se hereda bajo ese nombre, el trabajo está iniciado.

El efecto "*confrontación*" debería tener según yo una relación esencial con lo que trabaja a ese trabajo cuyas repercusiones no podrían ser localizables. Pueden cambiar todo en todo y de todo a todo.

En lo cual ese corte no es para nada un corte o no un corte del todo. Quiero decir parcelario.

¿Entonces quién paga?

Nunca se paga una cosa alguna.

Por mucho que sea su deseo de ello, nadie se pagará pues un corte, una tajada [*tranche*] de Freud. Nadie se pagará el resto, la tajada suplementaria de Freud que, hoy menos que nunca, no podría pagársela él mismo.

La cuestión se convierte entonces -y no es sólo política aunque también lo sea, es la de una desconstrucción general y es la que planteo en *Confrontation*, y también a *Confrontation*-, la cuestión se convierte entonces en ésta:

¿Quién pagará a quién el corte de Freud?

O si lo prefiere, pues la cosa está ya empezada, ¿quién se lo hace pagar a quién?

La puja está abierta - desde hace un buen rato.

Digamos que lo que yo escribo o lo que me hace escribir (por ejemplo, pues no están sólo los textos, quiero decir esta vez las publicaciones) no representaría a este respecto sino una oferta.

Una oferta sobre la escena o en el escenario donde se multiplican las tentativas de ocupar el lugar del *Sa** (entiéndase el Saber absoluto estenografiado en *Glas*), es decir a la vez todos los lugares, los del vendedor, del comprador y del subastador.

* [Evidente alusión al ça (“ello”, “eso”) de Lacan, que se pronuncia igual. T.]

